

LA OBRA DE LOS JESUITAS MEXICANOS DURANTE
LA EPOCA COLONIAL. 1572-1767

LA OBRA

DE LOS

JESUITAS MEXICANOS

DURANTE LA EPOCA COLONIAL

1572-1767

(Compendio Histórico)

por

GERARD DECORME, S. J.

TOMO II

LAS MISIONES

MEXICO

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO DE JOSE PORRUA E HIJOS

1941

NIHIL OBSTAT
Santiago de Groot, S. J.
Cens. Ecles.
México, D. F., 8 de Sep. 1940.

IMPRIMI POTEST
Franciscus Robinson, S. J.
Prae. Prov. Mex.
Mexici, 15 Sep. An 1940.

IMPRIMATUR
Luis Ma. Martínez
Arzobispo de México
México, D. F., 27 de Sep. 1940.



(Del original sin vidrio).

Lámina 1.—Na. Sra. de Guadalupe.

"Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad todas las gentes"...

Palabras de Nuestra Señora de Guadalupe en su Santuario a los PP. Juan B. Zappa y Juan Ma. Salvatierra.

OJEADA GENERAL

1. Población y extensión territorial de las misiones.— Cuando llegaron los Jesuítas a México el año 1572, los Franciscanos, Dominicos y Agustinos habían ya virtualmente conquistado para Jesucristo toda la parte central, desde el istmo de Tehuantepec al Sur hasta una línea al Norte que pasara vagamente de Tepic y Guanajuato a Tuxpan en el Estado de Veracruz. Todo lo demás al Norte era, más o menos, tierra desconocida y bárbara. Los Franciscanos tomaron la parte oriental hacia el golfo de México y los Jesuítas la occidental, sirviendo de demarcación una línea que fuera de Zacatecas al Paso y Nuevo México. Los estados modernos que cristianizaron los Jesuítas fueron la parte Norte del Nayarit, la mayor parte de Durango (incluyendo Parras), toda la sierra de Chihuahua, el Norte de Sinaloa, todo Sonora hasta el río Gila y la península de California, extensión bastante mayor que toda la península ibérica.

Los habitantes de ambos lados de la Sierra Madre, que atravesaba de Norte a Sur todas las misiones, no formaban, como los Mexicanos, los Tlaxcaltecas, Tarascos o Mixtecos, naciones homogéneas y populosas, sino que estaban repartidos en centenares de tribus pequeñas, enemigas entre sí y de estado social que se escalonaba desde el indio Xiximí, cazador, desnudo y antropófago, hasta el Opata agricultor sedentario, pacífico y medio civilizado. La reducción de los pueblos agrícolas ofrecía más facilidades, pero cualquiera entiende la gigantesca tarea (donde a diario se jugaba la vida) de la re-

ducción de las tribus flotantes que vivían en la más escarpada de las sierras.

La población era mucho mayor a los principios de lo que fué después y algunas tribus, como los Yaquis y Mayos, se ahogaban en sus infranqueables fronteras.

2. Etapas de la conquista.—El primer Jesuíta, que se dedicó a la conversión de los indios propiamente gentiles y salvajes, fué el P. Gonzalo de Tapia, que el año de 1589 recorrió, de Irapuato a San Luis Potosí, la región de los *Chichimecas* y les fundó la reducción de San Luis de la Paz. Dos años después, el Gobernador de Durango, D. Rodrigo del Río, le proporcionó al *Norte de Sinaloa* un campo sin límites donde ejercitar su celo.

En Mayo de 1591 franqueó la Sierra Madre en compañía del P. Martín Pérez y estableció su asiento en el pueblo más fronterizo, llamado San Felipe de Sinaloa. A los seis meses habían bautizado ya a más de mil indios. A su auxilio acudieron los PP. Juan B. Velasco y Alonso Santiago; mas, alborotándose los hechiceros, cayó pronto el P. Tapia al golpe de sus macanas. Después de una temporada de revueltas y estupor, vinieron nuevos misioneros a continuar su obra y a los diez años tenían ya 10,000 cristianos, ocho cabeceras y 13 pueblos en las orillas de los ríos de Mocorito y Petatlán (Sinaloa).

Entretanto, el año de 1596, el P. Gerónimo Ramírez había empezado la misión de los *Tepehuanes;* en 1598 los PP. Juan Agustín de Espinosa y Francisco de Arista la *de Parras* y *de la Laguna;* y el P. Hernando de Santarén la de los *Acaxees* y *Xiximíes,* de la sierra de Topia.

Lleváronse de frente estas cuatro misiones con increíbles trabajos y peligros de los misioneros. En 1604 se levantaron los Acaxees, destruyeron iglesias, sitiaron a los españoles y no hubieran bastado las armas para sujetarlos, si los misioneros no hubieran expuesto sus vidas en embajadas de paz. En 1616 ocurrió el más temible levantamiento de los Tepehuanes que costó la vida a ocho Jesuítas, dos Franciscanos y numerosos españoles. Tuvieron que sujetarse con las armas.

En Sinaloa siguió el avance sin interrupción. En el río Petatlán o Sinaloa, el P. Hernando de Villafañe había reducido, a la más flo-

rida cristiandad, los *Cuazaves, Tamazulas* y *Ures.* El P. Pedro Méndez, si tuvo menos trabajo en cultivar los *Níos* y *Bamoas,* se jugó varias veces la vida entre los inquietos *Ocoronis* y *Tehuecos.* Al Este de la Villa, río arriba, trabajaba con ardor el P. Pedro de Velasco entre los *Hogueras* y *Chicoratos.*

El año de 1604 se acometió definitivamente la conquista del río Fuerte. Sujetadas por las armas las tribus más bárbaras de *Zuaques* y *Tehuecos,* el P. Pérez Rivas se estableció entre los *Ahomes* y tribus de la costa, cultivando al mismo tiempo a los *Zuaques.* Entre los bárbaros *Tehuecos* batallaron lo increíble los PP. Méndez y Lorenzo Adame. Más arriba entró el año de 1606 el P. Cristóbal de Villalta y puso su asiento en los pueblos de Toro y Vaca pertenecientes a los *Sinaloas* propiamente dichos. Desde allí, protegido por el nuevo fuerte de Carapoa, atrajo a la fe a los *Tzoes* (Choix) y a los *Huites.* Fué el apóstol de estos últimos el P. Juan Calvo juntamente con sus vecinos los *Yecoratos* y *Tubares.*

Mientras se paralizaba, por largos años, el avance en la impenetrable sierra de Chínipas, toda la costa se abría al Evangelio. En 1614 los PP. Pérez Rivas y Pedro Méndez cristianizaban sin resistencia a los 20.000 *Mayos.* Sólo se resistieron algo los serranos *Tepahues* y *Conicaris.* Tres años después, tras reñidos combates, los 30.000 *Yaquis* se rendían también a los PP. Pérez Rivas, Pedro Méndez y Tomás Basilio.

Con esto quedaba abierta de par en par la puerta de Sonora. Si el año de 1621 fracasaba el P. Castini en su entrada en Chínipas, en Sonora los PP. Méndez, Castaño, Vanderzipe, Azpilcueta y Cárdenas bautizaban más de 17.000 *Nebomes* (Pimas Bajos), *Jovas* (de Zahuaripa) y *Aibinos* (de Mátape). El año de 1623 se contaban ya cosa de 100.000 cristianos en aquella costa.

El año de 1630, muertos ya los primeros campeones, entraban en la lid nuevos soldados.

La misión de la *Tarahumara Baja,* interrumpida 15 años por el alzamiento de los Tepehuanes, abre de nuevo sus puertas al P. Gabriel Díaz en Bocas y en 1639 a los PP. José Pascual en S. Felipe Conchos y Jerónimo Figueroa en Huejotitlán. Al mismo tiempo se emprende de nuevo la misión de *Chínipas* y se vuelve a abandonar por el martirio de los PP. Julio Pascual y Manuel Martínez (1632).

Pero en Sonora las conversiones son tan rápidas como sólidas entre los *Opatas.* En 1636 penetra el P. Castaño hasta Ures y Necameri (Rayón) y en 1638 el P. Pantoja a Babiacora, Acontzi, Banamichi en los ríos Moctezuma (*Batucos*), Guazavas y Babispe. A mediados del siglo se contaban ya en los cuatro ríos de Sonora 25.000 cristianos congregados en 23 pueblos.

Mientras se estabilizaban estas misiones de la costa, se continuaba el avance por el lado oriental de la Sierra entre los *Tarahumares.* Penetran sus misiones desde las riberas del río Conchos hasta los pueblos de Satevó, San Borja y el valle de Papigochi. Alborotáronse los *Tarahumares Altos* y mataron a sus dos primeros misioneros PP. Cornelio Beudín y Basilio Jácome (1650, 1652). Replegáronse al Sur los Padres, pero el año 1675 los PP. Tardá y Tomás Guadalajara plantaron la cruz en Carichi, resueltos a acometer todas las indiadas de la sierra hasta Sonora. Poco después (1680) emprendían la misma tarea por el lado de Chínipas los PP. Prado y Pécoro. La lucha no cesó hasta la reducción completa de la Tarahumara, sin que la estorbara la revuelta que costó la vida a los PP. Foronda y Manuel Sánchez.

A la fecha había llegado a México (1681) el hombre que había de llevar el estandarte de la cruz por toda la *Pimería Alta* hasta el río Gila. Después de una infructuosa tentativa para colonizar la California, en Marzo de 1687 se hallaba el P. Francisco Eusebio Kino en su misión de Dolores. Sus viajes, las misiones, pueblos y ranchos que fundó en el cuarto de siglo que Dios le dió de vida, forman una epopeya sin igual en la historia de las misiones. Las revueltas, el martirio del P. Saeta (1695), las persecuciones de toda suerte, la falta de misioneros no amenguaron nunca su ánimo de extender al Norte el reino de Jesucristo.

Fué el auxiliar más eficaz de los PP. Salvatierra y Ugarte en la *conquista de la California,* que se emprendió el año 1697 y se llevó a cabo en los 70 años que allí trabajaron los Jesuítas. Ambas misiones se habían aún de regar con la sangre de los PP. Tamaral y Carranco al Sur de California (1734) y de los PP. Tello y Ruhen en Caborca y Sonoita (1751); pero, mientras la California siguió prosperando, Sonora, muerto el P. Kino, entró en una era de tribulaciones, causadas por los Seris, Pápagos y Apaches, que habían de paralizar largos años su prosperidad y sus avances.

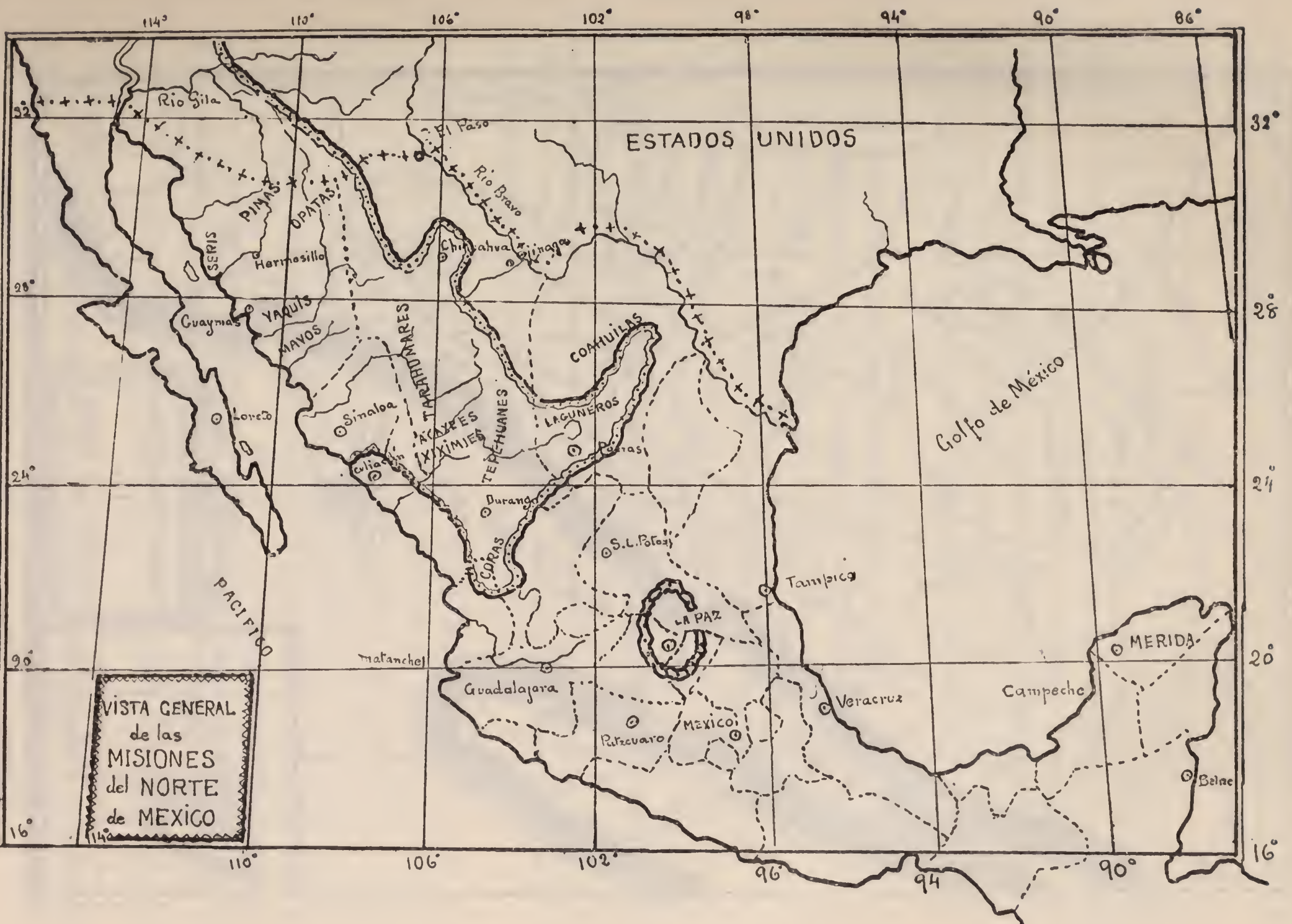


Lámina 2.—Mapa general de las misiones de la Compañía.



Lámina 3.—Mapa de las tribus indígenas de las misiones.

La última empresa misional de los Jesuítas fué la del *Nayarit* empezada en 1716 y llevada a cabo rápida y felizmente en los 50 años que trabajaron en ella.

3. Los misioneros.—Fueron los misioneros los más sublimes ejemplares de aquella raza, que entonces, en la plenitud de su vigor y de su fe, conquistaba el Nuevo Mundo. Sus guerreros buscaban riquezas y nuevos reinos, sus misioneros almas que salvar y pueblos donde arraigar la civilización cristiana. La tarea era fenomenal, pues no se trataba de transformar gentes civilizadas y de alguna cultura intelectual, como en los tiempos apostólicos, sino tribus degradadas en el ínfimo nivel de la humanidad y dispersas en inaccesibles montañas.

Su empresa requería grandes cualidades físicas de virilidad, carácter, inteligencia, valor, invención, salud y constancia. No los amedrentaban las distancias, las ásperas sierras y barrancas, ni las tribus salvajes y antropófagas, ni los ríos, el hambre, el frío ni la sed. Iban sin escolta donde no se atrevían los mismos soldados. Podían a cada instante oír el grito de guerra a muerte o verse envueltos en las llamas de sus chozas incendiadas. Estaban continuamente a merced de los caprichos de sus indios y de celosos y vengativos hechiceros. Aun el bautismo de un párvulo podía costarles la vida, si moría. El martirio era a cada instante posible: veinte de ellos consiguieron tan gloriosa corona y un sinnúmero pasaron peligros y sufrimientos peores que la misma muerte violenta.

Pero, más que estas cualidades naturales, que pueden ser comunes con los profanos, brillaban en ellos las de una alma cristiana, grande, heroica, llena de fe, de amor de Dios y de los prójimos y dispuesta a todos los sacrificios por la más ínfima de las criaturas, hijas de Dios. ¡Qué amor y amabilidad irresistibles para los mismos bárbaros! ¡Qué caridad en sus hambres y epidemias! ¡Qué llaneza en nivel social tan diferente! Y decir que muchos, los más, pertenecían a clases sociales elevadas: el P. Pedro de Velasco era sobrino del Virrey, el P. Salvatierra de familia noble, el P. Ratkay paje de la Corte de Viena, de sangre aristocrática muchos, de familias ricas casi todos . . . . .

Aplicaron los Superiores a esta tarea, sin distinción, a todos los sujetos de la Provincia que lo desearon y tenían las cualidades re-

queridas. Retirábanse a los que, al pie de la obra, no podían soportar tal género de trabajos o se hallaban incapaces de aprender lenguas. Aumentando las conquistas, fué necesario pedir auxilio a las provincias españolas y luego a las italianas y alemanas. Así fué como, a mediados del siglo XVIII, acudieron numerosos sujetos de aquellas naciones que dieron nuevo vigor a las agotadas misiones de la Tarahumara, Pimería y California. En ésta la mitad del personal, en tiempo de la expulsión, era extranjero.

Pasada la primera época de la conquista, la vida de los misioneros cambiaba de aspecto y se reducía a la formación social y religiosa de la comunidad. Los peligros, las revueltas y las privaciones eran de otra clase y no se necesitaban las mismas cualidades para el éxito. Habría sus más y menos en la calidad de los obreros; sin embargo, si bien hubo algunas pocas faltas graves que inmediatamente se remediaron, podemos decir que hasta el fin el personal fué notablemente capaz y escogido.[1]

Todos ellos dependían de un Provincial que residía en México y les enviaba de tiempo en tiempo Visitadores Generales que recorrían todas las misiones. Conforme lo iba exigiendo el aumento de los pueblos, se iban formando grupos o distritos homogéneos a modo de provincias que tenían a su frente un Visitador local o Vice-Provincial que visitaba cada año su territorio.[2] En los últimos años estas provincias eran seis: Sinaloa, California, Chínipas, Nayarit, Sonora y la Tarahumara. A su vez cada Visitador local tenía a su cargo tres o más llamados Rectores. Estos a su vez gobernaban tres o más misioneros que vivían en las cabeceras y tenían dos o más pueblos de visita. En el cuadro de esta organización casi militar, hallaban los misioneros, para su defensa como para su mérito, el estímulo y el freno de una disciplina religiosa que no se aflojó nunca.

[1] Al fin, había todo un Código de Ordenaciones y Regulaciones de los PP. Generales, Provinciales y Visitadores. Tenemos varias colecciones que corren del año 1662 al de 1764. En ellas se puede apreciar la vigilancia de los Superiores y la estricta disciplina a que se sujetaban los misioneros, a más de sus afanes apostólicos. Miscel. Mex. T. VIII, I. 199, Tom. IX, 723-749. Ysleta.

[2] El nombre que actualmente se usa es Superior de la misión. Los misioneros solían ser permanentes en su misión, el título de Visitador y Rector cambiaba cada tres años de un pueblo a otro.

4. SUS MÉTODOS.—Se podría escribir un libro entero sobre esta materia y los misionólogos modernos podrían disertar a su gusto hasta la posibilidad de un clero indígena.[3] Nos contentaremos con breves indicaciones.

Luego que alguna tribu aceptaba convertirse y consentía en reunirse en pueblo, se construía una iglesia provisional, chozas para el misionero y las familias y se empezaba la labranza que había de sustentar la nueva comunidad. Bautizábanse todos los niños menores, a los otros y a los adultos se les obligaba a asistir a la doctrina y oraciones una o dos veces al día hasta hallarse capaces del bautismo. Nunca usaron los Jesuítas los bautismos en masa sin la debida preparación: el gran número de bautismos a los principios se debía a los niños. Así el P. Kino, que podía haber fácilmente bautizado más de 12.000, dejó de bautizar aún a los niños de los pueblos en que no tenía esperanza de colocar un misionero de asiento.

La enseñanza era rudimentaria, como el compendio del P. Castaño que vertieron en sus lenguas: la existencia e unicidad de Dios, sus mandamientos para lograr el cielo y evitar el infierno, los sacramentos y las oraciones, la devoción a la Eucaristía y a la Virgen, la misa al menos semanal y las prácticas de la semana santa..... Es para nosotros un milagro, que prueba la trascendencia de la ley cristiana, ver la transformación pronta y radical que obraba el bautismo en indios antropófagos, asesinos, polígamos, borrachos, ladrones, hechiceros y enemigos a muerte de indios de otras razas.

No se puede negar que, para niños y jóvenes (aun no degradados), tenía la vida cristiana y civilizada atractivos irresistibles. El amor y trato dulce de sus misioneros (que superaba al de sus propios padres), los halagos y fiestas con que los convidaban los cristianos, el poder salir y viajar fuera de sus fronteras sin peligro de muerte, el hallar hermanos en las otras tribus, el ver las iglesias y casas que eran la gran novedad y gloria de los pueblos vecinos, el pacífico cultivo de sus campos y el sustento asegurado, la felicidad de las familias, la variedad y exterioridad de las fiestas religiosas y profanas (pues se guardó o cristianizó todo uso o juego compatible

[3] No conocemos más que un caso, de un indio de Guarizame, que fué después cura de su remoto pueblo por los años de 1760.

con su nueva vida), la defensa contra injustos agresores aun españoles y otras muchas ventajas que bien merecían los sacrificios que tenían que hacer para renunciar su mísera libertad.

El mayor cuidado se ponía en la enseñanza de los niños. Cerca de cada iglesia había alguna especie de escuela, donde se formaban los que habían de servir en la iglesia, tocar instrumentos y ser catequistas (temastianes). Estos niños aprendían a leer, escribir, contar y el castellano. En la Villa de Sinaloa, en Nabojoa (Mayos), Rahun (Yaquis), Mátape (Opatas), Loreto (Californios), había pequeños seminarios más formales, donde se daba educación más esmerada a dos o más niños de cada pueblo de la misión. El estudio del castellano fué muy discutido, favoreciéndolo unos y restringiéndolo otros misioneros, según la idea que se formaban del porvenir de sus especies de reducciones.

Venía luego la organización social y civil que no siempre era cosa fácil. Indios había que dos o más veces querían cambiar de lugar porque el elegido no les agradaba y el misionero había de pasar por ello. Otros se rehusaban a trabajar y el P. Ugarte se puso a bailar con los niños para batir adobes, mientras los hombres los miraban sentados riendo. El P. Carranco se unció con una mula para arar sus primeras siembras. El misionero tenía que hacerlo y verlo todo personalmente: era padre, médico, labrador y oficial de todas las artes.

Al fin, en los centros principales tuvieron todos los oficiales que requería la comunidad: Cacique o General, Capitanes, soldados, fiscales, alcaldes, topiles, madores, vaqueros, muleteros, labradores, unos nombrados por el misionero, otros por el Gobernador y otros por el Rey. Había igualmente carpinteros, herreros, corrales para el ganado, canales de riego y presas, molinos, telares para toda suerte de telas en California donde tenían los Jesuítas las manos libres y ¿quién lo diría? en el rincón más abrupto y lejano de Sonora, Besaraca. Toda esta maquinaria la dirigía el misionero en persona, si no tenía la rara suerte de tener un Hermano coadjutor.

Uno de los mayores empeños de los misioneros a los principios era ganar y poner al frente de los pueblos a los caciques de mayor autoridad y más queridos de los indios. No hay duda que en muchas tribus, especialmente entre los Yaquis, facilitó esta providencia

la conversión de toda la raza e hizo menos sensible el tránsito de una civilización a otra. Solían también traer familias cristianas de otras tribus para formar núcleos consistentes, pero no siempre se avenían unos con otros. Alguna que otra familia española, cuando era recomendable, solía ser muy apetecible para el buen ejemplo y la compañía, pero ellas solían vivir en haciendas y dependían de clérigos seculares. Por lo común, la turba de mineros y vagos españoles servía más de estorbo que de ayuda.

La cuestión de la incorporación del indio a la nación era de las más delicadas. No había en México ni podía haber reducciones propiamente dichas como se cuenta del Paraguay. Todas las puertas estaban abiertas a los españoles y convivían las dos razas en un mismo territorio. Se concedía a los indios, por diez o veinte años, exención de diezmos, tributos y encomiendas. Se prohibía anduvieran éstos de vagos fuera de sus pueblos o tribus para evitar volvieran a la vida salvaje y se dedicaran a la rapiña, pero andando los años, fué imposible, a pesar de las reclamaciones de los misioneros, resistir a las exigencias de los hacendados, mineros y de las mismas autoridades en busca de mano de obra; se les deshacían las indiadas de entre las manos y los pueblos menores perecían de inanición. Enseñarles el español era favorecer la desbandada y la perdición, pues sabida era la clase de vida cristiana que los pobres podían llevar en las minas o de peones en los ranchos. Si este estado de cosas favorecía la prosperidad pública y la fusión de razas, era ciertamente entonces con perjuicio de los intereses intelectuales, morales y religiosos de los pobres indios que vinieron a constituir la gran masa flotante de peones miserables que hasta hoy día esperan su redención.

5. Sus resultados.—El mejor éxito del misionero se ha de buscar en lo moral y religioso. Más que el oro y la plata y los bienes de la tierra, eran almas las que pretendían conquistar para Jesucristo. A los 40 años de labores (1645) notaba el P. Pérez Rivas que, en los libros de bautismos de las 35 cabeceras a la sazón existentes, llevaban ya 300.000 nombres. El año de 1752, según informe del Visitador P. Juan Antonio Baltazar, atendían los Jesuítas en lo espiritual a 83.649 indígenas en el continente y 11.125 en la California. Finalmente se calcula que, en el siglo y medio que misionaron los Jesuítas, bautizaron más de dos millones de indígenas.

Ahora, si fijamos nuestros ojos en un mapa de México, si bien han desaparecido unos pueblos menores, subsisten en su casi totalidad, los lugares que les sirvieron de cabeceras y allí se arraigó tan bien la fe que un siglo de descristianización y de abandono no ha bastado para borrarla. Allí están, intactos o renovados para gloria de Dios, todos los templos que levantaron, algunos de bello estilo colonial. Es verdad que las grandes agrupaciones de indios (fuera de los Yaquis o Mayos) se han fundido en un mestizaje confuso y ha acudido gran número de blancos pero, "de hecho, dice el Dr. Bolton, de una manera o de otra, una parte considerable de los habitantes del Oeste actual de México, son descendientes o herederos de los neófitos que hicieron, al amparo de los Padres, sus primeros pasos en la civilización europea".[4]

Se ha achacado a veces a los Padres no haber preservado a estas razas de la disminución o extinción completa. Las causas no dependían en manera alguna de ellos y eran muchas, las principales son comunes a todos los países en el advenimiento de una raza superior y avasalladora. A esto hay que agregar las epidemias, las hambres, las inundaciones, el peonaje que se llevaban los mineros y hacendados, la libertad de salir de su país, como lo hacían en masa Yaquis y Mayos en busca de sitios más favorecidos. Tampoco es cierto fuera porque los misioneros les obligaran a trabajos pesados; (los de las minas y de las haciendas lo eran incomparablemente más), pues sucedía lo mismo en los lugares donde los indios se habían hallado acostumbrados a la agricultura.[5] ¿Y la California donde no había minas ni haciendas? Ciertamente hemos de admitir un factor fisiológico como en otras partes: estas razas se desarrollaban mejor con la poligamia y en su vida errante que en aglomeraciones de gente civilizada, como sucede hoy mismo con nuestros campesinos que van a vivir en los grandes centros urbanos.

Los Padres no prestaron, en la frontera, menores servicios a los españoles que a los indios. Sólo por ellos se hizo posible, tan en

[4] Dr. Bolton: The Black Robes of New Spain. Catholic Historical Review. 1935. p. 280.

[5] El P. Pfefferkorn constata que en 50 años Sonora había perdido más de la mitad de su población indígena aun entre Opatas, Pimas y Pápagos, que celebra por su hermosa y sana constitución física, y eso sin guerras ni epidemias. G. Treutlein. Mid-América. April 1940, p. 135.

breve y tan a poca costa, la conquista. "Una misión era centro de agricultura cuyos productos beneficiaban a los hacendados, mineros y soldados. En todas las expediciones proporcionaban ellos, no sólo víveres, animales de carga, sino auxiliares indígenas para corroborar la escasa fuerza militar del español. Su arte en manejar con amor y suavidad a los indios los hacía servir de agentes diplomáticos entre las tribus hostiles para la paz. La misma misión, con sus fortificaciones y defensores indígenas, sirvió muchas veces de baluarte contra el invasor.

"Su gran ilustración y refinada educación contrastaba, no sólo con la barbarie indígena, sino con los elementos abigarrados de aventureros y oficiales de ventura. Para todos era un elemento de progreso y el mejor y más agradable solaz de los viajeros. En muchos asuntos de política fronteriza y aun internacional, los misioneros eran los expertos que consultaban los Oficiales del centro y muchas veces se los llamaba a México, a España y aun a Roma para dar informes. Las instrucciones dadas en Europa las interpretaban y aplicaban según las circunstancias y conveniencias de la frontera que tan bien conocían.

"Ellos fueron quienes aclimataron e importaron en la frontera y en la California la mayor parte de las semillas, árboles frutales y aun flores de Castilla. El primer trigo que se sembró a las orillas del Colorado fué enviado por el P. Kino. Ellos abrieron caminos y rutas de comunicación por toda la costa del Pacífico y de California.

"Al margen de su obra misional, eran exploradores, cartógrafos, etnólogos, lingüistas. Finalmente, añade Bolton, "fueron los Jesuítas los primeros historiadores de la América del Noroeste. Pérez Rivas, Kino, Venegas, Alegre, Ortega, Baegert, Pfefferkorn, Nentuig . . . . . escribieron crónicas que nunca perderán su importancia. Famosas son las *Relaciones Jesuíticas del Canadá* que nos ha conservado Cramoisy; igualmente preciosos en su calidad y mucho más voluminosos son los escritos que en semejante materia han dejado los "*Padres Prietos*" de la Nueva España. Los más de ellos no se han aún reunido ni publicado".[6]

[6] Bolton. Lugar citado.

LIBRO SEXTO

LAS MISIONES



Lámina 4.—Fachada de la Parroquia de S. Luis de la Paz (Gto.)

Lámina 5.—Autógrafo de los primeros bautismos del P. Tapia.

PREAMBULO

El gran iniciador de las misiones del Norte fué el Visitador P. Diego de Avellaneda. Hubo sus dificultades en realizar este pensamiento y las principales nacieron del mismo Provincial P. Pedro Díaz, que temía comprometerse en nuevas expediciones y lanzarse al establecimiento de residencias excesivamente lejanas.[1] Esta oposición de pareceres introdujo algún retardo y no dejó de causar pesadumbre al Visitador, según escribía al P. General a 11 de Marzo 1592:

"El P. Provincial fomenta poco el estudio de las lenguas y muestra poco ánimo para promover las misiones de Sinaloa. De allí piden auxilio y ha sido menester mucha destreza y paciencia para sacar al Provincial dos Padres y un Hermano. Si esto hay, *me presente,* mire V. R. si temeré que en la ausencia se eche todo en un rincón". Por eso tomó el Visitador el medio de ir ejecutando por sí todo lo posible, no contentándose con sólo ordenarlo.

No le faltaban al Provincial buenas razones humanas de observancia religiosa, escasez de personal y de elementos de estabilidad y "acerca de lo de Zacatecas y Sinaloa, decía que el parecer de casi todos era que hay muy poco fundamento en estas partes para hacer residencias y que será más conveniente y se seguirá más provecho que de aquí ayudemos por vía de misiones".[2]

[1] Era sin embargo santo religioso. Murió en el Colegio Máximo el 12 de Enero 1619 sin haber perdido la inocencia bautismal. Cf. Menologio, fecha citada.

[2] Citado por Astrain. IV. 410.

A pesar de todas estas razones, hijas de la rutina, el P. Avellaneda se afirmó en su propósito; robusteció la residencia de Zacatecas; prometió operarios al Virrey para los Chichimecas de San Luis de la Paz y a mediados de 1591 envió a Sinaloa a los PP. Gonzalo de Tapia y Martín Pérez. De ahí habían de salir las más gloriosas conquistas para la gloria de Dios y salud de las almas y para ellas no habían de faltar grandes misioneros, ni menguar las virtudes ni la observancia religiosas, ni escasear el alimento que Dios da a las aves del campo.

Conforme al propósito de esta obra, sólo trazaremos las grandes líneas de esta empresa gloriosa: los pormenores y las miserias humanas (que las hubo como en todo negocio humano) hallan mejor lugar en monografías o historias extensas.

El orden no es exactamente el cronológico, sino el geográfico: pasamos de los Chichimecas de San Luis de la Paz a los Zacatecos de Parras, luego a los Tepehuanes de Durango; de allí a las misiones de Topia, Sinaloa (con las interiores de Chínipas y Tarahumares), después a las de los Mayos, Yaquis, para terminar con las de Sonora, Pimería, California y Nayarit.

CAPITULO I

MISION DE SAN LUIS DE LA PAZ.

1598

1. Primeros trabajos con los Chichimecas. 1589.—Nada hay más indefinido, dice el P. Cuevas, en nuestra historia, que la clasificación de todas esas razas trashumantes y fierísimas, que se movían en el centro de México dentro de una circunferencia de 170 kilómetros de radio con centro en el Norte del Estado de Guanajuato. La lengua de la tribu dominante era la Otomí, probablemente la más bárbara y cerril de las habladas en la Nueva España. Mas también hubo tribus Huachichiles, Tamaulipecas, Janambres, Pames y Huastecas. Por 60 largos años fueron los Chichimecas la rémora de las conquistas hacia el Norte y como una barrera infranqueable para el comercio, la explotación de minas y, lo que es peor, para la evangelización de las comarcas norteñas.

Andaban por los caminos que hay en México a las minas de Zacatecas y Guanajuato y a otros distritos de Nueva Galicia y Nueva Vizcaya, haciendo grandes daños y crueldades en las estancias de ganados mayores que por allí existían, asaltando, robando y matando gran número de gente, españoles e indios y de tal manera que la voz, que de esto había, era tan temerosa que muchas de las estancias se despoblaban y los caminos se dejaban de seguir y el comercio y la contratación de minas se acortaba. Estos indios habían tomado tanto atrevimiento que casi llegaban a 20 leguas de la capital, haciendo los dichos daños y muertes y destruyendo los pueblos de paz.

Averiguó el Virrey Marqués de Villamanrique, que las causas, que estos indios tenían de hacer estas matanzas y robos, eran los agravios y malos tratamientos de los españoles y especialmente de los soldados que, por su interés, entraban tierra adentro a cautivarlos y les tomaban y llevaban a sus mujeres e hijos. Como por la fuerza la guerra era inacabable, pues los indios, después de hacer sus asaltos a horas y partes inciertas, se metían en los montes, determinó enviar misioneros que, por vía de paz, les doctrinasen y prometiesen no se les haría daño en sus bienes y personas.[3]

Después de varios trámites, que no conocemos bien, fué señalado, para entrar a llevar promesas de paz e introducir el evangelio entre estos bárbaros, el P. Gonzalo de Tapia, que desde el verano de 1587 misionaba entre los Tarascos de sus fronteras.

Nacido en León de España el año 1561, el P. Gonzalo había venido antes de ordenarse a México el año 1584 y, luego de ordenado, se había estrenado con gran éxito entre los indios de Michoacán. Era el hombre más a propósito para tan arriesgada empresa. Pequeño de cuerpo, barba poblada, corto de vista, vivo de ingenio, de inagotables recursos prácticos, memoria fenomenal, atrevimiento de conquistador, celo ardiente y abnegación a toda prueba: tal nos lo describen los que lo conocieron y tal se reveló en su vida de misionero.

Recibido aviso de sus Superiores y conocidos los riesgos de la vida que iba a correr, se recogió unos días para pedir a Dios los auxilios que necesitaba y luego, a fines de 1588 o principios de 1589, fué entrando por Puruándiro, Pénjamo e Irapuato, trabando amistad con los principales de los Chichimecas, poniéndose en 20 días

[3] Cuevas, 11. 390. Trae la relación de la Real Audiencia de México de 23 Noviembre 1589 en que dice el Virrey Villamanrique mandó Religiosos para hacer proposiciones de paz, aunque no nombra a los Jesuítas. Habla de ellos nominalmente el Virrey D. Luis de Velasco al Rey en 8 de Octubre 1590 diciendo que enviaba cuatro (fueron dos) Padres lenguas. Albizuri dice que fueron los Chichimecas, que lo habían tratado en sus fronteras, que lo pidieron al Virrey, y éste al Provincial. No tenemos a la fecha datos exactos sobre esta expedición. El más pormenorizado es el P. Juan Albizuri, que en 1633 escribió la Vida del P. Tapia en Bamopa de Sinaloa, corregida por su Superior el P. Varela que había conocido al P. Tapia. Existen dos manuscritos de esta vida. Muchos datos sin embargo son inexactos o vagos y han sido rectificados por el moderno historiador del P. Tapia, P. Eugene Shiels S. J. New York. 1934.

al corriente en su lengua [4] y ganándoles la voluntad con su trato tan dulce como amoroso. Recibido de paz, tribu por tribu, pueblo por pueblo, entre peligros sin cuento, viviendo su vida, llegó hasta San Luis Potosí que era como la cabecera de los Guachichiles.

Reconocido el país y hecho arreglos de paz satisfactorios, tanto para los indios, como para los españoles, empezó a tratar de reducirlos a pueblos, buscando de acuerdo con el Virrey un lugar conveniente donde se les dieran todas las facilidades, tierras, vestido y alimentos. Durante los dos años en que estuvo en esta misión el P. Tapia, parece que fueron varias las pequeñas reducciones y tentativas que se hicieron de poblaciones [5] hasta que el Virrey D. Luis de Velasco se fijó, sin duda por indicación del P. Tapia, en el magnífico lugar de San Luis de la Paz. Cuántas fueron las caminatas por aquellos desiertos y cuántas las penalidades para congregar a estos nómadas, sólo Dios lo sabe.

"Solía después contar el P. Tapia con mucha gracia (que la tenía en todo) que había hallado en aquella tierra un indio de tan crecida altura que era un verdadero gigante: a éste hizo su Fiscal por verle bien inclinado. No usaba otro vestido (como casi todos los demás), que un manojo de hierba o de esparto que traía pendiente de la cintura sólo por delante: con esto y con una lechuguilla que pidió el Padre a un pasajero y su vara de Fiscal, andaba aquella torre de carne contentísimo, pareciéndole inferiores a las suyas todas las galas del mundo. Recogía para la doctrina con mucho cuidado toda

[4] Algunos niegan la veracidad en este hecho o lo atribuyen a milagro. En nuestros días hemos conocido un caso parecido de memoria extraordinaria para lenguas. El vocabulario de estos idiomas era bastante limitado. Además no se afirma que a los 20 días poseía a fondo el lenguaje sino que los entendía y lo entendían.

[5] El P. Albizuri pone el primer asiento en Atotonilco, otros en Atlacomulco, donde pusieron su convento los Franciscanos, pasándolo después, cuando vinieron los Jesuítas, a Sta. María, dos leguas de allí. Pérez Rivas pone el primer asiento del P. Tapia en S. Luis de la Paz, aunque en 1591, fecha en que el P. Tapia debía de estar en Zacatecas o Durango. No hay duda en que el asiento del P. Tapia fué La Paz y antes de esta fecha, pues en unas hojas sueltas de las partidas de bautismo de aquella parroquia (que fotografiamos) se hallan algunas que son de la letra de dicho Padre y empiezan por el mes de Octubre de 1590 y hay bautismo de adultos hasta de 70 años.

la gente y, si alguno se le huía, en dos tramos le daba alcance y sin dejarle poner los pies en el suelo, lo traía a la iglesia.

"Viendo miés tan copiosa y sazonada, avisó al Provincial le socorriese con algún compañero que le ayudase a llevar adelante lo que el Señor había comenzado. Vino por compañero el P. Nicolás de Arnaya a quien todos conocimos, dice el P. Albizuri, como Provincial de la Nueva España y en la santa vida que vivió y virtudes heroicas que en él vimos, mostró bien el haberse criado en la escuela del P. Gonzalo. Trabajaron ambos Padres con abundante fruto hasta fines de 1590 en que, habiendo sido llamados a México para cierta junta, al volver hallaron que los Franciscanos habían ocupado lo principal de aquella doctrina".[6]

En memoria de su primer apóstol, conserva la parroquia de San Luis de la Paz en su sacristía, un retrato del martirio de aquel que, antes de regar con su sangre las misiones de Sinaloa, regó con sus sudores aquellos desiertos.

2. Fundación de la residencia y del seminario, 10 Oct. 1594.—Resuelto el Virrey D. Luis de Velasco a fortalecer el asiento de San Luis de la Paz para la quietud de los Chichimecas y seguridad de las vías de comunicación para el Norte, puso allí un presidio de soldados, que garantizase a los nuevos colonos a la par que la reducción y cristianización de los bárbaros. De conformidad con las órdenes del Rey, pidió que la Compañía se hiciese cargo de la nueva población y de los nuevos pueblos que en su derredor se fueran formando.

Fueron señalados los PP. Francisco Zarfate y Diego de Monzalve que tomaron posesión del lugar a 10 de Octubre de 1594. Llevaban consigo cuatro indios del seminario de San Martín de Tepotzotlán para la escuela de Chichimecos, que luego se instaló y dió los frutos que en otras partes. Dícese que aquellos indezuelos llegaban a aprender tan bien el canto, escritura y lectura, aun en es-

[6] Así Albizuri en la obra citada. Pero ignoramos el tiempo exacto de la permanencia del Padre en San Luis de la Paz, ni la verdadera causa de su salida, pues, según veremos el episodio de los Franciscanos parece posterior, así como la venida de los Tlaxcaltecas.

pañol, que lo leían en el refectorio de los Padres tan perfectamente como los españoles.[7]

En casa y capilla improvisada, se dieron los Padres tan buena maña con los niños y los indios, que causó admiración al P. Esteban Páez, quien el año siguiente los fué a visitar. "Una legua antes de La Paz, dice, salieron a recibirme muchos indios Chichimecas a caballo con sus espadas ceñidas a la española y otros, asimismo, con sus arcos y flechas que causaban horror. A la puerta de la iglesia nos esperaba el resto del pueblo muy en orden, los hombres a un lado y las mujeres a otro.

"Después de una breve oración, hice que se preguntaran el catecismo unos a otros y en este género los Chichimequillos de la escuela o seminario nos fueron de mucha recreación, porque se preguntaban y respondían con mucha presteza, no sólo a las preguntas ordinarias de la doctrina, sino el ayudar a misa y lo que se responde a los bautismos, lo cual decían con tanta distinción y buena pronunciación como si hubieran estudiado latín algunos años. Al día siguiente dije misa, oficiándola los mismos indios en canto llano con tanta destreza que los españoles no lo harían mejor. Con esto se van domesticando y aficionando a la virtud y con su ejemplo otros infieles de la misma nación, grandes salteadores y homicidas, van saliendo a poblado".[8]

En la siguiente Semana Santa de 1596 pudo verse, no sólo el aumento de las conversiones, sino también su solidez en dos ejemplos notables de aquellos bárbaros. Uno que, provocado a un desafío había dado muerte a su contrario, se humilló a recibir las reprensiones que se le hicieron y a pedir públicamente se le perdonase. Otro, indio principal, se había entrado ebrio el Lunes Santo en la iglesia, a pesar de la prohibición del Padre y exhortado allí a los indios a rebelarse vomitando injurias. Vuelto en sí, vino al otro día a arrojarse a los pies del misionero bañado en lágrimas, y no contento con esto, el Jueves Santo, antes de salir la procesión, se acusó públi-

[7] Carta del P. Zarfate al P. Provincial. Alegre, 1. 281.

[8] Carta al P. Aquaviva. Alegre, Véase allí mismo la fundación de San Marcos. Marcaban los indios las muertes que habían hecho con señales en un hueso. En el primer bautismo general de adultos, había uno que había muerto a 30 españoles y 70 cristianos de indios viajeros.

camente del desacato y comenzó a descargar sobre sus desnudas espaldas muy recios golpes con una disciplina, diciendo a voces que por amor de Dios le perdonasen y pidiesen por él a su Majestad.

A los fundadores se fueron agregando varios operarios para ayudarles a recoger la miés, entre los primeros se cuenta el famoso operario de indios de Tepotzotlán P. Hernando Gómez († 1610), que vino acompañando una colonia de indios Otomites cristianos que trajo el Virrey para robustecer la población.

Sin embargo fueron amargados estos principios por la muerte prematura del fundador P. Zarfate. Llamado a dar una misión al partido de Huitzitzilapa, después de predicar muchos sermones en el pueblo de Xilotzingo, de oir confesiones y repartir más de 500 comuniones, el día del Espíritu Santo, fué llamado a una confesión a un pueblo distante, en clima nada favorable y se sintió atacado de ardiente fiebre al volver a dicho pueblo de Xilotzingo. Un vecino caritativo le acogió en su casa procurándole un colchoncillo (que aún de este pequeño alivio jamás usó el apostólico misionero). Vino a asistirle un Padre del Colegio de México, pero, a pesar de todos los auxilios, falleció a 6 de Junio 1597, contando solamente 34 años de edad y 16 de Compañía. Los curas de muchos partidos, que por espacio de algunos años había recorrido misionando, no le daban otro nombre que el de apóstol y solían decir que en sus pueblos había otras tantas Semanas Santas cuantas estaba allí el P. Zarfate, tanto por la frecuencia de sus confesiones y comuniones, como por otros actos de piedad y ejercicios de penitencia en que hacía entrar a cuantos oían sus sermones.[9]

3. Favores del nuevo Virrey, Conde de Monterrey.— Así como D. Luis de Velasco había favorecido las misiones de la Compañía, no las tomó con menos calor su sucesor el Conde de Monterrey. Para poblar y pacificar el país, había mandado traer una colonia de Tlaxcaltecas que suponía serían doctrinados por los Jesuítas como los demás indios; pero he aquí que se presentan los Franciscanos, queriendo pasar con los colonos que habían doctrinado hasta entonces. Insistieron los Tlaxcaltecas con el Virrey en que sus doctrineros habían sido siempre Franciscanos y que no podían

[9] Alegre, I, 345. Litt. Ann. 1597. Pérez Rivas: Crónica (extensamente) Alegre, II, 187.



Lámina 6.—Fachada de la iglesia de San Luis de la Paz.



Lámina 7.—Interior de la iglesia de San Luis de la Paz.

ser otros y mostraron una cédula real en esta razón. Detúvose el Conde al ver esta Cédula y escribió a Felipe II sobre este negocio lo siguiente:

"Aunque se presumía que esto salía de los mismos religiosos Franciscanos y no era lo que convenía, hube de pasar por ello, por no alterar lo que V. Mag. mandaba, y porque no haciendo así, fuérales muy fácil mudar a los indios y desbaratar la salida que no sin dificultades se había concertado, y así hubieron de ir y están, hoy con ellos en las poblaciones, religiosos de esta Orden. Pero sin embargo de esto, la experiencia ha mostrado que para traer y aficionar a nuestra santa fe católica a gentes tan bárbras y de tan diferentes naciones y lenguas..... les hacen grande ventaja los PP. de la Compañía, de que tengo clara evidencia por diversas razones... y entre ellas es de mucha consideración, que no se aplican los frailes a aprender las lenguas, sin cuyo adminículo no es posible recoger el fruto que se pretende. Demás, que los obispos ponen clérigos en las poblaciones que se han fundado en minas, para que administren a los españoles e indios neófitos que trabajan en ellas, y de ordinario los frailes tienen pesadumbre con los clérigos, pretendiendo también administrar a estos neófitos, siendo gente diferente de los Tlaxcalas y Chichimecas que están a su cargo, de que se sigue y ha seguido escándalo y mal ejemplo para los que nuevamente vienen en conocimiento del Evangelio.

"Los Padres de la Compañía van por camino diferente, porque se dan a las lenguas y las aprenden con facilidad y tratan a los indios amorosamente, con todo deseo de su provecho y muy desinteresados de todo lo demás. Son amados y respetados de los clérigos y españoles y de los mismos indios, a quienes no les piden ni toman cosa alguna, sino es lo que voluntariamente les dan de lo que comen, para su sustento; y así les coresponde el fruto a manos llenas, conforme al espíritu y deseo con que trabajan, y esto se ha echado bien de ver en diversas misiones donde han ido, y más particularmente en la provincia de Sinaloa, donde residen cuatro de ellos con mucha aprobación como a V. Mag. lo he significado antes de ahora, y el Gobernador Rodrigo del Río me lo ha escrito diversas veces con larga relación de todo. Por estas causas estoy resuelto de apro-

vecharme de ellos antes que de otros religiosos en las ocasiones que se ofrecieren".[10]

A esta carta contestó el Rey con dos Cédulas, fechadas de 25 de Junio 1597: la una al Provincial de S. Francisco, extrañando no se apliquen tanto como deben al estudio de las lenguas y encargándole "no estorben la entrada a las demás Ordenes que supieren lenguas y con celo del servicio de Dios y mío y bien de los indios se quisieren ocupar en su doctrina y enseñamiento". La otra al Virrey, mandándole agradecer de su parte a los Padres de la Compañía el cuidado que han tenido en el estudio de las lenguas y animarlos para que continúen.

Cumplió el Virrey el mandato de Felipe II y, habiendo reunido a los principales Padres de la Compañía de la capital, les agradeció con palabras encarecidas, en nombre de su Mg. el cuidado que ponían en aprender las lenguas de los infieles y en administrar los santos Sacramentos. Ellos, dice el Virrey han estimado mucho el favor y prometen trabajar con nuevo aliento en la predicación del Evangelio y en servicio de su Magestad.

4. Casa nueva y conversiones.—Sucedió al P. Zarfate en el cargo de Rector el P. Diego de Torres, en cuyo tiempo, el Virrey Conde de Monterrey hizo fabricar a costa del real erario, casa y templo (1597) de la Compañía. Floreció entonces en gran manera el *Seminario* con gran aprecio de los indios. Era un atractivo para los padres, hermanos y parientes de aquellos niños que los veían salir mudados en otros hombres. Un indio principal, rechazado de la casa por sus embriagueces, sentía más la retirada de su hijo del seminario que todos los desaires que pasó para alcanzar su propio perdón, efecto admirable de la gracia entre gentes tan bárbaras e insensibles.[11] A una fecha que ignoramos se tuvo que abandonar el Seminario.

Mientras el P. Torres atendía al pueblo, su compañero, Diego de Monzalve, recorría el país dando misiones, una de ellas en 1599 con el capitán Diego de Vargas por montes y tunales en busca de Chichimecos, de que trajeron gran recluta al pueblo.

[10] Tomado de Astrain. IV, 438. Archivo de Indias.

[11] Alegre. I, 324, 356.

No hubo propiamente hablando en San Luis de la Paz una misión en forma (pues los Franciscanos ocupaban el país), sino una reducción, en la ciudad y contornos, de Otomites o Chichimecas que se iban trayendo a poblar.

Esa circunstancia permitía a los Padres salir frecuentemente a dar misiones, como a San Luis Potosí, Ntra. Sra. del Palmar, minas de Sichú y otros muchos lugares, en que las necesitaban no menos los indios que los españoles.

Uno de sus más famosos misioneros fué el noble poblano P. José Serrano que, de los 14 años que vivió en la Compañía, los doce empleó en el cultivo de los Otomites, cuya lengua aprendió con gran trabajo y siguió estudiando toda su vida en la hora que otros gastan en el descanso después de mediodía.

Hacíase lenguas su Superior de su humildad, espíritu de oración y caridad con los indios. Aquejado de fuertes jaquecas, se acostaba con tanto dolor que se le partía la cabeza, y con todo, al primer golpe de la campanilla de la portería, estaba ya en pie para saber a lo que le llamaban, y parecía que estaba su salud en que le llamasen en aquellos tiempos. Dondequiera que iba, dejaba la gente tan bien instruída en la doctrina que los demás notaban que el P. José había pasado por allí.

Su muerte fué cual la merecía. Llamado a dar una misión a la Villa de San Miguel, cuenta su Superior, vino por la mañana a confesarse y me dijo: "Triste he estado esta noche por haberme soñado muerto y, a vueltas de esto, me he acordado de un escrupulillo de mi vida pasada, y pienso que ya lo he confesado, pero por sí o por no, lo quiero ahora confesar". Así lo hizo y partió, sin parar mientes, como siempre, en una hernia que le aquejaba. En el camino se le estranguló y al llegar fué a curarse en casa de un amigo, donde por más que se hizo, a los tres días se vió a las puertas de la muerte. Sintiendo llegada su hora, pidió a uno le trajese una disciplina y le hiciese la caridad de darle con ella una de su mano. Resistiendo el hombre a sus muchas instancias, el Padre se levantó de la cama y se hincó de rodillas en el suelo rogándole de nuevo. "No hay disciplina, dijo al fin el otro. —¿Habrá unas riendas? que todo va allá, replicó el Padre". Y por darle gusto echó el hombre mano de una correa y dióle algunos golpes en las espaldas sobre la ca-

misa, y queriendo el Padre quedarse en el suelo, el huésped lo levantó y puso en la cama y le hizo estar en ella hasta que expiró. Conservó hasta el fin su conocimiento, repitiendo con gran fervor: "Jesús mío, éste es el tiempo que me habéis de ayudar; recibid estos dolores en descuento de mis pecados". La conmoción de los indios, tanto en San Miguel como en La Paz, donde lo llevaron a enterrar, fué tal como nunca se había visto.[12]

Es caso único en nuestras crónicas, por eso lo hemos querido referir en su cándida realidad.

5. Últimas noticias.—Algún tiempo después entró a gobernar la misión el P. Gaspar de Carvajal, hombre notabilísimo en toda la Provincia por sus virtudes y los cargos que en ella tuvo. Dice Alegre [13] que a su celo se debió, en gran parte, la conversión final de la mayoría de los Chichimecas y Huachichiles de aquella región, que en vano se había intentado por las armas.

Fué tan amado y respetado de aquellos bárbaros que, entendiéndolo el Ilmo. Sr. Marqués de Salinas, no quiso nombrar Capitán de aquella provincia sin que el Padre lo aprobase. Falleció este eximio varón a los 85 años de su edad, en la Casa Profesa, a 10 de Febrero de 1647.

Después de él sólo conocemos al P. Diego de la Cruz que, a los 70 años (en 1653) rogaba al P. Goswino Nickel tuviera en consideración su edad para no hacerlo otra vez Superior.[14]

Tuvo esta casa, largos años, el título de residencia, dependiendo en un principio del Colegio de México o de Tepotzotlán (según creemos) y luego del más cercano de Querétaro cuando se fundó en 1625. Las primeras fincas, que le merecieron el título de Colegio incoado, se alcanzaron en el trienio del P. Diego de Molina (después Provincial) por los años de 1640.[15] Nos dice el P. Pérez Rivas que en 1653 ya se había edificado su nuevo y hermoso templo

[12] Pérez Rivas. Crónica, 11. 355. Murió a 8 de Enero 1623 (1622, P. Rivas).

[13] Alegre, II, 272.

[14] Archivo de Ysleta.

[15] MS. Archivo de Ysleta.

(señal de que ya gozaba desde entonces de la fundación necesaria para el título colegial).

En los catálogos del año 1757 figura en este lugar el *Seminario de Santa Cruz,* a cargo del P. Gregorio Leal con dos operarios Otomites.

En tiempo de la expulsión hallamos en la casa siete sacerdotes, pero no figura allí ningún maestro. Veremos en su tiempo el sentimiento de la población al saber el extrañamiento y la resistencia que se hizo a su ejecución violenta.[16]

[16] La bibliografía de las misiones va con la general. No siendo este compendio un estudio crítico de las fuentes de primera mano, sino una obra de vulgarización, nos podríamos dispensar del continuo y costoso machaqueo de las citas.

El material manuscrito que yace en los archivos es inmenso, no aun catalogado en forma y exigirá años de trabajo y largos tomos para componer una obra definitiva.

Para dar idea del fárrago de citas que ahorramos al común de nuestros lectores (pues sólo los críticos las leen), daremos aquí una muestra en el primero y más pobre de nuestros capítulos.

Pérez Rivas: Triunfos, p. 719; *Alegre*: Hist. de la Prov.; Tom. I, pp. 89, 90, 93, 280, 281, 304, 305, 324, 356, 357, 358, 382 ... Tom. II. 272; *Astrain*: Hist. de La Asist. Españ ... T. IV, 437; *Juan de Albizuri;* Historia de las misiones, Vida del P. Tapia, 1633. MS. Bancroft Library; *Shiels W. Eugene*: Gonzalo de Tapia, New York, 1934; *Sobre el P. Arnaya*: Menol. p. 75; Alegre, I, 141; Pérez Rivas: 239; Beristain, 101; *Páez Esteban*: Carta de su llegada a San Luis de la Paz, Alegre, 1,304. Sobre el *P. Gaspar de Carvajal;* Pérez Rivas, 1,365; Alegre, II. 272; Menol, 217; Lecina: I. 11. 124; Beristain, 1.256. Del P. Carvajal su Carta sobre el gran fruto que se hace entre los Huachichiles y de la falta de obreros para su completa reducción. *Sobre el P. Diego de Monzalve*: Alegre, 281, 292, 382, 383 ... *Sobre el P. Fco. Zarfate;* Pérez Rivas, Crónica, II. 187; Alegre, I. 281, 283, 345. *Sobre el P. Diego de Molina*: Biografía inédita. Arc. Ysleta. *Sobre el P. Diego Torres*: Alegre, I, 169, 277, 382. Sobre el *P. Hernán Gómez*: Pérez Rivas: Triunfos, 714; Alegre, 1.153, 154, 169, 277. T. 11, 24; Menol. p. 158. *Sobre el P. José Serrano*: Menol. p. 11; Alegre, II, 140; Pérez Rivas, Crónica II, 355.



(Galería Rom.)

Lámina 8.—P. Hernando de Tovar. Martirizado en Sta. Catarina (Dgo.) el 6 de Noviembre de 1616.

CAPITULO II

MISION DE PARRAS.

1 5 9 8

1. Primeras noticias de estos indios. 1594.—La misión, llamada de la Laguna o de Parras, comprendía toda la cuenca inferior de río Nazas y la Laguna de San Pedro donde este río desemboca, con todo el valle de Parras y Viesca al Suroeste del presente Estado de Coahuila. Extendióse después al Norte, más allá del desierto, a alguna tribu que llamaron Coahuilas por el rumbo del presente pueblo de Cuatro Ciénegas. Las lenguas que allí se hablaban eran el Zacateco en Nazas y rumbo Suroeste; el Irrita en Parras, Patos, la Laguna y Mapimí; al Norte el Toboso, el Concho, y el Coahuilteco y otros desconocidos, aunque al Sur todos los indios ladinos se gloriaban de chapurrear el Mexicano.

Por el año de 1594, cuando el P. Jerónimo Ramírez hizo su primera visita a Cuéncame, los Laguneros propiamente dichos se hallaban en el estado de salvajes primitivos, sin pueblos ni agricultura ni más trato con los españoles que las rápidas excursiones de los buscadores de minas que venían del Saltillo o iban a las de Mapimí. Los miraban con desprecio los Tepehuanes del Oeste que gozaban ya de mucha mayor cultura y aun los Zacatecos del Sur que habían ido a trabajar a las minas de Zacatecas o a las estancias de españoles, donde bastantes habían recibido ya el bautismo, aunque sin instrucción alguna.

La Anua de 1595 menciona ya a los Laguneros, que sin duda fueron aquel año visitados desde Nasas por el P. Ramírez, pero dice que no ha sido posible hacer estancia entre ellos por su extremada barbarie.

"Andan desnudos, no tienen pueblos ni casas, ni siembran ni comen más que los frutos que la tierra voluntariamente les produce de maguey, mezquite, lechuguilla y tunas y lo que les ofrece la pesca y la caza que es allí abundante en sus lagunas y montes, y aunque quieran los misioneros vivir entre ellos con toda incomodidad, no están seguros en su compañía, sino con mucho peligro de que, por su antojo o por satisfacer su hambre, les maten y coman".

A fines del año 1596 debió de venir a Durango para ocuparse en las misiones el P. Juan Agustín de Espinosa, natural de Zacatecas, donde sin duda en su niñez había aprendido algo de Zacateco y, mientras el P. Ramírez se encargaba de los Tepehuanes, él se hizo cargo de los Zacatecos y Laguneros. Para el Zacateco tenía ya la Doctrina y oraciones que había compuesto el año 94 el P. Ramírez en Cuéncame.

Todo el año de 1597 gastó en recorrer la región con grandes trabajos y peligros, buscando donde sería posible fijar aquella población trashumante, para poderle dar instrucción y principios de vida social. Hallaba entre los Zacatecos las mejores disposiciones y ansias grandes de bautismo, desde que pudieron entender en su lengua los misterios del catolicismo los ya bautizados por vía sumaria y aun los gentiles, que rara vez ponían dificultad a su conversión.

Pero entre los Laguneros las dificultades y los trabajos eran increíbles. La Anua de 1598, que trae una extensa relación de sus trabajos, supone ya una estancia larga entre ellos,[1] y un conocimiento exacto de sus costumbres y supersticiones. Háblase ya en ella de la fundación de Parras, pero debe referirse a la primera tentativa que se hizo el año anterior de 1597, pues dice que la capilla es de prestado y provisional, cita los caciques que primero se presenta-

[1] Esta Anua se conserva en el Museo Nacional: Jesuítas. leg. 31, que fué nuestro. Es una extensa relación que sólo podemos compaginar con la siguiente, diciendo que pertenece al año 1597.

ron con el de Parras, unos ya cristianos (sin duda Zacatecos) y otros gentiles y enumera las tribus que se ofrecen a venir. Ni una palabra de los Tlaxcaltecos ni del Capitán y añade que no hablará de aquella población hasta ver en qué para el entusiasmo.[2]

Dice que una de sus primeras ocupaciones fué aprender el Irritila que es la lengua del Valle de Parras y poner en ella la Doctrina, Oraciones, confesionario y cantos como se había hecho con el Zacateco. Ha bautizado a los niños de los cristianos y se han presentado como quince caciques para instruirse. Además de la capilla provisional, tiene un local que le sirve de hospital y un cuarto para el Padre. Predica y enseña la doctrina en Irritila y Mexicano (pues éste lo entienden los Zacatecos). Se han congregado como mil almas. La doctrina de los niños es cosa que encanta. Todas las mañanas, antes que salga el sol se los oye por el pueblo, metiendo algazara para despertar a los más perezosos. Luego se juntan en el patio de la iglesia con sus escobillas, pues lo primero que hacen es barrer la iglesia. Luego, mientras se juntan los muchachos, hacen una hoguera en el atrio, pues hace frío y no tienen para defenderse más que la ropa con que nacieron. Llegada la hora entran con gran gusto, hacen la limpieza y luego empiezan a cantar la doctrina en su lengua.

Describe luego las primeras fiestas solemnes que celebró, de Navidad, Año Nuevo y Epifanía. Antes de las dos misas de media noche y de gallo, gastan los indios el tiempo en sus bailes al modo cristiano, cantando sus cuatro Alabados en cristiano: el primero: Alaben los hombres a nuestra Santa Madre que lo es de Jesucristo; el segundo: Adoremos el lugar donde está nuestra Madre; el tercero: muy glorioso es el sombrero de Dios (no se sabe lo que entienden con esto); el cuarto: Digno es de ser alabado Dios Nuestro Señor. Acabadas las misas, viene el convite que se ha estado cociendo toda la noche: un novillo entero y una vaca con maíz. Son excesivamente aficionados a la carne.

El día de año nuevo se nombraron las autoridades de Alcaldes, Fiscales, Regidores, etc., que vestida ya su desnudez, parecen gen-

[2] Del valle de Parras las tribus nombradas son: Irritilas, Miopacoas, Mevisas, Daparrocopoas, Maiconeros. De la Laguna: Paoquis, Caviseres, Vasagoyes, Ahomanes, Nauopas (no respondemos de la ortografía).

tes. El día de la Epifanía fueron los bautismos solemnes ya de niños que aprendieron la doctrina, ya de adultos que se hallan dispuestos, con todas las pompas que se suelen y permite el lugar. Los cristianos confiesan y comulgan.

Viendo sin duda que la misión prometía estabilidad se determinó el Padre a emprender una fundación en toda forma, yendo para ello a proveerse a Durango de todo lo necesario y volviendo con el Capitán Antón Martín Zapata, con campanas, imágenes y acompañamiento.[3] Oigámosle referir su solemne entrada e inauguración.

2. Fundación de Parras. 1598.—Salieron de Cuéncame el 23 de Enero de 1598 y llegaron a Parras el 18 de Febrero, según un Acta sacada de la Villa de Parras cuya copia hemos conservado, aunque el Padre no cita fecha alguna ni habla de Tlaxcaltecos saltilleros.

"El primer pueblo de indios Zacatecos a que llegué, dice, está al pie del Cerro Gordo, llamado así por los españoles por su grandeza y altura. El cacique del pueblo con algunos otros salió a recibirnos a seis u ocho leguas y a buen trecho se apearon de sus caballos y me pidieron la bendición. Otro día llegamos al pueblo donde estaban todos juntos, esperándonos en procesión para llevarnos a un modo de iglesia que tenían preparada y, habiendo hecho oración pidiendo a Nuestro Señor diese feliz principio al bien de aquellas almas, los despedí.

"Al día siguiente, que era domingo, se hizo la dedicación de la pobre iglesia, poniendo en ella una muy hermosa imagen de la Asunción de la Reina de los Angeles y de los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo. Levantamos también una campana que llevába-

[3] No hemos podido comprobar la tradición local de la primera misa en Parras el 15 de Agosto de 1594 en la cueva de Texcalco. Cierto que el año de 1594 tenía en Parras casa (Rosario), D. Francisco de Urdiñola (hermano menor del Capitán del mismo nombre). Así Vito Alessio Robles. Pudiera ser que llevara un clérigo. No era ciertamente el P. Juan Agustín que a la fecha tenía 22 años y tal vez no se ordenaba. El mismo trae el acta de la fundación (o repoblación) de Parras: Coahuila y Texas en la época Colonial, p. 134, México, 1938. El primer asiento de la población, que antes no tenía más que unos 600 indios, se hizo con 15 caciques Zacatecos y algunas familias de Tlaxcaltecas que luego se trajeron del Saltillo y unos pocos españoles, Id. Doc. Hist. Mex. Serie III, p. 390.

mos y, después de haber cantado unas oraciones en lengua Zacateca, se dijo la primera misa con gran admiración de los gentiles que nunca tal habían visto.

"Desde este día se empezó a entablar la doctrina, a que acudían todos con mucho contento mañana y tarde y la tomaron tan de corazón que de noche los oíamos que, en sus casas, se estaban enseñando unos a otros, y aun acuden a la misa cada día. Hallé en este paraje algunos cristianos que se habían bautizado en la cercanía de Zacatecas, pero sólo lo eran de nombre, porque ni sabían ni tenían memoria de quien los hubiese bautizado ni constancia por escrito, y en la vida y costumbres, en abusos y ceremonias serán tan gentiles como los demás. Para asegurar y revalidar el bautismo y matrimonio de éstos, hice las diligencias que me parecieron necesarias.

"Uno de ellos fué el cacique del pueblo, viejo de unos 80 años y otros tres o cuatro de la misma edad, con otros más mozos y entre éstos el hijo del cacique, dejándolos muy informados de las cosas de la fe y obligaciones de cristianos. A los gentiles adultos no traté de bautizar hasta su tiempo, sino sólo unos cuantos niños de muy poca edad. Estiman en gran manera el bien que les ha hecho Dios al enviarles un hijo suyo (así llaman al sacerdote) para que los enseñe y los haga también hijos suyos y guíe al cielo y afirman que, ya de aquí en adelante, han de dar de mano a sus vicios y dejar los bailes y borracheras, y desde que estoy aquí lo han guardado.

"Un indio, de los más principales de los cristianos que dije, me vino a pedir que lo confesase y habiéndolo hecho con mucho dolor, me dijo: "Padre, yo solía antes embriagarme cada día mañana y tarde y andar tan sin juicio como si fuera un loco, sin acordarme que era cristiano, ni de Dios y con esto hacía otras maldades; pero, cuando llegó la nueva de tu venida, sentí que me decían en mi corazón, que ya no había de embriagarme más y, aunque tuve grande dificultad, hace cuatro meses que no he bebido vino ni hecho otro pecado, por lo tanto ruégote, Padre, que mires por mi alma".

"Con la voz, que corría hasta la Laguna, de lo que en este pueblo pasaba, vinieron muchos caciques a verme, como una maravilla de ver Padres en su tierra. Pidiéronme con instancia fuese a sus pueblos, en particular tres indios del río de Nasas, haciéndome ins-

tancia, porque corría enfermedad de que morían muchos niños y personas mayores sin la dicha de morir cristianos.

"Y añadió uno de ellos: Bien sabemos que no vienes a buscar oro ni plata (como los mineros) sino solamente la salud de nuestras almas y llevarnos al cielo; y, pues este es tu deseo, no repares en nuestra pobreza y falta de vestido, pues valen más que esto nuestras almas. Partí a la mañana y llegamos al poner el sol al pueblecito, saliendo la gente a recibirnos casi un cuarto de legua. Entramos todos en una especie de iglesia que tenían preparada; bauticé unos 17 ó 18 niños y niñas apretados de la enfermedad; confesé algunos adultos cristianos, que no se habían confesado en su vida, y expliqué en su lengua la doctrina cristiana con mucha admiración suya.

"Estando aquí llegó un Capitán español en busca de algunos indios que le debían dineros. Apretaba más que a otros a uno que le debía más y por no tener con qué pagarle, intentó llevárselo consigo. El indio, viéndolo airado, le respondió con mucha paz: "Señor, bastante tiempo te he servido, tu tienes razón por lo que te debo, pero déjame aquí algún tiempo para aprender la doctrina y hacerme buen cristiano y te iré después a servir si no tuviere con qué pagarte". El Capitán edificado lo dejó y el indio convirtió después a otro hermano suyo y lo mismo hizo otro cacique con su hijo.

"Tres días estuve en este pueblo y, después de haberles dado, a unos caciques que me lo pedían, buenas esperanzas de ir a poblar entre ellos, dí la vuelta a mi asiento, donde me recibieron con tanta alegría como si hubiese estado un año ausente. Traté luego de lo bien que me había parecido el otro pueblo y que sería mejor hacer allí el asiento de la misión. El cacique que me oía se estremeció mucho y dijo: "Padre, aunque esta es mi tierra, yo estimo más mi salvación, si te vas, yo y toda mi gente iremos tras tí".

"Esto es lo que Nuestro Señor se ha servido hacer en estas tierras. El que le dió tan buen principio a esta misión se sirva llevarla adelante para su mayor gloria", etc.[4]

Muy alentadores eran sin duda estos principios, mas veamos la rutina ordinaria de esta vida de los primeros años, en que el misione-

[4] Tanto Alegre como P. Rivas, Triunfos p. 674, recortan y liman un poco el original sin tocar a la sustancia. Alegre, I, 285.

ro lo tenía que hacer todo, solo, en medio de esta barbarie, si no hostil, al menos sin pulimento alguno. Es una carta íntima del P. Agustín a un amigo, tal vez el P. Arista, a quien convida a venir a compartir sus trabajos.

"Fuera del continuo ejercicio de la doctrina y catecismo, dice, le tengo en bautizar y confesar, casar y pacificar no sólo a los naturales sino a extranjeros y españoles donde se ofrecen las ocasiones. Y todo lo hago con mucho gusto y confusión mía de ver cuán llenas me da las manos Nuestro Señor en que servirle, y cuán mal y poco me dispongo a ser instrumento de su Divina Majestad para salvar almas.

"Guerra me hace el demonio y algunas veces muy cruda. Pocos días ha me vide tan lleno de tedio, tristeza y sequedad que *taedebat jam animam meam vitae meae;* ¡O qué paciencia y confianza en Dios es menester para estos ministerios! ¡Qué no hay de ocasiones, qué soledad, qué caminos, qué despoblado, qué hombres, qué aguas amargas y de mal olor, qué serenos y noches al aire, qué soles, qué abundancia de mosquitos, qué espinas, qué gentes y niñerías con ellas, qué tlatoles (chismes) y contradicciones de hechiceros!

"Más, si todo fuese flores, mi Padre, ¿qué nos quedaría que gozar en el cielo? Hágase en mi la voluntad del Señor. En ella quiero andar y no en la mía perversa, en sus manos que puso en la cruz y no en las mías pecadoras. Y así quedo animado para padecer hasta que venga el ángel que hubiere de ser mi compañero. Venga en hora buena y padecerá mucho, y llevará almas a Dios y consolármeha, alentármeha y ayudármeha, y servírlohe, respetárlohe, obedecérlohe y amarlohe. Pues que, con otras almas, ayudará la mía a caminar al cielo por la misericordia de Dios.

"Cada día espero la muerte y para recibirla pido a mi Dios el espíritu contribulado, corazón contrito y humillado. Que con esto el sacrificio de mi alma le será acepto".[5]. . .

Un año o más, parece que anduvo solo el P. Agustín, pues no se ve estuviera con él el P. Arista a principios de 1698 cuando se fundó oficialmente la Villa de Parras.

[5] Alegre. I. 370. P. Rivas: Triunfos, p. 712.

3. Organización de la misión. 1599.—Al llegar el P. Agustín a Parras apenas halló en el lugar, como indicamos, a unos 600 indígenas; pero con la continua venida de indios Payos, Rayados y otros, pronto llegó a tener cerca de 2,000 (otros dicen 5,000 contando los contornos). Los que vivían en toda la región de La Laguna se calculaban en 12,000, sin hablar de los muchos desparramados por los montes y desiertos, donde vivían en la mayor miseria.

No mucho después de la fundación de la misión, llegó de Superior el P. Francisco de Arista, con todas las licencias del Gobernador y del Virrey, los subsidios de ornamentos, instrumentos músicos y pensiones que se acostumbraban en la fundación de las nuevas misiones.[6]

En carta del propio año da él mismo cuenta de sus primeros trabajos en la misión:

"Han venido hasta ahora, dice, de ciento en ciento con sus familias los indios y con ellos otros muchos exploradores para hacer cata de la nueva fruta, de los cuales algunos ya se han partido y otros se aguardan para hacer lo mismo al tiempo de aguas. Parece se les va cumpliendo a esta gente el tiempo de la salud. Acúdese al presente a lo espiritual y temporal con respeto de ganarles las voluntades, convidando de cuando en cuando a los caciques con comida en nuestra casa y fiestas principales a todo el pueblo.

"Tienen, para entretenerse, un baile general en el atrio de la iglesia, como lo usaban en su gentilidad, pero ahora a lo cristiano con cantos y letra que se les ha dado de los Mexicanos. Esto no es a nosotros tan apacible como a ellos gustoso el que asistamos a sus fiestas y que no se les prohiban las que son honestas, y aún los niños y niñas hacen otro tanto cuando salen las tardes de su doctrina.

"A los nuevos que van llegando se les mide sitio para casa, huerto y alguna corta sementera de las que ellos usaban junto a sus casas, con orden de calles, visitándolos para ver la disposición que van dando a sus casas y saber si hay algún enfermo para acudirlo así en lo espiritual como con el sustento, en lo que se puede, a los cuerpos.

[6] En el Libro I al tratar del colegio de Guatemala hablamos de las grandes virtudes del P. Arista y de su muerte el año 1649.

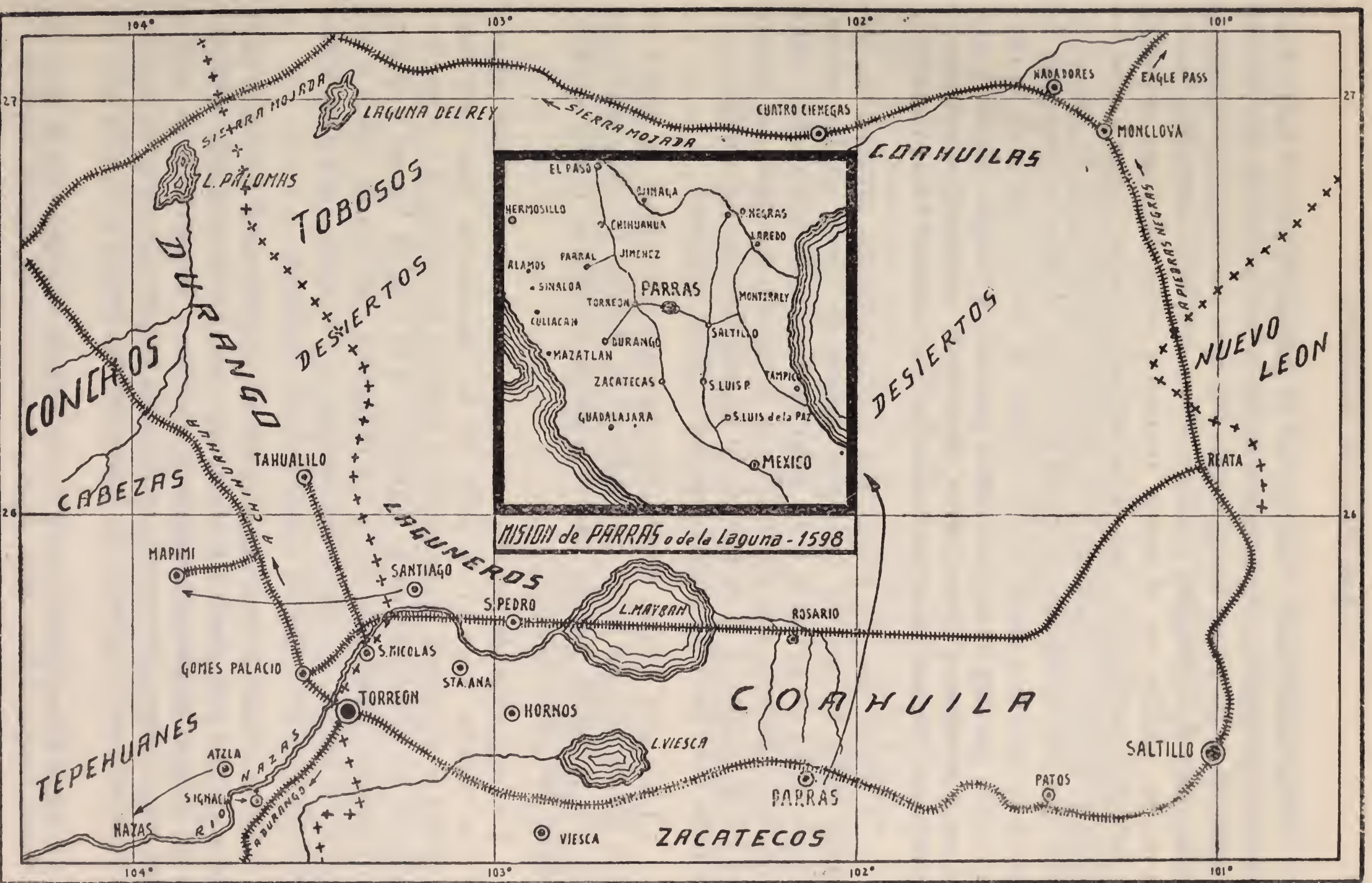


Lámina 9.—Mapa de la Misión de Parras.

"Hase comenzado a catequizar de propósito para el santo bautismo de los adultos, con catecismos que se han puesto en *dos lenguas* y sobre él se les hacen sus pláticas, con que van haciendo concepto de las cosas de la religión cristiana. Una vez bien instruídos, bautizamos los adultos con el mayor aparato y solemnidad que se puede, y, habiendo averiguado cuál es su verdadera mujer, luego los desposamos y velamos y quedan con esto tan trocados de lo que antes eran, que palpablemente se vé en ellos obra el santo sacramento del bautismo, que con tener tantas mujeres, se hacen capaces de la conveniencia que hay en no tener más que una, y los que, siendo gentiles, eran silvestres y como fieras, después de cristianos se amansan y domestican y tratan con tanta familiaridad como si fueran sus hijos.

"Algunos días de principales fiestas hacemos procesiones, llevando todos los nuevos cristianos cruces de flores en las manos; cuando se ha de enterrar a un niño bautizado, lo acompañan todos los niños cristianos, con guirnaldas en la cabeza, cantando las oraciones en su lengua, y si es adulto, lo acompañan los del pueblo y les asientan muy bien las ceremonias del entierro cristiano.

"Toda esta buena disposición muestra por ahora la gente de estos contornos, sin otros que después se podrán ir agregando, que con ella se podrá formar cuatro o cinco pueblos y reunir en ellos más de dos mil vecinos".[7]

La fundación de pueblos en lugares convenientes fuese tomando con mucho empeño de parte de los misioneros, pero con toda suavidad y paciencia, caminando a paso de los indios y favoreciéndolos en los principios en lo material. A lo cual el Virrey y el Rey contribuían, mandando dar a los reducidos raciones de carne a expensas del erario, y a los Gobernadores y Caciques, cada año, vestidos y espadas para mayor autoridad con su gente.

De un modo especial agasajaron los misioneros a los niños para que asistieran con gusto a la doctrina y oficios de la iglesia. Púsoseles un Fiscal chiquito encargado de traerlos a la doctrina, de buscar a los más cimarrones y montaraces en los lugares donde se escondían, de cuidarlos en la iglesia y de fomentar los juegos y danzas que te-

[7] Pérez Rivas: Triunfos, p. 678. Otros datos se hallarán en la carta del P. Nicolás Arnaya al Prov. Báez. Anua 1601.—Arch. Gen. Hist. T. 19, n. 8.

nían en el atrio. Para animar más a todos se estableció una fiesta especial de niños el día de los Santos Inocentes. Después de misa se convidaba a todos ellos a un banquete que servían los Padres, tocando la música de trompetas a cada plato y haciéndoles la salva como grandes.

De entre los niños más adelantados, se escogieron después algunos para enseñarles lectura, escritura, artes y música en un pequeño *Seminario* a que el Rey asignó $300 cada año.

4. Nuevos misioneros y fundación de pueblos. 1602-8.— Como es de suponer, los trabajos de estos principios sobrepujaban las fuerzas de dos misioneros. El P. Juan Agustín sucumbió el 29 de Abril 1602 entre sus hijos, solo, en un pueblecito de la Laguna asistido de un indio. Su memoria se conservó entre ellos largos años y aún en Zacatecas, donde la halló fresca en 1616 el P. Pérez Rivas, hablándole todos con gran cariño del ángel del P. Agustín, como lo llamaban. Sus indios especialmente se acordaban de haberle visto varias veces atravesar la laguna, con el agua hasta los pechos, para ir a auxiliar a los enfermos que vivían en las islas.[8]

Para sustituirle se pidieron al Rey otros cuatro Padres, que pudieran estar de asiento en los pueblos que se iban formando. No conocemos sus nombres ni la fecha de su venida. Sólo podemos señalar por el año de 1608 la llegada del futuro mártir de los Tepehuanes, P. Hernando de Tovar, que trabajó seis años en Parras y sus misiones.

Por la visita que, por el año de 1604, debió de hacer de la misión el Ilmo. Sr. Alonso de la Mota, sabemos que ya eran seis misioneros. "Las cabeceras eran *Parras* con dos pueblecitos al poniente y 1,500 almas; *San Pedro* a la orilla del río Nasas diez leguas adelante con más de mil personas de nación Mexues y Ocolas. Tiene este partido otras tres visitas, dos a la orilla del mismo río como una legua y otra cuatro leguas en la Laguna: todos ellos con una población de 2,500 a 3,000 personas y cada día van viniendo indios gentiles de la sierra, atráelos la comodidad del puesto y tener la comida sin trabajo. En tiempo de aguas se quedan éstos aislados y éntrase a adminis-

[8] La laguna en aquellos tiempos tenía 40 leguas de vuelta y en las crecientes 50, formando muchas islas y pantanos. Alegre, I. 415. 448.

trarlos en unas balsas que hacen de espadañas. Yendo el río arriba ocho leguas está otro Partido que se dice *San Ignacio* que tiene otros seis pueblos sujetos de 1,500 a 2,000 personas. Váseles juntando gente nueva y gentil que bajan de la sierra.

"Hará pocos años[9] eran casi todos estos indios gentiles y al presente están, los más, bautizados por los Padres de la Compañía y aunque la gente no es mucha, está muy esparcida. Dista el primer pueblo del tercero más de treinta leguas y, aunque se ha procurado congregarlos, no ha podido ser menos, porque siempre se han ido acomodando los misioneros a las comodidades de los indios, que de ordinario son las pesquerías y magueyales y en ninguna parte hay tanto de esto que se puedan sustentar, sino es dividiéndoles como están".

Tal es la primera organización de estas misiones y la apreciación de ellas por tan ilustre Prelado.

El P. Francisco de Arista tuvo la dicha de estar 16 años al frente de la misión y de asistir a su completo desarrollo. Oigámosle describir una a una sus fundaciones.

"La primera misión, dice se llama de *Santa Ana,* que está como a 15 leguas de este valle al Poniente. Hase acudido a ella algunas veces y así es gente manejada y la más cristiana. Sólo quedan por reducir ocho o nueve caciques de la comarca, con que vendrá a ser un pueblo de más de 500 vecinos. La comodidad que tiene de ciénagas, manantiales, montes, frutas, caza de todo género es muy a propósito para que, asentada una vez, no haya recelo de novedad.

"La segunda es *San Pedro* en la desembocadura del río Nasas a 18 leguas. Esta esperamos será una de las mejores por las comodidades del río, de la Laguna y en ellos mucho peje. Tiene también caza en abundancia, frutas, y semillas de todos géneros, montes, piedra y madera. En los contornos se levantaron posteriormente los pueblos de *Santiago* y de *San Nicolás,* habitados por 30 caciques de gente mansa y fácil de congregarse.

[9] Dice 14 años. Sólo que escribiera en 1612. Descripción geográfica... de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León, por el Illmo. Sr. Mota. p. 166. México, 1940. La anua de 1607 trae más datos de aquellos años en una carta del P. Diego Larios. Arch. G. N. Tom. 16. n. 9.

"La tercera se llama del Cacique de *Aztla,* de tanta comodidad y aún más que las pasadas, porque tiene saca de agua del río para regar de pie las sementeras y mucho sabino y fresno para edificios. Serán como 500 vecinos, a los que hay que añadir la visita de *San Ignacio.*

"La cuarta la forman las rancherías de *San Francisco* del río Nasas arriba. La más de ella es gente cristiana y reducida a congregación y, aunque no serán los vecinos más de 350, no será posible cambiarlos a otra parte así por las comodidades del templo como por las de sus sementeras.

"La quinta población y la última de lo descubierto es la que llaman de *Cuatro Ciénegas,* como a 30 leguas al Norte de la otra parte de la laguna. Concurre allí, fuera de la gente del propio valle que llaman de la Herradura y su cordillera, otro con nombre de Tlaxcala, con cuyos tres arroyos y serranías podría formarse un pueblo de 2,000 vecinos.

"Cierto que ver esta belleza de gentes tan bien dispuestas nos da mil deseos fervorosos y bríos del cielo, aunque el trabajo es inmenso, porque se atiende a lo espiritual, corporal y particular. El misionero ha de ir con ellos a sembrar y coger la cosecha, a enseñarles a fabricar sus casas e iglesias, a la doctrina y a todo asiento del pueblo y sobre todo a darles la ración y el sustento hasta que ellos hagan sus milpas y tengan con qué pasar. Con esto, ¿qué tiempo queda para visitar otras poblaciones, para darles doctrina, para aprender lenguas, pues apenas lo tenemos para rezar y encomendarnos a Dios?" [10]

Al P. Arista de un modo particular atribuyen los autores la fundación de los pueblos de San Ignacio y de Sto. Tomás a los alrededores de Parras y la reducción de los *Ochoes* y *Alemanes* y, poco después, de los *Irritiles, Conchos* y *Mejues,* que no sabemos bien a qué corresponden con relación a las poblaciones citadas.

El ascendiente que había adquirido sobre los indios se vió en cierta ocasión en que, estando ausente (1607), un cacique alborotó el pueblo para remontarse. Llegado el Padre, fingió abandonarlos,

[10] Alegre, I. 381.

lo que bastó para que, arrepentidos, lo fueran a llamar haciendo procesión de sangre con el cacique revoltoso al frente.[11]

Desgraciadamente las poblaciones indígenas de esta misión no prosperaron. Desde 1613 la familia de Urdiñola empezó a reclamar para sí el Agua Grande y a mermar las siembras de la misión y de los indios que empezaron a salir o a remontarse. Aunque se presentaron 800 a confirmarse, cuando vino el obispo, no vivían en el pueblo más de 300, y de éstos 100 en la hacienda de Urdiñola, cuyos dueños hostilizaban sordamente a los Padres.[12]

Los pueblecitos de visita de *Parras:* S. Felipe, S. Lucas de la Peña y S. Sebastián no eran más que rancherías de 20 almas. La cabecera mayor de *San Pedro de la Laguna* llegaba a 1,500, pero sus visitas de S. Nicolás, S. Mateo de los Hornos, Sta. Ana no pasaban de 100 y quedaban unos 150 sin bautizar en las de S. José, Santiago y Sta. Catalina. La cabecera del río de *Nasas* tenía 150 almas en S. Ignacio, 300 en S. Lorenzo, 150 en S. Jerónimo y 100 en Mapimí. Total: 3,220 indios.

En todas partes los españoles, cuyas haciendas se multiplicaban, extraían a los indios para valerse de su trabajo, deshaciendo la obra de educación de los Padres, apenas en vía de formación.

En vista de estas circunstancias se trató seriamente el año de 1613 de dejar estas misiones, pero en junta de sus consultores, resolvió el P. Rodrigo de Cabredo por Noviembre de aquel año, que se conservase, por ser los Padres, a pesar de las circunstancias desfavorables, el único elemento religioso de la región.

5. Otros misioneros notables.—Pocos son los misioneros de esta misión que han pasado a la historia. El santo mártir de Tepe-

[11] El P. Arista no acompañó al Sr. Hermosillo en su visita de 1621, sino al Illmo. Sr. Mota en 1604. Alegre. II. 139. Según nuestras cuentas el P. Arista salió de Parras en 1615 para ser Rector de Durango y de allí pasó en 1619 a Zacatecas y en 1620 a Guatemala donde murió con opinión de santidad en 1649. Cf. Pérez Rivas: Crónica. II. 279.

[12] Los acusaban de azotar a los indios, de coger el agua, de espantar a los indios, de estorbar fueran a trabajar a los ranchos, de no dejarlos ir donde querían, de estorbar a las mozas adultas sus relaciones, de no darles de comer, de derribarles las casas para sembrar... y otras necedades y falsedades. Véase Arch. Gen. Nac. Hacienda. Leg. 278. 39.



Lámina 10.—Exterior de la iglesia de Parras.



Lámina 11.—Interior de la iglesia de Parras.

huanes. *P. Hernando de Tovar,* fué sin duda el más ilustre de todos ellos.

Nació por el año de 1581 en Culiacán de los nobles Sres. D. Luis de los Ríos Proaño y Dña. Isabel Guzmán y Tovar. Criado con esmero, como hijo único, conoció a los Padres de la Compañía en su propia casa, que solía ser, como Betania, el lugar donde paraban los misioneros de Sinaloa. La incomparable amabilidad de estos domadores de salvajes, PP. Gonzalo de Tapia, Martín Pérez, Juan B. Velasco y Hernando de Santarén, encantaba al niño que los seguía por todas partes. Habiendo enfermado el P. Santarén (que había de ser su compañero de martirio), el niño se puso a su cabecera y no quiso que otro alguno le prestara todos los servicios que necesitaba.

Cuando trajeron a su casa la cabeza del mártir P. Tapia, al ver a su madre vaciar una caja de sus alhajas para encerrar en ella el nuevo tesoro: "Mamá, le dijo, esta caja es muy chica para tan grande cabeza, guárdala para cuando yo sea mártir".

Para prepararse a tan santa vocación, pasó a estudiar con los Jesuítas en México, entró en la Congregación de la Anunciata y tuvo por maestro al P. Pedro Gutiérrez, que lo había sido de S. Felipe de Jesús. Recibido en la Compañía en 1608 fué destinado a la misión de Parras, a cuyo frente estaba el P. Arista. No tenemos pormenores de los trabajos que pasó en estos ocho años de misión, que corresponden al pleno desarrollo de los pueblos y construcción de las iglesias definitivas. Sólo sabemos que al cabo de este tiempo fué repentinamente llamado a México sin que se le significara la causa. Llegado allí, supo que había sido a petición de su benemérita madre, que se disponía a entrar en el convento de San Lorenzo. Cumplido con su deber, volvía a la misión por Durango donde se hallaba el Superior y Visitador de ella, quien le encargó fuera a Topia a agenciar una obra pía para dicho colegio. A su regreso, pasando por Santa Catarina, le tocó la bienaventurada muerte que referiremos al hablar de los Tepehuanes.

Dícese que el día de su muerte se apareció a su Superior, P. Arista, con rostro de difunto y al preguntarle éste: "¿Qué es esto, Padre Hernando, dónde está?". Cambiando de repente su aspecto

en alegre y resplandeciente respondió: "En el cielo estoy, P. Francisco, donde todo lo tengo".[13]

Otro de los beneméritos misioneros de Parras, compañero del P. Arista y siete años operario en esta viña, fué el P. Diego Díaz de Pangua, a quien se atribuye la prosperidad del seminario y es autor del *Arte, Vocabulario y Catecismo Zacateco,* que hablaban aquellos bárbaros.[14]

Dignos también de mención son los hermanos Martín y Pedro de Egurrola. El primero, dice el P. Alegre, que trabajó once años (1625-1636) en Parras y, sacado de allí por sus graves achaques, otros siete ejercitó los ministerios en la Casa Profesa con admirable prudencia. La SSma. Virgen le pagó la singular devoción con que la veneró toda su vida, avisándole con voz clara y distinta de la hora de su muerte el año de 1643.[15] Su hermano Pedro había sido algunos años misionero en Topia y gobernado después los colegios de Valladolid y Querétaro a cuya fundación asistió. Sacado de allí por sus enfermedades, obedeció, sin la menor muestra de repugnancia, la orden que le destinó a Parras con su hermano. Trasladado a Tepotzotlán, para ayudar a unos naturales aprendió allí, a pesar de sus años, el Otomí. Murió en la hacienda de Manilalco[16] lleno de consuelo y celestial alegría a la vista de una imagen de María SSma. que por misteriosa casualidad llevaron unos indios al aposento del enfermo.[17]

6. Luchas, pestes e inundaciones.—No nos detendremos en referir costumbres, supersticiones, idolatrías y pestes con que, como en las demás misiones, tuvieron que luchar en un principio éstas de la Laguna. No era raro el infanticidio entre los indios para aplacar la ira de sus ídolos. El horror de ver morir a sus enfermos los hacía abandonarlos en su agonía y aun enterrarlos vivos. Fué me-

[13] El P. Arista era a la sazón Superior de Durango y Visitador de las misiones. Sobre dicho mártir Cf. P. Rivas: Triunfos, p. 516 y 601; Tanner, p. 467.

[14] Murió en La Profesa el 25 de Abril 1631 a los 59 años. Cf. Menologio. Entre sus MS. se hallaban: Pláticas en lengua chichimeca y apuntes para la historia de la Misión de Parras. Nació en S. Martín (Dgo.) en 1573.

[15] Alegre. II. 205. 240.

[16] El 27 Marzo 1637. Los Agustinos lo sepultaron en su iglesia.

[17] Estuvo también varios años en la misión (1626-1637) el P. Pedro Navarro que murió Rector de Mérida víctima de la peste en 1648.

nester desde luego establecer en Parras un *Hospital*, donde con toda comodidad y cariño se podía atender a sus necesidades tanto temporales como espirituales. Las pestes de cocolixtle y de viruelas los diezmaron los años de 1612, 1622, 1652 y 1664.[18] La primera especialmente, estando tan tiernos en la fe y algunos aun gentiles, fué para ellos una dura prueba, atribuyendo sus hechiceros la mortandad al bautismo y abandono de sus dioses. Tres veces flecharon al caballo de uno de los misioneros, amenazándole a él con la muerte. Otras huían de los pueblos por temor del contagio e iban a morir en los montes. Desvivíanse los Padres en desengañar a los infelices, socorrer sus males, reducir a los huídos, sin parar día y noche, por pantanos, bosques y montes.

En Mapimí especialmente, pueblo remoto de esta misión, junto al mineral, hicieron los indios un gran mitote para alejar la enfermedad que les traía el cometa. Bailaron en parejas junto a una grande hoguera, donde habían echado sus obsequios, desde los niños hasta los más viejos y aun pretendiendo sacrificar a un niño. No les valió su superstición, pues, llegando la peste, murieron tantos que a montones se sepultaban en una misma fosa y aun en el campo halló el Padre once cuerpos en menos de un cuarto de legua.[19]

Aun se fueron de Parras, donde se estaban educando o preparando al bautismo, no pocos serranos Coahuilas, dejando sembrado el camino con sus cadáveres y llevando los sobrevivientes el contagio a aquella lejana misión. Eran aquellos indios de muy bellas disposiciones y prendas y desde un principio habían hecho los Padres grandes esfuerzos para atraerlos y acariciarlos, ya en el seminario a los niños, ya en las labores a los adultos. Pero la grande distancia en que se hallaban sus familias, al través del desierto de La Paila, o en sus áridas sierras (donde cierta vez anduvo un Padre errando dos días sin agua en gran peligro de morir) hacía no poco difícil atenderlos hasta que se estableció en Cuatro Ciénegas un Padre de asiento y fundó aquella florida misión, a donde, por la aridez o distancia o tal vez el peligro, no habían penetrado aún los españoles.

[18] La primera peste y más terrible debió de ser antes de 1612, pues la pone el P. Rivas antes de la inundación de aquel año. Sobre la peste de 1652, véase la Carta del P. Gaspar Contreras (6 Mayo 1653). Arch. G. N. Tomo 19. n. 15.

[19] Véase esa curiosa relación en P. Rivas: Triunfos, p. 693.

A la peste sucedió la inundación del año 1612 en que el río Nasas abrió una garganta y salió de madre en el pueblo de San Jerónimo, poniendo en mucho peligro al pueblo y a la gente; en San Ignacio se llevó el agua la iglesia y la casa de los Padres; en San Pedro tuvieron que huir todos los habitantes llevando lo que pudieron. Al volver a los quince días hallaron en pie la iglesia y la casa, a pesar de haber estado más de una cuarta el agua sobre los cimientos de adobe. Abrióles allí la avenida un buen canal que les había hecho falta para regar nuevas labores.

Siguióse una plaga de serpientes venenosas que dieron gran trabajo, metiéndose en las casas y cabeceras de las camas. Túvose a protección especial de Dios, no haber muerto de su picadura los Padres. Finalmente, como si todos los trabajos dichos fueran poco, sobrevinieron años de hambre y sequía, en que casi no tenían los indios más alimentos que los peces de su laguna y la caridad de sus misioneros.

La rebelión de los Tepehuanes el año 1616 dió también mucho cuidado a los misioneros y españoles, haciendo lo imposible los rebeldes para traer a su partido a los Laguneros, cosa que hubiera puesto en sumo aprieto la ciudad de Durango y toda la frontera. Después de unas juntas en Mapimí y en Nasas, resolvieron los caciques Laguneros permanecer fieles y aun consintieron en formar cuadras para acompañar a los soldados en la persecución de los alzados, distinguiéndose en la lucha, que finalmente dió la victoria, el ejército de los Parreños.

7. Fin de estas misiones, 1652.—En la campaña que había emprendido el Sr. Palafox en Puebla para quitar las Doctrinas a los Regulares, tuvo por émulo en Durango al Ilmo. Sr. Fco. Diego de Evia y Valdés, O. S. B., que sostuvo largo pleito con los Franciscanos y Jesuítas en su diócesis, para dar a sus clérigos las más florecientes doctrinas de aquéllos. No sabemos si por fuerza o por bien de la paz, se le cedieron el año 1652[20] todas nuestras misiones de la Laguna. Sólo conservó la Compañía la residencia de Parras sin la administración de la parroquia.

[20] El 15 de Octubre, dice Morfi. p. 138.

El P. Pérez Rivas, que con este episodio termina el año 1653 su Crónica,[21] no oculta su sentimiento al ver el perjuicio que el amor al lucro causaba a los indios aún no bien asentados en la fe y muy encariñados con sus primeros Padres en ella.

Una carta del P. Gaspar Contreras, pinta muy bien la situación. "No hemos dejado este año de 1653, dice, de hacer algún fruto en las almas a quienes sus mismos pastores (con el celo que ellos saben) les impedían el recurso a la Compañía, de que se ha seguido pérdida de sus ovejas y condenación eterna de muchas. Porque en la peste que corrió el año pasado muy brava entre los indios, acudió la Compañía no sólo al socorro temporal de los enfermos, sino principalmente al de sus almas con mucha puntualidad y presteza, sin reparar en temporales, ni en horas, ni tiempos, a veces tarde por temor de cierto sacerdote que, llamado, no había venido.

"Esta cuaresma ha sido considerable el trabajo. Los domingos dedicamos a los indios, mayormente con los bárbaros coahuilas convertidos recientemente, repasándoles la doctrina y oraciones a voz en cuello *en su lengua* muy de propósito; seguía luego la explicación y el sermón y al fin la letanía. Otro día de la semana, el sábado en que por la tarde se lo permiten sus amos, a los negros; otro a los niños de españoles que tomaron con muchas veras las preguntas y respuestas de la doctrina y la explicación y el ejemplo. Para la demás gente hubo sermones todas las fiestas y tres en Semana Santa. Las confesiones en nuestra iglesia fueron muchas.

"Los indios Laguneros tampoco han quedado destituídos de nuestro socorro espiritual, porque, aunque andan ya perdidos y derramados por sus querencias gentílicas, de donde la Compañía los había sacado y reducido a pueblos a los principios de su conversión, los cuales ya han despoblado después de la remoción de las doctrinas y entrada de clérigos en ellas, y, como venados y bestias fieras andan por los montes, digo pues, con todo ha procurado la Compañía llamar esta cuaresma a los que ha podido, convidándoles con la confesión y memoria de Jesús, obligándoles a que mejoren la vida y costumbres, dejando algunas idolatrías que, con el desamparo de curas, el demonio les ha introducido.

[21] II, 552.

"Algunos han acudido a confesar con grande afecto y memoria de los bienes espirituales, que gozaban durante la permanencia de la Compañía. De los más principales, cuando algunos aportan aquí, nos vienen a dar quejas y derramar lágrimas con nosotros diciendo: "¿En qué pecamos, que así nos quitan a nuestros Padres? ¿Es posible que tan grande castigo nos mande Dios? Ya se acabó la fe, ya se acabó la iglesia, ya no somos cristianos, pues vivimos como infieles. Nuestros pueblos ya están cubiertos de hierbas y matorrales tan espesos que a duras penas hay rastro de que jamás hubo allí pueblos". Otras muchas lástimas nos dicen cuando aportan aquí.

"No ha mucho vino aquí un pobre Lagunero y, derramando lágrimas, me dijo que, habiendo desde 15 leguas venido a buscar un sacerdote que confesase a cinco enfermos que tenía, halló que el clérigo estaba ausente. Fuí, llevando mi altar portátil, confesé a los enfermos y les dije misa al otro día, procurando juntar a los que pude de la tierra y me dijeron que, desde que la Compañía los había dejado, no habían tenido comodidad de confesarse.

"Los indios de San Lorenzo, pueblo perteneciente a San Pablo, se alzaron luego que hubo mudanza en las doctrinas y los dejamos, y hasta hoy no cesan de causar inquietudes, que cada día nos sobresaltan. Un recado me dieron de parte de estos alzados, diciendo que volviese la Compañía a las doctrinas del río Nasas y Lagunas, y que luego ellos bajarían de paz, y que si no, hasta que se mueran han de permanecer en su mala vida".[22]

Haga el lector la parte que quiera al resentimiento de los Jesuítas por el despojo de sus misiones, queda suficiente motivo para justificar el dolor de aquellos pobres indios.

Fué ciertamente una calamidad el traspaso de aquellas misiones en las circunstancias críticas por que atravesaban los pueblos fronterizos. Habían quedado, especialmente las de la Laguna, muy maltrechas con los levantamientos de los Tobosos el año 1645 y de los Tarahumares en 1648 y siguientes, y el cambio de gobierno en aquel tiempo no podía significar más que la ruina. En efecto, en lugar de las seis cabeceras, donde residía misionero, y sus once pueblos de

[22] Carta del P. Gaspar Contreras. 1 Mayo 1653. Doc. Hist. Mex. IV Serie, Tom. III, p. 211.

visita, se pusieron dos curas, uno en Parras y otro en San Pedro de la Laguna, bien pagados, pero cuyo celo y asistencia no podía suplir a las atenciones de sus predecesores. Con frecuencia los pocos Padres, que quedaron en la residencia de Parras, se veían encargados de suplir en sus ausencias con no ligeros sacrificios.

Así cierta vez, que faltó el cura de San Pedro de la Laguna, fué llamado a una confesión el anciano P. Muñoz, quien aunque achacoso tuvo que montar a caballo e ir a socorrer al moribundo. Apenas terminada la confesión dijo a los indios que se sentía fatigado y adolorido y a poco añadió: "Hijos me muero. Jesús sea conmigo" y expiró. Enterráronle los indios con el traje y botines que traía al lado del evangelio, de donde años adelante lo exhumó el Cap. Pedro Lozada, acaudalado vecino de aquella localidad.

Las misiones entregadas con todos sus bienes y haciendas fueron:

1. *Parras,* con las visitas de El Pozo, La Peña y Sta. Bárbara;
2. *San Pedro de la Laguna* con las visitas de S. Pablo, y la Concepción;
3. *San Lorenzo* con las visitas Los Hornos y Santa Ana;
4. *San Sebastián* con la visita de San Jerónimo;
5. *San Ignacio* con la visita de San Juan de la Casta;
6. *Santiago* con las visitas de S. José de las Habas y Baicuco.

Pues bien, el año de 1678, en que las visitó cierto individuo que vivió 30 años en Parras,[23] todas estas misiones y pueblos habían desaparecido, excepto la casa e iglesia de San Pedro de la Laguna que quedaba notablemente intacta.

La causa que señala el escritor anónimo del despojo de estas misiones es la amistad que tenía el Ilmo. Sr. Evia con D. Gaspar de Alvear y las instancias de éste. Siendo D. Gaspar Gobernador de Durango, la familia Urdiñola dueña de la hacienda del Rosario mo-

[23] Este documento que extractamos se halla anónimo (dice un ex-jesuíta) en Doc. Hist. Mex. IV Serie. Tom. IV, p. 73. Los pleitos con los curas duraron muchos años. Desde 1641 el Sr. Cura Mateo Barraza había intentado meterse en Parras, parece que lo logró en 1648 comprometiéndose a hacer iglesia y casa aparte. Ya estaba a 7 Mayo 1650 y arrendaba tierras a los Padres. Lo mismo hizo su sucesor Juan Sotero en Marzo 1653. Véase la carta del P. Fco. Pérez, 1 Sept. 1674. Doc. Hist. Mex. T. IV, p. 83.

vió pleito contra los indios de Parras para quitarles el Agua Grande. Con la ayuda de los Jesuítas ganaron los indios el pleito en la Audiencia de Guadalajara. Pero más tarde, casó D. Gaspar con Doña Isabel de Urdiñola, heredera de los bienes de la familia y se halló que el medio más fácil de despojar a los indios era poner clérigos más manejables que los Jesuítas.

Los Jesuítas a la fecha habían cristianizado toda aquella región y empezado la conversión de las tribus que vivían en el extremo Norte de Coahuila, Cuatro Ciénegas, Nadadores hasta el Río Grande. Los clérigos, lejos de convertir indio alguno, dejaron miserablemente perder todo lo que se había adelantado.[24]

Oigamos lo que dice Fr. Juan de Morfí en la visita que hizo el año de 1778 a estos lugares: [25]

"Eran estos 15 pueblos (de las misiones de los Jesuítas) de mucho vecindario y su situación ventajosísima, porque cubrían una gran parte del Bolsón de Mapimí, que siempre ha sido la boca que vomita naciones bárbaras: hoy (1778) se han perdido todos a excepción de Parras, porque unos se han transformado en haciendas y otros están absolutamente despoblados.

"Con estas misiones hizo el obispo dos curatos: el de San Pedro de la Laguna con el Pbro. Clemente Martínez Rico y el de Parras con el Pbro. Mateo de Barrazas, pasándoles las subvenciones que el Rey daba a los misioneros y además al de Parras los $300 que correspondían al Rector del seminario. Las mercedes de tierras y aguas que tenían en sus misiones también se perdieron, conservando sólo la hacienda de los Hornos y Sta. Bárbara, manantial y viña, mercedados por el Rey a la casa de Parras.

[24] Hallamos una curiosa confirmación de este hecho, en una carta del Dr. D. José de Miranda de la Audiencia de Guadalajara, que a 31 de Marzo 1713, contestaba al Alcalde Mayor de Alamos que le pedía quitar los misioneros de Sonora y Sinaloa: "Hay hombres públicos, le decía, y yo el primero, que antes dieran la vida que permitieran la retirada de los misioneros, porque, a pocos años, sucedería lo que en S. Pedro de la Laguna, que ni cura quedó, ni doctrina, y al pueblo de Parras, donde se recogió la Compañía, se quedó en sus fragmentos un colegio que ha sido del fruto que sabe y yo he visto". Arch. Ysleta. Miscel. T. VII, p. 664.

[25] Fr. J. A. Morfí: Viaje de Indios. 1777-1778. México, 1933. p. 138.

"La misma ciudad de Parras, donde se refugiaron muchos indios y tan populosa en 1682, no conservaba más que ocho familias de antiguos Chichimecos y 147 indios de todas castas mezclados con Tlaxcaltecos.

"El colegio está arruinado sin habitación alguna que sea cómoda y sin señales de haber sido mejor desde su origen y, si no fuera por unos aposentos pegados a la iglesia, ni quedara memoria del lugar en que estuvo. La iglesia es un buen cañón con siete altares colaterales de buen adorno y luces; sus ornamentos y vasos sagrados, que eran muchos y ricos, se distribuyeron en la parroquia y en otras iglesias pobres de la diócesis; la viña es grande con mucha fruta y abundancia de aguas, bajo la administración de Temporalidades".

Se ha hablado mucho de las fabulosas riquezas de esta residencia: no hemos estudiado al pormenor esta cuestión, pero nos parece que los autores engloban las propiedades que fueron de las misiones y se habían entregado, muchos años atrás, al clero.[26]

A la fecha del destierro quedaban en la residencia sólo cuatro Padres, que tardaron algunos días más en ser llevados al destierro por haberse confundido los papeles con los del Parral.

[26] "El colegio de Parras era riquísimo, dice Vito Alessio Robles (Diario del Sr. Tamarón, p. 114). Además de las viñas del pueblo, poseía un enorme latifundio que comprendía las tierras de la hacienda de Santa Ana con tres y medio sitios de ganado mayor adquiridos en la cantidad de $50.00; 137 sitios de ganado mayor adquiridos en la banda oriental del río Aguanaval en la cantidad de $479.00 y los terrenos de Sta. Bárbara y la Hedionda que comprendían ocho sitios de ganado mayor y cuatro caballerías, todo medido a ojo. Esta superficie de tierra mal medida equivale a 267,902 hectáreas". Algunos de estos sitios de ganado debían de valer muy poco, pues en la subasta, según el mismo autor, no se halló quien pujara más. Véase: Coahuila y Texas en la Epoca Colonial, p. 401. México, 1938. Ciertamente no entendemos cómo la residencia pudiera administrar tal extensión, ni qué haría con sus productos. Por otra parte vemos que Morfí sólo cita la hacienda de los Hornos y Santa Bárbara, que debían de pertenecer también a las misiones abandonadas. Más exacto parece el Sr. Tamarón, que en su visita de 1753 sólo asigna las propiedades siguientes: "Aunque entregaron los Padres el curato, se quedaron de residencia. Tienen bien lucida, capaz iglesia, el colegio o casa no es cosa mayor, pero suficiente para tres o cuatro sujetos que la ocupan de ordinario. Es de gran recreo en los meses mayores la dilatada viña inter claustra, bien cultivada y regada con largas calles de parrones que es delicia pasearlas. Otra viña cuantiosa tiene el colegio, separada, y así la pasan con bastante comodidad". Es todo lo que señala de actual propiedad.

(Museo Nac.)

Lámina 12.—P. Luis de Alavez. Martirizado en el Zape (Dgo.) el 18 de Noviembre de 1616.

CAPÍTULO III

MISION DE TEPEHUANES.

1596

1. ENTRADA A LOS TEPEHUANES. 1596.—Ocupaba esta tribu, a la fecha de la conquista, toda la parte oriental de la Sierra Madre del Pacífico, desde el Parral hasta el Distrito de Bolaños (Colotlán y Chimatlán) donde tomaban el nombre de Tepecanos, en Jalisco. La raza parece de extracción Pima, interrumpida, no se sabe por qué, por la raza Opata-Jova-Tarahumar. Su población era relativamente pequeña para tan grande extensión, pues en la parte más densa del Norte, en que trabajaron los Jesuítas, no pasaban de 4 a 6,000. Eran gentes de civilización superior a las razas vecinas, generalmente agricultores en la hermosa región del Noroeste de Durango; vestían de lana y de algodón, tenían chozas de madera y algunas también de piedra y barro, con algún género de sociedad y policía. Su valor en la guerra era temido de sus vecinos Acaxees y Tarahumares en cuyas estancias penetraban aun pocos juntos, a robar mujeres sin que nadie se atreviera a resistirles.[1]

Eran de buen talle, de mucha memoria y más que ordinaria capacidad. Ha acontecido, dice en su relación un misionero, oír una vez el catecismo y quedársele a un indio tan fijo en la memoria que pudo luego hacer oficio de maestro y enseñarlo a otros, y no uno,

[1] Véase la descripción de la región, costumbres, etc. Pérez Rivas, Triunfos, pp. 572-668.— Alegre, I. 320.

sino otros muchos, oyendo hoy el sermón lo refieren mañana sin errar en punto sustancial.

A la fecha en que entraron los Jesuítas, se habían introducido los españoles con no pocos indios Tarascos y Mexicanos ya cristianos a trabajar las minas de Topia, Indé, Guanaceví y luego el Parral, y aun a criar gran cantidad de ganado en las fértiles llanuras y vertientes, procurando conservar la paz con ellos y no chocar con sus intereses, en lo cual habían mejorado mucho los mismos Tepehuanes, teniendo en el ganado abundante alimento y comercio, trabajo y vestido en las minas. Salieron diestros jinetes de a caballo y sabían jugar una lanza o desjarretera (por haber usado el oficio de vaqueros) y se valían de estas armas, cuando las alcanzaban, con tanta destreza y agilidad como la de los muy diestros jinetes españoles. Y tal vez supieron usar de armas de fuego y arcabuces que cogieron a los españoles, aunque éstas no las pueden sustentar por no saber el arte de la pólvora.

Todas estas circunstancias y su gran desparramiento hicieron la conversión en masa de esta nación más difícil y en un principio más superficial que las demás de Sinaloa.[2]

El primer apóstol de los Tepehuanes fué el P. Gerónimo Ramírez, hombre no inferior, en santidad y celo, a los conquistadores de las otras misiones.

Nacido en Sevilla el año de 1557, se crió desde niño en casa de la Duquesa de Alcalá y luego en la del santo obispo de Cádiz D. García de Haro, su pariente, quien le envió a estudiar a Córdoba. Se dió allí tan de lleno a la oración, penitencias y mortificación que fué la admiración de aquella juventud. Vez hubo que fué como mendigo a comer la sopa de los conventos y otra que besó la asquerosa llaga de un pordiosero en honor de los patronos de la ciudad SS. Acisclo y Victoria. El año de 1577 y vigésimo de su edad, entró en la Compañía donde se distinguió luego por su amor a la oración y celo por doctrinar a los pobres. En 1584, a los dos años de su teo-

[2] Para los especialistas de las misiones de Parras y Tepehuanes señalamos, en el Tomo XIX del Ramo de Historia del Archivo Nacional: Las anuas de 1595, 1596, 1598; "Primeras misiones de la Vizcaya", "Fundación de Parras", por el P. Juan Agustín y "Misión del río Nazas", y el moderno P. Peter Dunne, S. J.: The Tepehuan revolt. M. S. 1939.

logía, fué enviado a México con la expedición del P. Mendoza y allí su primer oficio fué enseñar en la escuela y aprender Tarasco en Pátzcuaro. Mientras terminaba sus estudios en México, aprendió el Mexicano y, ordenado de sacerdote, volvió a sus amados Tarascos, ocupándose en dar misiones (una de ocho meses por la tierra caliente de la costa de Colima y Zacatula), con increíble fruto de aquellos abandonados lugares y no menores penalidades y trabajos de toda suerte.

Premió Dios su oración y celo de las almas con una admirable luz para conocer los corazones: a un mancebo que le acompañaba en una misión, entrando de improviso en su aposento una noche, le avisó desechara pronto los pensamientos en que se ocupaba y, más tarde, siendo Rector de San Ildefonso, corría la voz entre los niños que el Padre leía en sus conciencias. Tenía admirable trato y don especial para traer a Dios las almas.[3]

A los tres años de estar en Pátzcuaro, fué enviado de misionero a Zacatecas y de allí, probablemente a la fundación de la residencia de Durango con el P. Martín Peláez el año de 1593. Mientras el P. Peláez cultivaba a los españoles de la ciudad, que a la sazón no pasaba de 50 vecinos, el P. Jerónimo salía al campo a ocuparse de los muchos indios Tarascos y Mexicanos que había en las labores del campo y de las minas, tratando al mismo tiempo de relacionarse con los indios Zacatecos y Tepehuanes que hallaba en la región.

No tenemos más que dos relaciones de este admirable misionero, que debía de tener un encanto especial para tratar con los naturales, pues inmediatamente se hacía querer y aprendía sus lenguas. La primera es una carta al P. Provincial desde el pueblo de Cuéncame, de Agosto de 1594, poblado de indígenas Zacatecos, pues aún no se descubrían las minas que hicieron luego famoso el pueblo.[4]

"Trújome Nuestro Señor, dice, a este pueblo de Concueme (Cuéncame), el cual está en un valle muy espacioso y muy ancho, coronado de hermosos montes, que, por estar algo lejos, hacen una vista apacible y es todo poblado de grandes frescuras, que conservan

[3] Biogr. Pérez Rivas: Triunfos, p. 402. Alegre, II, 128. Menol. p. 16.

[4] La redacción de esta carta es diferente en Alegre y en Pérez Rivas. La del primero nos parece retocada. I. 284. Triunfos: p. 673.

siempre en su verdor unas fuentes que manan en medio, con que cultivan las milpas. Tienen mucha caza y grande abundancia de dátiles muy sabrosos, mucha miel, tunas y otras frutas de indios, que son aquí muy domésticos y afables.

"No usan arco ni flecha, sino para la caza, y visten ropas que por su trabajo les dan los españoles. Son bien agestados y de gentiles talles y los niños muy hermosos, muchos de cabello rubio, aunque las familias, que hallé en el pueblo, apenas llegan a treinta.

"Está este pueblo entre los dos ríos de las Nasas y Aguanaval; del primero sólo dista ocho leguas al Oriente. Cuando vine, me salieron a recibir algunos a caballo con gran comedimiento y a la entrada del pueblo salieron todos, divididos los hombres de las mujeres, y algunos principales me ofrecieron sus dones de pescado, melones y sandías. Me hospedó en su casa, la única que había de adobes en todo el lugar, un indio Tarasco, con mucha caridad, y ciertamente hubiéramos pasado sin él muchos trabajos para el sustento.

"Luego vino a verme un indio de Culiacán, que tiene estancia media legua de aquí, el cual nos proveyó de carne y leche algunas veces. La pieza que me tenían para dormir hallé tan blanca y aseada que luego la hice iglesia y cercando un patio, pusimos en él muchas flores ya para brotar y los indios cubrieron con brevedad y mucha gracia un portalico y dos aposentos.

"Hemos hecho un huerto y sembrado algunas legumbres para tener qué comer y lo riega un venero de agua que pasa por la puerta. Está todo arrimado a un risco hermoso, tan alto y lleno de verdura, que convida a hacer muy largos Ejercicios. Comencé luego a aprender la lengua y traducir el catecismo y oraciones que saben ya todos. No me atrevo a bautizar hasta tener aquí asiento: sólo lo hice con una india *in articulo mortis* y con un viejo que parece lo guardaba el Señor para recibir el bautismo y, habiendo estado muy atento y percibido los misterios de la fe, dando muestras de dolor de sus pecados, luego que lo recibió, perdió el juicio y así murió.

"Los indios están extremadamente contentos y agradecen y ponderan mucho lo que hacemos con los muertos y los enfermos. Llévoles agua bendita y lo que puedo de cosas de comer y voy de cama en cama diciendo Evangelios, a que ellos atribuyen la salud

que el Señor les da. Dicen que, si me voy de aquí, se han de ir conmigo.

"Entiendo que si el Virrey y Gobernador ayudan, será fácil atraer muchos otros que no viven en pueblos ni siembran como éstos. Dios mueva a los que gobiernan para que se compadezcan de ellos y a nosotros nos dé luz para que acertemos con su santa voluntad"...

No se pudo a la sazón asentar misión estable por este lado. Volvió entonces sus ojos al Norte donde pululaba una raza, a la fecha casi virgen de los contactos del cristianismo.

La Anua de 1596 nos describe latamente tres misiones y expediciones que hizo aquel año entre indios mayormente Tepehuanes.

Fué la primera la hacienda de la Sauceda, pueblo de indios que pertenecía casi todo a un cacique, que convertido, fué el que más se empeñó en que su gente abrazara la religión y fué el brazo derecho del Padre. Hay que leer aquella narración para hacerse cargo del entusiasmo tanto de los indios como del mismo Padre. Llegó allí a fines de cuaresma y determinó celebrar la Semana Santa con toda la pompa y solemnidad posibles para impresionar a los Tepehuanes y hacerles concebir una alta idea de la religión que les venía a predicar. Había en las cercanías y en el pueblo unos pocos españoles y trabajando con ellos muchos indios Mexicanos y Tarascos, que hicieron los gastos de la fiesta y aprovecharon ellos mismos, pues lo necesitaban no poco, los frutos de la misión.

Predicábales dos veces al día, una en mexicano y la otra en Tepehuán para los pocos que estaban bautizados y especialmente para los gentiles. Fué para ellos una novedad y grata sorpresa, pues era la primera vez que oían en su lengua las verdades cristianas. Hizo más, púsoles en su lengua en fáciles preguntas y respuestas la doctrina breve y las oraciones con cantos en las tonadas que usaban los Tarascos en Michoacán. Entraron a aprender la doctrina muchos Tepehuanes, que quisieron participar de todas las ceremonias de los Cristianos en sus procesiones, disciplinas de sangre y pasos de la pasión y resurrección. Hubo un derroche de flores, arcos, músicas, enramadas, danzas, trajes blancos, comidas a que acudieron muchos serranos y gentiles. El día de Pascua se reservó para comuniones de

los cristianos y el domingo In Albis para el bautizo de los catecúmenos a que se dió la acostumbrada solemnidad de padrinos, trajes blancos, danzas, flores olorosas y pajarillos, etc. . . .

El entusiasmo fué tal que el mismo Padre salía por la noche a ver el efecto de las luces y adornos y decía que daba de barato todas las lenguas que sabía por la Tepehuana y todos los demás indios por éstos.[5]

La segunda misión fué por el Norte, donde se detuvo nada menos que tres meses con parecidos concursos y festividades, enseñándoles, edificando sus capillitas y convidando a los serranos.

La tercera fué al Este en la agrupación del río Nasas, que había medio conocido en su estancia en Cuéncame. El entusiasmo fué el mismo que en todas partes. Allí acudieron algunos curiosos de los Laguneros, gente medio salvaje y muy inferior a los Tepehuanes. Después de curiosear un poco, al querer tratarlos el Padre, huyeron a sus islas y escondites, temerosos de que su presencia les atrajera pestes y calamidades. Hízose el Padre triste idea de ellos, que después se vió era no poco pesimista. "Es tanta la barbaridad de estas gentes, dice la Anua de 1595, que no tienen casas, ni son capaces de política alguna; baste decir de ellos que andan desnudos y que no tienen alimento determinado, ni siembran, ni comen más que los frutos que la tierra voluntariamente les produce . . ."

A la fecha tenían poco o ningún contacto con los españoles, pues allí no había minas, sino al Norte las de Mapimí. Vió pues el Padre que por estas partes no estaba aún madura la mies y se volvió a su centro de la Sauceda.

Parece que los Franciscanos, que tenían algunos puestos ya ocupados por este lado (San Juan del Río, Sta. Bárbara y S. Bartolomé, que eran las últimas poblaciones españolas, aunque los indios eran Conchos), se opusieron a la entrada de los Jesuítas. El negocio, por conducto del Gobernador y del Virrey fué a España y el Rey contestó al Virrey en cédula de 25 Junio 1597: "Pues, los Franciscanos no saben la lengua de los naturales (Tepehuanes), no se opongan a

[5] Una mujer tepehuana, recién casada y la primera que se confesó en su lengua, dió la vida en medio de crueles tormentos para defender su castidad.

la entrada de los de la Compañía y entren en la Nueva Vizcaya todos los religiosos que sepan la lengua y a los de la Compañía agradeceréis de mi parte el cuidado con que han acudido a ello y los animéis a que lo continúen".[6]

Tanto en la Sauceda como en Papasquiaro y otras partes, ayudó el cielo con circunstancias que dieron gran crédito al misionero. En Papasquiaro halló el Padre algunos indios convertidos con el trato de los españoles, pero poco instruídos y malos cristianos. Pasó a instruirlos y en una ranchería encontró a unos indios que llevaban un difunto liado con una cruz en la mano. Sintió mucho hubiese muerto sin confesión, pidió a Dios e hizo pedir a los circunstantes le volviese a la vida; llamóle a voces para que volviese en sí y, vuelto, se confesó con muestras de verdadera contrición y un instante después expiró.

Un viejo obstinado en su idolatría se burlaba del bautismo, diciendo que cada día se bañaba en el río y no temía el infierno, pues era inmortal. El Padre puso mucho empeño en desengañarle, pues su influencia era grande y podía mucho para bien o mal entre los suyos: pero no logrando nada le amenazó con el infierno o el castigo de Dios. Fuése riendo el hombre, pero, habiendo concurrido a la mañana siguiente de muchas rancherías numerosos gentiles, le vieron volver del bosque todo herido y desgarrado por una fiera, de la que a duras penas había podido escapar. Desengañado, pedía perdón y que le bautizasen, cosa que se llevó a cabo algún tiempo después con edificación y aliento de los demás.

Finalmente, otro, que no quería dejar a su esposa cristiana asistir al catecismo, se la llevó a los peñascos más inaccesibles, más, aquella misma noche el Señor dió entera libertad a la mujer con la repentina muerte de su bárbaro esposo.

2. Primeros pueblos de Tepehuanes. 1597.—Todo este año y el siguiente de 1597 empleó el Padre en aprender la lengua y en explorar la región, convidando a todos a reducirse a pueblos y a convertirse. Dió misión en las minas de Guanaceví[7] y de vuelta visitó el valle de *Atotonilco,* donde halló cinco pueblecitos que lo recibie-

[6] Bandelier: Historical Documents. I. 120.

[7] Comulgaron allí todos los españoles y muchos negros y criados mexicanos y tarascos.

MISION-DE-LOS-TEPEHUANES -



Lámina 13.—Mapa de la misión de Tepehuanes.

ron muy bien y entre ellos celebró la segunda Semana Santa, halagando a los montaraces que habían bajado, obligados por el hambre, a los poblados. Pasó a invitar a otros que por temor se escondían en cuevas y quebradas intransitables. El primer día vió a un indio en lo más alto de las rocas. Subió luego con inmenso trabajo y poco fruto, porque el bárbaro, armado de arco y flecha en una mano y con una sarta de pescado en otra, a presencia de un hombre desconocido, sin hablar palabra, le puso delante el pescado y corrió con admirable velocidad a ocultarse en la espesura. Sumamente desconsolado el varón de Dios, perseveró sin embargo ocho días buscando entre aquellas grutas y picachos las preciosas almas. Bendijo Dios su constancia, porque al cabo de este tiempo, bajaron muchos, siguiendo al misionero, cargados de sus hijuelos y pobres alhajas, a poblarse en el valle y pueblo de *Santiago Papasquiaro,* que ha sido después el principal de los Tepehuanes.

Más trabajo costó la fundación de otro pueblo no muy distante, en cuya vecindad vivían algunos salvajes de los más fieros y desconfiados de la provincia. Acompañaron por precaución al Padre algunos indios fieles y, reunidos los vecinos, les propuso las razones de su venida, la importancia de la salvación de sus almas, de la adoración del verdadero Dios para evitar el infierno y las conveniencias de reunirse en población, donde pudiesen ser instruídos y gozar de la protección de los españoles, como lo habían hecho otros indios de su nación. Permanecieron en su dureza hasta que una mujer, interrumpiendo al Padre, con sus voces y ejemplo logró convencerlos a juntarse [8] en el lugar que se llamó de *Santa Catalina,* siete leguas de Papasquiaro, donde se fundó solemnemente el pueblo a 16 de Julio de 1597.

Para el día de Santiago se dispuso un solemne bautismo de catecúmenos entre los que se hallaba un noble, joven y simpático cacique, que había seguido al Padre desde Guanaceví; instruyóle el misionero de un modo especial y le hizo catequista. Empezando a predicar a sus paisanos con un fervor y vehemencia admirables, atrajo al pueblo a numerosos indios y entre ellos a sus padres gentiles, que vinieron a alojarse con él y fueron luego cristianos ejemplares.

[8] Véase la Anua de 1597. Arch. G. N. Historia. T. 19, n. 6.

Pone en este lugar el P. Rivas la conversión de un gran hechicero, viejo de 70 años que poseía un ídolo muy temido de toda la región, que en viéndolo habían de morir y decía le hablaba y le anunciaba cosas secretas y modos de curar a los enfermos. Puso el Padre especial empeño en conquistar y desengañar a aquel miserable y al fin consiguió le trajera el ídolo a la iglesia, envuelto en trapos y pieles finísimas. Descubriólo el Padre con gran terror del indio, lo echó al suelo y escupió y lo guardó para el día siguiente, que era de San Juan, para molerlo en un yunque a la vista de todo el pueblo, que quedó desengañado y el hechicero convertido.

Aunque estas dos misiones en un principio no pasaban de 200 vecinos, necesitaban un misionero que estuviera de asiento, para que el otro pudiera pasar adelante. Pidió, pues, el P. Ramírez a su superior le diera un compañero, que parece fué el P. Juan Fonte y vendría por el año de 1600.[9]

Fué el nuevo misionero para el P. Ramírez un compañero y sucesor cual no podía esperar otro mejor. Nacido en Tarrasa de Cataluña en Agosto de 1574, el P. Juan Fonte había pasado a México, ya sacerdote, el año de 1599 y sido desde luego destinado a acompañar al P. Jerónimo.

Fué de aquellos hombres entregados en cuerpo y alma a la salvación de los indios, hecho indio para ganarlos a Jesucristo. Casi no comía más que maíz y hierbas silvestres, dormía en una tabla o en el duro suelo, flaco y demacrado hasta no tener más que los huesos y, según Tanner, roto y cubierto de polvo como conviene a un misionero. ¿Quién dirá las caminatas a pie de 50 a 100 leguas que tuvo que hacer para sacar a aquellos bárbaros de sus cuevas y para reducirlos a pueblos, los peligros que corrió, las hambres, sed, fríos, aban-

[9] Las crónicas de estas misiones son muy vagas. Ni Rivas ni Alegre citan fechas ni nombres. El P. Rivas dice que Fonte estuvo poco más de 16 años en la misión, muriendo en Nov. 1616. Tenemos carta del P. Fonte, de 13 Mayo al P. Provincial Fco. Báez (sin año, pero debió ser 1599 ó 1600 en que dicho P. fué Provincial). Está solo el P. Fonte con el P. Santiago que no sabe la lengua y se ocupa en Guadiana. No cita a otro más que el P. Santarén en Topia. Menciona la visita que hace en estos días al Illmo. Sr. Mota, después de haber estado apaciguando a los indios de San Andrés y Topia con el P. Santarén. El P. Gerónimo tal vez iría a Durango a sustitutir al P. Arnaya, nombrado Procurador a Roma.

donos, ingratitudes e inconstancias que tuvo que sobrellevar? Largas temporadas pasaba, alguna vez hasta diez meses, sin poder tratar con un español, la barba y el pelo crecidos y desgreñados por no tener instrumento con que cortarlos.

Después de haber visitado y cazado con tanto trabajo a sus indios por los montes y persuadídoles a que formasen pueblos, empezaba otro género de trabajo no menor: el de construirles casas y capillas, hacer adobes, aserrar leña y madera, fabricar arados y enseñarles a arar y traer de una a otra parte bueyes y mulas. Sucedía a veces que los indios, llevados de su inconstancia, dejaban los pueblos e iglesias que con tanto trabajo les había edificado, diciendo que aquellos puestos no les contentaban. Vez hubo en que una sola ranchería alborotada hizo que desamparasen cinco pueblos ya establecidos. En estos casos el humilde Padre, por no contristarlos y hacerles suave la ley de Dios, condescendía con ellos no reparando lo mucho que cada pueblo e iglesia le habían costado.

En los que lograba tener algún asiento, se trocaba el Padre en maestro y médico, curando los enfermos, preparándoles la comida y aun dándosela a la boca como una madre. Había aprendido su lengua con gran perfección y aún compuesto, para el uso de los nuevos misioneros, un Arte y Vocabulario copioso con Catecismo. Era generalmente muy querido, pero se le volteaban no pocas veces sus amigos para volver a sus antiguos montes y costumbres. Dos veces intentaron matarle y dos veces le tuvieron encerrado sin comida para que muriera de hambre.

3. Organización de la Misión. 1600-1616.—El primer pueblo que el P. Fonte fundó fué el del *Zape* el año de 1604 en un hermoso valle a la orilla de un río del mismo nombre que corre al pie de un peñol, donde, por las ruinas, columnas, ídolos y rastros que en él se hallaron, se creyó había sido el lugar donde hicieron asiento los Mexicanos en su viaje para México. No fué sin luchas la congregación de los indios en aquel sitio. Un hechicero famoso empezó a decir que el bautismo y remedios, que daba el Padre a los enfermos, les causaban la muerte. Así, cuando llegó a una ranchería (que después se llamó San Ignacio) donde reinaba una cruel epidemia, se resistió toda ella y especialmente un viejo, muy en peligro, a quien el Padre se esforzaba en desengañar. A fuerza de ruegos y cariños

logró consintiera en bautizarse. Premió Dios el acto y la fe del Padre, dando como milagrosamente la salud y la vida al anciano, que el día siguiente pudo venir a la iglesia y allí comer del alimento del Padre con gran desengaño de los hechiceros.

No sabemos la fecha de las otras fundaciones: *San Ignacio Tenerapa, Santos Reyes, Atotonilco, Santa Cruz de Nasas* y *Tizonazo* que se hicieron en adelante.[10] Sólo nos consta que el día de Santa Ana de 1606 hizo el P. Fonte la profesión de cuatro votos y que aquel mismo año abandonó Durango el P. Jerónimo para ir a la fundación de Guatemala, quedando el P. Fonte de Superior de la misión a que habían ya acudido tres misioneros, que se encargaron de los pueblos ya asentados.

Reservóse el P. Fonte el cargo de abrir nuevos caminos en las partes más salvajes y desamparadas. Parece haber trabajado primero al Oriente, en las cercanías de *Indehé*. "Estando, escribe al Provincial, en este pueblo, acudió tanta gente a verme de seis o siete jornadas de tierra adentro, que me enternecí y sentí tanto el no poder ir con ellos, como me instaban, que dije en mi mismo: ¡Quién tuviera, sin dependencia de Virreyes, la mano tan larga que sin necesidad de acudir a ellos, pudiera yo entrar como nuestro P. S. Francisco Javier, a predicar el Santo Evangelio, aunque fuera con riesgo de mi vida, pues buen empleo hiciera de ella con la conversión de las almas!"

Pero el campo principal de sus excursiones, los últimos años, fué la sierra del Poniente, especialmente el Norte donde se rozaban los Tepehuanes con sus enemigos los Tarahumares. El año 1607 lo hallamos en compañía del P. Juan del Valle en Ocotlán donde redujo a Cristo cuatro pueblos. "Los indios de esta región, dice el Padre,[11] son de los más morigerados que hemos hallado, pues guardan con notable exactitud la ley natural. Había entre ellos un ídolo muy celebrado, que llamaban *Ubamari*, y era una piedra de cinco palmos

[10] Parece que en Indehé había alguna agrupación cerca de las minas en 1607, donde trabajaba el P. Andrés López. (Sta. Cruz de Nasas o Tizonazo). Véase en Pérez Rivas: Triunfos, p. 592, la fundación de Sta. Cruz de Ocotlán que se empezó a doctrinar el año 1607.

[11] Alegre. I. 452.

de alto, la cabeza de hombre, lo restante como una columna. A sus pies tenía otro en forma de caracol. Estaba colocado en la cumbre de un cerro de su pueblo y tenía en derredor muchas ofrendas de flechas, huesos de animales, ollas, hierbas y cuentas . Conocido el lugar, esperó el Padre estuvieran bien instruídos los principales y la víspera del bautismo llevó en procesión a los catecúmenos al ídolo y mandó al cacique lo derribara al río y todos renunciaran al demonio y a su culto. Vuelto a la iglesia, hizo las ceremonias del bautismo y toda la comitiva fué, en la misma forma, a plantar un cruz en aquel sitio, tomando el pueblo el nombre de Santa Cruz.

Otras supersticiones, como la de matar niños para alejar las enfermedades y otras prácticas, en el entierro de sus muertos, se fueron poco a poco desterrando, concurriendo Dios con favores patentes en dar la salud del cuerpo juntamente con la del alma en la recepción del santo bautismo.

Juntamente con la misión de Ocotlán, había venido preparando de años atrás, la fundación de la del Valle de San Pablo Balleza, llamado del Aguila, quince leguas al poniente del pueblo de españoles de Sta. Bárbara y 30 al Norte de Ocotlán. Desde 1603 habían sus indios pedido Padres y en 1604 había el Padre recorrido la tierra en compañía del Capitán Juan Gordejuela. En sus viajes había tratado sus caciques y aun a algunos de la vecina nación de los Tarahumares que habían venido a conocerlo. Aun iba aprendiendo el Tarahumar con un cacique hijo de una Tarahumar, quien, después de haber cometido algunos crímenes con los cristianos, vino a pedir perdón y el bautismo.

La confianza, que los Tepehuanes de San Pablo y los Tarahumares le habían cobrado, se vió el año 1607, cuando vinieron a verle a Ocotlán para que interviniera, como pacificador, en una guerra que se había levantado entre dichos Tepehuanes y vecinos amigos Tarahumares, contra otra tribu Tarahumar de tierra adentro.

Con este motivo vino, por Abril de 1608, a Guadiana con algunos caciques a verse con el Superior de la misión y el Gobernador para entrar ya formalmente a San Pablo Balleza. Uno y otro le animaron a la entrada y le prometieron interceder con el Virrey para que proporcionara las licencias y auxilios acostumbrados.

De la carta que con este motivo escribió al P. Provincial [12] entresacaremos unos párrafos instructivos:

"Acá lo que veo es que, habiendo sido estos Tepehuanes la gente más rebelde, soberbia y traidora de toda la tierra, después acá que dieron la paz, que habrá once años, no han hecho el menor delito, ni en común ni en particular, por lo cual se haya ahorcado o azotado o tenido en la cárcel a alguno. Ni de los cristianos se nos va alguno a pueblos gentiles por disgusto de la doctrina o por apremio, y, por este respeto de todas partes nos piden vayamos a doctrinarlos.

"Aunque los cuatro Padres, que aquí estamos, hemos procurado acomodarnos y repartir entre nosotros la misión, realmente no podemos y así le pareció al Gobernador ser necesarios otros más. Yo escribí a V. R. cómo habíamos consultado ser necesario para el compañero del Padre (Valle) que ha de vivir en Ocotlán, un Hermano coadjutor para descanso del Padre, porque es intolerable cosa atender a la doctrina y edificios uno solo, y si son dos sacerdotes, a veces uno lleva la carga y el otro mira, lo cual no hará un Hermano que supone le envían a eso; [13] yo lo apunté al Gobernador y le pareció muy bien.

"Y para mí tengo que, en estas doctrinas nuevas, donde a los principios no tenemos casas, ni iglesias, ni qué comer, son más a propósito un sacerdote y un Hermano coadjutor, que dos sacerdotes, porque el edificar cansa mucho y ocupa tiempo, y si el sacerdote tiene todo en un buen compañero, trabaja para seis.

"Habré de tomar yo mismo esta nueva misión de San Pablo, y, pues Dios N. Sr. me da salud y aún no soy viejo, tendría, escrúpulo

[12] Guadiana, 22 Abril 1608. La extracta Alegre. II, 6. Tenemos copia completa.

[13] No sabemos se haya atendido en esta parte a las indicaciones del P. Fonte con respecto a los HH. coadjutores. Los hubo muy contados en otras misiones que fueron de grande ayuda y alivio. En general tenían los Padres fundadores que hacer por sí mismos estos y otros más humildes oficios. Pero indica el Padre que no todos los misioneros eran aptos para esta clase de trabajos, menos los criados con delicadeza. Una línea tachada dice: "Sepan de todo, siquiera para que estimen lo que otros hacen y experimenten en su cabeza lo que en la ajena les parece nada". Otra línea borrada dice: "Si el Sr. Virrey quisiese dar 2.000 ovejas para repartir entre estos pueblos, como se hizo los años pasados entre otros, fuera de mucha importancia".

de huir lo más trabajoso y dificultoso, y desde luego entrar los que de ahí vienen, no es justo, porque ni saben la lengua ni modo de tratar a los naturales. Por esto es fuerza que los más ancianos lo andemos. Yo saldré de esta villa (de Guadiana) dentro de dos días para la misión, porque he de ir luego a visitar Ocotlán y llevaré conmigo al P. Valle para que nos ayudemos"...

"Yo quedo muy contento y animado, viendo la puerta que se nos abre para grandes conversiones y mucho más por ver se hace sin gasto de Capitanes y soldados, lo cual he procurado siempre y procuraré, porque, no habiendo extraordinarios gastos, con mejor gana los Ministros del Rey darán sacerdotes para la doctrina, y sin duda los naturales gustan de vernos solos en sus tierras, y viendo soldados españoles se recatan"...

Fueron, pues, progresando, aunque despacio, años adelante estas misiones. Se había congregado buen número de gente, indios cristianos y españoles en Papasquiaro. Había allí un seminario de indios y estaban haciendo una más que regular iglesia de piedra. Otro tanto se iba adelantando en los demás pueblos.[14]

4. Rebelión de los indios y martirio del P. Tovar. 16 Nov. 1616.—Debióse el levantamiento de los Tepehuanes a un famoso hechicero apóstata, llamado Francisco de Oñate o entre los suyos Quautlatas, a la sazón amancebado escandalosamente con muchas mujeres. Traía un ídolo de piedra de media vara, por cuyo medio se entendía con el demonio y era como su oráculo. Los Padres le habían reprendido y aconsejado en vano y el mismo Gobernador de Guadiana, hecha una averiguación, no había sacado en limpio sino que se daba a algunas supersticiones y contentádose con mandar darle unos azotes con sus secuaces. El sagaz indio fingió convertirse y se presentó en público con un Cristo, diciendo que no conocía otro Dios.

De otra suerte se las había con los indios: tenía o fingía oráculos y visiones del demonio, que le decía que él era el verdadero dios, que contra su voluntad habían venido a sus tierras los españoles, que si no le adoraban vendrían guerras, enfermedades y castigos, ham-

[14] En la Anua de 1609 hallamos a un joven misionero recién llegado, P. Juan Carrascal, natural de Tasco, matado por un rayo.

bres y pestes; que él los libraría y, aunque muriesen algunos en la guerra, los resucitaría y daría a los viejos juventud; que por no haberle obedecido se había tragado la tierra en Tenerapa y en Cacaria a los indios Sebastián y Justina y otros dos, como les constaba...

Con mucho secreto se introducía en Papasquiaro, Tenerapa, el Tunal y aun entre los Acaxees, haciéndoles fuerza con sus hechizos y prodigios, prometiéndoles la victoria y la matanza de todos los españoles.

Sabía que el 21 de Noviembre 1616 se habían de juntar todos los españoles con los Padres en el pueblo del Zape para celebrar la bendición de una Virgen que acababa de llegar de México. Le pareció la ocasión muy a propósito, pues los españoles estarían desprevenidos y las estancias y pueblos casi desamparados. Urdió el pérfido con tanto secreto su trama que nadie sospechaba lo que se preparaba.

Había determinado dar el golpe el 21 de Noviembre, pero, cinco días antes, sucedió pasar por Santa Catarina un rico comerciante con gran cargazón de ropa y víveres para las minas. Juntóse allí el P. Hernando de Tovar que, al volver de México, había recibido orden del P. Arista Rector de Durango y Visitador de las misiones, de ir a Topia a recoger ciertas limosnas para el colegio y, cumplido su cometido, regresaba a dicha ciudad, para restituirse a su misión de Parras a que, según vimos, pertenecía.

A la vista del botín, los indios de allí, que eran los más bravíos, no resistieron a la tentación y adelantaron la matanza. Ignoraba totalmente el Padre lo que se tramaba. Bajó de la cabalgadura, soltó a comer las bestias, pasó la noche sin novedad y tal vez a la mañana dijo misa, mas, apenas se puso en marcha, le avisó el español que un tropel de indios venía tras ellos: "Corramos, Padre, le gritó con grandes instancias, éstos vienen a matarnos".

Volviéndose el Padre y haciéndose cargo que no había modo de escapar, se contentó con decirle: "Es inútil, tiempo es de ofrecer generosamente nuestra vida a Dios, pues nos hace esta gracia".

Picó hacia ellos la mula entre una lluvia de flechas y, ya al alcance de la voz, quiso hablarles de Dios y de la fe que le debían si querían salvarse. Ellos sin oírle, le rodearon con gran gritería y burlas; uno, echándole abajo de la bestia, le traspasó el pecho de una

lanza. Al verlo tendido los demás se burlaban: " A ver si ahora le resucita su Dios". El, pidiendo perdón por ellos y pronunciando los santos nombres de Jesús y María, entregó a Dios su espíritu. Violó, tendido y desnudo de su ropa y atravesado el pecho, un indio cristiano, que logró escapar y llevó la noticia a Durango. Meses después, cuando volvieron al lugar, los españoles no hallaron trazas de su cuerpo. La vida y virtudes de este santo mártir las referimos al hablar de su misión de Parras.

Mientras mataban al Padre, el arriero español escapó a todo trote y llegó a la estancia de Atotonilco, donde se juntaron como 200 personas y entre ellas el franciscano P. Pedro Gutiérrez. Al llegar el día siguiente, 17, los indios, se defendieron algún tiempo los españoles en la iglesia, pero sucumbiendo al número y falta de municiones, fueron todos sacrificados con la mayor crueldad, hombres, mujeres y niños, entre ellos un alumno de San Ildefonso llamado Pedro Ignacio que murió con el santo Cristo en las manos.

Sólo dos lograron escaparse, el uno D. Cristóbal Martínez de Hurdaide hijo del famoso capitán de Sinaloa.[15] Su buena suerte quiso que uno de los Tepehuanes alzados fuese conocido suyo. Este, viéndole entre los españoles, le echó mano como para matarle separándolo de los demás, pero disimuladamente le hizo salir de la iglesia y le dirigió por un paraje seguro adonde no le alcanzaron los enemigos.[16]

5. Martirio de los PP. Cisneros y Orozco. 18 Nov. 1616. —La misma noche del asalto de Atotonilco, otra tropa de rebeldes cercó la población de Papasquiaro, donde vivían de asiento los PP. Bernardo de Cisneros y Diego de Orozco.

Con la muerte de dos indios fieles que habían mandado a tratar de paz y con la aparición de unos misteriosos embozados que recomendaron estuvieran alerta, el Teniente había dado orden que se recogieran todos a la iglesia. Así que, cuando llegaron los 200 forajidos de Santa Catarina, hallaron la gente medio preparada. Después de cometer las acciones más indignas con los Santos de una hermita vecina, en la cruz del cementerio y en las casas, pusieron cerco a la iglesia.

[15] El otro fué Lucas Benítez, escondido en una pared. Ambos llevaron a Durango la noticia de la matanza.

[16] Véase Pérez Rivas: Triunfos, pp. 516 y 601. Tanner, p. 467. Alegre II, 79.

Los sitiados se defendieron todo el día 17, apagando el fuego que en diversas ocasiones prendieron a las puertas, resguardándose de los flechazos y matando también a algunos Tepehuanes. El P. Cisneros intentó apaciguarlos abriendo las puertas de la iglesia y exhortándolos al respeto de Dios y de sus misioneros. Le contestaron con una lluvia de flechas y hubiera muerto si los españoles no le hubieran traído dentro. Tenía varias flechas atravesadas en el brazo y él mismo se las arrancó como si se tratara de cuerpo ajeno.

Temiendo los indios que a los españoles viniese socorro de Durango, donde sabían haber dado ya aviso, lograron con la astucia lo que acaso no habrían conseguido con la fuerza. Mandaron a un apóstata llamado Miguel, que había sido criado de un español que estaba dentro, les gritara desde afuera, que ellos eran cristianos y querían volver a la paz y amistad de los españoles, que solo salieran fuera y dejaran las armas. Los presos, que ya no soportaban el humo, mandaron contestar que saldrían si los dejaban volver sin molestia a sus tierras o a Durango. La respuesta fué que salieran en buena hora.

Salió el P. Diego de Orozco con la custodia en las manos y el Teniente de Alcalde mayor Juan de Castilla con una imagen de Nuestra Señora y toda la demás gente de hombres y mujeres en orden de procesión. Al paso de la custodia los rebeldes de a pie se hincaban y la adoraban. Llegado a medio del cementerio, el P. Orozco quiso exhortarlos a que se sosegasen y respetasen al Señor que les había redimido, se arrepintiesen si no querían los castigase... En este mismo instante, como si las palabras de su celoso pastor fueran señal de acometer, con una furia infernal cargaron sobre aquella tropa inocente, con lanzas de palo de Brasil, con macanas, espadas y hachas que habían tomado de los españoles, mataron sin distinción hombres, mujeres y niños, que serían como cien. Sólo se escaparon tres españoles y tres niños escondidos en un confesonario que luego corrieron a dar la noticia a Durango.

Al P. Orozco atravesaron con una lanza y lo acabaron con golpes de macanas. Al P. Cisneros que había recogido al Santísimo, se lo arrebataron de las manos y no parece que lo dejaron con vida sino para que tuviese tiempo de sentir los ultrajes que hacían a su adorado Redentor. Arrojaron al suelo las hostias, pisáronlas y burláronse de ellas con el mayor escarnio. No se sabe cómo no

pensaron con tiempo en consumir el Santísimo, acción, dice Alegre, que no podemos disculpar enteramente ni querríamos condenar del todo.

Luego, asiendo del Padre entre ocho indios, lo levantaron en alto mientras otro le atravesó de parte a parte junto al hombro con una flecha. En este estado, repitiendo el Padre sólo estas palabras: "Haced de mí, hijos míos, lo que queráis" y ellos riendo: "Dominus vobiscum" y otras palabras de la misa, le extendieron dos en forma de cruz mientras otro con una hacha le abrió el cuerpo de medio a medio, con que consumó su holocausto.

El P. Bernardo de Cisneros había nacido en Carrión de los Condes el año 1582, entrado en la Compañía en 1599 y pasado a México, concluídos sus estudios de Artes, en 1605. Debió de pasar a las misiones en 1610, de suerte que tenía seis años de misionero y 34 de edad cuando murió.

Fueron increíbles los trabajos que padeció en aquella misión, sea porque el primer asiento del cristianismo hubiera sido un poco superficial, sea por estar estos indios muy desparramados y algo maleados por los españoles o tener en las sierras sus escondrijos donde continuaban sus idolatrías y desde donde los influenciaban aun sus ancianos y hechiceros; lo cierto es que, a pesar del gran cariño con que los trataban los misioneros, los atormentaban ellos continuamente con su ingratitud, frialdad y vuelta a sus vicios. En varias ocasiones maltrataron al P. Cisneros con recios golpes y palos. Dos veces éste había destruído, en el pueblo de Otinapa, una ermita donde un indio perverso tenía un ídolo. Furioso la segunda vez, el indio vino a buscar al Padre y con un cuchillo le dió tres puñaladas, dejándolo por muerto. Curóle el español Simón Alvarez de Sotomayor y el Padre guardó tal secreto que jamás quiso descubrir el nombre del traidor, ni se hubiera sabido el caso si el encomendero del pueblo de Zape, Gonzalo Martín de la Mediana, viéndole tres cortadas en la sotana, no hubiera instado por saber la causa. Entonces el Padre descubriéndose le enseñó las tres heridas todavía cubiertas de hilas.

Era tal la pena que recibía en ver desairados sus trabajos que le consultó al P. Pérez Rivas, al pasar por allí dos meses antes, si pediría al P. Provincial lo trasladara a otra parte, no donde traba-

jara menos, pero donde no fuera tan inútil como entre esta pervertida y rebelde gente. Sin embargo al día siguiente, después de haber dicho misa y consultádolo con Dios, le dijo no avisara nada, pues todo lo dejaba a la disposición de la divina Providencia en el puesto que le había señalado la obediencia. En parecida situación se hallaba su compañero que era delicado y no gozaba allí de salud, dejando que saliese de la santa obediencia su mudanza de puesto o ministerio.

El P. Diego de Orozco había nacido de nobles padres en Plasencia el año de 1587 y entrado de 15 años en la Provincia de Castilla la Vieja. Pasó a México en el mismo barco que los PP. Cisneros y Moranta sus compañeros de martirio. Desde niño solía decir con mucha seriedad que entraría en la Compañía, pasaría a las Indias y moriría por la fé. Estudió en México los cursos de Artes y de Teología y enseñó gramática en los colegios de Puebla y de Oaxaca. Como sus buenos estudios y talento lo predestinaban a la enseñanza y quitaban la esperanza del martirio, pensaba ofrecerse para las misiones del Japón, cuando fué destinado a los Tepehuanes. En los tres o cuatro años que estuvo en la misión, se distinguió por su celo y gran penitencia, a pesar de su poca salud, y toda su vida, por una admirable pureza, juntando la inocencia bautismal con la sangre de su martirio a los 28 años de su edad y 14 de Compañía.

Ambos cadáveres quedaron en el campo, despojados de todos sus vestidos y abiertos con monstruosa crueldad. Cuando, tres meses después, vino el Gobernador, no los pudo identificar, pues halló todos los huesos tan mondos y limpios de carne como si fueran muertos de muchos años.

6. Martirio de los PP. Alavez y Valle. 18 Nov. 1616.— Pocos pormenores tenemos sobre el martirio de los PP. Luis de Alavez y Juan del Valle, que tenían a su cargo el pueblo de San Ignacio del Zape, donde se iban a reunir los misioneros para celebrar la bendición de la nueva imagen de Nuestra Señora y a donde habían ya acudido varios españoles de Guanaceví y otras estancias. El mismo día que atacaron el pueblo de Papasquiaro, otra partida de forajidos rodeó la iglesia al momento que se aprestaban los Padres a decir misa con la gente en ella reunida.

Perecieron con ellos 19 españoles con más de 60 negros y otros criados de españoles que habían venido a preparar la fiesta. Sólo

(Galería Rom.)

Lámina 14.—PP. Juan Fonte y Jerónimo Moranta. Martirizados en el Zape, el 19 de Noviembre de 1616.



(Galería Rom.)

Lámina 15.—PP. Bernardo Cisneros y Diego Orozco. Martirizados en Papasquiaro, el 18 de Noviembre de 1616.

escapó un niño que fué a dar aviso a Guanaceví. Al punto acudió el Alcalde mayor D. Juan de Alvear con doce soldados, vió a la luz de la luna los cadáveres que llenaban el templo y el patio, y el destrozo hecho en la iglesia y en el pueblo y se volvió haciéndose cargo del peligro en que se hallaba con tan poca tropa.

El P. Luis de Alavez había nacido el año de 1589 en Oaxaca de padres principales, señores del pueblo de Texestixtlán. Su partida de bautismo se halló escrita con letras mayores y coloradas, siendo todas las demás de tipo negro y ordinario. Estudió letras en nuestro colegio de Oaxaca y Artes en San Ildefonso de México, acabadas las cuales entró en la Compañía a 21 de Mayo de 1607. Terminada su carrera, fué destinado a las misiones donde se distinguió con un don singular de predicar, una continua oración (en que gastaba cuatro horas en casa), una mortificación grande en cilicios, disciplinas, durmiendo en tablas o en el suelo, gastando todo lo que tenía en provecho de los indios, una singular devoción a la Virgen, a quien tenía encargada su virginal pureza que llevó al sepulcro y quien, pocos días antes de morir le reveló en Guanaceví el martirio que pronto había de padecer y que tantas veces le había pedido.[17] Su cuerpo lo halló el Gobernador, 70 días después, entero con un cilicio muy enterrado en el muslo, con la cabeza, pies y manos levantadas al cielo, por más que los bárbaros, según su costumbre los pusieron boca abajo, como a todos los demás Padres y españoles que mataron. Llevado a Durango, al abrir su sepulcro, años después, se halló tan entero que, parándolo, se tenía en pie poniéndole sólo un dedo en el hombro. Al morir tenía sólo 27 años.

El *P. Juan del Valle* había nacido de noble linaje el año de 1576 en la ciudad de Victoria, de Vizcaya, y entrado en la Compañía de quince años (1591) en la Provincia de Castilla. En 1594 pasó a México donde, luego de terminada su carrera, fué enviado

[17] Esta revelación de Guanaceví fué muy notada. Al decir misa, unos quince días antes, le oyeron los presentes hablar así al Señor: "¿Así hemos, Señor, de morir de este género de muerte? ¿Todos de esta manera? Hágase tu SSma. voluntad". La misma noche le dijo a un niño que le servía: ¿Tendrás valor para sufrir conmigo el martirio? —Sí, contestó el niño, y en efecto lo cumplió. Alguna noticia cierta debían de tener en el Zape del levantamiento, pues los Padres escribieron al P. Andrés López, que estaba convidado, que no viniera, dando por razón que las nieves eran muchas y se dilataría la fiesta.

a la misión de Tepehuanes, siendo después del P. Fonte el que más años llevaba entre estos indios, que fueron doce. Fué, como su compañero, hombre para todo.

Sus bellas cualidades de entendimiento las sacrificó todas para dedicarse a la salvación de estos bárbaros, diciendo que si Dios le hubiera dado grandes talentos y sabiduría de ángel, de muy buena gana lo enterraría todo para poder aprovechar a estos pobrecitos. Sus raras prendas de corazón las derramó a manos llenas sobre aquellos a quienes llamaba "mis hijos", "mis hermanos", aunque supiera que maquinaban contra él. Y esto no paraba en palabras. Trabajaba como peón en la fábrica de las casas y capillas, les enseñaba a arar y él mismo se ponía a ararles sus campos, preparaba la comida de los que trabajaban, en su favor gastaba toda la renta que le daba el Rey y él se contentaba con *ezquite* cuando lo había y, si no, con hierbas del campo; dormía de ordinario en unas tablas o en una zalea en tiempo de frío; en las expediciones, a veces de ocho meses por la sierra con una tiendecilla donde decía misa, pasaba aun mayores privaciones y volvía tan roto, flaco y miserable que daba compasión, enseñando las carnes en lo más duro del frío a través de su sotana hecha pedazos. No contento con esto atormentaba su cuerpo con recias disciplinas, apartándose de sus compañeros en el campo, por no ser sentido; ayunaba todos los sábados a pinole y agua en honor de la Virgen a quien rezaba cantidad de rosarios y devociones de rodillas lo mismo que el oficio divino.

Era de bella conversación y de tan apacible trato y componedor de pleitos y discordias que lo llamaban los españoles el P. Juan de la Paz, de carácter tan acertado y perseverante que lo que emprendía lo llevaba a cabo sin arredrarse por ninguna dificultad.

Sufrió increíbles contradicciones aun de parte de los españoles o ingratitudes sin cuento de sus indios. En Zape, cierto día acabando de decir misa, volviendo con el cáliz en la mano a la sacristía, un atrevido y sacrílego Tepehuán le dió una bofetada en el rostro y preguntado por qué lo hacía, respondió: "Porque dices misa. —Si por esto me hieres, respondió el Padre, sea por amor de Dios" y puesto de rodillas, ofreció la otra mejilla. Prendió el Juez al bárbaro, pero el Padre le libró de la pena.

En un paraje que llaman de Los Ahorcados, se encontró con unos salteadores que hacían grandes insultos a los pasajeros y repren-

diéndoles de aquellas maldades, uno más atrevido le derribó en tierra con una bofetada y el Padre, hincado, se contentó con decirle: "Sea por amor de Dios y dame cuantas quisieres". Otro le dió de palos con el arco porque le había reprendido por estar amancebado con tres mujeres. Y lo que no se había visto entre indios, una india a quien exhortaba a la castidad se atrevió a poner en él sus manos. Procurando otra vez traer al buen camino a un indio amancebado con dos mujeres, éste le cobró tal odio que tres veces le buscó para matarle y las tres veces le cegó Dios para que no lo viera, con lo que se convirtió el malvado.

Hombre de pureza virginal que llevó al sepulcro, y tan tierno con la Virgen que con sólo oír su nombre se le venían las lágrimas a los ojos, y tenía voto, que renovaba cada día, de no negar nada que se le pidiera en su nombre; llevaba al cuello, con una reliquia del Lignum Crucis, su carta de esclavitud escrita con su sangre y a los pies de su devota imagen, en la iglesia, se le veía día y noche largos ratos postrado, pidiéndole la gracia del martirio, imagen que juntamente con él había de ser flechada. La misma gracia pedía en la misa al tener el SSmo. en sus manos y parece haber tenido noticia cierta de haber alcanzado este favor, pues se le oyó decir que antes de tres meses había de morir a manos de los Tepehuanes y en sus cartas se despedía de sus amigos.

Cuando el Gobernador de Durango vino a los tres meses a recoger su cuerpo lo hallaron, junto al del P. Alavez, tan fresco, colorado y sonriente el rostro (él lo era en vida) que exclamó un soldado: "Aquí está un Padre de la Compañía de Jesús vivo". Con una mano hacía el *per signum crucis* y con la otra cubría la honestidad de su cuerpo desnudo. Fué extraño que los indios le dejaran al cuello la bolsita que contenía el "lignum crucis" con su voto de esclavitud a la Virgen, reliquia de que se apoderó el Gobernador, pues el Padre, rogado mucho antes que se la diera, había respondido: "Más tarde".

Sacó muchos indios de sus madrigueras y les había levantado no pocas capillas, que adornó con ornamentos e imágenes; destruyó un ídolo de piedra que adoraban estos miserables, con tanto sentimiento del demonio que dicen hizo temblar la tierra y prender incendios con otras demostraciones extrañas. Tenía sólo 40 años.

7. Martirio de los PP. Moranta y Fonte. 19 Nov. 1616. —Sobre el martirio de los PP. Jerónimo de Moranta y Juan Fonte, Superior de la misión, no sabemos sino que, al día siguiente de la matanza del Zape, el 19, los encontraron los bárbaros, como a una legua del pueblo que venían a celebrar la fiesta. Desde que estuvieron al alcance, los flecharon y luego los acabaron con lanzas y macanas.

Ya hemos hablado de las virtudes del P. Fonte y sólo aquí podemos admirarnos de que, habiendo sido su primer Padre y tan querido, no hallara misericordia en sus hijos.[18]

Su compañero durante diez años y muy parecido a él, *P. Jerónimo de Moranta,* sobrino del P. Nadal, había nacido en Mallorca el año de 1575, entrado en la Compañía en 1595 y el de 1605 pasado a las Indias por consejo del H. San Alonso Rodríguez, que le prometió la palma del martirio, siendo luego señalado para acompañar al P. Fonte en la conversión de los Tepehuanes.

Participó en todo de los trabajos y austeridades de su Superior; el mismo vestido corto y roto, la misma comida de maíz, el mismo suelo por lecho aun cuando paraba en casas de españoles, donde le tenían preparada mejor cama y alimento. En las largas temporadas que pasaba en los montes en busca de sus indios, vivía como ermitaño en su tienda gran parte del día y de la noche en oración, crecidas las barbas y practicando las mayores austeridades. Halláronle cierta vez en un bosque recóndito, con un crucifijo en la mano y una disciplina en la otra, ofreciendo a Dios su sangre para que ablandara el corazón de aquellas fieras.

Premiaba Dios sus desvelos con notables conquistas: en el puesto de Salinas, de los más apartados de esta misión, redujo y convirtió quinientos gentiles. Y de otras muchas entradas, que hizo a otras rancherías, sacó a poblar tanto número de indios que con ellos fundó algunos pueblos, padeciendo grandes trabajos con su reducción, que fueran insufribles, como él mismo decía, si no fueran por amor de Dios. En dos o tres ocasiones en que trataban los indios de rebelarse y apostatar, se fué a buscarlos a los picachos y

[18] Sólo conocemos una breve biografía del P. Fonte, escrita por su paisano, P. Ildefonso Roca, Barcelona 1924, quien puso una lápida en el lugar de su nacimiento.

bosques donde habitaban, con grande peligro de su vida, logrando apaciguarlos.

Ningún misionero de los Tepehuanes gozó de mayor fama de santidad entre los españoles, que lo llamaban a boca llena el Teatino santo. Miró como anuncio de su martirio un hecho que se repitió en San José del Tizonazo y luego en Bocas, quince leguas distante. Diciendo misa, bajó una paloma de improviso y le derramó el cáliz, salpicándole con *sanguis* el rostro, la casulla, el altar y la peana. La segunda vez, acabada la misa, le preguntaron qué pensaba significaba aquello. "Hijos, respondió, lo que entiendo es que Nuestro Señor quiere que yo derrame mi sangre por su amor".

Hallaron su cuerpo, a los tres meses, desnudo, entero y sin mal olor, fácilmente conocible y ceñido con áspero cilicio, guardado por unos perros ganaderos, que con sus ladridos dieron a conocer el lugar donde se hallaba con su compañero. Cerca estaba un cáliz que usaban para decir misa y una ara profanada con unos papeles de sermones, tan secos y claros como si no hubiera llovido y nevado tres meses sobre ellos. Sus restos fueron llevados con los demás a Durango.[19]

8. Martirio del P. Santarén. 20 Nov. 1616.—La última de las ocho víctimas de los Tepehuanes fué el P. Hernando de Santaren que, no habiendo hallado el martirio entre los innumerables peligros de la vida, que veremos al hablar de las misiones de Acaxees y Xiximíes, lo vino a encontrar entre los Tepehuanes.

Llamado por el Visitador a Durango para arreglar con el Gobernador la fundación de la misión de los Nebomes a que estaba destinado, salió de su misión de S. Ignacio Guapixuxe, con gran sentimiento de sus cristianos Xiximies que él había bautizado, el martes 15 de Noviembre. El miércoles vino a despedirle de Otaiz el P. Gravina, se confesó, dijo misa, le recomendó la conversión de los Yamoribas, Humases y Cocorotames que le faltaban por convertir, abrazáronse los dos santos, yendo el P. Santaren con gran

[19] Se conserva el texto de la carta, 30 Agosto 1599, Zaragoza, en que pide al P. General le envíe a Misiones. P. Pablo Hernández: Misiones del Paraguay. Organización Social, p. 571.

alegría, acompañado con dos cristianos Martín González y Hernando que él había bautizado y fueron testigos de su martirio.

El jueves el P. Gravina le mandó dos correos para avisarle de la sublevación de los Tepehuanes, pero iba tan apriesa que no lo pudieron alcanzar, pues deseaba decir la misa de la Presentación en Papasquiaro el lunes.

Ayunó en honor de la Virgen todo el sábado con solas unas galletas por la noche en que siguió caminando entre una nevada que le dejó mojada la ropa hasta doblar la cuesta. Al amanecer llegó a Yoracapa,[20] primer pueblo de Tepehuanes de este lado. Halló el pueblo desierto, hizo tocar la campana para llamar al Fiscal y entrando halló el templo profanado, deshecho el altar, arrastradas y desfiguradas las imágenes. Percatado volvió a subir a caballo, pero al llegar a un arroyo, los indios que le habían estado acechando, lo rodearon y arrojaron de la mula para despedazarle en tierra.

El Padre, que sabía el Tepehuán, les preguntó qué mal les había hecho por qué le querían quitar la vida. Respondieron que ningún otro más que ser sacerdote y que ellos no habían menester otra causa, y, diciendo y haciendo, le descargaron tan fiero golpe con un palo, que le abrieron la cabeza y esparcieron los sesos por la tierra, añadiendo otras heridas con que el bendito Padre, invocando el dulce Nombre de Jesús, acabó su jornada. Tenía a la sazón 50 años, 35 de Compañía y 22 de misiones.

Desnudaron su cuerpo y lo arrastraron a un arroyo. Semanas después acudió el capitán Suárez a perseguir a los rebeldes y los derrotó en Otinapa tan completamente que el último superviviente del combate, para salvar la vida, ofreció descubrir el lugar donde habían arrojado al mártir. Allí encontraron sus preciosos restos que recogieron con gran reverencia y mandaron a Durango.[21]

[20] Los autores dicen que fué martirizado en Tenerapa, pero el P. Albuzuri, que conocía bien el lugar, pone Yoracapa, que no figura en los mapas y no debía distar mucho de Tenerapa. Los detalles los tomamos del mismo autor que cita en su abono una información hecha por el P. Gravina el año 1631 en Quibupa.

[21] Su familia, que había fundado en Huete un colegio de la Compañía, pidió una reliquia suya que llevó el P. Gerónimo Díez, cuando fué de Procurador a Roma.

9. Rescate de los cuerpos de los mártires.—Sintióse tiernamente, así en México como en Europa, la pérdida de tan ilustres misioneros, pero, el considerarlos mártires de Cristo infundió en todos nueva devoción y piedad. El P. Mucio Vitelleschi, escribiendo al Provincial de México, le decía estas palabras: "Falta harán los ocho Padres martirizados por los indios Tepehuanes. Dios proveerá de nuevos y fervorosos operarios en su nueva viña, regada con la sangre de estos sus siervos, cuyos retratos y la relación de su muerte se ha recibido y leido en el refectorio con universal consuelo de todos, por tener ocho hermanos más en el cielo. Vanse pintando en lienzo para ponerlos con los demás, como es razón y V. R. pide".[22]

De todos los misioneros de Tepehuanes no quedó con vida más que el P. Andrés López que vivía en lugar distante y había recibido aviso de los mismos Padres del Zape. Se refugió al mineral de Indé, desde donde dió la noticia a México y allí se hallaba todavía en la Cuaresma atendiendo a los españoles y negros (de los que confesó a 500) y a una ranchería de Tepehuanes que no se habían levantado.

El castigo de los rebeldes, que pusieron al principio en grave aprieto el mismo Durango, no pudo ser tan pronto por no hallarse en dicha ciudad, de sólo cien vecinos españoles, las fuerzas suficientes para socorrer a los que aun se defendían. Recibido auxilio de México, el Gobernador D. Gaspar de Alvear, armó 70 soldados españoles y 120 indios amigos y voló al socorro de los minerales de Guanaceví e Indé. Socorridos estos puestos, salió él por un lado y el capitán Montaño por otro en busca del enemigo. Montaño tuvo la suerte de prender al hijo del cacique de Santa Catarina, por donde había empezado la sedición. Juntáronse ambos jefes el 23 de Enero 1617 en el pueblo de Zape, donde hallaron, según se dijo, enteros los cuerpos de los PP. Fonte, Moranta, Alavez y Valle. De

[22] Los informes jurídicos y autos de estos mártires se hallan originales en el Arch. Gen. Nac. de México y ocupan todo el Tomo 311 de Historia. Allí está la carta del P. Gen. Vitelleschi mandando abrir el proceso 2 Abr. 1618 y las informaciones del Rector de Durango P. Arista y del Prov. Arnaya y las declaraciones de los testigos. Lo que se halla en Roma y cita el P. Astrain. V. 346 del P. Fco. Liñano, etc., deben ser copias allá mandadas por el Prov.

los demás cadáveres no se pudo identificar ninguno por estar todos en completa descomposición y revueltos los huesos.

En Santa Catarina tampoco se halló rastro del P. Tovar, sino un cestito de papeles y pedazos de ornamentos sagrados. De allí pasó a Atotonilco en busca de los rebeldes. El enemigo le salió al encuentro con bastante osadía y resolución. Venían capitaneados por un mestizo ladino llamado Mateo Canelas y de otros muchos criados de españoles que se les habían agregado movidos por el amor a la libertad y la codicia del pillaje.

De los caciques principales era uno D. Pablo. Este y otros 13 quedaron en el campo a las primeras descargas; se hicieron algunos prisioneros y los demás se salvaron con la fuga. Uno de los presos dijo en el tormento que todo el bagaje de los apóstatas, sus mujeres e hijos y el famoso ídolo estaban en Tenerapa. Sin descansar el Gobernador, tomando la mayor parte de su gente y caminando toda la noche del 12 de Febrero, cayó por la mañana sobre el pueblo. No fué tanto el silencio de su marcha que no lo sintiesen algunos y ganaran el monte, pero quedaban aun muchos amparando a sus mujeres e hijos. En el asalto murieron 30 indios, se apresaron como 200 mujeres y niños, se rescataron dos hijas de D. Juan de Castilla, teniente de Papasquiaro y cinco mulatas y recogieron cantidad de arcabuces, cotas, cueras y cosas de valor y más de 150 cabalgaduras. Se mandó ahorcar a algunas viejas, dos de las cuales se habían paseado en las andas de los Santos en Papasquiaro.

A esta ciudad llegaron con tales trofeos, pero la vista de los destrozos y de los huesos mondos de tantas víctimas los llenó de horror y quebranto. Allí formó el Gobernador el cortejo que había de acompañar a Durango los cuerpos de los cuatro mártires del Zape. Precediendo algunas compañías de soldados y más de 300 indios de a pie y de a caballo, vestidos a su modo y adornados de su más rica plumería, hicieron, entre repiques y salvas, su entrada en el templo de San Francisco, donde se hizo el día siguiente 7 de Marzo muy solemne funeral, que presidió el Provincial Fr. Juan Gómez. De allí fueron conducidos con el más lucido acompañamiento a nuestro templo y sepultados al lado del altar mayor de San Ignacio, donde se conservaron enteros, secos y olorosos, largos años.

10. Extensión y daños del alzamiento.—Tuvo esta rebelión gran extensión y ramificaciones en toda la sierra y misiones de



Lámina 16.—P. Juan del Valle. Martirizado en Papasquiaro el 18 de Noviembre de 1616.



Lámina 17.—Vista de S. Ignacio del Zape (Dgo.)

cristianos nuevos. En lo material, puede decirse que se arruinó toda la Nueva Vizcaya; 200 españoles muertos y otros tantos de los morenos, indios laboríos y cristianos viejos, desparramándose y huyendo los demás; todas las minas paralizadas y los ingenios destruídos; la ganadería que alcanzaba más de 200,000 cabezas y abastecía las minas, igualmente muerta, robada o desparramada. El gasto de la hacienda real para su sujeción no bajó de $80,000.

Algún tiempo antes de las matanzas y más los primeros meses de su impunidad, se esparcieron sus espías y fautores por todos los contornos, procurando solicitar la ayuda de los Conchos y Laguneros por un lado y de los Acaxees y Xiximíes por otro. Hicieron grandes esfuerzos para alistar a los Laguneros a fin de aislar completamente la ciudad de Durango. Después de algunas vacilaciones en juntas que tuvieron en Mapimí y Nasas, se resistieron éstos y aún sentaron plaza, especialmente los de Parras, en las cuadras del Gobernador, siéndole de grandísima ayuda en toda la campaña.

Entre los Acaxees el P. Tutino fué el primero que dió el grito de alarma por todos los reales y pueblos de la comarca; hecho esto, partió a visitar uno por uno todos sus pueblos, procurando aquietar los descontentos y descubrir los espías. En Coapa, pueblo vecino de los Tepehuanes, halló dos renegados, D. Pablo y Juan Gordo, que les aconsejaban no hiciesen caso del Capitán Bartolomé Suárez del vecino Presidio de S. Hipólito, pues habían de resucitar los que murieran en la guerra con los españoles... Avisado el Capitán, en una noche y media caminó las 50 leguas, se juntó con el P. Tutino y mandó prender y ahorcar a los dos alborotadores.

Poco después, solicitados por los Tepehuanes, una cuadrilla de Xiximíes dió sobre tres pueblos de su misma nación, intentando matar a los PP. Pedro Gravina y Juan Mallén que los doctrinaban. Por suerte, éstos, avisados la víspera, tuvieron tiempo de acogerse a San Hipólito, pero los facciosos arrasaron la iglesia y todo lo que hallaron en ella. Indignados quedaron y fieles la mayor parte de los indios, especialmente los de Guapixuxe, bautizados por el P. Santarén, siguiéndoles al alcance a los levantados y cortándoles algunas cabezas que trajeron al Presidio. Hubieran alcanzado más completa victoria si las nieves no les hubieran cerrado el camino.

Con la fidelidad de estos indios, se animaron los demás a resistir a los Tepehuanes y los Padres con más valor para exponer sus vidas por Jesucristo. "Plega a su Divina Majestad, escribía el P. Tutino que pasó 30 años en la sierra, de servirse que derrame yo mi sangre como mis Hermanos la derramaron por su honra y su santísima fé". El mismo ánimo manifestaba el Capitán Suárez: "El P. González y yo, escribía, estamos en este pueblo de Las Vegas, esperando cada noche la muerte; porque, aunque estos indios, entre quienes ando, muestran alguna quietud por ahora, pero, como la doctrina del falso dios de los Tepehuanes les ha prometido su favor, no sabemos lo que durará esta quietud. A la mira estamos de lo que sucediere y si la SSma. voluntad de Nuestro Señor es que muramos en esta ocasión, nunca mejor empleada la vida. Sírvase la divina Majestad con ella y con la pronta voluntad de morir por su santa fé, como han muerto nuestros Padres".

El mineral de Topia no se atrevieron a atacarlo por saber que estaba prevenido; pero dos pueblos cercanos, levantados en armas, trataron de matar a los PP. Juan Acacio (Superior) y Juan Alvarez,[23] que, gracias a unos indios fieles pudieron escaparse y hacer prender a los principales cabecillas.

Mucho se empeñaron los Tepehuanes en allegarse a los remotos pueblos de Tecuchapa y Cariatapa (vecinos de Sinaloa) que doctrinaban los PP. Diego de Acevedo y Gaspar de Nájera; llegaron a llevar a algunos de sus indios al pueblo de Papasquiaro para presenciar su triunfo. Llamados los Padres a Sinaloa por el peligro, volvieron con seis soldados y 70 indios amigos, mandados por el capitán Hurdaide.[24] Este, para probar la fidelidad de los del lugar, les mandó fueran a atacar las rancherías vecinas de los Tepehuanes que los venían inquietando. Animáronse 150 gandules que volvieron en son de triunfo con algunas cabezas. Sin embargo, a la larga, se vió que el puesto era demasiado peligroso y apartado para sostener continuas alertas y se resolvió por entonces abandonarlo y juntar sus cristianos con los de Sinaloa.

[23] Véase su vida en el Menologio, p. 207.

[24] Hurdaide había recibido orden de atacar por detrás a los Tepehuanes, pero no pudo salir por hallarse Sinaloa muy inquieto y había tenido que ahorcar a 60 cabecillas que se habían alzado. Bandelier, II, 100.

En el extremo Sur de Durango no eran mucho más seguros los caminos ni los pueblos. En un pueblo del Tunal, cinco leguas del Nombre de Dios, quemaron la iglesia y de ahí a poco mataron a unos soldados que iban a Chiametla a reclutar gente. Pasando por el mismo camino para ir a Sinaloa con otros tres Padres, el P. Pérez Rivas pudo ver cómo en Chiametla, San Sebastián y Acaponeta, se hallaban los españoles temerosos y recogidos por las noches en las iglesias, y saber cómo poco después en estos dos últimos pueblos abrasaron casas e iglesias y un convento de Franciscanos que allí había.

Mas volvamos a Guadiana y veamos cómo el Gobernador Alvear, con gran valor y empeño fué quebrantando la fuerza que amenazaba destruir toda la Provincia.

11. Sujeción de los indios y restauración de la misión. 1618.—Recibida parte de estas noticias y hecho el funeral de las santas reliquias de los mártires, casi sin descansar de su expedición al Norte que había durado cinco meses, el 21 de Febrero 1617 partió el Gobernador Alvear con el P. Alonso de Valencia y la tropa, en busca de una partida de rebeldes, que en número de unos 50 bajo el mando del cabecilla Cogoxito, se había ido a refugiar en la serranía de los Xiximíes y en la barranca de Guarizamé. Antes de llegar tuvieron la suerte de tropezar con el rebelde, principal autor de la matanza de Papasquiaro y profanador de la imagen de la Virgen y de darle la muerte que merecía.[25]

En Guarizamé no encontraron ya Tepehuanes, más el Gobernador mandó al capitán García a convidar de paz a los Humís. Vinieron éstos con su cacique Mehigua, a los ocho días, y arreglaron las paces y el perdón de los Xiximíes que se habían aliado con los Tepehuanes. Siguió el Gobernador su camino hasta Chiametla y la costa del Pacífico.

A 22 de Septiembre llegaron a Durango tres compañías de soldados pagadas por el Virrey y con ellas pudo el Gobernador emprender su tercera y última expedición al Oeste. Recorrió toda la sierra y escondites de los Tepehuanes, caminando más de 200 leguas

[25] La interesantísima relación del P. Valencia puede verse en el Arch. N. G. Historia, T. 19, n. 11. Daremos algunos datos más en el Cap. sig. al hablar de los Humis. Llanos de Guatimapé, 9 Mayo, 1918.

con increíbles dificultades de montes, hambres tales que, vez hubo, tuvieron que cocer cueros para alimentarse con ellos. Quitó a los enemigos mucho ganado, quemó sus sementeras, abrasó sus pueblos, prendió muchas de sus mujeres e hijos que no podían seguirlos en su continuo movimiento, tomó a algunos espías tan rebeldes que prefirieron morir en los tormentos antes que quebrantar su obstinado silencio. Lo ruidoso de la marcha no podía ocultarse a los Tepehuanes y la aspereza de las sierras, en que muchas veces se necesitaban escaleras de mano para bajar, favorecían mucho a los alzados que pudieron evitar batallas formales.

Pero, con la continua batida del Gobernador por un lado, del capitán Bartolomé Suárez por el Mezquital y Guazamota, del capitán Montaño por el lado de los Acaxees y Hurdaide por Sinaloa, se convencieron los Tepehuanes de que habían sido falsas las promesas de su dios y que, en vez de gozar de la libertad anunciada por sus hechiceros, se hallaban privados de todas las comodidades que gozaban en sus pueblos, viviendo en continua agitación, temor y miseria.[26]

En esto se presentó en la escena el buen P. Andrés López, único misionero superviviente, y, desde Indé donde se hallaba, mandó a ofrecer la paz y el perdón a los descarriados, entre los que había muchos inocentes. No surtiendo efecto sus ofertas, se ofreció una vieja coja que había entre los prisioneros y con un papel y el Diurno del Padre se puso en camino con algunos que la quisieron acompañar, pero que la abandonaron a las cinco leguas.[27]

Sola recorrió la sierra toda, rancho por rancho, animándolos, prometiéndoles el perdón, volviendo al fin con buen número de ellos y dejando los demás con buenas disposiciones. Luego que los recién llegados comenzaron a asentarse en los antiguos pueblos, pidió el P. López al Provincial le mandara un compañero para reanu-

[26] Puede verse una narración breve de todas estas campañas, desde el 15 de Noviembre 1616 hasta el 14 de Mayo 1618, escrita desde Cacaria por el mismo Gobernador Alvear, copiada del Arch. de Indias por Bandelier en el segundo de sus tres tomos, p. 100: Historical Documents relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and Approaches thereto. Washington, 1923. Carnegie Institute.

[27] Véase la Anua de 1617 en que se ponen dos Cartas del P. López. Ayer Collection. Id. Cf. Alegre, II, 91. Id. Peter Dunne: The Tepehuan Revolt. MS.

dar el trabajo. Ofrecióse el P. José Lomas, que había estado en esta misión y había salido a descansar de los grandes trabajos y achaques que padecía. Teniendo los Tepehuanes noticia de que venía su antiguo Padre, buen número de los que tenían buen corazón dispusieron salir a recibirlo en el pueblo principal de Santiago de Papasquiaro. Oigámosle contar su entrada:

"Llegué, dice,[28] a este pueblo de Papasquiaro a 8 de este mes de Febrero 1618, donde con notables muestras de alegría y gusto me recibieron como a su mismo Padre, aunque hallé todo aquello destruído, la iglesia destechada y quemada; sólo hallé en pie tres aposentos pequeños de nuestra vivienda. Ha nevado tres veces después que vine; los vientos han sido furiosos, con que mi compañero y yo habemos tenido ocasión de mérito juntamente con falta de comida.

"Luego que llegué llevé conmigo toda la gente a la cruz del patio de la iglesia que había sido ultrajada; allí cantamos las oraciones de la doctrina cristiana, continuando lo mismo todos los días, alentándoles con esto a la estima de nuestra santa fe, que engañados habían desamparado. A las mañanas vuelven los niños a que se les enseñe la Doctrina, catecismo y confesión, y esto se va reparando.

"El juicio que puedo echar de estos Tepehuanes es que están bien escarmentados, pero no reducidos todos a nuestra santa Fé. Los desengañados lo están, porque el demonio a quien visiblemente veían no les ha cumplido sus promesas, sino que en aquellos mismos lugares donde les habían dicho serían más favorecidos, ahí han recibido mayores daños, dando el Gobernador sobre ellos y el capitán Suárez haciendo presas de sus mujeres e hijos; con que, conociendo estos desengañados la falsedad de nuestro común enemigo, quitaron la vida al gran Cuautlatas, indio el más íntimo del demonio, grande hechicero y como sacerdote de la nueva religión y era el que sustentaba y tenía en pie el alzamiento y gobernaba la guerra. Y no contentos con esto, después mataron otro capitán que les impedía reducirse de paz.

"Ha quedado otro gran hechicero que tenían por oráculo y les daba respuestas; está hoy retirado con otros a quienes procuraré re-

[28] Pérez Rivas. Triunfos. p. 639.

ducir con ayuda de Dios, porque son éstos los más culpables. Por otra parte anda Guixiuita, uno de los capitanes del pueblo de Sta. Catalina, gran traidor y este está rancheado con su gente en el pueblo que llaman Boyagame. Tiene consigo muchos indios de Tecuchapa y otras naciones que tienen éste por su cacique, y es el que se acomodó una de las doncellas españolas que se reservaron los Tepehuanes, aunque ya la ha entregado. Blasona con que no ha de salir a poblar de paz. Y juzgo que ésta no tendrá por ahora seguridad si no es con presidio de algunos soldados, lo cual se conocerá por los casos que poco antes que yo llegase sucedieron.

"El primero fué en Santa Catalina donde hicieron una borrachera; enfurecido en ella un mancebo mató a otro y en venganza de esta muerte la parcialidad del muerto mató al mozo. Y para que se vea cómo, con el alzamiento, volvía esta nación a sus costumbres bárbaras, añadiré otro caso que sucedió poco antes de Navidad.

"Hubo un diluvio que duró ocho días y con él salió el río tan desaforado que nunca se había visto tan pujante; para desenojarlo los indios quitaron a una pobre india una criatura que tenía en los brazos, dando ella y su madre mil clamores, que no les aprovecharon para que no la arrojasen al río para aplacarlo, y otra vez, hicieron lo mismo para rescatar la vida de un viejo que presto había de morir de enfermedad, con la muerte de un niño que podía vivir muchos años.

"Demás de esto, me han dicho los españoles que andan por aquí, que han tenido noticia que estos Tepehuanes, todas las mañanas al salir el lucero, le hacían un modo de salva y un razonamiento muy largo al sol, adorándolo como a Dios y también a la luna. Trazas del demonio, hasta enviar sobre nuestra casa estas noches unos buhos que hacen tristísimos arrullos, con que parece nos quiere espantar, aunque no le valdrá".

Con la muerte de los principales fautores de la rebelión y las buenas esperanzas que daba el P. Lomas, a petición del Gobernador, se animaron nuestros Superiores a promover esta restauración enviando a otros cuatro misioneros, muy alentados, a trabajar en una tierra fertilizada con sangre de mártires.[29]

[29] En 1627 hallamos al P. López retirado y pidiendo al P. General volver a los Tepehuanes. Arch. Ysleta.

Se restablecieron tres pueblos antiguos y cada misionero, reco-
giendo uno por uno a los indios esparcidos por los montes, ya con
halagos, ya con suave violencia, los fueron trayendo al redil. Los
pueblos de Guanaceví, Papasquiaro y la Sauceda se volvieron a po-
blar con más indios y españoles que antes. El pueblo de San Simón,
que era antes un lugar despreciable de 14 familias, se hizo después
uno de los mayores con una colonia que a él se hizo bajar de Tara-
humares del Valle de San Pablo.

Pero la más florida población se formó en el Zape, donde ha-
bía sido mayor el estrago. En lugar de la Virgen sacrílegamente pro-
fanada, un devoto español de Guanaceví hizo pintar otra muy
devota en México y la trajo con gran pompa a la nueva iglesia dán-
dole el título de *Virgen de los Mártires*.[30] El recibimiento se hizo
el 14 de Agosto 1618 (?) y la fiesta de la entronización fué de las
más concurridas y alegres que se vieron por aquellas tierras. En el
sermón de la misa mayor, hubo tantas lágrimas del predicador y
de los oyentes, que parecían de Pasión, ya por acordarse de la muer-
te de los Padres y de más de 80 personas que allí habían sucumbido,
ya por traerles a la memoria el destrozo que en la Virgen hicieron
estos bárbaros y la entrañable devoción que el P. Juan del Valle tuvo
siempre a aquella santa imagen.

Los muchos favores, que comenzó a otorgar la Virgen a sus
devotos, convirtieron el lugar en uno de los santuarios más frecuen-
tados y devotos de la frontera, atribuyendo los misioneros a su in-
tercesión la restauración de aquella florida misión y el avance que
desde ella se hizo, años después, a la conquista de los Tarahumares.

Al visitar aquella misión el año 1621 el primer obispo de Du-
rango Fr. Gonzalo de Hermosilla de la Orden de San Agustín, que-
dó encantado del buen orden y devoción que advirtió en aquellos

[30] El P. Alegre corrigiendo al P. Rivas, afirma con testimonio del Illmo. Sr. Tamarón, que fué la misma estatua de bulto (una vara y tercia de alto) que el capitán de Guanaceví mandó reparar a México (habiéndoselo prometido a la Virgen si le libraba de los peligros del alzamiento). Conserva la señal del hachazo, que corre desde la mitad de la mejilla siniestra y baja por la barba hasta cerca del cuello, como cuatro dedos de largo. Se la llamó la Virgen del Hachazo, del Zape, de los Misioneros o Nuestra Sra. del Valle. Cf. Alegre, 11, 144 y 428, donde se dice que el P. Fco. de Mendoza escribió la historia que tenemos manuscrita de la Concepción del Zape. Id. Cf. Diario del Sr. Tamarón, p. 87.

pueblos evangelizados por nuestros Padres y escribió al P. Provincial dándole mil parabienes por los felices sucesos que lograban en aquellos montes, entre gente que tan rebelde se había mostrado a la predicación del Evangelio.

Aquel año en Bocas de los Tarahumares mataron a Oñate,[31] el último y principal de los Tepehuanes que fomentaban la rebelión. Hubo otros ligeros conatos de levantamiento en 1638 y 1645 a consecuencia de la guerra de los Tobosos, de que hablaremos al tratar de la Tarahumara. Los últimos rebeldes del Tizonazo se rindieron al P. Bernabé Soto, ganados por su caridad en la peste de 1662.

En la misma epidemia hicieron extremos de misericordia los PP. Juan Ortiz de Zapata misionero de Santa Catalina, Pedro Suárez de Papasquiaro y Francisco Mendoza del Zape.

12. Decadencia de estas misiones.—Desde la fecha hasta la entrega de estas misiones al clero secular, es decir poco más de un siglo, poco es lo que sabemos sobre ellas. Después de un breve período de prosperidad, mientras la población era aún densa en las cabeceras, empezó la era de la decadencia y de la ruina. Se multiplicaban cada vez más los ranchos de los españoles en aquella región fértil y de agradable clima y, aunque sus minas habían venido a menos, ocupaban gran número de indios en sus haciendas y ranchos, con no poco perjuicio de su religión y moralidad, chupando la población de aquella especie de *reducciones* o *reservas indígenas* abiertas a todos los vientos. La raza sajona aplica la eutanasia a sus indios, la latina (cuando prescinde de la religión) se contenta con una agonía natural interminable, pues aún no acaba.

Según el Visitador del año 1731 (tal vez el P. José Echeverría) en esa fecha todos los indios Tepehuanes hablaban o entendían el español y en algunos pueblos se daba la doctrina y la predicación en esta lengua. Los indios en sus pueblos eran todos muy ladinos, flojos (pues tenían buenas tierras), *retobados* (respondones) y viciados por los españoles. Entre los misioneros apenas se halla uno de regular tamaño. Aunque el necesario conocimiento de la lengua po-

[31] Este fué el renegado que mató al P. Fonte. Murió arrepentido y ahorcado del mismo árbol en que había colgado y despedazado a un catecúmeno. Triunfos, p. 646.

día dificultar el reclutamiento, sin embargo parece que el gobierno de la Provincia anduvo algo flojo en su selección y en sus licencias. Por más triste que sea, hemos de resumir estas observaciones, empezando por la misión más septentrional.[32]

De *San Miguel de Bocas* es ministro el P. Bernardo Treviño, coadjutor espiritual de 37 años y 7 de misiones. Para un colegio es amable religioso y tendría más prendas; para misionero es negado, no hay forma de que le amen los indios a quienes trata con extremos ya de amor demasiado ya de despego con pesadas palabras. No tiene rastro de economía en la práctica, aunque siempre idea maravillas. No sabe la lengua mexicana mazorral que es la de sus indios. La iglesia es capaz, pero pobrísima; la casa vieja pero con buena huerta y agua que corre en medio.

Hay en el pueblo 49 familias con 48 muchachos de doctrina, pero ni la mitad de ellos ni de la gente acude a la iglesia, porque son indios flojos, vagamundos y de malas costumbres como vecinos de los españoles. Administra un buen número de vecinos españoles cercanos o de curas sus amigos. Hará unos seis años, sin más autoridad que la de su antojo, se metió a fundar un pueblo en un rancho llamado de San Gabriel, levantando un santocalito (capilla) en que parece no haber nunca dicho misa y llevando allí la campanita para que suene más el disparate.

Pudiera ser la misión más acomodada de los Tepehuanes, pues tiene tierra de labor y ganado, pero el Padre lo descuida y se quejan sus indios, y con razón, que ni les da de comer cuando trabajan. Sería mejor labrar los ranchos, sin queja de nadie, con peones asalariados como lo hacen algunas misiones y aún sacar frutos en abundancia para adornar la iglesia. Pero debe la misión, desde el tiempo del difunto P. Bañuelos $700 y del tiempo presente algo más de $700 a varios sujetos por el descuido del Padre, negado a providencias económicas y dado a cuentas alegres.

Pide la misión un sujeto religioso, celoso y activo, el lugar sería bueno para un santo viejo benemérito, y no para un mozo que en el verdor de sus años debe trabajar sin que, para evitar el ocio, busque diversión en las haciendas y ranchos de españoles con descuido

32 Manuscrito del Arch. de Ysleta. Miscelánea.

de la misión y mengua de su crédito. Conviene que salga y podrá servir bien en la Provincia.

Del *Tizonazo* es ministro el P. Francisco Alcarazo, Rector del Partido, Profeso y Doctor en la Universidad. Vino a misiones de 54 años de edad, hoy tiene 60 aunque está robusto y corto de vista. Es edificativo y religioso en su proceder, cuida bien de la doctrina de los niños y niñas, de lo temporal con nimiedad que pasa a miseria y ocasiona quejas y disgustos en los indios a quienes trata con alguna aspereza. Ahorra muchos pesos sin que tenga licencia de Dios para gastarlos en bien de la misión; a sus parientes socorre con demasía; pidió licencia para enviarles mil pesos y, porque sin ella no fueran, se la dió. La misión a nadie debe y, por confesión suya, le sobran $1,300 que bien empleados fueran en ornamentos y alhajas y altares de que está pobre; dice que los quiere emplear en comprar tierras.

La iglesia es capaz y aseada, aunque sin nada precioso ni rico, necesita reparar los cimientos que son de mal adobe, lo mismo la casa que es vieja, aunque con recámara y almacén nuevo. La gente de Tizonazo se reduce a 35 familias y 13 solteras o viudas; son ladinos, entienden bien castellano aunque su lengua es Mexicana mazorral, son flojos, jugadores y vagamundos, gente que pide un Padre religioso y de entereza para ponerlos a raya.

Tiene a una legua el real de Indé donde hay cura y Alcalde Mayor y a seis leguas al Poniente la visita llamada *Santa Cruz* o el *Pueblito,* separado por una sierra infestada de enemigos. Tiene el Pueblito unas 48 familias y más mujeres que hombres por morir muchos de éstos a manos de sublevados. El lugar es bellísimo y rico, regadas las labores por el río Nasas y las casitas decentes, la gente ladina y de bastante comodidad, aunque de esto se apuran poco. La iglesia suficiente, pero pobre, la casa buena con huerta, lo mismo que la de Tizonazo donde tienen dos ranchos y mucho ganado.

De la *misión del Zape* es ministro el P. Ugalde, profeso, sujeto bien conocido por las historias que tuvo en Papasquiaro, de buen talento de púlpito y gran moralista; puede salir bien en cualquier congregación de la Provincia y no en misiones por miserable y regañón con los indios, por demasiado amante de algunos españoles, etc.... La iglesia es decente aunque pobre y tiene la Sagrada Imagen de la Virgen que estragaron los Tepehuanes y conserva algunas preciosas

alhajas que le dieron años atrás sus devotos. Música ni cantores hay, porque ya morirían. Hay 21 casados, viudos, solteras y viejas 13, niños de doctrina 29. La doctrina sólo la saben en español. Los indios son ladinos y retobados. Me parece que sobra un Padre para tan poca gente. Tiene rancho, huerta y obvenciones del pueblo de Guanaceví, sin cura desde que se acabaron las minas. Este real, de puros y pocos españoles, está a siete leguas de buen camino y bien lo puede atender para evitar la ociosidad. Tiene 30 familias con otras que viven en ranchos con mucha familia como suele entre gente de razón. Tiene capilla decente y pobre y deberían de enterrar allí sus muertos, pero por no cansarse en ir allá, los hace traer el Padre al Zape: mucha flojedad y descuido.

De la misión de *Cinco Señores* (la más apartada y modernamente llamada Nasas) es ministro el P. Juan Antonio de Aragón, coadjutor espiritual de 52 años de edad y 20 de varias misiones. Es de genio apacible con los indios, pero más inclinado a los españoles de quienes se sirve, de muchas ideas y menos actividad y economía de lo que requiere la misión. El pueblo se compone de indios advenedizos de varias naciones; 46 familias de nativos y 36 de Tarahumares facciosos que allí desterró el Gobernador Barrutia, toda gente recia y de malas costumbres, por el trato de los españoles y comercio de los soldados, en cuyos presidios se criaron muchos de ellos. Hay 44 niños de doctrina y en derredor muchos ranchos de españoles que casi forman pueblo y administra por ruego del capellán de Pasajes y coge algo de obvenciones. El país es bellísimo y rico de toda suerte de semillas y frutas que se venden bien por estar en el camino real de Chihuahua. Tiene en la otra banda ganado y siembra tan buena que el año de 32 de 6 fanegas de trigo cogió 300, de 2 de maíz 150 y de media de *frijol* 30. Debería de valerse de gente pagada para hacer una labor en forma que rindiera mucho más, pues los indios son flojos y retobados. La iglesia es pobre y poco adornada y junto a la casa está una buena huerta con parras tan gruesas como las de California. La doctrina y ejercicios de culto son pocos y de mala forma. El Padre está adeudado en $400 y serán muchos más, porque es de los que se apuran poco.

De la misión de *Santiago Papasquiaro* es ministro el P. Nicolás de Cuenca, profeso in fieri que ha cuatro años que la administra. No es para esta misión ni para otra alguna por el poco amor que tiene

a los indios y el demasiado a los españoles; es interesado *et non ecclesiae et religioni sed sibi et parentibus quibus sucurrere nititur.* Es sujeto de buenas prendas para un colegio donde predicara con primor: es mírame (?) cuida de tumbaga y anillos, Dios le guarde . . . La iglesia es capaz aunque debería de ser el doble para la gente; es pobre, nada precioso y rico, mucho de ello viejo y poco decente, tiene el altar mayor un cuadro de Santiago que parece de la conquista que apenas se conoce. La sacristía está indecente. La casa está vieja y mal trazada, pide que se haga de nuevo sin altos y con menos comunicaciones que son peligrosas e inducen sospechas.

Las familias de Papasquiaro se reducen a 32 y 24 niños de doctrina, hay entre ellos mulatos y mestizos *ex omni genere piscium,* todos ladinos que hablan mejor castellano que en su Mexicano mazorral que es la lengua que ha quedado en estos pueblos, es gente retobada, maliciosa y floja que pide un ministro celoso de mucha religión, virtud y economía. Aquí no se han metido los curas y administra los españoles de que está llena la región, que pasan de 160 familias y se lleva las obvenciones y derechos (que debería de aplicar a la iglesia) por grave descuido de los Superiores que lo han permitido, sabiendo que por cobrar con rigor ha habido varias quejas. Por desgracia en esta misión, en el discurso de 40 años, los ministros han sido de aquellos que tienen cerca parientes pobres y con título de hacer limosna, no han dudado de agarrar cuanto han podido, como curas y frailes, sin acordarse del desinterés con que la Compañía debe y *suele* administrar los sacramentos, y si los miles que de esto se han cogido se hubieran empleado en el culto de la iglesia no hubiera otra más rica y es de las muy pobres, etc.

Tiene la misión un rancho regado, pegado al pueblo, que da 200 fanegas de trigo y 150 de maíz que cultiva con gente de paga según la costumbre de este pueblo, pero ocupa a veces los indios y muchas veces todo el día los de doctrina. Tiene otra huerta tan grande o mayor que la de Tepotzotlán que ha hecho cercar de adobe bien alto y que a más de la verdura puede dar 50 fanegas y más de trigo. Hago cuenta que, sin molestar a los indios, puede sobrar cada año mil pesos y que debe de aplicar al adorno de la iglesia cuantas obvenciones saca de los españoles. Añádese un rancho casi a la vista que tiene 250 reses, mulas, caballos y ovejas.

Hay junto a la iglesia una capilla de Na. Sra. de Los Remedios bien capaz donde tienen una cofradía (la primera que se permite en las misiones) de indios y españoles y conviene extinguirla, porque se reduce a que tres o cuatro indios salgan demandantes a pedir hasta Chihuahua, Parras, Culiacán y mayores distancias y que $20 poco más o menos que traen de limosna, se gastan en la fiesta y enviciados los indios en el oficio de vagamundos y flojos con otros peores vicios, se haga el pueblo un conjunto de zaramullos retobados, indevotos y embusteros, ladrones y borrachos, que si el Padre sospecha de ellos, se levantan con el santo y la limosna, como ha sucedido ahora. Por lo cual he ordenado que no se permita salgan a demandar y que el Padre les haga su fiesta anual aunque no haya pitanza.

Tiene por visita el pueblo de *San Nicolás* a tres leguas casi todo de españoles con iglesia decente pero pobrísima y todos los años salen con su Virgen a pedir limosna para gastar en la boda, comida o fiesta. La casa es decente para que viviera de asiento, pero no viene más que dos o tres veces al año. Son 58 familias de indios ladinos o mestizos que hablan bien castellano y 45 niños de doctrina y muchos españoles de la otra banda del río.

La segunda visita es la de S. *Andrés de Atotonilco* tres leguas al Norte pero río abajo: hay 48 familias y 58 niños de doctrina sin contar los españoles. Ni la mitad de la gente suele vivir en el pueblo sino en los ranchos de los españoles a temporadas; todos son ladinos más de lo que convendría. La iglesia es decente, aunque pequeña por el poblado. No hay música ni cosa digna de alabarse, más que la estatua de la Virgen que llaman del Rayo que veneran con devoción. Está gobernado como pueblo de frailes; rara vez va el Padre a darles misa y entonces le han de dar de comer los pobres, a lo que se añade la pitanza. La fiesta del pueblo con sermón y misa se hace cuando hay $25 ó $30 que dar al Padre: cosa indigna y ajena de nuestros hábitos.

Esta misión, para la buena administración, necesita de dos sujetos de religión y virtud y es paraje a propósito para un colegito donde haya de haber sujetos para misiones y podrán mantenerse muy bien tres o cuatro.

La última misión *de Santa Catalina* (Tepehuanes) está situada en tierra fría y airosa cerca de un arroyo pequeño, diez leguas al

Norte de Papasquiaro y 12 al sur de Zape. Su ministro P. Pedro de Retes llevaba 17 años en la misión y a la fecha era Visitador de la Provincia de Tepehuanes; profeso, sujeto muy religioso, prudentísimo, pacífico, amable y siempre constante en un mismo tenor de vida religiosa, como si viviera en un colegio; es de una más que mediana economía en lo temporal, sin nota de miseria ni exceso de pródigo, sujeto muy digno de que la Provincia lo ocupe en los empleos de gobierno por las prendas que le adornan.

La iglesia, aunque pequeña, es sobrada para la gente que hay, bien techada y decente, con el altar mayor de cuadros viejos y dos altarcitos, de ornamentos lo suficiente, sin alhaja rica ni especial. Cuando vino, sólo había siete familias, ahora hay unas 80 almas que han venido de huída de otros pueblos, todos son ladinos y demasiado y saben bien la doctrina en *castilla.* De españoles que viven en los contornos tendrá unos 300 de confesión a los que administra por falta de cura. Bien se podría atender esta misión desde el Zape, aunque con algún mayor trabajo por la mucha vecindad de los españoles.

Tiene 850 reses, 30 mulas cerreras, 50 mansas con 22 aparejos, 110 caballos mansos y 200 ovejas, 20 yuntas de bueyes y el apero necesario, puede coger descansadamente 500 fanegas de maíz, frijol y arvejón para el gasto.[33]

La parte administrativa de la provincia de Tepehuanes fué variando con los años y así en 1743, la hallamos unida con la Tarahumara Baja, con un mismo Visitador o Viceprovincial y con las misiones o cabeceras de Santa Cruz Conchos, Huejotitlán y más al Norte Satevó y Sta. María de las Cuevas.[34]

No tenemos el informe del Visitador de estas últimas, pero las condiciones parecen haber sido las mismas (como veremos de Satevó) en todas las misiones antiguas de la Tarahumara Baja.

[33] Parece que el P. Retes pasó sus 40 años de misionero en su misioncita de Sta. Catalina, siendo casi todo el tiempo Rector, Superior o Visitador. El año 1754 la entregó con sus bienes a satisfacción del cura y le sobró para hacer una buena limosna al colegio de Durango en cuya hacienda de La Punta vivió retirado con el oficio de capellán hasta 6 de Marzo 1757 en que murió. Anua de Durango. 1751-7. Arch. de Ysleta.

[34] Hubo otra misión al extremo Sur de Durango, llamada *Pueblo Nuevo* que debió de empezarse tarde y se entregó con las demás en 1753.

El cuadro no deja de ser desolador en esta retaguardia misionera y nos explicamos la división y corrillos que acá y allá se notaban entre los misioneros activos a la antigua y éstos adocenados e ineptos. Ahí vemos también la necesidad de Visitadores Generales, pues, por lo visto, los locales se hallaban impotentes para escoger y cambiar su personal y obligados, como aquí el P. Retes, a vivir casi toda su vida callando en un pueblo de 80 almas. Lo que más nos extraña es que los Provinciales, si conocían tal estado, no pusieran remedio radical o faltaran tan totalmente de personal. Verdad es que la escasez de clero secular no era menor ni mejor su calidad y que los indios no ganaron nada con el cambio, pero la excusa vale poco y el sistema económico menos.

Llegado el año de 1746, el Prov. P. Cristóbal de Escobar, visto el aumento de las misiones de California y de la Pimería, y sin duda por falta de personal para las misiones de Topia y Tepehuanes, pidió al Rey Fernando VI y al Prelado Pedro Sánchez que, atentos a las razones que les presentaría el P. Francisco Pérez de Aragón (persona de mucha autoridad que había sido Doctoral, Juez Provisor y Vicario General de Durango), tuvieran a bien aceptar la renuncia de estas misiones, como se hizo con toda tranquilidad entre los años de 1751 y 1754.

13. Relaciones con los Prelados.—Antes de terminar hemos de hacer algunas observaciones sobre las relaciones de los misioneros con los Prelados, primero en Guadalajara, en cuyo territorio se hallaban todas nuestras misiones hasta el año de 1621, en que se fundó la diócesis de Durango, y luego en ésta que heredó casi todo el territorio misional del Norte. De Guadalajara citan nuestros anales con gran loa las visitas del Illmo. Sr. Alonso de la Mota en 1600 y 1604 y la del Illmo. Sr. Juan del Valle en 1613.

Con los Franciscanos y Jesuítas extendiendo su diócesis de continuo al Norte a costa de los mayores peligros y sacrificios, se esperaba naturalmente la mayor benignidad y favor de parte de los Prelados, cual se halló en su primer obispo Fr. Gonzalo de Hermosilla que murió en la demanda y fué enterrado en nuestra iglesia de la Villa de Sinaloa (28 de Enero 1631).

Sin embargo los intereses materiales de la diócesis llevaron a su sucesor D. Alonso Franco a entablar un pleito de diezmos con los

Jesuítas que continuó con ardor el Illmo. Fr. Diego de Evia. Quitóles las florecientes misiones de Parras y de la Laguna (1652) para darlas a clérigos que no duraron en ellas. Ya tenía señalados curas para los pueblos de Tizonazo y de Bocas, a lo cual se resistieron los Jesuítas, por hallarse estos pueblos enclavados en sus misiones de Tepehuanes y les dió razón la Audiencia de Guadalajara.[35] Se empeñó también en sujetarlos, como los demás frailes, a los tres puntos del Patronato. Ofreciéronse los Provinciales a sujetar a los misioneros al examen de capacidad y de lenguas, a presentar al obispo sus credenciales y aun las binas o ternas para doctrineros, pero dijeron que no podían admitir el tercer punto (remoción y juicio de conducta al arbitrio del obispo) sin contravenir a sus Constituciones y que, en caso dado, preferían abandonar las misiones. Ante tan grave contingencia, ni el obispo ni el Virrey se atrevieron a pasar adelante, mientras el P. Provincial y el P. General acudían al Consejo de Indias.[36]

Pretendieron asimismo visitar las misiones y revisar sus libros el Deán de la catedral de Durango y en 1673, Sede Vacante por muerte del Sr. Gorozpe, por orden del Cabildo el Br. Tomás de Ugarte, cosa que estaba reservada a los Prelados en persona. Recibido con toda cortesía este último en el colegio de Mátape por el P. Visit. Alvaro Flores que todavía vivía y por el Rector P. Daniel Marras, por más que alegó derechos y conminó censuras, se le dió

[35] Cf. Astrain. VI, 473. Archivo de Indias, 67-1. 30; 154. 2. 3. El P. Neumann Superior de la Tarahumara, en carta de 15 Enero 1681, nos da los siguientes datos sobre el mismo asunto. "El Sr. Escañuela O. S. F. obtuvo de Madrid un Decreto diciendo; 1.—que todos los misioneros estaban sujetos al obispo; 2.—que no podían ser enviados a misión por sus Superiores, sin aprobación del Obispo, ni cambiados ni retirados; 3.—que debían de recibir su provisión del Obispo como los otros sacerdotes seculares. La orden fué comunicada al Visitador por el Gobernador del Parral. Al mismo tiempo se recibía carta del P. Provincial diciendo que, en caso que se urgiera el Decreto, salieran los Padres de la misión. El Gobernador dijo que no se llevaría a cabo, y podía dar como razón el peligro de revuelta de los indios. Esperaban la visita del Vicario General Francisco de los Ríos, un ex Jesuíta que ha quedado poco afecto a la Compañía. El Virrey Marqués de la Laguna sostuvo la Compañía y expatrió a Francisco de los Ríos. Copia de Bancroft Library.

[36] Hablamos de este grave punto en el T. I, Libro IV, Cap. I, n. 7.

a entender, y al fin lo reconoció, que sus pretensiones y las del Cabildo no se conformaban con el Derecho vigente.[37]

Las controversias subieron de punto en tiempo del Illmo. Sr. Fr. Bartolomé de Escañuela (1677-1684). Sabiendo que los Jesuítas preparaban el año 1680 una expedición a California, se empeñó en que fuera con ellos un cura y vicario suyo para las poblaciones que aún no existían. Pasaron los Jesuítas por encima, representando que aquel territorio pertenecía a Guadalajara y que la presencia de tal hombre no había de servir más que de estorbo. Más extravagante aún fué la pretensión de poner en la casa de Sinaloa (que ya era colegio) un clérigo suyo que alternase las semanas con el Rector. De ahí pasó a publicar nuevas ordenaciones [38] bajo graves penas para despojar a los misioneros de sus facultades apostólicas e impedirles construir iglesias nuevas entre Tarahumares, Varohios y Guazapares. No valiendo las razones que dieron los Padres, el Prov. P. Bernardo Pardo acudió al Virrey y al Rey. Aquel y la Audiencia de Guadalajara detuvieron al Sr. Escañuela en sus procedimientos y el Rey le mandó Cédula (30 Abril 1682) en que le encargaba que no impidiera a los Jesuítas el que fabricasen iglesias, "pues los 15 religosos que trabajan entre los Tarahumares, Varohios y Guazapares, en estos cinco últimos años, han *conferido* el bautismo a más de 20,000 y, habiendo los misioneros sido enviados por su Mag., por la misma causa se les faculta para todo lo necesario como es la construcción de iglesias".

Por el año de 1707 el Illmo. Sr. D. Ignacio Díez de Barrera levantó otra gran polvareda con el eterno pleito de los diezmos que quería imponer a todos los misioneros. La cuestión pasó tan adelante que el Procurador de México escribía al P. Kino que no pensara en nuevas iglesias ni conquistas, pues el obispo había pedido al Rey que se suprimieran todas las misiones, que se decía que el Rey había accedido y que el P. General había informado que, luego

[37] Había Cédula del Rey y provisión especial de la Audiencia de Guadalajara para que sólo el Obispo en persona pudiera visitar oficialmente las misiones. Véase en Doc. Hist. Mex. III Serie, T. I; p. 773, los Documentos de esta visita del Br. Tomás Ugarte en Mátape. Feb. 1673.—Id. Alegre, II, 466.

[38] Véase extensamente este caso en Alegre, II, 389.

que los misioneros recibieran aviso y se suprimieran los subsidios, se trasladaran todos a los próximos colegios. Por lo visto las autoridades de México, ante el trastorno que este abandono había de causar a los territorios del Norte, volvieron atrás y las cosas se quedaron como antes.[39]

Otra cuestión se suscitó con motivo de la administración del sacramento de la Confirmación. Era materialmente imposible que los Prelados de Durango y de Guadalajara visitaran personalmente todos los pueblos de tan extensas diócesis (especialmente este último la California). Intentáronlo sin embargo algunos, después del Sr. Gonzalo de Hermosilla. Conocemos la visita del Sr. Benito Crespo en 1730 y del Sr. Martín de Elizacoechea que se arriesgaron hasta Sonora y la famosa y heroica del Illmo. Sr. Tamarón (1759-1768), en que, después de recorrer 2,752 leguas castellanas (11,531 Kilóm.), logró visitar todos los pueblos cristianos de su jurisdicción, falleciendo en Bamoa (21 Dic. 1768 y siendo sepultado en la Villa de Sinaloa como su glorioso predecesor Gonzalo de Hermosilla.

Para no privar a tantos fieles de las gracias de este sacramento suplicó la Congregación Provincial de 1603 al P. Aquaviva alcanzara del Papa para los misioneros el privilegio de confirmar como se había concedido a los del Japón. Contestó el R. Padre (20 Abril 1605) que parecía más conforme y fácil lo alcanzara el mismo Prelado o el Embajador. Volvióse a suplicar en la Congregación Provincial de 1626 pero no pareció conveniente insistir, habiendo andado por las misiones el obispo de Guadalajara Illmo. Sr. de la Mota en 1604 y últimamente el primer obispo de Durango D. Gonzalo de Hermosilla.

En 1737, habiéndose extendido las misiones hasta la California, la Congregación Provincial renovó su petición y sin duda con éxito, pues en 1740 hallamos al P. Visitador Retz confirmando más de 1,740 californios. Para la diócesis de Durango alcanzó la misma facultad el Proc. General Pedro Altamirano a 17 de Septiembre de

[39] El año de 1708 hallamos una Apología, escrita por el P. José Pallarés misionero de Durango en que demuestra que "Los misioneros, que no ejercen el oficio de curas en la Nueva Vizcaya, no deben pagar diezmos a la Catedral".

1757, aunque con repugnancia de los Prelados Sánchez Tagle y Tamarón.[40]

Aun más sintió este último otra Cédula expedida tres días después, que disponía que las misiones no pudieran ser visitadas sino por el Obispo en persona.[41]

Vino luego carta del P. Prov. Fco. Ceballos (22 Jul. 1763) que, por orden del P. General, mandaba a los PP. Jesuítas que no tuvieran cargo de Jueces eclesiásticos de los Obispos y renunciaran esta dignidad. Tenía el Sr. Tamarón tres Vicarios y Jueces eclesiásticos de la Compañía en las misiones céntricas de la Villa de Sinaloa (desde su fundación), Aribechi y Oposura. Como no tenía clérigos para tan distantes lugares, amenazó con procurar quitar a la Compañía dichos curatos para proveerlos en clérigos que pudieran ejercer oficios de Vicarios.[42]

[40] "Sin la confirmación, dice el Sr. Tamarón (Diario, p. 318) la visita del Sr. Obispo se reduce a que le den bien de comer, en que son bastante cumplidos los Padres. Hablo de experiencia". Se queja además de que los Padres tuvieran facultad de subdelegar y de que el Visitador P. Lizoazoain hubiera confirmado en Janos y otros pueblos fuera de su jurisdicción. Reprobó el hecho el P. Prov. Pedro Reales (Consulta de 29 Dic. 1761).

[41] En Sinaloa se había presentado mucho antes este caso y resuelto en favor de la Compañía. El pleito se había suscitado de nuevo con su predecesor el Sr. Sánchez Tagle (1749-1757) y el P. Pedro Altamirano había acudido al Consejo de Indias.

[42] El P. José Roldán se esforzó mucho con el Visit. P. José Garrucho y con el P. Provincial, para que se aceptara el oficio de Juez por razón del bien general, pues aquellos curatos andaban mal y no tenía el obispo de quien echar mano. Decía el mismo Sr. Tamarón al Provincial: "Lo que a Roma va, de Roma viene". Carta de 26 Marzo 1761. Bacanora. Miscel. VII, 716. No sabemos qué nuevas circunstancias intervinieron para que el Visit. y el Prov. ignoraran la carta del M. R. P. Oliva de 8 de Marzo 1668, comunicada al Visit. de Sonora en 1701 por el Prov. Fco. de Arteaga (cuya copia existía en el Rectorado de San Javier) en que, después de estudiar detenidamente el caso, permitía, con ciertas condiciones, a los nuestros ser Vicarios foráneos de los obispos como lo fueron siempre en Sinaloa. Miscel. Méx. VIII, p. 116. Copia de Sonora. Arch. Ysleta. En el Arch. G. N. Hacienda. Leg. 17 n. 37 hallamos carta del mismo P. Roldán al Prov. (Bacanora 23 Abril 1760). Se dice le ha nombrado el Sr. Tamarón Juez Eclesiástico, anulando todos los poderes del cura de Río Chico y añade: "Va su Ilma. sumamente gustoso, edificado y agradecido de nuestra Provincia, como verá V. R. de la carta que a dicho señor le merecí; suplico a V. R. me la vuelva, porque la guardo por reliquia, pues el Sr. Obispo es tan santo, que no tengo palabras con que explicar el sumo concepto que se merece".

Semejantes cuestiones de secularización, patronato y diezmos, hubo casi todo el tiempo; pero generalmente procuraba la Compañía resolverlas con la conciliación. Así, si bien entregó la Compañía en 1652 las misiones de Parras y de la Laguna, se rehusó a ceder las de Bocas y de Tizonazo (para las cuales había ya nombrado cura el Sr. Evia) por estar enclavadas en medio de las misiones de Tepehuanes y aún no bien asentadas.

En cuanto a la imposición de las leyes de Patronato, ya hemos hablado de ello en el primer tomo de esta obra.

Estos conflictos, al avanzar la cristianización y españolización del país, eran inevitables y cada uno procuraba sus intereses y los del país. Mientras se amansaban los bárbaros, no había quien estorbara la obra de los misioneros ni quien quisiera compartir sus peligros; pero luego que se asentaba la paz y empezaban a prosperar los pueblecitos, venía prematuramente la avalancha de colonos y clérigos a echarse sobre lo mejor y a estorbar la necesaria libertad de los misioneros. Estas épocas de transición son siempre delicadas y es cosa vana criticar las intenciones que de una y otra parte se hacían valer para que la transición fuera más ordenada y duradera.

Lingüística.—Escribieron los primeros misioneros, entre ellos el P. Fonte, varios Vocabularios y Doctrinas que debieron de servir al P. Figueroa para los manuscritos que, en lengua Tepehuana dejó a sus sucesores. Impreso sólo conocemos el *Arte de la Lengua Tepehuana con Vocabulario, Confesionario y Catecismo,* del P. Rinaldini en 1743. Empezó este trabajo en el distrito de Guadalupe y Calvo (Nabogame) donde fué primero misionero y lo terminó en Huejotitlán donde el dialecto es algo diferente.



Lámina 18.—P. Hernando de Santarén. Martirizado en Tenerapa (Dgo.) el 20 de Noviembre de 1616.

CAPÍTULO IV

MISIONES DE ACAXEES Y XIXIMIES.

1592

1. PRINCIPIOS DE ESTA MISIÓN. 1592.—Como se indicó en el capítulo anterior, las llamadas misiones Santa Cruz de Topia, S. Andrés y Xiximíes están situadas al Oeste del Estado de Durango, desde donde empieza la vertiente del Pacífico hasta las faldas de la Sierra Madre que pertenecen a Sinaloa. Colindan, al Noreste con la misión de Tepehuanes y al Norte con la de Sinaloa, extendiéndose al Sur hasta el río Piaxtla. Comprende, pues, la cuenca superior de tres ríos que van a desembocar al Pacífico: al Norte el río Culiacán, con sus afluentes el Humaya y el Tamazula (Misión de Sta. Cruz de Topia), en el centro el río de San Lorenzo o de los Remedios (Misión de San Andrés) y al Sur el río Piaxtla (Misión de Xiximíes).

Era país de riquísimas minas, algunas ya ocupadas, de tiempo atrás, por los españoles, con clima en extremo frío en las alturas, caliente en las cañadas y casi intransitable por las quebradas y asperísimas montañas. A la fecha no había más que dos pasos para llegar a Culiacán: uno que llamaban el Tembladero, por sus horribles barrancas, y otro, por el cañón o quebrada de Topia (intransitable en tiempo de aguas), en que había que vadear el río tantas veces como días tiene el año.[1]

[1] Desde Durango, la entrada a la sierra se hacía por Santiago Papasquiaro. En cuatro o cinco días se llegaba al Valle de Topia, o por dos ramales a San Gre-

El centro o sierras de Topia y San Andrés lo ocupaban los Acaxees propiamente dichos, el Norte o río de Tamazula y Humaya los indios hablaban un idioma poco diferente y más emparentado con el Tahue o Cahita de Sinaloa, al Sur en el río Piaxtla vivían los feroces Xiximíes y Humis de muy diferente raza y lenguas.

Aunque no podemos llamar al P. Gonzalo de Tapia fundador de estas misiones, sin embargo, fué el primero de los Jesuítas que empezó a barbechar esta tierra virgen y a iniciar el movimiento de conversiones que después siguió. Referiremos el hecho con las mismas palabras de su historiador y contemporáneo el P. Juan de Albizuri.[2]

"Con las muchas privaciones y el mal clima de Sinaloa, vino a enfermar gravemente el P. Tapia a principios de 1592 y lo trujeron sus compañeros a la casa de la Compañía de Santiago Cubiri. Padecía muchas fiebres ardientes y, fuera de esto, le acudía a los ojos un humor tan fuerte y de tan mala naturaleza que casi le tenía ciego. Rogáronle mudase de temple y saliese a tierra fría hasta que mejorase y, como era tan dócil y de suave condición, hízolo para darles contento y fuése a la Sierra de Topia.

"Aquí le quiso consolar el Señor con la presencia del P. Jerónimo López, un sacerdote anciano de nuestra Compañía (gran lengua mexicana) que del colegio de Guadalajara allí había venido a auxiliar a los indios mexicanos y a los españoles de las minas. Recibiéronse como ángeles, dando gracias a Nuestro Señor que los había juntado en tierras tan remotas, y, aunque todos acudieron con mucho amor a curar y regalar al Padre, se esmeraron los Tarascos, sus hijos antiguos que le habían oído y tratado en su provincia de Michoacán, de los cuales había acudido a Topia gran número, movidos de la fama de las riquezas de aquellas minas. No sabían qué regalo hacer a su santo maestro.

"Si verdadero suele ser el refrán castellano que "cada uno convalece con lo que gusta", en esta ocasión se cumplió más a la letra que en otras. Porque, no teniendo el bendito Padre, en la tierra,

gorio (S. Andrés) y Otaiz. Más tarde, estos dos últimos pueblos hallaron camino más corto subiendo el río Remedios desde Basis hasta Tenerapa.

[2] Historia de las misiones... y vida del P. Tapia MS. Biblioteca Bancroft. Berkeley, Escrito en Bamopa, 1633. Cap. XIV, p. 76-80. El P. Rivas pone erradamente este viaje a Topia cuatro meses después de llegado el P. Tapia a Sinaloa.

otras delicias que procurar la salud de las almas, convaleció de sus achaques doctrinando y predicando a la gente de aquella tierra, que, desentrañándose a sí y a los cerros por adquirir riquezas, vivía olvidada de la salud de sus almas. A muchos abrió los ojos y no quedó ningún Tarasco que no se confesase con él.

"Supo asimesmo que todas aquellas serranías de Topia estaban cubiertas de gentiles que adoraban a los demonios, por no haber quien les predicase y determinó hacerlo por sí mismo. Y con estar prestado y por pocos días y aún no bien sano de sus enfermedades, buscó con mucha diligencia si había por allí alguna persona que entendiese su lengua: de aquellos bárbaros trujéronle un mulato que la sabía escogidamente por haber nacido y criádose entre ellos. A este tomó por maestro y, con ser la lengua Acaxee bien dificultosa, en menos de quince días la supo. Con esto se halló, aunque flaco y enfermo en el cuerpo, tan vigoroso en el espíritu que comenzó luego a trajinar la sierra como un gamo.

"Es todo una montaña brava, llena de aspereza y malos pasos, toda cuestas y riscos, que se anda por ella con conocido riesgo de la vida. A todo se arrojó, discurrió por aquellos desiertos, subió a aquellos desconocidos picachos, bajó a aquellas quebradas o cuevas de aquellos bárbaros donde estaban ocultos como fieras, y cuando se vió entre ellos trabó pláticas con ellos y ganólos con no pequeña admiración de ellos que le oían hablar en su lengua sin haberle jamás visto.

"Teniéndolos ya benévolos, comenzó a catequizarlos y en breve bautizó a muchos. Persuadióles a que se congregasen en pueblos para hacer vida política y poder ser doctrinados y él mismo escogió el lugar en el Valle que llaman de Topía,[3] donde había otras rancherías de indios: sitio muy apacible y acomodado, así por su hermosura, por la abundancia que hoy tiene de frutas de la tierra y de Castilla, como por lo mucho que de ella se descubre hasta las sierras más apartadas con agradables vistas de varias arboledas, montes, peñoles, ríos y quebradas. Aquí pobló un pueblo de mucha vecindad con los cristianos que él había hecho.

"Supo que en lo alto de la sierra quedaban todavía algunos gentiles y que éstos y todos los demás de la comarca adoraban con

[3] Ocho leguas al Noreste del mineral de Topia, sobre el río del Valle.

gran superstición cierto ídolo de piedra que tenían en grandísima veneración y según pienso, era labrado en honra y memoria de una famosa hechicera llamada Topiame o Topia (que así se llama el ídolo) y dió nombre a toda la serranía.

"Subió allá con harto trabajo y predicóles la vanidad de su falso dios y de tal manera los desengañó y encendió en amor de la religión católica, que se hicieron cristianos y determinaron quebrar su venerado ídolo y colocar en su lugar una hermosa cruz como el Padre se lo había pedido. Viendo, pues, la buena determinación de los indios, ordenó para mayor confusión del demonio una solemnísima procesión de todos sexos y edades.

"Convocó todo el pueblo del Valle para ella y ordenó que los principales llevasen una grande cruz y todos los demás, grandes y pequeños hasta los niños, cada uno llevase su cruz pequeña sobre los hombros, que fué una vista apacible sin duda para los ángeles y para el santo grandísimo consuelo. Y así solía decir después que no había hecho en su vida procesión más solemne, de mayor aparato y majestad en sus ojos, aunque los más iban desnudos en ella.

"Con esta orden procedió hasta subir a lo alto del monte, cantando todos las oraciones y precediendo el santo Padre en entonarlas. Llegaron de tropel a tirar el ídolo hasta que, derribado de su lugar, lo hicieron pedazos y lo echaron a rodar por aquellas laderas. Colocaron después de esto en el mismo lugar la Santa Cruz y, habiéndola adorado con mucha reverencia, se volvieron al pueblo con el mesmo orden y de esta cruz y de otras innumerables que se subieron aquel día al monte, se le quedó al pueblo el nombre de Santa Cruz del Valle".

Tal fué el preludio de esta gloriosa misión. Mas, antes de ver el desarrollo de ella hemos de dar a conocer al que fué su fundador y su padre.

2. El P. Hernando de Santarén. 1566-1616.—Había nacido el P. Santarén en el pueblo de Huete del reino de Toledo el año 1566, de nobilísima familia, cuyos abuelos habían fundado un colegio de la Compañía. Entrado en ella de 15 años, pidió luego con tanta insistencia la misión de Indias que fué enviado a ella ape-

nas acabada la filosofía. Luego de entrado en el barco reveló aquel joven humilde y puro las extraordinarias dotes de su corazón. Se puso a servir a todos los pasajeros en los más humildes oficios, tratábales con tanta caridad y cariño, tanta sencillez y caballerosidad que se dejaban llevar de él a la doctrina y frecuencia de sacramentos como dóciles corderos.

Llegado a México y mientras estudiaba teología, aprendió la lengua de los indios para darles doctrina en la iglesia de San Gregorio y, luego que se ordenó se consagró a su cultivo. Una vocación tan manifiesta y una aptitud tan notable para tratar indios, le hicieron luego escoger para acompañar al P. Gonzalo de Tapia en la misión de Sinaloa. Iba justamente llegando con su compañero el P. Méndez cuando supieron la noticia del martirio del bendito Padre.

En la nueva repartición del trabajo tocáronle al P. Santarén, como veremos, los pueblos de Mocorito (1595) y luego los Guazaves (1596-7). Allí durante tres años, en medio de continuas revueltas, se entregó cuerpo y alma al bien de los indios sin consideración alguna a su salud y comodidades. Cuando, después de alguna ausencia de sus pueblos, le venían al encuentro, les echaba los brazos apretándolos fuertemente, pegada la cara con las suyas, preguntando cómo estaban, expresando las ganas que había tenido de verlos, que no podía menos de dejarlos a veces para atender a otros. . . Luego se hacía llevar a los enfermos y desvalidos con los que hacía excesos de cariño, dándoles su comida y gastando en ellos los regalos que allegaba en las minas y hasta sus propios vestidos, aguantando él el frío de sus montañas. Refiérese que repartió de esta manera más de $40,000.[4]

[4] Esta liberalidad dió origen a una acusación como las que no faltan a ningún santo. Escribiendo el P. Aquaviva el 21 de Julio 1609 al Prov. Martín Peláez le dice: "De las misiones a donde anda el P. Santarén somos avisados que el dicho Padre tiene algún trato en materia de dineros y que envía alguna cantidad a España. No podemos creer haya tanto como esto, porque tenemos satisfacción de su religión, pero todavía, como ha tanto tiempo que está fuera de colegios y de obediencia, podría estar olvidado de la perfección de ella y tendríamos por buen remedio trocarle con algún otro, teniéndole en algún colegio más dentro de la Provincia" . . . Por lo visto el Provincial no halló fundada la acusación. A lo más se pudiera sospechar que el Padre haría alguna indicación a alguno de sus muchos amigos ricos, para que hicieran algún regalo a España. Arch. Ysleta.

Y como si sus privaciones no bastaran para apagar su sed de sufrimientos, inventaba él mil modos de atormentar su cuerpo. Le sorprendieron una vez, cual si desconfiara de su propia delicadeza, haciéndose azotar por dos indios que le servían, desnuda la espalda hasta la cintura y ligado a un árbol. Resistiéronse al principio los indios, pero tanto instó que tuvieron que hacer este cruel oficio.

Estas penitencias se las pagaba Dios con una no interrumpida familiaridad aún en medio de los grandes concursos. En sus viajes, hacía resonar aquellas soledades con cantos y alabanzas a su Majestad. Pasaba a veces las noches enteras en alta contemplación, cuyos ardores derramaba después en sus pláticas y exhortaciones a las que daba fuerza el ejemplo de su virginal pureza. Un amigo suyo, en cuya casa paraba muchas veces, afirmó que jamás le había visto levantar los ojos a la cara de una hija suya en los 20 años que le trató.

No era hombre menos cabal en lo físico que en lo moral. Dice el P. Rivas que lo trató, que a pesar de las malas comidas que le enflaquecían el cuerpo a la par que la falta de sueño y largas caminatas a pie por aquellas serranías, "su voz era sonora y agradable, junta con el ardor de su espíritu, arrebataba la atención de los oyentes, ayudando el aspecto exterior de su persona, talle, estatura y rostro que era de los de más hermosa proporción que se vió en aquel reino, la cual él componía con modestia grave, pero agradable en sus acciones". Su trato era finísimo, franco, comunicativo, sencillo y humilde que encantaba lo mismo a los rudos indios que a los españoles de las minas.

Tal era el hombre que, el año de 1598, destinaron los Superiores a la nueva conquista de los indios Acaxees de la provincia de Topia.

3. Principios de la misión de los Acaxees, 1598-9.—Vivían los Acaxees en los contornos de las minas de Topia y S. Andrés, extendiéndose al Norte hasta comunicarse con los indios Bacoburitos de Sinaloa y al Poniente hasta las cercanías de Culiacán. Su lengua y sus costumbres agrícolas, en las laderas templadas de la sierra, les daban cierta afinidad con los Cahitas; pero, a diferencia de ellos, tenían infinidad de ídolos y comían la carne de sus enemigos.[5]

[5] Dos Padres en cierto pueblo contaron 1,624 calaveras, sin hablar de las que se habían deshecho con el tiempo y en cuanto a idolillos sacaron de una casa doce cestas de ellos.

MISIONES
DE
ACAXEES Y XIXIMIES
Entregadas a la Mitra de Durango en 1,753

Lámina 19.—Mapa de las misiones de Acaxees y Xiximíes.

Una carta de 1607 los divide en cinco ramas: al Este los *Topiames,* al Sur los *Sabaibos,* al Suroeste los *Pacaxes,* al centro (S. Andrés) los *Baymenes,* al Norte los *Carantapas, Baimupas* y *Tecuchuapas,* vecinos de los Tepehuanes.[6] La comunicación con los españoles de las minas los habían amansado un poco, a pesar de los abusos que con ellos se hacían.

No era el P. Santarén un desconocido en Culiacán ni en las minas. Al ir a Sinaloa en 1594 se había detenido y predicado en Culiacán. Habiendo enfermado en su primera misión de Mocorito vino a fines de este mismo año a curarse en casa del Sr. Tobar, cuyo hijito el futuro compañero de martirio, Hernando, no se separó de él un momento hasta que lo vió aliviado. Aprovechó su estancia con el P. Méndez para predicar a los indios Tahues de la costa, cuya lengua era parecida a la de Mocorito. Allí celebró la Navidad con el P. Peláez, H. Beltrán y el capitán Suárez de Pixalua que venía con 12 soldados y con ellos entró en Sinaloa el 25 de Enero de 1595.

Encargado de la conversión de los Guazaves, le sacaron de allí en Mayo siguiente, llamado de Topia para ser el medianero de unas horribles discordias que alborotaban el Real. Vuelto a su misión, al pasar a principios de 1598 el Visitador P. Fco. Gutiérrez por Topia, fueron tantas las instancias que le hicieron, para que les mandara al P. Tapia para la cuaresma, que tuvo que acceder.

Vino predicando y halagando a los indios por todos los pueblos del tránsito y, llegado, emprendió la increíble tarea de predicar la cuaresma simultáneamente en los tres pueblos de Topia, S. Andrés y Culiacán. Predicaba los domingos en el Real de S. Andrés tres sermones, repartidos a españoles, esclavos y gente del servicio de las minas y a los indios laboríos que hablaban mexicano. El mismo día salía de S. Andrés para Culiacán distante 30 leguas pasando a ratos a pie por despeñaderos de mil *estados.* En la Villa predicaba hasta los miércoles y luego se despedía, sin ser posible detenerle a descansar, por ir a predicar y confesar al Real de Topia, otras tantas 30 leguas, pasando los 300 vados de aquella quebrada, ofreciendo su

[6] El P. Albizuri señala también cinco ramas: al N. E. Acaxees, al N. O. los Tetebatas, al S. E. los Pacaxes, al S. O. los Sabaibos, en la costa O. los Tahues hasta Mocorito. Cf. Carl Sauer: The Distribution of Aboriginal Tribes. Berkeley. 1934. Id. Ralph Beals: The Acaxees. Berkeley. 1933.

vida cada hora al Señor. Y así le calculaban que andaba cada semana 94 leguas y 300 en la cuaresma.[7]

Más admirable, si cabe, fué el fruto en las almas de aquellos minerales donde por falta de sacerdotes, reinaban todos los vicios: pleitos, robos, embriaguez, lujuria, blasfemia y abandono religioso, pues allí se juntaban, con la abundancia del dinero, indios, negros, mulatos y malhechores huídos de la justicia, etc. Estableció la frecuencia de sacramentos, la doctrina por las plazas, congregaciones, jubileos, procesiones de sangre, con tanto celo, tanta gracia y desinterés que no lo haría mejor un santo.

Tan encantada estuvo la gente que, al volver el Visitador de Sinaloa, le rogaron, españoles e indios, les dejara el Padre, mandando correos rápidos a México y Guadalajara, que merecieron favorable respuesta. Opusiéronse ciertos religiosos que ya tenían convento en el Valle de Topia, quejándose al P. Provincial. Cuando vino orden de que, por el bien de la paz, se retirara al Sur, ya había el P. Tapia congregado varios pueblos de la Quebrada y del río Tamazula. Oigámosle referir él mismo sus primeras impresiones al P. Provincial.[8]

"He estado, dice, con los indios Acaxees enseñando en su lengua a seis pueblos de mucha gente, en que hice muchos bautismos.[9] De aquí me partí al Sur a las partes remotas de San Andrés, a la sierra que llaman de Naperes, donde hice dos iglesias y se plantaron cruces, en derredor de las cuales se juntaban a aprender la doctrina. En breve la aprendieron algunos tan bien que, pasándome con los infieles al Real de S. Hipólito una legua de allí, me sirvieron de maestros.

"Estando aquí me vinieron a llamar de unas grandes poblaciones, aún más al Sur, que llaman de San Miguel, donde había muchos

[7] Alguien tacha de increíble el hecho, pues para caminar 120 horas a la semana, parece no había de parar ni dormir. Sin embargo, el P. Rivas que anduvo los caminos y conoció al hombre lo afirma. (Triunfos p. 150) y el Proceso que se hizo en Tamazula (Albizuri).

[8] Alegre. I, 354.

[9] Los primeros pueblos de reducciones rudimentarias que formó en la cuenca del río Tamazula o cerca de Topia, fueron los del cacique de S. Jerónimo, el gigante Matohen que iba por su sal al mar y cuya gente, cerca de 5,000, juntó en los pueblos de Atotonilco y Tamazula. Asentó también gente en el Frijolar, Borrachos, Colutla el Viejo, Zapotlán el Grande, Sta. Ana, Birimoa y San José Canelas.

que bautizar y era la tercera vez que venían y aun habían abierto el camino para las cabalgaduras.

"No me fué posible irlos a ver y aún, por fuerza y ardid me detuvieron en San Andrés hasta la Domínica de Pasión. Confesados allí todos los indios y españoles, a escondidas me volví a Topia, donde estuve 20 días. Algunos caciques vecinos, con toda su gente vinieron a pedir doctrina, rogándome vaya a verlos y, cuando esto no se pueda, ofreciendo venir a poblar cerca de San Andrés. Lo mismo me han dicho los Tecayas, bajando al río que está cerca de dichas minas. Todos claman y piden socorro. ¿Quién me diera poderme dividir en muchos y ayudar a tantos pobres? Lo hiciera con tanto consuelo y gusto de mi alma cuanta es la pena que siento de ver que "parvuli petierunt panem et non erat qui frangeret eis".

"Los indios Acaxees son como unos 5,000 que tienen la misma lengua con los Bamupas que serán otros 3,000 y los Sabaibos también bastante numerosos.[10] Además hay al Sur los Xiximés sus mortales enemigos y muchas gentes mezcladas de Tepehuanes.

"Es gente mediana de cuerpo, bien agestada, y los que han estado en la sierra tan blancos que parecen meztizos. Son muy ágiles, alegres, fáciles y risueños, conversan con los Padres y españoles con mucha afabilidad y risa. No son uraños, ni esquivos, ni melancólicos, ni retirados sino liberales, largos y atrevidos. Andan desnudos con muchos adornos en las narices, orejas, cintura y piernas. Son de muy buen entendimiento, memoria y tesón y algunos aprenden en su lengua el Padrenuestro, Avemaría y Doctrina en un día".

Cuando recibió del P. Provincial orden de retirarse de Topia, pasó al Sur a doctrinar los Tahues y Pacaxes, luego, subiendo el río de los Remedios, fué plantando cruces y levantando iglesias de paja entre los Sabaibos,[11] los Haymenes [12] llegando hasta Guapixuxe (donde vió al terrible cacique Halazan).

[10] El P. Pérez Rivas señala para los Acaxees una población de 12 a 16,000 almas, pero no indica las tribus que abarca éste número. En 1607 el capitán Martín de León contó 12,000 y en 1624 el capitán Pedro Salazar sólo halló 826.

[11] Entre los Sabaibos los pueblos que se iniciaron fueron: Alaya, Cometipa Otatitlán, Colutla (donde quemó un ídolo y cambió el pueblo), Huepaca, Amaculi, S. Juan Zapotlán.

[12] Entre los Haymenes: Remedios, S. Juan Nasperes, Coapa, S. Gregorio S. Pedro, S. Lucas de las Huertas, Cuevas, Tunal, S. Sebastián y S. Ildefonso Tecayas. (Véase Albizuri, no siempre correcto).

Imposible nos es, por los datos que tenemos, a la fecha, determinar el orden de estas correrías en que se ocupó esos dos años de 98 y 99 y en que anduvo solo, echando los cimientos de la futuras misiones.[13]

Lo cierto es que tanto los españoles como los indios hicieron repetidas instancias a México y a Guadalajara para que el P. Santarén y la Compañía se encargaran definitivamente de la conversión y asiento de aquellos pobres indios, que parecían tan bien dispuestos.

Recorridos todos los trámites, nombró el Virrey al capitán Diego de Avila "pacificador, poblador, juez y protector de los indios Acaxees". Entre el mes de Febrero de 1600 y Diciembre, recorrió con el P. Santarén todos los lugares que convenía poblar, nombrando autoridades, cortando las cabelleras de los que prometían convertirse y quemando sus ídolos.

El primer pueblo o misión, así oficialmente reconocida como tal, fué sin duda la del rancho de La Próspera, encomienda del mismo capitán, a 25 de Febrero de 1600. Al principio aparece en compañía del P. Santarén el P. Jerónimo Ramírez (que a la sazón debía de ser Rector de Durango) pero, a fines de Diciembre ya había llegado el P. Alonso Ruiz, que definitivamente se hizo cargo del primer centro de misión que fué San Martín, a orillas del río Grande (S. Gregorio) tres leguas de San Andrés[14] al Sur, reservándose el

[13] Sobre el P. Santarén tenemos sólo: una Tesis de Mother Catherine Mc. Shane (consultada en S. Francisco por el P. Torroella). Se perdió una *Suma* de su vida que comprendía 30 capítulos y cita Albizuri. La suerte puso en nuestras manos un voluminoso manuscrito que posee el Sr. D. Carlos Linga: "Historia de la vida y martirio del Ven. P. Hern. de Santarén S. J. y de las cinco misiones que fundó de Guazaves, S. Andrés, Tecuchuapa y Xiximíes, por el P. Juan de Albizuri, misionero de la misión de Topia". De allí hemos sacado muchas noticias, aunque no están muy ordenadas. El capitán Bartolomé Suárez, que anduvo 30 años por aquellas regiones y lo acompañó en muchas expediciones y vió sus libros, dice que bautizó más de 24,000 bárbaros (contando los niños) y edificó más de 50 capillas y aprendió once lenguas o dialectos, escribiendo en ellas sus doctrinas y coplas para que las cantaran los niños.

[14] Es difícil ahora localizar estos primeros puestos, pues cambiaron muchas veces de lugar y de nombre. Parece que éste corresponde, por la descripción, al actual pueblo del Comedero. Igualmente, no hemos averiguado si el Sr. Obispo anduvo una o varias veces por aquellos rumbos pues aparece en las relaciones en diferentes épocas en la sierra.

P. Santarén los pueblos del Norte en los ríos de la Quebrada de Topia y de Tamazula.

Vino el Gobernador de S. Andrés a verse con el Sr. Obispo y recibió juramento de los Acaxees del Norte de que guardarían la paz, mandando a los españoles, pena de la vida, entrasen en los pueblos de los indios que eran Coscatitlán, Colutla, Estancia Cobos, Birimoa, Tasio, San Jerónimo y Frijolar, y en el Sur, Las Vegas, Otatitlán, Remedios y otros.[15]

Se empezó, pues, con toda suavidad a aconsejar a los indios abandonaran sus rancherías y frutales, para venir a poblar en estos nuevos pueblos, donde se los podría atender mejor. Aunque no faltaron dificultades, al fin lo iban consiguiendo y empezaban a edificar iglesias y casas más formales y duraderas que los jacales que se habían levantado en sus rancherías.

Como en todas partes, se bautizaban primero los niños y, luego que aprendían la doctrina, los adultos, para lo que manifestaron mucha aptitud y empeño, valiéndose para ayudar a la memoria de piedrecillas que representaban cada una de las palabras de las oraciones y de la doctrina. No se ve que ofrecieran mucha resistencia en cortarse hasta los hombros las cabelleras que tanto estimaban, ni en entregar la multitud de idolillos que tenían en sus casas.

También, aunque con alguna mayor resistencia, fueron abandonando el modo de enterrar, en cuevas con todo su ajuar, a sus difuntos acurrucados hechos una bola, juntas las rodillas con la boca, para depositarlos en los camposantos, junto a las iglesias o en ellas. Dejábanles las demás costumbres de bailes y juegos que acostumbraban y no mezclaban con supersticiones.

Entre ellos era famoso el juego de pelota, para el que tenían plaza señalada en todos los pueblos, entreteniéndose en apuestas unas

[15] Sobre el asiento oficial de los pueblos existe un extenso Informe con certificación de escribano, redactado a vista del Capitán Diego de Avila: "Testimonio jurídico de las poblaciones y conversiones de los pueblos de los Acaxées por el año 1600" Arch. G. Na. Impr. en la Serie IV, T. IV, 173-267. Id. Carta del P. Arnaya, Dgo. 1601, A. G. Na. T. 19, n. 8. Id. Bandelier, II, 86. Trae una Cédula del Rey, 7 Feb. 1602, en que manda al Deán de N. Galicia "ponga a cargo de la Compañía ciertos indios (Sabaibos) de los contornos de Culiacán en la serranía".

rancherías con otras. En tiempo de bonanza de las minas, había quienes apostaban cantidades de hasta $500. Sus sueldos eran altos y además aumentados con las pepenas, que eran el derecho o propiedad de la primera canasta de mineral que sacaban cada día y éste naturalmente era el de mejor ley. Se hubieran despoblado las minas, si les hubieran quitado este beneficio. Sólo cuidaban los misioneros de quitar los abusos como, al principio, fueron los idolillos y el peyote que solían colocar al lado del patio.[16]

Como se entenderá fácilmente, en tiempos normales de paz y con la llegada de nuevos misioneros, se hubieran ido formando y asentando estos nuevos pueblos, pero a la sazón, con solos dos Padres, era inevitable que un cambio tan radical no fuera algo superficial y violento. Vinieron a precipitar la crisis los abusos de no pocos españoles de baja ralea y peor conciencia. Para proveer de alimentos a los reales de españoles se metían ciertos mercaderes en los pueblos de indios y les cogían los alimentos sin pagarlos y aún abusaban a su vista de sus mujeres.

4. Alzamiento de los Acaxees, 1602-4.—Por venganza en Septiembre u Octubre de 1601 se levantaron en Alapa (S. Andrés) 50 indios y mataron a siete españoles, y empezaron a confederar la nación entera en contra de sus opresores. Cuando pudieron contar con 5,000 confederados, juraron solemnemente no dejar las armas de las manos hasta haber derramado la última gota de sangre española.

Trataron luego de si habían de dar la muerte a los misioneros y se dividieron en diversos pareceres. Los más dijeron que no habían recibido de ellos sino beneficios; pero al fin prevaleció la razón política, pues les parecieron ser los únicos capaces de estorbar sus intentos.

Por Septiembre de 1602, la víspera del día señalado para el levantamiento, se hallaba el P. Santarén en el pueblo de Barimoa y, por una corazonada o inspiración de Dios, se dió cuenta de lo que se tramaba y, llamando al capitán Miguel de León y a D. Alonso Ramírez que estaban con él, huyeron precipitadamente de noche al

[16] La mejor y más extensa descripción de las costumbres de los Acaxees la hemos hallado en el citado libro del P. Albizuri, Libro III.

real de Topia. Aquella misma noche mataron a todos los españoles de la Quebrada y quemaron las iglesias.

En el Sur se hallaba el P. Alonso Ruiz en el pueblo de S. Lucas de la Huerta, cuando una vieja Acaxees, cuyo hijo le servía, le mandó avisar por su muchacho se pusiera inmediatamente en seguro. El día siguiente empezaron allí el levantamiento y los destrozos. El Padre, aunque le tenían cortados todos los caminos, quiso Dios que la mula tomara veredas para él desconocidas y llegara a media noche al Real de S. Andrés. Inmediatamente se acogieron a la iglesia los 40 soldados y algunos indios fieles, que allí había, con todo cuanto pudieron juntar de provisiones de guerra y de boca.[17]

Al punto los sitiadores, como 800 indios, acometieron con una constancia y regularidad muy superior a su barbarie. Los españoles hallaron sin embargo modo de dar aviso a Durango y a Culiacán y, entretanto, hacían algunas salidas con más valor que felicidad. Los enemigos, que no podían sostener el fuego de los fusiles, se alejaban un tanto o se cubrían de los árboles y luego llenaban el cielo con lluvia de flechas.

Iba faltando la pólvora. A los bárbaros no les estaba la victoria en más que en hacer buena guardia alrededor del templo. El hambre iba haciéndose sentir entre los sitiados y les hizo tomar la resolución de hacer el último esfuerzo. Hicieron, por consejo de los indios amigos, una salida muy de madrugada pensando coger a los enemigos oprimidos del sueño. En efecto lograron dar muerte a muchos y apartaron a los demás lejos del Real, mientras se procuraban algunos víveres en las sementeras vecinas que, para su propio sustento, habían conservado los indios.

Estos, recobrados del primer susto y viendo desbandados a los nuestros, volvieron a la carga con una furia que se tuvo mucha pena resistir. Finalmente, con la muerte de algunos indios que menos se habían alejado de la iglesia, volvieron a entrar en ella los españoles. El P. Alonso Ruiz quiso salir en esta ocasión sin más escudo, para ponerse a cubierto de las flechas, que un crucifijo en las manos para animar a los españoles. O fuese algún resto de veneración que

[17] Mataron a todos los españoles en los Reales de S. Hipólito, Corpus, S. Telmo, Reyes, Remedios, Vírgenes.

había quedado en los rebeldes para la santa imagen, o reverencia y amor para con su antiguo ministro, o alguna otra particular providencia, fué mucho de admirar que no acertase al Padre ninguna de las muchísimas flechas que volaban a su persona.

El P. Ruiz, con la misma paz y tranquilidad que si no estuviera en tan evidente riesgo de la vida, dijo misa y comulgó a los circunstantes haciéndoles después una fervorosa exhortación a morir en manos de los enemigos de Dios, si así fuese su voluntad.

Quince días había durado el cerco cuando se tuvo noticia de que el Gobernador de Durango, D. Rodrigo de Vivero al frente de 70 hombres, marchaba a grandes jornadas para Topia. Esta novedad desconcertó a los bárbaros y alzando el sitio, se retiraron a lo más escarpado de las rocas. Aún desde allí no dejaban de incomodar bastante, impidiendo el comercio con Culiacán y con otros pueblos que no habían tenido parte en la rebelión.

5. El P. Santarén propone la paz.—El Gobernador, así por la situación inaccesible de los enemigos como por repetidas Ordenes Reales y su propia inclinación, precisado a tentar antes todos los medios de paz, diputó a los rebeldes al P. Santarén a quien amaban tiernamente como a su primer pastor y padre en Jesucristo. Partió acompañado de unos pocos soldados, más sin efecto. Volvió segunda vez y halló a los indios repartiendo entre sí una recua de Culiacán que habían robado con muerte de un español, un negro y algunos indios amigos. Una ocasión, en que ardían aún en cólera, no era muy a propósito para tratar de paz.

Sin embargo el Padre les habló, exhortándolos a dejar las armas. Respondieron que se apartasen los soldados y se acercase el Padre solo a hablarles. Aunque con evidente peligro de la vida y resistencia de los españoles que lo habían escoltado, condescendió el celoso ministro, pero por todo fruto de su negociación no sacó otra respuesta sino "que ya no eran sus hijos", dejándolo solo en una profunda quebrada a vista de los bárbaros, que se preparaban a comer la carne de los muertos. El mismo contó al P. Rivas que tenía por milagro haber escapado en esta ocasión de ser muerto y comido. Con todo, dentro de pocos días, repitió la diligencia y siempre sin más efecto que el mérito de sacrificar su vida por sus ovejas.

6. Persecución y reducción de los Acaxees.—Entretanto el nuevo Gobernador D. Francisco de Urdiñola [18] determinó hacer por la campiña algunas excursiones. Los indios, aunque bárbaros, no dejaron de usar algunas estratagemas militares y hacer caer a los españoles en peligrosas emboscadas. De noche encendían fuegos en algunas partes donde no se podía llegar sino por desfiladeros peligrosos y, cuando iban a buscarlos en aquel sitio, acometían repentinamente de los bosques o de las alturas vecinas donde los nuestros no podían valerse de la ventaja de los caballos o de la superioridad de las armas.

Notando que los españoles conocían los lugares donde acampaban por los cuervos que venían a comer el maíz que ellos usaban, supieron pronto contrahacer esta seña y convertirla en daño de los cristianos.

Pasaba de un Real a otro el Ilmo. Sr. D. Alonso de la Mota, que venía de visita acompañado de 40 soldados y precedido de una avanzada para reconocer los caminos. Los rebeldes dejaron derramado mucho maíz hacia una parte en que querían empeñar en su busca la escolta de su Illma. y cargándole improvisamente por la retaguardia los pusieron en desorden con muerte de algunos. Los más corrieron a toda priesa a llevar la nueva al Sr. Obispo que, con mucha pena, pudo salvarse con el resto de la gente en el pueblo vecino.

Viendo que, en un género de guerra semejante, nada aprovechaba el valor y disciplina militar, determinó el P. Santarén, por orden del Obispo y del Gobernador, hablar por cuarta vez a los conjurados. El Padre, para explorar sus ánimos, envió a un indio fiel y animoso, que les llevase una bandera blanca con una cruz en lo alto y que los citase para hablar con el mismo Padre que los seguiría bien presto. La respuesta fué señalar un día y lugar fijo para la entrevista.

No había contribuído poco para ablandar el ánimo de los indios una acción muy generosa del Sr. Urdiñola. Corriendo, pocos

[18] Entró a gobernar el 23 de Junio 1603. Acudieron a la defensa, incluso el Sr. Obispo, todos los capitanes de la región: Gral. Castañeda Teniente-Gobernador, Gral. Miguel Sánchez, capitanes Hurdaide de Sinaloa, Mateo Ornelas, Diego de Avila, Diego de Medina, Bartolomé Suárez, etc.

días antes, la sierra, había encontrado una tropa de indias, madres, mujeres e hijas de los confederados, que no podían seguirlos en sus continuos movimientos. El Gobernador prohibió bajo pena de muerte que ninguno de su campo insultase a la vida o al honor de aquella débil tropa, y luego, bien escoltadas y abastecidas, las envió a sus maridos como otras tantas prendas de su buena intención.

Los indios, por bárbaros y enfurecidos que estuviesen, no pudieron ver sin gran sorpresa ejemplo tan heroico de humanidad.[19] En estas bellas disposiciones los encontró el P. Santarén el día destinado a la conferencia. Hablóles con toda la ternura de un padre y celo de un apóstol. Los indios le pidieron que se quedase con ellos algunos días para deliberar y finalmente, después de poco tiempo, volvió al Real de Topia al frente de once parcialidades que componían el número de más de 3,000 indios, con bandera blanca y cruces altas en las manos, con increíble alegría del Sr. Obispo de la Mota y del Gobernador y de todo el pueblo que lo aclamaba por su libertador.

Diéronse a los indios, en regocijos y dádivas, las pruebas más sinceras de benevolencia y caridad cristiana. Ellos en su nombre y por las otras poblaciones, que quedaban aún en el monte, dieron obediencia al Rey nuestro Señor.

7. Alzamiento y sujeción de los Sabaibos. 1604.—En las paces que se concertaron en Topia con los Acaxees, no se presentaron los Sabaibos que formaban tribu aparte, aunque de la misma lengua. Habían también ellos asolado el Real de las Vírgenes, matado a los españoles y destruído 38 iglesias en todas las serranías vecinas de Culiacán. Los más, si no estaban bautizados, tenían alguna noticia de la religión, por eso su rebeldía se calificó de apostasía.

Los sedujo un antiguo hechicero, llamado Vaquequebi, que en la sierra de Chacala decía tener trato y recibir órdenes del demonio. Se hacía llamar dios padre o el gran padre y tomaba las atribuciones de obispo. Nombró doce apóstoles, varios canónigos,

[19] El P. Rivas atribuye este hecho a los Sabaibos. Triunfos, p. 491. Igualmente el falso obispo de los Acaxees. Suponemos que el P. Alegre se fundaba en mayor número de manuscritos.

vestíase con los ornamentos de las iglesias saqueadas, decía misa, descasaba, quitaba los nombres cristianos y desbautizaba a los suyos.

El capitán Mateo Canelas logró acorralar a los guerreros con su cacique Vanico en peñol de Alapo (Totitlán) donde, por la naturaleza de las peñas, parecían invencibles. Cuarenta horas duró el asalto, pero al fin lograron los españoles subir a lo alto, matando a todos los que no escogieron despeñarse. Murió Vanico preso y apuñalado.

El obispo y su colegio, que no se habían querido exponer en el peñol, se refugiaron entre los Xiximíes.

Un grupo de 400 rebeldes que, con su cacique Tibo, se había hecho fuerte en Cuicaxtitlán, asiento del demonio, tuvo al fin que rendirse al miedo y a los ruegos del P. Santarén, que de allí arrojó la superstición, plantó cruces y trasladó la gente al río que llaman de los Borrachos.

Dos meses de idas y venidas costó la reducción del último grupo donde iban el obispo, sus apóstoles y canónigos. Al fin fué allí el P. Santarén y consiguió se sujetaran nueve pueblos y entregaran al obispo, apóstoles y canónigos, que se trajeron para su castigo a Topia. Tuvo el Padre el gusto de reconciliar con Dios al malencontrado jefe de toda esta revuelta.

En estos tres años que acompañó la tropa, no perdió su tiempo el P. Santarén, sino, como él mismo lo confiesa, pudo bautizar 1,200.

8. Organización de la misión. 1604.—Hecha la paz, para reorganizar la misión, lo primero que hicimos, dice el P. Santarén, fué "congregar la gente en pueblos grandes y poner los indios cerca de las iglesias de paja que hicimos, levantarles casas donde viviesen y pudieren ser doctrinados, y así están reducidas a ellos más de 5,000 personas, las cuales acuden con tanto fervor a la iglesia y doctrina que este año, después de los alborotos, por esta parte están bautizados 3,700. De éstos han sido 400 niños, los demás adultos, de los cuales se han casado *in facie Ecclesiae* más de 600 parejas. Los demás están deseosos de alcanzar tanto bien y codiciosos de aprender la doctrina.

"Llegada la cuaresma, se confesaron más de 300 personas y acudieron a los Oficios de la Semana Santa con tanta devoción que la

causaban a los españoles que se hallaron presentes. Porque, lunes, martes y miércoles había disciplina particular en la iglesia, el Jueves Santo hubo una gran procesión de sangre y el Viernes, tres, por no haber túnicas y disciplinas para todos y así las iban remudando. Y los que, el año pasado no se hartaban de sangre de españoles, derramaban la suya con mucho dolor de sus pecados y arrepentimiento de lo hecho.

"El Gobernador Fco. de Urdiñola, al partir de vuelta para Guadiana,[20] les encargó mucho la reverencia que debían tener a los Padres que los doctrinaban como a su misma persona, y así, cuando llega el Padre a la visita de algunos de estos pueblos, salen niños, mujeres y hombres con una cruz por delante hasta el puesto señalado a recibirlo, cantando la doctrina en su lengua, y de allí se van con él a la iglesia donde vuelven a cantarla. Y todo el tiempo que está el Padre en la visita, no se ausenta indio de él, si no es a cosa precisa y aun suelen dejar señalados los días que se detendrán en su jornada.

"Muchos han dejado sus puestos y habitación dificultosa de entrar y los que se han escogido para fundar sus pueblos, son acomodados y de ordinario cerca de los ríos, porque en ellos tienen varios géneros de pescado y eso con tanta abundancia que ha sucedido en pesca con barbasco de comunidad, coger 400 arrobas de pescado. Con todo lo cual esta gente está contenta.

"Al buen olor, fervor y gusto de los cristianos, se han aficionado a nuestra santa fe los vecinos, especialmente los *Bamupas* que hablan la misma lengua. Se han congregado, hecho iglesias y plantado cruces y enviaron diez diputados a pedir que les bauticemos. Por medio de éstos, esperamos entrar hasta Nuevo México por la parte del Norte[21] y luego por el mediodía a otras muchas tribus,

[20] Existe una relación del mismo Gral. Fco. de Urdiñola al Rey sobre esta campaña de los Acaxees, 31 Marzo 1604, en que le dice que "en siete meses anduvo la sierra, prendió al falso obispo y lo castigó. De setenta y tantas rancherías o pueblos los redujo a 24 en tierras llanas y fértiles a cargo de la Compañía. Hacía 20 años que no se visitaba Sinaloa donde los PP. de la Compañía hacen gran fruto". Bandelier. II, 88.

[21] Podemos perdonar al P. Santarén el conocimiento de la geografía si recordamos que a la fecha no existía el Parral y apenas empezaban las misiones de Tepehuanes, las más fronterizas.

donde no ha llegado sacerdote alguno y han venido algunos a pedir doctrina".

Congregados todos los pueblos, que se pudieron, y bautizados los adultos, se emprendió la fabricación de iglesias y casas duraderas, al lado de las cuales se ponían escuelas de leer y escribir, de cantar y servir en la iglesia y de ayudar a la enseñanza de la doctrina y aun se habla de un *seminario* más formal en Alicama.

Cuenta el P. Rivas admirables ejemplos de fe, piedad y caridad de estos nuevos cristianos. Hay que leer la relación que hace de las ceremonias de Semana Santa en el pueblo de Las Vegas, a que acudían los españoles de Culiacán y del Real de las minas de las Vírgenes (Cosalá), para edificarse y presenciar las procesiones de sangre de los indios. Ni menos de admirar fué la caridad del pueblo de Otatitlán que, en tiempo de hambre, socorrió generosamente a los menesterosos y llegó a hacer siembras en común para dedicar el producto a indios menos afortunados.

Para tan inmenso campo, abierto ya al evangelio, tanto el P. Santarén como el Gobernador de Durango, solicitaron del P. Provincial y del Virrey, nuevos misioneros, subsidios de ornamentos, campanas, instrumentos músicos, etc., como se solía hacer para las nuevas misiones.

Llegaron en efecto cuatro nuevos Padres, cuyos nombres, por desgracia, no cita el P. Rivas, pero que pueden ser los nombrados en estos principios: PP. José Lomas, Florián de Ayerve, Pedro Gravina y Hernando de Mejía, o también el P. Diego González Cueto, que confesaba haber bautizado más de mil niños de los que muchos fueron, a poco, a gozar de Dios.

Dejemos ahora, por un momento, estas misiones o *Rectorado del Sur* (S. Andrés), a lo largo del Río de los Remedios o de San Lorenzo, a cargo del P. Alonso Ruiz, para seguir al P. Santarén en la conquista de los bárbaros Acaxees del Norte.

Tampoco insistiremos en el Rectorado de *Tamazula* (que fué el primer campo del P. Santarén) pues sus misioncitas de San Ignacio, Chapotán y Sianori, Canelas y Birmoa (las tres a la altura de Topia) fueron desde entonces lugares de cristianos pacíficos y bien atendidos.

9. VALLE DE BADIRAGUATO. 1605.—Hay en el punto donde se juntan los límites de los Estados de Sinaloa, Durango y Chihuahua, una serranía de las más ásperas, intransitables y abandonadas de toda la República. Era el lugar donde los Tepehuanes, como los osos, lobos, leones y venados de la Sierra Madre, tenían su campo libre de correrías sin temor alguno al hombre civilizado ni aun al indio de los contornos. Tenía, y tiene aún, sólo tres pasos por donde se puede comunicar el Este con el Poniente: el del Parral por Guadalupe y Calvo y Nabogame, el de Topia desde Papasquiaro o Tepehuanes y el central del Zape a Tahuehueto poco menos que impracticable.

Por el lado de Sinaloa, cortan esta serranía, de Norte a Sur, tres ríos, el de Humaya o Badiraguato que nacido donde tiene sus fuentes el río de Sinaloa, baja derecho a la ciudad de Culiacán.

Como a medio camino, en la ciudad de Alicama, una rama sale al Noreste y se interna por Tahuehueto en los bosques serranos de Durango. En medio de ambos ríos, viene a desaguarse en este último desde el Norte el que llaman de S. Martín Atotonilco de la sierra de Carantapa.

Dejando la rama oriental de Tahuehueto, que está poco menos que despoblada, veamos la conquista espiritual de los indios que habitaban los otros dos ríos de Badiraguato y Atotonilco, y habían bajado a pedir misioneros al P. Santarén.

Del río de Badiraguato se encargó, desde Tamazula, el recién llegado P. Florian de Ayerve. Oigámosle referir al P. Santarén su primera entrada.

"Después de nuestra junta, dice, llegué a Colura con un aguacero que comenzó el 14 de Diciembre y hoy 12 de Enero, sin más interrupción que dos o tres días, prosigue y aun dura tan en su punto la hondura de la Quebrada (de Topia) que no es posible pasarla. El día de Navidad en el pueblo de los Borrachos, por falta de hostia, no dije más que una sola misa con pequeña forma. El día de año nuevo y de los Reyes los pasé en la Angostura sobre un tabladillo. De la Angostura fui a Aguasblancas y, no habiendo, como sabe V. R., más de dos leguas, caminé desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde.

"Siguióse a estos viajes, en que muchas veces pensé ahogarme (pues recuerda que para visitar estos pueblos hay que pasar el río más de 300 veces), la enfermedad de los indios en que tuve el consuelo de quebrar más de 50 ídolos y de enviar, según creo, al cielo muchos que murieron después de haberse confesado.

"En Atotonilco [22] vinieron doce bárbaros, enteramente desnudos, a decirme que fuese a su pueblo a bautizar a muchos que querían ser cristianos: luego me dijeron que no podía ir allá sino por una parte donde se abren dos altísimas rocas, de que baja un río muy grande que ellos llaman en mexicano Hueyatl y los de Culiacán Humaya, que entonces el río iba muy hondo y muy rápido y que, de allí a tres meses, podría pasarlo. Les prometí que iría en aquel tiempo.

"No quisieron apartarse de mí sin haber antes recibido el bautismo. Aplicáronse al catecismo con tanto empeño y fervor que en ocho días los pude bautizar a todos, imponiéndoles los nombres de los doce apóstoles.

"Al tiempo señalado partí allá, camino de dos días por unos montes altísimos. El río lo hallé profundísimo y lo hube de pasar en una balsa que cuatro indios sobre sus cabezas llevaban nadando. Allende del río me aguardaban como 50 indios, que me guiaron río arriba hasta llegar a un llano rodeado de montes muy altos, donde había mucha gente. Allí determiné hacer iglesia y, yendo para el sitio que me pareció mejor, hallé más de 700 indios, hombres y mujeres, niños y niñas, dispuestos en cuatro procesiones, coronados con guirnaldas de espadañas y palmas en las manos, cantando: "Oneya quevava ni Dios nevincame". Creo en Dios Padre Todopoderoso.

"Me causó grande admiración oírlos y, preguntando dónde habían aprendido aquello, supe que los doce habían sido tan buenos maestros que les habían enseñado a todos la doctrina, de manera que al tercer día, en aquel puesto, donde hice la iglesia y ellos más de cien casas, bauticé 482 de toda la quebrada y dejé formado un pueblo de muchísima gente.

"Estuve con mis nuevos hijos algunos días, haciéndome continuas preguntas que no eran de poca sustancia. Una de ellas fué

[22] Este Atotonilco es S. Ignacio, donde estuvo al principio la cabecera de Tamazula, a tres leguas de ella. Otro Atotonilco hay llamado de S. Martín, cerca de Cariatapa, que fué más importante y cabecera.

que ¿Cómo me había atrevido a entrar solo en tierra tan áspera y que hasta entonces ningún cristiano había pisado, que si no había temido que me mataran y comieran? Respondíles que yo había ido para llevarlos al cielo, donde hay mucha alegría y mucho gusto, y no al infierno donde se quemarían para siempre, que para venir a buscarlos había pasado otros montes muy altos y un río mucho más profundo y más grande que aquel y que para pasarlo era menester muchos días. Que si me mataban, yo sería el dichoso y ellos los desdichados, porque Dios los castigaría y los españoles y cristianos les destruirían las casas y sementeras, como lo hicieron con los que mataron al P. Tapia, de quien ellos tenían noticia. Dijéronme que sería muy justo, pues no les hacía mal alguno, sino mucho bien.

"Aquella misma noche, como a los once, estando yo en mi recia cuartana que no me ha dejado todo el año, oí un ruido y tropel de mucha gente que venía corriendo con grandes alaridos hacia mi choza. Me puse de pie, vestida la sotana, con un crucifijo en las manos y salí a recibirlos, esperando la muerte, que creía tenían pensado darme desde el día antes; pero ellos no iban sino a apagar una casilla donde había prendido fuego temiendo, como son de paja, que se quemasen todas.

"De allí me volví a los pueblos de Chanmayo, Batocomito, Atotonilco y San José con un pueblecito que hice, llamado Noriquito; y hallo que por mi cuenta, en el catálogo que hago, habré bautizado como mil cuatrocientos" . . .

Al P. Ayerve, que pronto tuvo que retirarse por sus enfermedades, sucedió el P. José Lomas, misionero que fué también de los Tepehuanes.

Andando el tiempo, formóse allí una buena cristiandad entre aquellos indios de los más primitivos de México, sólo 16 leguas distante de Mocorito, con los pueblos de Conimeto, San Juan, Sta. Cruz y Alicama.

Veamos ahora la misión del río central de Carantapa o Bamupa [23] en que luchó, contra viento y marea, el P. Santarén los años de 1607 y 1608.

[23] Antes se escribía Tecuchuapa, Carantapa, Bamupa, hoy Tecuchiapa, Cariatapa, Bamopa. Las minas de Carantapa estaban a 5 leguas de Tecuchuapa, y las de S. Ignacio Bamupa a 15.

10. Misiones de Tecuchuapa, Bamupa y serranas. 1607. —No podemos menos de comparar esta misión a una ratonera y a Tecuchuapa a un nido de águila, con los pueblos de Atotonilco y Cariatapa al Sur, Bamupa al centro y del otro lado de la sierra, ya en la cuenca del río Sinaloa los de Soyatita y Tecuchuapa. No distaba esta última mucho de Bacoburito, que se atendía de Mocorito o Sinaloa, pero allí el río de Sinaloa se encajona y da tales vueltas por la barranca, que su acceso se hacía más fácil desde el Sur, tanto más que a la fecha las misiones de Sinaloa, si bien habían avanzado hasta el río Fuerte, no habían progresado nada en las serranías limítrofes de Chihuahua.

Dió desde luego el P. Santarén mucha importancia a esta misión que, además de los Acaxees, le ponía en contacto con los bárbaros Bacapas de Sinaloa y por el lado del Oriente con los gentiles Tepehuanes de Nabogame y Guadalupe y Calvo. El clima templado, como el de Jalapa, las tierras buenas para el cultivo, los montes ricos de caza: con el único inconveniente, y no era pequeño, de estar casi enteramente incomunicado con el resto del mundo.

El mismo nos va a contar sus primeras impresiones.

"Habiendo llegado el P. José Lomas a este pueblo de Tecuchuapa (el más septentrional de la misión), estuvimos allí quince días con gran consuelo de mi alma, por ver en estas tierras tan remotas a un Padre de la Compañía con quien poderme consolar.

"Nos hubimos de partir para diferentes pueblos, cuando de repente vinieron dos indios muy alterados, enviados por el cacique del pueblo de donde salía, a rogarme que luego y muy de prisa, me volviese a socorrerlos y animarlos y a defender la iglesia y mi casa tal cual era, porque los Tepehuanes habían muerto en una ranchería a todos los que hallaron en ella y uno solo había escapado que llevó la nueva, y juntamente que iban el río arriba matando a los que encontraban y con determinación de quemar la iglesia y casa que allí había.

"La causa y ocasión de este alboroto fué que, cuando estábamos en este pueblo el P. Lomas y yo, nos avisaron nuestros indios que los Tepehuanes habían quitado tres doncellas a sus padres, amenazándolos de muerte si no se las daban y nosotros en aquella oca-

sión habíamos enviado llamar a los Tepehuanes para que el P. José Lomas, que sabe la lengua, los sosegase y persuadiese a que las volviesen a sus padres.

"No quisieron venir, antes alborotaron contra los Padres aquellas rancherías. Entonces el P. Lomas les envió 30 indios para que se las quitaran, como lo hicieron valerosamente, aunque se las defendían a flechazos. Enojados los Tepehuanes hicieron el destrozo que se dijo, no contentos con lo que habían hecho unos meses antes, matando a un cacique de un pueblo nuestro, tratando juntamente de darme a mí la muerte: peligro en que he estado todo el mes de Septiembre en vela, guardando la iglesia con 50 indios flecheros ordinariamente, y muy tragada la muerte, porque mi casa es toda de paja.

"Pero los que son fieles de estos indios lo muestran ser tanto que, aun cuando voy de un pueblo a otro, se van muchos de ellos en mi guarda; y es forzoso defender esto con mi presencia y no desampararlo, aunque cueste la vida. V. R. y los Padres me encomienden a Dios.

"Los indios de Bamupa (al Sur) que está 30 leguas de este pueblo de Tecuchuapa, deseando ser cristianos, han venido a llamarme, y para más obligarme, echaron por tercero al capitán del Real de Cariatapa, presentándole metales de sus tierras y yo me he escusado al presente, dándoles a entender que no podía dejar lo que ahora tengo entre manos y el estado en que está, y por estar ellos tan distantes para ser doctrinados.

"Sintiéronlo mucho y tomaron resolución de dejar sus tierras y venir a buscar el agua del santo bautismo, y lo cumplieron por el mes de Mayo que entraron 150 personas en este pueblo de Tecuchuapa; de lo cual y cualquiera que los viera venir, no dudo sino que se les saltaran las lágrimas de los ojos de gozo y se alentara a servir a Nuestro Señor, por ver despoblarse rancherías enteras y venir cargados los hombres de sus niños pequeños y las mujeres de sus alhajas y comida, cargando otros a los viejos y ciegos que no podían andar, y esto no camino de un día, sino de quince, que tantos duró el viaje, y es tal su sierra que ella es la más alta y loma que tiene 20 leguas de largo.

"Algunos murieron en el camino y los que llegaron están contentos y quietos, sin haberse vuelto ninguno, antes han clamado tanto por los compañeros que allá quedaban en su sierra, que me vi obligado a ir allá en persona en compañía del capitán del Real, gastando en el camino siete días, por haber 30 leguas de sierra tan empinada, que el día que andábamos cinco no se hacía poco. Hablé con los indios que habían quedado, que eran como 150 personas y de ellos luego se vinieron más de 20 y los demás me dieron palabra de venir pasadas las aguas y los estoy esperando".[24]

Con el ejemplo de los Bamupas, se animaron otras tribus vecinas a pedir el santo bautismo y así se presentaron al P. Santarén 70 indios de los que llaman *Sicurabas* e, inquiriendo el Padre el número de su gente para señalar el sitio donde se congregaran, contaron con granos de maíz, 900 personas.

Venían los mensajeros con tan buena disposición y deseo de la doctrina que, en tres días que estuvieron, quisieron ejercitarse en aprenderla y con estos buenos principios volvieron a sus puestos y, en habiendo cogido sus sementeras, por ser el tiempo de ellas, salieron e hicieron asiento en el pueblo de cristianos más cercano, y, comenzándose luego los bautismos, quedaron este año en este rincón bautizadas 1,200 personas, 900 de la nación Sicuraba y 300 de los Baimupas y casados en matrimonio cristiano 400 pares.

Estos años debieron de ser los de las grandes correrías del P. Santarén entre los serranos Bacapas, Chicoratos, Yecoratos, Bacayapas, Yamorincas y otras muchas rancherías o pueblos de que nos hablan los autores y que ahora nos es imposible identificar.[25] Pueblos en forma sólo se nombran Tecuchuapa con 500 almas, S. Simón de Yamoringa con otras tantas, S. Pedro y S. Pablo de Bacapa (Huacapa) con 400 y una legua de allí S. Ildefonso de Tecorito con 300.

Con toda esta indiada cerril y remota, entendía muy bien el P. Santarén que no podía asentar cosa duradera mientras no formaba un centro bien poblado de indios y españoles que pudiera po-

[24] Alegre, I, 459. El actual pueblo de Bamupa dista sólo 15 leguas, pero los indios vivirían entonces en la serranía.

[25] No hemos podido localizar los Yamorincas, ni los Sicurabas, ni los Tabahuetos (8 Leg. de Atotonilco), Tetebatas.

ner en respeto los gentiles y defender a los cristianos de los vecinos Tepehuanes, sin que el misionero tuviera que andar, trabuco en mano, y disparar de noche para ahuyentar los bárbaros de su pueblo e iglesia.

Procuró interesar, con esperanza de minas, a Hurdaide de Sinaloa y luego, en sus visitas al Sur llevándoles muestras de minerales a los mineros y labradores españoles, llegando a darles tierras y a construirles sus casas. Trajo dos buenos oficiales españoles para la construcción de la iglesia, abrió labores y plantó vides y frutales, se hallaron minas, pero poco ganó con los mineros.

Vino por allí un capitán Martín de Olivas, riquísimo aragonés, que en México obtuvo del virrey el título de Marqués y quiso fundar en esta sierra el Nuevo reino de Ariza, su patria. Levantó con gran gasto sus Reales, echó a Hurdaide de su jurisdicción, emprendió una guerra a muerte contra el Alcalde Mayor Juan Ramírez Salazar, quiso ahorcar de un árbol al P. Diego de Acevedo y ofrecía ir a Roma con dos *garnicles,* uno lleno de huesos de frailes y otro de Teatinos.

En medio de tantos apuros, tuvo el Padre días de gran consuelo. Al volver de una visita de su Rectorado se halló con la grata sorpresa de una visita inesperada, nada menos que la del P. Juan del Valle (su futuro compañero de martirio) que le había esperado quince días y venía, 100 leguas de camino desde el Zape por Nabogame (veredas de mineros) a consolarse con él. Volvió el año siguiente recorriendo las rancherías de Tepehuanes y llevándose, esta vez, más de 800 para su misión de Durango.

Poco después permitió Dios la más grave tribulación que tuvo el Padre en toda su vida de misionero. Hallóse acometido, sin motivo aparente, de una enfermedad misteriosa, que dijeron ser hechizo del demonio por la guerra que le hacía. Ríense mucho los historiadores modernos de todas las brujerías que se cuentan en las historias de misiones, como se reía Voltaire de los fósiles de los Alpes, y por ello hemos omitido generalmente tales relaciones, pero los doctores de los cuerpos como los de las almas se encuentran a veces frente a casos y hechos reales que les quitan la superstición científica de determinar el límite de los posibles.

Durante casi un año huyó el sueño de sus párpados, sentía repugnancia invencible a la comida, pasaba los días acostado vestido en su zalea de cuero sin tener fuerzas para incorporarse y tenerse de pie. Lo llamó el Provincial a México, pero no pudo subir a caballo. Hallólo en tal estado el Visitador Villafañe que lo administró y corrió a llamar a los Padres más vecinos que eran los P. Diego González y José Lomas que, en cinco días, pasando por la quebrada del Diablo, se pusieron en Tecuchuapa. No hallaron en el pueblo más que dos viejas y el carpintero español Bartolomé de Andrada, que le daba entre día algunas vueltas: en tan larga enfermedad se le habían desparramado los indios por los montes en busca de comida o caza de venados. No tenía el Padre más que los huesos y apenas les podía hablar. En eso se presentó una vieja empeñada en hablarle personalmente. Arrimada a la puerta le dijo que le traía el hechizo, que con él también habían muerto a su marido, y depositó sobre la cama una especie de mazorca que sacaron los Padres a quemar en el patio entre grande humareda.

El hecho es que luego cogió el sueño y durmió cuatro horas. Lo despertaron los Padres temiendo fuera el sueño de la muerte, se sentó, pidió algo de comida, y volvió a dormir cinco horas y a los pocos días aquel esqueleto empezó a recobrarse y criar carnes.

Hallólo bueno y sano el P. Villafañe al volver de México y le traía la patente de Rector de Sinaloa donde cobró vigor y empezó a planear, con el trato de los Bamoas, la conversión de los Nebomes, que había de ser el último ensueño de su vida de misionero y había de ver realizado en el cielo.

Como veremos, la misión de Tacuchuapa no pudo resistir al levantamiento de los Tepehuanes el año de 1616, pero se estableció la cabecera en Bamupa, donde vivió más de 10 años su sucesor e historiador P. Juan de Albizuri.[26]

[26] La visita de esta Misión, que tuvo que hacer el P. Santarén era nada menos que de 200 leguas: de Tecuchuapa a Bamupa 16 leg. Santiago Merirato 3, Atotonilco 9, Tebahueto 8, Munirato 5, Alicama 6, Moholo 6, Jamo 4, Palmar 4, Tamazula 5, Colutla 8, Angostura 5, Canelas 5, Topia 5, S. Andrés 22, S. Gregorio 5, S. Pedro 6, Quibupa 12, Guajupa 5, Otatitlán 8, Napala 5, Las Flechas 10, Culiacán 8, Alicama 6, Atotonilco 7, Bamupa 6, Tecuchuapa 10. En toda la misión el P. Rivas apuntaba, en 1644, 60,000 bautismos de 1600 a la fecha.

11. Misión de San Andrés.—Para seguir al P. Santarén, hemos atendido con especialidad a los Acaxees del Norte, justo es que volvamos ahora nuestra atención a los trabajos de sus compañeros PP. Alonso Ruiz, Andrés Tutino y Pedro Gravina entre los Acaxees del Sur.

Habitaban estos indios, según dijimos, las riberas y especialmente la parte septentrional del río Remedios (en Sinaloa S. Lorenzo) que nace en el nudo de sierras que está en las inmediaciones de Santiago Papasquiaro. Tiene dicho río por el lado Norte tres afluentes: el Otaiz, el S. Gregorio y el Huejupa, entre estos dos últimos en una horrible barranca está el mineral de San Andrés, ya desde los tiempos del Sr. Tamarón, enteramente abandonado. Para llegar a S. Gregorio desde Durango, se necesitaban siete días (64 leguas), tres en forlón hasta Papasquiaro y cuatro (31 leguas) de sierra *dobladísima.*

Hecha la paz el año 1604, continuó el P. Alonso Ruiz cultivando a estos indios, ya barbechados por el P. Santarén, con todo el fervor de su grande espíritu, sin perdonar trabajo alguno, de día y de noche, para indios y españoles, en interminables viajes por horrendos barrancos, querido y respetado de unos y otros por su gran celo y santidad. El principal asiento de sus afanes fué el pueblo de *San Gregorio,* que él fundó, y en derredor de él otros, como S. Pedro a medio camino de Otaiz, San Mateo Tecayas río arriba y Soyupa río abajo. Eran estos indios de los más bravos y de los que más se habían distinguido en las rebeliones. Tantos trabajos agotaron pronto sus fuerzas.

Habiendo enfermado de gravedad, aunque quería morir entre sus indios de San Gregorio, le hizo tantas instancias el capitán Diego de Dávila, su íntimo amigo y gran bienhechor de las misiones, que se dejó persuadir lo llevaran a San Andrés donde pudiera tener medicinas, pero, llegado a la hacienda del Capitán, no dió la enfermedad tiempo de pasar adelante, y allí falleció santamente el 2 de febrero, tal vez de 1606, pues se ignora la fecha exacta.

No pudo asistir ninguno de los misioneros para darle los últimos sacramentos, aunque había dicho misa la víspera de ponerse en cama. Por el cariño que le profesaban los españoles, se apresuraron éstos, antes de que se pudieran oponer los Padres o los indios, a llevar su cuerpo al Real de San Andrés, donde con gran concurso y

lágrimas, se le dió sepultura al lado del Evangelio. Tuvieron no poca dificultad en atravesar el río que venía crecido de monte a monte, pero poniendo el cuerpo en unas andas, se atrevieron cuatro hombres a arrojarse con él al agua, siendo muy notable que mientras pasaban dicen que disminuyó la fuerza de la corriente. Por más que instaron después los Padres de la Compañía por haber sus restos, jamás consintieron los españoles en desprenderse del que tanto habían querido y consideraban como el primer apóstol de su sierra.

Sucedióle en San Gregorio el P. Andrés Tutino, hombre, si bien de gran celo, de extremada observancia religiosa.[27] Oigámosle referir la dedicación de la nueva iglesia el año 1607 en que nos hace revivir la vida de aquellos tiempos y sierras.

"Han hecho los de este pueblo de San Gregorio una iglesia, que puede ser buena en cualquiera parte de esta provincia. A la primera misa de su dedicación convidamos a los españoles vecinos de San Andrés y San Hipólito, que tomaron la fiesta tan de veras, especialmente uno de más posibles, que se juntaron en este pueblo 50 españoles bien armados al modo que se anda por aquí. Duró la fiesta ocho días, los tres primeros con misa cantada con diáconos y en cada una de ellas con sermón y mucha música de buenas y diestras voces de españoles e instrumentos. La iglesia estuvo curiosamente aderezada según lo que se puede en estas tierras nuevas y apartadas. Además de los arcabuces, gastaron los españoles dos arrobas de pólvora.

"A los indios que de más de 30 leguas se juntaron, se les dió a entender que todo aquello se hacía en honra del verdadero Dios y que se animasen a hacer en sus tierras y pueblos buenas iglesias con que le honrasen. Dióseles a todos los huéspedes los ocho días la comida que quisieron, que sin ella no hay para ellos fiesta, y ellos festejaron de su parte con muchos y vistosos bailes de noche y de día; pero en esto se extremaron los españoles, porque los más principales de ellos celebraron una devota comedia con mucha gracia, música y gasto de buenos vestidos y jugaron cañas y toros a caballo. Los morenos también e indios laboríos hicieron comedia y buenas dan-

[27] En una carta del P. Aquaviva hallamos respecto a él lo siguiente: "Tendríamos por conveniente se le trajera a algún colegio; por la aspereza de su condición, por lo cual los súbditos padecen alguna aflicción y así estaría mejor algún tiempo a donde se ablandase obedeciendo". 21 Jul. 1609.

zas, queriendo Nuestro Señor que todos se regocijasen en honor de su casa, sin ninguna desgracia, con edificación de los nuevos cristianos y admiración grande de algunos gentiles Xiximíes que vinieron a la solemnidad y todos quedaron animados a edificar iglesias.

"Hízose ésta muy capaz por ser este pueblo cabeza de partido donde concurren de todas partes, especialmente para la Cuaresma. Fué ésta de mucha edificación, juntándose más de 400 a la procesión de sangre el Jueves Santo alumbrándoles sus mujeres, azotándose con tanto fervor como lo hacen los españoles y en la otra procesión de la Soledad de Nuestra Señora concurrieron otros tantos, se confesaron como 2,000 y algunos más capaces se les dió licencia para comulgar.

"Son tan compuestas y honestas las mujeres de estos partidos que muchos soldados al verlas con sus rosarios, tan constantes de rodillas en la iglesia y confesándose con tantas lágrimas, se retrajeron de sus feos vicios y se movieron a penitencia. Y el Jueves Santo, viendo al Padre e indios con tanta devoción y lágrimas de sus indios en el lavatorio de los pies, dos españoles, arrimando sus arcabuces y rodeles, se levantaron a ayudarles no queriendo ser menos que aquellos pobres que en su estimación tienen por inferiores"...

Poco después sobrevino la enfermedad del sarampión y viruelas que se llevó cosa de 400 niños y otros tantos adultos y fué raro el que se fué sin sacramentos. ¿Quién dirá los viajes y peligros en tan quebrada sierra para atender a tantos enfermos? Llevóse cierta vez la corriente a dos Padres al atravesar un río con grave peligro de la vida; quedáronse otra, ocho días aislados entre dos ríos sin más alimento que un poco de pinole y bellotas amargas de los encinos; otra, los detuvo una lluvia torrencial de tres días y habiendo esperado otros seis a que disminuyera la creciente, queriendo pasar, arrastró la corriente largo trecho a un Padre y se hundió la mula que llevaba la ropa y los libros y tras esto le sobrecogió un temporal de 24 horas sin más abrigo que una frazada y sin alimento alguno, hasta que vinieron a sacarlos los indios por veredas del monte, pues de quince días no se hizo vadeable el río y hubieran muerto allí de hambre.

Otras dificultades les venían de algunos indios renegados, uno de los cuales les hizo cruda guerra, queriendo estorbar los indios a

que edificaran iglesias donde enterraran a sus muertos y les trajeran enfermedades, amenazando matar a los Padres y españoles del Real de S. Hipólito y, aunque se descubrió a tiempo el peligro, fué preciso diferir por algún tiempo la construcción tan necesaria de los templos.

Dejando para más tarde mayores detalles sobre la marcha de las misiones en este Distrito del Centro, pasaremos a la conquista de las tribus más fieras de esta sierra.

12. CONQUISTA DE LOS XIXIMÍES. 1613.—Los Xiximíes, de extracción desconocida (tal vez Chichimeca) vivían en la cordillera que corre de Durango a la costa entre los ríos Remedios y Piaxtla. Era la raza más montaraz y antropófaga de la sierra. Su gran placer era la caza de los Acaxees para comérselos y adornar sus casas con sus huesos y calaveras. Estos, incapaces de resistirlos y en gran parte ya cristianos, clamaron al Gobernador de Durango Urdiñola, quien al fin mandó a los Xiximíes un indio de su raza para proponerles el perdón de los crímenes pasados, si querían vivir en paz y dar obediencia al Rey.

Vinieron en efecto los caciques al Real de San Hipólito, dieron la obediencia y comenzaron a andar por los pueblos cristianos con alguna libertad. Sin embargo, a poco, sin que se supiera la causa, asaltaron por cuatro partes a los cristianos convidando a los Acaxees, que no quisieran ser comidos, pasasen a su partido contra los españoles. Sólo un cacique Xiximí, aunque gentil, se resistió y vino a vivir con otros 20 de su familia en tierras de cristianos, siendo después instrumento de paz y de conversión de los suyos.

Los demás se encaminaron al Real de las Vírgenes (Cosalá) y en el camino mataron a un español en su hacienda con un hijo suyo y cinco indios con sus mujeres que se llevaron para comérselos, dejando las entrañas en señal de lo que habían hecho.[28]

Alborotó este crimen toda la tierra y el Gobernador se vió precisado a levantar 200 soldados españoles y 900 indios. Vino en per-

[28] Para que se vea el cambio que en un año obró en ellos la religión, baste notar que, después de hechas las paces, habiendo tres gentiles matado a una pareja de cristianos con sus cuatro hijos y comídolos, los mismos caciques Xiximíes entregaron los reos a la justicia. P. Rivas, Triunfos, p. 541.

sona, con mil dificultades de caminos, a perseguirlos en sus propios pueblos de Xocotitlán y Guapixuxe. Acompañaron esta expedición los PP. Alonso Gómez de Cervantes y Francisco Vera, que nos han conservado la relación del castigo de los once criminales y de la destrucción de Xocotilma su capital, donde hallaron más de mil calaveras de víctimas de sus infames banquetes. De allí despachó el Gobernador mensajero de paz al reyezuelo de Guapixuxe, quien vino y procuró traer a los más indios de 75 rancherías de que se componía la nación. Asentáronse las paces, perdonó el Gobernador a los culpables y soltó a los prisioneros, prometiendo todos hacerse cristianos si les dejaban Padres que los doctrinasen.

Fué grande la alegría que causó esta paz en toda la región, pues la vida había llegado a ser intolerable para los Acaxees: no se atrevían ya ni a salir a labrar sus tierras, ni ir a la pesca, ni los misioneros les permitían alejarse sin escolta y había sido necesario mandar un ultimátum al Gobernador, amenazándole pasar al partido de los Xiximíes si no eran pronto socorridos.

Sujetados los Xiximíes, volvieron los Acaxees a sus tareas y un cacique se animó a sembrar todos los lugares húmedos del río desde Guajupa hasta Otatitlán y toda la región gozó de sus cosechas: los españoles de las minas pudieron hacerse de provisiones, trabajar sus estancias, viajar con seguridad y aún abrir muchas minas que había en la región conquistada. Púsose un Presidio en San Hipólito con capitán y 16 soldados y señaló el Virrey la pensión acostumbrada para cuatro misioneros y $300 de renta para un seminario de indios.

Para esta nueva misión (que había de ser su última) no quiso otro el Gobernador Urdiñola que el gran domador de indios P. Santarén, quien, el año 1612 en compañía del P. Alonso Gómez, penetró hasta el pueblo de San Bartolomé Humase a la orilla del Piaxtla, reduciendo con su amabilidad, rara experiencia y gran santidad aquellos indios.[29]

[29] Dice el P. Alegre (II. 44. 53) que los primeros que penetraron a los pueblos Xiximíes de Oansame, Guarizame, Orizame y Humase fueron los PP. Juan del Valle y Bernardo Cisneros desde Papasquiaro. Pero debió de ser muy de corrida y sin asiento. A principios de 1608 habían dado esperanzas de conversión, pero las deshizo el renegado de que hemos hablado.

"Fuí a San Bartolomé Humase, escribe al Provincial, uno de los pueblos nuevos y hallé que el cacique tenía tan bien dispuesta su gente que el día de San Lucas bauticé 50 adultos. Entregaron sus ídolos al fuego y se dejaron cortar el cabello con una facilidad que es para alabar a Dios y mucho más la emulación de los que quedan por bautizar y la ansia de saber la doctrina que, desde que sale el sol hasta que se pone, no cesan de rezar y de aprender las oraciones y catecismo, ni los que saben y están bautizados, de enseñarlo. Gloria sea a Dios que tan bien endulza el camino más áspero que hay para estos pueblos, con tan buena cosecha como se coge y espero coger mejor para Noviembre".

Estableció el P. Santarén la cabecera de la nueva misión cerca del mineral de Guapixuxe, en *Sta. María de Otaiz,*[30] donde pronto le vino a acompañar el que había de ser el gran apóstol de esta gente y su sucesor en esta conquista, el P. Pedro Gravina. De este centro, en la cumbre de la sierra (16 leguas al Sureste de S. Gregorio) cruzaban los Padres la cordillera y penetraban en las barrancas del río Piaxtla.

Puso luego el Padre gran empeño en buscar y escoger lugares a propósito donde se pudieran congregar los indios para ser visitados con menores trabajos y por donde se podía, con mayor facilidad, abrir caminos, cosas que ofrecieron aquí, como en otras partes, no pocas dificultades. Sobre todo, se afanó en ganar a un cacique y hechicero famoso y de gran autoridad, poniéndoselo Dios en las manos en una enfermedad que tuvo, bautizándolo, quemando públicamente sus ídolos y al fin dejándolo sano, de cuerpo y alma, con gran agradecimiento suyo y ejemplo de los demás.

Oigámoslo a él mismo, el año siguiente de 1613, dar cuenta de sus trabajos al P. Provincial:

"Se acabó este año, dice, un Arte de la lengua Acaxee y un Vocabulario tan copioso que, con él, podrá cualquier Padre por sí aprender la lengua, como lo experimenta ahora el P. Andrés González. El trabajo, que con esto ha tenido el P. Pedro Gravina, ha sido tan grande y tanto que a mí me causaba admiración, que tu-

[30] A. Otaes, Otais.

viese tanta paciencia para sacar un vocablo de la boca de esta gente bárbara, que a veces es menester medio día para ello.[31]

"De mí digo, que aunque me siento ya viejo y cansado, no ha de quedar por mí el procurar el bien de estas misiones, ni pedir salir de ellas, no cerrando por esto la puerta a la obediencia, pues harto mal sería si, después de tantos años de misión, trabajos y malas venturas, no hubiéramos sacado siquiera la indiferencia. No han experimentado los de allá el jugo y contento que Dios comunica a los de acá. Mas da Nuestro Señor en un desamparo de estos, en un desavío de hallarse en un monte a pie, en una tempestad de nieve que nos coge en una noche oscura, al sereno y agua, sin tienda ni abrigo, que en muchas horas de oración y encerramiento.

"Eso y el parecerme que el pedir salir de aquí, es volver a Dios las espaldas y dejar a Jesucristo sólo con la cruz a cuestas y que allá me lo ha de echar en cara su divina Magestad, me mueve a no pedir nada. Y cuando en esto me hallare la muerte, me tendré por dichoso y entenderé que el morir armado en la batalla y solo, en medio de estos bárbaros, me será de tanto mérito como rodeado de mis Padres y Hermanos, y en este desamparo me prometo el amparo de Dios Nuestro Señor por quien se hace. Esto escribo, cansado de sangrar por mis propias manos, por lo mucho que en estos pueblos ha picado el *cocolixtli,* sin haber otro que les acuda sino yo solo, que en tres días no me he sentado sino a comer, sangrando y bautizando más de setenta personas. Dios les dé la salud a estos pobres y el cielo a los muchos que han muerto y a V. R. muchos obreros"...

13. Entrada a los Yamoribas, Humases y Guarizames. 1614.—Eran los serranos de Yamoriba, entre los Xiximíes, gente belicosa y cerril que huían de la sujeción de los poblados por sus homicidios e idolatrías y a donde se refugiaban todos los malos cristianos que se escapaban de nuestros pueblos.[32]

[31] Alegre. II, 63. Aquí habla sólo de la lengua Acaxee, pero consta que el P. Gravina aprendió cuatro idiomas y de dos escribió Artes y Vocabularios. Los otros serían los dialectos de Piaxtla, Yamoriba y Humi. El P. Rivas dice que hablaba Acaxee y Xiximí con más perfección que los mismos naturales y que del último escribió un Arte y Vocabulario copioso. Debieron de quedar todos manuscritos, pues no conocemos nada impreso en Xiximí.

[32] Vivían en las barrancas del Río Piaxtla, lado Norte. Alixames debe ser Guarizamey. Relación del P. Santarén. Alegre. II, 72, 10 Oct. 1614.

"Al aviso del capitán que los envió llamar con una cruz y bandera blanca, acudieron tres y dijeron que serían como 300 almas, que estaban divididos, queriendo unos la paz y otros no. El capitán envió decir a los que querían la paz se juntasen en el lugar más cómodo, que él iría a verlos y acabar con todos los que querían la guerra.

"Amedrentados con esta embajada, enviaron cinco indios y entre ellos el principal, diciendo que todos querían paz y que fuésemos allá. Partimos con dos de ellos de Guapixuxe el 10 de Diciembre por un camino que habían abierto los Pacaxes muy trabajoso. Aquí estaban como 120 personas que ni por bien ni por mal habían podido reducirse, parte por su fiereza y parte por la comodidad del río y tierras muy fértiles que allí tenían.

"Allí asentamos un pueblo a que pusimos por nombre Santiago [33] y nos partimos a Yamoriba; caminamos cuatro leguas de mal camino cuesta arriba, donde nos rodaron dos bestias más de 200 varas. De ahí caminamos al Sur otras cuatro leguas de buen camino y cañadas apacibles y dos más adelante, siendo peña tajada y no habiendo camino por donde pasasen las bestias, fué necesario que el capitán tomase la vanguardia y venciese las dificultades que no eran pocas, y todo daba sospecha de alguna celada y aquella noche había dicho la guía que los *Hinas* [34] iban a salir al camino, y con esto los indios amigos estaban turbados y temerosos y a mí se me llegó uno de ellos y me dijo: "Padre, vuélvete, que te han de cortar la cabeza". Pero el Señor mudó el corazón de los rebeldes de suerte que a la tarde llegamos a Yamoriba, que cae en una ladera apacible y cielo muy sereno, entre pinos y encinas que parecía un paraíso.

"Hallamos hechas ramadas y toda la gente puesta de rodillas ante una cruz. Todas las antiguas amenazas se convirtieron en pedir paz, amistad, iglesia, bautismo, Padres y que no los sacásemos de allí por ser aquellas tierras muy fértiles y el río tan caudaloso con tantas vegas y sacas de agua como veíamos. Yo levanté una cruz en una de las enramadas, dije misa y puse por nombre al pueblo Santa Cruz de la Sierra.

[33] Santiago Queibos en el río Verde, afluente del Piaxtla.

[34] Los Hinas, cuyo nombre se perdió, parece vivían en la cuchilla de sierras que forma el Piaxtla con su afluente el Río Verde.

"El tiempo que aquí estuvimos mandamos llamar a los *Humases*, que vinieron 20 viejos y dieron la obediencia. Más adelante al Sur en el otro río que llaman de Mazatlán (Piaxtla?) están los *Guarizames*. Vino el principal de ellos pidiendo los fuésemos a bautizar. Serán como 400 personas. Despachó también el capitán dos indios al pueblo de los *Hinas* para que diesen paz y fuesen nuestros amigos y no matasen a los que están bajo la obediencia del Rey Nuestro Señor"...

Dos años más trabajó el infatigable P. Santarén en afianzar a sus indios en la fe y aún tuvo tiempo para ayudar a sus Hermanos de Sinaloa a sujetar a los Chicoratos y Cahuametos, sus antiguos cristianos que se habían rebelado. Es sin duda el P. Santarén uno de los más grandes misioneros que ha tenido la Compañía en estas regiones del Norte.

El P. Andrés Tutino que lo fué a visitar en una enfermedad entre los Xiximíes nos describe con humor el lugar y estado en que lo halló:

"Cuando llegué, dice, al lugar donde yacía el P. Santarén, me pareció el camino, la aspereza del pueblo de tan difícil acceso, las barrancas y precipicios que lo rodean tan horribles, que si hubiera yo de morir allí, mandara en mi testamento que llevaran a otra parte mis restos mortales; pues el aspecto y la falta de todas las cosas que allí se sentía no era diferente del que debe existir en el infierno. Allí sin embargo encontré al P. Hernando tan satisfecho, tan alegre como pudiera estar en Toledo o en Madrid y solía decir que allí tenía su ciudad de México y sus delicias".

No fué allí, sin embargo, entre sus amados Xiximíes o Acaxees donde había visto tantas veces tan de cerca la muerte, sino en un viaje que emprendió para visitar a sus Hermanos de los Tepehuanes, donde encontró el martirio, según vimos, el 19 de Noviembre de 1616 a los 51 años de su edad, 23 de misiones y 14 de Superior.

14. Un sucesor del P. Santarén: P. Pedro de Gravina. 1604-1634.—Muerto el P. Santarén, nuestras crónicas tienen un claro de 15 años, en que sin duda se ocuparon los misioneros en edificar iglesias, asentar pueblos y educar a estos bárbaros en las prácticas cristianas, que adoptaron con la misma facilidad que en otras

partes, distinguiéndose en particular en las procesiones de sangre de las cuaresmas, en la devoción al rosario y en el fervor con que recibían los sacramentos durante una epidemia de cámaras, que diezmó la población y dió ocasión a los misioneros de ejercitar su caridad, lo mismo en los cuerpos que en las almas. Pero, toda esta época la llena la santidad de un misionero que debemos dar a conocer mejor a nuestros lectores.

Un sacerdote italiano que apenas mascullaba el español, ya de 40 años, al parecer de virtud maciza, presentándose al noviciado de Tepotzotlán, debió de dejar perplejos a un maestro de novicios y a un Provincial de normales alcances; así es que al año de noviciado lo enviaron a ver lo que hacía entre los bárbaros, en compañía de un paisano el P. Andrés Tutino de conocida rigidez religiosa. Los oficios humildes, las reprensiones, las pruebas de toda clase no le escasearon en aquel su segundo año de noviciado y el temple del acero resistió a todo y se mostró aún más rico, variado y humano que el de su maestro. Hechos allí los votos, se le encargó la misión de Santa María de Otaiz de que tal vez fué el fundador en 1605.

La vida que allí llevó durante 29 años causaba admiración al mismo P. Santarén. En compañía comía lo que los demás, pero solo, en sus viajes, se contentaba con la comida de los indios o un poco de esquite o maíz tostado, añadiendo a esto ayunos rigorosos en Adviento, Cuaresma o vísperas de las festividades de la Virgen o del Smo. Sacramento. Andando en mula todo el año por caminos y despeñaderos horrorosos, entre la nieve en los montes, a los soles tropicales en las hondonadas, dejaba la mula andar a su talante los ojos levantados al cielo en alta contemplación, rasguñada la cara con las ramas que topaba, protegido sin duda de un ángel que velaba por su vida.

Atravesando una vez el Padre del puesto que llaman Banone al pueblo de San Gregorio por sierra asperísima, llegando a un paso de profundidad tremenda, se levantó la mula en que iba en dos pies y dando una vuelta en redondo, sacó al Padre de la silla y lo dejó colgado de un estribo y colgado de él dió otra vuelta la mula en el aire y lo arrojó de la otra parte del despeñadero en salvo y cortándose la ación como si la cortaran con un cuchillo, quedó el Padre sin lesión alguna.

Llamado otra vez a una confesión a otro pueblo, de noche, mandó a un indio recogiese las mulas en que habían de ir. Con la oscuridad echó el criado mano de una mula cerrera y por domar, que estaba entre las demás, dejóse echar la silla y enfrenar, estando queda (cosa extraordinaria como bien saben los domadores), subióla el Padre, fué a la confesión y volvió en ella como si hubiera sido mansa; mas, cuando el indio le quiso quitar el freno y la silla, empezó a corcobear y arrancó con él. Fué grande la admiración de todos cuando al amanecer conocieron la mula en que había ido.

No bastando al P. Gravina la oración continua que tenía en medio de sus ocupaciones, gastaba gran parte de la noche en ella y cuando le vencía el sueño, se acostaba en unas tablas o en el suelo a tomar breve descanso. En ella le vió el P. Santarén lleno de resplandeciente luz, lo mismo que el capitán del Presidio de San Hipólito que lo trató muchos años y le hospedó en su casa y, en cierta ocasión, el mismo D. Bartolomé Suárez, que tuvo que ir a pelear con los rebelados Tepehuanes, en un recio combate en Tenerapa, alzando la visera, se le apareció azotándose y rogando a Dios por su triunfo, como lo alcanzó luego del enemigo.

La opinión que toda la gente de la sierra, lo mismo indios que españoles y misioneros, tenían del P. Pedro era de un santo, siendo de todos el consuelo en sus aflicciones, dudas y apuros. Cuando se juntaban los Padres cada año a hacer los Ejercicios, asistía el Padre a todas las misas y quería siempre decir la última.

Ya casi de 70 años, yendo al pueblo de Yamoriba, cayó al anochecer en un río y tuvo que pasar toda la noche con la ropa mojada, contrayendo pulmonía. Conoció luego que se le llegaba la hora del premio, y mandó traer de Sta. María de Otaiz, su cabecera, un santo Cristo con el que muchas veces se había abrazado en sus largas horas de oración. Antes que llegara, mandó a su gente fuese a su encuentro y, recibido, en sus brazos con dulces coloquios llenos de devoción, entregó su alma al Señor a 17 de Enero 1634.[35]

[35] Véanse los pormenores de su vida en la biografía de su Superior P. Fco. Ibarra (Triunfos p. 564) y en la carta que escribió su sucesor en Otaiz y Humase P. Diego de Jiménez (Alegre II, 200). El P. Suárez de Ibarra pone su muerte a 15 de Enero 1635, de edad de 60 años. Cf. MS. Museo Nacional. Jesuítas...

15. Reducción de los Hinas. 1630-1633.—Habitan estos indios en las profundas quebradas del centro de la sierra, donde nace el río que dicen de Ixtitlán (Verde) y baja al Piaxtla. Son muy semejantes en sus costumbres y ritos a los Xiximíes o Toyas, aunque de diversa lengua y de genios más dóciles. Tanto el obispo Gonzalo de Hermosilla como el Visitador de las Misiones P. Luis Bonifaz encargaron la conversión de estos indios al antiguo y valeroso misionero P. Diego de Cueto. Muchos, aún de sus compañeros, le disuadían de exponerse a su edad a tan duros como peligrosos trabajos. Mas él, estimulado por la dificultad, se llegó al pueblo de San Sebastián Huaimino y desde allí mandó requerir a los Hinas.

No pudo conseguir bajaran de la sierra sino seis a quienes propuso, con los modos más dulces, el intento y fin de su venida. La cavilosa nación de los Hinas, temiendo una traición de parte de los españoles, respondieron a esta embajada que ellos no podían llegar a Huaimino, ni ponerse a discreción de sus enemigos, que si el Padre venía solo y buscaba su bien, tierras tenían en que sin peligro podía hablarles, que lo esperaban en Ixtitlán [36] cuatro leguas arriba.

Una respuesta tan desabrida y tan equívoca no acobardó al misionero, que partió para Ixtitlán. Al llegar tuvo el desconsuelo de verse engañado de aquellos bárbaros. No halló en el pueblo sino muy pocos vecinos; los demás, retirados en el interior de la sierra, no parece que esperaban sino que el misionero se empeñase más en su alcance. El Padre rasgando un lienzo, en que llevaba envuelta una pequeña imagen de la Virgen SSma., lo dividió en tres partes: en la una envolvió la misma imagen, en la otra su rosario y en la tercera una bolsilla con varias reliquias y las dió a tres diferentes mensajeros que las llevasen a las principales rancherías, como pasaporte y prenda usada entre ellos de seguridad.

La respuesta fué nada diferente de la primera. Dijeron que en Queibos (en Mexicano Quilitlán, después Santiago), diez leguas más adelante, esperaban al Padre. Cualquier otro ánimo que el del P. Cueto hubiera desesperado del éxito. Púsose luego en marcha e hizo noche en el camino. A deshora comenzaron a bajar deshilados, sin niños ni mujeres, más de 300 indios armados de arco y flecha.

[36] Pérez Rivas escribe *Ixtlán*. Ahora Ixtitlan, se halla más al Sur de lo que indica la narración. Ignoramos si se trata del mismo pueblo, si no es que se haya mudado de lugar.

El buen Padre, solo entre tantas fieras, puesta en Dios su confianza, los recibió con rostro sereno, dándoles las gracias y preguntando si era aquel todo el cuerpo de la nación. Sabiendo que no y que conforme a su palabra lo esperaban en el lugar citado, partió lleno de consuelo para Queibos. En el camino, a la ribera del río, halló clavadas en la arena tres lanzas y en ellas atadas sus prendas, que hincado de rodillas besó con ternura.

En llegando al pueblo halló con bastante dolor muy pocos de los Hinas, pero, desengañados luego que vieron que el Padre venía solo, fueron bajando con sus familias. El Padre les propuso su embajada de parte de Dios y del Sr. Obispo que le enviaba. Concurriendo el Señor a sus fervorosas exhortaciones, trataron de formar allí un pueblo al que se dió el nombre del Espíritu Santo, por la prontitud con que su gracia había obrado en aquellos corazones.

Entregaron gozosos para el bautismo más de 150 párvulos, levantáronse cruces y se fabricó una iglesia pajiza, celebrando en ella misa el Padre y deteniéndose algunos días en explicarles la santa fe y obligaciones cristianas. Hecho esto, dió vuelta a Otitlán (Otatitlán) su partido, prometiendo luego volver a verlos en habiendo dado cuenta de su misión al Illmo. y al P. Bonifaz.

Entretanto murió el Sr. Obispo de Durango y al P. Bonifaz ocupó la obediencia en el gobierno de los colegios. Los Hinas se hallaron en la mayor desolación. En pocas naciones antes de su bautismo se vió más constante fervor. Escribieron al Superior de la misión de San Andrés, pero éste, que había estado opuesto a aquella entrada, no tuvo por conveniente resolver en su favor. Por otra parte el P. Provincial, que entonces era Gerónimo Díez, tenía señalado al P. Cueto, por su raro talento de púlpito, para la Casa Profesa. Esta resolución hubiera sin duda arruinado enteramente la misión de los Hinas.

Estos se pusieron dentro de pocos días en Durango donde se hallaban el P. Cueto y el P. Díez, quien no pudo resistir a las sinceras instancias con que pedían entrase el P. Cueto a sus tierras. Vuelto el misionero (1630), aunque los principales y caciques de la nación permanecían en sus buenos deseos, los demás se habían enfriado notablemente y no pensaban dejar sus amados picachos.

El Padre, desde el real de San Sebastián Huaimino, hacía frecuentes excursiones a diversas partes de la sierra con suceso muy desigual a su fervor y sus fatigas, ni le faltaron peligros de la vida de parte de un Tepehuán apóstata del Tunal, a quien sus delitos tenían desterrado en aquellas breñas. El capitán del presidio, avisado de los indios de Tepuxtla que el pérfido trataba de traer a otros a su partido para matar al Padre, le puso en prisión y entrando por orden del Gobernador a la sierra, hizo bajar a muchos y los redujo a poblaciones fijas, repartiéndoles cien fanegas de maíz y algunas vacas y caballos.

Crecido el número de los cristianos, fué preciso enviar al P. Cueto un nuevo compañero que fué el P. Diego Jiménez. El asiento de los cinco pueblos que había formado el P. Cueto duró muy poco; una grande hambre que sobrevino los obligó a desalojarlos y volverse a los montes en busca de hierbas y raíces para el necesario sustento. No parece podían volver a las quebradas sin revestirse de su antigua ferocidad. Pocos volvieron a los pueblos. Los demás, para redimirse de aquella esclavitud, determinaron deshacerse de los Padres.

Ninguna asistencia a la iglesia, ningún cuidado de traer sus hijos al bautismo ni de instruirse ellos. Por otra parte se les notaba andar siempre armados y recatarse de los misioneros. Estas sospechas y aún los avisos de algunos fieles hicieron al P. Cueto enviar a su compañero a Guadiana a informar al Gobernador D. Gonzalo Gómez de Cervantes, para que hiciera entrar al capitán Bartolomé Suárez de Villalta, hombre muy cristiano y temido en aquellas regiones, donde durante más de 20 años había sido el sostén y defensor de los misioneros.

Por ausencia del Gobernador no pudo tener tan pronto efecto esta expedición: sin embargo la dulzura del P. Cueto y su valor remedió en gran manera el daño. Redujo a muchos y formó con ellos un pueblo nuevo (que fué el sexto) con el nombre de Santiago en el mismo sitio de Queibos o Quilitlán. El centro de sus misiones era el pueblo de San Ignacio, donde tenía ya regular capilla, con campanas, ornamentos y músicos.

La entrada del capitán Suárez no vino a efectuarse hasta el 18 de Noviembre 1633 en que entró a Yamoriba en compañía del P. Diego Jiménez que nos conservó la relación del suceso.

En vez de encontrarse con los Jefes de los Hinas que había citado para aquel sitio, se halló con carta del P. Mallén, Superior de la misión de San Andrés, en que le avisaba de la mala disposición de sus ánimos y cómo se armaban para defenderle la entrada. Serenó este temor una carta del P. Cueto, en que aseguraba al capitán que los Hinas estarían con él el 21.

Recibiéronlos en el campamento los indios aliados, en número de cerca de 2,000 que se habían juntado de diversos pueblos cristianos [37] en el centro de una media luna que formaban, vistosamente armados. Cerraban la entrada treinta o poco más soldados españoles que, haciendo fuego, pusieron en respeto y aún en consternación a los nuevos huéspedes. Después de haberles requerido con graves palabras del abandono de sus pueblos e infidelidad para con sus ministros, les hizo jurar de nuevo fidelidad al rey y en forma jurídica se otorgó instrumento de la fundación y asiento de los pueblos, entregándose mutuamente los caciques al capitán flechas y él a ellos balas.

Luego marcharon todos en procesión a la iglesia donde se cantó con órgano (que ya lo teníamos) la Salve de Ntra. Señora y les hice una breve y fervorosa exhortación y el capitán, hincado de rodillas y con gran confusión mía sin poderlo estorbar, me besó los pies, limpiándolos con sus venerables canas, acción que causó en los españoles ternura y en los indios singular respeto. Repartió luego a los Hinas sendos costales de bastimento y cargas de carne, con que se hallaron tan gustosos que, en el lucidísimo baile que hicieron aquella noche más de 400 de ellos, todo fué alabanzas y agradecimiento al capitán.

Continuó éste su viaje con parte de su tropa y grandes dificultades de camino, llegando a *Santiago Queibos* la víspera de San Francisco Javier. De allí, ocho leguas río abajo, pasaron al pueblo de la *Concepción*, uno de los mayores de la sierra, donde hallaron toda la gente en la iglesia y luego dos leguas al de *Santa Apolonia* y poco más de legua y media encontramos una ramada con todos los vecinos de *San Francisco Javier de Ixtlán* y de *San Jerónimo Ahoya.*[38]

[37] Las cuadras de los pueblos de Otaiz, S. Pedro, S. Miguel, Santiago Basís y otros.

[38] A veces escribían La Golla, la Hoya.

Desde este pueblo al de *San Ignacio,* donde estaba el P. Diego de Cueto, hay como otras tres leguas y todas ellas estaban ocupadas de arcos triunfales, cruces y juncia.

Llegamos a él como a las cinco de la tarde con lucido orden militar, haciendo salva los amigos con sus confusos alaridos y los españoles con la arcabucería, a que respondió la iglesia con célebre repique de campanas y otros instrumentos músicos que, como misionero antiguo, había juntado el Padre.

Aquí, aunque fué singular el consuelo con la vista del P. Diego Cueto, a quien reverenciaba el Capitán, a todos empero nos atravesó el corazón, verle tan tullido, a causa de haberle caído sobre su mucha edad, unas rigurosas agüas nieves, que no le dejaban dar paso. Hubo a las primeras vistas muchas cortesías entre los dos viejos, por no decir porfías, sobre hacer mayores cortesías el uno al otro, que se remataron en lágrimas de entrambos, en el Padre de agradecimiento de haberle venido a ayudar, pero en el General eran las lágrimas de dolor y pena por su grave achaque.

Mandó luego el caudillo a todos los amigos y gentiles estuviesen atentos y arrimando el bastón, se hincó de rodillas y venció al Padre con mil ruegos a que se dejase besar los pies, que con su mucha humildad lo rehusaba, y a entrambos dos Padres que allí estábamos besó los pies y manos, y vuelto a los presentes, hizo un cristianísimo razonamiento encargándoles la reverencia y respeto grande con que habían de tratar a los sacerdotes, y en especial al P. Cueto, que por sacarlos de las tinieblas en que estaban, había pasado tantas hambres, vigilias, desnudez, sudores, riesgos y otros trabajos con tan notable pérdida de la salud como veían. Estaba el P. Diego tan tierno a estas razones, que no le pudo responder sino con las lágrimas que hilo a hilo caían de sus ojos...

Estuvo aquí el campo 37 días en que se fueron tratando todas las cosas concernientes a la paz y arreglo de los pueblos de esta lejana misión. Aprovecharon esta ocasión los misioneros para haber a las manos un ídolo, formado con una macana rematada con cabeza de hombre, a quien pocos días antes de llegar el capitán habían hecho gran baile y borrachera los de San Javier; sabedor, mandó el capitán bajo las más graves penas se lo trajeran y habido, lo arrojó ante la SSma. Virgen con notable saña contra los que estimaban aquel palo, mandando que todos lo pisasen y escupiesen.

Antes de partirse supo el Gobernador que más arriba del pueblo de Santiago quedaban unas rancherías que nunca se habían ablandado con los ruegos del P. Cueto. Envió a llamarlos con una escuadra de indios amigos si no querían que fuera a buscarlos. Asustados, vinieron todos con todas sus familias pidiendo el bautismo y, el segundo día de Navidad, se bautizaron 75 y casaron in facie Ecclesiae los que lo podían. Faltaban otros cercanos y con ellos el General determinó fundar otro pueblo, como se hizo, con el nombre de *San Luis,* con iglesia muy linda donde se dijo misa y bauticé al cacique, llamándole D. Luis, nombre del Gobernador que había sido de la Nueva Vizcaya. Todavía llegaron otras nueve rancherías de que no teníamos conocimiento, pidiendo bautismo.

Con esta expedición quedó la tierra tan en paz y tan seguros los caminos como si se caminara por Castilla y el P. Cueto, en esta ocasión, daba especiales gracias a Dios por haberse reducido, por miedo y respeto al Capitán, 120 indios de los más belicosos y rebeldes, que jamás ni por bien ni por mal se había podido traer a la iglesia ni a los pueblos.

Nos hemos detenido en esta misión por ser casi lo único que se halla escrito de ella y de su misionero el P. Cueto, grande entre los grandes, cuya vida omite el P. Rivas por vivir aún en 1644 y que, como otros muchos héroes desconocidos, no mereció en la tierra recuerdo ni en el Menologio ni en Alegre.

16. Reducción de los Humis. 1630-1634.—Quedaba todavía 15 leguas al Oriente de Queibos, en lo más empinado de la sierra, la tribu de los Humis, visitada, aunque sólo de paso, el año de 1614 en compañía del Capitán por el P. Hernando de Santarén.

Famosa fué la entrada que en su tierra hicieron el año de 1617 el Gobernador Alvear de Durango con el P. Alonso de Valencia en persecución del famoso cabecilla Gogoxito, que allí se había refugiado con los restos de los rebeldes Tepehuanes el año 1616. El lugar estaba perfectamente elegido. Guarizame, el pueblo principal de los Humis, estaba a la sazón situado a media cuesta de la barranca que baja al río Piaxtla. Desde los peñascos se divisaba en toda su hermosura y horror, tres leguas abajo, el imponente cañón que forma la cuenca del río y por el lado del Norte sierras igualmente empinadas por donde podían escaparse o esconderse los fugi-

tivos. Partes hay en que sólo por escaleras en la roca viva pueden descolgarse los visitantes.

La relación que hace el Padre de la expedición es una verdadera novela.[39] Salidos de Durango el 21 de Febrero con 70 soldados españoles y 200 indios aliados, mandaron adelante la vanguardia compuesta de 12 soldados y 40 indios Acaxees, Laguneros y Xiximíes. Tuvo ésta la suerte de encontrarse a media barranca, cerca de Yamoriba, al mismo Gogoxito que subía de Guarizame con 40 gandules de los suyos. Al verse sorprendido saltó el salvaje como una víbora, pero antes de que pudiera escabullirse un indio Lagunero le flechó desde un alto atravesándole de la garganta a la costilla, mientras otro desde abajo le hirió en sentido contrario.

Tras este triunfo quiso el Gobernador penetrar en aquella guarida, pues por temor o por gusto toda la indiada de los contornos se hallaba alzada: al Norte los Tepehuanes gentiles de Cocorotame, al Sur los Humases, Yamoribas y Guapixuxe gentiles Xiximíes también de guerra, al Poniente los siete pueblos de Humis que en su nido de águila se creían inaccesibles. Pero nada arredraba al arrojado Gobernador. Al ruido de la expedición, los Humis vaciaron sus pueblos y sólo por la confianza que les inspiraba el misionero se decidieron a entrar en conferencia y a concertar la paz con los españoles.

La descripción que hace el Padre de aquella tribu y de sus fértiles cañadas es verdaderamente encantadora. Son los Humis de diferente raza, aunque hablan el Xiximí, tipos bien formados, vestidos elegantemente con los tejidos que tejen sus mujeres, casas limpias y acomodadas y sementeras que les dan gran variedad de frutas de tierra caliente y maíz y cañas dulces de exuberante tamaño.

No se pudo por entonces tratar de cristianizar aquella gente. A estas sierras habían llevado los refugiados Tepehuanes multitud de ganado mayor y menor, yeguas, mulas y cuanto topaban. De éstas andaban alzadas grandes manadas, las ovejas, por serles útil su lana, las reservaron. Del ganado mayor, parte se les huyó sierra arriba y lo mataron tan sin duelo que están más de dos leguas de camino pobladas de osamenta.

[39] Véase esta Relación del P. Alonso de Valencia en el Arch. Gral. Nac. Hist. T, 19. Núm. 11.

Algunos años tardaron aquellas misiones en reponerse del espíritu de frialdad y rebeldía que habían causado la revuelta de los Tepehuanes y no fué sino cuando las misiones vecinas de Acaxees se vieron bien afianzadas, cuando los mismos Humis entraron en ganas de participar de las ventajas de los pueblos cristianos. El año de 1630 vino a Durango una delegación de ellos a pedir al Gobernador y al Rector del colegio se dignaran mandarles misioneros. La falta y escasez de éstos era a la sazón muy notable para las misiones y no se halló medio más que el acudir para su reducción al santo P. Gravina de Otaiz. Dejó pues, a mediados de 1633, su misión y vino a catequizar estos pueblecitos de la barranca, Yamoriba, Humase y Guarizame, pasando muy grandes trabajos en su avanzada edad, hasta dar la vida. Bautizó de ellos buen número y algunos adultos y preparaba a los demás cuando la muerte le atajó los pasos.

El año siguiente el P. Diego Jiménez que le sucedió, tanto en Otaiz como en Yamoriba y Humase, se presentó a continuar la obra. El mismo refiere su entrada y sus primeros esfuerzos.

"En contorno, dice, de dos pueblos están rancheados muchos gentiles con familias de a 15 a 20 personas, haciendo entre todas número de más de 300. Procuré con ellos muchas veces se redujesen a uno de estos pueblos, y si bien no lo desechaban, se pasó un año sin que lo hiciesen, en sierras que son las más empinadas y fragosas de la comarca.

"Quedaban en la serranía restos de los foragidos Tepehuanes que aquí se refugiaron y se casaron con gentiles de esta nación. También otros indios fugitivos de los pueblos españoles han hallado en estas sierras acogida tan segura que otro que Dios Nuestro Señor no se la quita.

"Doliéndome de estas almas y temiendo que tan mala mezcla de apóstatas, foragidos y bandoleros habían de inquietar o inficionar con el tósigo mortal de su conversación y vecindad, a mis nuevos cristianos Humis, que ya se les hacía tan cuesta arriba dejar sus puestos muy a propósito para fértiles cosechas de maíz y caña dulce, que se cría tan viciosa que crecen en alto más de diez cuartas; vine en que, eligiendo algún lugar cómodo, se recogiesen a él donde les administratría la doctrina del Evangelio.

"Hiciéronlo, aunque no todos, y por la aspereza de la tierra, fué necesario gastar seis o más meses en abrir caminos, y con todo son tan peligrosos que obligan a andar muchos ratos a pie. Asenté este paraje que eligieron de esotra parte del río Piaxtla, número de 250 personas. Llamóse este pueblo San Pablo (Hetasi), por distar de San Pedro Guarizame como otras diez leguas, no habiendo por el aire tres cabales.

"No ha sido pequeño trabajo el quitar con suavidad la muchedumbre de mujéres y dejarlos contentos con sola una en santo matrimonio. El vicio de la embriaguez, con notable admiración y edificación de los españoles, está desterrado de todas las doctrinas de estas sierras por el buen cuidado de sus ministros. Entre éstos nuevamente asentados, va echando hondas raíces la cristiandad, aunque la cercanía de los Tepehuanes, gente tan inquieta, nos causa cuidado y sería de grande provecho alguna visita que por aquí hiciese el Capitán, para enfrenar atrevidos y sacar otros forajidos que quedan en el puesto que llaman *Rincón de Zamora.* Quiera el Señor por su infinita misericordia, traerlos a todos a su rebaño para que sean "Unum ovile et unus pastor".

Hasta aquí el santo misionero que nos trae el P. Rivas. De esta fecha en adelante, más de un siglo, no hay más mención en el P. Alegre de estas misiones que la conversión de un endemoniado por el P. Cristóbal Robles en Guarizame por Febrero de 1663,[40] la de un gran pecador en Cosalá por el P. Alvaro Pardo ministro del pueblo de San Francisco Piuba y la terrible peste a fines de 1662 en que tanto se distinguió el P. Ignacio Medina, ministro de Otaiz. Por dos veces sucumbió al contagio y otras tantas lo libró milagrosamente San Francisco Javier, a quien se consagró este pueblo desde los tiempos del Santo P. Gravina.

El último refugio de la infidelidad fué en el extremo Norte la sierra de Tecuchapa, vuelto a poblar después de la sujeción de los Tepehuanes y perteneciente a la jurisdicción de Atotonilco, donde penetró por fin por los años de 1665, el fervoroso P. Esteban Rodríguez, pero la relación de los sucesos de este pueblo fronterizo hallará mejor lugar en las misiones de Sinaloa.

[40] Alegre II, 423.

17. Decadencia de estas misiones.—Es un hecho que no se puede negar que, una vez cristianizada esta tierra y pacificada, pocos pueblos nuevamente formados de sólos indígenas adquirieron la estabilidad y pujanza de otras misiones; los más decayeron rápidamente o se extinguieron. La población indígena que, a los principios y aún en 1644 se calculaba en 50,000 indios, en 1678 la reduce el P. Ortiz de Zapata en su catálogo a 2,548, lo cual aún dado que fueran familias (lo cual no parece) arguye una despoblación lamentable. Las causas de esta disminución son las mismas, aunque en mayor escala, que en otras misiones.

Estas tribus, encerradas en su gentilidad por sus enemigos en sus estrechas fronteras, hecha la paz, se derramaban en la población general donde podían libremente andar y buscarse mejor vida. En estas sierras especialmente, los minerales flotantes desarraigaban de sus pueblos gran número de indios, que rara vez se podían después sujetar a vivir en sus rústicos pueblecillos. Las haciendas que luego se cortaban los españoles en los mejores puestos absorbían otra parte de los nuevos cristianos. Había en aquellas serranías poca agricultura, ningún comercio fuera de los minerales y las comunicaciones eran casi impracticables. La mayor población cercana era Culiacán que apenas tenía aún el aspecto de ciudad, ni calles trazadas en forma. Si a todo ello agregamos la indolencia del indio y las epidemias frecuentes, nada extraño parecerá un estado de cosas que ha perdurado hasta los tiempos modernos y al contrario nos admiraremos de que haya permanecido tanto tiempo en su puesto el casi único elemento intelectual y moralizador que había en estas sierras, el misionero.

Si se conservaron los informes de los Visitadores Generales que cada seis años recorrían todas las misiones, se pudieran seguir todas las vicisitudes de cada uno de sus pueblos en esta larga época de transformación, entre tanto van saliendo de los archivos, nos contentaremos con dos o tres de ellos que tenemos a la mano, referentes a los años de 1678, 1731 y 1738.[41]

El año de 1738 (y creemos siempre) fueron divididas estas misiones de Topia en tres Rectorados, siendo Visitador local o Vice-Provincial uno de los tres rectores.

[41] Arch. Ysleta. Miscel.

El *Rectorado del Norte o Misión de Santa Cruz* que en 1678 tenía, 1,101 almas y ahora apenas pasaba de 700, lo forman tres pueblos con misioneros. 1.—*Careatapa* (antes S. Ignacio, ahora S. Juan B.) es ahora cabecera en lugar del pueblo de S. Martín Atotonilco abandonado. Su ministro es el P. Baquio Silai (?), coadjutor espiritual. La iglesia es un jacal, los ornamentos decentes, que pidió el Padre a otras misiones de Sinaloa. La casa es un jacal con despensa y cocina. Es misión pobre, rodeada de ranchos (de españoles) que tiene encargados y le dan maíz y carne que comer. Tiene el pueblo 25 familias, 12 viudas y 18 niños de doctrina. Tiene una manada de 24 potrancas con su burro, 7 mulas mansas, 8 caballos mansos y dos enteros. En el rancho hay dos vacas con tres becerros y 12 familias de rancheros. Tiene caña en Guatemipa y coge tres cargas de chancaca. El antecesor P. Valdés hizo una deuda de $850.00. No tiene libro de gastos ni de entradas. Tiene de visita al pueblo de S. *Pedro Guatemipa* con 24 familias, S. *Ignacio Bamopa* (antes cabecera) con 8 familias, S. *José Sayatitán* (Soyatlán) con 16 familias y *Santiago Merirato* con 21 familias. Cada pueblo de visita da al Padre un almud de maíz y diez la cabecera.

2.—*Tamazula* (antes S. Juan, ahora S. Ignacio). Su ministro es el P. Fco. Jav. de Loza hace dos años y estuvo 13 en Careatapa y tres en Yamoriba. La iglesia está mediana, tiene dos custodias, 3 cálices, incensario, naveta, vinajeras y platillo, dos candeleros y concha de plata. La casa es pequeña y parte caída en cuya ruina murió el P. Gregorio Valdés. Tiene 38 familias, 25 niños y 10 niñas de doctrina. Río arriba tiene por visita al pueblo de N. Sra. de la *Candelaria de Atotonilco,* de la otra banda del río a tres leguas, con 12 familias. Las visitas de S. *Joaquín Chapotlán* y de S. *José Canelas* se acabaron después del alzamiento de los Tepehuanes. Ayudan los españoles que tiene encargados con algunos limosnas, los indios de Atotonilco con media fanega de maíz y Tamazula con 8 almudes.

3.—De la cabecera de S. *Juan de Badiraguato* es ministro desde hace seis años el P. Juan José Díaz. La iglesia es pobrísima, los ornamentos los precisos, no tiene puertas ni la sacristía, la casa una sala, cocina y despensa. Todo es una desdicha. El pueblo tiene 25 familias. Tiene un sitio de ganado con 65 reses y 23 yeguas y una labor que le da 10 fanegas de maíz, 10 de frijol y 4 cargas de pano-

cha. Tiene por visitas los pueblos de *S. Fco. Jav. Alicame* con 11 familias y *Sta. Cruz* con 16.

Algo más de vida hallamos en el centro, *Rectorado de S. Andrés,* valle del río de Remedios, antiguo paraíso de las minas y ahora lugar de tránsito de la costa a Durango.

La más antigua y famosa misión de este rectorado fué la de *San Gregorio,* colocado como en un nido de águila a la falda de la sierra y en un clima como el de Jalapa. El año de 1738 había desaparecido el bullicio de mineros y ricos españoles que trajinaban en todas direcciones desde las minas de Topia, San Andrés, Guapixuxe, Basis, hasta las Once Mil Vírgenes. Era Rector el P. Mateo Sánchez, misionero cabal durante más de 60 años, hombre de letras, seis veces visitador y sostén hasta el fin de todas estas misiones. La población indígena se reducía a 20 familias, las visitas de *San Mateo Tecayas* al Norte y de *San Pedro* el Viejo al Sureste habían desaparecido; en su lugar administraba a unas 14 familias de gente de razón en los reales o estancias de La Huerta, San Javier, San Juan, San Diego, San Pedro y San Andrés (abandonado). El único pueblo de visita que quedaba era, río abajo, *San Jerónimo de Soyupa* aun más importante que San Gregorio, de que dista sólo siete leguas por el río (camino impracticable en tiempo de aguas) y ocho por el de tierra, que es un "voladero largo, con senda tan estrecha y pendiente y profunda que asusta con extremo semejante tránsito y así contaban que un Jesuíta de San Gregorio, a los que venían a confesarse, les preguntaba si habían pasado por aquel voladero, y diciendo que sí, no los quería despachar, como a desesperados, que así aventuraban su vida a riesgo tan manifiesto".[42] En Soyupa sale el río de la sierra ya bien crecido y tanto este lugar como San Gregorio son ya tierra caliente, donde sólo se da maíz y algún ganado mayor, las frutas son ya limones, plátanos y pitahayas. La misión tenía un rancho con 200 reses, 27 yeguas, 29 mulas, 22 bu-

[42] Tomado de la visita del Illmo. S. Tamarón, 1763. Las condiciones debían de haber empeorado con el tiempo, pues dice que el cura era tan pobre que se le tenían que pasar $200 de la mitra. Tenía S. Gregorio 91 indios y la gente de razón 99 personas en S. Javier, 84 en La Huerta, 52 en S. Juan (Rincón de Arriba), 128 en Rincón de Abajo, y 35 en Sta. Ifigenia. Nota el Sr. Obispo que los 91 indios de S. Gregorio y los 114 de Soyupa eran "bien ladinos y sabedores de la doctrina".

rros, 4 caballos mansos, 60 ovejas y un cortijo de caña que solía moler 8 cargas, valiendo la carga $25.00.

La segunda misión, más en la sierra en otro afluente del río Remedios, era *Santa María de Otaiz,* de indios Xiximíes, reducidos a la sazón a 12 familias y 33 niños de doctrina. Tuvo antiguamente por pueblos de visita *San Marcos Basis* y *Santiago Basoris* que se acabaron y han quedado ranchos de blancos. Administra el antiguo real de *San Ignacio de Guapixuxe* que hoy es rancho así como el de *San Pedro Coapa.* A 22 de Febrero de 1660 entraron los indios enemigos y mataron en Otaiz varias personas, pero el haberse acabado los pueblos se atribuye a las ricas minas de Octepixuxe (?) y a las epidemias.

La misión de Otaiz está pegada a una sierra de pinos, sobre una serie de peñascos, tiene un plano donde está una huerta de chirimoyas, higos, peras, manzanas y otras frutas y un campito de riego cercado de piedras donde se cultiva algo de trigo. Tiene además, rancho con 200 reses, 26 yeguas, 38 mulas y 6 caballos mansos y un cortijo que da 14 cargas de caña y 50 fanegas de maíz.[43]

La tercera misión, 30 leguas río abajo, es la de *San Ildefonso* (antes Na. Señora) *de los Remedios* con 20 familias y el pueblo de visita de Sta. Catalina, cinco leguas al Sur, con 25 familias. Se acabaron las antiguas visitas de Santa Fe, Santa María, La Campana, Sto. Tomás, Guamostita (?), Teicabas (?), Ayusa, San Juan, Buenavista y Jocosal. Lleva dos años de misionero el P. Miguel José González. Tiene un rancho en Santa Fe con 48 cabezas y algún ganado

[43] En 1763 nota el Sr. Tamarón que "los 125 indios de Otaiz y los 221 de razón son expertos y saben bien la doctrina". De Otaiz a S. Gregorio, dice, p. 65, son dos días de camino que reputo el más malo que jamás he visto. Aquí se volaron dos mulas, una con mi cama de dormir. Aquí explican los malos caminos diciendo hay *escaleras* y *paredones,* las escaleras llaman peñascales dilatados por donde tiran las mulas sin percibirse en dónde o cómo se agarran en aquella especie de voladero, las paredes son cuestas tan altas y derechas que bien las comparan a las paredes y es el culebreo del camino tan corto que se asimila a la escalera de caracol, de suerte que desvanece tan frecuente voltear. Había dicho al cura de Otaiz se fuera a confesar con el más vecino de S. Gregorio, pero, después que vi el camino, confesé que yo iría mejor a confesarme al cabo del mundo, que exponerme a semejantes riesgos". Así en proporción caminaron muchos años día y noche nuestros misioneros. A pesar de dar la mitra $200 al cura, no hallaba quien quisiera ir.

y caballada y mulas alzadas, 18 mulas mansas. Quiere formar un cortijo de caña, frijol y maíz en Santa María.[44]

La cuarta misión en los límites de Sinaloa es la antigua de *San Ignacio de Otatitlán* hoy reducida a 12 familias, por cuya razón se transladó la cabecera a San Juan B. de Alaya que tiene 25 y administra a 30 familias de razón. Dista 30 leguas de Remedios. Su ministro P. Diego de Poza debió ser hombre de valer, pues fué Rector tres veces y dos veces visitador. Tiene rancho con 150 cabezas de hierro, 60 aburradas, 22 caballos mansos, 22 mulas mansas, 10 cerreras, 135 borregas, siembra una fanega de maíz y está poniendo cortijo de caña. Tuvo antiguamente las visitas de Piuba (antigua cabecera 3 leguas arriba de Otatitlán), Huejupa 11 leguas al Norte y administró, por falta de curas, los pueblos de Las Vegas, Nacala y otros.[45]

El tercer *Rectorado del río Piaxtla* no era mucho más brillante a causa de su distancia y barrancas.

En 1738 las dos cabeceras de *Yamoriba* y de *S. Pablo Hetasi* estaban administradas por un solo Padre, Manuel de Cartagena que vino en 1734 y estuvo solo por lo menos diez años y residía en S. Bartolomé Humacen. Yamoriba está en una loma junto a una sierra de peñasco y tierra fría a la orilla del barranco. La iglesia era pobre y el pueblo no tenía ya más de 21 familias. El año de 1744 se alborotaron sus indios y pidieron cambiarse a poblar un rancho de la misión llamado de S. Luis, y el Padre andaba pidiendo al Virrey la aprehensión de los alborotadores.[46] *Humasen,* la visita donde vivía, estaba del otro lado del río Piaxtla y tenía sólo 18 familias, pero allí estaba su rancho de S. Ignacio de los Azotes con 500 cabezas de ganado y 180 yeguas y estaba abriendo labor de maíz y trigo, regada por el arroyo de S. Luis. La otra visita era *S. Pedro Oboyan* (más tarde *Guarisamey* famoso por sus minas) a otras cinco leguas río abajo. No tenía más que dos familias, 3 viudas, un viudo y una

[44] El Ilmo. Sr. Tamarón halló allí 108 indios y 146 españoles y tenían que ayudar al cura con $200.00.

[45] Formó allí el Sr. Tamarón un curato con 220 indios y 414 blancos de los pueblos de Napala y Cuespa, pero no halló cura que quisiera ir.

[46] Véase Miscel. Mex. T. VII, p. 349. En 1767 el P. Cartagena se hallaba en S. Gregorio de México y vino a morir desterrado en Ferrara 5 Sept. 1780.

muchacha de doctrina, porque la viruela había matado a todos los grandes.

La misión gemela de *S. Pablo Hetasi,* río arriba, tenía 15 familias y 7 niños de doctrina, 10 leguas arriba tenía la visita de Sta. Lucía con 12 familias y a otras diez leguas la *Concepción o Pueblo Nuevo* con 76 familias. El ganado, de 200 reses de la misión, está en Yamoriba.[47]

Ahora bajemos el río 50 leguas y nos hallaremos en la cabecera costeña de *San Ignacio* donde hallaremos mejores condiciones.

La iglesia de la misión está en un peñasco sobre el río, es vieja pero bien provista de buenos ornamentos y cálices por el P. Marcelo León que vivió allí muchos años y todo lo temporal lo ponía en la iglesia. La casa es decente, toda de jacal y zacate. Tiene 14 familias y 13 niños de doctrina. Tiene de visita al Norte *S. Jerónimo Ahoya* con 85 familias y 80 niños de doctrina, iglesia y casa buena, *S. Fco. de Asís de Cabazán,* con 23 familias, iglesia buena y casa mala y *San Agustín* al poniente con 31 familias, iglesia regular y casa mala. Tiene trapiche en Cabazán donde muele 32 cargas de panocha, rancho en que hay 225 reses, 47 yeguas, 23 caballos y 30 mulas mansas.

Años más tarde hubo al sur del río, en el pueblo de *S. Juan Bautista,* un Padre de asiento, llamado Diego Cardaveraz, muy querido de los indios a quien sostenían con maíz, frijol y panocha. Por 1750 quejábanse al Provincial los indios de la Hoya, Sta. Apolonia, S. Juan Bautista y San Agustín de que el P. León no les daba más que cuatro misas al año (por lo visto no había ya Padre en Sta. Apolonia) y de que les revendía las mercancías por cera o plata a precios exorbitantes y pedían su remoción y la vuelta del P. Cardaveraz, así como el retiro del P. Visitador Cartagena que amenazaba y ahuyentaba a los indios de Guarizamey y del Valle de San Ignacio. La queja está redactada por un muy buen tinterillo español.[48] No

[47] El Sr. Tamarón hizo de todas estas misiones el curato de Guarizamey con un cura indio de allí, con 307 almas. Son estos pueblos, dice, los más desdichados de la sierra, en paraje pavoroso. Me costó este viaje de ida y vuelta de 118 leguas $256.

[48] Véase Miscel. Mex. T. VII, p. 85. No tenemos más que este folleto de los indios, faltan los de la parte contraria.

sabemos cómo andarían las cosas en lugar tan pobre, distante y arrinconado.

La última cabecera de este Rectorado era Sta. Apolonia, en un bonito valle al pie de la sierra y a la orilla de un riachuelo que baja al Piaxtla. Fué el lugar donde permaneció tantos años el santo P. Juan Boltor. A la fecha de 1738 era su misionero el P. Francisco Isasi, pero parece que el lugar luego se abandonó, tal vez al cura seglar que, como cuña, se había introducido a petición de los españoles que (a la salida de los misioneros viejos) se habían establecido en S. Javier Ixtitlán. La iglesia de Sta. Apolonia era muy pobre y la casa se estaba cayendo; tenía el pueblo 33 familias y 11 niños de doctrina. Administraba además, al Sur del río, el pueblo de S. *Juan Bautista* y *otro* (que no se nombra) que antes eran de S. Ignacio y tenían 68 familias e iglesia y casa buenas para el territorio, y un rancho en Ixtitán con 150 reses, y un cortijo de caña que daba 50 cargas de panocha. No hay siembra, los indios le dan algún maíz de la milpa que llaman del Padre.[49]

18. Algunos misioneros notables.—Al llegar a este punto no sabemos si debemos admirar o compadecer a los misioneros que, de las cultísimas poblaciones del centro, se venían a sepultar en estas montañas y despoblados con estos poquísimos y no poco degenerados indios o rodeados de españoles rancheros poco más ricos y cultos, pero con apetitos sin límites. Fuera de las ocasionales salidas por estos andurriales para visitar enfermos o pueblecitos, ¿qué recurso le quedaba al misionero sino volverse contemplativo o darse a sus ranchos? Una u otra cosa era casi inevitable, pues no había elementos de población para ser un *leader,* ni porvenir a que aspirar, pues el hacerlo bien era elemento seguro de perpetuidad.

No podemos acusar a los Superiores por no mandar a estos rincones sus mejores talentos o de no tener héroes para cada lugarcito, contentándose con aprovechar lo mejor posible los elementos que tenían a la mano. Traíanlo jóvenes, fomentaban su espíritu con visitas y Ejercicios anuales y demás prácticas religiosas; pero el martirio de la soledad, el escaso fruto y trabajo, la calidad de los indios, etc.. . . eran de un género capaz de arruinar los arranques humanos.

[49] El Sr. Tamarón redujo todas estas misiones a dos parroquias: la de San Javier con 982 almas y la de San Ignacio con 1,311.

Ni acabamos de entender la situación económica. Parece que recibían, no sabemos si con regularidad, la pensión real de $300, a lo que hemos de agregar las granjerías de ranchos y ganados. Estos, fuera de las cercanías de las minas, debían de tener poco valor, pues carecían de mercado y pacían libres por los montes. Pero entonces, ¿para qué tener tal trabajo? Por otra parte no hallamos superávit en las cuentas, sino al contrario las iglesias y casas pobres y algunas con deudas. Dejamos a otros la solución del problema.

Aunque se decía corrientemente que había poca teología en las misiones, lo cierto es que nunca faltaron en cada provincia de misiones alguno o algunos santos viejos que, a la santidad y al sacrificio de su vida, sabían unir y conservar el cultivo de las letras sagradas para uso propio y ajeno.

Fuera de los conquistadores, hemos de citar los nombres del *P. Alonso Gómez de Cervantes,* que fué 20 años misionero de Topia y tuvo que retirarse a curar a México por haberse estropeado al caer en una barranca, muriendo en La Profesa el 7 de Diciembre de 1634 y del *P. Hernando de Mejía,* pariente de Sto. Tomás de Villanueva, quien trabajó también bastante tiempo en estas misiones y falleció en la misma Profesa a 23 de Diciembre de 1634.

El que más recuerdos dejó fué sin duda el *P. Juan Boltor,* fallecido en Sta. Apolonia (al menos estaba allí en 1678) a 19 de Julio de 1729.

En su larga vida, que pasó de 100 años y 70 de misiones, resume toda la historia de estas conquistas durangueñas y las virtudes de todos los misioneros. "Fué, dice Alegre, hombre siempre hambriento de perfección, vigilantísimo en la observancia de las más menudas reglas, cosa verdaderamente admirable donde vivía sin estímulo de comunidad ni vigilancia de Superiores. Repartía con los pobres aún lo necesario para su persona, sustentándose sólo de las limosnas que le ofrecían voluntariamente sus indios. Sus conversaciones eran siempre de Dios, como que daba a la oración mental los ratos que le dejaba la administración de su pueblo. Todo esto no le estorbaba procurar perpetuar sus sentimientos y amores con piadosas poesías y pinturas con que adornaba las modestas iglesias de su partido".

Cuando entregaron los Jesuítas estas misiones, el año de 1753, quedóse en el Real de San Javier (perteneciente a la misión de San Gregorio) un anciano ya tullido, que no se pudo mover a la casa más cercana de la Compañía, que era el colegio de Durango. Fué uno de los muchos santos desconocidos de aquellas sierras.

Llevaba ya el *P. Mateo Sánchez* más de 60 años de misionero y había sido, no sólo Rector, sino Visitador de la Misión hasta siete veces distintas, hombre muy caritativo, afable en su trato, muy prudente en su gobierno y buscado por todos por su virtud, prudencia y celo de las almas. Era de muchas letras y aplicado a los libros y cuando ya no pudo leer, se empleaba en componer versos sobre la Pasión de Nuestro Señor y de la Virgen, que le servían de materia fecunda de oración y recitaba con gran fervor.

En sus largos años de misionero había pasado todos los trabajos y peligros que se pueden imaginar por el bien de las almas, pronto siempre, aun cargado de años, para acudir a las confesiones, haciéndose subir a caballo y amarrar en él, para ir a largas distancias por aquellos barrancos donde le llamaban. Uno de estos viajes, que hizo a la hora de comer, le dejó baldado hasta su gloriosa muerte, solo, en aquella soledad, a 23 de abril de 1756.[50]

50 Tomado de una Anua de Durango. 1751-1757. Miscel. Mex. IX, 827.



(San Luis La Paz)

Lámina 20.—P. Gonzalo de Tapia. Martirizado en Teborapa (Sin.) el 10 de Julio de 1594.

CAPÍTULO V

MISION DE SINALOA.

1591

1. Entrada a Sinaloa. 6 Julio, 1591.—Esta floreciente misión, que fué la primera que emprendieron los Jesuítas entre bárbaros, abarca todo el Norte del actual Estado de Sinaloa y particularmente las cuencas inferiores de los ríos Mocorito (Sebastián de Ebora), Sinaloa (Petatlán) y del Fuerte (Zuaque). Posteriormente se le agregó el Distrito de Badiraguato en el río Humaya, que en un principio perteneció a la misión de Topia.

En los 18 años que llevaba la Compañía de estar en México, se había asentado (aunque con mucha pobreza y escaso personal) en México, Puebla, Oaxaca, Pátzcuaro, Valladolid, Veracruz, Tepotzotlán y Guadalajara y parecía tiempo que empezara ya a trabajar entre los infieles, pues era éste uno de los fines que Felipe II había tenido al enviarlos y extrañaba no se hubiera ya emprendido. El Visitador P. Diego de Avellaneda, que desembarcó en Veracruz por noviembre de 1590; traía apretadas órdenes del P. General Aquaviva sobre este particular. Todo parecía favorecer la empresa: el Virrey D. Luis de Velasco II, muy favorecedor de la Compañía, los grandes descubrimientos hechos en el Norte del país por los exploradores de Nuevo México, Coronado en 1541 y recientemente Rodríguez y Espejo (1581-2) que abrían horizontes ilimitados al reino de la Nueva Vizcaya, cuyas ciudades fronterizas eran a la sazón Sta. Bárbara y Culiacán; y más que todo el Gobernador de di-

cho reino, D. Rodrigo del Río Losa que andaba en busca de obreros para extender y afianzar sus conquistas.

Este caballero, que había servido al Rey bajo las órdenes del Gobernador Francisco de Ibarra y acompañádole en la expedición a Sinaloa y a la fundación de Carapoa la vieja, había obtenido de Felipe II la posesión de dilatadas estancias en Nueva Vizcaya, que pobló con ganado mayor, en tanta abundancia, que herraba cada año 24,000 becerros. Era hombre tan cristiano como rico y caritativo. La casa que tenía en las llanadas, entre Zacatecas y Durango, era el refugio, amparo y viático de cuanto habían menester los frailes, peregrinos, pasajeros y caminantes para toda la tierra adentro.[1]

Siendo ya Gobernador de la Nueva Vizcaya, sin duda hablaría de sus proyectos de cristianización con los PP. Tapia y Arnaya que dieron una misión en Durango el año de 1589 y éstos se ofrecerían, si vinieran en ello sus Superiores. Trató de ello con el P. Prov. Antonio de Mendoza,[2] pero éste dejó la resolución a su sucesor P. Pedro Díaz o mejor al Visitador P. Diego de Avellaneda que acababa de llegar. Este, pasando por encima de los temores del P. Díaz y de muchos Padres graves, señaló inmediatamente a los PP. Gonzalo de Tapia y Martín Pérez (a la sazón en Zacatecas), mandándoles se pusieran a la disposición de D. Rodrigo.

Llegados a Durango por Mayo de 1591, les dijo el Gobernador que, ya que la expedición de Nuevo México tardaría en formarse[3] y se habían introducido en aquellas partes los Franciscanos, había pensado ocuparlos entre los indios Tepehuanes que rodeaban la ciudad, pero que ahora creía que hallarían campo más libre y fructuoso en la Villa fronteriza de S. Felipe de Sinaloa, donde quedaban en completo abandono, unos pocos españoles y como 400 indios bauti-

[1] Pérez Rivas: Triunfos, 1. II, C. 1. Sinaloa quiere decir *saguaro*, árbol de cactus.

[2] Debe ser esta la razón porque tanto Alegre (1,242) como Pérez Rivas (II, c. 1) atribuyen al P. Mendoza la fundación de estas misiones.

[3] Desde la desgraciada expedición de Rodríguez a Nuevo México en 1583 había habido varios proyectos de conquista, más tarde Ponce de León tenía Cédula del Rey en su contrato de 25 Sept. 1596 para llevar a su cuenta seis Jesuítas (Bandelier I, 307). Id. Oñate pretendía con el Virrey en 1598 llevar dos Jesuítas. Carta al Provincial (Alegre I, 310). El Rey señaló a los Franciscanos que allí habían entrado ya.

zados por los mártires Franciscanos PP. Acevedo y Herrera, que allí habían empezado la predicación el año 1564 en el destruído pueblo de San Juan Bautista de Carapoa.

Los restos de aquella malograda fundación, reducidos a nueve individuos,[4] se habían refugiado 30 leguas al Sur, en un sitio que se llamó San Felipe y Santiago de Sinaloa, viviendo allí miserablemente y, aunque bien hallados con los indios vecinos, expuestos a cualquier violencia y dispuestos a abandonar la colonia. Al rededor de aquel punto bullían innumerables tribus salvajes, que se calculaban en cien mil almas, repartidas en los seis ríos de Mocorito, Petatlán, Ocoroni, Fuerte, Mayo y Yaqui.[5]

Aceptó con entusiasmo el P. Tapia y, a mediados de Mayo, salió por la vía de Acaponeta y llegó en los primeros días de Junio a la Villa de San Miguel de Culiacán. Misionó allí algunos días, mandó aviso de su llegada a Sinaloa, buscó un intérprete y lo halló en la persona de una india llamada María que, en breves días, valiéndose del Mexicano que ambos sabían, le enseñó cuanto alcanzaba y le acompañó con su hijito a la misión.[6]

Bien recibidos y acompañados por los pueblos del tránsito, que les traían sus hijos a bautizar, llegaron el 6 de Julio a la Villa de Sinaloa y tomaron posesión de los jacales que les habían de servir de casa y de iglesia. Atendieron primero a las necesidades de los españoles y de sus esposas o criadas indígenas y de los 400 indios bautizados doce años antes por los Franciscanos, pero en la niñez, casados con infieles y casi sin instrucción. Todos los indios de los ríos de Mocorito y de Petatlán eran pacíficos con buenas relaciones con los españoles y algunas noticias de su religión.

[4] El P. Albizuri pone los nombres de estos valientes: cinco de ellos habían estado en la Villa de Carapoa: Bartolomé Mondragón, Tomás de Soberanes, Juan Martínez del Castillo, Juan Caballero, Juan Pablo, Fco. Martín Redondo, Juan Ortiz, Fulano Belmar y Antonio Ruiz, Alcalde Mayor que hizo una relación, que aún existe de aquella fundación, 1564-95.

[5] El trabajo más reciente y documentado sobre esta misión es el del P. Peter Masten Dunne, S. J.: Pioneer Black Robes on the West Coast, S. Fco. Calif. 1940.

[6] Dicha señora siguió asistiendo al Padre en Ocoroni y su hijito ayudándole a misa. Ambos asistieron a su martirio.

Empezó luego, el P. Tapia a entrar en relación con los pueblos vecinos y, con su extraordinaria suavidad y los recursos de su bella inteligencia, se hizo pronto amar y estimar de todos. A los 30 días ya podía darse a entender en las dos de las lenguas principales, sin duda el Cahita y el Ocoroni, y había compuesto una breve Gramática y Doctrina que completó luego con cantos.[7] El P. Pérez que no gozaba de tan feliz memoria, pudo sin embargo a los tres meses hacerse entender en dos lenguas. Tomó a su cargo los pueblos río abajo: Santiago Cubiri,[8] Bamoa, y Nío que eran más tratables. Sin embargo en Cubiri tenían los indios un santuario muy concurrido y fué maravilla que, acudiendo el P. Tapia en medio de la muchedumbre a desengañarlos, lograra derribar el ídolo y plantar la cruz sin que lo estorbaran sus devotos. Bamoa era una pequeña tribu de Nebomes (Pimas Bajos) que había traído, años atrás, de su famosa expedición al Norte Alvaro Núñez y siempre habían sido aliados y muy fieles amigos de los españoles.[9]

El P. Tapia se encargó de los pueblos más levantiscos río arriba y fijó su centro en Ocoroni a orillas del río del mismo nombre afluente del Petatlán.[10]

"Es la gente de esta provincia, escribía él mismo al P. Aquaviva,[11] toda desnuda, aunque las mujeres se visten, más muy corto y lo preciso que parece que la honestidad natural fuerza. Mas, van

[7] El P. Tapia en los nueve años de su ministerio aprendió con perfección ocho lenguas: el Mexicano, Tarasco, Chichimeco (Huachichil), el Sinaloa (Cahita propiamente), el Bamoa (Pima bajo), el Acaxee, el Ocoroni y el Tepehuan. El P. Fco. Ramírez añade el Otomite y el Serrano.

[8] Ruinas de Nio. Bolton (Kino) p. 96. Allí fué donde el año 1679 construyó sus barcos el almirante Atondo en compañía de los PP. Kino y Goñi para la conquista de la California.

[9] Dice Albizuri que la primera casa de la Compañía fué en Cubiri, pero consta que el P. Tapia vivía en Ocoroni. Cubiri debió de ser la residencia del P. Pérez. La casa principal de la Compañía fué seguramente después de la llegada de los nuevos Padres, en la Villa de San Felipe donde luego se hizo iglesia y después el colegio.

[10] Sólo la inexperiencia pudo mover al P. Tapia (tal vez la india María era de allí) a escoger Ocoroni por centro, siendo una tribu extraña en el valle, poco numerosa, de dialecto enteramente diverso, según el P. Azpilcueta, parecido al Opata, nación bárbara que jamás se cristianizó de corazón y al fin huyó a juntarse con los Yaquis.

[11] Primero de Agosto 1592.

gustando de vestirse bien. Viven en congregaciones en las riberas de los ríos. No tienen príncipe ni reconocen superior y con todo son y viven muy conformes los que son de una misma lengua (que es mucha la variedad que hay de ellas). Son vivos, curiosos y muy parleros, tienen bastante entendimiento para cualquier cosa, pero en las costumbres como los pinta San Pablo en el primer capítulo de los Romanos, quitadas las idolatrías. Ninguna resistencia hacen al Evangelio, aunque el obedecerlo no es en general sino la gente de treinta años abajo".

El éxito fué sorprendente y, como se vió después, prematuro. Antes de terminar el año, escribe el P. Pérez, habían bautizado más de 1,600 adultos y erigido 13 capillas en los tres ríos de Mocorito, Petatlán y Ocoroni. El día 8 de Diciembre dedicaron y consagraron a la Purísima Concepción la nueva iglesia de la villa y el 25 de Diciembre determinó el P. Tapia celebrar con gran solemnidad en el pueblo vecino y céntrico de Lopoche (Opochi), la festividad del Nacimiento, a donde convidaron y acudieron gran número de gentiles atraídos por los cantos, danzas, procesiones y ceremonias de la nueva religión de los Padres. A los ocho meses habían ya regenerado con las aguas del bautismo, entre niños y adultos, a cosa de 5,000 indios.[12]

Las noticias que llegaban de Sinaloa y la petición de colaboradores hicieron inmensa impresión en México, donde muchos habían desconfiado del éxito.[13] Al volver después de Semana Santa de la sierra de Topia, donde había ido a restablecerse, según vimos, de sus enfermedades y agotamiento, encontró el P. Tapia a los PP. Alonso de Santiago y Juan Bautista Velasco que habían venido en su ayuda. Su llegada planteó para el Padre el nuevo y arduo pro-

[12] Es imposible en un compendio citar los documentos originales en que se fundan estos principios. Los cita el P. W. E. Shiels en su vida del P. Tapia. New York, 1934. Los principales son una carta del P. Tapia al P. Aquaviva de 1592, tres del P. Pérez de 1591, 1592 y 1613 y una Historia manuscrita que aprovechó el P. Alegre; varias cartas Anuas desde 1593 en la Biblioteca Bancroft de Berkeley, California y la Vida Manuscrita del P. Tapia, escrita más de 30 años después por el P. Albizuri, conservada en la misma librería. Vida MS. por el P. Fco. Ramírez, compendiada en Varones Ilustres. 40 pp. Museo N.

[13] Cuando vino a México el P. Tapia en 1592 escribía al H. Carrera (veterano de las misiones de la Florida que había enlistado para Sinaloa, pero no pasó de Zacatecas), que sentía mucho la oposición que muchos de los nuestros hacían a aquellas misiones. Cf. Shiels, p. 142.

blema del gobierno y organización de una comunidad estable. Hasta la fecha, él y su compañero, hombres curtidos en el trabajo entre salvajes, que habían vivido a la ventura con cualquier alimento, vestido, morada, como insensibles a todos los desaires, mortificaciones y desnudeces, se hallaron como embarazados y mal impresionados con estos dos noveles, naturalmente desorientados y acostumbrados a comer, vestir y trabajar como el común de los mortales.

Aunque los trató con su acostumbrada eximia caridad, el Superior inexperto sufría de no hallarlos ya formados a tan dura vida y escribió al P. General (y sin duda también al Provincial) una carta en que muestra su desengaño y aboga por gente más maciza que los criollos, aunque estaba a partir un piñón con el P. Pérez que tenía el mismo origen.

"El uno, decía, que habían pedido sus Superiores le sacasen del colegio y el otro que nunca había caído en su imaginación semejantes ocupaciones y así dijo que quería ver cómo le iba acá primero que se aplicase en trabajar algo. . . Los misioneros que, sin movimiento interior de Nuestro Señor son enviados más por mortificación que por su devoción, viven aquí con gran violencia y hallan tantas causas para justificar su vuelta a los colegios que, a los que con gusto andan, entibian y desaniman. Los que por su condición y sin mortificación son penosos en los colegios, no se remedian con enviarlos a estas misiones y a los demás compañeros de la misión se les echa una carga mayor que todas las de la misión. . . La gente con que se trata son bárbaros, rudos e incultos. No hay vestidos que remudar, no hay casas donde vivir, no hay quien aderece qué comer, ni muchas veces qué aderezar, no hay con quien desenfadarse un rato y hay muchos de que enfadarse. Un rato de oración y retiramiento no se recibe ni se hace a él quien solía emplearle en una honesta recreación. Los Superiores están lejos, en tres meses van las cartas y en otros tantos vuelve la respuesta".[14]

[14] Véase en Shiels, p. 132 esta carta completa al P. Aquaviva fecha de 1º de Agosto 1592. Los PP. Astrain y Cuevas omiten los párrafos relativos a los criollos. De hecho el P. Santiago, a los dos o tres años, tuvo que retirarse, pero no parece haber sido por mal espíritu y en aquel período prestó buenos servicios y aun escribió la vida y martirio de su buen Padre. En cuanto al P. Velasco fué de los más finos misioneros de Mocorito, en donde terminó su vida, sin haber perdido la gracia bautismal.

Derecho tenía como Superior de indicar a sus mayores las condiciones que se requerían para que Sinaloa tuviera competentes misioneros, pero él mismo (si no se lo indicaron) debió de ver luego que este género de vida no podía durar y así. Hecho su plan, en otoño de 1592, llevando algunos de sus nuevos cristianos y pasando por Pátzcuaro, vino a la capital a tratar con los Superiores y con el Virrey sobre el modo de asegurar aquellas cristiandades y la vida de los misioneros.

Del Provincial consiguió, con la promesa de buenos misioneros, al H. Coadjutor Francisco de Castro que fué durante 34 años pies y manos de los misioneros, cocinero, sastre, albañil de las casas y capillas, carpintero, lavandero, enfermero, hortelano, sacristán y doctrinero;[15] del Virrey, una pensión con que pudiera subsistir cada misionero sin pedir su miserable alimento a los indios, un presidio de soldados para tener en respeto a los salvajes (aunque desgraciadamente llegó tarde), un Alcalde Mayor para proteger a los indios contra la rapacidad de los blancos que los esclavizaban y, finalmente, ornamentos y subsidios para las capillas que se hallaban en la última miseria.[16]

2. Organización de la misión. 1593.—Al volver a su querida misión en la primavera de 1593, la halló el P. Tapia invadida por una terrible pestilencia, no conocida entre los indios. Acometíales una fiebre violenta que, después de dos o tres días de un furioso delirio, prorrumpía en unas pústulas o viruelas pestilentes que

[15] El Index Rerum de 1614 señala en la misión de Sinaloa cuatro HH. Coadjutores.

[16] La Iglesia y la Corona, a la sazón unidas en estrecho vínculo, tenían igual interés en la cristianización y civilización de los indios. Si bien es verdad que el Patronato ponía algunas trabas a la libertad de la Iglesia (v. gr. no poderse fundar ninguna nueva misión sin permiso del Rey), lograba por otra parte incontables ventajas. Estos subsidios que empezaron a dispensarse a los misioneros (y eran usuales con otras Ordenes), llegaron con el tiempo a ser considerables. En un resumen de gastos reales para las misiones, que hizo el año 1684 el P. Diego Fco. de Altamirano (Astrain, VI, 378), leemos, referentes a México, los gastos siguientes: Misiones de Sinaloa, Sonora, Topia, S. Andrés y Piaxtla $23,350 anuales; Tarahumares $2,400; Guazapares $3,000; presidio de Sinaloa $18,000; de Tepehuanes $400; de Topia $400... Para vino y aceite de la lámpara $2,850; colegio de Yucatán $500; cada seis años, para avío y viaje de cada nuevo misionero unos $250. Total, más de $57,100 anuales.

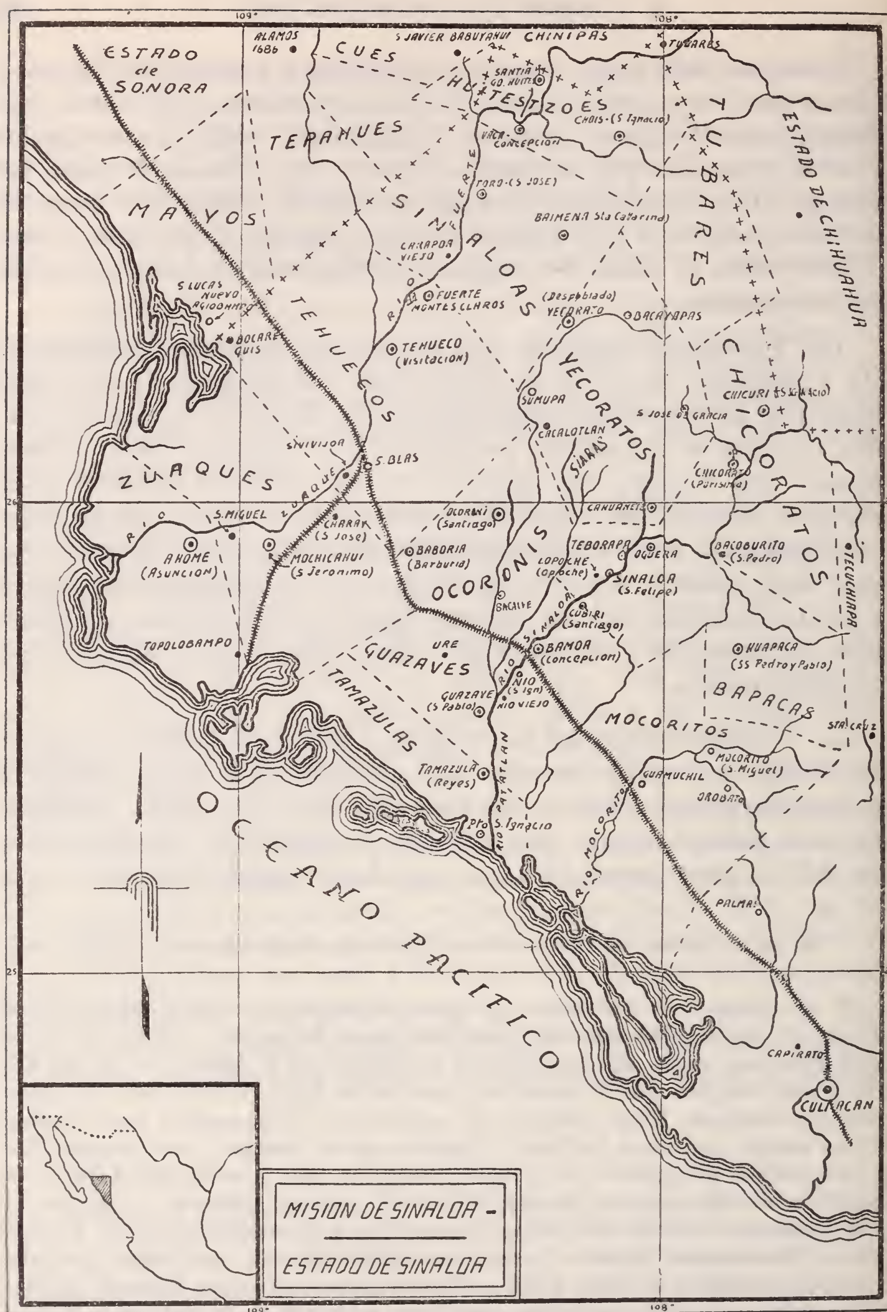


Lámina 21.—Mapa de la misión de Sinaloa.

les cubrían todo el cuerpo. Muchos, fuera de sí, salían de sus casas y se echaban a bañar en los ríos; otros se retiraban a los bosques, especialmente en los pueblos distantes de la cabecera, y, postrados allá debajo de los árboles, se hallaban las llagas llenas de gusanos; otros en fin, huyendo del contagio se acogían a los picachos y concavidades de los montes y allí acometidos del mal, acababan sus vidas y se hallaban después sus cuerpos comidos de las fieras.

No llegaban los Padres a puerta de choza alguna donde no oyesen dolorosos lamentos de las familias en la muerte de sus hijos; no se veía mujer que no tuviese el cabello cortado ni hombre que no lo trajese trenzado o adornado de sartas o de plumas en señal de luto. No daban los Padres abasto en bautizar los niños, en instruir sumariamente a los adultos abocados a la muerte, en llevar con su propia mano alimentos y medicinas a los desamparados, en buscar a los que agonizaban en el monte y en enterrar a los muertos.

"Hicimos, dice el P. Velasco, lo que pudimos para ayudar a estos pobrecitos. Yo fui a un pueblo donde bauticé 200 niños con mucho gusto de sus padres y no pocos adultos, que por primera vez oían la doctrina en su propia lengua. Traíanme con mucha ansia de una casa a otra, acudiendo medio arrastrando unos y medio cargados otros para que los bautizase. Lo que quiebra el corazón es ver que mueren muchos gentiles sin bautismo, por ser nosotros tan pocos y ser imposible acudir a todos.[17]

Fué providencia de Dios que, en su superstición, no atribuyesen la peste a la ira de sus dioses, especialmente en un pueblo donde no había habido peste y, llegando el P. Tapia y comenzando a bautizar, comenzaron a morir a toda priesa. Lo peor fué que, apenas mitigada la peste unos súbitos y violentos temblores de tierra se hicieron sentir por toda la extensión de Sinaloa. En el pueblo de Mochicahui de los Zuaques, un montecillo de viva roca se partió con la violencia del movimiento y arrojó por la abertura mucha agua. Para aplacar su cólera los indios echaron en su boca mantas, adornos y muchos frutos de la tierra.

Tomó de ahí ocasión el P. Tapia para desengañarlos, dándoles a conocer el poder y majestad del Dios que adoraba: ellos prometieron doctrinarse, pero, pasado el susto, se olvidaron de todo. Halló

[17] Alegre, I, 261. Copia de unas cartas de los PP. Tapia y Velasco.

el misionero a los Sinaloas (propiamente dichos) que habitaban al Oriente de los Zuaques en el río Fuerte, algo mejor dispuestos y con alguna noticia de la religión por algunos de los suyos que habían venido de Culiacán, huyendo del mal trato de los españoles. Hizo entre ellos algunos bautismos y exhortaciones, pero no pudo detenerse reclamando su principal cuidado los de Ocoroni.

Acercándose la Navidad determinaron, como el año anterior, reunirse los misioneros con los indios de sus 20 capillas, a celebrar estas fiestas con gran solemnidad en la Villa de San Felipe.

"Unos de estos días de Pascua, dice el P. Alonso de Santiago, antes de amanecer renovamos nuestros votos, precediendo la confesión general y la cuenta de conciencia y, aunque poquitos, no fue pequeño sino muy extraordinario el consuelo y gozo espiritual que sentimos". La fiesta religiosa y cívica no fué de menor regocijo. Era ciertamente consolador ver reunidos en una misma fè y fraternidad a españoles y tribus antes enemigas y aun gentiles, ciudadanos y forasteros para quienes se prepararon alimentos y grandes enramadas, cantándole alabanzas al Niño Dios, vestidos de hermosos plumajes y cascabeles, bailando y recreándose con toda paz y libertad.[18]

No faltó, sin embargo, un renegado, llamado Alonso Sabota, quien hizo lo posible para asustar a los Zuaques y disuadirlos de acudir a la fiesta, insinuándoles era una trampa que les tendían los Padres y españoles para prenderlos y quemarlos vivos. Casualmente prendió el fuego en la casa del Padre que, como la iglesia, era toda de paja. Quiso Dios que se pudiera luego apagar la lumbre, antes de que los Zuaques se creyeran amenazados. Fueron estos días de descanso y de aliento para los grandes trabajos que reservaba el año nuevo a los misioneros.[19]

Entretanto se procedía con ardor a organizar la misión. Con los $250 que daba el Rey a cada misionero [20] podían ya los Padres vivir sin pedir limosna a sus neófitos.

[18] Dice una Crónica que el P. Tapia había traído a unos cantores Tarascos con sus instrumentos para enseñar a sus indios. Arch. G. N. Misiones, T. 25, pp. 340-350.

[19] Véase asimismo la Pascua de 1596. Cuevas, II, 384.

[20] En 1608 se subió el subsidio a $300.

No tenemos pormenores sobre la repartición del trabajo en estos principios. Parece que el P. Velasco se encargó de las misiones del Sur (Bamoas [21] y Níos); el P. Pérez de las del río arriba (Ogueras),y el P. Alonso de los pueblos vecinos de la Villa y de la pequeña escuela de indios,[22] mientras el H. Castro miraba por la construcción de las capillas y casas y por el sustento material de la misión. El P. Tapia se reservó Ocoroni y las tribus bárbaras del Norte donde la lucha con el paganismo era más tenaz y peligrosa.

3. Martirio del P. Tapia. 10 Jul. 1594.—Dejando en su puesto a los nuevos misioneros, aprovecharon la ocasión los PP. Pérez y Tapia para hacer expediciones de reconocimiento entre los gentiles.

El primero pasó a la serranía de Bacoburito, río arriba, donde había cinco pueblos y entre ellos como mil indios, venidos de Culiacán o de Topia, ya bautizados, pero completamente ignorantes y abandonados. Dice el Padre que apenas sabían las oraciones *en latín*, como solían entonces enseñarles otros misioneros. Dejó al salir señalados catequistas para los bautizados. De los paganos, aunque muchos se lo rogaron, no bautizó sino pocos por no hallarlos preparados o por estar en sus borracheras. Lo que sí procuró fué poner la paz entre las tribus enviando a los enemistados un billete del misionero. Llevado en una pica a modo de bandera, les servía de pasaporte y salvoconducto. Así se hicieron amigos los *Biaras* y los *Matapanes* que hasta la fecha se habían hecho guerra a muerte.

Por su parte el P. Tapia volvió a los Zuaques que, desde antes, había venido preparando y amansando con su buen trato y regalos. En una de estas correrías al río Fuerte bautizó 668 párvulos. Allí fué donde tuvo que emprender una lucha cuerpo a cuerpo con la barbarie y se acentuó la división entre los jóvenes inclinados a la conversión y los viejos aferrados a sus costumbres y supersticiones. En esta última visita tuvo la mala suerte de hallarlos en sus borracheras y el cacique, en el calor de la embriaguez, se irritó y exhor-

[21] No hay relación especial de la conversión de los Bamoas que debió ser muy a los principios por su fidelidad a los españoles.

[22] Cada misionero tuvo después su escuelita de niños, pero el P. Tapia quería una más formal y céntrica en Durango y allí envió al P. Pérez para fundarla; no se pudo lograr sino cinco semanas después de la muerte del P. Tapia, pero no dió resultado y se tuvo que establecer después en la misma Villa.

tó a los suyos a deshacerse del censor importuno de sus vicios. Suerte fué, dice Alegre, que por el exceso mismo de la bebida diera un salto de una roca hasta lo más hondo del infierno. Dejaron, sin embargo, sus arengas pésimas huellas entre los Zuaques.

No podía ni debía el P. Tapia tolerar esos bailes paganos y deshonestos en que ellos y ellas desnudos se abandonaban a todas las torpezas. Mandólos prohibir a sus cristianos, bajo pena de azote, por medio del Alcalde Miguel Ortiz Maldonado, cosa que los viejos hechiceros no quisieron consentir, tramando desde entonces la muerte del misionero que venía a estorbarles sus costumbres. Ya en 1593 habían amenazado con la muerte a Pedro, cacique de Ocoroni, por hospedar a estos Padres que les traían la peste, los terremotos y la reforma de sus usos y costumbres y hasta quisieron traer a la criada María a sus depravados intentos.

El que más daño hacía al Padre era Necaveva, cacique de Tevorapa, hombre brutal y depravado que no perdía ocasión de burlarse de él y de ridiculizar las prácticas cristianas. Durante un año procuró el Padre conquistarle con favores y buenas palabras, pero, como no hacía caso y pervertía a los cristianos y andaba en todas las juntas de los facciosos, avisó al alcalde Maldonado lo amenazara con el castigo si continuaba sus maleficios. Hízolo el Alcalde, pero el malvado armó un escándalo con el aviso y se huyó con varios cristianos que se robó. Buscáronlo en el monte y traído al pueblo, se le azotó y cortó la cabellera. Fuése a esconder su vergüenza en los bosques, jurando vengarse del P. Tapia que juzgaba autor del castigo.

Llamó a junta en el pueblo de Cavihuri a todos sus parientes y amigos conspiradores y al calor del vino y del tabaco determinaron ejecutar con presteza la sentencia de muerte del Padre. No fué el conciliábulo tan secreto que no lo conocieran varios cristianos y avisaran al P. Velasco y al Alcalde que cuidaran al Padre. Este, acostumbrado a todos los peligros de que le había librado el Señor, no dió más importancia a éste que a los demás. Nada le remordía su conciencia, no había hecho mal a nadie, estaba en las manos de la Providencia.

El sábado siguiente, 9 de Julio 1594, salió según su costumbre de Ocoroni para ir a decir misa el domingo a Teborapa, misioncita a una legua al Norte de San Felipe. Le acompañaba el cacique D.

Pedro y su criado, mulato llamado Francisco, el acólito con su madre María para su propio servicio.

El domingo, después de misa, los naturales le mandaron decir con el cacique D. Pedro que habían visto a Necaveva rondando con algunos otros espías. Le rogó D. Pedro se volviera de una vez con él a Ocoroni donde lo podría defender. Rehusó el Padre, diciendo que tenía quehacer allí y no creía llevaran a cabo sus amenazas, ni quería parecer tenerles miedo. Fuése triste D. Pedro con su criado. La vieja María se ocupó en la casa mientras el niño ayudaba en la doctrina.

Por la tarde, sintiéndose el Padre cansado se retiró temprano y se puso de rodillas mirando a la iglesia rezando su rosario y luego se entró dentro de su choza y se sentó en una silla. De repente, dos hombres, uno tras otro, fuéronse acercando, mientras otros tres esperaban afuera. Necaveva se arrimó como para besarle la mano. Su aspecto debió de inspirar sospecha al Padre, pero no se inmutó y empezó a dirigirle buenas palabras. A una señal del traidor, otro indio llamado Tahaa tiró su sarape, sacó su macana y asestó un furioso golpe sobre la cabeza del Padre que cayó aturdido, aunque pudo levantarse y salir fuera dando voces que no cometieran tan horrible pecado.

Se encaminó hacia la cruz del cementerio para abrazarse con ella, pero antes de llegar los otros tres, que estaban afuera, le acabaron a macanazos y cuchilladas, mientras el Padre hacía con los dedos de la mano derecha la señal de la santa cruz por la que moría.

A instigación de Necaveva, cortáronle la cabeza y el brazo izquierdo a cercen, pero después de varios golpes, no pudiendo cortar el derecho, lo dejaron colgado con sólo los tendones y los dedos formando la cruz. Despojáronle de su sotana, robaron su casa y quebraron el tabernáculo para llevarse el cáliz, vistiéronse de los ornamentos sagrados, pusieron fuego a la iglesia y a las casas y huyeron con sus robos, antes que acudieran los españoles, al pueblo de Baboria (Barburia), luego al de Lopoche (Opochi) haciendo los mismos detrozos y de allí a los montes a celebrar, con sus orgías y bailes, su triunfo. En ellos, la mujer de Necaveva llevaba el cáliz, otro el brazo y otro el cráneo que, pintado de almagre, les sirvió algún tiempo de vaso en que bebían. Intentaron cocer el brazo para comérselo, pero dicen que salía del fuego siempre fresco y así lo

desollaron cortando la punta de los dedos y rellenaron la piel con paja.[23]

Sólo tenía el Padre 33 años, diez de haber venido a las Indias y cuatro de haber sido destinado a Sinaloa. Sus compañeros son unánimes en reconocer sus heroicas virtudes.

"Era de mucha caridad y grande ánimo, dice el P. Alonso de Santiago; yo pienso que quiso Nuestro Señor coronarlo, no sólo con la corona de virgen, como lo era, sino duplicársela con la de mártir, que por tal le tengo".

"Jamás me acuerdo haberle visto descompuesto o airado, agrega el P. Velasco, y juntaba a esta serenidad una eficacia grande cuando se determinaba en lo que convenía. El tiempo que daba al alimento y demás necesidades de la vida era cortísimo, para ocuparse en la contemplación y modo de atender y adelantar la cristiandad." [24]

"Era afabilísimo con los indios, dice el P. Pérez, y sentábase con cualquier pobrecito o viejecita, preguntándoles por sus necesidades temporales y acudíales con cuanto podía. Las espirituales socorría con su ejemplo y doctrina. Sufría con extraña mansedumbre las impertinencias de los bárbaros. Parecía que huía de los españoles por dar el tiempo, que con ellos podía gastar, a los indios. No podía estar quedo: visitaba a menudo los pueblos y en llegando a ellos, tomaba un bordón, visitaba los enfermos, consolábalos, dábales de comer por su mano y buscaba quien los curase. Aunque las comidas de la tierra no le hacían buen estómago, lo llevaba con contento. Su cena de ordinario era un poco de atole, no dormía en colchón por estar más expedito en sus viajes y avisó al Hermano custodio no lo dijese a nadie". [25]

[23] Cf. E. W. Shiels. Vida del P. Tapia. New York, 1934. En el Archivo de la Compañía hay dos relaciones contemporáneas de este martirio: una breve tal vez del P. Santiago y otra de diez páginas en 4º del P. Martín Peláez que visitó luego la misión, interrogó al mulato y al niño que acompañaban al Padre y recobró la cabeza, brazo y cáliz del Padre. La envió al P. Avellaneda y éste al General. Astrain, IV, 434.

[24] Carta de 29 Dic. 1594 al Prov. La trae Cuevas, II, 510, Arch. Nac. Hist. 15.

[25] México. Arch. Nac. Hist. 15. Colec. Figueroa, fol. 47. Sinaloa, 8 Feb. 1595.

4. Entierro del mártir y desbandada de los indios. 1594-1598.—Un niño de los que servían al Padre y el marido de una mujer que mataron, al huir los asesinos, dieron aviso temprano por la mañana a la Villa. El H. Castro con los españoles armados, el alcalde, Miguel Ortiz de Maldonado con el escribano Acosta al frente, acudieron luego al lugar del suceso.

Hallaron al cuerpo boca abajo con dos macanas, un manípulo manchado de sangre y el brazo levantado en alto con la señal de la cruz. Trajéronle a San Felipe, donde los Padres le hicieron un solemne funeral, con gran sentimiento y llanto de los cristianos. El niño, hijo de la criada María, no pudo soportar el golpe y cayó muerto sobre la sepultura. Sobre ella vinieron a poco a arrodillarse dos nuevos misioneros, PP. Pedro Méndez y Hernando Santarén, que esperaba el mártir y a la fecha de su muerte se hallaban de camino en Capirato 22 leguas de Sinaloa.[26]

Por unos días, una ola de terror se extendió por toda la misión: los Padres y españoles, temiendo un levantamiento general, después de dar aviso a Culiacán, se reunieron y fortificaron en San Felipe; los indios, aun los no complicados en el crimen, temiendo represalias, abandonaron los pueblos y corrieron a los montes. Desaparecieron del mapa los pueblos, antes tan numerosos de Teborapa, Opochi, Barburia, Matapán, Cavihuri y aun Cubiri; los de Ocoroni, para vengar la muerte de su Padre, emprendieron, contra el parecer del P. Pérez, una expedición contra sus enemigos los Zuaques en que perecieron muchos inocentes.

Sin embargo, con la llegada de 14 soldados venidos de Culiacán, renació un poco la tranquilidad en la Villa y los Padres empezaron de nuevo a querer juntar a los fugitivos. De las 60 capillas que había dejado el P. Tapia, muy pocas quedaban en pie. El P. Pérez tomó el lugar del mártir en Ocoroni; el P. Santarén se fué con el P. Velasco para aprender la lengua a Mocorito y los PP. Santiago y Méndez se encargaron de los Níos y Bamoas.

Pero fué imposible contener la revuelta y desbandada. Tres Guazaves dieron muerte a una india cristiana y, temerosos del cas-

[26] Salieron de Culiacán el 12 de Julio con el H. Castro, que el Padre había mandado para conducirlos.

tigo, alborotaron a los demás y huyeron a los bosques y quebradas inaccesibles de los montes. Los Níos, y Bacaives, los Matapanes y aun los Ocoronis (tan fieles al P. Tapia) siguieron su ejemplo.

Los Matapanes se refugiaron con sus amigos los Tehuecos. Estos, impelidos por el hambre, vinieron a comprar víveres a Cacalotlán, población al pie de la sierra que, con los buenos indios de las Cruces, había fundado y promovido grandemente el P. Martín Pérez. Diéronles los víveres, pero los traidores, al retirarse, dieron muerte a uno, robaron a otros y talaron sus sementeras. No teniendo fuerza los de Cacalotlán para vengarse, esperaron la primera ocasión, que fué la llegada de los Matapanes también en busca de víveres y les mataron alevosamente a diez y cautivaron a muchos jóvenes de uno y otro sexo.

El P. Pérez, penetrado del más vivo dolor al ver así descarriadas sus propias ovejas y desamparada la iglesia y el pueblo, anduvo muchos días por zarzales y breñas convidándoles y llamándoles a su pueblo. La presencia de su pastor, a quien amaban tiernamente, los juntó muy en breve en Cacalotlán, pero, pareciéndole muy expuesto aquel lugar, les hizo mudar a otra parte en que, con la cercanía de otras naciones más pacíficas, quedasen a cubierto de las incursiones de los Tehuecos y Matapanes.

En los lugares tranquilos de los ríos Petatlán y Ocoroni se bautizaron en seis meses como 300 y se levantaron una docena de ermitas (1595).

El 25 de Enero de 1595 había llegado a la Villa el Rector de Durango P. Martín Peláez con el H. Vicente Beltrán a visitar y consolar a sus hermanos. Con él venían doce soldados al mando del Capitán Alonso Díaz, enviados por el Virrey a petición de la colonia y del Gobernador de Durango, D. Fernando de Velasco, para asegurar la vida de los Padres y reprimir la osadía de los indios.[27]

Informado del lugar en donde vivía Necaveva, mandó el Capitán en su seguimiento a Miguel Ortiz Maldonado. Tuvo aquél aviso y escapó, pero hicieron prisioneras a tres mujeres, entre ellas

[27] Pasaron la Nochebuena en Culiacán y volvieron con el P. Santarén que allí se había ido a curar de una grave enfermedad acompañado del P. Méndez.

la de Necaveva a quien los indios cortaron la cabeza, recobrando el cáliz en que el P. Tapia celebraba, que ella tenía. Los Zuaques, también, para congraciarse, trajeron la cabeza del santo mártir y con estos trofeos el Capitán Alonso Díaz y el P. Peláez se volvieron a Durango.

A principios de 1596 (según veremos al hablar de esta misión), los Guazaves remontados, instigados por sus ancianos, maquinaron acabar con los Padres. Descubierto el plan, salió a batirlos el Capitán Diego de Quiroz.

Restablecida la quietud por este lado, volvió a saltar la chispa por el lado de Ocoroni donde, con grandes trabajos, había logrado reunir parte de su gente el P. Pérez. Habiendo éstos matado a un cacique Tehueco, que pretendía sacar con violencia de su casa a una mujer Ocoroni, los Tehuecos en masa se echaron sobre los Ocoronis. Divididos en dos bandos para atacar por ambos lados, marcharon todo el día y la noche, llegando al amanecer a Ocoroni.

El primer indio que flecharon, aunque herido, tuvo tiempo de dar aviso al P. Méndez (que a la sazón se hallaba en el pueblo) y al cacique que, con buen acuerdo, dejó parte de los suyos en el pueblo y salió con los más al frente del enemigo. Este hallando la retaguardia del pueblo guarnecida y encontrando resistencia desesperada (como que peleaban por sus esposas e hijos), tuvo que huir dejando muchos muertos.

Así pasaron los cinco años que siguieron la muerte del P. Tapia: continuas revueltas y hostilidad de las tribus del Norte que impedían el avance y el asiento de las cristiandades. En cambio, la ciudad de San Felipe se había poblado con 80 vecinos españoles, muchos indios cristianos refugiados y Tarascos, venidos de las minas de Topia y de otras partes.

Se construyó una iglesia grande de adobe a manera de fortaleza para servir de refugio en caso de asalto y junto a ella una casa formal de la Compañía con su escuela de indios.

Mas, a fines de 1599 con el gobierno del Capitán Hurdaide y la muerte de Necaveva iban a cambiar enteramente la faz de las cosas en favor de los misioneros.

5. Un capitán modelo. 1595.—Nacido en Zacatecas de padre vizcaíno, D. Diego Martínez de Hurdaide había, desde muchacho, sentado plaza de soldado con el Gobernador Urdiñola y luego pasado, por enero de 1595, a Sinaloa con el capitán Alonso Díaz. Sirvió allí al capitán Diego de Quiroz hasta el año 1599, en que éste le mandó a México a pedir refuerzos y tal vez el relevo de su jefe. Volvió Hurdaide al fin del año con diez soldados más y con el título de capitán de Sinaloa.

Juntábanse en aquel hombre la piedad sólida del antiguo caballero español, la prudencia del capitán y la astucia del aventurero. Era de estatura muy pequeña, tenía los pies torcidos y con todo tenía tan grande fuerza de cuerpo y brazos y tanta ligereza en tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera y, si le prendía con las manos, era segura la presa.

En más de 30 años, que anduvo en refriegas con los enemigos, y en más de 20 batallas campales y muy peligrosas que tuvo con ellos, no le cogieron ni un soldado ni cabeza de ninguno de ellos. Por otra parte, como estaba tan íntimamente unido con los Padres y vigilante para protegerlos, apenas había algún disturbio, armaba al punto sus soldados y tal vez miles de indios amigos y caía con presteza sobre ellos y los buscaba sin descanso hasta echarles la mano, con lo cual se enmendaban o lo pagaban con la vida. Era además tan desinteresado que toda su fortuna la gastó en las misiones y aun murió con deudas. Una de sus primeras hazañas fué la prisión, por el año de 1598 de Necaveva, el asesino del P. Tapia.

Desde un principio, los soldados del presidio habían puesto empeño en prender a aquel malvado que, con su gente refugiado entre los Zuaques, seguía molestando y robando hasta cerca de la Villa.

Encargado por el capitán Quiroz de la campaña, no se atrevía Hurdaide a arriesgar sus pocos soldados entre la numerosa y belicosa nación de los Zuaques, pero proveyó Dios por otra vía al castigo.

Un sobrino de Necaveva, que se disimulaba entre la gente de la Villa, se encontró en un camino con un indio Tehueco, nación enemiga de la suya, y lo mató; luego para congraciarse con el capitán, trajo la cabeza diciendo que era la de Necaveva.



Lámina 22.—Iglesia de la Villa de Sinaloa. (Queda sólo la torre de mampostería).

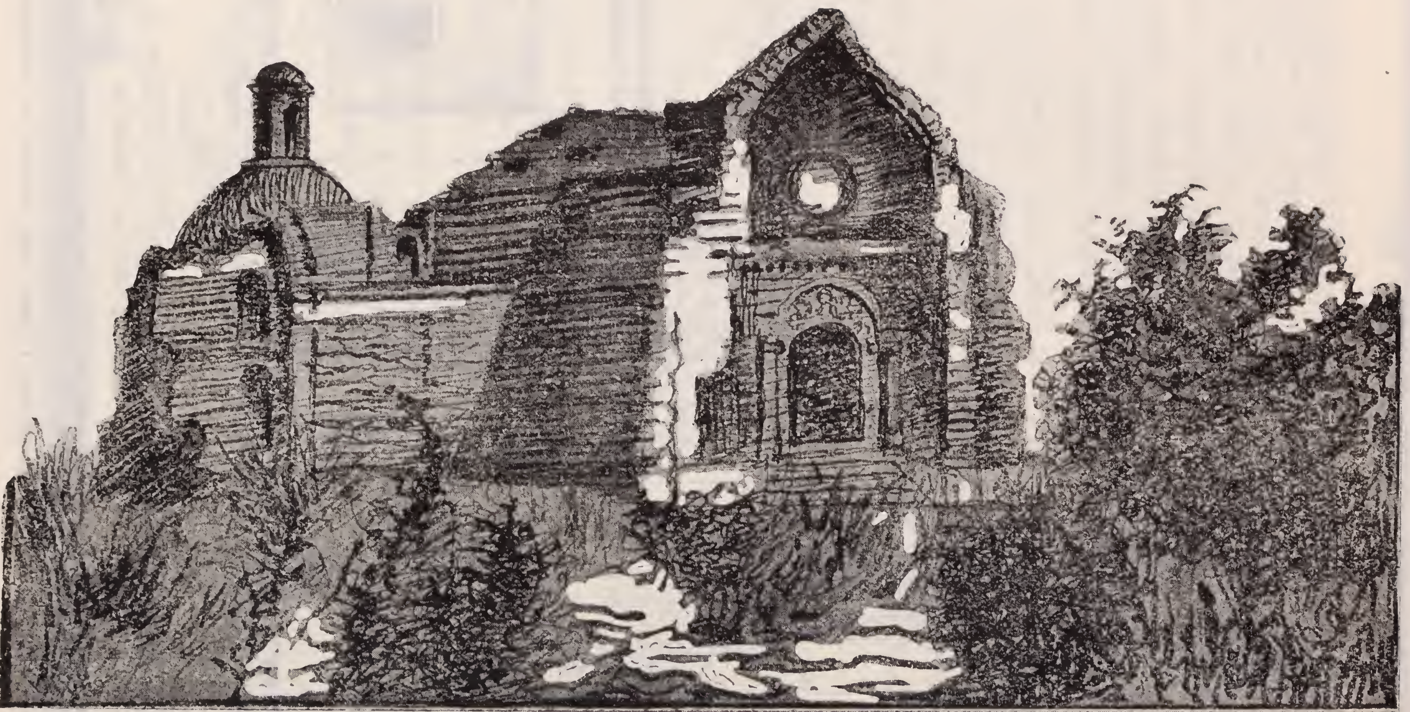


Lámina 23.—Ruinas del pueblo viejo de Nío (Sin.)

Supiéronlo los Tehuecos y juraron la venganza. Armó su cacique Lanzarote una expedición contra los Zuaques. Estos, apretados por un lado por los españoles y de otro por los Tehuecos, obligaron al traidor Necaveva a entregarse a Lanzarote, prometiéndole la vida con la bárbara condición de entregarle sus mujeres, promesa que no cumplieron, pues lo amarraron y mandaron avisar al capitán Hurdaide.

Este, con sólo doce caballos de armas, se presentó en el pueblo, no sin recelo de traición; pero Lanzarote se lo entregó fielmente con una hija suya que le había acompañado.

Traído a la Villa, fué condenado con su sobrino a la horca y a ser descuartizados y su hija enviada a México en esclavitud. Preparóle el P. Pérez a la muerte, consintiendo el bárbaro en oír la doctrina y bautizarse, esperamos con sinceridad, por la sangre del mártir (1598).

6. Sujeción de los Bamoas, Níos, Guazaves y Tamazulas. —A pesar de todas las deserciones y revueltas, los Padres habían tomado pie, con indios fieles en los principales pueblos vecinos.

Los *Cubiris, Bamoas* y *Níos* habían sido cultivados, desde un principio, por los Padres Pérez y Velasco y ahora, con la llegada de los PP. Méndez y Santarén, se pudo dividir mejor el trabajo y aun pasar adelante con los Guazaves.

Dejando Bamoa, que ya debía de ser todo cristiano, a los Padres de la Villa, formó el P. Méndez su partido con los pueblos de *Nío, Bacaive* y *Ocoroni*, los tres de lengua diferente, aunque parece haber entrado un poco más tarde en esta última.

La tribu de los *Níos* no pasaba de unas 500 familias, pero el P. Méndez tuvo la suerte de bautizar al cacique y de arreglar cristianamente su matrimonio".[28] Este nuevo cristiano mostró desde luego un celo ardiente por la conversión de los suyos. Hacía con ellos todos los oficios de caridad para atraerlos al rebaño de Jesucristo: los buscaba entre las malezas y las breñas, prometíales seguridad de parte de los españoles y el buen recibimiento de los Padres.

[28] Alegre, I, 306.

"Daba a éstos noticia de las supersticiones de los indios, para que pusieran oportuno remedio. Entre otros casos, reveló al misionero un ídolo que tenían muy oculto y en que adoraban la pitahaya (fruta deliciosa de que hacían un licor fuerte para sus embriagueces). El Padre, por las señas que le dió el fervoroso neófito, halló colgada de un árbol una figura con rostro humano y lo demás no podía distinguirse. Estaban todas las ramas adornadas de varias pinturas groseras y de arcos de flores y de hierbas olorosas, que en el poco cultivo de aquellas gentes, le causó no poca admiración. No le causó menos la docilidad con que, a las pocas palabras, le entregaron el idolillo, para que hiciera de él lo que quisiera. Quemólo en su presencia, haciéndoles al mismo tiempo, una provechosa instrucción".

No dicen los autores si tuvo relación con este hecho, un grave peligro que corrió el Padre en uno de estos pueblos. Lo cierto es que unos indios descontentos acudieron cierta vez a la iglesia para matarle. El, oyendo el ruido y entrando en la sacristía, se revistió sobrepelliz y estola y, así dispuesto, salió a la puerta al encuentro del enemigo. Hincóse de rodillas ofreciéndose por blanco a sus flechas y la vida en sacrificio a Dios. Fué tal la impresión de este espectáculo, que los matadores se retiraron aterrorizados sin hacerle daño.

Unos once años (1595-1606) cultivó este campo el P. Méndez hasta que fué señalado para la conquista de los Tehuecos, como veremos a su tiempo.

Más larga y trabajosa fué la conquista de los *Guazaves,* río abajo. De todas las tribus era tal vez la más dada a la borrachera, a la lujuria y en sus orgías aun usaba la carne de sus enemigos. Muy pocos de ellos se habían a la fecha convertido, y los más a solicitud de una india que había sido esclava en Culiacán y sabía mexicano y algo de español.

Entró a ellos, en Febrero de 1595, solo el P. Santarén plantando una cruz y haciendo su casa de la sombra de un gran árbol que allí duró mucho tiempo. Mientras aprendía la lengua con la india, cantaba sus oraciones en latín con los niños. Pero luego hizo un copioso diccionario, puso la doctrina en Guazave y compuso numerosas coplas para que las cantaran en lugar de las que usaban en sus

bailes. Padeció allí increíbles trabajos y peligros, pues estaban contra él los tres principales caciques de la tribu que no querían dejar sus costumbres y vicios. No pudo, por de pronto bautizar más de 400, los más niños, y dejar aprendida la doctrina por un grupo de ellos, pues por Mayo de 1596 fué llamado a Topia para componer unas gravísimas diferencias que, como vimos, se suscitaron en aquel mineral.

A su vuelta por Junio se encontró con el recién venido P. Hernando de Villafañe, que dos años había de ser su compañero y luego su sucesor en tan dificultosa misión.

Ayudábales en gran manera la india cristiana, no sólo para aprender la lengua, sino para doctrinar su gente, reuniéndola todos los días, visitando a los enfermos, avisándoles de los propósitos de los hechiceros y proveyendo a su pobre sustento.

Dos hechos, que los autores fechan diferentemente,[29] nos manifiestan los graves peligros que continuamente debía afrontar. Volviendo cierta vez de la costa con dos españoles, encontró todo el pueblo sumido en la mayor embriaguez que jamás había visto, con gritos, convites y amenazas. Habían, para mayor libertad, encerrado a todos sus niños desnudos en un corral, donde daban gritos de socorro. Apiadado el Padre se atrevió a romper las puertas y sacar libres a muchos de sus niños de doctrina. Acudieron furiosos los caciques Pablo Velázquez, Bayco y Montalúa queriendo matarle. Trabajo costó a la india defenderle con su marido Pedro, corriendo los españoles a pedir socorro a Sinaloa, de donde mandaron por él.

Más fatal fué lo que ocurrió por Julio o Agosto del año siguiente (1597) que, a los quince días trajo el levantamiento general de aquella región.

Salía, dice Alegre, del pueblo de Guazave el P. Santarén para la Villa, acompañado de dos soldados españoles y de algunos indios. Uno de éstos que iba más avanzado, se entró por una senda del monte dejando el camino ordinario. El Padre se sintió movido a seguir-

[29] Alegre y Albizuri ponen lo del ídolo en 1597; M. McShane dice que el hecho se halla en la Anua de 1595. ¿Se tratará de otro caso? Alegre, I, 350.

lo, y vió que a poca distancia se detenía, haciendo ciertas señales de adoración ante una piedra en forma de pirámide, como de una vara, poco más de alto, en que estaban toscamente grabadas algunas figuras.

El Padre, que oculto le observaba, lleno de una santa indignación, le mandó derribar aquella piedra, pero el bárbaro se rehusó, temiendo, como dijo, morir en el instante. Esto acabó de encender el celo del misionero que, ayudado de los españoles, lo derribó y llevó arrastrando a la plaza de la Villa, donde lo expusieron al público ultraje de los cristianos.

Los Guazaves que se hallaban presentes, sobrecogidos de terror, discurrían muy funestamente, pronosticando enfermedades y muertes. Entre otros, se le oyó decir a un anciano que aquella misma noche un violento torbellino o huracán de viento pondría en consternación los pueblos y derribaría las casas y las iglesias.

O fuese efecto de su mal deseo o sugestión del demonio, que por medio de aquella piedra se decía haberles hablado varias veces, o lo más cierto, prudente conjetura del mal viejo, fundada en ciertas observaciones que suelen hacer los rústicos, aconteció que saliendo de la iglesia, donde para hacerle una exhortación los había juntado el P. Santarén, una furiosa tempestad de aire turbó tan repentinamente la atmósfera, que, no pudiendo estar a descubierto por el polvo y la arena que los ahogaba, tampoco podían refugiarse a sus chozas, que, como eran de paja y esteras, volaban muchas a discreción del viento.

El justo cumplimiento de esta predicción, a pesar de las razones con que procuraba desengañarlos, confirmó en las Guazaves la idea del poder de su dios, y, mirando al Padre como a un hombre sacrílego, sobre quien debía caer prontamente la venganza del cielo, lo dejaron solo y huyeron a los montes.

Los remontados, instigados por sus ancianos maquinaron acabar con los Padres. Descubierto su plan por un indio fiel, tuvo que salir a batirlos el Capitán Diego de Quiroz. A la primera descarga, los 200 Guazaves, dejando su caudillo en manos de los españoles, huyeron a la nación de los Ures. Estos, en número de 400 armados salieron a hacer frente a la tropa. La intervención del P. Villafañe

pudo evitar la batalla y aun ganar el corazón de los Ures y persuadir a los Guazaves a que volvieran a sus pueblos, más por conveniencia, a lo que parece, que por deseo de ser cristianos.[30]

Volviéronse a levantar el año de 1599, quemaron sus iglesias y huyeron a lo áspero de sus montes. El Capitán Hurdaide, apenas vuelto de México, los siguió a sus madrigueras, prendió a algunos y castigó a los más culpables, pero perdonó al Cacique, persona muy ladina, valiente y querida, que después se bautizó con el nombre de Pedro Velázquez. Esta benignidad ganó para siempre a la religión y a los españoles la tribu de los Guazaves, de muy bello ingenio y de gran valor, como después lo manifestaron en su celo por la fe y en el auxilio que prestaron a la conquista de las demás tribus.

Su gran apóstol y padre en la fe fué el citado P. Villafañe, paisano y compañero del P. Tapia en su venida a México, a quien pidió, luego que supo su martirio, venir a suceder, desde Pátzcuaro donde trabajaba entre los Tarascos.

Los primeros años, como vimos, fueron llenos de tribulaciones, pero ahora, sujetados, empezáronse las conversiones en masa. Reunió toda su gente en cinco poblaciones, que después formaron las tres de Guazave, *Ures*[31] y Tamazula. Fué el P. Villafañe el primero que empezó a construir iglesias duraderas, con la cruel prueba de verlas derribadas por la inundación, en vísperas de estrenarse. No salieron de su boca otras palabras que las del santo Job: "Sicut Domino placuit ita factum est"... y se puso de nuevo, con los inmensos trabajos que se suponen, a reedificarlas.

En los 30 años que cultivó esta misión (aunque con alguna interrupción) hizo de Guazave una cristiandad modelo, donde todos los nuevos misioneros venían a aprender la organización y cultivo de aquellas naciones. Aprendió con gran perfección y trabajo las dos lenguas de su distrito y compuso artes, doctrina, sermonarios y

[30] Durante esta revuelta los PP. Santarén y Villafañe se retiraron a la Villa. En Febrero 1598 vino el Visitador P. Fco. Gutiérrez y nombró al P. Villafañe Rector de San Felipe y accedió a la petición de los españoles de Topia para que el P. Santarén fuera a dar la cuaresma en aquel Real, donde al fin se quedó.

[31] Diferente de la de Sonora. La Anua de 1602 pone Sisimicarí en lugar de Ures. Tal vez se hayan de identificar Ures, Nures y Nios.

cantos populares que él mismo cantaba con gran devoción. Con los niños en su escuela y doctrina, era la amabilidad misma y los sentaba con gusto a su mesa regalándoles y criándoles como madre.

Fué Superior y Visitador de la misión de Sinaloa y dos veces de las demás misiones, luego tres años Rector del Colegio Máximo de México, y Procurador a Roma, volviéndose casi inmediatamente a su amada misión desde donde, a pesar de sus años y gota, le obligaron otra vez a hacer el viaje a México para la Congregación Provincial. En tantos viajes jamás perdió la misa, excepto en el mar a la ida, pero a la vuelta fué el primero que consiguió, contra viento y marea, celebrar en los barcos. Su gran gusto al caminar en mula era leer los libros de su maestro el P. Luis de la Puente. Ya anciano y enfermo hizo abrir una ventanilla a su cuarto para poder desde la cama oír misa y adorar al Santísimo Sacramento.

Fueron también efectos de su celo los aumentos de estas misiones en lo temporal, concedidos por los Virreyes y Gobernadores, a fuerza de solicitudes suyas, costándole esto muchos trabajos y viajes a México. Y lo que los vecinos españoles de esta provincia tienen de haciendas, de ganado mayor y menor, asiento de Presidio, sueldos de soldados, ventajas al Capitán, casi todo se debe a la diligencia del Padre, teniéndole Virreyes y Gobernadores tanta confianza que no le sabían negar cuanto pedía para el bien de los suyos. La Inquisición le hizo su Comisario en Culiacán y Sinaloa y el mismo Hurdaide en todos sus apuros lo venía a buscar dondequiera estuviese.

Aunque ya enfermo y muy anciano, quiso ir a pasar su última cuaresma entre sus Guazaves y les predicó y confesó con tan nuevos fervores que, al volver a morir en la Villa (1634), confesaba que jamás había sentido el aliento y los deseos de ayudar a las almas como en aquella su última visita a sus hijos. La misión de Guazaves, que en su tiempo pasaba mucho de 2,000 almas, no aparece en el año de 1678 sino con 531 en Guazave y 265 indígenas en Tamazula.

Compañero o sustituto, en las ausencias del P. Villafañe, fué al menos de los años 1611 a 1627, el P. Alberto de Clericis, a quien se atribuye principalmente la conversión de los *Tamazulas,* tribu costeña vecina de Guazave de que formó luego parte. Eran gentes tímidas e inconstantes. A pesar de su delicada salud, el P. Cle-



Lámina 24.—Actual iglesia de Ahome (Sin.)



Lámina 25.—Actual iglesia de El Fuerte (Sin.)

ricis trabajó sin descanso desde 1611 con el Capitán Hurdaide para reducirlas. Aquel año se escaparon a una isla (probablemente la de la Macapula) frente a la desembocadura del río Sinaloa. Allí se hallaron acorralados y el Capitán con el Padre, no tuvieron más que esperar que los redujera el hambre. Fueron en efecto volviendo uno a uno.

En 1617 escaparon de nuevo huyendo de la epidemia y viviendo allí en los pantanos como bestias. Yendo en su busca, cayó el Padre una noche en un grupo, que enfermos y desnudos, aguantaban el viento helado de la costa. Trájolos al pueblo y auxilió a los moribundos.

Como gentes marítimas, celebraban a sus tiempos sus pescas generales en que revivían sus antiguas supersticiones. El 24 de Marzo de 1627 acompañó el P. Clericis a más de 400 que para ello se habían juntado. Díjoles la misa en la playa, pero al empezar la pesca, notó que se retiraban varios de ellos. Preguntó la causa y un indio ladino le dijo que los sepultureros, viudos y aquellos que tenían enfermas a sus mujeres, debían de abstenerse de la pesca para que no se malograse. Para desengañarlos, les prometió el Padre, en nombre de la Santísima Virgen, la más maravillosa pesca, si todos entraban. Hiciéronlo así y dicen que al cuarto de hora habían ya cogido muchas arrobas de peje.[32]

7. Conquista de los Ahomes, Zuaques y Tehuecos. 1601. —Dominada ya la cuenca del río Petatlán y sus tribus, se determinó avanzar la conquista hacia el Norte y catequizar de una vez, de abajo para arriba, la cuenca del río Fuerte (Carapoa) o Zuaque (como se llamaba), es decir, entrar a los Ahomes, Zuaques, Tehuecos, Sinaloas y Chínipas.

Emprendió la lucha Hurdaide, primero con los Zuaques, que tantas veces habían resistido al P. Tapia y otros misioneros y eran el refugio de todos los renegados y descontentos. Pretextando una ca-

[32] Véanse las Anuas de 1611 y 1617 en la colección de Edward E. Ayer. Alegre, II, 175, trae la relación del P. Varela sobre la pesca milagrosa, donde llega a decir que, "cuasi les venían los peces a las manos saltándoles sobre la cabeza y al rededor del cuerpo" (¿!). Al P. Juan Romero se debió la hermosa iglesia de tres naves de Tamazula que, apenas terminada en 1639, corrió grave riesgo de ser derribada por la inundación. Alegre, II, 222.

za de reses en que les daría su parte, entró de paz en sus tierras y cuando estaban los cabecillas más desprevenidos, mandó los agarraran sus soldados de los cabellos y sujetaran al grito de "Santiago". Cuarenta y tres de ellos cayeron en la red y por más que sus guerreros y mujeres intentaron libertarlos, sólo dos se escaparon y dos quedaron muertos, salvando la india cristiana Luisa a su pariente Buenaventura. Los PP. Pérez y Velasco, llamados con urgencia, prepararon como pudieron los presos al bautismo y en seguida se los ahorcó. Mandó el Capitán por medio de Luisa a los demás que, si no querían sufrir mayores castigos, no intentaran recobrar los cuerpos y que más les convenía hacer las paces con los españoles.[33]

Luego de este escarmiento, por la primavera de 1601, emprendió el Capitán con el P. Méndez su tan peligrosa como inútil expedición a los Chínipas en busca de minas y reconocimiento de la tierra. Traicionado por los guías Sinaloas, atacáronle los indios en una barranca el 10 de Abril y lo sitiaron dos días. Logró al fin escaparse con sus pocos soldados y aun se atrevió a recorrer la tierra y penetrar hasta Curepo donde no halló la abundancia de plata que esperaba.

A la vuelta hizo un escarmiento con los traidores Sinaloas y acudió a socorrer los Ahomes cuyo territorio habían invadido los Zuaques y Tehuecos. En el camino se le enfrentaron de nuevo los Zuaques y los Sinaloas con su cacique Taxicora. Viniendo a las manos ambos ejércitos en Mochicahui, capital de los Zuaques, hizo prisionero Hurdaide con su propia mano a Taxicora a la vista de más de 500 indios armados que, por temor de matar a su jefe, no se atrevieron a tirar sus flechas.

Siguió Hurdaide su camino hasta los Ahomes; mas, en un paso estrecho donde no podían maniobrar sus caballos, lo atacaron de nuevo los Zuaques y Sinaloas. Defendiéndose el capitán y, agarrando con una mano a un indio, lo ahorcó de un árbol a la vista y gran terror de los demás. Quedaban los Tehuecos que lo esperaban en los llanos de Matahoa. La fusilería en campo raso hizo sus estragos y la indiada huyó al monte dejando 200 prisioneros entre mujeres y niños.

[33] Véase Pérez Rivas. Triunfos, p. 87, esta atrevida y casi alevosa matanza.

Mandó luego decir a los Tehuecos que no quería molestarlos a ellos ni a sus mujeres, sino que dejaran en paz a los Ahomes y recibieran a los Padres para hacerse cristianos. Prometiéronlo éstos y aun los Zuaques, cuando regresaba por su tierra, se disculparon echando la culpa al cacique Sinaloa Taxicora. Contentóse el capitán con azotar algunos y cortarles hasta los hombros las cabelleras, con lo cual por entonces quedaron humillados y sujetos. Taxicora fué llevado preso a Sinaloa y, después de bautizado, ahorcado.

Ya dominada, por las armas, la cuenca del río Fuerte, era menester mantener en paz y empezar a cristianizar los pueblos que lo pedían y para ello era preciso establecer en aquel río un presidio que impusiera respeto a gentes tan bárbaras e inquietas.[34]

8. Viaje de Hurdaide a México. 1604.—El año de 1602-3 fué el punto de partida para el decisivo avance de los misioneros al Norte. Corrían en México vientos desfavorables a la continuación de las misiones. Los Oficiales reales, que pagaban en México a Jesuítas y soldados, expusieron al Rey que esta misión costaba al erario $17.000 anuales, sin que hubiera en la región minas ni tributos que compensaran estos gastos. Proponían, pues, sacar a todos los indios bautizados cien leguas al Sur, donde pudieran estar en la vecindad de los españoles. Discutieron largamente el asunto varios Oidores, un Dominico, un Agustino y algunas otras personas de respeto y, después de algunos debates, resolvieron que no se podía dejar de las manos una empresa de tanta gloria de Dios y provecho de las almas.[35]

No sabemos si fué relacionada con esta consulta, la visita que hizo a la Villa, a principios de Diciembre de 1603, el nuevo Gobernador de Durango D. Francisco de Urdiñola. Lo cierto es que mandó al Rey un informe muy favorable, diciendo que trabajaban en la misión cinco Padres que tenían a su cargo 26 pueblos de indios (dos distantes 20 leguas) y que habían bautizado 6.000 almas de las 14 ó 20.000 que había en su radio.[36]

[34] En 1602 hubo 850 bautismos, las dos terceras partes en el nuevo Distrito de Guazave. Los niños del seminario de S. Felipe eran 30.

[35] El Acta de esta consulta está en el Arch. de Indias, Sevilla, 58-3-14. (Astrain, IV, 437).

[36] Acababa el Gobernador de terminar la gran revuelta de los Acaxees. Las estadísticas de los cristianos son evidentemente aproximadas. Rivas hace las

Estos y otros muchos motivos convidaban a que el Capitán fuera a México a informar personalmente al nuevo Virrey, Marqués de Montes Claros, sobre las necesidades y esperanzas de la misión. Las tribus del río Fuerte estaban ya domeñadas y pedían misioneros; para asegurar las nuevas misiones se necesitaba mover el presidio de Sinaloa más al Norte, abriendo la campiña a la colonización. Partió, pues, Hurdaide con un buen acompañamiento de caciques de los nuevos pueblos. Fué grandemente festejado el capitán en México, concediéndole el Virrey todo lo que pedía: ornamentos, campanas, misioneros y licencia para la fundación de misiones y del presidio. El Arzobispo Fr. García de Mendoza y los Jesuítas agasajaron a los indios de mil maneras. Para las nuevas misiones fueron señalados los PP. Pérez Rivas y Cristóbal de Villalta.

Al volver, se le escaparon al capitán en Zacatecas tres caciques de los Tehuecos y cometieron al pasar por Culiacán tres asesinatos, y llegados a su tierra comenzaron a sembrar la discordia y rebelión entre su gente y se fueron a esconder en la espesura de la sierra.

9. Ultimas revueltas.—Durante la ausencia del capitán, la misión había padecido graves calamidades. Fué la primera una terrible inundación que arrasó las sementeras y los pueblos. En San Felipe, que era el pueblo mejor construído, se cayeron muchas casas y se hundieron los techos con el peso y fuerza de las lluvias. En los pueblos, el P. Méndez estuvo cuatro días en un monte, y de ésos 24 horas sobre un árbol con grave peligro de la vida; el P. Juan B. Velasco, cinco días guarecido en una sacristía, de donde le sacaron a nado sus indios. Entre los Guazaves se arruinaron cuatro iglesias antes de estrenarse.

No fué esto sólo, sino que a la inundación siguió el hambre y por ella la huída y el descontento. Los huídos de Zacatecas por un lado y los desavenidos de Topia por otro, refugiados entre los Sina-

cuentas del gran capitán: 18.000 en 1600, 40.000 en 1604. Hurdaide pone 12.000 en 1603, la Anua de 1604 da 10.000 bautizados. Hurdaide dice que unos 4.000 perecieron en guerras o epidemias. Según el informe que mandó hacer el Gobernador parece debían de ser los bautizados de 10 a 15.000, pues el informe oficial de 1609 señala más de 25.000. Cf. P. M. Dunne: Black Robes, p. 76. Acudieron a saludar a Urdiñola todos los caciques cristianos y los gentiles del río Fuerte, pidiendo más misioneros. Cf. J. Lloyd Mechan: Francisco de Urdiñola. New Spain and the West, p. 56. Los Angeles, 1937.

loas, alborotaron a parte de los Ocoronis y Bacoburitos que quemaron sus iglesias y huyeron al monte.

Llegaron estas nuevas a Hurdaide en Topia y, a pesar de haber tomado purga, al instante emprendió la marcha y a largas jornadas se puso en Sinaloa. Al punto siguió a los Bacoburitos, los venció en varios ataques, redujo a los demás a sus pueblos, hizo reedificar las iglesias y los dejó sosegados y tranquilos.

Siguió luego el alcance a los fugitivos de Zacatecas, ayudado como veremos, de sus propios paisanos Tehuecos y, prendidos, los llevó a ejecutar en el propio lugar donde habían cometido sus crímenes.

No pudo por de pronto perseguir a los fugitivos Ocoronis, que luego se alborotaron con los renegados Babilomo y Lautaro y se fueron a esconder entre los Tepahuis y luego entre los Yaquis, pero dejando para más tarde su castigo, procuró instalar los misioneros en toda la cuenca del río Fuerte, ya definitivamente pacificada y abierta al cristianismo.

10. Conversión de los Ahomes. 1605.—Con la llegada de los PP. Pérez Rivas y Villalta y la ayuda del P. Méndez se pudieron ya establecer las nuevas misiones. El primero se encargó de los Ahomes y Zuaques, el P. Méndez de los Tehuecos y el P. Villalta de los Sinaloas.

Veamos por su orden cada una de estas nuevas misiones.

La tribu de los Ahomes era de dialecto poco diferente del Guazave. Según su tradición, habían venido del Norte en compañía de los Tzoes con quienes mantenían relaciones aunque diferente de lengua. Se dividían en cuatro grupos bien distintos: los *agricultores,* reunidos en el pueblo de Ahome (400 vecinos), gente pacífica, alta, robusta y siempre amiga de los españoles; los *montaraces* Batucaris que vivían de caza y frutas en los montes y que después vinieron a vivir junto a los Ahomes; los *Bacoregues,* pescadores que formaron pueblo aparte cinco leguas de Ahome, aunque después de la inundación también se incorporaron al de Ahome, y en fin en las playas del Norte los fieros y salvajes Comoporis, también pescadores que, más tarde, el P. Vicente del Aguila juntó con los demás

dispersos en el pueblo de San Miguel, donde se levantó una iglesia tan grande como la de Ahome.[37]

Fué recibido el P. Pérez Rivas en Ahome por todo el pueblo en forma de procesión y cantando la doctrina. Admirado de esta novedad, le dijeron que un indio ciego de los Guazaves, después de haber instruído a los suyos, iba de choza en choza por las naciones amigas preparando los ánimos y enseñándoles la doctrina. Introdújole el cacique D. Miguel (que después fué gran cristiano y aun apóstol de su gente) en el jacal que habían preparado para iglesia, donde, después de una breve plática, bautizó cosa de 300 párvulos que habían traído sus madres.

En la segunda visita halló el Padre el material dispuesto para una capilla en forma y, lo que más le gustó, el cacique con su anciano padre D. Pedro y toda su familia preparada para bautizarse. Siguiéronle en breve los demás del pueblo, de suerte que a los dos años se habían regenerado casi todos, en número de 2.000 almas.

Labróse entonces una iglesia grande de adobe en que trabajó todo el pueblo, hombres, mujeres y niños y acabada, encalada y adornada con pinturas, ornamentos y campanas; no se hartaban los indios de admirar cosa tan nueva y extraña en aquellas tierras. Señalaron una sementera común para sufragar los gastos del culto, mientras el Padre cultivaba con gran esmero su escuelita de cantores, músicos y doctrinarios.

Al P. Rivas, que once años atendió esta misión juntamente con la de los Zuaques, sucedió en 1616 el P. Vicente del Aguila que, durante 34 años,[38] le había de dar asiento y fecundidad. Hombre admirable por su observancia religiosa la más escrupulosa, su pureza virginal que resplandecía en su porte y en sus ojos, su penitencia y mal trato personal que, en cierta ocasión se dejó decir que "se había

[37] Véanse las primeras visitas que hizo el P. Rivas a estas tribus: Triunfos, III, 6, 7, 9.

[38] Residió propiamente 25 años, pues fué Superior y Visitador. Estuvo además dos años en S. Luis de La Paz antes de ir a Sinaloa. Véase una carta de él en el n. 16 de este Cap. Véase la emoción que causó en la misión la vista del primer barco español del Capitán Juan de Iturbi. P. Rivas, III, 10.

tratado como un indio", su caridad con los pobres y enfermos y su obediencia y sencillez de niño.

Fué Superior de la misión varios años y cuatro Visitador, y con esto, toda su vida, molestado por escrúpulos que sólo vencía su docilidad a su confesor. Era esmeradísimo en el culto de la Virgen y del SSmo. Sacramento para cuyas festividades se deshacía en adornos, invenciones de carros triunfales y santos regocijos. Compuso Arte, Vocabulario, Doctrina y Sermones en el dialecto de los Ahomes y aún, para los españoles, imprimió una doctrina chica que repartía a profusión. En sus últimos años tenía ya en construcción dos templos de cantera para sustituir a los primeros. Al de Ahome se lo derribó una avenida apenas terminado y fué ésta la cruz más dura de su vida. Sin embargo, se puso de nuevo al trabajo, teniendo la dicha de ser enterrado en él, aunque a medio cubrir el techo. Fué hombre universalmente querido de indios y españoles, falleciendo en grande paz, a 5 de Marzo de 1641.

En 1678 el pueblo de Asunción de Ahome formaba parte del Distrito del Zuaque; su población indígena era de 626 almas, la de San Miguel del Zuaque de 694 y la de San Jerónimo Mochicahui de 550.

11. Conversión de los Zuaques. 1605.—Simultáneamente a la misión de los Ahomes, llevaba a cabo el P. Rivas la conversión de los terribles Zuaques, que tanto habían dado que hacer desde un principio a los misioneros y a los españoles. En su primera visita bautizó en sus tres pueblos 800 párvulos y algunos viejos. La india Luisa y su pariente D. Buenaventura, librado por ella de la matanza, fueron los que más ayudaron a la instrucción y reducción de la tribu. En su principal pueblo de Mochicahui de cosa de mil vecinos, asentado en un hermoso y fértil valle junto al río, se construyó un gran jacal de horcones que sirvió de iglesia, mientras se disponía la construcción de la definitiva.[39]

Cuando los adultos fueron suficientemente preparados, se celebró en los tres pueblos un solemne bautismo. Entre ellos se hallaba el famoso cacique D. Cristóbal Anamei que, tanto el capitán como el Padre, habían acariciado por su mucha influencia y valor y, aunque

[39] Véase la dedicación de la iglesia de Michicahui y de la ermita de la Virgen en Pérez Rivas: Triunfos, III, 12.

hubo alguna dificultad en quedarse con una sola mujer, lo ofreció generosamente.

Tuvo, algún tiempo después, la desgracia de dejarse llevar de su pasión, robando una mujer ajena con gran escándalo del pueblo y temor de algún levantamiento. Pero la prudencia del Padre pudo remediar el mal. Vínole a ver cierto día el cacique a media noche confesando su culpa. El Padre le indicó sería menester dar una satisfacción y le indicó bastaría que él mismo se diera una disciplina en el templo delante de dos fiscales, a lo cual se sujetó el bárbaro con gran edificación de todos.

A su tiempo se construyó la grande y hermosa iglesia que vino a consagrar la conversión y civilización de aquella tribu tan bárbara, que de aquí en adelante fué fiel a su Dios y a su Rey. La inauguración fué fiesta solemnísima a donde acudieron gentes vecinas y gentiles con grande paz, alegría y admiración. Especial gusto causó la afluencia de indios Mayos que vinieron en gran número, 40 leguas de camino, a asistir a las solemnidades y volvieron con alto concepto y deseo de tener Padres en sus tierras. De no menor admiración y consuelo fué la conversión de los muchos hechiceros que tenía la nación, volviéndose apóstoles de la nueva ley que habían recibido.

De unas 2.000 almas se calculaba esta nueva conquista que, años adelante tuvo siempre un misionero fijo al frente de sus dos pueblos, y el año 1645, en que escribía el P. Rivas su historia, se registraban en los libros de bautismos de los Ahomes y de los Zuaques, desde el principio hasta la fecha, 14.000 partidas.[40]

Más difícil fué la conversión de los Tehuecos.

12. Conversión de los Tehuecos. 1605.—Cuatro leguas río arriba del último pueblo de los Zuaques, en una faja de siete leguas de ancho, vivían los Tehuecos, en hermosas llanadas libres de inundaciones y rodeadas de espesas selvas que les daban abundante caza. Constaba la tribu de 5.500 hombres de flecha que defendían celosamente su territorio de las incursiones de sus vecinos.

Desde la fundación de la vieja Carapoa, al Norte de su territorio, habían tenido algún roce con los españoles y habían sido visi-

[40] Véase la relación de la santa muerte, que hace el P. Villanuño, del gran cacique D. Alonso Theicul, bautizado por el P. Rivas: Triunfos, p. 493.

tados ocasionalmente por los misioneros. El año 1595 había trabado el P. Juan B. Velasco amistad con un notable cacique llamado Lanzarote,[41] que le había entregado su hijo para que se educara en la Villa, y años más tarde se bautizó, escogiendo a una sola de sus cuatro mujeres. El fué quien se enfrentó con el asesino Necaveva y lo entregó el año 1598, según vimos.

Desde Ocoroni siguió el P. Méndez fomentando esta amistad, bautizándolo y acariciando a su gente. Venía en las grandes solemnidades a cumplir con sus obligaciones en la Villa y fué siempre el sostén del misionero.

No poco alboroto causaron en el pueblo los tres caciques huídos de Zacatecas. Cuando vino por ellos Hurdaide en 1604, no pudieron menos de condenar unas acciones tan viles, y sabiendo que se habían ido a esconder entre los Tepahues, donde nadie los podía sacar, persuadió el capitán a 500 de ellos a que lo acompañaran, porque donde llegaba el sol había de llegar él. Prendiólos en efecto, como vimos y los ajustició en el lugar donde habían cometido sus asesinatos.

Mas, otra revuelta vino ahora a turbar la región vecina de los Ocoronis, gente casi de su misma lengua y que cultivaba desde mucho tiempo atrás el P. Méndez.

Alborotados por el renegado sinaloa Babilomo y el gentil zuaque Juan Lautaro, que había trabajado en las minas de Topia, se levantaron 400 de ellos, 200 de flecha y arco y se refugiaron en la serranía de los Tepahues, y perseguidos allí, como veremos, entre los Yaquis, que les pusieron la condición vergonzosa de entregarles sus mujeres y mejores preseas.

Muy pocos Ocoronis quedaron fieles en el pueblo. Lo admirable fué que los 16 niños que el P. Méndez tenía en su escuela, resistiendo a las instancias de sus padres, se les escaparon para volver y con él permanecieron todo el tiempo de la revuelta, que fué largo.

Limpia ya la región de los alborotadores, y el Padre Méndez libre de sus Ocoronis, pudo ya entrar, como lo deseaba, entre sus Tehuecos, con guarda, aunque él la rehusaba, de buena escolta de

[41] Id. en Alegre, I, 308, la gran ayuda que prestó a los Padres.

soldados (1605). Halló buena acogida en sus tres pueblos: *Macori,* que más tarde se suprimió por estar sólo dos leguas del Fuerte Montes Claros; *Tehueco,* que vino a ser centro y, más al Sur, *Sirivijoa.*

Bautizó, en su formal entrada con el Capitán, cosa de 700 niños que le venían a ofrecer sus madres, dispuso la doctrina de los adultos y señaló lugar donde habían de construir sus iglesias provisionales, plazas y casas.[42] En poco tiempo más de la mitad de la población se halló en estado de bautizarse y empezaron los nuevos cristianos a llamar la atención por su fervor en acudir a la iglesia y santos sacramentos, procesiones y disciplinas de sangre en la cuaresma.

Como lo había hecho en sus otras misiones de Nío y Ocoroni, el P. Méndez, con la ayuda del inteligente mozo Donato, tradujo en Tehueco la doctrina y aun libros enteros, como el *Flos Sanctorum* de Rivadeneira, para que los jóvenes de su escuela lo pudieran leer a su gente en la iglesia. Puso especial empeño en la educación de los niños y jóvenes que siempre le acompañaban dondequiera para servirle y defenderle.

Halló, sin embargo, gran resistencia y aun odios pertinaces en los muchos hechiceros y polígamos, más inveterados que en ninguna otra nación. Fueron especialmente duros los años 1608 y 1609, en que el capitán se empeñó en sus desgraciadas campañas contra los Yaquis.[43]

Varias veces trataron de forzar la puerta de su casa para matarle, conchavaron a unos remontados de los Tepahues para que vinieran a quemar su casa pajiza de Tehueco, quisieron sacarle con engaño de su casa para matarle en el campo y sólo debió su salvación a unos indios fieles que le ampararon y dieron aviso al capitán.

Este, hechas las paces con los Yaquis el año 1610, se hallaba afortunadamente cerca, ocupado en la construcción de su Fuerte de Montes Claros.

[42] P. Rivas en Triunfos, III, 14, pone la carta del P. Méndez en que describe su triunfal entrada.

[43] Al hacerse la paz en 1610 con los Yaquis, fué cuando entregaron a los cabecillas Babilomo y Lautaro y volvieron las 40 familias Ocoronis entre ellos refugiadas.

Una cosa no podían perdonar los hechiceros al Padre ni al Capitán, y era el haber sabido, por los indios fieles, el lugar donde escondían sus ídolos e ido con un soldado a quebrarlos y enterrarlos secretamente. El mismo Padre confesaba que sólo debía la vida a un milagro, aunque no tenía mayor deseo que el de darla por sus ovejas.[44] Viéndole en tanto peligro los Superiores y ya debilitado por los trabajos, la miseria y su grande edad, tuvieron a bien, el año 1611, sacarle de la misión con gran sentimiento suyo, que sólo endulzaba la promesa de llamarle cuando se emprendiera la conversión de los Mayos que tenía preparada.[45]

Entró a sucederle (si no lo había acompañado algún tiempo antes) el P. Lorenzo Adame en las más críticas circunstancias. Aunque un buen grupo permanecía fiel y cuidaba al Padre, halló la iglesia quemada, partidas de rebeldes corriendo el campo y gran parte del pueblo dispuesta a remontarse a las sierras de sus amigos los Tepahues. Al realizar su peligro el P. Adame, mandó de Macori un aviso al P. Rivas para que le enviara de los Zuaques dos soldados para su resguardo. Con ellos recorría los pueblos para impedir la fuga, pero inútilmente, siéndole preciso retirarse a la Villa, si no quería caer en sus manos. Los pueblos de Macori, Sirivijoa y algunos otros aumentaron pronto el número de los alzados, que se fueron a juntar en la sierra de los Tepahues.

Hurdaide, que había temporizado y ensayado todos los medios de paz, mientras ponía término a la obra del Fuerte de Carapoa, vió que ya había llegado el tiempo de usar la fuerza. (1612).

Dejando bien resguardados el Fuerte y la Villa de Sinaloa, juntó 40 soldados y como 2.000 indios aliados, cristianos y gentiles de los Mayos y Yaquis (aún no convertidos). Estos le pidieron el privilegio de descabellar a los vencidos y de bailar con sus trofeos. Tuvo que consentir en ello, aunque por interés de la humanidad, ofreció un caballo por cada indio o mujer que le trajeran vivos.

Creían los rebeldes que el capitán no se atrevería a meterse con tanta gente entre sus desfiladeros y que con subirse a sus peñascos

[44] Alegre, II, 46. Rivas, III, 18. Anua 1611. Memorias, p. 439 que trae la carta del P. Méndez.

[45] Según esto estuvo el P. Méndez seis años entre los Tehuecos, no siete u ocho como indica el P. Rivas.

podrían tranquilamente esperar hasta que se le consumieran las provisiones que para tal ejército necesitaba. Pero no contaban con los ardides de Hurdaide. Mandó éste por delante 400 reses y dió a entender que estaba dispuesto a pasar allí el invierno y que, entretanto, les destruyeran a los rebeldes todas las sementeras y los graneros. Convidó el capitán al P. Pérez Rivas a que acompañara la expedición. No hubo novedad hasta el pueblo de Conicari, donde sale el río Mayo de la sierra y empieza el cañón del río de Tepahui que viene del Norte. El cacique de Conicari, aliado de los Tepahues, se presentó fingiendo amistad para poder atacar la columna en el desfiladero. Descubrió Hurdaide su mala fe y cogiendo su arma, disparó dos tiros al aire diciéndole que no le quería matar al presente, sino con toda su gente. Corrió asustado el indio y a poco volvió ofreciendo ayuda y rogando sólo no le destruyeran las sementeras.

A los dos días de camino divisaron en un cerro a un grupo de mujeres y detrás de ellas a sus hombres. Eran los Tehuecos, que viendo la determinación del capitán, venían a pedir perdón. Se convino en que los hombres habían de recibir castigo de azotes (el P. Rivas intercedió por las mujeres) y entregar al fuego sus arcos y flechas. De ahí se mandaron a sus casas los 300 fugitivos.

Llegados con dificultad al más estrecho desfiladero, lo hallaron defendido por los Tepahues. Mientras los aliados sostenían la primera embestida, se presentó Hurdaide con sus soldados a tiro de los arcabuces y empezó a derribar a los más atrevidos. Los demás no esperaron su turno y se desbandaron. Persiguiéronlos los aliados. Mataron no pocos, capturaron a muchos (para conseguir el prometido caballo) entre ellos siete de los cabecillas Tehuecos, que fueron pasados por las armas. Pereció allí el que había incendiado la iglesia, pero se trajo al pueblo su caballo para hacer con él un auto de fe. Por la noche hicieron los gentiles un baile y orgía infernal con las cabelleras, que narra horrorizado el P. Rivas.[46] Sólo murió un indio Yaqui que se envenenó con unas espinas de que estaba sembrado el camino.

Por falta de víveres no pudo el capitán detenerse más, pero con esto quedaron bien escarmentados los Tepahues del auxilio que habían prestado a los rebeldes y, a poco de llegado el capitán a la

[46] Triunfos, III, 19. Anua de 1613. Alegre, II, 61.

Villa, se presentaron a solicitar, por medio de los misioneros, el perdón y la paz.

Con esta expedición quedó purgado todo el valle del río Fuerte, de los perversos elementos que impedían el progreso de la misión. El P. Aldame se pudo ya dar al cultivo de sus amados Tehuecos, que eran como unas mil familias, con todo el fervor y éxito que refiere el P. Pérez Rivas en su historia de las misiones.[47] Formóse una cristiandad tan fervorosa que solía decir el Padre: "que ni en Roma había visto tanta piedad en las costumbres, fiestas y Semanas Santas, como celebraban alternativamente en sus dos pueblos de Tehueco y Sirivijoa.

13. Conversión de los Sinaloas. 1605.—Poco más o menos, al mismo tiempo que los Zuaques y Tehuecos (1605), emprendió el P. Cristóbal de Villalta la conquista de los *Sinaloas* (propiamente dichos), tribu que habitaba la parte superior del río donde se fundó el segundo Fuerte de Montes Claros (Carapoa) y contaba como mil familias. S. *José Toro,* su principal pueblo, comenzaba seis leguas arriba del Fuerte y *Concepción Vaca,* cuatro leguas más al Norte en el mismo río.

Como vimos, no habían tenido siempre buena amistad con los españoles, pero a la fecha habían pedido misioneros y el capitán, en su viaje a México, además de la fundación del Fuerte en sus tierras, había alcanzado licencia para su cristianización y traído para misionero al P. Villalta que, en breve, aprendida su lengua en la Villa, les hizo anunciar su intención de pasar a su pueblo.

Viniéronle a buscar con gran acompañamiento y en la primera visita de sus cuatro pueblos, bautizó 500 niños, de los cuales el Señor se llevó luego cinco o seis enfermos. Acudieron los adultos con tanto gusto y puntualidad a la doctrina en sus iglesias pajizas, que al año pudo bautizar 1.830 y en breve lo quedó toda la nación.

Favorecieron mucho esta conversión las buenas cualidades de aquellos indios y sin duda la gran santidad y amabilidad del misionero. Reinaba en los pueblos, donde se había reunido la población de los ranchos, grande paz y armonía: los varones muy dados a sus sementeras de maíz, algodón y otras semillas; las mujeres ciudadosas

[47] Véase: Triunfos, p. 190.

de sus casas, de tejer mantas, hacer esteras y cestos de carrizo; grande obediencia a sus jefes y al misionero; grande afición y gusto en aprender la doctrina, asistir a las funciones de la iglesia, cantar en ella y notable facilidad para entender las enseñanzas cristianas.

Emprendióse luego la fábrica de iglesias duraderas que compitieran con las de los pueblos vecinos; trajeron de México dos retablos, uno de la Anunciación y otro de San Cristóbal que, por la novedad, llamaron mucho la atención. Salieron los indios muy buenos artífices en hacer instrumentos músicos, chirimías, flautas, piezas de altar y otros utensilios. Extendióse entre ellos una especial devoción a María SSma., cuyo rosario rezaban cada sábado, en coros en las iglesias (y aun en el campo, en sus viajes y guerras) y dos decenas cada noche al toque de ánimas. Fueron los primeros en llevar al cuello rosarios y en fabricarlos con lindas cuentas y venderlos entre los indios vecinos. Su devoción al Santísimo Sacramento y a las Animas, por las cuales ofrecían especiales disciplinas de sangre, conmovían profundamente aun a los mismos españoles que por allí pasaban.

Doce años cultivó aquel campo el P. Villalta, teniendo al fin el gusto de bautizar a uno de los más influyentes caciques que, renuente largos años y escondido en el monte, le fué traído por su propio hijo.

Un gran factor, para el establecimiento de esta cristiandad, en la boca y entrada de las tribus bárbaras de Chínipas, fué la alta personalidad del cacique D. Cristóbal que, aun en su gentilidad, fué de mucha capacidad, linda disposición, tan dócil como valiente; y amado y estimado de todos. Convertido a la edad de 26 años, fué confirmado por Hurdaide en su puesto de Gobernador, en que siguió precediendo a todos en piedad, trabajo, amor a los Padres y a los españoles. De él se valió el P. Villalta para establecer amistosas relaciones con las vecinas tribus y aún para penetrar entre los salvajes Chínipas de la sierra.

14. Conversión de los Tzoes y de los Huites.—Con sólo el buen trato y la vista de la felicidad que gozaban los nuevos cristianos Sinaloas, vinieron los *Tzoes* (Choix) a pedir también misioneros. Visitólos el P. Villalta, bautizó sus niños, y les persuadió vinieran a poblar en la banda Sur del río, para que fueran más

fácilmente atendidos. Aunque con alguna dificultad, al fin, con su gran blandura alcanzó el misionero se juntaran en un hermoso sitio unos 500 vecinos y en breve quedaron bautizados 1.500 de ellos.

La mayor parte de la tribu, sin embargo, que quedaba en las sierras, no dejaba de molestar y de servir de escándalo a los reducidos. A principios de 1625, un cacique Tzoe, llamado Jocopillo, alborotó la tierra para deshacerse de las misiones y misioneros; lo siguieron los Apalaches con su capitán Huechuri y los Calimones, que vivían a siete leguas cerca de Vaca, y llegada la luna de Marzo, asaltaron la misión de Vaca, que quemaron y destruyeron. No hallaron, como esperaban, a los PP. Pedro Castini y Julio Pascual, pero en su lugar mataron a ocho jefes cristianos que no se les quisieron juntar, y desafiaron desde allí a los españoles. A un mensajero que les envió Hurdaide lo tostaron y comieron.

Ante tal atrevimiento, salió el Capitán del fuerte de Carapoa con 48 soldados y 500 indios amigos y a los 12 días de camino, halló a los enemigos pertrechados en altísimos peñones. Rodeolos y los sitió durante 30 días, al cabo de los cuales, recibido un refuerzo de agua y de gente, ganó por asalto su refugio. Mató 150 indios, hirió a muchos más e hizo 40 prisioneros de los que ahorcó a veinte (entre ellos el valiente Tacanuri), condenando a los demás a servidumbre. De su gente, perdió a 30 indios, salieron heridos cuatro soldados y el mismo Hurdaide se quebró un brazo.[48]

Hecha la paz, quedó la puerta abierta para la cristianización de los Tubares y Chínipas que se proyectaba. El P. Castini reconstruyó su pueblo de Vaca, mientras el P. Pascual, con su gran caridad y dulzura iba formando la cristiandad de Tzoes. Edificóles una hermosa iglesia, trabajando todos ellos en la obra y trayendo del monte, en hombros, 40 vigas de hermoso cedro para su cubierta.

[48] Puede verse en Bandelier: Historical Documents, II, 43, el Informe de Pedro Coronado, enviado a Durango por Hurdaide para informar sobre esta entrada y II, 148, una carta que escribió el P. Luis Bonifaz, Rector y Visit. de San Felipe, a encargo de Hurdaide, herido en el brazo, 30 Abril 1625. Fué esta la última campaña del valiente capitán, que falleció en Enero o Febrero del año siguiente en su casa de San Felipe, bien preparado para aquel trance con un retiro de ocho días (1626).

Otra de las tribus que, a fuerza de caridad y paciencia amansaron los Sinaloas, fué su vecina de la banda norte del río, *los Huites*, no muy numerosos pero arrinconados en altísimos peñascos de donde salían a robar y matar para comerse la carne de los vencidos.

Su reducción fué lenta y llevada a cabo con actos heroicos de caridad, tanto del Padre Villalta como de los Sinaloas. Habiendo preso éstos a un niño de los Huites, lo dieron al Padre para que lo criase y enseñase el Sinaloa y él aprendiese el Huite. Luego que se entendieron, mandó el Padre al niño, con una comisión de indios fieles, a convidar de paz a los Huites. Aceptaron algunos indios Sinaloas la peligrosa misión y quiso Dios que, con dádivas y promesas, fuesen bien recibidos y aun consintieron a enviar al Padre algunos de sus niños para aprender la lengua y la doctrina y volver después a ser sus maestros.

Fueron luego viniendo varios Huites a visitar a sus hijos y al verlos tratados con tanto amor y cariño, se animaron a mandar otros y aun acudieron, saliendo de sus peñas, como 300 personas a ver las maravillas del pueblo cristiano. Hiciéronles gran fiesta los Sinaloas, quitando aun las golillas de sus hijos para adornar a sus huéspedes. Bautizó luego el Padre a sus niños y, al ser instruídos, como la mitad de sus adultos. Continuaron las visitas y conversiones algunos años, por no resolverse sus Jefes a abandonar sus picachos.

Al fin, penetró el Padre, con gran trabajo, en sus tierras y, al aviso de su venida, acudieron gran número, no sólo de Huites, sino de caciques vecinos que fueron grandemente agasajados por la comitiva del misionero. Bautizó niños y algunos ancianos y les exhortó a que se juntaran en un hermoso lugar que les había buscado. Añadió a esto el rescate de varios esclavos Huites que les habían cogido los Chínipas. Aceptaron muchos la proposición del Padre y vinieron a limpiar el lugar y abrir camino hasta el pueblo de Vaca, de los Sinaloas, trasladándose desde luego allí los ya bautizados, que vivían entre cristianos, y tomando el nuevo pueblo el nombre de Santiago de los Huites que hasta hoy conserva.

Para acabar de ganar a los rehacios tomó el Padre otra providencia, no menos eficaz, y fué persuadir al cacique D. Cristóbal, que había enviudado, a que tomase por esposa a una de las Huites que habían rescatado y con ella y buen acompañamiento fuese a

visitar y regalar a los Huites y naciones vecinas, convidándolos a recibir la religión de los cristianos.

Esta expedición llenó de regocijo toda la nación de los Huites y sus jefes se ofrecieron a acompañarlo a las tribus confederadas de los Guazaparis, Chínipas, Híos, Temoris y otras de la sierra. Trajo a la vuelta D. Cristóbal diez o doce caciques, llevándolos en triunfo por los pueblos cristianos hasta la Villa de San Felipe, donde los Padres y el Capitán los regalaron con fiestas y cabalgatas de caballos, que nunca habían visto.[49] Volvieron los caciques cargados de dones, con costales de sal que apreciaban mucho y potros para los jefes, resueltos a pedir misioneros para gozar de las ventajas de la vida cristiana.

Con estos favores, pronto quedaron todos los Huites congregados en un bonito pueblo de unos 300 vecinos, en donde perseveraron en vida tan cristiana y fervorosa como los Sinaloas. Construyóles el Padre una hermosa iglesia y solía decir, dando gracias a Dios, que "aquella nación tan fiera, por obra de la gracia, se había trocado en los cristianos más hábiles y dóciles de cuantos había doctrinado".

15. Conversión de los Bacoburitos, Chicoratos y Yecoratos.—Todas estas tribus serranas hablaban dialectos parecidos a los de los indios de Culiacán, llamados Tahue, Horaba o Comanito, afines al Cahita de Sinaloa. Habían tenido alguna comunicación con los españoles, que recorrían sus tierras en busca de minas y no pocos eran cristianos que habían huído del mal trato que les daban en el Sur. Divididos en muchas pequeñas tribus, ocupaban toda la falda de la sierra hasta confinar con los Tepehuanes al Este y los Acaxees al Sureste. Eran más pequeños de cuerpo y mucho más rudos, pobres y miserables que los de los llanos; pero muy ágiles para subir por los riscos y tirar flechas de pedernal, y sus mujeres en llevar cargas colgadas de la cabeza. Eran muy inquietos y turbaban a los cristianos vecinos, y poco amigos de los españoles.

Desde un principio, empezaron los Padres a tratar con los Tahues de los contornos de Mocorito, cuyo cura no entendía la lengua.

[49] Era precisamente la Pascua de 1620. Véase la cristiana muerte de D. Cristóbal, en brazos del P. Castini. P. Rivas: Triunfos, III, p. 30.

Fuélos a visitar en 1594 el P. Santarén, penetrando hasta los *Bacoburitos* y *Bacapas* (Huapacas). Fué sin embargo esta visita muy pasajera, pues, a los pocos meses, la enfermedad obligó al Padre a retirarse a Culiacán. Desde Mocorito, donde murió, siguió el P. Velasco atendiendo especialmente a los Bacoburitos.

Rebeláronse gran parte de ellos por el año 1604 por razón de ciertas injusticias, que con ellos se cometieron y tuvo que irlos a sujetar el Capitán a su vuelta de México, teniendo con ellos refriegas no poco peligrosas; pero, al fin, hubo a las manos los más culpables y los ahorcó; convidó a los demás para que se juntaran con los que habían quedado fieles y mandó reedificar la iglesia que habían quemado. Desde esa fecha se fueron, poco a poco, doctrinando a ejemplo de los fervorosos cristianos de Mocorito.

Más larga fué la lucha con los serranos de las vertientes de los ríos Petatlán (Sinaloa) y Ocoroni.

A catorce leguas de la Villa de San Felipe empezaba la sierra, encajonándose el río Petatlán entre las barrancas. En la parte inferior vivían los *Siaras* (no identificados), *Cahuametos* y *Hogueras;* en la parte media los *Chicoratos* y más al Norte los *Yecoratos,* con sus pueblos de Sumupa y Cacalotlán (antigua Comanito) río abajo y Bacayapa río arriba, del Ocoroni; y en el extremo Sureste (colindando con los Tepehuanes y Acaxees) los *Bacapas* y *Tecuchuapas,* de que hablamos al tratar de la misión de los Acaxees.

Desde un principio tuvieron algunas relaciones los Padres de la Villa con las tribus inferiores más próximas a ella. Algunos de ellos habían sido bautizados en las poblaciones de minas o estancias de españoles donde habían trabajado, otros venían a comerciar y curiosear en los pueblos cristianos cuyas comodidades envidiaban. Por el año de 1595 los convidó el P. Martín Pérez a que se doctrinasen y por entonces debió de ser cuando se empezó, con reducidos de diversas partes, el pueblo de Cacalotlán, al pie de la sierra.[50]

Por el año de 1606 recorrió el P. Santarén desde Tecuchuapa, preparando el camino a la fe, toda la falda de la sierra desde los Bacayapas del Norte, los Chicoratos, Bacoburitos y Bacapas.

[50] Véase el n. 4.

No tuvieron sin embargo asiento formal estos serranos hasta el año de 1606 en que el Capitán penetró a sus sierras para apaciguar unos alborotos y, con buenas razones, les persuadió a que se redujeran a pueblos para cristianarse. Señaló a los Cahuametos un lugar para pueblo, les compró tierras de los cristianos, mandóles bestias para trasladar sus haberes, les ayudó a fabricar sus casas y les dió semillas y árboles frutales, mandando quemar sus guaridas entre los montes.

Preparado ya el terreno, entró el año 1607 el P. Pedro Velasco a encargarse de los tres pueblos nuevos, estrenándose con el bautismo de 110 párvulos Hogueras, 97 Cahuametos y 350 Chicoratos, que fué cultivando hasta el año 1611 en que, bautizados los caciques y 6,000 almas no quedó ya en estos pueblos gentil alguno.

Para atender a tanta gente y pasar adelante en los pueblos que lo pedían le fué aquel año enviado por compañero el P. Juan Calvo, que lo acompañó hasta el año 1620 en que dicho Padre fué llamado a México. Con este auxilio se repartió el trabajo, encargándose el P. Calvo de los Cahuametos y más al Norte de los Yecoratos que, según veremos, hacía tiempo pedían misioneros. El P. Velasco continuó con sus Chicoratos y sus visitas del Sureste: S. Ignacio Chicuri, Hogueras, Bacoburitos y aun Bacapas.[51]

Fué su cabecera Chicorato un centro de mucha piedad y cristiandad bajo la dirección de los dos ejemplares caciques Luis Tutuqui y Pedro Yotoca. Estas conquistas no fueron sin dificultades en los 24 años que formó estos pueblos. Halló gran dificultad en cortarles las cabelleras en señal de bautismo y en enterrar los muertos a la manera de los cristianos. El fué quien introdujo la devoción a las ánimas y el saludarse con los dulcísimos nombres de Jesús y María. No menor fué la de sacarlos de sus guaridas al principio y cuando se remontaban y el largo trabajo de suavizar sus bárbaras costumbres.

Corrió en paz la misión hasta el año de 1613 en que hubo riña en un juego de pelota a que habían acudido gran número

[51] El P. Faria dice que el P. Velasco evangelizó los Bacayopas (visita de Yecorato), Orinaratos (?), Chicuris (S. Ignacio), Chicoratos, Hogueras, Huacapas (Bacapas) y Gozopas (?). Las lenguas que aprendió fueron el Cahuameto, Hoguera y Chicorato y tal vez el Yecorato, no las que le atribuye Beristain.

de gentiles. En la disputa los Cahuametos con su jefe Barocopa, que siempre habían tenido rivalidad con sus vecinos los Chicoratos, resolvieron huir del pueblo y vengarse de sus contrarios. Así lo hicieron y luego mataron a dos Chicoratos del pueblo de S. Ignacio (Chicuri) y juntos con otros paganos vinieron a querer matar al P. Velasco en Chicorato. Se lo impidieron algunos gentiles que le debían favores al Padre, pero se desquitaron matando a dos cristianos que hallaron pescando en el río, y se llevaron sus cabelleras, quemaron dos iglesias y muchas casas y robaron los graneros, procurando engrosar sus filas con los descontentos o por el temor.

Los Chicoratos corrieron a las armas para vengar la muerte de los suyos. Fué menester pedir al Capitán seis soldados y 50 flecheros con los que los Padres recorrieron los pueblos para apaciguarlos. Disimuláronse los rebeldes sin rendirse, y la vida de los Padres estaba en continuo peligro.

"Estaba cierta noche poco después de la oración, escribe el P. Calvo,[52] rezando mi rosario en una enramada en la puerta de mi aposento, cuando, de repente, sin haber precedido causa alguna, me sobrevino un temor grande que me hizo temblar todo el cuerpo y me obligó a entrar en el aposento, y, apenas me hube puesto de rodillas para acabarlo de rezar, cuando tiraron un flechazo a un muchacho mío que salió por agua, al mismo puesto donde había yo estado, librándome el Señor, a lo que puedo entender, por la intercesión de su Ssma. Madre"...

La inquietud reinaba por toda la sierra fomentada del otro lado por los Tepehuanes. Apalearon los bandidos a tres cristianos del P. Diego de Acevedo que vivía en Tecuchiapa. No pudiendo tener protección de Topia, Hurdaide tuvo que acudir y dejar allí un resguardo de siete soldados. No sabiendo que hacer, se les ocurrió a los Padres llamar a su auxilio al P. Santarén que conservaba gran autoridad con estos indios. Vino, recorrió los pueblos con Hurdaide, todo pareció arreglarse, 500 rebeldes ofrecieron reducirse al pueblo de S. Ignacio Chicuri, pero por el otoño de 1616 ocurrió el levantamiento de los Tepehuanes y sus emisarios pasaron la sierra en busca de aliados, y los hallaron en la banda de Cahuametos que dirigía Barocopa.

[52] Alegre, II, 62. Dunne, p. 157, cita otros autores.

Traían los Tepehuanes una camisa manchada con la sangre de los Padres muertos y otras prendas de su triunfo. Arengaron al pueblo de S. Ignacio Chicuri y pasaron a Chicorato con la intención de matar a los Padres. Estando el P. Velasco en la iglesia, se presentaron de repente en el pueblo. Por fortuna los vió venir un muchacho que estaba en la torre y dió aviso. Apenas tuvieron los hombres con sus caciques Luis y Pedro tiempo de ir a tomar sus armas. El Padre estuvo a punto de perecer de una flecha.

Por fortuna pudieron acudir algunos soldados y con sus armas de fuego sembraron el terror entre los enemigos. Se los persiguió hasta Tecuchiapa donde se ahorcaron dos de los principales que se pudieron coger. Dejó allí Hurdaide seis soldados y 70 aliados que, en estos días de angustia, fueron como el puesto avanzado de resguardo de las misiones de Sinaloa contra las infiltraciones de los Tepehuanes. La inseguridad de los montes sirvió para que más de 300 gentiles pidieran reducirse a lugar seguro, agregándose a los pueblos de S. Lorenzo Hoguera y Sta. María Tecuchiapa.

En estas delicadas circunstancias llegó de México una carta que llamaba al P. Velasco a la capital. Pudo detener por unos cuatro años el golpe con una hermosísima carta que merece citarse.

"Yo, mi Padre Provincial, me siento muy tierno y aficionado a este ministerio e inclinado a estos pobrecitos y averso de mi parte al de las ciudades. Permítame proponerle la mucha gloria de Dios que por ventura se impedirá con mi mudanza, porque estos años se deben de haber bautizado 1,900 almas, de las cuales más de 300 han muerto recién bautizadas, de lo que me parece se habrá seguido más gloria del Señor, que si hubiera gastado este tiempo en leer Artes, cosa que otros muchos pueden hacer mejor que yo.

"Ahora faltan que bautizar y bajar de sus picachos muchos y por educar a los bautizados aún tan tiernos, siendo yo su primer padre. Los pueblos son cuatro, las lenguas tres *omnino* diversas. Yo en estos tres años he salido bien con una, medianamente con otra y empiezo la tercera . . . ¿Y le parece bien deje abandonadas 1,600 almas bautizadas para ocuparme con 30 estudiantes? ¿Trocar el libro de Jesucristo con el de Aristóteles? Finalmente ir entre parientes (el Virrey que lo había pedido) sólo puede servir de menos quietud y el Sr. Virrey, como tan piadoso y prudente, fío que gustara

que yo me quede por acá y, si alguna merced quiere hacerme, sea enviar alguna limosna para ornamentos de la iglesia, que ahora acabo de hacer y está tan pobre que hasta el misal y sobrepelliz es prestada"...

La última tribu salvaje, que quedaba en este rincón de la sierra, era la de los *Yecoratos,* que vivían en las fuentes del río Ocoroni. Confinaban al Sur con los Chicoratos y Cahuameto, al Oeste con los de la Villa, y al Norte con los Sinaloas y los Tzoes, y al Oeste con los Tubares, aún gentiles.

Desde el año de 1597 había empezado el P. Martín Pérez a convidar a estos indios a que se congregasen en pueblos para poder gozar de las ventajas que veían en los pueblos cristianos.

"Vinieron a mi presencia, dice el citado Padre, 38 adultos con 19 hijuelos, que no parecían sino venaditos monteses, según huían y se escondían por no verme. Habléles con cariño, diciéndoles cuánto les importaba mirar por sus almas y las de sus hijos, teniendo tan cerca el remedio. Al punto resolvieron quedarse en el pueblo para bautizarse. Regeneré luego a los niños y a su tiempo los adultos, casándolos *in facie Ecclesiae*, en lo que los de la Villa les hicieron gran fiesta. Poco después bajaron de la sierra otros 30, que también se bautizaron y cada día van bajando nuevos serranos, movidos del buen ejemplo y de las mejoras que ven en los cuerpos y almas de sus vecinos". Establecióronse algunos en los pueblos de Cacalotlán y Sumupa, donde se podían más fácilmente atender, mientras se podía poner misionero en Yecorato y Bacayapa, que no fué sino el año de 1611 en que empezó a visitarlos y a edificar sus iglesias el P. Juan Calvo.

A este gran misionero se debieron también las primeras iniciativas, aunque se malograron después, de la conversión de los *Tubares,* que vivían del otro lado de la sierra al Este. Visitólos con motivo de una epidemia el año 1617 y bautizó a algunos de los moribundos. Quedáronle muy encariñados y siempre que bajaban de su sierra, dos días de camino, a comprar sal y vender mantas de que tenían abundancia, le rogaban pasara a vivir entre ellos. Aprovechaba esta amistad el Padre para prevenirles no dieran armas ni auxilios a los Tepehuanes que los querían seducir.

"Después que el Señor se ha servido, escribe el Padre, sosegar esta serranía, han bajado al pueblo de nuestros cristianos más a menudo, dando siempre mayores muestras de querer bautizarse y ser cristianos, y aún han ido al Fuerte de Montes Claros a pedirle al capitán Hurdaide Padres que los enseñasen.

"En este año de 1620 por el mes de Enero bajaron 40 indios de los principales y llegando al pueblo de Yecorato donde yo estaba, comenzaron a decirme que estaba su corazón muy triste y desolado, por ver que otras naciones que están lejos tienen ya Padres e iglesias y ellos que están más cerca no los tienen, y así que fuese luego a bautizarles.

"Lastimóme el corazón y viendo que yo no lo podía remediar, los mandé a la Villa a que hablaran a los Padres y al capitán. Volvieron con muchos regalos y esperanzas, y yo mandé con ellos a un indio fiel, para que recorriera sus ranchos y viera cuántos eran los que eso pedían. Trajo en un papel señaladas con rayas 1,120 familias y dice faltaban muchos más, por no haber podido andar por todos los caseríos.

"Mandaron además cuatro muchachos para que yo los instruyera y andan muy contentos en el pueblo de Yecorato. Dicen que se pueden todos reducir a tres o cuatro puestos buenos y de buenas tierras en distancia de un día de camino. Tienen estos indios dos lenguas totalmente distintas, una antigua y otra como la de este partido que entienden muy bien" [53] . . .

Tales son las primeras noticias de la conversión de los Tubares de que hablaremos en la misión de Chínipas, y las últimas de la de Yecorato y su visita Bayacopa, que un siglo después había ya desaparecido del mapa de nuestras misiones.[54]

16. Visitas episcopales.—La primera visita de Prelado que conocemos por nuestras misiones de Sinaloa, fué la del Illmo. Sr. D. Alonso de la Mota que el año de 1600 anduvo por la sierra de

[53] Algunos opinan que los Tubares eran de extracción Jova-Tarahumar. Geográficamente estaban más cercanos los Tubares de los Tzoes o de los Huites, que de Yecorato, pero tal vez la comunicación les era más fácil por los montes.

[54] No sabemos cuánto tiempo estuvo en la sierra este gran misionero. En 1625 aún estaba al frente de 922 indios. Murió en Guadalajara a 27 de Septiembre de 1658.

Topia y dejó arregladas con el P. Santarén las misiones de los Acaxees. No creemos haya en esta ocasión llegado hasta Sinaloa, pero sí en su segunda venida a la pacificación de los indios cuatro años después. El mismo cita en su *Descripción Geográfica* de su arzobispado las misiones de Careatapa entre los Acaxees a cargo de la Compañía y especialmente su visita a la Villa de San Felipe.[55]

"Es tierra, dice, de temple muy caliente, de gente mucho más crecida y blanca que las demás. La Villa es cabecera de los pueblos siguientes: Baboría, Matapán, Cubiri, Guazave, Nío, Chiguire (?), Ahome, Ocoroni, Tehuecos, Mocorito, Bacoburito, Chicorato, sin otros muchos pueblos marítimos, que en los unos y en los otros habrá de cuatro a cinco mil bautizados de todas edades, poblados y pacíficos". No ha llegado a nuestro conocimiento la relación de los festejos que sin duda le hicieron los nuevos cristianos ni el número de confirmaciones que administraría.

La segunda visita fué del Illmo. D. Juan del Valle el año de 1611 cuando ya estaban planteadas todas las misiones del río Fuerte y pacificada la tierra hasta el Yaqui inclusive. Fué el P. Martín Pérez a encontrarle hasta Culiacán. Hurdaide con sus soldados e innumerables indios, aun gentiles, con todos sus arreos salieron a su encuentro varias leguas y lo introdujeron en triunfo a S. Felipe. Asistido de los Padres, del P. Juan Gallegos que venía con él y del capitán y soldados, durante cinco días confirmó más de 8,000 indios, muchos tan pobres que los tenían que cubrir para presentárselos. En la carta que el obispo escribió a su vuelta al Prov. Rodrigo de Cabredo, puede verse el consuelo de su alma y la gratitud que conservaba por los trabajos de los Padres en aquellas apartadas misiones.[56]

[55] Descripción Geográfica de los Reinos de Nueva Galicia, N. Vizcaya y N. León, por el Ilmo. D. Alonso de la Mota, p. 108, México, 1940.

[56] Pueden verse estos documentos y cartas en Rivas: Triunfos, III, 16; Alegre, II, 53. Memorias, p. 449. Debe ser después de esta visita (no en 1613) cuando escribió dicho Prelado la interesante carta al Rey Felipe III, en que alaba los trabajos de los misioneros y pide el envío de otros: "Plugiese a Dios, dice, que todas las doctrinas de indios estuviesen tan bien administradas y servidas como estas misiones, que si fuesen bien ayudadas y socorridas, es mejor modo de ganar almas y dilatar la cristiandad que por conquistas ni entradas". Sevilla, Arch. de Indias, 67-1-34. (Astrain, IV, 446). Igual recomendación había hecho el Virrey Luis de Velasco a Felipe III, 24 Mayo 1609 (Astrain, IV, 445).

No de menor consuelo fué para la misión la visita del primer obispo de Durango, Ilmo. Fr. Gonzalo de Hermosilla el año de 1630, cuando ya las misiones se extendían por toda la costa hasta las regiones más apartadas de Sonora. En la tarea sucumbió el santo Prelado, siendo enterrado el 28 de Enero de 1631 en nuestra primitiva iglesia de la Villa de San Felipe.[57]

17. Virtudes de los misioneros.—A los 30 años de la llegada de los Jesuítas, puede decirse que estaba ya conquistado para Cristo todo el territorio de los tres ríos: el Mocorito, el Petatlán con su afluente el Ocoroni y el Fuerte hasta la tierra de los Huites en que entra en la sierra de los Chínipas. A éstos ya había empezado a catequizarlos desde 1613 el P. Castini, pero no se fundó la misión hasta el año de 1627 en que se estableció entre ellos el P. Pascual. En cambio el avance al Norte por la costa había sido continuo: en 1613 el P. Méndez abría las puertas del Mayo, en 1617 los PP. Pérez Rivas y Tomás Basilio penetraban al Yaqui.

En 1621, según veremos, fué necesario dividir la misión, fundando el Partido del Norte llamado de San Ignacio bajo la dirección del P. Cristóbal Villalta.

A la fecha los convertidos a la fe eran 83,340, repartidos en 50 pueblos, abarcando el nuevo distrito 21,000 Mayos, 30,000 Yaquis, 9,000 Nebomes, con 27 sacerdotes, 16 de ellos en el distrito Sur y 4 Hermanos Coadjutores.

Ante un éxito tan sorprendente justo es nos detengamos un poco a considerar la calidad de los obreros que en tal viña trabajaron.

"Estas naciones, escribía el P. Vicente del Aguila, son indómitas como potros cerreros y cimarrones. Si los de la primitiva Iglesia peleaban con la sabiduría del mundo, aquí se pelea con la ignorancia, en lo cual por ventura hay más dificultad. Por aquí se echará de ver lo que los Padres trabajaban con gente tan bárbara, tan ruda, tan ingrata y desleal, en tierras tan calurosas, tan pobres y faltas de regalos ordinarios; el pan, vino, carne, frutas de que abundan otras tierras se ven por acá por jubileo. Aunque uno caiga enfermo, no hay médico, ni medicinas, sino la misericordia de Dios. . . Aprende

[57] En esta visita confirmó más de 12,000 almas, según veremos en el n. 19.

cada uno de los misioneros dos o tres lenguas, teniendo también cada cual, en cuatro, cinco o más pueblos, que administrar los oficios que están repartidos en una casa entre muchos, abrazando lo espiritual y lo temporal de que se pudieron descargar los Apóstoles, y nosotros, no; asistiendo a las fábricas de las iglesias y casas (y sementeras) que en cada pueblo son menester por ser la tierra bárbara y nueva".[58]

En cuanto a las virtudes de aquellos primeros misioneros, nadie las pinta mejor que el P. Miguel Godínez, el autor de la *Práctica de Teología Mística*.[59]

"Muchos años, dice, me ocupó la obediencia en este ministerio de la conversión de los gentiles, en una provincia llamada Sinaloa. Siendo la tierra sumamente caliente, caminaban los misioneros a todas horas del día y de la noche, acompañados de bárbaros desnudos, rodeados de fieras, durmiendo en despoblados. La tierra, las más veces, sirve de cama, la sombra de un árbol de casa, la comida un poco de maíz tostado o cocido, la bebida el agua del arroyo que se topa, los vestidos eran rotos, bastos y remendados. Pan, carnero, frutas y conservas jamás se veían sino en los libros escritos. La vida siempre vendida entre hechiceros que, con pacto que tenían con el demonio, nos hacían cruda guerra.

"A dos religiosos, compañeros míos, flecharon e hirieron, y yo dos veces escapé por los montes, aunque mataron a un mozo mío. Andaban aquellos primeros Padres rotos, despedazados, hambrientos, tristes, cansados, perseguidos, pasando a nado los ríos más crecidos, a pie montes bien ásperos y encumbrados, por los bosques, valles, brezos, riscos y quebradas, faltando muchas veces lo necesario para la vida humana, cargados de achaques, sin médicos, medicinas, regalos ni amigos y, con todos estos trabajos, se servía muy bien a Dios y se convertían muchos gentiles.

"Cuando nos juntábamos, una vez al año, en la cabecera, donde estaba el Superior, para darle cuenta del número de los bautizados y sucesos más notables que nos acontecían, ningún año en mi tiempo bajaba el número de los bautizados de 5,000 y algunos años subió a 10,000 y en el año de 1624 quedaban en toda la provincia

[58] Astrain. V, 327. Mexicana Varia n. 10.
[59] Véase Libro III c. 7 de esta obra.

bautizados arriba de 82,000 y después pasaron de 120,000. Verdad que después entraron unas pestilencias que mataban millares de ellos y nosotros trabajábamos sumamente con los apestados.

"Conocí a algunos misioneros de éstos a quienes comunicó Dios altísimo grado de contemplación infusa, y cogían después en su rincón lo que habían sembrado con tantas fatigas en aquellas misiones. A uno de ellos conocí que estuvo tres días en un éxtasis; a otros que andaban cuatro y seis horas gozando favores celestiales en una altísima contemplación; pero éstos son pocos y soldados veteranos, porque lo muy bueno, siempre es muy poco".

Oigamos ahora lo que escribe al R. P. General el P. Martín Peláez después de una visita y junta que tuvo en Durango.

"Sentí, dice, grandísimo consuelo de ver a todos aquellos Padres en quienes se me representó muy vivamente el espíritu de los primeros de nuestra religión, porque verdaderamente son vivos imitadores de ellos en la pobreza y desprecio de sí mismos, en los trabajos que padecen y en el celo por la salud de todas aquellas naciones de gentes bárbaras, en cuya enseñanza andan ocupados. Son hombres deshechos de todas las comodidades humanas y que sólo buscan la mayor gloria de Dios y bien de aquellas almas".[60]

No es diferente la primera impresión que tuvo el P. Lorenzo Adame al llegar a Sinaloa.

"Ha sido Dios servido, escribe al Visitador, que llegase con salud a estas misiones, donde no creyera cuantas letras tiene la Compañía, juntas con tan aventajada santidad. Visto he, Padre mío, (al pasar por Tepehuanes, Topia y Sinaloa) a unos santos viejos muy decaídos de todo lo de este mundo, muy aficionados al trabajo y al padecer, de una suma pobreza que le quebraría a V. R. el corazón de verlos tan rotos, tan descalzos y tan necesitados de todo, como andan *errantes in melotis, in pellibus caprinis, quibus non est dig-*

[60] Para conocer la observancia y espíritu religioso de estos misioneros, hay que leer las 16 Ordenaciones o Constituciones de las misiones que, después de consultar con ellos, dejó establecidas el Visitador P. Rodrigo de Cabredo en 1609 y las trae el P. Rivas en *Triunfos,* p. 448. Andando el tiempo se formó todo un Código de sucesivas Ordenes de Provinciales y Visitadores cuya copia conservaba cada misión. Tenemos varias en nuestro archivo de Ysleta.

nus mundus. Gloria a Dios que, en medio de las soledades y aflicciones, sabe darles tanto gozo y consuelo. He hallado un buen atajo para la perfección, que no querría perder la ocasión presente por mi poca virtud. Dígolo, porque estos días pasados hubo noticia que estos indios del partido de Sinaloa quisieron quitar la vida al P. Cristóbal de Villalta, que me ha caído a mí por compañero en seis pueblos que tenemos a nuestro cargo, 22 leguas de la Villa y todos llenos de gente feroz y belicosa. ¡Ojalá fuera mi Dios servido que no fuesen solas amenazas, sino que llegásemos a derramar la sangre por Jesucristo"!

18. Muerte de los primeros misioneros.—El primero que falleció en su puesto de Mocorito que había ocupado 18 años, fué el P. Juan B. Velasco. En el verano de 1613, llamado a una junta en la Villa, acudió a la voz de la obediencia, aunque se sentía muy fatigado. En las 30 leguas de vuelta se sintió grave y se vió que iba a morir. Acudieron a su lecho sus indios y los exhortó cariñosamente a cumplir lo que les había enseñado para volverse a ver en el cielo. La pobre ropa de cama, que había traído en México era la misma en que yacía. Poco antes de morir, dijo confidencialmente a un compañero suyo, que no se acordaba haber dicho una mentira desde que tenía uso de razón, se hincó para recibir el Viático y, al darle la Extrema Unción, rodeado de todos los misioneros, al llegar a aquellas palabras: *Quidquid deliquisti per ardorem libidinis,* "Gracias a Dios, dijo levantando los ojos al cielo, que en esta materia desde que nací no he cometido cosa grave". Sin embargo de esta pureza, preguntó temeroso en cierta ocasión: "¿Y si me muero de esta enfermedad, me salvaré?" Respondiéndosele que no se podía esperar menos de la divina misericordia, dijo con semblante apacible y risueño: "Pues, si esto es así, muramos contentos y vamos a ver a Dios". Con esta firme esperanza partió de esta vida el 29 de Julio de 1613. Vino Hurdaide con sus soldados a traer el cuerpo del que había sido su fiel confidente y se juntaron once Padres para sus exequias en San Felipe.[61]

[61] Fundóse la misión de Mocorito a mediados de 1594 por los PP. Velasco y Santarén (que pasó hasta Bacaburito, aprendió el Tahue pero a los pocos meses enfermó y tuvo que ir a curarse a Culiacán). En 1595 vemos a Velasco trabajar entre los Tehuecos y en 1605 de visita entre los Mayos (tal vez en las épocas en que fué superior de la Villa). En 1636 murió también en Mocorito el P. Gaspar Varela,

Poseía con perfección las dos principales lenguas de su distrito (el Cahita y el Mediotague o Tahue) y las había reducido a Arte para el uso de los recién llegados.[62]

El P. *Martín Pérez,* que vino primero con el P. Tapia, le sobrevivió aún 13 años. Alcanzó ver la conquista del Mayo por el P. Pedro Méndez, la de los Yaquis por el P. Rivas y la entrada a los Chínipas por el P. Castini en 1621. Después de 26 años de vida activa, probóle Dios con otros diez de una enfermedad, que no le daba lugar ni aun para levantarse de una silla sin socorro ajeno. Por tan largo tiempo vacó enteramente a Dios en lección espiritual, en oración, en continuas jaculatorias, en pobreza y paciencia con edificación de todos sus compañeros. Algunos ratos empleó en redactar con exacta cronología los principios de aquellas misiones, cuyos preciosos manuscritos utilizó el P. Alegre.[63] Murió el 25 de Abril 1626, el propio año en que había ido a recibir su premio el benemérito capi-

quien después de haber trabajado como su hermano Juan entre los Mayos, fué Rector de Zacatecas e hizo tantas instancias que se le concedió venir a morir en su amada misión. (Alegre. II, 202). En 1752, al pasar por Mocorito camino de California el P. Jacobo Baegert, dice que estaban techando la iglesia con vigas de cedro y que era la primera iglesia de cal y canto que había visto en el camino desde Tepic.

[62] La Anua de 1604 dice que el P. Juan B. Velasco, después de acabar una gramática Sinaloa (Cahita)estaba escribiendo otra en Mediotague (Tahue). Debe, pues, ser falso lo de Beristain que atribuye esta obra al P. Pedro Velasco, que sólo vino en 1606, aunque aprendió las tres lenguas de su distrito que eran el Chicorato, Cahuameto y Hoguera. Ni debe ser cierto lo que dice Buelna que este Arte se escribió, ayudado con los manuscritos de los PP. Otón y Cárdenas, aún más posteriores. Tal vez el Arte que se imprimió en México en 1737 y reeditado en 1890 se debía a la colaboración de varios de estos autores. El catecismo que sigue el Arte es del P. Tomás Basilio que entró a los Yaquis por 1617. Sabido es que el Tahue, Sinaloa, Mayo y Yaqui pertenecían a la familia lingüística Cahita que se extendía por los cuatro ríos. Véase: Distribution of aboriginal tribes and languages in Northwestern México, by Carl Sauer, Berkeley, Calif. 1934. Existe también un *Manual* para la administración de los Sacramentos en lengua Cahita, con un apéndice en el mismo idioma sobre el *Método de hacer una buena confesión,* por el P. Diego González, sevillano, que fué misionero entre estos indios muchos años. Impr. en México, 1740. En el Sur o parte inferior del río Piaxtla, donde se hablaba un dialecto mexicano, hallamos un manuscrito del tapatío P. Nicolás Mercado, 1682, titulado: *Arte de la lengua mexicana,* según el dialecto que usan los indios de la costa de Sinaloa.

[63] Así describe Alegre este precioso manuscrito: "Algunos ratos empleó en escribir, por el orden de los años, los sucesos de aquella misión, desde el de 1590 hasta el de 1620, todo de su mano, fragmentos preciosos, de que hemos procurado

tán Diego Martínez de Hurdaide su íntimo amigo y cooperador en las misiones.

Grata memoria dejaron también en esta misión, tres de sus primeros HH. Coadjutores: el citado *Francisco de Castro* que durante 34 años llevó los más arduos trabajos de los principios (muerto a 14 de Abril 1627); el *H. Martín Ugarte* que falleció en 1624, después de 20 años de misión; y el *H. Juan de Escobar,* soldado de Flandes que pasó 34 años en Sinaloa y de quien se dice que todo el tiempo que le sobraba de su oficio lo pasaba en la iglesia sin admitir paseo alguno. (Murió a 1 de Abril 1643).

Otros, por sus relevantes prendas, fueron destinados al gobierno de casas importantes y aun de la Provincia, donde propagaron maravillosamente el espíritu apostólico, contándose nada menos, del año 1632 al de 1649, cinco Provinciales. Citemos al *P. Cristóbal de Villalta* que murió en 1623 camino de Guatemala de donde había sido nombrado Rector; al P. *Pérez Rivas* que salió después de 16 años; al P. *Pedro de Velasco* que estuvo 14 y al P. *Luis de Bonifaz* que vino en 1602 y estuvo 20 años en dos veces, pues fué Provincial otras tantas.[64]

¿Cómo olvidar al misionero ideal de estas tierras, P. *Pedro Méndez,* portugués, que sacado, por sus graves achaques y peligro de la vida, de la misión de Tehuecos, lloraba como un niño de verse privado de la ocasión de verter su sangre por Jesucristo?

"Aunque el Visitador, escribía al P. Martín Pérez, me ha dado buenas esperanzas de que, en abriéndose la puerta para la conversión de los gentiles del río Mayo, seré yo el primero que vaya allá, con todo tengo muy grande empacho y vergüenza de haber salido (aunque por obediencia) de entre los Tehuecos, por parecerme que he vuelto las espaldas al padecer y perdido las ocasiones que allí tenía de sufrir y merecer, que es lo que el hombre vino a buscar de España a estas partes.

sacar cuanto aquí se ha escrito relativo a aquellos tiempos, corrigiendo con su exacta cronología la confusión que tal vez ocurre en la Historia de Sinaloa del P. Andrés de Rivas". 11. 169. Parece que el original se conserva en nuestros días en el Archivo General de México. Historia. T. XV, 55. B.

[64] Al P. Bonifaz atribuye Beristain un "Arte de la lengua principal de Sinaloa".

"Sólo me consuela ser esto la voluntad de Nuestro Señor y entender que V. R. volverá por mi vocación y me dará la mano y me levantará no a cosa de honra ni regalo, sino a otras mayores ocasiones de padecer por quien por mí padeció tanto y por Aquel a quien yo tanto he ofendido, que es lo que siempre he deseado después que trabajo en estas incultas selvas de la gentilidad, pues no es razón que contradicciones, ni peligros nos hagan volver las espaldas afrentosamente, máxime a mí que tan poco importo, habiendo de entrar en estos mismos trabajos y peligros otros que, por sus grandes talentos, importan tanto a la Compañía".

La carrera de este hombre merecería mayor espacio del que podemos disponer. Nacido por el año de 1555 en Villaviciosa de Portugal, por no sabemos qué defectos o razones, se le hizo, para admitirle en la Compañía, ir y volver a pie a pedirlo al mismo P. General en Roma, quien le remitió a la Provincia de Toledo. Hizo su noviciado en la ciudad de Plasencia y allí se le detuvo nueve años enseñando antes de pasarle a filosofía. Dícese que era muy buen literato y que Fray Luis de Granada y el P. Posevino alabaron mucho sus versos. Tenía 30 años cuando se acordaron los Superiores de enviarle a Belmonte a estudiar filosofía, acabada la cual, lo encaminaron a México, en la expedición del P. Pedro de Hinojosa.

Terminada su carrera a los 38 años, siendo Ministro del colegio de Puebla, le fué encargada la capilla de San Miguel de los indios a quienes se aficionó tanto que pidió dedicarles su vida en el amplio campo que abría en Sinaloa el P. Tapia. Llegó allí con el P. Santarén en Julio de 1594 y tomó en Nio y Ocoroni el lugar del santo mártir. Según la cuenta del P. Rivas, trabajó doce años entre los Níos y Ocoronis, siete u ocho (cinco según nuestra cuenta) entre los Tehuecos, cuatro entre los Mayos, tres entre los Yaquis sucediendo al P. Rivas, y algo menos de 14, entre los Sisibotaris. Agotado por las privaciones y, no hallando entre tantos peligros el martirio que deseaba, tres veces pidió volver a la Provincia para morir entre sus Hermanos y luego, al verse algo repuesto, dos veces insistió en volver a sus queridos indios, completando así casi 40 años de misionero.

Sus virtudes las pudo apreciar bien su compañero el P. Rivas. Tenía un don tan particular de hacerse querer de sus indios, espe-

cialmente de los niños y jóvenes, a quienes trataba como madre, que éstos antes desamparaban a sus padres naturales que a su querido misionero; parecía vivir en esa eterna juventud que da la pureza y la santidad. Formó de ellos tan buenos catequistas en sus escuelitas, que fueron capaces de ser maestros y aún de explicar la doctrina a sus paisanos y le acompañaron en varias de sus nuevas conquistas.

Hombre de extraordinaria sensibilidad, sencillez y optimismo, a la vez que emprendedor, idealista, sin ninguna preocupación de su honra y comodidades. Dormía dondequiera, en la más miserable choza, a pesar de los mosquitos y del calor abrasador de la tierra. Su comida eran unas tortillas de maíz y cuando podía, un potaje de calabazas cocidas o unos frijoles. Parecía que gozaba en las dificultades, peligros y arriesgadas correrías por la esperanza del martirio que siempre tuvo sin alcanzarle. Cuando entró a los Mayos puso por condición a su Superior de Sinaloa que, por ningún peligro ni riesgo que corriera, le obligara a huir o refugiarse al presidio y, para Corimpo, uno de los siete pueblos que allí fundó, mandó pintar en México un cuadro de San Sebastián flechado y lo puso en el retablo del templo, cosa que algunos no aprobaron por parecerles provocación, pero él lo hizo con la mejor intención del mundo.

Su martirio lo tuvo en las ásperas penitencias que practicó toda la vida mientras pudo valerse de sus manos, y en las enfermedades que sobrellevó, con gran paciencia, durante más de diez años. Cuando lo sacaron de su última misión de los Sisibotaris, casi a los 80 años, se hallaba cubierto de llagas incurables y tenía que valerse de muletas para andar. Estuvo un año en una finca de la Compañía sin hacer cama y allí se fabricó en la huerta una ermita en que vivió la vida de ermitaño hasta que lo trajeron por tercera vez a la Profesa, donde aun duró confesando, con sus llagas y todo, mientras pudo moverse, otros ocho años. Murió el 22 de Julio de 1643.

Entre los Chicoratos y Hogueras, antigua misión del P. Pedro Velasco, fué también célebre el *P. Leonardo Játino,* siciliano, que aprendió, con perfección, siete o más idiomas y fué de maravillosa pureza de conciencia y de una constancia en su mortificación e interior recogimiento admirables.

En los 30 años de misionero, no bajó sino una sola vez al río Hoguera para acompañar a un Padre, siendo éste el único desahogo

que ofrecía aquel desierto. Jamás se alimentó sino de *pinole,* como el más infeliz de los indios, y del pan de sus lágrimas, de que parece haber tenido un don particular. Después de salido de la misión, un cacique decía a los nuevos misioneros: "¿Veis esta silla del presbiterio? En ella lloraba todo el día nuestro Padre". Traído a Tepotzotlán, edificó todavía 23 años a nuestros jóvenes con su admirable regularidad y continuo recogimiento interior. Falleció el 6 de Abril de 1669.

19. P. Antonio Urquiza, 1638-1724.—Pasada la época de estos grandes hombres, la misión de Sinaloa no tiene ya historia: es el cultivo de un jardín bien arreglado, que sólo requiere el oscuro y diario trabajo de hortelanos sin nombre. Sólo parece interrumpir esta monotonía la visita del Ilmo. Sr. Hermosilla de Durango el año 1631, que llegó hasta Nacozari de los Tehuecos y murió en el camino de regreso, siendo su cadáver traído a la Villa donde había confirmado a más de 12,000 almas.

Un hombre, sin embargo, se destaca en tan largo período como el tipo de los misioneros estables o de los santos destinados a santificar y dar la impresión de la presencia de Dios en determinados lugares: el P. Antonio Urquiza que estuvo en la misión, casi siempre en Ocoroni, por espacio de 61 años, muriendo allí el 12 de Enero de 1724, a la edad de ochenta y seis.

Fué enviado a Sinaloa recién ordenado sacerdote y administró sucesivamente los partidos de Chicorato, Hoguera, Bamoa, Nio, Guazave, Tamazula y, más largo tiempo, Ocoroni. Levantábase muy temprano cuando estaba en el colegio de Sinaloa;[65] a la media noche se iba a la iglesia hasta el alba en que decía misa, excepto los domingos que la decía más tarde y predicaba dos sermones, uno en español y otro en la lengua indígena. Daba gracias y, tomando un breve desayuno, se volvía a la iglesia, donde, si algún ministerio no le llamaba fuera, en el rezo, lección o meditación gastaba toda la mañana.

Siendo de 80 años se quejó en cierta ocasión, de que ya no podía estar de rodillas tres o cuatro horas como antes. En esta oración

[65] Se llamaba Colegio por razón de su fundación estable, no por los estudios. A lo más hubo alguna clase de gramática.

se trasportaba tanto que muchas veces no atendía lo que pasaba en la iglesia y prorrumpía en cánticos espirituales en vascuence y otras lenguas con tanta fuerza de espíritu que añadía a una voz suave, entera y argentada, que, aun cerrada la iglesia, se oía a alguna distancia. Los capitanes D. Sebastián López de Ayala y D. Pedro Cuéllar no se explicaban sobre este punto sino diciendo que siempre estaba en oración y que vivía en la iglesia y en el coro día y noche.

Jamás tuvo familiaridad con nadie, fuese quien fuese, ni hubo quien siquiera por espacio de un cuarto de hora le oyó conversación seguida o hilada. Con los seglares, después de las salutaciones comunes y de enterarse del asunto que traían, eran sus únicas palabras: "El corazón en Dios, el corazón en Dios".

Su pobreza y retraimiento de lo temporal rayaba en la exageración. La limosna anual que daba el Rey a los misioneros la entregaba a los Fiscales, fiado enteramente en el amor de sus indios de quienes recibía su corto y grosero alimento. Por eso quiso siempre vivir en las misiones más pobres, donde no tenía fondos que cuidar. El P. Ignacio Duque, que estuvo con él cuatro años y se halló a su entierro, dice que nunca vió en su aposento sino el crucifijo, rosario, breviario, soliloquios de San Agustín y el librito del "Contemptus Mundi".

Llegó al extremo de no tocar aun con sus manos la moneda. Ignoraba el valor de la plata. Hubo ocasión que, dándole una piedra de mina de valor de tres o cuatro pesos, el santo hombre la dió al conductor de las platas que venía a México, encargándole una memoria de géneros de que usaban los indios, que importaba más de cien pesos: circunstancia de que se valían sus amigos para hacerle limosnas, creyendo él que las pagaba.

Igual era su simplicidad y candor en materia de pureza. Confesando algunas de estas culpas los penitentes, les decía con admirable sinceridad: "Amen a Dios. ¿Cómo yo no he sentido jamás estas cosas?"

Respetaba tanto a sus Superiores que jamás se quiso cubrir ante ellos. Pasando ya de 80 años, cuando ya no podía andar sino cargado en hombros de indios, venía sin embargo cuando le llamaban a algunas fiestas del colegio de Sinaloa, a que solían concurrir anual-

mente los demás misioneros vecinos. En estas ocasiones, atendiendo a su edad y enfermedades, solía detenerlo el P. Rector algunos días y aun meses. Obedecía ciegamente el Padre pero luego venían sus indios y poniéndolo en un tepextle o lecho portátil, cargaban con él ocultamente y lo llevaban a Ocoroni.

Manifestó Dios su santidad con favores extraordinarios. El año de 1717, estando diciendo misa, el día de San Miguel, de repente exclamó: "Ayer se arruinó la ciudad de Guatemala. Dios está muy airado con nuestras culpas"... D. Martín Verástegui y otras personas presentes tomaron nota del día y las noticias, que posteriormente llegaron, confirmaron plenamente su dicho. En otra ocasión se volvió, diciendo: "Rueguen a Dios por el alma de Dña. Nicolasa Pereira, mujer del Teniente de los Alamos que anoche murió. Era buena mujer, pero se halla con gravísimas penas por algún exceso en el aliño de su cuerpo". La mujer había muerto muchas leguas de allí y a los dos días se pudo tener regular noticia de su fallecimiento.

Cierto día, al salir de la iglesia, le dijo al sacristán: "Francisco, ¿has oído algún rumor de llanto o cosa de novedad en la casa del Capitán Hibuera? —Nada, contestó éste—. A lo que el Padre: "No sé porqué esto se me ofrece, no le digas nada a la casa". A los pocos días se supo que dicho Capitán había muerto en la misma hora, en la expedición que con el Gral. Andrés Rezábal, estaba haciendo en Chínipas.

Contaba un misionero recién llegado que, teniendo escrúpulo de decir misa sin ayudante en lugares distantes y hallando cierto día al P. Urquiza en el colegio, en lugar de otra salutación le dijo solamente: "Padre mío, bien se puede decir misa sin ayudante".

Era fama que le visitaban las almas del purgatorio o para pedirle o para agradecerle sus oraciones o sufragios, y varias veces en tiempo de misa, nombraba ciertas personas que morían muy lejos de allí para que las encomendasen a Dios y aplicaran por ellas la misa.

Algún tiempo antes de morir, nombrando los Jesuítas sepultados en la iglesia de Sinaloa, se contaba a sí mismo como efectivamente sucedió. En su entierro, faltando alhajas de que apoderarse la devoción, le despedazaron sus vestiduras, le cortaron los cabellos y

hubieran pasado más adelante a no impedirlo los Padres. Nació en Bilbao en 1638 y vino a las misiones en 1653.

20. El obispado de Sinaloa, 1638.—Pasados ya casi 50 años de la fundación de estas misiones, convertida toda la costa hasta las fronteras actuales de la república, formaban estas nuevas cristiandades, en su segunda generación de unas 100.000 almas, una brillante conquista religiosa llena de fervor, de paz y de concierto. Los libros de bautismos, contando las misiones del oriente, registraban unos 300.000 nombres.

Al ruido de esta prosperidad espiritual se fueron añadiendo rumores de prosperidad material que aumentaron con la distancia. El nuevo Virrey, Marqués de Cadereita, en una breve visita en 1636 y el obispo de Durango Ilmo. D. Alonso Franco en otra, que no pasó de 80 leguas, quedaron con la impresión de que era ya tiempo éste de cobrar diezmos y aquél de imponer tributos reales y de erigir obispado en Sinaloa.

Decíase que tenían los Padres enormes estancias con más de 100.000 cabezas de ganado y aun explotaban minas.[66]

Contestó el Rey desde Madrid (23 Dic. 1637) pidiendo más extensos informes al Virrey, al obispo de Durango, a los Franciscanos y a los Jesuítas.

El Virrey insistió en sus planes (28 Febr. 1639): ya era llegado el tiempo de nombrar obispos con real patronato, diezmos y tributos y de secularizar las misiones. Naturalmente el primer obispo había de ser Jesuíta y lo podía ser el P. Jerónimo Díaz, prepósito de la Profesa. Señalaba igualmente un Franciscano para el obispado de Nuevo México. El obispo de Durango fué menos explícito: a lo más se podía poner un Abad mitrado en Nuevo México y callaba (porque no le convenía) lo de Sinaloa.

El P. Pérez Rivas, a la sazón Provincial, ante una perspectiva que amenazaba la suerte de todas las nuevas cristiandades, tomó el negocio muy a pechos. Reunió en México a los antiguos misioneros: P. Luis Bonifaz Rector del Colegio Máximo con 16 años de expe-

[66] Un P. Fernando Mallen que en Topia se había metido a trabajar unas *minas negras*, fué inmediatamente sacado de la misión de Topia.

riencia en las misiones, P. Pedro Méndez con 40, P. Juan Acasio, Rector muchos años en Topia, P. Martín Egurrola, once años en Parras, P. Gaspar Nájera 18 en Topia, P. Lorenzo Adame y Diego de Acevedo 14 años en Sinaloa y Topia, PP. Angelo Balestía y Juan de Ardeñas, 14 años en Sinaloa, Pérez Rivas 16 años en Sinaloa y Yaqui y el Capitán Hurdaide que llevaba ya 30 años de experiencia.

Todos ellos redactaron en común un extenso Informe (12 Sept. 1638) en que contestaban al pormenor a los ocho puntos que pedía el Rey. Es el mejor compendio de la situación presente de las misiones y merecería trasladarse por entero. Nos contentaremos con un extracto.

Lo de las minas es una fábula. Tan lejos están de tener 100.000 cabezas de ganado que no llegan a 8.000 en el único rancho que tiene el colegio de Sinaloa para abastecer de carne a los indios, la tropa del presidio y ayuda de las misiones nuevas. Las otras misiones tienen su hatito de reses pero reducido a sus precisas necesidades. El país es fértil pero no ha sido explotado, ni vendrían los españoles sin el aliciente de las minas. No hay ni una ciudad (ni Culiacán, ni Sinaloa) que tenga calles en forma ni donde pueda residir el obispo. Los indios no conocen más cosechas que maíz, frijol y calabazas; ni hay arados, bueyes ni utensilios de labranza. Trigo no se ha cultivado en 60 años, sino últimamente para no traer del Parral, 130 leguas, la harina necesaria para las hostias. Algodón mucho menos, pues los hombres que quieren vestirse tienen que ir a trabajar en las minas o estancias de españoles que con ropa les pagan y las mujeres se cubren con hierbas o pieles. Tan es cierto que, cuando vino el Illmo. Sr. del Valle a confirmar, para cubrirlas, el Capitán tuvo que poner seis soldados con sarapes para que su Illma. no viera su desnudez.

Tributos no pagan ni los indios de México ni los Tepehuanes, ni diezmos y sería retraer las conversiones de gentiles que están a la mira. ¿Con qué recursos se mantendrían los curas de la catedral?[67]

No pasaron adelante las pretensiones ilusorias de gentes que no conocían la verdadera situación de aquellas provincias e ignoraban

[67] Véase Astrain, V, 352. Archivo de Indias, 67-3-32. Nosotros los tomamos de la Colección Bandelier: Historical Documents, III, p. 89.

la lenta evolución de costumbres, que viene en pos de las conquistas espirituales y materiales, más rápidas o violentas.

21. Ultimas noticias.—Conforme iban avanzando los misioneros hacia el Norte y entrando los españoles en las antiguas misiones, éstas iban naturalmente disminuyendo en importancia y en población. En un catálogo de 1678 del P. Ortiz de Zapata, hallamos para la misión estrictamente de Sinaloa 9.689 almas: 1.200 y 40 soldados, casi todos españoles, en la Villa de San Felipe; 888 en el distrito de Vaca; 905 en el Toro; 2.423 en Chicorato; 395 en Mocorito con 43 familias de españoles en otros tantos ranchos.

En 1734, las cinco provincias que formaban los Estados modernos de Sinaloa y Sonora, dejaron de depender militarmente de Durango, siendo nombrado Gobernador el que fuera capitán de Sinaloa, D. Manuel Bernal de Huidobro, personaje fatídico que, durante casi siete años, se hizo famoso por sus abusos, exacciones con los indios y los misioneros, a quienes persiguió y difamó a su sabor.[68]

No podemos detenernos en estudiar la benéfica influencia de estos misioneros estables, en la época de transformación social que siguió a la conquista, con la invasión de colonos españoles que se cortaban haciendas en los nuevos territorios y se empeñaban en hallar, de cualquier manera, trabajadores y peones, mermando las agrupaciones antiguas de indios y hostilizando sordamente a los misioneros que les hacían resistencia.

Un caso típico hallamos el año de 1657 en la misma Villa de Sinaloa en que el Capitán se enfrentó con los misioneros, los encarceló y desterró de la ciudad y se puso personalmente a doctrinar a los indios desde el púlpito, ni más ni menos como los mandones modernos.[69]

En un manifiesto y defensa de la Compañía que tuvo que elevar al Virrey el P. Fco. Javier Faría, misionero de Movas y Nures,

[68] Trataremos el asunto al hablar del levantamiento de los Yaquis el año 1740. Cap. IX, n. 8.

[69] Sobre este asunto escribe el P. Goswino Nickel (30 Nov. 1659) que el Virrey informado "se contentó con escribirle al Capitán, dándole una severa reprensión". El documento se puede hallar también al fin del Vol. 316. Jesuítas, 1617-1676. Arch. Nac. La Monografía que está por publicarse sobre estas misiones por el P. Peter Dunne, S. J., dará más detalles.

para rebatir las acusaciones de amontonar riquezas, vivir opulentamente, poseer ganados, maltratar a los indios y desobedecer las órdenes del Rey, va comparando irónicamente la vida de los misioneros con las de los Capitanes y colonos españoles y pregunta: ¿Quién tiene hoy arruinados muchos pueblos de Sinaloa? ¿El servicio con que los indios ayudan a sus ministros, o la extorsión con que los Justicias y Capitanes los violentan a servir a los españoles?

En 1767 esta misión, que comprendía ya el Mayo y el Yaqui, formaba tres Rectorados, de que era Visitador o Vice-Provincial el que residía en Sinaloa y tenía 20 cabeceras con misioneros, pero sólo diez de las primitivas de Sinaloa, que eran las cabeceras de Mocorito, Bacoburito, Chicorato, Toro, Vaca, Tehueco, Ocoroni, Mochicahui, Guazave y Bamoa (unido a la Villa).

El número de indios, como en todas las misiones y por las mismas causas, había disminuído no poco. El Sr. Tamarón, el año de 1760, asigna para la Villa entre españoles e indios mixtos 3,500 almas, Chicorato tenía aún 404 indios, Ocoroni 630, Bamoa 522, Nío 800, Guazave 600, Tamazula 589 y Mocorito 300.

Naturalmente el campo se había poblado de haciendas y ranchos y todos estos lugares habían progresado en lo material de sus pueblos y edificios, al menos lo que correspondía a la pobreza general que reinó (fuera de las minas) en todo Sinaloa y Sonora, durante todo el siglo XVIII, por causas que se dirán al hablar de las misiones del Norte.

En lugar de las pobres iglesias de paja o de adobes, se habían levantado en varios lugares elegantes capillas (algunas de cantera). La de Sinaloa, estrenada en 1635, aunque de adobes, tenía tres naves, bien adornada, con torre nueva de cantería, según notaba el Sr. Tamarón.[70]

Desde un principio el Rector había hecho oficio de cura y el obispo de Durango le despachaba título de Vicario y Juez eclesiástico. Había allí un maestro de gramática, además de la escuela. El templo estaba bien provisto de ornamentos y vasos sagrados.

[70] La iglesia fué destruída por la inundación de 1770, sólo queda la torre de cantería. En dicho templo fué sepultado el Illmo. Sr. Tamarón, muerto en el vecino pueblo de Bamoa el 21 de Diciembre 1768.

Varias cabeceras tenían tierras o ranchos que aseguraban la vida de la comunidad y servían de refugio en las calamidades públicas o de auxilio para las nuevas misiones. No parece sin embargo que esto fuera general, pues las más de ellas recibieron hasta el fin el subsidio real.

Veremos a su tiempo la desgraciada suerte que tuvieron los últimos misioneros que alcanzaron la expulsión de Carlos III.



(Tanner)

Lámina 26.—PP. Julio Pascual y Manuel Martínez. Mártires de los Varohios (Chínipas). 1 de Febrero de 1632.

CAPITULO VI

MISION DE CHINIPAS.

1 6 2 1

1. Primeras entradas a los Chínipas. 1601-1621.—Empezaremos la historia de las misiones del Estado de Chihuahua por la que llamamos de los Chínipas, vecina de la de Sinaloa y como su continuación al Norte. Casi todo su territorio estaba comprendido en los cuatro Distritos modernos del S. O. Chihuahua, que colindan con Sonora y Sinaloa: Rayón (Uruachi), Arteaga (Chínipas), Andrés del Río (Batopilas) y Mina (Guadalupe y Calvo). La región forma una inmensa concha, rodeada de altísimas montañas y barrancas, cuya única salida son el río Mayo al Norte y el río Fuerte por Sinaloa.

Con algunos restos de las invasiones Cahita y Azteca, poblaban el país varias tribus autóctonas: en el Norte en la región de Yécora, Maycoba y Moris eran *Pimas Bajos;* en el centro, de extracción indudablemente tarahumar, los *Varohios* (actualmente llamados Uarijíos de que queda como un millar de individuos en los pueblos de Sta. Ana, Loreto, Babaroco y Uruachi); los *Chínipas antiguos* (desaparecidos) en los contornos del pueblo de este nombre; los *Guazapares* (también desaparecidos a la fecha); los *Tubares* más al Sur en el río Verde o Fuerte y finalmente, cerca de Guadalupe y Calvo, los *Baborigamis* que son de extracción Tepehuana.

Toda esta región es conocida en nuestros anales con el nombre de misión de Chínipas, aunque se hallan entre los historiadores, los

de Topago (por unas minas al Sur de Chínipas) y aun modernamente el de Tarahumara Baja, por hallarse en la vertiente occidental de la sierra con localidades de tierra caliente.[1]

Nos ocuparemos primero de los antiguos Chínipas que fueron los que dieron nombre y ocasión a las primeras entradas.

Los primeros españoles que penetraron en Chínipas desde Sinaloa fueron unos exploradores de minas los años de 1588 y 89 con el Capitán Mondragón, pero no encontraron lo que buscaban y tuvieron que retirarse ante la hostilidad de los indios. La tercera expedición, que por orden del Virrey Conde de Monterrey, hizo el Capitán Hurdaide en 1601, no tuvo como vimos mejor resultado. Lo acompañó el P. Pedro Méndez, que fué el primer sacerdote que dijo misa en la sierra, pero no sacó más fruto que el bautismo de 14 indias.

La construcción del Fuerte de Montes Claros en 1610, tan cerca de sus tierras, sobrecogió de terror a los Chínipas y dos de sus caciques principales vinieron a pedir perdón de sus traiciones pasadas y a solicitar, en nombre de todos los serranos, alianza y misioneros. Como al Capitán convenía tenerlos por amigos, creyó mejor inspirarles confianza y prometerles, cuando pudiera, el envío de misioneros.

Siguieron viniendo los Chínipas a visitar los pueblos cristianos y tanto el P. Villalta como el cacique Bautista de los Sinaloas se esmeraban siempre en acariciarlos. La visita de éste, en compañía de los Huites, a estas naciones y la venida de sus caciques a la Villa avivaron grandemente sus deseos de gozar de las ventajas de los pueblos cristianos. Habiendo sucedido el P. Juan Castini al P. Villalta en 1620 y sabiendo que por falta de las cosechas padecían gran hambre los Sinaloas, acudieron de nuevo los caciques al pueblo de Toro, trayendo, como muestra de su sinceridad, una gran cantidad de maíz, frijol y otras semillas, pidiendo solamente que el Padre fuera a doctrinarlos.[2]

[1] La historia de esta misión ha sido escrita por un ilustre hijo de Chínipas D. Fco. R. Almada: Apuntes Históricos de la Región de Chínipas, Chihuahua, 1937. El conocimiento de las localidades y de sus archivos y su ilustración hacen de él un guía inapreciable e indispensable. Véase también Carl Sauer: The distribution of Aborigenal Tribes . . . Berkeley, Cal. 1934.

[2] Hemos mencionado estas primeras relaciones del P. Villalta con los Chínipas en la Misión de Sinaloa, Cap. V. n. 13 y sigs.

Un hecho admirable del cacique de Chínipas vino a decidir al P. Castini a no diferir su visita. Tal vez para despedirse de sus usos y ritos gentiles, celebraron los Chínipas un ruidoso baile en que el cacique, aturdido con la fuerza del licor, flechó a una parienta suya. Vuelto en sí, temiendo que este crimen estorbase la venida del Padre, hizo en un día el camino que solía hacerse en tres, para venir a echarse a los pies del Padre y pedirle perdón ofreciéndose al castigo. Recibióle bien el Padre, pero le exigió que, reuniendo en la iglesia de Chínipas a los demás caciques, les pidiese perdón y cada uno descargase dos golpes de disciplina sobre sus espaldas. Sujetóse el bárbaro y cumplido el castigo, advirtió a los suyos que ejercería en ellos la misma venganza si volvían a sus ritos y borracheras. Este ejemplo bastó para desterrar en la tribu la envejecida costumbre de sus embriagueces y profanos bailes.[3]

Anunciada su visita para después de la temporada de aguas en 1621, los Chínipas se apresuraron a arreglar sus capillas, levantar cruces y abrir caminos y, al tiempo señalado, vinieron cien de ellos a buscarle al pueblo de Toro. Fué el Padre con ellos y al llegar al primer pueblo de su nación, halló arreglada la capilla y entró en ella revestido con una capa de coro y llevando sus acólitos una hermosa imagen de Na. Sra. del Pópulo. Bautizó luego a unos 362 niños, que le habían traído, y toda la nación (que sería unas 500 familias repartidas en cinco pueblos que después se redujeron a uno) celebró con grandes fiestas y regocijos la entrada de la fe en sus tierras.[4]

Aprovechó el Padre estas buenas disposiciones para pedirles no ligeros sacrificios. Fué el primero que le trajesen todas las cabelleras y huesos de enemigos juntamente con los idolillos que tenían todas las familias. Anduvieron luego los caciques por las casas recogiendo aquellos objetos, de que hicieron dos grandes montones que quemaron en la plaza. Fué el segundo que le dieran algunos niños, que llevase a su misión de Toro, para enseñarles doctrina, lectura, escritura y canto a fin de que volvieran a ser sus maestros. Al punto le ofrecieron buen número de mozos y niños de los que escogió veinticuatro.

[3] Pérez Rivas. p. 220.
[4] Anua de 1621.

Finalmente, preocupaba mucho al Padre la continua guerra que llevaban los Chínipas con sus vecinos, ocho leguas al Sureste, Guazapares y Temoris, que precisamente por aquellos días habían cortado las cabezas de algunos Chínipas y bailado con ellas. Pedíale a Dios y a los Angeles custodios de estas naciones, cierta mañana, que amansasen aquellos fieros vecinos y los trajeran al redil.

Al salir de la puerta de su casita, halló el P. Castini a un indio Chínipa que le aguardaba para darle aviso de que, no lejos de allí, detrás de un cerrito había visto a un indio Guazapar, hermano de un cacique de aquella nación, que le había dicho que deseaba ver al Padre de los cristianos, pero que no se atrevía a entrar temiendo que los Chínipas le matasen.

Fué ciertamente providencia de Dios que el mensajero no le hubiese muerto, teniendo a la mano a un enemigo mortal. Traído al Padre, el Guazapar dijo venía de parte de su gente a tratar de paz con los Chínipas para alcanzar también ellos la fe cristiana.

Hizo el Padre reunir a los caciques y les rogó olvidaran sus odios y abrazaran a su enemigo y perdonaran a los asesinos. Mandó luego recado a los Guazapares que podían venirle a ver sin peligro y, a los dos días, vinieron más de cien a celebrar paz y amistad con los Chínipas que los regalaron con maíz y otros dones.

Volvióse el Padre a su misión, pero no habiendo misionero disponible, procuró mantener sus buenos deseos y procurarles buenos catequistas. No se contentaron con esto los Chínipas y acudieron a la Villa varios caciques, tanto de ellos como de los Guazapares y Temoris, para pedir al Superior y al Capitán que les concediera un ministro estable.

Mientras corrían los expedientes en México, no se halló más arbitrio para consolarlos que el de enviarles de nuevo al P. Castini. Bautizó a unos 77 niños y 15 adultos que se hallaban preparados o ancianos, dejóles un buen catequista formado en su misión, que sabía leer y escribir, lo casó con una Chínipa y le encargó bautizara a los niños y personas en peligro de muerte y fuera formando a los nuevos cristianos, recorriendo los pueblos y juntando la gente en sus capillas, lo cual ejecutó con gran satisfacción del Padre y de los indios.

Hizo más el Padre. Mandó llamar a un cacique Guazapari muy famoso, que jamás había querido ver al Padre ni ir con los demás a la Villa. Llegó Cobamaei, que así se llamaba,[5] vestido de manta de color azul, larga hasta los pies, las orejas cercadas de zarcillos y conchas. Era de grande cuerpo, robusto, bien proporcionado, de fiero rostro y horrendo en el mirar y como de 50 años.

Agasajáronle los Chínipas y él se subió a una azotea y desde allí exhortó, durante una hora, a la gente a confirmar sus paces y a recibir la doctrina que les ofrecía el Padre. Pasó luego a su pueblo a preparar el recibimiento del misionero y lo acompañó, con algunos Chínipas, a Guazapares y luego a Temoris. Al ver la pobreza y aspereza de aquellas sierras y la fiereza de sus gentes, juzgó el Padre que no había llegado el tiempo de hacer allí asiento y se contentó con bautizar a algunos niños de un año por abajo y encargar a su catequista los siguiera visitando y preparando a la fe.

Vinieron también a presentarse en Chínipas varios caciques del Norte pertenecientes a las tribus de Varohios e Hios[6] al parecer más numerosas y mejor dispuestas, pero a la sazón casi desconocidas y remotas de las demás misiones. Contentóse con halagarlos y darles buenas esperanzas y se volvió a su misión de Toro.

Varias circunstancias retardaron en la capital con el Virrey y el Provincial el despacho de los oficios y el nombramiento de los misioneros y en 1625 la rebelión de los Tzoes, que amenazaron la vida de los PP. Castini y Pascual, tuvo el capitán Hurdaide que apaciguarla con la fuerza de las armas.

Por otra parte, como la futura misión de Chínipas distaba tanto de la Villa de Sinaloa, se pensó agregarla al Rectorado del Yaqui y Mayo, recientemente fundado (1620), pues sólo una corta sierra (aunque de 18 leguas, bien áspera), separaba Chínipas de la próxima misión de Conicari. A este motivo se debió sin duda la visita que el P. Miguel Godínez, desde este pueblo, hizo a Chínipas poco antes de la llegada del P. Pascual, bautizando en ella 80 niños sin que podamos precisar los puntos en que se detuvo.[7]

[5] Así el Sr. Almada. Bolton escribe Cambeia. Alegre, Camabeay; otros, Cobameai.

[6] Ahora dicen Uarojíos.

[7] Tal vez entre los Varohíos donde el P. Pascual halló algunos niños ya bautizados.

2. Trabajos y martirios de los PP. Pascual y Martínez. 1 Feb. 1632.—El primer misionero estable entre los Chínipas fué el P. Julio Matías Pascual. Había nacido en Saló sull Garda del territorio de Brescia en Italia el año 1587 y entrado en la Compañía en el de 1611. Habiendo pedido al P. General pasar a las Indias apenas empezada la teología, fué señalado para formar parte de la expedición que el año 1616 trajo a México el P. Nicolás de Arnaya. Terminados sus estudios en 1624, fué enviado a Sinaloa, donde por las enfermedades de varios misioneros suplió durante dos años a algunos de ellos entre los Zuaques, Tehuecos, Sinaloas y últimamente entre los Zoes aprendiendo sus lenguas. El P. Rivas que lo conoció hace de él el siguiente elogio: "Cuando llegó este varón apostólico con otros tres Padres, que también venían a emplearse en estas misiones, al punto le ví y comuniqué, me hizo reparar la santidad que resplandecía en su semblante, la cual después testificaron sus obras y virtudes admirables".

Avisados los Chínipas de la llegada de su misionero por Febrero de 1626, salieron a encontrarlo hasta el pueblo de Tzoes, pero tuvieron que regresarse por la muerte del Capitán Hurdaide, que ocurrió en aquellos días. Por fin, a principios de marzo emprendió el Padre su camino, saliendo a encontrarle sus gentes a una jornada del pueblo y haciendo su entrada triunfal en la noche del 6 de Marzo 1626. El día siguiente le vinieron a saludar muchos indios de las rancherías vecinas que, con los 300 del casco, formaron luego una buena cristiandad.[8]

Empezó luego a bautizar párvulos y formar con especial cuidado y cariño a los niños en la doctrina, lectura, canto y devoción al Ssmo. Sacramento, a la Virgen y Animas del Purgatorio. Gracias a los catequistas, que ya le habían precedido, pudo al año bautizar a casi todos los adultos. En seguida pensó en sustituir por una buena iglesia el jacal que le tenían preparado. Trajo artífices de la misión vecina e iba personalmente al monte a cortar madera, que costó no poco trabajo por aquellos riscos. Ya por Agosto pudo celebrar en ella el Santo sacrificio. Fué primoroso en adornarla con pinturas, ornamentos y flores especialmente en las fiestas. Su devoción a la Eucaristía era tal que fué preciso concederle una capilla privada en

[8] Anua de 1625-6. A. G. Miss. 25-177.

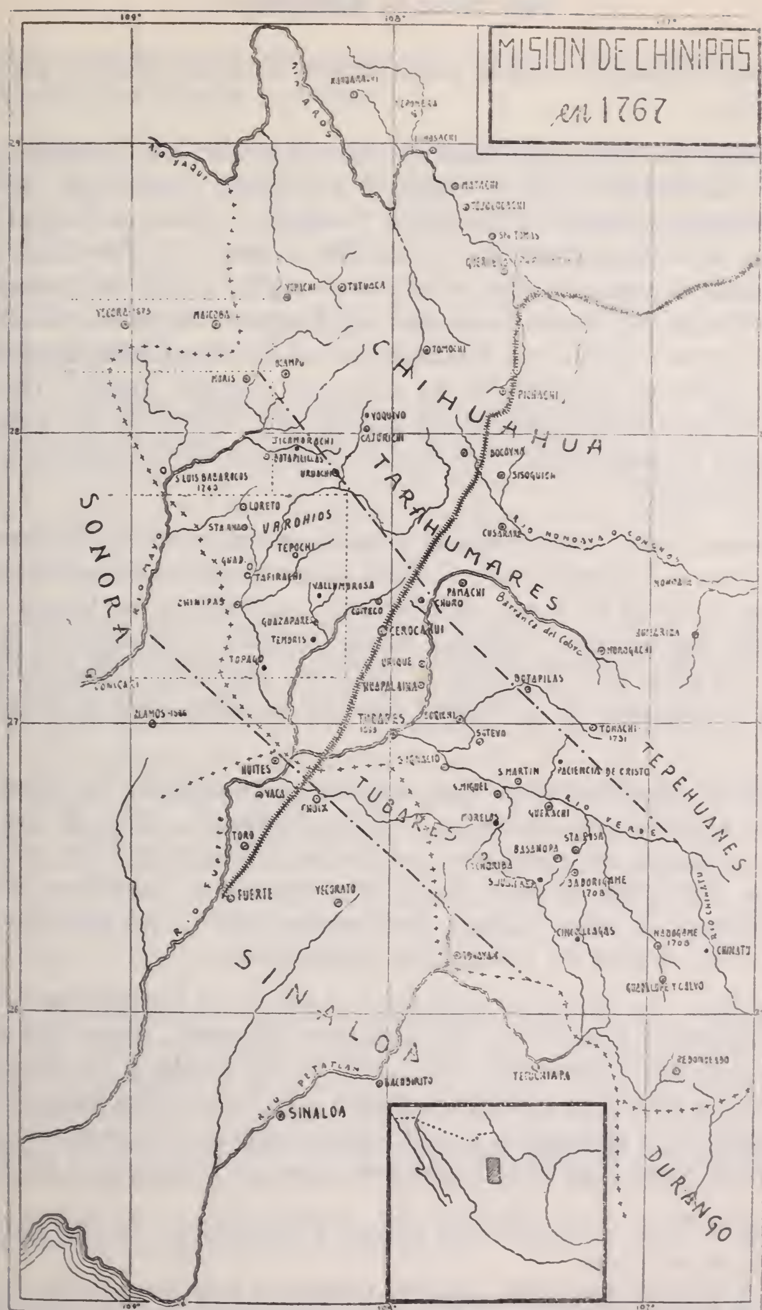


Lámina 27.—Mapa de la misión de Chínipas.

su casa de Chínipas, en que pasaba todas las horas libres y parte de sus noches.

Luego que hubo asentado un poco la misión de Chínipas, pensó, con autorización de su Superior del Mayo, emprender la conversión de sus vecinos del Norte los Varohios y tribus de lengua Hía, dialecto del Tarahumar. El 31 de Diciembre de 1626 llegó a un sitio donde le tenían ya levantada una capilla y edificadas unas 80 casas. Vinieron a verle los indios de Hapora, Bayecito, Cosopa y Trayen, todos mucho más incultos que sus buenos Chínipas. Aprendió sus dialectos y estaba ya en el quinto cuando murió.[9] Dió por titular de la nueva capilla y del pueblo Sta. María de los Varohíos que estaba situado un poco al Sur de la misión de Guadalupe que se fundó después.[10]

Menor éxito parece haber tenido en los pueblos del Sureste, Guazapares y Temoris, cuyos indios, como no pocos de los Varohíos, tan nuevos en la fe y tan montaraces, apostataron en buena parte a la hora del peligro. Aunque tenían capilla y catequista, no los podía el Padre, por la distancia, cultivar con tanta continuidad y los malos ejemplos de su brutal cacique no eran para animarlos al fervor.

No es posible referir los trabajos, privaciones de alimentos, vestido, alojamiento, maltrato y dificultades de parte de los bárbaros, caídas en los barrancos, calores en Chínipas y fríos en Guazapares, donde en invierno había que esperar se derritiera el agua para celebrar la misa. Estuvo enteramente solo estos seis años, llevando todo el peso de esta nueva cristiandad.

A fines de 1631 se empezaron a notar en Guazapares señales de descontento y rebelión. El cacique Cobamaei, que antes había pedido insistentemente ser bautizado y exhortado a los demás de su nación a seguir su ejemplo, empezó a hallarse impaciente del yugo cristiano y a entregarse a sus vicios gentílicos. Animáronle en su pretensión unos fugitivos Tepehuanes que andaban entre los Tara-

[9] El P. Rivas señala para estas naciones 1.400 familias. De ellas bautizó el Padre más de mil niños.

[10] El lugar se llama ahora Tajírachi (donde está la iglesia quemada), y es un potrero de los Sres. Chaparro, donde se ven aún las ruinas de la primitiva iglesia. Allí fué donde los Padres fueron muertos. Cf. Almada, p. 18.

humares gentiles y con ellos comenzó a tener juntas secretas con sus acostumbrados tabacos y arengas.

Avisaron al Padre unos cristianos, pero él, acostumbrado a esta clase de peligros, cándido y sin hiel, no dió importancia al asunto; antes bien, con beneficios y dádivas, se esforzó en ganar el corazón de aquel perverso e influyente adversario. Viendo los fieles Chínipas que el Padre, lejos de cuidarse, se ponía en la boca del lobo, dieron noticia al misionero vecino de Sinaloa y al Capitán Perea que al punto le mandó seis soldados de escolta.

La presencia de éstos contuvo por algún tiempo a los partidarios del mal cacique. Hicieron al misionero tantas promesas y parecieron entrar en el deber con tal fervor que el hombre de Dios, persuadido de que no había fundamento para tanto temor y que habían sido sospechas nacidas del grande amor que le tenían sus Chínipas, restituyó los soldados a la Villa.

Al punto que Cobamaei los vió fuera de la sierra, pensó en la manera de dar muerte al P. Julio. No atreviéndose a atacar el puesto de Chínipas que sabía fiel y bien provisto de armas, hizo alianza con los gentiles Varohios para sorprender al misionero solo, en alguna de las visitas que solía hacer a aquella nación, que era sólo de 700 vecinos. Llamáronle en efecto para un enfermo, creyendo que, con esta ocasión, se quedaría algún tiempo como lo solía hacer. Fué el Padre sin recelo, administró los sacramentos e inmediatamente se volvió a Chínipas donde, de un día para otro, esperaba la llegada del nuevo misionero que le habían anunciado. Llegó en efecto éste el 23 de Enero 1632, pero sólo para morir.

El P. Manuel Martínez, era portugués de nación y natural de Tavira en Algarve, hijo de Jorge Martínez y de María Farela del linaje de los Bullones y de la sangre del glorioso San Antonio de Padua. Siendo aún seglar vino a México en 1619 en compañía de un tío suyo; acabó sus estudios en el colegio de Jesuítas de Puebla y fué recibido entre ellos en 1620 en el noviciado de Tepotzotlán. Terminada su carrera en dicho lugar, fué señalado para acompañar al P. Julio Pascual en la misión de Chínipas.

Parece que desde su salida de Tercera Probación tuvo presentimiento de su próximo martirio, pues a una persona que le rogaba le

escribiese a menudo, respondió: "Será esto imposible, porque le hago saber a Ud. que las primeras nuevas que tendrá de mí, serán que me han muerto por Cristo".

Llegado al pueblo de Tehueco, que estaba en el camino, acudieron allí otros Padres de diferentes misiones, con deseo de saludar al nuevo compañero que Dios les enviaba. El P. Vicente del Aguila, misionero antiguo y santo que allí estaba, movido al parecer con impulso del cielo, al darle la bienvenida le besó la ropa con particular reverencia, diciendo que hacía aquello porque le veía señalado para una misión grande, difícil y peligrosa. Lo mismo le auguraron varios de sus compañeros. Cuatro días antes de llegar a Chínipas, recibió carta del P. Julio en que, entre otras cosas de cariño y consuelo, le decía: "Venga V. R. mi Padre, a ser compañero mío y mi consuelo, para que ahora compañeros en esta misión hasta que Dios quiera, lo seamos juntos en la bienaventuranza".

Ya en el camino, se dió cuenta de los rumores y peligros que corría la misión, pero fiado en la misericordia de Dios y con deseo de dar su vida por El si era preciso, llegó a Chínipas donde fué grande el gusto tanto de su compañero como de los indios. Dos días gozaron los dos santos de su dicha y el 25 de Enero partieron ambos para el pueblo de Sta. Ma. de Varohios. A los cuatro días de estar allí, un catequista, casado con una Guazapari, mandó decir que le habían matado a un hermano suyo, y que ya estaban los Guazapares de camino para venir a matar a los Padres. Al otro día se confirmó la noticia de que la noche siguiente sería el asalto de la casa del Padre en Varohios.

Esta vez creyó el P. Julio que debía prevenir a aquellos bárbaros y llamó en su ayuda a los fieles Chínipas. Hallábanse pocos de ellos en el pueblo cuando les llegó tan funesta noticia; sin embargo, tomaron luego las armas y corrieron en defensa de su pastor. Los Guazapares, que luego sospecharon la venida de los Chínipas, se apresuraron a juntarse con los Varohios y tribus gentiles en tanto número que no se atrevieron los Chínipas a atacarlos.

Libres de aquel miedo, el apóstata Cobameai y sus aliados, antes de esclarecer el día, pusieron fuego a la iglesia juntamente con la casa en que dormían los Padres. Ellos, después de haberse mutuamente confesado, prepararon también a la muerte a los oficiales y



Cuadro de su pueblo natal.

Lámina 28.—P. Julio Pascual. Martirizado en Varohios. 1 de Febrero de 1632.

cantores que habían traído. Salió luego el P. Julio a hablar a los indios y sus razones parecieron haberles hecho algún efecto. El hecho es que pasó todo el sábado 31 y la noche, sin que los Guazapares intentasen alguna novedad, aunque todo el tiempo no cesaron de oír sus injurias e improperios.

A la mañana del domingo, asaltaron repentinamente la casa con grande alarido y tropel, quebraron las puertas unos, saltaron las tapias otros y comenzaron a disparar una lluvia de flechas. Una atravesó al P. Pascual por el estómago. Herido como estaba, siguió al P. Martínez que salió fuera del umbral diciendo: "No muramos como cobardes y tristes, demos la vida por Jesucristo y su santa ley". No acabó de pronunciar estas palabras sin que una flecha le cosiese el brazo con el cuerpo. Hincáronse luego de rodillas y, erizado todo el cuerpo de flechas, consumaron felizmente el curso de su vida el día primero de Febrero de 1632.

Viéndolos caídos, un apóstata, llamado Diego Notimeai, hermano del cabecilla, para rematar su muerte con varios géneros de crueldad, acercóse a los cuerpos y arrastrándolos hasta ponerles la cabeza sobre una viga que allí había, acompañado de otros, las aporrearon y magullaron, dejándolas abolladas y los rostros desfigurados.

3. Martirio de algunos indios y sepultura de los mártires.—Había traído consigo el P. Pascual desde Chínipas, como dijimos, nueve carpinteros y oficiales para la obra de la iglesia que pensaba edificar en Varohios y ocho indiecitos cantores. Luego que vió el peligro de muerte que ellos también corrían, los dispuso y confesó animándolos a sufrir y morir por Cristo con la esperanza del cielo. Sin embargo les avisó que, si pudiesen escaparse de aquel peligro, lo hiciesen. Dos muchachos escaparon escondidos uno en una alacena y otro debajo de un altar que el P. Julio tenía en su casa y pudieron ser testigos de cuanto pasó en los últimos momentos.

Un buen indio de los Varohios, llamado Nicolás Caviori, sabedor del peligro, quiso persuadir primero al Padre a que huyese, mas éste, rehusándolo le dijo: "Paréceme, Nicolás, que tú temes más que yo que no tengo arco ni flecha". A lo cual resuelto respondió: "Padre, no temo mi muerte sino la tuya y para que entiendas que no temo, yo moriré primero por tí". Así fué, pues, viendo que estaba resuelta la muerte del Padre, mandó a su mujer e hijos a Chínipas

y se quedó a cuidar al Padre. Luego que vió arder la iglesia, tomó su arco y flecha y empezó a reprender a los indios furiosos que se iban aproximando para matarle. Salió el Padre al umbral a socorrerle pero, antes, lo derribaron de un macanazo, y flecharon al Padre.

Otro de los indios que el P. Pascual tenía en su compañía, Crisanto Sunameai, al ver tendidos los cadáveres, tomó su arco y flecha y, colocándose detrás de un pilar, comenzó a pelear matando a cinco de los contrarios, impidiéndoles acercarse a los cuerpos y en su puesto permaneció hasta que se retiraron los indios. A esto se debió sin duda que no les cortaran las cabelleras para bailar con ellas, según su costumbre. Todos los demás, niños y oficiales, parece que fueron muertos.

Hicieron pedazos los forajidos las sotanas de los Padres, cogieron los ornamentos y vasos sagrados y, acabada de abrasar la iglesia, partieron a hacer lo mismo con la de Guazapares.

Desamparado el pueblo, acudieron los Chínipas a recoger los cadáveres y los llevaron con gran llanto a sepultar a su pueblo. El jesuíta más cercano, P. Marcos Gómez, de Conicari, 18 leguas de Chínipas, no tuvo noticia de lo ocurrido sino pasados algunos días. Púsose luego en camino y, llegado que hubo, le pareció mejor sacar los sagrados restos de sus Hermanos y llevarlos a Conicari, donde, juntándose todos los misioneros, les hicieron solemnes honras el 14 del mismo mes de Febrero de 1652.[11]

Pasaron luego los Chínipas la noticia al nuevo Capitán D. Pedro Perea y al Rector de Sinaloa el santo anciano P. Juan Varela, pidiendo auxilio y nuevo misionero. Marcharon luego ambos, el Capitán con una buena escuadra de soldados y número de indios auxiliares. Al ruido de su expedición, huyeron los Guazapares y Varohios a sus picachos y quebradas profundas, donde fué imposible al Capitán seguirles la pista; pero encargó la persecución a los indios que traía y a otros que allegó. Estos, aunque cristianos, se lo creyeron todo permitido e hicieron una matanza de más de 800.

[11] 275 años después, el 7 de Mayo 1907, el P. Manuel Piñán tuvo la suerte de hallar en un campo donde estuvo la iglesia, los cajones y restos de estos mártires, sin las cabezas, que había reclamado el Colegio Máximo.

De los 400 que quedaron, unos fueron agregados, como los Chínipas, a los pueblos cristianos de Toro y Baca, otros se quedaron como fieras en los montes unidos a los gentiles de la región. Idos los españoles, mientras el P. Fco. Torices se ocupaba en recoger y asentar a sus nuevos hijos, los Varohios, que habían hallado más fácil escondite en sus sierras, ocuparon los desiertos pueblos.

Años adelante, el P. José Collantes, que fué 12 años misionero en Sinaloa, visitó varias veces, siempre escoltado, los pueblos de Chínipas y Varohios, procurando halagar a los indios y animar a los bautizados a reunirse en los antiguos puestos, pero llamado a México el año 1644 se abandonó del todo la misión. En las dos sublevaciones de los Tarahumares Altos, los años de 1648 y 1650, a pesar de los convites de los forajidos, la zona de Chínipas, gracias a las gestiones del P. Jacinto Cortés, misionero de Sinaloa, se mantuvo quieta. Hecha la paz, los españoles encargaron la región de Guazapares al cacique indio Diego de Lara y la de Chínipas al cacique Bernabé que se había mantenido fiel. Como prenda de su reconciliación con los misioneros, mandaron los Guazapares y Varohios a la Villa de Sinaloa el cáliz, la estola y la sotana del P. Pascual de que se habían apoderado a la fecha de su martirio. Pasaron, sin embargo, cerca de 20 años antes de que se pudiera emprender de nuevo la abandonada misión de Chínipas.

4. Renuevo de la misión en 1670.—*PP. Prado* y *Pécoro.*— Con la muerte del agitador Teporaca en 1653 y el establecimiento de un gobierno regular en la Tarahumara, pudieron los indios gozar de una paz relativa y la aprovecharon muchos Chínipas, desterrados en las misiones vecinas, para volver a sus tierras y ser en ellas un buen fermento de cristianismo.

Administraba por el año de 1670 el partido de Tzoes y Toro el P. Alvaro Flores de la Sierra, varón apostólico y de unos modales muy dulces con que procuraba atraerse el amor de los Chínipas y Varohios que venían con frecuencia a visitar a sus parientes cristianos allí refugiados. Poco a poco les hizo desear el bautismo y, preparados despacio y sólidamente instruídos, bautizó a los más escogidos, que les sirvieron después de catequistas y apóstoles de sus gentes. Entre los visitantes se distinguió una delegación de los Yecaromes que vivían a tres días de camino y querían los fuera a vi-

sitar y doctrinar. Mandóles el Padre un temastián (catequista) y luego pasó personalmente al lugar donde se habían reunido como unas cien familias, dejando establecida allí una misión de visita que llamó San Javier de Baboyahui.[12]

Por su situación tan céntrica, a medio camino de Chínipas, acudían al pueblo muchos Guailupos (Chínipas nuevos), Temoris, Varohíos y Macoyahuis, y nunca iba el Padre sin bautizar a muchos muy bien instruídos por sus catequistas. Creció tanto la esperanza que pidió al P. Provincial un nuevo misionero para entrar por este rumbo a la sierra. Repitió con mayor fuerza sus instancias el 26 de Junio 1671 al nuevo Provincial P. Andrés Cobián, misionero que había sido muchos años por aquellos rumbos. Añadióse la pretensión de los Tubares, que visitó el año siguiente en compañía del Capitán D. Miguel Calderón y halló tan bien dispuestos, que no pudo menos que informar al Virrey y al Provincial para que les mandaran misioneros.

Hermosa es la carta del P. Sierra al P. Prov. Cobián: "La necesidad de estos pobres, dice, es extrema; piden el pan de la doctrina y no hay quien se las reparta. Bien son menester cuatro Padres, pero, aunque venga uno, será de mucha importancia. Yo, aunque tibio y enfermo me ofrezco a ir con ellos y, si me mandaren quedar allí, lo haré de muy buena gana. Lo mismo me atrevo a prometer del P. Rector Gonzalo Navarro, de cuyo espíritu y celo apostólico se puede fiar ésta y mayores empresas. Su mucha prudencia, larga experiencia de misiones y el conocimiento que tiene de estos gentiles que le aman tiernamente, será de mucha utilidad y aun el todo de la obra, y no nos prive a los misioneros y a los indios del bien que podemos tener con la presencia de este Padre. Por lo que mira al sustento de los misioneros, si no hay otra forma, aquí cooperaremos todos: yo desde luego cedo la limosna que me cabe y pasaré como pudiere y ojalá pudiera ser mi sangre y mi vida de algún provecho para este fin, que la daría de muy buena gana por el bien de estos pobres".

Poco después (1673) fué el mismo P. Flores de la Sierra nombrado Visitador de las misiones, que tan bien conocía por sus 25

[12] Existe todavía un puesto Yecaroma, cerca de Milpillas (límite con Sonora), perteneciente a la municipalidad de Chínipas. Cf. Almada, p. 55.

años de ministerio en ellas. Aprovechóse de su cargo para destinar al P. José de Tapia al pueblo de Baboyahui y mantener abierta a todo trance esta puerta de Chínipas. Empezóse la fábrica de una pequeña iglesia y se preparaba el nuevo ministro a penetrar más adentro de la sierra, cuando el P. Visitador murió y el Padre se vió precisado a hacerse cargo de los tres pueblos que administraba el difunto, quedando así las cosas como antes. Desde Toro visitaba de tiempo en tiempo la nueva población de Baboyahui que empezaban a infestar unos indios fugitivos de los Macoyahuis. Cada vez que visitaba el lugar, desaparecían, volviendo a su salida. Yendo cierta vez, sin previo aviso para sorprenderlos, cayó con la mula en un barranco escapando apenas con la vida. Mandáronle los Superiores abandonar la visita y recoger a los Baboyahuis que quisieran al pueblo de Toro.

Afortunadamente, a la fecha, habían llegado con el Procurador P. Juan Aguilar de Monroy[13] 18 sujetos cuyos nombres bastarían para inmortalizar cualquier misión: los PP. Nicolás de Prado y Fernando Pécoro, los mártires de la Tarahumara Juan Ortiz de la Foronda y Manuel Sánchez, el mártir de las Marianas Manuel Solórzano, el P. Juan B. Zappa y su íntimo amigo P. Juan Ma. Salvatierra que se quedó en México para acabar sus estudios.

Los dos primeros fueron inmediatamente dirigidos a la misión de Chínipas. Llegó el P. del Prado a Toro el 17 de Abril de 1676 y allí se detuvo a aprender la lengua y esperar a su compañero. Entretanto se enviaron algunos indios Huites a explorar el ánimo de los Tubares, Temoris, Guazapares, Guailopos y Varohios y otras naciones, si perseveraban en sus deseos de recibir la fe. Recibida favorable respuesta, salieron ambos Padres de Toro con gran acompañamiento el 11 de Junio, llegando a Chínipas el 17, donde reconocieron con ternura las ruinas de la iglesia que había fabricado el mártir P. Julio Pascual y un mal aposento en que hubieron de alojarse. Por no haber llegado la provisión que les acompañaba, tuvieron que contentarse los seis primeros días con las frutillas, raíces y miel silvestre de que se sustentan los indios. Sin embargo el P. Pé-

[13] Llegaron a Veracruz el 15 de Octubre de 1675. Yerra Venegas haciéndolos llegar el 13 de Sept. con el P. Miguel Villabona; pero igualmente errada parece la fecha de 1678 que pone el biógrafo del P. Monroy.

coro escribía lleno de ánimo: "Reboso de gusto y estoy fuera de mí, en medio de tantas tribulaciones. ¡Cuántas almas podemos dar a Dios! ¡Qué llenos están de su Majestad estos desiertos!".[14]

Mientras el P. Prado levantaba las ruinas del pueblo de Sta. Inés de Chínipas donde se habían congregado unas 196 familias, por Julio entró el P. Pécoro a visitar a los Varohios, que le salieron a recibir con mucha frialdad, armados, sin niños ni mujeres. Recogido el padre en una pobre choza, le avisaron algunos del peligro, pero no había forma de evitarlo: tenían cercado todo el pequeño albergue. Salió con resolución a hablarles; los halló sentados en rueda y convidándose, según su costumbre con pipas.

Sentado entre ellos, los reconvino cariñosamente de su desvío y les propuso los grandes bienes que les traía. Oyéronle sin interés y el Padre se retiró sin respuesta positiva que le asegurase de su fidelidad. Persuadido a que todo conspiraba a su muerte, pasó la noche ofreciéndose al Señor en sacrificio. Sin embargo, por la mañana le vinieron a decir que, acabada la cosecha, se volverían a juntar en aquel mismo sitio para resolver lo que harían.

En efecto, llegado el tiempo, convinieron en juntarse en un lugar un poco al Norte donde el P. Pascual había tenido su misión de Sta. Ma. de los Varohios, y que ahora llamaron Na. Sra. de Guadalupe Varohios. Exploró toda esta región el P. Pécoro y dejó señalados como lugar de las misiones, que luego se fundaron: *Santa Ana* once leguas al Norte; *Loreto,* seis más allá ya en la cuenca del río Mayo. Más al Norte en la misma cuenca pasó hasta Batopilillas y Jicomorachic, todos de Varohios, pero allí sólo se contentó con bautizar unos 38 párvulos.

El año siguiente de 77 se determinó acometer la conquista de los pueblos del Sureste y al efecto el P. Prado se encargó de todos los pueblos ya citados y pasó el P. Pécoro a Guazapares. Fundó allí

[14] La fuente principal de esta reconquista es un Doc. Arch. Nac. Mex. Impr. Doc. Hist. 3a. serie, 779-789, anónimo, escrito por 1681 y titulado: Relación de la nueva entrada de los PP. de la Ca. a las naciones Chínipas, Varohios, Guailopos, Guazaparis, Temoris, y otras. Cf. Bannon: Mid-America, 1939, pp. 11-31. Véase la primera visita que hizo a Guazaparis, el martes de carnestolendas de 1677, en que bautizó a la anciana Dorotea, al parecer ya muerta, y fué la primera cristiana del pueblo.

los pueblos de Sta. Teresa de Guazapares, Magdalena de Temoris y Valleumbrosa cinco leguas al Norte de Guazapares [15] donde ya había buenas agrupaciones de indios y además exploró más al Este las rancherías de Cerocahui y de Cuiteco (visitado alguna vez desde Sisoguichic por el P. Oreña y lugar de conjunción con las misiones de la Alta Tarahumara).

En toda esta región no halló el P. Pécoro hostilidad alguna, pero sí poco entusiasmo para dejar sus antiguas costumbres, prometiendo en su cara cumplir con la nueva ley y cien veces faltando a su palabra. Tal vez el carácter melancólico del Padre, fatigado de tantos trabajos, no le ayudaba mucho a ganarse las simpatías. Por ello pidió volver sus Varohios del Norte y en 1680 salirse de la misión. Así quedó sin ministro la misión de Guazapares, visitada sólo de vez en cuando desde Chínipas por el P. Prado.

En 1678 visitó la misión el P. Juan Ortiz de Zapata y quedó maravillado del trabajo de los dos Padres, que, en dos años, habían fundado siete pueblos y bautizado, a pesar de tantas dificultades, 3.213 almas. Admiró igualmente los buenos naturales de los indios, especialmente de los Varohios que "han recibido con afecto la fe y el bautismo, acuden con puntualidad a la doctrina y todas las cosas de nuestra santa religión, siendo tan recientes en ellas. Muestran devoción en especial por la SSma. Virgen, congregándose todos los sábados a rezar el rosario en las iglesias provisionales que por ahora tienen".

5. Venida del P. Salvatierra. 1680.—A principios de 1680 recibió esta misión un vigoroso impulso con la llegada del P. Juan Ma. Salvatierra, quien, terminados sus estudios, había pedido dedicarse a las misiones más arduas de la sierra.

Fué inmediatamente encargado de la misión vacante de Guazapares y Temoris cuyos indios, a la sazón poco cultivados, ganó desde luego con su trato francamente paternal y santamente enérgico

[15] Este pueblo de Valleumbrosa es el único que ha desaparecido y era de Varohios. Almada identifica el lugar en la sección de Tepochique, municipio de Guazapares, en la confluencia de los arroyos Sta. Rosa y Guazapares, en un punto llamado Pueblo viejo, ahora potrero de la propiedad de los señores herederos de D. Feliciano Rodríguez. Por 1750 el P. Pedro Pablo Macida cambió la misión al pueblo de Tepochique. Chínipas, p. 18.

y prudente. Encarrilados ya sus dos pueblos, pensó en extender su acción en los demás pueblos de la cuenca del río Septentrión y más especialmente a los de Cerocahui y Cuiteco, visitados ya por el P. Pécoro y que aquel año habían ido a la Villa a pedir al Capitán Alonso Hurtado les alcanzara del Virrey un misionero que los doctrinara.

Disuadíanle sus indios de la empresa con fútiles razones, callando la principal que era su deseo de tener en estos lugares de gentiles un asilo en sus fugas y un desahogo en sus vicios. Atropellando con todo, llegó el Padre a Cerocahui el 23 de Noviembre y pasó de allí a Cuiteco, y hallando en ambas partes la gente bien dispuesta, los catequizó dos o tres meses y empezó los bautismos en masa.

Pareciole esta priesa un poco atrevida al P. Luis de Sandoval, Rector de la Villa (informado por el P. Pécoro) y le escribió al Padre fuese lento en admitir a unas gentes que tantas veces se habían burlado del P. Pécoro volviendo a su gentilidad y que, por otra parte, faltando su misionero propio, los dos Padres que quedaban tendrían de sobra que hacer con los pueblos ya fundados. Aunque el fervor que el ardiente misionero había sabido inspirar a sus catecúmenos era tal que podía garantizar su perseverancia, obedeció y a principios de 1681 se volvió a su partido de Guazapares.

En la Anua que el P. Prado envió al Provincial a 4 de Junio de 1680 informaba que en los siete pueblos de la misión se habían bautizado ya más de 4.000 y suplicaba se formara allí un Rectorado aparte, pues la distancia de los del Mayo y de Sinaloa era tal que prácticamente no tenían a quién obedecer. Por otra parte no faltaban en la misión problemas urgentes que exigían rápidas resoluciones.[16]

6. Motines de Cajurichi y de Tubares.—Era la época en que se conquistaba paralelamente a la fe toda la parte oriental de la sierra de la Tarahumara por los PP. Guadalajara, Tardá y otros. Todos los descontentos y gentiles irreductibles tenían su refugio en la serranía del alto Mayo donde se juntaban las tribus de

[16] La fundación independiente de la misión de Chínipas no se llevó a cabo sino por el año de 1734. No conocemos la fecha exacta del motín de Tubares, pero debió de ser entre 1677-1684 en que fué obispo el Sr. Escañuela.

Varohios, Tarahumares y Pimas. El cacique gentil de Cajurichi, Corosia, se propuso conservar allí las costumbres de su raza contra la invasión de españoles y misioneros y se puso a recorrer con gente armada los pueblos para hacer una alianza de Varohios, Chínipas, Guazapares y Cuitecos. Levantó un falso contra el P. Pécoro (que ya había salido de la misión) y no perdía ocasión de desacreditar a los demás misioneros vecinos.

Por el lado Sur de la misión, los Tubares que siempre habían sido amigos de los españoles y tratado muchas veces con los misioneros de Tzoes y Baca y los de Chínipas, se hallaban ahora en plena rebelión y cortaban la comunicación con Sinaloa. Se recordará que el Ilmo. Sr. Escañuela en su afán de poner clérigos en las misiones, había pretendido poner uno en la Villa de Sinaloa. Se opusieron los Jesuítas y por Real Provisión tuvo que desistir el Prelado, pero alguno de los clérigos que habían venido, viéndose excluído de los pueblos cristianos, pretendió establecerse en pueblo de gentiles donde no había Jesuítas ni Franciscanos y quiso ser apóstol de los Tubares.

Entró improvisadamente en sus tierras con 56 españoles armados. Se mantuvieron unos cuantos días a costa de los indios él y sus compañeros. Bautizaba de grado o por fuerza los párvulos que encontraba a los pechos de sus madres. No habiendo podido bautizar ningún adulto, amarró a unos cuantos y los cargó de cadenas hasta que pidiesen el bautismo. Tal conducta irritó a la nación, corrieron a las armas unos y los otros huyeron a los montes a pasar la noticia a los Tarahumaras y Tepehuanes. El celoso clérigo tuvo que salvarse por la fuga, pero su imprudencia prendió un fuego que no pudo apagarse muchos años.

Entre estos cuidados sorprendió al P. Salvatierra la noticia de que había sido nombrado Rector de no sé qué colegio. Voló a la capital y no descansó hasta lograr del Prov. P. Luis del Canto y de sus consultores volver a su amada misión que había dejado en grave peligro. Volvió pues apresuradamente por la vía del Parral y Sisoguichic, donde recibió la fausta noticia del P. Neuman que estaba preparando a Corosia para el bautismo. A principios de 1684 se hallaba ya entre sus Cuitecos que halló gustosamente fieles y des-

pués de bautizar a unos 50, pasó a Cerocahui donde le hicieron un caluroso recibimiento.

7. Primera visita a la barranca de Urique, 1684.—En este lugar supo que en la barranca de Urique (que quiere decir tierra caliente) había algunos cristianos enfermos y determinó pasar a verlos, pues de tiempo atrás deseaba conocer aquel impenetrable escondite. Disuadíanle los indios, por no gustar de descubrir unos sitios donde se sabían seguros y por las amenazas de los Tubares allí refugiados.

Viéndole tomar el Santo Cristo, el báculo, breviario y sombrero, que solía ser todo el tren de sus caminos, el Gobernador de Cerocahui se ofreció a acompañarle, diciéndole que bien podía caminar a caballo las tres primeras leguas, que harto tendría después que caminar a pie. "Fué tal, dice el mismo Padre, el espanto al descubrir los despeñaderos que luego pregunté al Gobernador si era tiempo de apearme y, sin aguardar respuesta, no me apeé, sino me dejé caer de la parte opuesta al precipicio, sudando y temblando de horror todo el cuerpo, pues se abría a mano izquierda una profundidad que no se le veía el fondo y a la derecha unos paredones de piedra viva que subían en línea recta.

"Al frente estaba la bajada de cuatro leguas por lo menos, violenta, empinada y la vereda tan estrecha que a veces era menester caminar a saltos por no haber lugar intermedio en que fijar los pies. Desde lo alto se descubre toda la provincia de Sinaloa y la gentilidad que queda en medio de las misiones cristianas de ella, de la Tarahumara y Tepehuanes. La quebrada es muy amena y más caliente que Sinaloa. Por ella pasa un río que se va a juntar con el Fuerte o Zuaque a donde va también el Chínipas. Corre esta barranca más de 20 leguas y como diez abajo de donde yo estaba".[17]

Llegó y consoló a los cristianos enfermos y bautizó a dos gentiles en el mismo estado. Los demás, a pesar de su rudeza, no pudieron dejar de admirar tanta caridad y parecieron estar bien dispuestos. No fué el menor fruto de esta jornada el haber descubierto a muchos cristianos fugitivos que, encantados de la suavidad y dulzura del Padre, se redujeron luego a sus pueblos, creyendo que no ha-

[17] Alegre. III. 51.



Obsequio del Sr. Fco. Almada.

Lámina 29.—Vista del pueblo de Chínipas (Chih.)







Lámina 30.—(Arriba) Iglesia de Chínipas (Chih.)—(Abajo) Interior colonial y exterior actual de la iglesia de Cerocahui (Chih.)

bía lugar tan inaccesible o tan oculto que pudiese serlo a su caridad y celo. A su vuelta a Cerocahui le siguieron unos 30 Tubares y Batopilas animados a venir a instruirse y bautizarse con el Padre.

Diez años cultivó el P. Salvatierra sus misiones, afianzando sus cristianos en las prácticas religiosas y manteniendo buenas relaciones con los gentiles vecinos y especialmente con los Tubares. Ofreciéndosele abrir un camino directo de Cerocahui (por Tubares, Tzoes y Baca) a Sinaloa, sin ser requeridos, los Tubares le enviaron luego un cordel con cuarenta nudos, diciéndole que otros tantos hombres pondrían ellos a trabajar para excusarle el cansancio, cuando el camino pasase por sus tierras. Con este motivo escribió el P. Salvatierra al Provincial pidiendo licencia para emprender la conversión de aquellas gentes (24 Oct. 1684). Muchas circunstancias impidieron por entonces la realización de este proyecto. Aun antes de su nombramiento de Visitador de las misiones (1690), toda la región de Chínipas y de la Tarahumara se vieron modificadas por el descubrimiento de minas, que traían consigo españoles, oficiales de gobierno con su correspondiente guarnición de soldados y apertura de caminos.

En 1686 se descubrieron los minerales de los Alamos o de los Frailes al Oeste de Chínipas, el año siguiente se abría el mineral de Cusihuiriachi al Oriente, en 1690, a las puertas de la misión, el de Urique y en 1708 el de Batopilas sin hablar de otros de menor importancia y duración. Podían, pues los misioneros vivir en menor aislamiento sino en menor peligro y contar con la próxima ayuda de las autoridades interesadas en que se conservara el orden y la paz en el país.

8. Afianzamiento de esta misión. 1690-1730.—Pasada la época de las conquistas y de los conquistadores, empieza para el misionero sedentario la tarea, menos ruidosa pero no menos difícil de formar lentamente y con suma paciencia la nueva generación de cristianos. Casi todo queda por hacer: la formación material y manutención de los pueblos, la construcción de iglesias y casas, la educación de la niñez, el paciente aderezamiento de los viejos y esa lima sorda de la soledad y del desaliento que acomete a veces aun a los caracteres mejor templados en lo físico y en lo moral, pues no todos pueden aprender bien la lengua, acomodarse al carácter de los in-

dios, trabajar en sus labores, vivir a caballo con el escaso alimento, ni practicar hechos heroicos como el que cuenta el P. Venegas del P. Salvatierra, que, para hacer aceptar por aquellos bárbaros los castigos que merecían ciertas faltas graves, al principio se hacía azotar él mismo públicamente en lugar del delincuente hasta que éste avergonzado se ofrecía al castigo o lo aceptaba para otra ocasión.

A la salida del P. Salvatierra ya habían llegado nuevos misioneros que llenaron todas las cabeceras y aun fundaron otras nuevas. El santo P. Prado parece que se extinguió por el año de 1700 en su pueblo de Chínipas sin dejar en nuestras crónicas y menologios la menor memoria. Le sucedió el austríaco P. Guillermo Illink.[18]

En Guazapares hallamos al P. Pedro Noriega (1690-2), al P. Antonio Gomar (1692-6) y al P. José Pallares (venido en 1687); el primero que vivió de asiento en Cerocahui parece haber sido el P. Manuel Ordaz; en Loreto hallamos al P. Martín de Benavides que se extendió hasta los Pimas de Moris (1692-6) y en Guadalupe el P. Jerónimo de Pistoya, aunque entre estos mismos hubo frecuentes cambios.

Aunque lentamente, por las revueltas y falta de personal, siguió el avance entre los gentiles. No podemos precisar exactamente ni la fecha ni los nombres de los misioneros, pues varias de estas misiones se tuvieron que abandonar y empezar varias veces.

Entre los Pimas del Norte hallamos en 1673 al P. Alonso Vittorio y en 1677 al P. Matías Goñí que se consideran como fundadores de Yécora; en Morichi o Moris al P. Benavides en 1696; en Babaroco y Batopilillas (varias veces abandonados) anduvo el P. Santiago Doye por el mismo tiempo; de Cerocahui por el año de 1690 se extendió a Churo, Guapalaina y aun pasó la barranca para Pamachic; el P. Manuel Ordaz (sin saber la lengua) comenzó las misiones de Tubares, Satevó y aun Sorichi por el año de 1699; finalmente hallamos en Nabogami y Baborigami en 1708[19] al gran andador de sierras P. To-

[18] En 1706 le sucedió el P. Jorge Hostinck, ambos habían corrido graves peligros en la rebelión de la Tarahumara Alta en 1697.

[19] En el catálogo de 1678 hallamos Nabogame entre las Visitas de S. Martín Atotonilco, atendida por el P. Nicolás Ferrer por muerte del P. Nicolás Castillo. Sin duda se abandonó por su distancia. Esta misión estuvo diez años sin misionero, hasta que vino el P. Rinaldini en 1724 y duró allí al menos 20 años.

más Guadalajara fundador de la Tarahumara Alta, que sin duda también estuvo en Chínipas (pues aprendió la lengua) y había de ir a terminar sus días entre los Tepehuanes de Huejotitlán, el 6 de Enero de 1720.

Fuera de los alborotos locales, los levantamientos de los altos Tarahumaras tenían su repercusión natural en la región de Chínipas. En la rebelión de 1690, que costó la vida a los PP. Foronda y Sánchez, algunos Chínipas pretendieron dar la muerte a los PP. Pécoro y Salvatierra y sólo debieron la vida a la fidelidad de la nación, que no quiso participar del movimiento.

El alzamiento de 1697 afectó más de cerca la región de Chínipas, pues fueron asolados los pueblos de Sisoguichi, Choguita, Moris, Cajurichi y Batopilillas. Ocupadas las tropas en combatir los rebeldes por el Norte, no tuvieron los Padres más remedio que movilizar a sus propios indios. En graves peligros se vieron los PP. Nicolás del Prado y Martín de Benavides. Fué precisamente el tiempo en que el P. Salvatierra, camino de California, había venido a hacer una visita de despedida a sus antiguos cristianos. "Fueron tan continuos los asaltos, escribe el mismo, que la víspera de Nuestro S. Padre, creí que era el último de mi vida. Sin embargo, nuestros fieles Chínipas y serranos, en número de 700, acometieron en Satachiqui a los amotinados Tarahumaras con pérdida de sólo ocho de los suyos y de muchos enemigos. Duró la batalla todo el día: fueron todos a la guerra con su rosario, y fué cosa que notaron los mismos indios, que ninguno quedó herido de la cintura arriba".[20]

El 24 de Junio el General Retana había infligido una derrota decisiva al grueso de los rebeldes en la Laguna de Sisoguichi, pero esto mismo había aumentado el peligro por el lado de Chínipas, a donde se refugiaron los que escaparon de la batalla. A urgente petición de los PP. Prado y Gomar el Gral. Rezábal de Alamos había mandado una escuadra de 15 hombres al mando del Capitán Pedro de Cosío que había llegado a Chínipas el 19 de Junio y sentado luego su cuartel en Guadalupe que era el lugar más amenazado.

[20] Dice Almada, *Chínipas*, p. 84, que el P. Salvatierra llegó a Guazapares el 30 de Julio y se quedó en Chínipas hasta fines de Agosto. Esta batalla de Satachiqui se parece mucho a la siguiente de Corodechi. ¿No la confundirá el P. Salvatierra?

Con el triunfo de los indios fieles, la llegada del Capitán Cosío y la noticia de la victoria de Retana en Sisoguichi, pudieron los PP. Prado y Gomar celebrar con toda solemnidad, en acción de gracias, la fiesta de la Asunción en el pueblo de Chínipas.

El 21 de Agosto recibió Cosío un refuerzo de ocho españoles y mandó en seguida a los indios auxiliares reconocer el enemigo. Iba de Jefe Lorenzo, cacique de Loreto; Benito, cacique de Guadalupe; Lorenzo, de Batopilillas; Luis, de Chínipas; Nicolás, de Valleumbroso; Andrés, de Guazapares; Pablo, de Santa Ana y Martín, alguacil de guerra. En el camino toparon con nueve emisarios que venían a proponer alianza con los rebeldes, mataron a uno y apresaron a los ocho restantes. Sabiendo que los rebeldes eran pocos los atacaron en el peñol de Corodechi y después de una pelea de todo el día los derrotaron con muchos muertos, cuatro presos, tres indias y cuatro niños que trajeron a Guadalupe con los ocho emisarios. A éstos los ajusticiaron el 28 de Septiembre 1687, confesados los cristianos y bautizados los infieles por el P. Martín de Benavides. De entre los Chínipas hubo nueve muertos, entre ellos Pablo, el cacique de Santa Ana.

Habiéndose reconcentrado los alzados en Batopilillas, el P. Prado y el P. Leal, Visitador de Sonora, fueron a solicitar los auxilios del Capitán Lacarra de Alamos, quien les mandó 35 hombres bien abastecidos. El Gral. Retana por el Este remitió otros 35 al mando del Gral. Alday. Con este refuerzo, salieron Cosío y Alday de Guadalupe con 44 arcabuceros y 260 indios auxiliares. Al amanecer el 8 de Noviembre cayó sobre el pueblo de Batopilillas, pero la indiada avisada se había hecho fuerte en las alturas vecinas. Entró en el pueblo, quemó todo el maíz y fué a atacar al enemigo. Mientras se trababa la lucha, unos rebeldes asaltaron por detrás la caballada y se llevaron dos mulas cargadas de harina y otra con todo el ajuar del P. Ordaz que acompañaba la expedición. Con la confusión huyeron todos los indios fieles y los españoles no tuvieron más remedio que retirarse camino de Loreto, perseguidos hasta que se hicieron fuertes en una meseta sin agua. No pudiendo allí manejar los caballos, tuvieron que sufrir a pie cuatro asaltos hasta las cuatro de la tarde. Entonces, desesperando de la victoria, los indios, por medio de Nicolás de Arisiachi, pidieron una tregua y al fin se convino en que bajara el P. Ordaz a hablar con ellos a vista de los españoles.

Hizo el Padre que levantaran el sitio y regresó a informar que los indios querían realmente la paz. A petición de los mismos indios, según el P. Neuman sin avisar al Capitán, por la tarde partió el Padre para Batopilillas. Como muestra de confianza se quedó a dormir en el río bajo unos sauces con unos seis criados que le acompañaban. Pero al amanecer fué sitiado por los rebeldes que a su vista mataron a los que estaban con él y él mismo puesto de rodillas con el crucifijo en la mano esperaba su turno, cuando llegó el cacique Nicolás de Arisiachi y evitó le mataran, haciendo que le devolvieran sus vestidos y le encaminó tres leguas en dirección a Loreto. Al despedirse el Padre le regaló su montura y el día 10 llegó a pie a Loreto, informando al Gral. Alday del mal resultado de su comisión.

No hallándose allí seguro, Alday vino a poner sus reales a Guadalupe.[21] Como los indios todo el año de 1697 no habían podido hacer sus siembras, en Abril de 1698, se rindieron, pero se les obligó a venir a radicarse a los pueblos de Chínipas, Guadalupe y Santa Ana, donde pudieran más fácilmente ser vigilados. Arreglada la pacificación, el Gral. Alday emprendió el 14 de Julio su vuelta al Parral.

En Febrero del año siguiente, a petición de los PP. Pinelo de Yécora y Gomar de Chínipas, tuvo el Gral. Rezábal de Sinaloa que hacer nueva entrada y finalmente otra decisiva en 1700 entrando en Batopilillas el 13 de diciembre y pasando de allí a Moris y Maycoba donde se juntó con Rezabal y el Gobernador Larrea, que venía a afianzar la pacificación general de la Tarahumara.[22]

[21] Para el año de 1698 señala el P. Neumann en su "Historia Seditionum" un ataque a los soldados de Rezábal en Guadalupe, dirigido por el mismo encargado del ganado de los Padres. "Fué tal su disimulación, que la víspera del asalto se atrevieron los rebeldes a ir a cenar a la casa del Padre para ver la gente y armas que traía el Capitán. Enterados de su poco número, los atacaron ya entrado el día y al pasar el río, el pastor fué herido en la pierna de un arcabuz, teniendo que retroceder. El P. Illink, vestido de estola y sobrepelliz y con el Cristo en la mano exhortaba desde la puerta de la iglesia a los españoles. Huyeron a Yécora". Habla tal vez de oídas, pues Almada no refiere el hecho.

[22] Almada: Chínipas, p. 95, dice que el año de 1700 el español D. Alfonso Fernández de la Torre hizo al morir la donación a la Compañía de la hacienda de Guimeraes, con sólo la condición de que se pasaran $350.00 de subsidio a las misiones de Chínipas y Yécora, cantidad que dice, no se les pagó, siguiendo estas misiones todo el tiempo recibiendo el subsidio real de $300.00. No estamos cali-

Los sucesores del P. Prado, PP. Illink y Hostinck incurrieron en la debilidad de volver a permitir la vuelta de los Batopilillas a su pueblo natal donde por dos veces se volvieron a levantar, necesitando el recurso de las armas. Nunca pudieron los españoles desalojar a los Babarocos de sus escondrijos. El único medio que se ofreció fué, de acuerdo con los Rectores Luis Mancuso y Martín Benavides, fundar las misiones de San José de Batopilillas y San Luis de Babarocos y evangelizarlos en sus propias tierras (1719).

Desde esta fecha, no hallamos en esta misión más que la rutina ordinaria de las otras misiones: motines parciales, altercados con ciertas autoridades, rebeldía de individuos y falta de personal.[23]

9. Epoca de decaimiento, 1731.—La segunda generación de misioneros no correspondió a la primera, y por el informe del Visitador del año de 1731, que vamos a resumir, vemos que se dejó miserablemente de continuar la obra de avance. De las diez cabeceras que hubo, no había a la fecha más que cuatro que tuvieran misionero y de éstos uno sólo era hombre capaz y celoso. Es verdad que la misión era, tanto o más que la de Topia, montañosa y fría en las alturas, caliente en las barrancas, de comunicaciones muy difíciles entre los pueblos y, con el resto del mundo, la peor de todas; pero la indiada era más sana, densa y dócil y menos contaminada de mineros y españoles.

Empezando por el Norte, hallamos las cabeceras de *Moris* y *Yécora* "hace nueve años que están sin misionero. Son estos indios Pimas que por esta parte llegan hasta la región superior del río Mayo. Yécora estaba a la sazón sin gente,[24] pero quedaba la visita de

ficados para refutar esta malversación. Pero sí nos parece enorme la otra afirmación, de que los Jesuítas, al tiempo de la expulsión, habían en fondos semejantes, malversado $1.680.000. Podemos a veces admitir incompetencia, pero el robo ha sido tenido siempre por los Jesuítas por lo que es, y sabemos la confusión inextricable en que quedaron sus cosas en manos de los liquidadores. En ninguna parte hemos hallado *creída* una acusación tan estupenda.

[23] En 1723 cita Almada (Chínipas, p. 137) los altercados de los misioneros con el petulante Capitán Nicolás Crisóstomo Andrino, Justicia Mayor de Urique.

[24] Yécora fué empezada por el P. Alonso Vittorio en 1673, juntamente con su visita Maycoba, pero tal vez el primer residente fué el P. Matías Goñi en 1677. Arch. Ysleta. Miscel. El P. Pedro Proto que allí estuvo de 1723 a 1730 dice que sus indios eran cristianos nuevos.

Maycoba y con la de Yepachi se podía formar muy bien una buena misión en Moris. A la sazón la atendía el robusto y celoso P. Glandorff que, bajando de Tomochi y su visita Cajurichi,[25] recorría los pueblecitos de Jicomorachi (41 familias cristianas y algunos gentiles), Batopililllas (37 familias),[26] Epifanía Babaroco (17 familias),[27] y Moris.

La próxima cabecera al Sur era *Santa Ana* con su iglesia nueva, hecha por el P. Juan B. Duquesney, y su visita Loreto, con su iglesia en ruinas. En Loreto hay 109 niños de doctrina y en Santa Ana unos 80. Parece gente dócil, devota y bien criada, pero, como hace cuatro años que no tiene misionero y sólo los visita una vez al año el P. Martini desde Chínipas, se están volviendo a la libertad de sus montes.[28]

En *Chínipas* residía el P. Antonio Martini, de 44 años de edad, 12 de misiones, coadjutor espiritual, buen religioso, económico y prudente, pero no muy celoso y algo flojo por lo que le pesa el cuerpo. Tiene el natural poco conforme a los indios con quienes se comporta con demasiada seriedad y aspereza, causa porque en Norogachic, donde estuvo ocho años, fué mal querido de los indios. No está aún expedito en la lengua y, aunque predica, lo hace rara vez por la vergüenza que le causa: sin embargo no hay nota grave para que sea excluído para Superior de la misión. La iglesia es capaz, aunque vieja con adorno pobre y feo (poco después se cayó el techo). La sacristía tiene buenos ornamentos, seis blandones de plata y lo demás necesario, menos la música de voces que está arruinada en dos viejos que no se sabe lo que cantan. La casa (que fué buena con su patio de naranjos, limones y cidras) es fea y para venirse abajo. Hay 55 familias Tarahumaras, 14 advenedizas de Guazapares y cuatro de razón. Es gente algo retobada por lo que han comunicado con

[25] Cajurichi había quedado destruído después del levantamiento que tuvo allí su centro. Lo había reedificado el P. Glandorff.

[26] Se halla a veces con el nombre de Batopilas. Modernamente se ha distinguido con este nombre.

[27] Allá empezó a formar un pueblo el P. Doye, pero no tuvo asiento hasta el año de 1740 en que lo repuso el P. Manuel Clever, Rector de Santa Ana, siendo su primer residente el P. Fco. Slesac.

[28] En 1737 se había puesto en Santa Ana al P. Honorato Visconti, pero tuvo que salir, pues se estaba volviendo loco.

los blancos. Su visita Guadalupe seis leguas río arriba (que hay que vadear 28 veces) tiene iglesia con crucero y casa aun mejor que Chínipas, pero sin ornamentos que los tiene que llevar cuando va, que será sólo a los difuntos y a las fiestas. Tiene 75 familias y es gente buena, porque el General indio, D. Esteban, a quien respetan mucho, cuida de que se conserven los bienes y costumbres, aunque falta música de voces.

A ocho leguas de camino de sierra por dos cuestas bien pesadas, está la misión de *Sta. Teresa de Guazapares,* hace cuatro años sin ministro, aunque está ya señalado el P. Baltazar Raux. La iglesia es pequeña, pero muy aseada, tiene su retablo de talla dorado y varios hermosos cuadros en los lados; hay otros tres altares y la capillita del presbiterio. Hay dos lámparas bien grandes, seis blandones con cruz manga de plata, atril, custodia, tres cálices, uno precioso con pequeños diamantes y buenos ornamentos; sólo falta música de buenas voces en el coro. Hay 130 familias de gente bien criada y devota, aunque ha años no tienen padre y se han de contentar con las visitas del P. Duquesney de Cerocahui.

Los bienes, no ha muchos años, eran abundantes, pero en tiempo del P. Alberto se deterioró bastante. Hay en tres ranchos más de 800 reses, tres manadas de yeguas, 30 mulas mansas y cerreras, 20 caballos mansos y 5 yuntas. Puédense coger de temporal 300 fanegas de maíz, 8 fanegas de trigo, 22 de frijol y en dos cañaverales de tierra caliente solía coger el P. Benavides 50 cargas de chancaca (hoy apenas se siembra y está todo perdido). De fruta de duraznos y membrillos solía coger ocho fanegas y de orejones tenía fruta pero no había venta. La visita de *Temoris* tenía casa e iglesia y 97 familias.[29]

Dejando ahora por un momento al Este la Misión de Cerocahui donde estaba el P. Duquesney, bajemos a la de *Tubares* en el río Fuerte, aquí llamado Verde. Fué esta misión de la Concepción de Tubares, años anteriores, de las más acomodadas en iglesia, casa, ganado, ranchos y aun de gente buena. Por estar el lugar sin misione-

[29] El año 1738 logró esta misión al gran misionero Pedro Pablo Macida natural de Cerdeña que había de permanecer allí hasta la expulsión. Luego empezó a fabricar capillas en sus visitas de Temoris y Tepochi. Hablaba admirablemente la lengua y escribió en ella muchas doctrinas e instrucciones. Murió desterrado en el Puerto de Santa María a 30 Agosto 1768 Cf. Félix Sebastián su compañero.

ro, viene cuando puede el P. Duquesney de Cerocahui; pero lo peor es que desde que fundó la misión en 1699 el P. Manuel Ordaz (que nunca supo entenderse con los indios), vino el P. Monresin (?) que tampoco sabía la lengua. Así es que nadie sabe la doctrina sino unas cuantas oraciones en castellano que rezan como papagayos. ¡Gran descuido en tantos años así de los Padres que la han administrado, como de los Rectores y Visitadores que no han puesto remedio! El último ministro era del todo negado al oficio de misionero. Así en la cabecera y en los tres pueblos de visita: S. Ignacio, S. Miguel y S. Andrés Baimoa sólo se habla y entiende el Tubar. Hay en Tubares 88 familias actualmente diezmadas por la viruela, 10 en S. Ignacio, 57 en S. Miguel y una docena en S. Andrés que es un rancho. La capilla de S. Ignacio sin puertas ni ornamentos con señales de que el Padre no ponía allí los pies en todo el año; la iglesia y casa de S. Miguel son dos malos jacales.

La otra misión al Oriente es la del *Santo Angel de Satevó* a una legua del Real de Batopilas que no ha tenido ministro desde que se fué el P. Lorenzo Mendívil[30] y es visita de Tubares, pero el Padre no ha ido allá por no saber el Tarahumar más que el Tubar. Tiene 40 familias sin iglesia ni casa para el Padre. Tenía, ocho leguas río arriba, por visita el pueblo de *Sorichiqui* con 80 familias cristianas y muchos gentiles.[31] No hay iglesia ni casa; sin embargo siembran algo para la misión de Tubares. Ahora subió allí el P. Duquesney de Cerocahui, cruzando la barranca 20 leguas por caminos que llaman de los Angeles, y son de todos los diablos, porque da miedo y terror verlos. Pide un apóstol para administrar aquí. ¡O si hubiera otro del espíritu del P. Duquesney, cuán otros fueran los cristianos de estos pueblos desamparados por la aspereza de la tierra, que despide de sí a quien busca comodidades y sólo puede vivir en ella quien desea imitar a Cristo en el Calvario y buscar almas entre las espinas, trabajos y cruces! Tal vez sería mejor agregar este pueblo al de Tonachic que está más cerca y ahora va fundando el P. Gera.

[30] Expulso murió de repente en 1739.

[31] Visitada a través de la barranca, por el P. Martín de Benavides que bautizó unos pocos en 1698 y atendida luego por el P. Jacobo Doye (franco-belga) de Cerocahui, que bautizó los adultos y los reunió en tres lugares.

Pasemos ahora a las dos misiones más remotas al Sur en la parte superior del río Verde y son de Tepehuanes; Baborigame y Nabogame, ambas en tierra fría entre pinares, en la sierra que separa estas misiones de las de Sinaloa. Baborigame tiene sólo el nombre de misión y pueblo; la iglesia está en sus cimientos y la casa que hizo el Padre de piedra será inhabitable por húmeda y fría. Los ornamentos, los tiene en el trapiche que ha formado en Guerachic con 26 familias de Tarahumaras y dos o tres de razón que le sirven y trabajan y cojen 16 cargas de panocha con más costo que provecho y aunque dice que es su comer, no es sino que, por huir de la inclemencia y rigor del frío, hizo allá su asiento y una capillita. En Baborigame dice el Gobernador que hay 161 casados y, aunque hay tierras para que todos siembren, se le han huído y no viven allí más de diez familias. Es paraje frigidísimo y mal sano y no es fácil se halle Padre de la robustez que pide para sufrir el rigor de esta temperatura. El actual, P. Lorenzo Gera profeso, de 40 años de edad es inconstante, ponderativo, quejumbroso, cambalachero, codicioso, llorón, pedigüeño y nada a propósito para una misión trabajosa como es en la que ha ocho años que está; no tiene genio para tratar con indios, es esquivo y regañón; con los españoles amoroso y placentero, se le han retirado los indios, ni los quiere ni lo quieren, no conoce ni los alcaldes y justicias, sabe la lengua Tepehuana razonablemente y algo la Tarahumara. De niños de doctrina no da razón.

Doce leguas al Sur en la misma sierra está el pueblo de *Nabogame* y es su ministro el P. Benito Rinaldini, profeso, de 38 años de edad y 8 de esta misión; sujeto amable y de buenas prendas, sabe bien la lengua, pero se vale de sirvientes de razón para el campo porque le falta el dominio y eficacia con que debiera sujetar a los indios. La iglesia es un cañón decentísimo de adobe con su color natural, sin un cuadro, con el techo de morillos todos podridos y cayéndose por las muchas goteras, sin puerta alguna, mas que un enrejado de palos como en corral de cabras, para que no entren las bestias. Doctrina habrá pocas veces, hasta ahora no han venido ni tocado una vez. Pide remedio con algún misionero de fervor y celo que reduzca a los indios y entable las buenas costumbres. Viven en el pueblo 71 familias y 35 niños de doctrina: es verdad que yo no conté en la iglesia más de 15 hombres y 13 mujeres; estarían en tierra caliente, para huir el rigor del frío. Tiene rancho con regular

cosecha y buen número de reses y un trapiche en el pueblecito de Batayapa (Chinatún ?) donde coge 16 cargas de panocha y es refugio del padre en el invierno, con sólo una capilla comenzada y 18 casados. En rigor bastaba un solo ministro para Baborigame y Nabogame, porque dos padres están lo más del año metidos a trapicheros. Dice el P. Rinaldini que sus indios no entienden la doctrina en lengua Tepehuana antigua y por eso les está enseñando en la moderna que ha reducido a arte y en ella están bien instruídos niños y adultos.[32]

Pasemos ahora a la única misión floreciente de esta sierra: la de *Cerocahui* en tierra algo fría, en el riñón de la sierra. Su ministro es el P. Juan B. Duquesney, profeso, de 47 años de edad y 12 de estas misiones, sujeto muy amable, religioso, celoso del bien de las almas, amante de los indios, muy trabajador, piadoso, devoto, prudente, docto y pacífico. Es también de mucha economía, con grande generosidad y ánimo bizarro. Ha labrado cuatro iglesias, una en Santa Ana donde estuvo que la dejó casi acabada, dos en los pueblos de su visita Churo y Guapalaina y la de Cerocahui que está haciendo muy buena con su crucero y arcos que costarán bien. Tiene ornamentos suficientes, aunque nada rico, todo aseado y curioso.

Hay en Cerocahui 130 familias, de gente muy repartida por la aspereza de la sierra que no da lugar a las siembras sino a las orillas de las barrancas donde viven lo más del año; tienen sus casitas ovaladas, sus ovejas y tejen de la lana sus frazadas y mantas. Me pareció gente dócil, inocente y bien criadas sin los retobos de los ladinos, de los cuales apenas hay alguno que entienda castilla.

Tiene tres pueblos de visita: *Cuiteco* con más de 400 familias, iglesia nueva que yo la bendije, pero sin música de voces como en la cabecera; *Churu* con 137 familias con iglesia nueva que he de bendecir; y el pueblo nuevo de *Guapalaina* que fundó el P. Jacome

[32] En 1744 estaba todavía el P. Rinaldini en Nabogame, pidiendo misioneros al P. Provincial "de los nuevos que vienen de Europa, de carácter frígido para que, cuando no encontraran el martirio violento que habían imaginado, tuvieran aliento para otro más lento, largo y diuturno, al menos para la variedad de cruces que no les faltarán en semejante paraje". Misc. Mex. VII. 441. Publicó al fin en 1743, su arte para aprender la lengua Tepehuana con vocabulario, confesionario y catecismo.

Doye[33] en la barranca de Urique agregando algunos gentiles con algunos cristianos que allí vivían. Tiene 37 familias con otras 20 de gente de razón que viven cerca de la iglesia nueva que se acaba de estrenar. Todas estas misiones están bien abastecidas de ganados y variedad de cosechas.

A la sazón, como vimos, tenía también encargadas el P. Duquesney las cabeceras de Guazapares, Tubares y Satebó con todas sus visitas. Es uno de los héroes desconocidos de nuestros anales y menologios.

9. Ultimos años y renuevo de la misión.—Continuaron estas misiones algunos años con las mismas dificultades que provenían en gran parte de la gran falta de personal que padecía la Provincia por la demasiada extensión de sus misiones. En la visita que hizo el año de 1742 a esta misión[34] el P. Lucas Luis Alvarez anotaba que las misiones de Chínipas y Santa Ana se hallaban vacantes, la primera por haber fallecido el P. Gabriel de Urrutia que la administraba, que en esta fecha no existían iglesias en Chínipas, Santa Ana y Loreto y que la de Guazapares la habían dejado caer con el

[33] Alegre escribe Jacobo Doye. III. 162.

[34] Al P. Wirtz debe corresponder la fundación de los pueblos, curiosamente llamados: *Gloriosas llagas de Cristo resucitado* y *Huída de Jesús María y José*, que el Lic. Rafael Rodríguez Gallardo, Juez pesquisidor, ordenó en su visita de 13 de Dic. 1749. Cf. Ocaranza, Crónicas, 1,137 Véase: Vida M. S. del P. Wirtz por el P. Jav. Weiss. M. S. Arch. Prov. T. II. N. 4.

El Sr. *Almada* pone en su libro de Chínipas el catálogo de los misioneros de esta región, en la forma siguiente, p. 175:

Chínipas: PP. Juan B. Duquesney, Gabriel Urrutia. Juan Isidro de Abee y Juan Cubedo como Visit. desde 1743.

Guazapares: PP. Alberto Zarzosa, Pedro Macida desde 1738.

Santa Ana: PP. Honorato Visconti, Antonio Martini, José Garfias, Ignacio González, José Escalona y Manuel Clever rector desde desde 1750.

Cerocahui: PP. José Ant. Landa, Luis Téllez Girón, Juan B. Duquesney, Leonardo Bravo y desde 1750 Nicolás Sachi.

Baburigame: PP. Juan B. Buques, Carlos Neumayer y Fco. Jav. Weiss;

Nabugami: PP. Benito Rinaldini, Miguel Wirtz y Blas Miner;

Yécora: PP. Antonio Quintero, Martín Vallarta, Luis Falcumbide, José Atanasio Merino y José Wazet desde 1751;

Tubares: PP. Fco. Ma. Domínguez, Nicolás Sachi, Leonardo Bravo y José Félix Sebastián.

Satevó: PP. Pedro Estrada, Juan Antonio Núñez y Wenceslao Kolub. No pude precisar el movimiento de los Padres de Moris, Batopilillas y Conicarit.

pretexto de construir una nueva. Afortunadamente por Octubre de 1743 fué señalado para Santa Ana el P. José Escalona y para Chínipas, donde había de permanecer 24 años y reconstruir el templo, el P. Juan Cubedo.

A mediados del siglo cambió por completo la faz de la misión, que llegó a ser la mejor organizada y administrada de nuestras misiones si se exceptúa la de California. Llegó a tener doce cabeceras con ministros de la calidad que requería el P. Rinaldini. *En el Norte* estaban las de Yécora (Maycoba: visita), y Moris de Pimas, la nueva de Babaroco (visita: Batopilillas) empezada en 1719 y cultivada desde Santa Ana desde mediados del siglo por el Rector P. Manuel Klever; en *el centro* las de Santa Ana, Chínipas, Guazapares y Cerocahui; *en el Sur* cobró nuevo vigor la de Tubares bajo la administración del historiador P. Félix Sebastián y la de Satevó (Visit. S. Andrés) con la del parraleño P. Luis Martín.

De éste escribe su compañero el P. Sebastián que "suplía su fervor, en estas horribles barrancas, a su débil salud, que por sí mismo hizo de artífice y operario en la construcción de las capillas; pintó las de S. Miguel y de Satevó y las adornó con cuadros de la Virgen de los Dolores de que era muy devoto. Una orden del Visitador le llamó al Parral (pues los Comisarios no se atrevieron irle a buscar en sus serranías). Al momento dejó su nueva grey para ir a morir en el destierro de Bolonia el día de Na. Sra. de los Dolores a 6 de Marzo 1779".

Aun las lejanas misiones de Baborigame y Nabogame habían resucitado, la primera con el P. Javier Weis y la segunda con el P. Miguel Wiytz el año de 1744. Allí pueden aún verse la iglesia, curato y casa de misión que levantó el P. Miguel. Recordaron largo tiempo los indios la caridad del Padre con los pobres, sus correrías por los montes, las labores que abrió en los 19 años que allá vivió, gastando prematuramente sus robustas fuerzas. Para curar sus enfermos se valió del libro de medicina que había escrito su paisano el H. coadjutor Juan Steineffer, y para la lengua de la gramática de su predecesor P. Rinaldini. Después de disimular mucho tiempo sus achaques, llamado con urgencia a México para curarse, se levantó de la cama, hizo que le vistieran y calzaran las botas para emprender el viaje, mas vió que no estaba para otro que el de la eternidad, y

así se hizo descalzar y, sin otra tribulación que la de dejar abandonados a sus hijos, falleció el 1 de Abril de 1763 a los 59 años de su edad.[35]

Nos hemos detenido más largamente en Chínipas por ser poco conocida esta misión occidental de Chihuahua. Pasemos ahora al Oriente donde se han desarrollado todas las actividades de la civilización, antiguas y modernas.

[35] El estado de esta misión en 1759, según el Sr. Tamarón era el siguiente: El mineral de *Batopilas* era el único que administraba un clérigo: tenía 227 familias.

Nabogame tenía 265 Tepehuanes y dos españoles. Visitas: Chinatún, 238 Tarahumares; Sta. Rosalía, 290 Tepehuanes;

Baborigame (dos días de camino al Norte del anterior), 300 Tepehuanes. Visitas: Real de S. Juan Nepomuceno, 38 españoles y 55 indios; Cinco Llagas, 155 indios mixtos; Sta. Rosa, 77 indios mixtos; Tenoriba (día y medio de camino), 121 indios mixtos; San Andrés (dos días al Norte), 287 indios mixtos; Paciencia de Cristo (tres días), 110 almas.

Satevó (Angel Custodio), 220 Tarahumares. Visita: Concepción Tubares (16 leguas), 216 Tubares; San Miguel, 201 Tarahumares y 15 españoles.

San Ignacio Tubares, 250 Tubares.

Cuiteco, 293 Tarahumares. Visita: Temoris, 85 Tarahumares. Otro pueblo. Visita: Churo, 230 Tarahumares; Guapalaina, 118 Tarahumares y 15 españoles.

Cerocahui . . .

Guazapares, 300 Tarahumares. Visita: Temoris; 85 Tarahumares. Otro pueblo.

Chínipas, 146 Tarahumares. Visita: Guadalupe; 177 Tarahumares.

Sta. Ana, 280 Tarahumares. Visita: Loreto, 509 Tarahumares.

Yécora, 118 Pimas.

Moris, 145 Pimas.

Maycoba, 251 Pimas. Estos tres últimos son de Ostimuri, no de Vizcaya.

Total: 6,204 indios.



Lámina 31.—P. Cornelio Beudin. Martirizado en Papigochi (Chih.) el 4 de Junio de 1650.

CAPÍTULO VII

MISION DE LA TARAHUMARA BAJA.

1607

1. Primeros contactos con los Tarahumares.—Habita esta nación casi toda la vertiente oriental de la Sierra Madre que divide el moderno Estado de Sonora del de Chihuahua en que se hallan todas las antiguas misiones de Tarahumares. Sus orígenes etnológicos no han sido aun bien estudiados aunque se clasifica claramente en la familia lingüística Opata-Jova-Tarahumar, hermana de la Pima-Tepehuana y de la Cahita (Yaqui-Maya-Tahue) todas anteriores a la invasión Azteca. El P. Leonardo Gassó en su Gramática Rarámuri o Tarahumar (México 1903) señala numerosas relaciones lingüísticas con la remota tribu Quichúa del Ecuador, cosa que se presta a las más fantásticas cavilaciones.[1]

[1] Parece el P. Fonte haber sido el primero en llamar Tarahumares a los de esta tribu en sus escritos. Ellos se llaman Rarámuri, usando la r por la t, como es frecuente aun entre sí: *rara* es pie y *huma* es correr, *re* adjetivo: el que corre veloz, sin duda por los juegos de carreras tan usados entre ellos. La terminación de sus pueblos en *Chic*, que significa *lugar* como la terminación azteca *can*, el Opata *Tzi*, con la *c* final es corrupción fonética por *chi*, *chiqui* y *chique* (aunque usada por el P. Tellechea en su gramática, los PP. Guadalajara y Tardá en su carta al P. Jiménez en 1676, el P. José Pascual en su Anua de 1651 y Arlegui en su Crónica editada en 1737 y en todos los mapas y documentos oficiales del Estado). La lengua Tarahumar, según dicen los PP. Gasó y Ferrero y lo usan los de Chihuahua, no tiene palabra que termine en consonante, y los Chihuahuenses dicen corrientemente, Uruachi, Papigochi, Carichi y los indios a lo más Uruachiqui, con la *qui* apenas perceptible. El Dr. E. Brondo Whitt de Papigochi y el

Sea de esto lo que fuere, cuando entró el P. Fonte en contacto con aquella nación, desde los Tepehuanes el año 1607, se hallaban en plena barbarie y fué él el primer blanco que penetró su región y aprendió su lengua. Las únicas poblaciones de españoles que había en la Parte de Chihuahua eran las minas de Sta. Bárbara (1567) y la misión de Franciscanos de S. Bartolomé (Allende 1570), que eran de indios Conchos. Las fronteras de los Tarahumares eran el río Conchos desde San Felipe Conchos hasta un poco al Norte de San Pablo Balleza donde empezaban los Tepehuanes. Las colonias de Tarahumares, que se hallaron después al Sur de esta línea, como Bocas (Villa Ocampo) y otras al derredor de Balleza y de Huejotitlán, fueron importadas del Norte. Las minas del Parral que atrajeron no pocos trabajadores Tarahumares, no se descubrieron hasta el año de 1637.[2]

Los primeros contactos, que tuvo el P. Fonte con los Tarahumares, los refiere en una carta al P. Provincial fechada de Guadiana a 22 de Abril 1608.[3]

Por Octubre de 1607, tenían guerra los Tepehuanes del Valle de San Pablo (Balleza) y unos amigos suyos Tarahumares contra otros Tarahumares de tierra adentro y, viniendo a pedir auxilio a los Tepehuanes de Guanaceví y Ocotlán, donde estaba el P. Fonte,

historiador D. Fco. R. Almada hacen campaña por la supresión de la *c* (Boletín Chihu. de Estudios Hist. I. pp. 265 y 353) por más conforme con la lengua y sus vecinas Pima-Opata que tienen su correspondiente en *chi o tzi.*

[2] La bibliografía de esta raza es muy extensa. Además de los estudios de los modernos misioneros, pueden verse los historiadores de Chihuahua; José Ma. Ponce de León (Reseñas Históricas, I. 1913), Fco. R. Almada (Apuntes Históricos de la región de Chínipas, 1937; La rebelión de Tomochic, 1938); el citado Boletín de Estudios Históricos; Carl Sauer: The Distribution of aborigenal tribes, p. 82; Carl Lumholtz: Unknown Mexico, London 1903, 3 Vol. The Tarahumara, an indian Tribe of Northern Mexico, por Wendell C. Bennett and Robert M. Zingg. University of Chicago Press, 1936 . . .

[3] Alegre, II. 6, trae parte de ella. Copia completa Arch. de Ysleta. Hemos de notar aquí desde un principio, que nuestra división de *Tarahumara Alta y Baja,* no es la usual entre los de la región, que llaman Tarahumara Baja la parte occidental de la vertiente de los ríos Fuerte y Mayo o la región de Chínipas abajo. Nuestros autores usan *Tarahumara antigua* y *Tarahumara Nueva o Alta.* Por *Baja* nosotros entendemos los llanos del Oriente, Bocas, S. Felipe, S. Borja . . . y por *Alta* la nueva y montañosa, de la segunda época. Oficialmente esta misión baja se llamaba de la "Natividad".

rogó un cacique Tepehuán al Padre interviniera para apaciguar las partes y hacerlos amigos, enviando al cacique de Ocotlán para que les hablara en su nombre.

"A mí me pareció, dice el Padre, que no harían caso de mí. Dijéronme que sí harían, ya que me conocían, aunque no hubiese andado su tierra. Verdad es que a los caciques Tepehuanes y a otros de los Tarahumares conocía, por haberlos visto diversas veces que han salido a conocernos. Envié al dicho cacique dijera a los Tepehuanes y a sus amigos Tarahumares no persiguieran a sus contrarios ni ayudaran a los que lo querían. Unos y otros recibieron muy bien el consejo y, como el cacique era ladino, les pidió a los Tarahumares el número de los que esto decían y lo trajo en una taleguilla de huesezuelos, y eran ochocientos cuarenta y dos de guerra, sólo los Tarahumares sin los Tepehuanes, de donde verá V. R. si es buen número de gente".

2. Primera entrada formal del P. Fonte. 1608.—El P. Fonte nos ha dejado una relación de sus impresiones en esta, al parecer, su primera entrada formal en la Tarahumara, de que no queremos privar al lector.[4]

"Pasadas las aguas, dice, hice mi viaje a las rancherías de los Tarahumares, por enterarme de la gente de aquellas tierras y de camino darles algunas noticias de Dios Nuestro Señor y con pretensión de congregar, en el Valle de San Pablo, la parte que pudiere de esta gente. Lo uno por habérmelo ellos pedido y lo otro por ser el puesto bueno, apacible y capaz.

"Acompañáronme cuatro caciques con alguna otra gente, en la cual solas dos personas había bautizadas, uno, el muchacho que

[4] El P. Pérez Rivas no pone fecha a esta carta (Triunfos. p. 593). Alegre pone, la que llama segunda entrada, el año de 1611. Bien pudo el P. Fonte haber hecho varias entradas y esta primera el año de 1608 en que fundó el pueblo de Balleza, haciendo dos viajes a Durango, uno para informar al Gobernador del primer pueblo y otra, pasadas las aguas, a dar cuenta de su visita de la Tarahumara. A la fecha no conocemos bien los movimientos de estos primeros misioneros. Parece cierto que hasta 1611 no se hizo otra tentativa de misión formal en la Tarahumara. A la fecha el P. Martín Peláez, gran amigo de las misiones y a la sazón Provincial, hizo nueva excitativa de avance y los PP. Valle y Cisneros bajaron desde Papasquiaro a visitar los Xiximíes y Humases del Sur, mientras el P. Fonte desde su misión del Zape hizo nueva entrada a la Tarahumara.

me ayudaba a misa y otro, de los caciques que poco antes se había hecho cristiano. Llegué a las rancherías de los dichos indios, alejándome 18 leguas del Valle de San Pablo. El camino que conduce es algo razonable, adelante, dicen los indios, que hay quebradas por las cuales no pueden pasar las cabalgaduras. La morada de mucha gente es de cuevas (que hay muchas en su tierra) y algunas tan capaces que en una vive una parentela, haciendo sus divisiones de casillas dentro.

"Usan el vestido de sus mantas de pita, que saben bien labrar las mujeres y éstas cuidan de su vestido de las mismas mantas: son muy recatadas y no usan sentarse ni entremeterse con los hombres. En enterrar a sus difuntos se diferencian de las otras naciones, en tener lugar señalado y apartado a modo de cementerio, donde los entierran poniendo con el difunto todo el ajuar de que usaba y comida para el viaje; y la casa donde se había muerto se quemaba o totalmente se desamparaba, y el luto de los parientes era cortarse el cabello.

"El natural de esta gente es más blando y dócil que el de los Tepehuanes. El modo de recibirme era, que antes de llegar a su pueblo como dos leguas, tenían puestas atalayas para que, en descubriéndome, fuesen de carrera a avisar al pueblo, donde toda la gente, hombres y mujeres con sus niños, se juntaban en hileras para el recibimiento, precediendo el cacique con su lancilla o chuzo, plumería y otros adornos que ellos usan.

"Salían a encontrarme buen rato antes de llegar al pueblo, llegando todos a que les pusiese la mano en las cabezas. Acompañábanme hasta el pueblo donde había de parar. Aquí les hacía una plática, dándoles a entender el gusto que tenía con su vista y que sólo el amor que les tenía me había traído a su tierra, con que por entonces los despedía.

"Ellos cuidaban luego de enviar la comida que tenían de su maíz y otras cosillas para mí y la gente que me acompañaba. No podré significar el contento y alegría con que después volvían a verme, significando el que tenían de verme en sus tierras. Y aunque en la primera entrada las mujeres estaban con encogimiento, por ser cosa tan nueva la que veían, pero, viendo ya que los hombres me hablaban sin recelo y yo a ellos como los padres a sus hijos, ellas

también llegaban a hablarme como a su padre, añadiendo, así los hombres como las mujeres, que los volviese a ver en su tierra. Predicábales algo de la necesidad del santo bautismo para salvarse.

"Avisóme un indio de que un hijo suyo se estaba muriendo, fuí a visitarlo en su cueva y, por estar muy en peligro de morir, le catequicé, y él tenía ya alguna noticia de cosas de la fe por la vecindad con los cristianos y quedó bautizado. Supe que había otros cuatro niños párvulos enfermos y con gusto de sus padres también quedaron bautizados. ¡Qué lances son éstos en que Dios tiene librada la salvación de algunas de estas almas! Estando bautizados estos niños, una india con su marido cargaron con un hijo suyo muy enfermo de viruelas, pidiéndome lo bautizara, lo cual hice con grande gusto suyo y mío por estar muy al cabo.

"Antes de partirme de esta tierra, quise tomar razón del número de gente de esta nación; y por la cuenta que me dieron, hallé que serán unas 3.160 personas, sin las de rancherías apartadas que no pude visitar. Dejéles señalados cuatro indios que parecieron más a propósito con título de Fiscales, a los cuales repartí su comarca, para que de cuando en cuando me vayan a visitar a pueblos cristianos y yo vaya conociendo y tratando a la gente y disponiéndola a la doctrina y se vayan acariciando a poblar en puestos acomodados, como ya muchos lo desean: Dios les lleve adelante su buen propósito con la protección del apóstol de las Gentes San Pablo, a quien he hecho patrón de esta misión.

"A la partida de sus pueblos, me han acompañado un buen trecho hombres y mujeres y los caciques con algunos otros de su gente; no me dejaban hasta llegar a otro pueblo, ni se volvían al suyo hasta que yo salía de donde había llegado. Y este término y benevolencia han guardado los Tarahumares cuando han entendido que yo hago viaje del Valle de San Pablo para sus tierras o a otra parte, porque, sin pedirlo yo, envían sus caciques ocho o diez indios suyos que me acompañen, viniendo uno señalado por capitán de los demás.

"Y habiendo de ir al pueblo de españoles de Sta. Bárbara, más distante, a causa de tratar con ellos de paz y benevolencia con Tarahumares, me enviaron éstos un cacique con 30 hombres con sus armas y flechas y queriendo yo excusar el acompañamiento, me respondieron los indios cuerdos, que convenía así para que entendie-

sen los españoles la estimación que hacían del que tenían por padre. Y al tiempo de esta partida y viaje, prepararon comida para él y para toda la gente.

"Llegó a tanto el cuidado y amor que me mostraban que, sucediendo en el camino un día ya tarde, adelantarme al paraje por un aguacero que amenazaba y cayó con tanta abundancia, que no pudieron alcanzar aquella noche adonde yo la hice, y con todo envió el cacique siete indios que allí me acompañasen aquella noche. He hallado mucha fidelidad y afabilidad en esta gente y todos los días me venían a ver los caciques y muy prontos para lo que les mandase.

"Estaba entre éstos un supersticioso viejo y tanto que a un nieto suyo lo ahogó por sus manos tapándole la respiración, no con más ocasión que haber muerto de enfermedad su madre, hija del viejo: el demonio se lo debió inspirar. Fué Dios servido que se ha ganado y domesticado tan fiero indio, y desengañado ya, aprende la doctrina para bautizarse; ha sacado al Valle alguna de su gente, hame acompañado en algunos caminos y ha sido mis pies y manos, y es de los que más ayudan a la población del Valle de San Pablo, por ser hijo de Tepehuán y Tarahumara, y como sabe las dos lenguas, con unos y con otros hace diligencia para que se junten.

"Estando en este estado las cosas, vine a Guadiana a tratar con el Gobernador de la Vizcaya de la doctrina de esta gente, que dejaba en tan buena disposición. Parecióle muy bien y encargóla a la Compañía, pidiéndome le diese memoria de los pueblos y que su Señoría se encargaría de pedir al Sr. Virrey mandase y diese orden a despachar algunos Padres que se encargasen de ella, y se diesen ornamentos para las iglesias, con que se nos abre la puerta a una grande conversión"...

No parece que el P. Fonte conoció en esta expedición más que los Tarahumares del Valle del Conchos, de Novoava a San Felipe Conchos. No se consiguieron los misioneros que esperaba en los cuatro años que precedieron el levantamiento de los Tepehuanes, pero debió de jurar una buena cantidad de Tarahumares en el Valle de San Pablo y tal vez más al Norte en el pueblecito de San Ignacio (1614).

Penetró también en el Valle de Santa Bárbara, un poco al Sur del Parral, que era de Conchos, empezando allí una cristiandad, no

sin alguna inquietud de Tarahumares y Tepehuanes que eran sus enemigos. El cacique Tepehuán Turumanda empezó a esparcir rumores sediciosos contra el misionero y los nuevos cristianos Conchos. Hízose sordo a las proposiciones de paz que, por medio de unos amigos suyos, le hizo el P. Fonte. No esperaban los Tarahumares más que una señal para lanzarse al combate, cuando mandó Dios al cacique una fluxión de garganta y pecho que le cerraba el camino de la voz y aun de la respiración. Puesto en este extremo, reconoció su maldad y aceptó la paz que le mandaba el Gobernador ofrecer y le prometió hacer entrar en ella a los Tarahumares que se le habían unido.

Un caso vulgar dará idea del ascendiente que se había ganado el P. Fonte sobre aquellos indios. Llegó a la estancia de un español muy inquieto por la cercanía de unos indios salteadores que habían hecho ya varias muertes. Oyendo el Padre de aquel hombre la justa causa de sus temores, sin deliberar un punto, pasó un cuarto de legua más adelante donde estaban acampados, hablóles con dulzura, luego con libertad les reprendió sus delitos e, informado del pueblo a que cada uno pertenecía, les mandó dejar sus arcos y aljabas, a que obedecieron con maravillosa docilidad; luego: "¿No sería mejor, les dijo, que en lugar de asustar a los vecinos, ayudarais a este español a levantar su cosecha que se pierde por falta de brazos?" A estas palabras, todos, como niños, corrieron con gran algazara en compañía del Padre a hacer lo mandado con gran admiración del buen hombre. Comidos y agasajados con algunas cosillas, los remitió el Padre a sus pueblos.

Tal fué el comienzo de esta gloriosa misión que el año 1616 se interrumpió bruscamente con el levantamiento de los Tepehuanes y el martirio del P. Fonte y de sus compañeros, como queda referido.

Pasada la tormenta y muerto en Bocas el cacique Oñate, matador del P. Fonte y fomentador de la rebelión en estos límites con los Tarahumares, el P. José Lomas, afanoso de recoger los restos de los cristianos, así Tepehuanes como Tarahumares, hizo una breve visita a San Pablo y aun allí se establecieron los nuevos misioneros PP. Nicolás de Estrada mexicano y Juan de Sangüesa navarro; pe-

ro, volviéndose a inquietar los Tepehuanes de San Pablo, les fué fuerza retirarse.[5]

3. Primera misión estable: S. Miguel Bocas, 1630.—El año de 1630, movidos de nuevo por el buen trato de los misioneros de los Tepehuanes, acudieron a Durango varios caciques de los Tarahumares a pedir al Gobernador D. Hipólito de Velasco, les mandase Padres que los doctrinasen prometiendo poblar, a su elección, en lugares cómodos para su mejor administración.

El Gobernador señaló luego al capitán Juan de Barraza y el Provincial al P. Juan de Heredia, para que reconociesen la tierra y escogiesen los puestos más a propósito para el intento. Pasaron hasta Nonoava, donde juntaron 400 personas, con las cuales se vinieron a fundar, junto al nacimiento del río Florido, el pueblo de San Miguel de Bocas (Ocampo) que por algunos años administró el dicho P. Heredia. Según las apariencias, fracasó el Padre en su empresa. La atención de todo el mundo, por aquellos días, se la llevaba el descubrimiento de las famosas minas del Parral, en el mismo camino, pocas leguas más arriba.[6]

La gloria del éxito de esta misión la había de llevar el portugués P. Gabriel Díaz. Era natural de Tavora y había venido a México en 1599, con el Procurador P. Pedro Díaz. Acabó en México sus estudios de Artes y de Teología y, hecha su Tercera Probación, fué destinado a Pátzcuaro donde se dedicó unos ocho años al ministerio de los Tarascos. Desempeñó después varios cargos en diferentes colegios, siendo hombre para todo sin más mira que la de servir o ser útil, en cualquier puesto. Se hallaba a la sazón en Durango y ya cano pasados los 60 años, cuando le encargaron esta nueva misión de Bocas y tales indios, cuyo idioma ignoraba. Partió sin poner dificultad alguna.

[5] El año 1616 el Gob. Gaspar de Alvear hizo una expedición a la Provincia de los Tarahumares en compañía del P. Alonso Valencia, que hizo una relación de ella. Beristain III. 222.

[6] Descubrió las minas del Parral D. Juan Rangel de Biesma en 1631. Desde el año 1633 estableció allí el centro de administración de la Nueva Vizcaya el Gobernador D. Luis de Monzalve hasta el año de 1779. Allí está el riquísimo Archivo de aquel tiempo.

ESTADO DE CHIHUAHUA

MISION DE NATIVIDAD — 1678 — TARAHUMARA BAJA

5 PARTIDOS - 13 PUEBLOS - 3 000 Tar 300 Bl

Lámina 32.—Mapa de la Tarahumara Baja.

Revestido de entrañas de piedad y de misericordia, empezó a acariciar y regalar a sus indios en lo temporal y espiritual, especialmente los enfermos, sin cuidar de sí en lo más mínimo. Nunca se desayunaba, su comida era atole, pasas u otra fruta seca, si la tenía; chocolate jamás lo usó, si no era para los huéspedes y los niños de su escuelita; su ropa raída y remendada. Contaba un huésped español (que por ahí pasaban muchos para las minas) que una noche lo estuvo acechando y, ya retirado a su aposento, ponía sobre una mesita una candela y su breviario y arrodillándose sobre dos planchuelas de plomo arrimadas a la mesa, pasaba toda la noche rezando salmos e himnos y, descansando a ratos sobre su libro, volvía a su ejercicio santo de oración.

Cierta vez, un pecador que iba a las minas, pasando por el paraje que llaman de los Charcos, no lejos de Bocas, oyó una voz terrible que le decía: "¿A dónde vas, desdichado? Vete a donde el P. Gabriel Díaz está". Azorado y perdido el camino, fué el hombre a parar al valle de San Bartolomé (Allende), donde preguntó quién era el P. Díaz y dónde vivía. Le respondieron que en Bocas y que cerca había pasado. Regresó el hombre y al llegar, le echó el Padre los brazos diciendo: "Venga conmigo, señor, que aguardándolo estaba". Acaricióle el Padre en su casa durante cinco días, revelándole algunas cosas de su vida, que sólo Dios podía saber y reconciliándole con su Criador y Señor.

No pocos fueron los casos en que Dios favoreció a su siervo, acreditando su santidad con españoles y con indios. Contaba otro español que fué testigo del caso que pasó, idéntico al del P. Pedro Gravina en Topia. Llamado de noche por unos indios para confesar un enfermo, mandó el Padre al mozo traer la mula. Este por la priesa echó mano de la primera bestia que topó que, siendo un macho cerrero y furioso, se dejó coger, ensillar y enfrenar. Por ser de noche el Padre no lo reparó y fué y volvió sin novedad, pero, en habiéndose apeado, al quererlo desenfrenar y quitar la silla, se enfureció de manera que seis hombres, uno de ellos vaquero, no lo podían sujetar, y dando bufidos arremetía a saltar las tapias de la cerca.

Otro caso, tampoco nuevo en los anales de la santidad, le sucedió con una india que lo acechó largo tiempo para hallarlo en un

lugar donde pudiera provocarlo a la liviandad y, hallado, le propuso sus torpes deseos. No halló el Padre otra salida que la de tomar un cuchillo y abrirse honda herida en el muslo, con lo que, espantada, huyó la mujer, confesando a gritos su maldad. Acudieron al ruido algunos vecinos y hallaron al Padre con el susto y herida desmayado.

Ni le faltaron al fin de su vida amargas persecuciones. Levantáronse, con motivo de jurisdicción sobre haciendas y minas, grandes pleitos entre los españoles de los contornos. El Padre, por quererlos apaciguar y poner en paz hablando con unos y otros, salió de la pelea, como suele suceder, con las manos en la cabeza. Porque, cierta parte que se juzgó desfavorecida, se volvió contra él, le insultó a su sabor, le acusó ante los tribunales seculares y con el Provincial, de toda suerte de crímenes, que el Padre dejó correr sin procurar defenderse, dejándolo todo al tribunal de Dios. Y sucedió que estando el Padre muy al cabo de la enfermedad de que murió, estimulado de su conciencia el que más culpa había tenido, le vino a ver y pedirle perdón. Avisado del Padre que le asistía, solamente le respondió: "*Est Deus qui judicet*"; y sin hablar más palabras, expiró muy en breve. Lo que pasó en este juicio de Dios no se supo, pero sí que este hombre, estando muy entretenido en pleitos, murió arrebatadamente y con poca prevención para la muerte.

Con las virtudes de tal misionero, prosperó en lo temporal y espiritual la misión de Bocas, y pudo vez empezadas y florecientes otras de Tarahumares, en derredor de la suya, falleciendo santamente a 25 de Septiembre de 1648.[7]

De él escribía, ya en 1639, el P. Gaspar de Contreras, Visitador de aquellas misiones, al P. Provincial: "Verdaderamente, dice, no sé de qué vine más admirado, si de su ansia de ganar almas a Cristo, si de su humildad en sujetarse a cosas de niño un venerable anciano, si de su paciencia en tolerar impertinencias y boberías de gente salvaje, si de su caridad en socorrer a pobres y pasajeros, si del retiro de su oración y ejercicios espirituales, si del esmero y cuidado del culto divino. Finalmente, allí vi a un Pablo apóstol en la vida activa y a un Pablo ermitaño en la contemplativa".

[7] Según la cuenta del P. Rivas sólo estaría 10 años en Bocas, pues dice que murió de 70. Crónica II, 535.

Los españoles de la mina de Indé, que lo habían apreciado como a santo, pretendieron llevar sus despojos a su iglesia y tenían ya aparejada la cera y acompañamiento; cuando lo supieron los de Bocas, tomando sus arcos y flechas, rodearon la iglesia y hubieran venido a las manos, si los españoles al llegar no hubieran juzgado más prudente retirarse.

Veamos ahora la fundación de otros pueblos que, ya diez años antes de la muerte del santo, habían fundado otros eminentes misioneros.

4. Fundación de San Felipe Conchos. 1639.—El año de 1639, viendo los Tarahumares, de la tierra adentro, lo bien que les iba a los que eran cristianos, solicitaron de un español de San José del Parral (cuyas minas se empezaron a labrar a principios de 1631) que viniese con cartas a México pidiendo en ellas al Provincial, que lo era el P. Pérez Rivas, les diese ministros que los cristianasen.

No podían los Tarahumares desear para sus intentos otro sujeto más a propósito. El Padre, que había empleado gloriosamente los años de su juventud en servicio de los indios de Sinaloa, señaló luego al P. Jerónimo de Figueroa, mexicano, ministro a la sazón de Santa Catalina de los Tepehuanes, y al P. José Pascual, valenciano, que acababa sus estudios.

Llegaron al Parral por Junio de 1639. El Gobernador D. Fco. Bravo de la Serna, que se hallaba en aquel real, mandó venir a los caciques de los Tarahumares y, teniéndolos presentes, les encargó mucho el cuidado y veneración que debían a los ministros del Altísimo, cuyas manos besó hincado de rodillas para darles el ejemplo.[8]

El P. José Pascual se quedó a aprender la lengua en Bocas, al lado del buen anciano P. Gabriel Díaz. Halló allí, además del Padre, a un cacique Tarahumar a quien, después de muchas pruebas, había bautizado el P. Díaz con el nombre de Nicolás, hombre edificantísimo que en adelante ayudó en gran manera a la conversión de su gente.

[8] El P. José Pascual dejó una Crónica de toda esta misión 1616-1647. Arch. Ysleta. Copia. Se hallan otras en el Arch. G. N. Tom. 19, n. 10 a 17. de los PP. Nicolás Zepeda, Luis de Ahumada, Gaspar Contreras y Jerónimo Figueroa.

Entretanto el P. Figueroa había penetrado hasta San Felipe, (pueblecito a la orilla del río Conchos), en donde había muchas rancherías y gente bien dispuesta. A los dos meses tuvo ya, además de los niños, buen número de adultos preparados y llamó al P. Pascual para hacer, el 15 de Agosto, los primeros bautismos solemnes.

Un suceso amenazó trastornar la ceremonia. Siendo los Tarahumares tan supersticiosos y temerosos de los rayos, apenas se había dado principio a los bautismos, se desató una furibunda tormenta con truenos continuos que pusieron la consternación entre todos los presentes. Conociendo la turbación de los neófitos, salió el P. Pascual a conjurar en voz alta la tormenta, con que empezó a restituirse la serenidad del día y de la gente.

El 28 de Septiembre otro espectáculo vino a probar la fe de los nuevos cristianos: a fuerza de copiosa lluvia creció extraordinariamente el río Conchos y lo que causó más horror fué un animal de grandeza y figura hasta entonces nunca vista en el país, que, llevado de la corriente, bramaba con espanto y consternación de todo el pueblo y de los mismos Padres que fueron testigos del suceso.[9]

A este terrible azote siguió el hambre, por haber barrido el furioso río todas las siembras. Los padres, como acontece en las nuevas fundaciones, tuvieron el trabajo de buscarles alimentos para que, oprimidos de la necesidad, no volviesen al monte.

Esta misión de San Felipe, en tierra de puros Tarahumares, puerta y cabecera de las demás misiones, que se fueron fundando al Norte y Oeste de ella, fué atendida y organizada, tal vez por 20 años, por su fundador P. José Pascual, que es la figura más prominente de toda esta época y Padre de las nuevas conquistas.

El lugar, por desgracia, fué mal escogido, pues, aunque es pintoresco y a la orilla del caudaloso río de los Conchos, no tenía tierras de riego y tenían que mantenerse los indios con sus chinchorros de ovejas, cabras, vacas y caballos y siembras de temporal. Las labores,

[9] Este hecho, lo mismo que el niño que salió de la boca del P. Basile a la fecha de su martirio, lo refiere el mismo P. Pascual. Los citamos sólo por referencia, pues entre los misioneros, aunque por otra parte admirables organizadores, hallamos a veces mucha candidez y tal vez un tinte de superstición en fenómenos raros. (Esto hemos notado hasta en el P. Neumann).

cuando alcanzaban la lluvia, daban 200 fanegas por una, pero vez hubo en que se perdieron seis años consecutivos por la sequía. En estos casos, tenía el misionero que ingeniarse para alimentar a su gente. Así fué como se buscó y halló tras la serranía del Norte, el lugar de *San Francisco de Borja* que tenía pastos abundantes y buenas tierras de labor y fué como el granero y refugio de la cabecera. Junto al rancho levantó el Padre una capilla alrededor de la cual se fueron formando, como en lugar avanzado, los nuevos cristianos que habían de partir a la conquista de la Tarahumara Alta.

Para remediar la necesidad radical de San Felipe, se afanó mucho el P. José Pascual en la construcción de dos presas en el río, una cerca de San Felipe y otra en su visita, seis leguas río arriba, del pueblo de *Santa Cruz*.[10] Contaba la cabecera con más de 300 almas, Santa Cruz 450 y la misión nueva de *San José* o El Salto de Agua, siete leguas al Norte, unas cien. Tenía además a su cargo, en estancias de españoles, unas 150 almas, de toda edad, sexo y color.

Por el año de 1650 tenía todavía San José su iglesia provisional, pero el pueblo de Santa Cruz la tenía muy capaz, bien construída, y adornada. En cuanto a San Felipe, dice el mismo Padre "que era muy curiosa, alhajada con tanto cuidado que causaba admiración a cuantos la veían, a pesar de los gastos y robos de bárbaros que tuvo en muchas ocasiones. Para que la música fuera buena, sustentaba el Padre un maestro muy capaz que también instruía a los indiezuelos del seminario". A las fiestas acudían todos los indios de los contornos y aún españoles, especialmente a las de Semana Santa, en que confesaban todos y comulgaban los que eran capaces. En cuanto a su vicio nacional de la embriaguez, tónari y tezguino, a que "acudían entonces (como 300 años después), todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, viejos y viejas" dice que se había moderado mucho, pues ya se escondían para ello y les daba vergüenza que los vieran privados de juicio.

5. Fundación de Huejotitlán. 1639.—Luego que quedó el P. Pascual instalado en San Felipe, pasó el P. Figueroa al Sur, donde fundó, ya de asiento, las florecientes poblaciones agrícolas de San Jerónimo Huejotitlán y San Pablo Balleza, en su mayoría Te-

[10] Corresponde Santa Cruz al pueblo actual de La Joya. Allí se trasladó después la cabecera.

pehuanes, visitados años atrás por el P. Fonte, ya familiarizados con los españoles del Parral, que distaba sólo quince leguas, y con los cristianos de Santa Bárbara y de Bocas. Fueron casi siempre misiones pacíficas y acomodadas por la hermosura de la región, regada con abundantes arroyos y muy a propósito para la agricultura. El P. Figueroa, mientras no tuvo compañero, residía sucesivamente en Huejotitlán y en Balleza.

Fué el gran colonizador y agricultor del Sur de Chihuahua. Los trabajos de labor, riego y pastoreo iban a la par con la construcción de buenas casas, ricas iglesias con buenos ornamentos. Con el fruto de sus labranzas, dicen que pudo enviar a Roma dos lámparas de plata para adornar el sepulcro de San Ignacio.

Tenía Huejotitlán, cinco leguas al Norte, dos pueblos de visita casi juntos de cada lado del río, San Ignacio y San Javier, de Tarahumares, cada uno con su iglesia, la de San Javier muy hermosa capaz y bien alhajada. La población de la misión era de unas 750 personas, 320 en Huejotitlán y unas 430 en las dos visitas y ranchos. En Huejotitlán era famosa la fiesta que hacía la Congregación el día de la Candelaria y se notaba que algunas personas comulgaban algunas veces entre año.

Escribió el P. Jerónimo Figueroa, Artes y copiosos Vocabularios, Catecismo y Confesionario en ambas lenguas de su jurisdicción, Tarahumar y Tepehuán, de los que dejó cuatro copias de su mano, que sin duda aprovecharon sus sucesores los PP. Tomás Guadalajara en un librito que de él queda y Benito Rinaldini, en su Arte para aprender la lengua Tepehuana, publicado en 1745.

Fué verdaderamente admirable cómo, en medio de tantos afanes como tenía en sus misiones, podía quedarle tiempo para dedicar cada día cuatro horas a la oración, y no menos el haber conservado hasta su muerte la inocencia bautismal, a pesar de las muchas tentaciones con que le perseguía el demonio. Refiérense profecías y milagros con que Dios quería autorizar sus ministerios.

Permaneció en su puesto hasta 1679 en que cumplió 40 años de misionero. Ya de 76 fué llamado a México, su patria, donde sus Superiores le hallaron todavía capaz de ser tres años Rector del Colegio Máximo y un año de la Casa Profesa, donde murió el 25 de

Marzo de 1683. Refiérese que cierta vez, yéndose a desplomar sobre la gente el altar de San José en un formidable terremoto, lo detuvo con sólo levantar la mano. Antes de morir hizo sembrar su aposento con flores, diciendo que así lo pedía la majestad de los cinco Señores que habían venido a visitarlo.[11]

6. Misiones de Balleza y de Satevó.—Como dijimos, la misión de San Pablo Balleza fué fundada al mismo tiempo que la de Huejotitlán por el P. Figueroa, pero pronto tuvo ministro propio. El sitio es de los más amenos, como a ocho leguas al Sur de Huejotitlán río arriba. La población no llegaba a 400 almas, incluyendo su visita de San Juan Atotonilco, dos leguas río arriba y la de San Mateo (de Tarahumares) otro tanto río abajo. Las iglesias de Balleza y de Atotonilco eran a competencia de las más hermosas y bien alhajadas.

A Balleza acudían muchos indios Tarahumares, del valle paralelo al Poniente, de Humariza y de Nonoava, que se bautizaban en buen número y fueron el principio de aquellas futuras misiones. Por el contrario, en la sierra Suroeste y pueblos de Tecorichi y Baquiriachi, quedaron hasta el fin grupos de Tarahumares irreductibles.

Pasemos ahora al Norte, donde el avance entre los bárbaros fué mucho más lento y difícil.

Fuera de San Borja, no hallamos en esta temporada más fundación que la de *San Javier Satevó* que debió de tener lugar por el año 1640, siendo su primer misionero conocido el P. Virgilio Máez.

Está este pueblo en la longitud de Chihuahua y forma como un diente de Tarahumares entre los Conchos. Sus inmediatos pueblos vecinos, San Pedro Conchos y Babonoyaba, eran de Franciscanos.

Esta misión no prosperó aquellos primeros años y, como veremos, su pobre iglesia fué destruída en la primera sublevación de los Tarahumares. No fué sino por el año de 1678 en que se rehizo su templo, se pobló el lugar de más de 500 almas, de 580 su visita de San Lorenzo, doce leguas al Norte en el mismo río y de 240 la de

[11] Escribió su vida el P. Florencia, 1689, con los datos de su sucesor el P. Gabr. Villar.

Santa María de las Cuevas (que después fué cabecera) como ocho leguas al Poniente.

Todos estos pueblos, como muy ricos en la agricultura y ganadería y vecinos de los minerales de Chihuahua y Cusihuiriachi, se llenaron pronto de estancias de españoles y perdieron su carácter misional.

Mas, volvamos a tomar el hilo de los acontecimientos generales.

7. Visita el P. Figueroa las misiones de Sonora. 1641.—El año 1640 el Capitán de Sinaloa D. Pedro Perea alcanzó del Virrey, Duque de Escalona, fundar en Sonora una nueva Provincia llamada Nueva Andalucía, independiente del Gobernador de la Nueva Vizcaya, con asiento en el real de S. Juan Bautista (hoy despoblado). Para ello determinó abrir camino real por el Parral y a través de la Tarahumara, para ir a salir en la cuenca del río Yaqui por Arivechi o Sahuaripa.[12]

Llevó consigo al P. Figueroa que, gustoso aceptó esta ocasión de explorar la sierra tarahumar, acariciar a los indios y preparar futuras conquistas. Salidos del Parral por Octubre de 1641 con buen acompañamiento, pronto hubo de disgustarse el Padre con el Gobernador por sus excesos y dureza con los indios, como veremos al hablar de la misión de Sonora.

Vuelto el P. Figueroa a su residencia de Huejotitlán, recibió la visita del Gobernador de Durango D. Luis Valdés, decidido en favorecer las misiones y organizar nuevos distritos al Norte en los pueblos de Satevó y San Borja. Mandó bajar a todos los caciques de los Tarahumares, nombró entre ellos Gobernadores y Capitanes con gran solemnidad, estando allí presentes los nuevos misioneros PP. Virgilio Máez y Marcos del Río; pero poco efecto tuvieron estas disposiciones por las condiciones que prevalecían en la región y sobre todo con el levantamiento general de los Tobosos y sus aliados.

8. Alzamiento de los Tobosos. 1645.—Hemos guardado para este sitio, esta revuelta por ser este territorio de la Baja Tarahumara el más cercano al centro de la rebelión, aunque ésta afectó y

[12] Esta ruta ya la habían abierto unos mineros por Tomochi, Tutuaca, Yepachi, Mulatos... a las minas de S. Ildefonso.

trastornó también todas nuestras misiones de Tepehuanes y de Parras.[13]

Desde el año 1640 atravesaban todas las misiones norteñas una crisis de las más confusas y peligrosas. Las minas de Indé, Guanaceví, Santa Bárbara y el Parral habían atraído a una turbamulta de aventureros españoles que prescindía descaradamente de religión y de mandamientos. Para trabajar las minas traían de todas partes indios cristianos, que sacaban de las misiones, y gentiles de las tribus vecinas que allí venían a aprender *castilla,* vestirse, usar caballos y todos los vicios de los españoles. Conchavábanlos por dos meses por la comida y ocho varas de sayal, que a veces se rehusaban pagar para que trabajaran otros dos meses más. En los contornos había más de 1,300 Sinaloas cristianos para quienes no había ya ni días festivos, ni instrucción de los Padres (que no dejaban se acercasen) ni ejemplo alguno de religión en sus amos.

No hallaban los misioneros ningún amparo en los Gobernadores, ni Jueces para castigar a los delincuentes, los que huían de los pueblos para vivir en los montes o minas, dejando sus familias y robando mujeres ajenas. Un clérigo que intentó el Ilmo. Sr. Evia poner en Bocas, lo primero que hizo fué llevarse diez familias para su servicio en el Parral.

Durante seis años, había formado el P. Nicolás Zepeda una buena cristiandad en *Tizonazo* entre los Salineros (rama de los Cabezas) con la ayuda del excelente cacique D. Alvaro, de la misma tribu, a quien había criado y enseñado el santo mártir P. Jerónimo de Moranta. El día en que llegó el clérigo que mandaba el Sr. Obispo se huyó toda la indiada a juntarse con los Cabezas y Tobosos. Fué el P. Zepeda a convidarlos de paz a las salinas con D. Alvaro y logró traer como 300 familias que puso a cargo del P. Diego de Osorio, pero a poco, asustados por los de su raza, huyeron de nuevo a juntarse con los revoltosos matando a D. Alvaro y retirándose el Padre al mineral de Indé. (Martes Santo, 11 de Abril 1645).

Conjuráronse contra los españoles las siete tribus trashumantes de los Tobosos (los más crueles), Cabezas, Salineros, Mamitas, Ju-

[13] Sobre este levantamiento tenemos tres cartas del P. Zepeda de Bocas de 28 de Abril a 11 de Septiembre 1645. Arch. G. Nac. Historia T. 19. n. 12 Impr. Doc. Hist. IV Serie, Tom. III, p. 130.

limes, Colorados y hasta los Conchos fieles hasta la fecha. Nombraron los Salineros por su capitán y general a un Jerónimo Moranta Baluzi y por Obispo a un Hernandote que les decía misa, casaba y descasaba. Robaron ganado vacuno y caballar hasta en las goteras de Santa Bárbara y del Parral y llevaban ya más de 72 muertes.

Otras partidas operaban contra las misiones de los Franciscanos que como una cuña, penetraban en esta barbarie. Atotonilco, Mapimí, San Bartolomé (Allende), Huejuquilla (Jiménez), S. Luis Mascomalhua, S. Francisco Conchos, San Pedro Conchos (la más septentrional) fueron devastadas. En S. Francisco mataron a los frailes Félix Cigarán y Francisco Labado. El Franciscano de San Pedro debió su salvación al haber casualmente ido a visitar al P. Virgilio Máez en Satevó, seis leguas de allí.

Más al Sur, los Cabezas llevaron la desolación y el pillaje a los pueblos de Cuéncame, San Pedro de la Laguna, donde su misionero, P. Diego del Castillo, pudo escapar por haber ido por aquellos días a Parras. Acercáronse hasta la granja de Santa Ana, de Parras, pero no se atrevieron a atacar la misión por saber estaba defendida por indios fieles y algunos soldados.

Para contener toda esta indiada no tenían los españoles más que el presidio de Cerro Gordo a pocas leguas de Indé y los vecinos del Parral, poco aguerridos, y divididos entre sí. Descartado el inepto Montaño, acudióse al acreditado capitán Barraza que, con la fuerza que pudo reunir, persiguió a los rebeldes hasta el río Grande del Norte, sin que éstos presentaran batalla. Entretanto los Salineros del Sur pretendieron atacar el valle del Espíritu Santo o del Río Florido y el pueblo Tarahumar de Bocas, pero fueron rechazados por el Gobernador Valdés, quien juntándose con Barraza les dió batida hasta obligarles a pedir la paz y el perdón, como se les concedió a mediados de Septiembre de 1645. Terminada la revuelta, insistió de nuevo el Ilmo. Sr. Evia en poner clérigos en aquellas misiones, achacando a los religiosos el haber sido causa del levantamiento, pero se opuso a ello con fuertes razones el Gobernador D. Luis Valdés.

9. Primer levantamiento de los Tarahumares. 1648.— En estos 35 años de 1639 a 1674 vemos que poco o nada se podía adelantar en la Tarahumara Baja. Ya sea por las circunstancias que

hemos visto, ya por qué las actividades de la Compañía se dirigían de preferencia a las florecientes misiones de Sinaloa y Sonora, que andaban viento en popa y se llevaban todo el personal, el hecho es que, según refiere el P. José Pascual, superior y ministro de S. Felipe, en 1674 no había más que cinco misioneros: el P. Rodrigo del Castillo en *S. Miguel Bocas* que tenía a su cargo diez estancias de españoles, el P. Gabriel del Villar en *S. Jerónimo Huejotitlán* con los pueblos de S. Ignacio y S. Javier al Norte; el P. Jerónimo Figueroa en *San Pablo Balleza* (casi todo de Tepehuanes) con los pueblos de San Juan Atotonilco y San Mateo, el P. José Pascual en *San Felipe* con los pueblos de Santa Cruz y San José, el quinto, el P. Virgilio Máez en San Javier Satevó con las estancias de San Antonio, S. Lorenzo, Sta. María de las Cuevas.

A mediados de 1648 cuatro caciques principales[14] comenzaron a alborotar a los pueblos para echar a los españoles. El Gobernador de Durango D. Luis Valdés, con la muerte del cacique Tepehuán de San Pablo Balleza, evitó se les unieran los Tepehuanes.

Avisado del avance del enemigo, el P. Pascual mandó cinco españoles el día de Corpus, y 50 Tarahumares a recoger el ganado y cosas de la hacienda de San Borja; pero antes de que pudieran lograr su intento, cayó el enemigo sobre el rancho, mató a los cinco españoles y como a 40 indios de otra raza que allí estaban y destruyó y robó todo lo que allí había. A los Tarahumares, venidos de San Felipe, por tenerlos amigos no les hicieron daño alguno. Lo mismo hicieron en Satevó, de donde huyeron los indios a la serranía, mientras el P. Máez buscaba refugio en San Felipe. En lugar de marchar inmediatamente sobre San Felipe, a la sazón sin defensa, se entretuvieron unos días los enemigos en disfrutar y recoger el botín.

Con estas noticias y sabiendo que casi la mitad de su pueblo estaba en connivencia con los alzados, despachó el P. Pascual urgente llamado al Juez de Parral, Gral. D. Juan Gutiérrez de Carrión, que inmediatamente le despachó diez españoles con su cabo. Acudió todo el pueblo a recibirlos, fieles y traidores con sus armas, y en la casa se hubiera librado el combate, si el Padre no hubiera mandado salir a todos los que traían arco y flecha y encerrar en el corral a

[14] Supegiori, Tepox, Ochavarri y Bartolomé.

todas las mujeres. Reforzada la escolta con la ayuda del cacique fiel, llamado Pedro el Colorado, por no poner en peligro a sus mujeres, desistieron los traidores de sus intentos.

Por su parte el Juez del Parral, juntó cien voluntarios españoles, gente inexperta, que al verlos el P. Pascual, les aconsejó no emprendieran la campaña sin llevar cuña del mismo palo, es decir indios acostumbrados y conocedores de la tierra. Reclutados cien Sinaloas, que trabajaban en las minas, y otros cien de los pueblos fieles, se internó hasta Taraichi donde tenían los indios sus cuarteles, pero no pasó de unas cuantas escaramuzas su entrada, pues traía orden del Gobernador Valdés, de procurar traer a los indios de paz, y así, volviendo por Babonoyava y Satevó y dejando una escolta en San Felipe, regresó al Parral.[15]

Otra tentativa de paz hizo el pío Gobernador, enviando a S. Felipe al Gral. Barraza con toda su compañía de Cerro Gordo y a dos clérigos que pretendieron imponerse a Barraza. Para descartarlos fué menester que el P. Pascual corriera a verse con el Gobernador en Durango. Penetró entonces Barraza, en compañía del P. Máez, hasta el valle de Papigochi, sin encontrar al enemigo, que se había retirado y fortificado en sus peñoles. Para desalojarlos de allí pidió al nuevo Gobernador, D. Diego Guajardo, socorro y bastimento. Este, se hizo luego cargo de la gravedad de la situación, y aunque joven y recién casado, se presentó personalmente, a 28 de Enero 1649, con 360 hombres entre españoles e indios amigos, poniendo sus reales en Tomochi. Desde allí recorrió toda la región, destruyendo los sembrados, quemando más de 4,000 fanegas de maíz y 300 rancherías y matando a muchos hasta obligarlos a pedir la paz.

Al fin, se presentó un cacique muy influyente, llamado D. Pablo, que después fué muy fiel y útil a los misioneros, trayendo la cabeza del principal cabecilla D. Bartolomé. La misma fortuna corrió Tepox, en manos de una tropa de Tarahumares fieles. Los dos últimos Supegiori y Ochavarri, errantes por los montes, fueron a poco entregados a Barraza y ejecutados en la Villa.

Antes de volverse al Parral, dejó el Gobernador en el mismo valle del Aguila (Suchil) una población nueva que llamó Villa

[15] El P. Pascual dice que esta expedición llegó hasta Temeichi.

Aguilar. El sitio era muy propio, por la abundancia de agua y fertilidad de los campos, para un presidio que sirviera de respeto a los indios. Cercano estaba el valle de Papigochi [16] muy poblado de Tarahumares para la nueva misión. Para atender a ambos objetos pidió el Gobernador señalara el P. Pascual un nuevo misionero.

Fué inmediatamente señalado el P. Cornelio Beudin, conocido en México con el nombre de Godino o Godínez. Este santo misionero, el primero que había de regar con su sangre la tierra de la Tarahumara, había nacido el año 1625 en Gravelines de Bélgica. Desde su infancia se mostró devoto de la Virgen ante cuyo altar, adornado con flores, gustaba todos los días arrodillarse y los sábados con toda la servidumbre para rezar las letanías lauretanas. Luego que tuvo la edad competente, sus padres lo confiaron a los Padres de la Compañía. Manifestó desde luego un amor singular a la pureza. Solía decir que prefería vivir entre escorpiones que en compañía de mujeres. Para apartarse de ellas, luego que concluyó la retórica, pidió con instancia entrar en la Compañía.

Para probar su vocación y aptitudes, le mandaron los Superiores que enseñara la clase ínfima a los niños. Habiendo probado en este duro oficio su prontitud y habilidad, lo admitieron en aquella Provincia, donde trabajó en diversos ministerios doce años. Deseoso de consagrar su vida a la conversión de los infieles, había pedido las misiones del Japón, pero, impidiendo su intento la guerra con los Portugueses, logró ser enviado a México, donde una señora, de singular virtud, le había prometido conseguiría la palma del martirio.

Era muy buen músico y de carácter alegre; por las tardes, en el mar, le hacían cantar los pasajeros salmos e himnos con un rabelito que traía. Vino con la expedición de 14 Jesuítas que trajo el P. Pérez Rivas, aportando en Veracruz por septiembre de 1647. Después de descansar unos días en México, empleó los tres primeros meses de su estancia en aprender Otomí y Mexicano, en lo que mostró tal empeño y feliz memoria, que luego pudo hacer de estos idiomas un breve compendio para los principiantes. Con este bagaje pasó a Tepotzotlán a hacer sus primeros ensayos con los indios de aquel lugar. Mas, atendidos sus deseos de misiones de infieles, fué

[16] Papigochi quiere decir: Ave de pico largo.

el año de 1648 enviado a acompañar a su paisano de S. Javier Satevó, P. Virgilio Máez, y, luego por la revuelta a San Felipe, con el P. Pascual, donde estuvo casi un año aprendiendo la lengua.

Tal era el hombre escogido, después de la sujeción violenta de los indios, para abrir esta nueva misión de los Tarahumares Altos o Nuevos. Era el Padre de natural muy blando, con que le fué fácil hacerse querer de los indios, que empezaron a congregarse en gran número. Dos leguas de Villa Aguilar fabricó su iglesia, que dedicó a la Purísima Concepción y junto a ella su casita y las de sus indios, trabajando él mismo como el más vulgar de los peones.

Luego empezó a recorrer las rancherías y las cuevas donde vivían errantes y a convidarlos a que vinieran a poblar en lugares donde pudieran fácilmente ser instruídos. No hay para qué decir los trabajos que tuvo que padecer en estas correrías, solo, sin alimento, entre nieves y bárbaros crueles y soberbios, que ignoraban toda sujeción y aborrecían todo trabajo. En poco más de un año tenía reunidos, en los pueblos de Papigochi, Temechi y sus contornos, cosa de 6.000 y bautizados no pocos adultos.

Desgraciadamente los españoles de la Villa, con su mala conducta y esclavizando a los indios para abrir sus labores, deshacían todos sus afanes. Los indios, tan tiernos en la fe, mirando las obras de los cristianos, no llegaban a encariñarse con el Padre, pues no impedía en los de la Villa sus abusos. Quejóse el Padre a la Justicia del Parral, pero sin más efecto que aumentar el odio que le tenían los españoles. Uno de ellos se atrevió a acometerle en su casa con la daga y lo hubiera muerto si no hubiera acudido, a las voces, un buen soldado que allí tenía. Buscóle después el Padre para reducirlo, pero éste no quiso oírle, pereciendo después miserablemente en manos de los indios.[17]

No viendo, pues, los indios remedio, revivieron sus mal apagados odios y determinaron acabar con los españoles y con el mismo Padre que no conseguía su enmienda.

[17] Pérez Rivas: Crónica. 11. p. 544. Parece sacado de la larga relación que de toda esta revuelta y martirios escribió el P. Pascual y se conserva. La publicó recientemente D. José Ponce de León: Reseñas Históricas del Estado de Chihuahua. Chih. 1913. T. I. pp. 25-50. Está fechada del 29 Jun. 1651 en San Felipe. Es de testigo contemporáneo, pero tiene algunas variantes con otros autores.

10. Martirio del P. Beudin. 4 Junio 1650.—Avisó el capitán al Padre del peligro que corría, pero el bendito hombre contestó que no podía resolverse a abandonar a sus hijos, que no les había hecho ningún mal y que, en todo caso, estaba dispuesto a morir por su rebaño. Con la prisión de algunos sospechosos, a fines de 1649, pareció sosegarse la gente. No era esta paz sino para prepararse mejor. Los principales autores eran un D. Diego Barraza, cacique de San Diego Iguachinipa, D. Luis, cacique de Yagunaque declarado apóstata, y Tepóraca un indio ladino, valiente y elocuente que había sido antes muy adicto a los españoles.

Aconteció que el 15 de Mayo 1650 fuese el P. Beudín a dar la Extrema Unción a una india que murió antes de dos horas. La madre salió furiosa gritando por el pueblo que el Padre, con aquellos aceites, había muerto a su hija. Ayudando los hechiceros a la excitación de los ánimos, juntáronse varios pueblos y a la madrugada del sábado 4 de Junio, víspera de Pentecostés, dos horas antes de amanecer, prendieron fuego a la casa del Padre.

El calor, el humo y la algazara de los enemigos despertaron bien pronto al Padre y al soldado que lo acompañaba. Agarró el Padre el crucifijo y Fabián Vázquez el arcabuz y la espada. "No estamos, dijo el Padre, en estado de defendernos, es llegada la hora de Dios", y lo confesó. Luego, con valor intrépido, abrió la puerta que conducía a la iglesia seguido del soldado.

Apenas salió, los indios no cesaron de flecharle hasta que llegó al pie del altar mayor donde se postró ya desangrado. Aquí, un indio, que pocos días antes había bautizado, le echó un cordel al cuello y, arrastrándole por toda la iglesia, le sacó hasta la cruz grande que estaba en el cementerio. Entretanto unos le tiraban flechas, otros le herían con macanas, hasta que, llegando a la cruz y abrazado con ella, expiró al golpe de una piedra, en forma de macana, con que le dieron en el cerebro.

Con la misma crueldad dieron muerte a su compañero, dejando los cuerpos desnudos a cada lado de la cruz, el soldado quitada la cabellera con todo el casco, el Padre, contra su costumbre, sin cortarle parte alguna; destrozaron los altares y estatuas, buscaron los Santos Oleos y los derramaron, profanando los vasos sagrados y ornamentos con las Santas Formas que se repartían entre sí. Hi-

cieron esto con tanta aceleración que, al salir el sol, habían desocupado el pueblo de Papigochi y retirádose a los montes.[18]

Luego que tuvo noticia del atentado el capitán de la Villa D. Diego de Lara, pasó al lugar con algunos soldados; halló los cuerpos, el del Padre, con cinco flechazos de la cintura arriba y dos en los brazos, tres golpes de macana a los lados de la frente y otro en el cerebro. Trájolos a la Villa, donde los enterró el día de la Pascua del Espíritu Santo que fué a 5 de Junio. El del Padre, aunque lo tuvo 30 horas en su casa, se mantuvo blando y tratable y aún dos años después, cuando lo exhumaron, lo hallaron incorrupto, con señales visibles de sangre. El cordel lo reclamó la esposa del Gobernador, para conservarlo como reliquia. El Cristo con que salió el Padre fué hallado ensangrentado así como las paredes de la capilla.

El Gobernador, que se hallaba en el Parral, mandó inmediatamente algunos hombres y luego al capitán Barraza, que siguieron al enemigo hasta Tomochi. Fué allí derrotada su vanguardia que mandaba el capitán del Parral en compañía del P. Máez y perseguidos siete días, con grandes pérdidas, por cerca de 2.000 indios, por milagro escaparon con la vida.

A esta noticia acudió el Gobernador Guajardo, con el P. Pascual y toda la gente que pudo juntar de españoles e indios y volvió a acometer a los indios en el peñol, donde se habían fortificado con todas las trincheras y artes que habían aprendido de los españoles.[19]

Los enemigos eran 2.600 y en buena posición; los españoles apenas 300, contados los indios. En siete días no pudieron los dos capitanes tomar el peñol y, perdidos no pocos de los suyos y alentados los indios con un refuerzo de mil hombres, los españoles tuvieron que retroceder, lo que se hizo a favor de una noche oscura y lluviosa.

[18] En el Archivo S. J. *Mexicana-Varia* se conserva la Información jurídica, hecha en Durango 1654 sobre el martirio de los PP. Godino y Básile. Son 42 pp. in folio. Id. en el Archivo de Indias, 66-6-18. Varios informes del Gob. Diego Guajardo sobre las revueltas de Tarahumares, Conchos y otros indios. Astrain. V-351.

[19] En este alzamiento usaban ya los indios un veneno que era mortal, con sólo un rasguño. No fué sino después que un indio descubrió el contraveneno.

Sintió mucho el Gobernador Diego Guajardo, no sólo que los indios hubiesen quedado sin castigo, sino ufanos de su victoria. Sin perder tiempo allegó gente y provisiones y volvió a acometer el peñol al frente de su tropa. Resistieron bien los indios el primer asalto, pero en el segundo, muertos no pocos de los suyos y el cacique que había agredido primero al P. Beudín, huyeron favorecidos por la oscuridad de la noche. A pesar de haber recibido algunas heridas, siguiólos el Gobernador hasta Tomochic, donde lo paró el río, crecido por las lluvias. Quería seguir adelante, pero al fin el P. José Pascual le persuadió volviese a curarse a la Villa y al Parral, y, aunque con dificultad, lo consiguió.

Continuó la lucha el prudente e intrépido Barraza, asolando sus sementeras, asaltándolos con guerrillas continuas y, por otra parte, ofreciéndoles paz, si volvían a poblar Papigochi. Volvieron en gran número y, con apariencias de sinceridad, se apresuraron a reedificar sus casas y la del Padre.

A fines de este año de 1650, como si las dificultades con los indios fueran pocas, el obispo de Durango Fr. Diego de Evía agregó otras, insistiendo, aun con amenazas, con el Gobernador para que quitara las misiones a los Jesuítas y Franciscanos para poner clérigos. El P. José Pascual tuvo que acudir a la Audiencia de Guadalajara, que al fin falló en su favor a 7 de Febrero de 1652.[20]

11. Martirio del P. Básile. 3 Marzo 1652.—Llegó a México, casi al mismo tiempo, la noticia de la muerte del P. Beudín y de la vuelta y pacificación de los sediciosos. Lejos de enfriarse el fervor, muchos Padres se encendieron en deseos de sustituir al mártir. Entre todos, insistió el napolitano P. Antonio Jácome Básile y, aunque al principio lo dificultaron los Superiores por ser en México muy útil su conocimiento de la lengua mexicana,[21] al fin tuvieron que ceder a sus instancias. Tal fué el gusto que recibió el Padre al recibir su nombramiento, que escribía el 20 de Julio, (cuarenta días

[20] Se trataba especialmente de los curatos de Tizonazo y Bocas, como lo hemos indicado hablando de la misión de Tepehuanes. Véase Alegre sobre este asunto, II. 390.

[21] Estuvo cinco años en Tepotzotlán y algún tiempo en San Gregorio de México. Allí empezaría a aprender el Tarahumar, pues hay autor que indica que ya lo sabía.

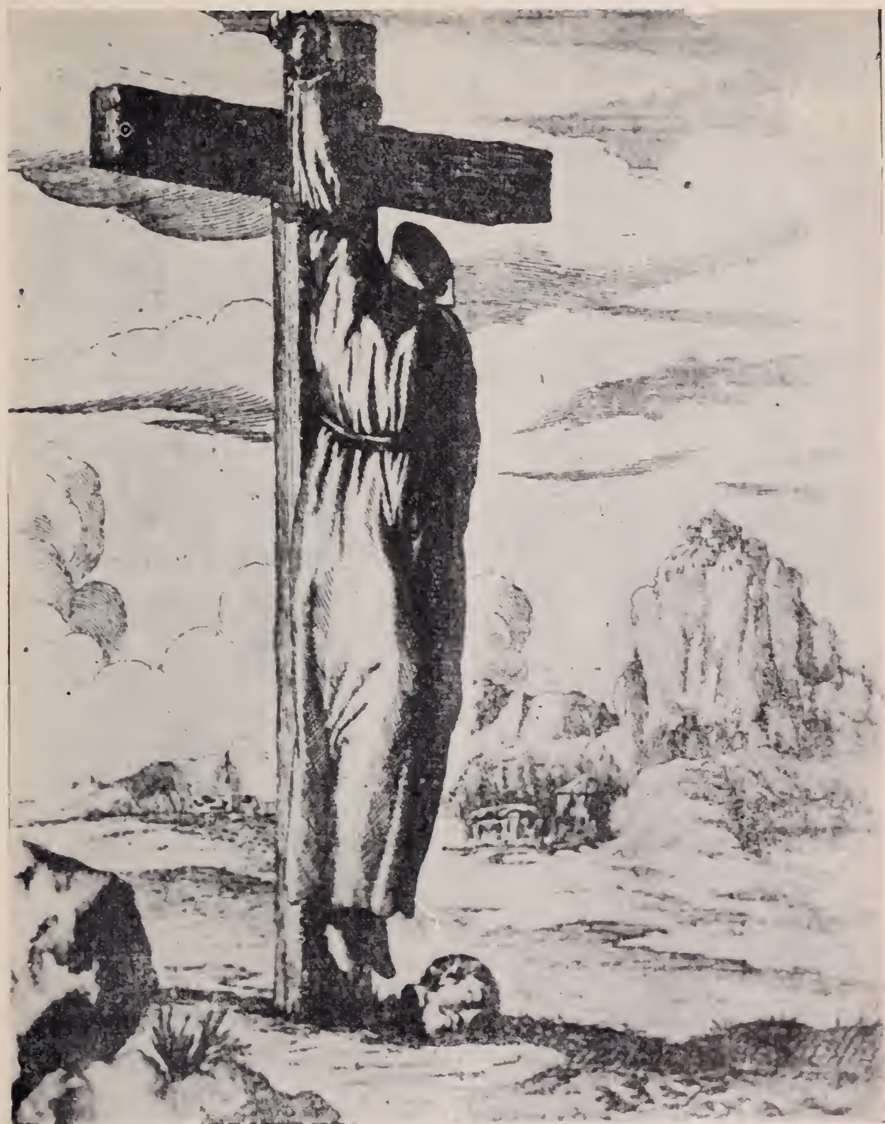


Lámina 33.—P. Ant. Jacome Basile. Martirizado en Villa Aguilar (Papigochi, Chih.) el 3 de Marzo de 1652.

después de la muerte del P. Beudin): "Durante ocho años he pedido aquellas misiones de la Tarahumara, por fin, ayer lo he conseguido, partiré dentro de cinco días. No sé qué presentimientos tengo, ni porqué reboso de gozo".

Déjase entender el celo que desplegaría en estos casi dos años que Dios le dejó para levantar las ruinas del templo de Papigochi y resanar las heridas de aquellos ánimos feroces. Parecía incansable. Sin embargo el fuego no estaba aún del todo apagado en aquellas cenizas. Había quedado vivo, del último levantamiento, Tepóraca (el hachero) el más astuto y elocuente de los cabecillas, cuyo ascendiente se hallaba realzado ahora con su valor y éxito en los últimos encuentros.[22] Aprovechóse de la fingida paz para tramar contra los españoles (que no podía sufrir en el riñón de la Tarahumara) la más general y terrible guerra que vieron allí los indios. Recorrió toda la sierra, sin perdonar los cristianos del Sur, y ordenó su ataque con tanto secreto que apenas se dieron cuenta del peligro los españoles de Villa Aguilar. Oigamos cómo refiere el suceso el P. Antonio Montero, Superior de la misión.

"Estando el P. Basilio en un pueblo de doctrina llamado Temaichique (Temechi ?), ocho leguas de la Villa, llegó a él un cacique llamado D. Pedro, muy bueno y fiel cristiano y le dijo: que sabía que se habían alzado algunos indios Tarahumares inquietos y que, junto con otros gentiles, trataban de ir a matar a toda la gente de la Villa, y que si él quería lo llevaría y sacaría libre hasta ponerlo en San Felipe o en otro pueblo seguro.

"El religioso Padre, habiéndose informado bien de las noticias que le daba el cacique, le respondió que le agradecía su buen propósito, pero que antes quería ir corriendo a la Villa para ayudar a aquellos pobres cristianos, así españoles como indios, porque no muriesen sin confesión. Que lo que le rogaba era que le diese un indio fiel que llevase una carta al Gobernador de la N. Vizcaya para que reparase el riesgo en que estaba aquella Villa.

[22] Bautizado con el nombre de Gabriel, se le llamaba vulgarmente Tepóraca, el hachero (de Ripuraca, hacha, usando la R por la T) pero en las actas de su ejecución se le llama por su nombre, Tepórame. Entró en la rebelión instigado por una vieja a quien le habían matado el marido en la anterior revuelta y por su su hijo llamado Iquito.

"Escribió el Padre su carta avisando a su Señoría el estado de aquella triste Villa y juntamente cómo al punto se partía a ayudar a aquella pobre gente, despidiéndose también del Gobernador (como decía en su carta) hasta la otra vida. Hecho este despacho, subió a caballo, y aquel mismo día llegó a la Villa donde ya tenían alguna noticia del alzamiento, del cual habían ya avisado al pueblo de San Felipe.

"Luego el Padre dispuso a toda la gente, así españoles como indios, para que les cogiese en buen estado el terrible trance que les amenazaba. Confesólos a todos y les dió la Sagrada Comunión al amanecer el otro día. Como a las once empezaron a verse indios rodeando el pueblo, talando los campos, robando el ganado, caballos y mulas, privando a los sitiados de comida y proveyéndose a sí de elementos.

"Huír, a tanta distancia de poblado, era imposible y resistir a tanto tropel con tan pocos elementos era casi inútil; sin embargo contestaron aquel día a las flechas con disparos de fusil, refugiándose todos en el fortín que tenían en el centro de la Villa. A medianoche acometieron todas las casas, barrenando las paredes e incendiándolas. Resistieron los españoles tres días y dos noches; al fin prendió el fuego en un jacal grande pajizo en que tenían encerrado trigo en rama y maíz para su sustento, pasó de allí el fuego a un portal del presidio, donde viéndose apretada la gente con el humo y fuego, por no morir asados dentro, determinaron salir fuera.

"Luego que salieron, viendo el buen Padre la fuerza y rabia con que acometieron los indios a los soldados, flechándolos y matándolos con cruel saña, se entró dentro de la iglesia que estaba junto al mismo fuerte, entrando tras él los traidores flechándole. Tomó el crucifijo del altar y quiso hablarles, pero apenas dijo las primeras palabras, cayó cubierto de flechas detrás de su fiel compañero el indio intérprete D. Felipe. No satisfechos con esto, con sogas y lazos sacaron su bendito cuerpo y acabándolo a macanazos y echándole sobre el fuego que estaba ardiendo, quedó allí abrasado en verdadero holocausto.[23]

[23] El P. Tanner tiene una variante, diciendo que le cortaron la cabeza y colgaron su cuerpo a uno de los brazos de la cruz. El P. Pascual dice que, para acabarle de cortar la vida, le acabaron ahorcándole en la cruz.

El destrozo que hicieron los indios en la iglesia y gente no es decible: mataron a todos los Tarahumares cristianos, aun parientes suyos, hombres, mujeres y hasta niños de pecho. Sólo se libraron, una de las noches de pelea, dos indiecitos que andaban en compañía del mártir y refirieron lo que había pasado.

Más tarde, cuando se hizo la información, dice el P. Pascual, seis testigos presenciales testificaron separadamente con juramento que, al morir, habían visto un niño hermosísimo salir de la boca del padre y volar en una nube brillante, seguido de otros dos, lo que en su lengua expresaban diciendo que el Padre había parido al morir. Sería su alma con dos ángeles; espectáculo, dicen, que llenó de terror a los indios y los obligó a postrarse en tierra.

Su cuerpo vino a sepultarlo, algunos días después, el cura de Atotonilco en el mismo lugar donde se hallaba el P. Beudín, con cuyo motivo se descubrió el cuerpo de éste que, según dijimos se halló incorrupto.

De la niñez y juventud del santo mártir, sólo sabemos que había nacido en Bario de la Apulia, donde, educado en toda piedad, llamó tanto la atención por su inocencia que le solían llamar "otro Bernardino de Sena". Entró en la Compañía en 1630, a los 21 años de su edad, con tanto gusto de su alma que solía exclamar: "Bendito sea Dios que me ha dado fuerza y voluntad para seguir tan santa vocación". A su madre que le manifestaba el justo deseo de verle con la sotana de la Compañía, le mandó una imagen del crucifijo y le dijo que lo mirara en su lugar cada y cuando deseara ver a su hijo.

Deseoso de consagrar su vida a la conversión de los infieles, vino a México en 1642 con el P. Pedro de Velasco y 60 Jesuítas de los que 40 iban a Filipinas y 20 con él a la Nueva España. Escribiendo a los suyos desde Sevilla, les decía que jamás, desde que había entrado en la Compañía, había experimentado un consuelo tan grande como ahora, que se iba a entregar enteramente a la salud de las almas con esperanza del martirio.

12. Devastación de la Tarahumara. 1652.—De allí los indios se derramaron como torrente sobre la Tarahumara, matando españoles, buscando Padres y derribando pueblos e iglesias. Quema-

ron los pueblos de Santiago, Santa Isabel, San Andrés, San Bernabé, San Gregorio Yaguna, San Diego Bachíniva y San Bernardino de los Franciscanos; de los Jesuítas los de San Javier, Satevó y San Lorenzo.

A los misioneros no los hallaron por habérseles oportunamente avisado del peligro. Hicieron grandes esfuerzos para atraer a su bando a los Tarahumares cristianos de Huejotitlán y de San Felipe, amenazándolos con la desolación y la muerte si no mataban a los misioneros, que allí se habían refugiado y aún por cinco veces (según se supo después) intentaron acometer ambos lugares.

Para colmo de males, por aquellos días vino orden del Gobernador del Parral de ir a batir a los Tobosos con las tropas que allí había, desamparando a los misioneros. El P. José Pascual despachó inmediatamente un correo a Durango haciendo ver cuánto más eran de temer los Tarahumares que los Tobosos, amenazando dar orden a sus misioneros de abandonar las misiones, si les faltaba el necesario resguardo de la tropa. Atendiendo a sus razones, recibió orden el Teniente Gobernador D. Juan Fernández de defender y conservar aquellos pueblos.

En efecto, acampaban más de 2,000 Tarahumares en las rancherías del cacique D. Pablo, como a doce leguas de San Felipe. Sólo esperaban para echarse sobre las misiones una palabra de Tepórame, que les había prometido juntárseles muy en breve con los Tobosos que estaba levantando.

Hubiera esta reunión sido la ruina completa. Quiso Dios que el Gobernador Guajardo cayese rápida y victoriosamente sobre el grueso de los Tobosos, a quienes desbarató en el peñol de S. Miguel de Nonolat, y de allí, sin perder tiempo, sobre Tepórame mismo.

El taimado, como tenía tan bien conocido el terreno, eludió en los montes todas las pesquisas. Atacó entonces el Gobernador el grueso de las tropas de Tepórame, cerca de Chihuahua, encontrando una resistencia que no esperaba, especialmente en Tomochi en un mal paso, de donde a duras penas pudo salir, y luego en Pichachi donde le hirieron a 42 soldados y sólo debió la vida a un cacique rebelde, antiguo amigo suyo, que tuvo la nobleza de no presentar batalla.

Al Sur, la lucha tenía mejor suerte. El Capitán Cristóbal Nevares, que defendía las misiones cerca del Parral y tenía buen número de indios fieles de San Felipe, Huejotitlán y Bocas, pudo al fin despejar los caminos, envolver los rebeldes, que amenazaban San Felipe, y derrotarlos tan completamente que, si no usaran de misericordia, no quedara ni uno.

De los prisioneros envió una gran porción al Gobernador y los demás a diferentes partes para que convidaran de paz a sus compañeros. Volvieron con respuestas muy favorables y fueron admitidas, a condición de entregar a Tepórame, autor de todos estos males. Este infeliz se batió desesperadamente, pero el 27 de Febrero 1653, cayó en manos del General Sebastián de Sosoaga, doce leguas sierra adentro del valle de Tomochi, y traído a este pueblo, donde el Gobernador tenía sus reales, se le ahorcó el 4 de Marzo.[24] Ni el sacerdote del campamento, ni sus amigos pudieron convencer al apóstata al arrepentimiento: murió vomitando injurias contra los españoles y los suyos que lo habían abandonado.

Hecha la paz, el P. Virgilio Máez se restituyó prontamente a su misión de Satevó, el P. Figueroa a la de S. Pablo Balleza, el P. Gabriel Villar se quedó en Huejotitlán, el P. Rodrigo Castillo en Bocas y el Superior[25] P. José Pascual en San Felipe. Todos ellos tuvieron mucho que merecer para congregar su grey dispersa y volver a edificar las casas e iglesias que los amotinados habían quemado.

13. Veinte años de estancamiento. 1652-1673.—En este tiempo quedó estacionaria esta misión con sus cinco casas, afianzando sus conquistas, mejorando sus templos y dedicándose nuevos los de San Mateo, San Ignacio, La Natividad y el de Bocas (1668). La peste de 1662 devastó todas las misiones de Parras, Tepehuanes, Topia y Tarahumara, trayendo a los misioneros el acostumbrado tren de sacrificios, tristezas, apuros económicos y caridades sin medida. Entre los Tarahumares, hizo la peste especiales estragos en la gente moza.

[24] El Sr. Almada, en sus *Apuntes de Chínipas,* trae las Actas y circunstancias de esta ejecución, p. 52. Fué entonces cuando el Gral. Sosoaga dividió la Tarahumara en cinco zonas, cada una a cargo de un Capitán indio, debidamente autorizado y responsable.

[25] Dice el P. A. Rivas que entonces lo era el P. Antonio Montero.

"Duró más de dos meses, dice el P. Pascual, que a no ser socorridos de Dios, hubieran fallecido todos. Los Padres, apenas acababan de llegar de un pueblo o cortijo, cuando eran llamados a otros y así andaban de una parte a otra sin descansar ni dormir". "En tiempo normal, añade el mismo Padre, en esta misión se pueden ocupar muchos más Padres, porque los Tarahumares son muchos y tienen pobladas muchas y muy buenas tierras con sus ojos de agua, como lo afirman los que entran a sacar bastimentos y yo he visto muchos de ellos".

Tenían además estas misiones que sufrir las continuas correrías de los ladrones Tobosos, que acudían de repente a pillar los pueblos ricos, a robar ganado, matar a la gente del campo (más de 50 peones de San Felipe) y huir con increíble celeridad a esconderse en los inaccesibles desiertos del Este de Chihuahua o Poniente de Coahuila. A veces, dice el P. Pascual, no nos dejan caballos ni mulas para hacer nuestras visitas.

Dos curiosos episodios nos muestran los peligros que corrían con ello los mismos misioneros, en sus expediciones.[26]

Al P. Juan Sarmiento, recién llegado el año 1675 en el pueblo de Satevó, le atemorizaron tanto las voces de que le querían matar los Tobosos, que resolvió ponerse en seguro mientras pasaba el peligro. Llegó en efecto a montar a caballo para salir del pueblo; pero a los pocos pasos, poniéndosele vivamente el pensamiento, que dejaba aquellas almas por presa del demonio, fué tal la compasión de que se afectó que, sin poder entonces contenerse en presencia de los indios, lloraba tiernísimamente. Los buenos neófitos, aunque ignorantes de la causa, le acompañaron en su llanto y, seguido de todos ellos, volvió a casa resuelto a dar mil vidas por el rebaño que Dios ponía a su cuidado.

No le fué tan bien al P. Rodrigo del Castillo cierta vez en que volvía de predicar de un rancho cerca de Tizonazo con cinco españoles, diez indios y dos niños cantores. Le acometieron a la mitad

[26] Alegre, II, 441. La misma relación se halla en el Arch. Gen. Nac. Historia. 19. pp. 217. 225. Anua de la Tarahumara. 14 Nov. 1668. Allí mismo n. 16, se halla la "Relación de lo sucedido en S. Pablo Balleza del año 1652 a 1662" por el P. Jerónimo Figueroa.

del camino como 150 Tobosos y renegados. Apartáronle de sus compañeros a quienes mataron, así como a uno de los niños que se le asió de la ropa.

Cometido el asesinato, los indios se descubrieron las cabezas, le dijeron que eran cristianos y pidieron les impusiese a todos las manos. Hasta la noche lo llevaron a pie a un cerro donde le mandaron dar obediencia a dos Jefes Cabezas y Tobosos y al anciano Generalísimo. Hízole éste unas preguntas y, llamando a toda su gente, creyó el Padre que iba a morir. Aseguróle el anciano que no moriría, pero que no les mandara epidemias ni pestes.

Al amanecer le pusieron en un mal caballo y, andando todo el día, llegaron cerca de la caballada de Cerro Gordo, que guardaban solo cuatro soldados. Espantaron la caballada y, queriendo matar a los soldados, el Padre puso su cuerpo entre ellos y les persuadió no cometiesen este crimen inútil. Pidiendo su bendición, los indios los dejaron ir con él al Presidio.

Halláronle en el campo, perdido el juicio, el P. Bernabé de Soto y el Capitán del presidio que venían al alcance de los soldados y lo llevaron a curar a su misión de Bocas. Repúsose lo suficiente para poder dedicar el 6 de Mayo 1668 su nueva iglesia en honor de San Miguel y de todos sus ángeles.

Continuó arrastrándose hasta la víspera de la fiesta de la Asunción de la Virgen en que, sintiéndose más grave, dijo que sin embargo había de celebrar el día siguiente. Le dijeron que según amaneciera. No, contestó, es fuerza, lo uno porque la festividad obliga y lo otro porque quiero comulgar de viático, pues no hay sacerdote que me lo dé. Al revestirse comenzó a descaecer y apenas pudo acabar y al entrar en la sacristía, se volvió al pueblo y lo bendijo en son de despedida. Perdió luego el habla y sólo antes de morir se le pudieron entender las palabras: "¡Qué lindos niños! ¡Qué lindos niños!"

Llevaba ya 28 años de religión y 47 de edad. Su elogio lo resume el cronista en estas breves palabras: "Era hombre capaz, docto, buen predicador, apacible, querido de seglares y gobernantes, benigno, modesto, y muy generoso".

De este año en adelante, las misiones de la Tarahumara Baja no ofrecen más que la rutina ordinaria de los ministerios.

El Informe de la Visita del P. Juan Ortiz de Zapata del año 1678 nos da el nombre de los cinco Partidos con sus 13 pueblos en que vivían 3,000 Tarahumares y 300 españoles. Eran estos:

1.—*San Miguel Bocas,* con el P. Pedro de Escalante por Superior;

2.—*San Felipe* con las visitas de Santa Cruz y de San José en el río Conchos cuyo ministro era el P. Francisco Díaz de Valdés.[27]

3.—*San Pablo Balleza,* con sus visitas de San Juan Atotonilco y San Mateo a cargo del P. Martín del Prado;

4.—*San Jerónimo Huexotitlán* con sus visitas de San Ignacio y San Javier, a cargo de los PP. Manuel Gutiérrez Arteaga y Gabriel Villar;[28]

5.—*San Javier Satevó,* con sus visitas de Cuevas y San Lorenzo a cargo del P. Juan Sarmiento.

14. Decadencia de estas misiones. 1730-1751.—Después de un período de resurgimiento y relativa prosperidad, estas misiones, como las de Acaxees, Xiximíes y Tepehuanes, decayeron paulatinamente, desde que se fué extendiendo el campo de la Tarahumara Alta, a que se adjudicaron, de misiones viejas, sólo los pueblos de San Borja y de Nonoava. Los demás de las llanuras quedaron agregados a la misión de Tepehuanes y siguieron su suerte.

Las causas de su decadencia fueron las mismas. Ya el país se había poblado de españoles, que ocupaban casi todas las estancias y tenían sus curas propios. La indiada que quedaba, agrupada en derredor de sus antiguos pueblos, se veía cada día más miserable y los desertaba para servir en las haciendas de los españoles cuyo idioma entendían ya todos.

Quedaban para los indios y sus misioneros bastantes bienes y propiedades, pero desgraciadamente, la Compañía, agotada por el

[27] El P. Valdés murió de apoplejía en su misión de Santa Cruz, el 26 de Febrero 1746, después de una carrera de misionero, según parece, de más de 58 años.

[28] El P. del Villar estuvo 40 años en la Tarahumara, fué sucesor del P. Figueroa en Huejotitlán donde murió a 3 de Enero de 1689.

creciente número de sus misiones vivas, en la Tarahumara Alta, en Sonora y en California, no podía proporcionar a éstas, tan cortas en población, un personal escogido.

Ya hemos anotado el informe pesimista del Visitador del año 1737 referente a los pueblos del Sur. Quedaba al Norte sólo el pueblo de *San Javier Satevó,* con sus visitas de Sta. María de las Cuevas y San Lorenzo. El informe nota solamente: "Misionero P. Pedro de Estrada, 10 años de misión, dos de compañero del P. Peña, Rector el trienio pasado. Sus dos ranchos y demás propiedades son casi escandalosos para 240 familias en la cabecera y 64 en la visita de Santa Ana. No hay candeleros en la iglesia".[29]

Muchos sujetos tuvieron que retirarse, pero el conocimiento necesario de la lengua obligaba a conservar los pocos que había o los viejos ya incapaces del servicio en misiones activas.

Debió ciertamente de ser un buen desahogo para los Superiores poder dejar, con bienes y todo, a la Mitra de Durango, (1751 a 54), estos lugares, donde poco o nada tenían que hacer los Jesuítas que no pudiera hacer el clero.

Fueron estas misiones, como se dijo: San Miguel Bocas, San Jerónimo Huejotitlán, San Pablo Balleza (en cuya sierra había aún gentiles), Santa Cruz, Sta. Ma. de las Cuevas y San Javier Satevó.

Veamos ahora cómo la Compañía fué empleando mucho más útilmente sus fuerzas en la conquista de las ásperas serranías donde se ocultaban los Tarahumares Altos o Nuevos, como entonces se solían llamar.

[29] Arch. Ysleta. Miscel. Mex. Tom. VIII. p. 259.



R.P. JUAN ORTIZ de FORONDA
martirizado en Yepómera
(Chihuahua) el dia
11 de Abril de 1690.



R.P. MANUEL SANCHEZ
martirizado en Tutuaca
(Chihuahua) el dia
11 de abril de 1690.

Lámina 34.—PP. Ortiz de Foronda y Sánchez.

CAPÍTULO VIII

MISION DE LA TARAHUMARA ALTA.

1 6 7 3

1. PRINCIPIOS DE ESTA MISIÓN. 1673.—Por el año de 1670 ya habían llegado los misioneros de Sonora, en sus expediciones, casi hasta las fronteras actuales de la República Mexicana. Por el lado Este de la Sierra Madre, los Franciscanos tenían una línea de misiones, que corría desde el río Nasas hasta el río Bravo del Norte y aún hasta Nuevo México. Quedaban, entre estas dos líneas de avance, las cumbres de la sierra Madre de Chihuahua, habitadas por los Chínipas y Tarahumares Altos. Todas las autoridades del país estaban a la fecha de acuerdo en la necesidad de acabar con este foco de gentilidad y de barbarie, que amenazaba constantemente los pueblos de nuevos cristianos fundados de cada lado con tantos trabajos. Aquellas ásperas montañas donde nacen los ríos Yaqui, Mayo, Fuerte y Conchos eran además refugio de todos los renegados, descontentos y aún criminales que allí venían a ponerse al abrigo del castigo merecido.

La misión de los Chínipas, interrumpida con el martirio de los PP. Pascual y Martínez, pronto iba a ser emprendida de nuevo por los PP. Prado y Pécoro; la de los Tarahumaras Altos, suspendida también después de la muerte de los PP. Beudín y Básile, iba ahora a encontrar apóstoles dignos de tamaña empresa.

El día de San Jerónimo de 1673, con motivo de la fiesta patronal de Huexotitlán, se determinó celebrar una gran junta para arre-

glar la manera de emprender definitivamente la conversión de los Tarahumares Altos.[1]

Asistieron el nuevo y religiosísimo Gobernador de Durango D. José García de Salcedo y sus Tenientes, las autoridades eclesiásticas y civiles del Parral, los jesuítas PP. Jerónimo Figueroa, Superior de San Pablo, Gabriel Villar del mismo Huexotitlan, Pedro Escalante de S. Miguel Bocas, Francisco Valdés compañero del P. José Pascual de San Felipe y los dos nuevos misioneros que venían para acometer la empresa, Fernando de Barrionuevo y Manuel Gamboa. Acudió también gran número de caciques Tepehuanes y Tarahumares y, entre éstos, Don Pablo que Dios había conservado sin duda para esta entrada y que se ofreció a conducir y a asistir a los Padres y a congregar en pueblos a sus paisanos.

Al despedir la asamblea el Gobernador, queriendo mostrar el respeto debido a los ministros de Dios, en presencia de todo aquel concurso, se arrodilló a querer besar los pies a los misioneros, acción que imitaron los demás españoles y caciques presentes.

Partieron en efecto los misioneros el 1 de Noviembre de 1673, acompañados del cacique D. Pablo y de algunos españoles y naturales. El P. Barrionuevo, de delicada salud, no pudo soportar la falta de mantenimiento y el rigor del invierno y tuvo que retirarse a Satevó,[2] sustituyéndole a principios de 1674 el P. José Tardá. Con la ayuda de D. Pablo, hallaron muy buenas disposiciones en las rancherías vecinas del pueblo de S. Borja y llegaron el 13 de Febrero a *San Bernabé*, que está al Norte de San Borja y una legua al Sur del actual Cusihuiríachi, y les pareció el lugar muy a propósito para penetrar a Tamechi, Papigochi y otros pueblos de la sierra.

Dentro de poco se formó allí una población de cerca de 300 cristianos, los más, recién bautizados, entre quienes se tenía cuidado de ir dejando algunos cristianos antiguos de la misma nación, que les sirvieran de ejemplo y de catequistas.

Un caso, que se puede tener por milagroso, ayudó mucho para que se formasen los neófitos una idea sublime del bautismo. Ha-

[1] Tomado de la Relación del P. José Pascual, con un apéndice del P. José Tardá 24 Feb. 1677. Copia. Arch. Ysleta. Alegre II 463-472.

[2] Murió en Querétaro 8 Julio 1686, después de 24 años de misionero en la Sierra de S. Andrés, Guazavas y Tarahumara. Cf. Obituario T. 6, p. 145.

bía allí una joven de 16 años, enteramente cubierta de asquerosa lepra. A pesar del mal olor y de la repugnancia que inspiraba, el P. Gamboa, creyendo su muerte cercana, se acercó a catequizarla y, bien instruída, le prometió la limpiaría el santo bautismo no sólo el alma sino también el cuerpo. Bautizóla con el nombre de Isabel y a los dos o tres días se presentó al Padre buena y sana con gran admiración de los suyos, queriendo Dios, sin duda, premiar la fe del misionero y autorizar su predicación.

Desgraciadamente el P. Gamboa, agotadas prematuramente sus fuerzas, tuvo también, como su primer compañero, que abandonar la sierra, siendo sustituído por Junio de 1675 por el apóstol de la sierra P. Tomás de Guadalajara.

2. Primeras excursiones. Carichic. 1675.—Tomando pie de San Borja, que fué misión y rancho de la Tarahumara Baja y ahora se hizo cabecera del nuevo partido que se llamó de San Joaquín y Santa Ana y luego se entregó (1677) al P. Francisco de Celada que lo había de cultivar por más de 30 años, los PP. Tardá y Guadalajara empezaron su avance en la gentilidad en que, gracias al cacique D. Pablo y a los Tarahumares cristianos del Sur, había ya mucha gente que deseaba la venida de los Padres.

El primer pueblo en que pusieron su asiento (luego que hallaron sustituto en San Borja), fué el de San Bernabé de Cusihuiriachi que formó y cultivó largos años el P. Tardá.

La primera excursión de reconocimiento que hicieron juntos el P. Guadalajara y el P. Tardá a los pueblos vecinos del Norte y del Poniente no fué por cierto muy halagüeña.[3]

Los indios fieles, que enviaron delante a Papigochi, supieron que las gentes de allí se habían conjurado para matar al misionero que se atreviera a entrar en su pueblo y los de Guerucarichi mandaron decir que jamás permitirían se estableciera el Padre entre ellos.

Creyendo hallar mejor entrada por el pueblo de Tamechi, también muy céntrico, entraron en él el 30 de Agosto 1675, pero ha-

[3] Carta de los PP. Guadalajara y Tardá al P. Prov. Fco. Jiménez. S. Bernabé 14 Oct. y 2 Feb. 1676. Arch. G. Hist. T. 19, p. 258-282. Alegre II. 472.



Lámina 35.—Mapa de la Tarahumara Alta.

llaron a muy pocos indios (los demás andaban en la caza del venado) y les contestaron que ellos no podían resolver nada, que sólo en una junta de caciques podría determinarse negocio de tanta importancia.

Mandaron entonces los Padres llamar a un cacique cristiano pero aun éste les faltó, mal aconsejado por un indio ladino que le dijo que, tras el Padre, vendría la escolta de soldados y tras éstos los españoles. Contentáronse los misioneros con decir misa en Tamechi y reconocer las ruinas de la iglesia y casa que allí había empezado a fabricar el mártir P. Jácome Básile.

Vueltos a su partido de S. Bernabé, el cariño con que los recibieron sus fieles cristianos los consolaron del mal éxito de su empresa. No por eso se amilanaron.

A fines de Septiembre, cumpliendo con su promesa, el anciano cacique D. Pablo vino con otros 29 indios de los más antiguos y sinceros cristianos, a acompañar en persona a los Padres al pueblo de Papigochi. Marchó por delante a prevenir los ánimos y el día siguiente entraron los misioneros con mucha alegría de los naturales, que habían puesto arcos enflorados a la entrada del pueblo.

Sin embargo, en la junta general, que duró toda la noche, D. Pablo y sus compañeros no pudieron vencer la resistencia de los que no querían sujetarse a la ley del Evangelio. Sabida su resolución, los Padres tomaron por la mañana un acuerdo que, de no ser providencial, pudo ser contraproducente. Sin darse por entendidos de la repulsa, despidieron a todos los caciques que habían venido con ellos, y con sólo un indezuelo, salieron de Papigochi a explorar el Norte del país.

De propósito se desviaban del camino, dejándose caer ya en ésta ya en esotra ranchería, hablando de Dios, de los premios que da a los buenos y de la paz que gozan los cristianos. Hallaron algunas almas bien dispuestas y bautizaron unos doce; otros tenían temor a los suyos y los mismos Padres no bautizaban en público. Penetraron por Matachi, Santa Cruz y Mulatos hasta Yepómera, que es la población más septentrional de los Tarahumares. Aunque los caciques lograron tener noticia de los bautismos, no manifestaron dis-

gusto alguno, lo que hizo augurar bien del porvenir, cambiadas las circunstancias. Así sucedió en efecto.

Los de Guerucarichi mandaron decir una y otra vez los vinieran a bautizar: hízose rogar el P. Guadalajara hasta estar cierto de su sinceridad. Al fin, cuando fué, lo recibieron con gran regocijo en dos filas, de un lado los hombres y del otro las mujeres que, al pasar, le ofrecían unas cestillas de flores y frutas. Halló que tenían ya bastante noticia de la religión y, bien dispuestos los mejores, bautizó, después de poco, a más de cien.

Colocó solemnemente muchas cruces en lugares conspicuos, cantando el *Vexilla Regis*. Una cosa le causó extraordinario consuelo y fué que, cuando se ponían las cruces, al concluir la oración estando todos de rodillas, se levantaban y gritaban en alta voz: "Viva Jesús", sin que se pudiera saber quién había inspirado tal fórmula a la muchedumbre. Así, tomándolo el Padre por un agüero felicísimo, dió a aquel pueblo el nombre de Jesús Carichi, con que fué luego conocido.

Salió de allí el P. Guadalajara para su misión el 18 de Noviembre, con gran acompañamiento de gente de a pie y de a caballo por varias leguas. Ellos dentro de quince días fabricaron una iglesia capaz, aunque de jacal, juntamente con un alojamiento para el misionero. Otro tanto hizo el compañero del P. Guadalajara en Napabechi, pero, como el pueblo era pequeño y retirado, no le pareció conveniente bautizar a muchos hasta ver si podía reducirlo a otro de más fácil acceso.

3. La Purísima de Papigochi. Dic. 1675.—De Papigochi, que luego se llamó Purísima, tardaron en venir, como que era el baluarte principal de la idolatría. Sin embargo, a principios de Diciembre de 1675, bajaron a la misión de San Bernabé el Gobernador del pueblo y otros ocho principales. Dentro de pocos días, suficientemente instruídos, se bautizaron treinta. Otros muchos lo deseaban, pero el Padre, vistos por aquellos propios días sus vicios, no los quiso admitir como catecúmenos hasta que se enmendasen.

Pasaba cierto día un indio ladino frente a su casa; le preguntó cómo se llamaba, a lo que el indio respondió fingiendo un nombre de santo que no tenía. Preguntado dónde iba, dijo con insolencia



Lámina 36.—Tipos Tarahumares.

Lámina 37.—Iglesias primitivas. (Arriba) Baqueachi. (Abajo) Humarisa.

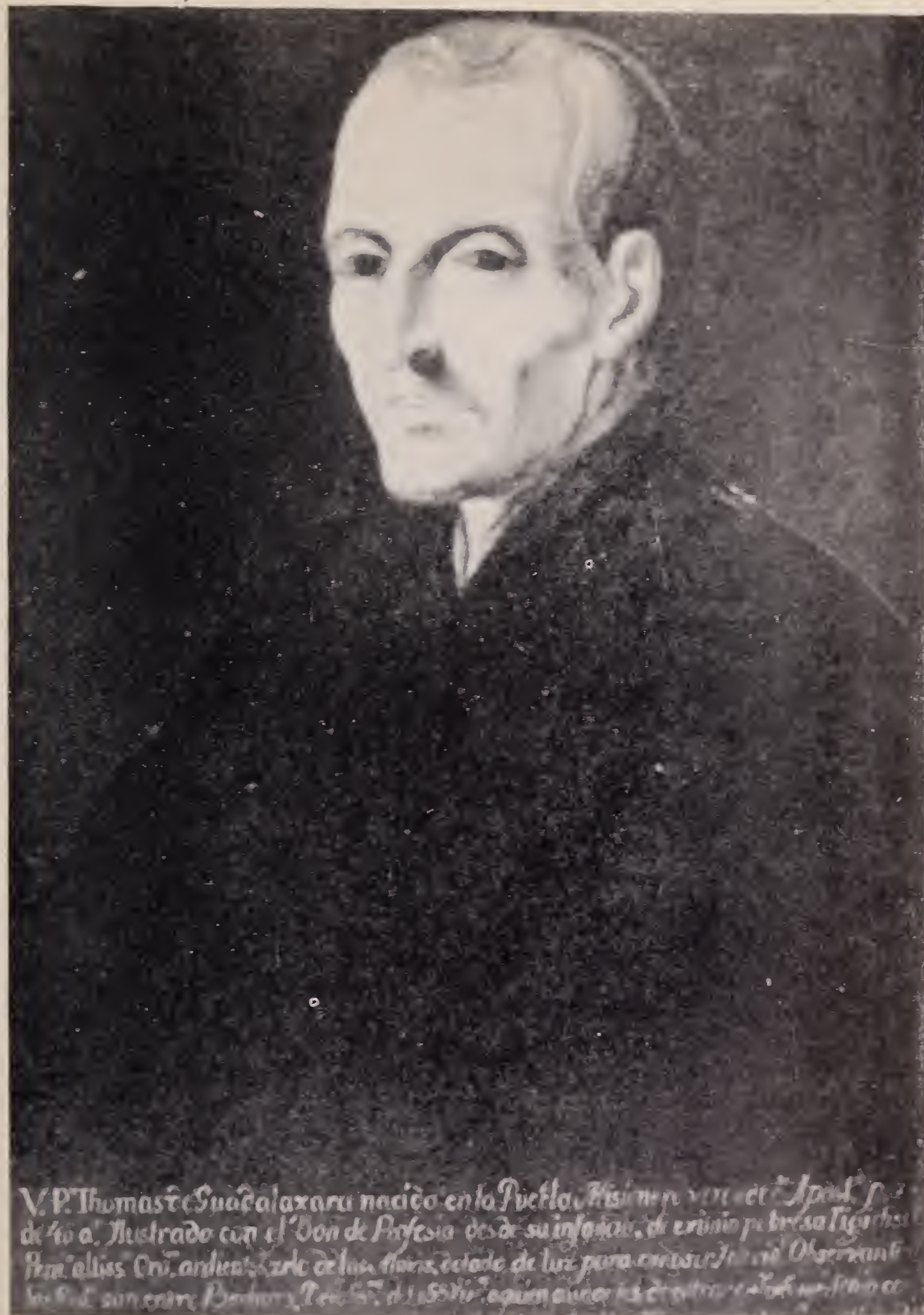


Lámina 38.—P. Tomás de Guadalajara.

que a beber y pasó de largo. Pero, dentro de pocos minutos le volvió a ver atónito. "Sabrás, Padre, le dijo, que yo no estoy bautizado, y para evitar me persuadieras a ello, te fingí poco ha el nombre de aquel santo; pero en el camino se me puso delante un hombre en el mismo traje que tú andas, pero con un bonete en la cabeza y me dijo que me volviese y te viniese a ver para ser instruído y bautizado; vesme aquí". Días después aconteció que viese dicho indio unas imágenes de los Santos de la Compañía y sin detenerse en los demás, al ver la de N. S. P. Ignacio: "Este, dijo, me mandó fuera cristiano".

Bautizada toda su familia, pasó el Padre a Tamechi y esta vez lo recibieron tan mudados que, según su expresión, lloraban de envidia de no haber sido los primeros en ser cristianos. Aquí se bautizaron algunos párvulos y se impuso al lugar el nombre de San José Tamechi. Dejados allí los convenientes catequistas, dió el Padre la vuelta a su partido de San Bernabé.

4. Jesús del Monte Tutuaca. 1 Enero 1676.—A fines de 1675 fueron los PP. Guadalajara y Tardá convidados por los indios de Tutuaca. Acudieron, sin fijarse en la aspereza de la sierra ni en el frío intenso de la estación. Tutuaca dista de Papigochi más de 30 leguas de mal camino, cuya aspereza aumentaba la malicia de un guía, que los llevaba siempre por lo peor y al fin los dejó solos.

El sitio de la población era tan áspero, que lo habían tomado por asilo los forajidos y escondite de sus robos en las guerras pasadas; la gente sumamente esquiva y fiera y una mezcla confusa de Tarahumares y prófugos Tepehuanes y Pimas. Al llegar hallaron todo el pueblo sumido en la borrachera, con que los bárbaros habían pretendido celebrar la llegada de los misioneros. Corriendo peligro su vida, los Padres pensaron volverse, pero, llegándose la noche, juzgaron mejor irse a esconder en un alto peñón, donde pudieran estar seguros de todo atropello.

Llegado el día y bajado el humor, los principales indios les mandaron decir qué hacían allí con tanto frío y que bajaran sin miedo. Bajaron los Padres a la caída de la tarde y les afearon la manera con que les habían recibido, diciéndoles que, mientras se entregaran a tales vicios, no pensasen en ser cristianos. Oyéronlos admirados y

se decían: "Pues, ¿es tan malo embriagarse? No lo sabíamos: es necesario resolvernos a dejarlo".

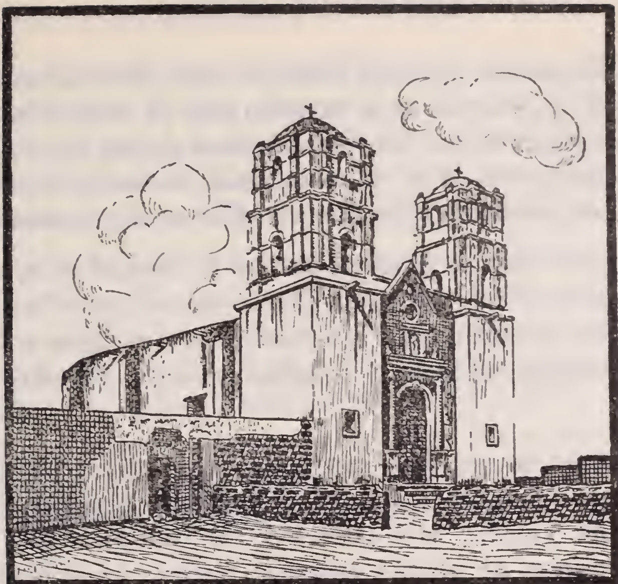
Efectivamente, desde allí fueron a la casa donde guardaban cantidad de bebida y la derramaron en presencia de los padres. Vista esta demostración, se aplicaron a catequizar a algunos de los principales y dieron feliz principio a la conversión bautizando a unos 30 adultos. En memoria de este feliz suceso que tuvo lugar el día de la Circuncisión, dieron al pueblo el nombre de Jesús del Monte Tutuaca. Plantaron luego cruces y quedaron los indios en fabricar una pequeña iglesia.

5. Organización y dificultades de la misión.—Habiendo hallado tan buena disposición en la primera entrada de Carichi (pueblo que dijeron haber sido cabeza de los alzamientos), el Capitán General de los Tarahumares dijo que toda la nación quería Padres y en confirmación de esto trajo 58 gentiles que llevó uno de los Padres al Parral. Habiendo manifestado allí al Gobernador de la Nueva Vizcaya lo que querían, mandó su Señoría al Capitán Nicolás Caro, protector de los Tarahumares, para que reconociese los puestos y por fe y testimonio constase de todos, para hacer informe al Arzobispo Virrey Fr. Payo Enríquez y el Provincial pidiera el número de misioneros que eran menester para que el Rey les señalara la acostumbrada limosna.[4]

Hicieron muy buenas diligencias el Capitán Caro con su Hermano Pedro, por ser tan amantes de la Compañía como piadosos con los indios, mandando con su informe el de los PP. Guadalajara y Tardá con otro del Visitador P. Bernabé Francisco Gutiérrez (20 Abril 1676).

"Tienen los PP. Guadalajara y Tardá, dice el Visitador, tan ardientes deseos de la salvación de aquellas almas que les parece corta esfera a su fervor: han entrado cien leguas la tierra adentro convirtiendo y bautizando gran número de gentiles y la materia está tan dispuesta que no faltan más que obreros, que ayuden al cultivo de aquella viña y esto se requiere con toda brevedad, porque se exponen los dichos Padres a perder la salud y aun la vida si no hay quien

[4] En la misma Información citada de los Padres. Id. Ponce de León, p. 68. Reseñas históricas.



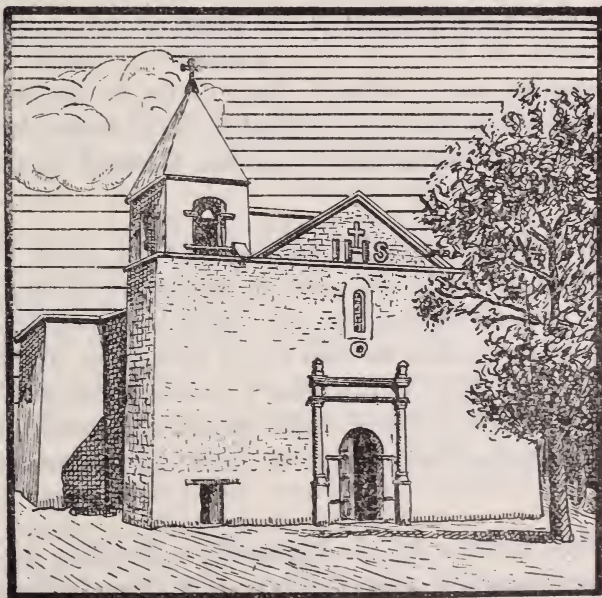


Lámina 39.—(Arriba) Iglesia de San Borja. (Abajo) Iglesia de Sisoguichi.

les ayude. Concurre Nuestro Señor a estos favores con no pocos prodigios que se apuntan en la relación que les mandé hacer. Es tan grande la estimación que los indios tienen de sus ministros, que no es posible significarlo, si no es conociendo la barbaridad de aquellas naciones y las demostraciones que en ellos se experimentan.

"Principalmente se esmeran con el P. Guadalajara, a quien N. Señor tenía prevenido para tanta gloria suya en aquellas tierras, pues su apacibilidad y santidad es el señuelo que los atrae a las redes de la católica religión, de que dí muchas gracias a Nuestro Señor por todo.

"Los ministros que hoy son *simpliciter* necesarios son cuatro: para Nonoava, Carichi, Papigochi y Tutuaca, éste está ya cerca de las misiones de Sonora. Sólo aviso a V. R. que para esta empresa se necesita de sujetos de mucho espíritu, porque los trabajos que padecen no son comunes y si no los atrae el santo celo de la conversión de las almas no han de poder conservarse".

Despachados favorablemente los negocios en la capital, llegaron éstos los años de 76 y 77 y se organizó la misión en la forma que nos dejó escrita uno de ellos P. Juan Ortiz de Zapata, compañero del P. Celada en S. Borja y fundador de la visita de Guadalupe Saguarichi, nombrado aquel año Visitador General de todas las misiones.[5]

Según su Informe del año 1678, había ya en la Tarahumara Alta ocho cabeceras, cada una con su misionero. Las iglesias aunque de paja y alguna de terrado, así como la casita del Padre, todas en vía de construcción, no sólo en las cabeceras, sino también en los pueblos de visita. Los bautizados y medio reducidos eran cerca de 5,000, aunque rodeados por todas partes de gentiles más o menos favorables, algunos huyendo de la vista del misionero como fieras.

En el valle y cuenca del río Papigochi trabajaban en el extremo Norte, siempre en pos de nuevas tierras, el P. Tomás Guadalajara en

[5] Este Informe tan detallado e importante ha sido muchas veces publicado y es la mejor fuente del estado de nuestras misiones.

Matachic, Tutuaca y *Yepómera*;[6] en *Papigochi* estaba el P. Nicolás Ferrer; en *Tamechi* el P. José Guevara; en *Carichi* el P. Diego de Contreras; en *S. Bernabé de Cusihuiriachi* el Rector P. José Tardá y en *S. Borja* el P. Fco. de Celada, aunque estos tres últimos pueblos estaban propiamente fuera de la cuenca del Papigochi.

El avance fué simultáneo al Sur en la cuenca del río Conchos o *Nonoava*. En este pueblo tenía el P. Francisco de Arteaga 352 bautizados, ya en el casco, ya en sus visitas de Humarisa al Sur y de Paguarachi al Norte. El P. Antonio Oreña había ya establecido en plena gentilidad su capilla y casita en *Sisoguichi* (1677), rodeada de 179 cristianos. Avanzando hacia el Poniente tenía nueve bautizados en Echoguita y aun había llegado a dar doctrina en Cuiteco, haciendo la conjunción de las misiones de la Tarahumara con las de Chínipas.

La misma conjunción con las misiones de Sonora hizo aquel año de 78, acompañando al Visitador a Sahuaripa, el P. Tomás de Guadalajara. Al volver, penetró desde Teopare las barrancas por donde desemboca el río Aros o Papigochi en Sonora para tomar el nombre de Yaqui.

Visitó los indios Jovas que allí vivían y eran intermedios de sus Tarahumaras de Matachi. De los pueblos que cita (después de los Jovas de Teopare, Oparrapa y Natore que pertenecen a Sonora) sólo podemos ahora localizar el último de *San Andrés de Sirupa* donde tenía 57 bautizados. En el de *S. Matías Orosaqui* (La Junta?) río abajo, tenía 60 cristianos y en el tercero *S. Simón Baypon o Bocaniyagua*, límite con Sonora, noventa y dos.[7]

Por lo que nos refieren los misioneros actuales, podemos conjeturar las heroicas virtudes de estos primeros, cuando, a la escasez de todos los elementos de civilización, se unían la aspereza, frío, soledad e inmensidad de aquellas montañas y la fiereza y hostilidad de estos indios, todavía en estado salvaje.

[6] El año 1677 tuvo el P. Guadalajara con el P. Franciscano Fr. Alonso de Mesa un altercado sobre la ocupación de Yepómera que se averiguó ser de Tarahumares, no de Conchos.

[7] Apéndice del Informe de Zapata, desde Teopare 1678.

Además de un celo a toda prueba, se necesitaba una salud y resistencia física extraordinarias. "Los Padres que hayan de venir por aquí, advertía el P. Guadalajara, es necesario que sean sujetos de mucho espíritu, porque los trabajos que padecen no son comunes, y, si no los trae el santo celo de la salvación de las almas, no han de poder conservarse. Milagro parece que no hayamos muerto cien veces. ¡Cuántas nos ha librado Dios de las manos y flechas de estas gentes y de la peste entre tantos enfermos! Milagro es el tener salud entre tan largos y penosos caminos y aun el vivir, cuando nuestros cuerpos tendrían por mucho regalo el *salvado y maíz* que muchas veces desprecian las bestias en los pesebres. Muchas veces, sin más abrigo que el cielo, ni más lecho que la tierra, cuando los arroyos estaban como peñas de hielo y, gracias al Señor, con más salud que nunca".

Confirma plenamente lo dicho el P. Bernardo Rolandegui, que visitó ocho años después, la misión. "En el espacio de cuatro años, dice en su Informe de 14 de Febrero 1682,[8] se erigieron más de 30 iglesias en esta provincia de la Tarahumara, que tiene de Oriente a Poniente más de 80 leguas y de Norte a Sur más de noventa. El año 1681, viendo los ocho misioneros[9] señalados por el Rey, que no podían administrar tan extenso territorio, consiguieron otros seis de su Magestad. Las almas, hasta ahora, bautizadas pasan de 8.000 y con los nuevos misioneros pronto llegarán a 10.000 de los 30.000 que se cree hay en la tierra.

"Habiéndose criado estos indios sin sujeción a Jefe alguno, gran trabajo fué hacerse los Padres obedecer y entablar la jerarquía de Gobernadores y Alcaldes. Hacen las cosas como gustan y como quieren, siéndoles forzoso a los misioneros hacer personalmente lo que en la misión se ofrece, como son adobes para la iglesia y casa, cavando tierra y acarreando lodo. Si pide que le den una cocinera

[8] Astrain. VI. 479. El P. Rolandegui había sido de los primeros misioneros de Carichi siendo substituído en 1681 por el P. Ratkay y éste por el P. Pícolo que allí duró 14 años.

[9] Dice el P. Neuman en su "Historia Seditionum" que de estos ocho, cuatro se desanimaron y pidieron ser trasladados a otras misiones. Decían ser poco el fruto y ser imposible cristianizarlos si el Gobierno de grado o por fuerza no los obligaba a juntarse en pueblos. Después de la visita del P. Rolandegui se enviaron más misioneros y en 1684 eran ya catorce y ocupaban toda la Tarahumara.

que haga tortillas, muchas veces no la consigue, o si viene un día o dos, falta los restantes de la semana, sin que se le pueda obligar a otra cosa, y si el misionero no pone a cocer la carne, después del trabajo de todo el día, no tendrá qué comer.

"La nación es delicadísima, ni se los ha de regañar ni reprender sus vicios, y si acaso alguna vez se hace, sucede decirle al Padre que le flecharán, que se retirarán al monte y que salga de sus tierras, porque no le han admitido para que los riña, sino para que los quiera. Así es que la ayuda de los indios es ninguna y la ingratitud por el bien espiritual y temporal que les hacen los Padres, increible.

"Aunque hay vacas para el sustento, en los caminos, en vez de pan, usan maíz que graciosamente dan los indios, aunque no todos. Casas, hasta ahora no las tienen, sirviéndoles de resguardo unos jacalillos de paja y, si logran tener un aposento de adobe, se juzgan ricos; porque la tierra está muy fría y las nieves en el invierno continuas y grandes. Se hielan a veces por Mayo los charcos y a mí me ha sucedido varias veces en invierno, diciendo misa, helarse la gota de agua al echarla en el cáliz.

"Añádase a esto que son frecuentes los peligros de muerte en que ha de verse el misionero al tropezar con rebeldes, que, a la menor irritación, echa mano de las flechas y disparan contra quien los ofende".

Dios, por su parte, como en la primitiva iglesia, autorizaba a veces con hechos milagrosos o providenciales (no hay por qué negarlo ni extrañarlo) los trabajos de sus siervos. En el entierro de una fervorosa india, no habiendo sino dos malos cantores, al *Requiescat in pace,* se multiplicaron las voces con una armonía suavísima de que quedaron embelesados los circunstantes. En otra ocasión, se oyeron repicar por sí mismas las campanas con que se llamaba a la doctrina a los niños y catecúmenos.

6. Guerras y revueltas. 1680-1690.—Tomóse la sierra como por asalto por tres costados: el *Norte,* lo más áspero, Matachi, Yepómera, Tutuaca, Tomochi, se lo reservó el P. Guadalajara; en el *centro* el P. Tardá, desde Cusihuiriachi, avanzaba a Carichi y Sisoguichi; al *Sur,* otro misionero por el río Conchos penetraba a las alturas que dominan la barranca del Cobre.

Parece que el avance fué bastante rápido, pues en 1686 habían bautizado ya más de 16.000 almas y existían, con su misionero al frente, los nueve partidos de San Borja, Nonoava, Carichi, Sisoguichi, Temechi, Cusihuiriachi, Papigochi, Matachi y Tutuaca, con casi todos los pueblos de visita que tiene actualmente la sierra, pues, aunque al tiempo de la expulsión había diez residencias más, no parece haber sido sino para facilitar una administración que sólo pudieran, en un principio, llevar unos gigantes.

No fué sin embargo la conquista tan pacífica como pudiera creerse. Recuérdese que el año de 1680 habían los indios de Nuevo México barrido con todos los españoles y misiones y que el frente de batalla contra la barbarie era ya precisamente la Tarahumara. Los nuevos presidios fronterizos de El Paso, Casas Grandes y Janos se tuvieron que poner por aquel tiempo y, por las tribus salvajes que se hallaban en el camino, tenían escasa fuerza y recursos muy limitados. Por el lado de Sonora, si bien las misiones llegaban casi hasta las fronteras actuales de la República y no se temía, por el momento, la hostilidad de los Apaches, no existía aún la línea de presidios ni las fuerzas necesarias para cualquier eventualidad. Por el lado de Chínipas avanzaban despacio los PP. Prado, Pécoro y Salvatierra.

La conquista, pues, de la Tarahumara ofrecía una importancia estratégica sin igual. Conocían bien los Apaches, Janos y Conchos la debilidad de las líneas fronterizas españolas y se valían de todos los medios para hallar entre los indios gentiles de acá amigos y cooperadores. En la Tarahumara dió no poco que hacer el Cacique de Cajurichi Corosía hasta el año de 1684 en que lo convirtió el P. Neuman.[10]

En toda esta zona de sierras y a tal distancia de los presidios los misioneros se hallaban sin defensa, en continuas alertas, a la merced de los gentiles, de los alborotadores y de los ladrones del Norte. A fines del 1684 tuvieron los Janos una junta general con los Conchos y Jovas para caer sobre las misiones. Esta junta no pudo ser

[10] Carta del P. Neuman. Sisoguichi 29 Julio 1686, referente al año 1684: "ya la Providencia ha convertido al pagano Corosía, que tanta guerra dió en estas misiones. Le di por nombre Dionisio, Eleanora a su mujer, Margarita a su hermana con dos hermanitas de siete y cinco años y otro niño". Bancroft Library. Berkeley.

tan secreta que no llegara a noticia del P. Juan Antonio Estella, ministro del pueblo de Sta. María de Besaraca, que luego dió aviso al Teniente del presidio de Sonora y por su medio al de Sinaloa. Este contestó que los lugares amenazados no pertenecían a su jurisdicción. Acudióse al Parral, pero por la distancia y escasez de soldados, no se tomaron más medidas que ajusticiar, acá y allá (a veces sin motivo) a los cabecillas que podían haber a las manos fomentando con ello las iras de los indios y sus inacabables guerrillas.

En 1684 se descubrieron las minas de Coyachi y tres años después las ricas de Cusihuiriachi, que si bien trajeron españoles y tropas a la sierra, disgustaron no poco a los indios a quienes querían forzar a trabajar en dichas minas. Los descontentos se retiraban naturalmente a las misiones más fronterizas donde hallaban en los salvajes Jovas, Janos, Chinarras y Conchos, aliados natos.

Según el P. Neuman, el primer asalto a la misión más septentrional de Yepómera, se debió principalmente a los Conchos vecinos, a quienes por unos robos de ganados habían los españoles matado algunos indios.

De repente, se dejaron caer en copiosa avenida, talando, sin resistencia alguna, sembrados, quemando edificios y robando cuanto hallaban a la mano.

7. Martirio del P. Foronda. 11 abril 1690.—Con todas las noticias que tenía de la sublevación, hubiera podido el buen P. Ortiz de Foronda ponerse en salvo, pero no se resolvió a abandonar su rebaño, confiado en los muchos indios que sabía ser leales y a estos creyó de su deber acompañar hasta el último aliento.

Cuando los forajidos atacaron la cabecera de Yepómera, el 9 de abril 1690, se hallaba el Padre en su visita de Nahuarachi, pocas leguas al Norte. Llegaron allá el 11 y pusieron desde luego fuego a la choza donde vivía. Salió el Padre a la puerta a ver lo que sucedía, pero apenas empezó a hablar cuando, cubierto de una nube de flechas envenenadas, cayó en el umbral, pidiendo perdón por los que tan indignamente le herían.[11]

[11] El P. Juan de Estrada, Procurador a Roma, en su Informe de 1691 sobre las misiones, es quien dice que fué muerto en Nahuarachic. Los demás vagamente le hacen morir en Yepómera. Véase en Astrain VI. 486-489, tomado del Archivo di Stato del Jesú. Dicho Procurador alcanzó del Rey 60 misioneros.

Nuestros cronistas no nos dan más informes sobre la persona de este santo mártir, sino que era natural de Toledo.

8. MARTIRIO DEL P. MANUEL SÁNCHEZ. 11 ABRIL 1690.—Atribuye el P. Neuman la muerte del P. Sánchez a otra partida diferente de facciosos, formada por Jovas, Janos y Tarahumares gentiles o descontentos. Por su situación diferente dudamos acaeciera, como dicen, precisamente el mismo día que en Nahuarachic. Volviendo de predicar en el mineral de San Nicolás, en compañía del Capitán D. Manuel Clavero, se encontró el P. Manuel con una partida de facciosos. Intentó el Capitán persuadirle no pasase adelante, pero nada pudo conseguir, protestando que no podía dejar su grey y las alhajas de la iglesia a discreción de aquellos impíos.[12] Ambos cayeron acribillados de flechas.

El P. Manuel Sánchez había nacido en Marchena, en Diciembre de 1651, y venido a México (así como el P. Foronda) con el Ven. P. Zappa. Este, siendo el P. Sánchez estudiante, le había infundido especial devoción a la Virgen y adiestrado a explicar la doctrina a los niños en calles y plazas. Es todo lo que sabemos de su vida.

Cometidos estos atentados, se derramaron los sediciosos, devastándolo todo por los pueblos de Tutuaca, Matachi, Cocomarachi, y luego Tomochi y Cajurichi, cuyos misioneros PP. Guillermo Illink y Jorge Hostincky (venidos el año antes), recibido aviso, se habían puesto en salvo.

9. FIN DE LA REBELIÓN.—Al ruido de las ruinas, el Gobernador de Durango, D. Juan Isidro de Pardiñas que se había largo tiempo hecho sordo a la voz de los misioneros, despertó como de un letargo, y desde el Parral, donde estaba, mandó movilizar las tropas de los presidios de Janos y Casas Grandes, a las que agregó las que pudo

[12] Todos estos alborotos de los Tarahumares que en Alegre son bastante confusos, los aclaramos con la obra del citado P. Neuman (54 años misionero) titulada: Historia seditionum, Impr. en Praga, prefacio de 1724, y fotocopiada en Bancroft Library de Berkeley, traducido en inglés por el Dr. Marion Reynold, 1936. Allí dice que salió la rebelión de la misión de Yepómera cuyos pueblos: Nahuarachi, Temósachi, y Sirupa entraron de lleno. Difiere del texto, diciendo que el P. Sánchez, viendo su gente inquieta en Tutuaca, fué a Sonora a solicitar apoyo y volvía con dicho capitán.

de los Conchos, Gallo y Cerrogordo, con 102 arcabuceros y se personó en Papigochi, donde puso sus reales, pues parecía que por el lado de Yepómera estaba el centro de la rebelión.

Entretanto habían llegado quejas al Virrey de la impericia del Gobernador. Ignorando éste su procedencia, las atribuyó a los Jesuítas cuyas solas misiones habían sido destruídas y, dejando la persecución de los indios, volvió la guerra contra los Jesuítas, interceptando su correspondencia, mandando a sus capitanes recogieran todas las quejas de los indios contra ellos para mandarlas al Rey y al Virrey. No hallaron los misioneros más medio de hacer llegar la verdad a México que el enviar secretamente al P. Neuman a la capital.[13] Tuvo éste que rodear por Chínipas, Sinaloa y Guadalajara, cabalgando más de 400 leguas en seis semanas. Avisado el Virrey por su confesor que era Jesuíta, se alegró y tuvo larga conferencia con el P. Neuman; mandó al Gobernador restituyera a todos los Padres en su misión y les diera a cada uno una escolta de doce soldados, hasta que los indios repararan sus templos y casas. El Provincial, por su parte, mandó que ningún misionero volviera a su puesto sin la escolta prescrita por el Virrey. Vuelto a la Tarahumara el P. Neuman, visitó todas las misiones y restituyó los misioneros, excepto Cajurichi que quedó completamente desierta y Tutuaca que tardó 22 años en ser restaurada, porque su Gobernador, aunque cristiano, era de mala conducta. A Yepómera fué el P. Kaller (?) que en poco tiempo hizo iglesia y curato, cosa que en diez años no habían podido hacer sus predecesores.

Después de esta incursión, los sublevados, sabiendo los preparativos que tenía listos el Gobernador en Papigochi, se desbandaron y huyeron a los montes, no sin pérdida de algunos caudillos que cayeron en manos de los españoles.

Nunca fué posible perseguirlos en sus madrigueras del Norte, ni tampoco sujetar del todo a los Conchos y Tobosos; no poco se hacía en cuidar de que no se metieran demasiado adentro, ni se hicieran aliados entre los cristianos descontentos.

[13] Aun se publicó en la Capital el año 1695 por el P. Eugenio López una "Satisfacción pública y respetuosa apologética al Gobernador por sus injustos cargos".

10. La revuelta del año 1697.—La peste de 1695, un terremoto y un cometa en 1696 y otros fantasmas que impresionaron a los mismos misioneros, se tomaron por augurio de esta nueva rebelión. Se tomó por causa la ejecución que hizo el Gobernador de varios hechiceros, entre ellos uno que tenían como pontífice y les permitía la poligamia y era además, reo de doce homicidios.[14] Hallaron ocasión propicia en la campaña que hacían al Sur las tropas contra los Tobosos.

A repetidas instancias del P. Baltazar de la Peña, ministro de Sto. Tomás, vino el Capitán Juan Retana, gran amigo y protector de los misioneros, y descubrió un nido de rebeldes armados, parapetados en un cerro, en número de cien. No presentándose a los cinco días, como les ordenó, los quiso sorprender una noche, pero se escabulleron. Persiguiólos y en un mes prendió a unos 60, matando a varios. Ejecutó a unos 40 y a los otros 20 los mandó en cautiverio al Parral. Pasó a Matachi donde prendió y castigó a otros veinte. Creyendo con esto haber acabado con la gavilla, se volvió a Papigochi, donde tenía más de 120 soldados.

Enfurecidos los indios, llamaron en su auxilio a los Jovas y Janos y se echaron sobre el pueblo de Tomochi que destruyeron. El P. Jorge Hostinsky se hallaba en su visita de Arisiachi y tuvo tiempo de huir antes de que llegaran a destruir este pueblo. El mismo día se rebelaron los de Cocomorachic, cuyo Padre Pedro Proto, por extraña corazonada había salido. Acudió la tropa y puso en salvo al P. Juan B. Kaller de Yepómera, que ya se había preparado a la muerte. Siguiendo los rebeldes la sierra, llegaron hasta Echoguita y Sisoguichi de donde había huído el P. Neuman y se fortificaron en un cerro.

Avisado, había mandado el Gobernador desde el Parral cien españoles y 200 indios aliados que, la víspera de S. Juan Bautista, les dieron la batalla, huyendo los indios y dispersándose después de reñida lucha. Habían quemado 15 pueblos y destruído sus iglesias. Protegidos por soldados, volvieron los Padres a sus misiones. Fué el tiempo en que el obispo de Durango, a su vuelta de Sonora, quiso venir a consolarlos, visitando varias cabeceras hasta Carichi (don-

[14] Parece que fué Nicolás el Tuerto, cacique de Arisiachi.

de se trasladó el P. Neuman, salido el P. Píccolo para California) y haciendo en la misión más de 2,000 confirmaciones.

No dejaron los fugitivos de sembrar la inquietud en otras partes de la Misión. El P. Guillermo Illing, de Norogachic, tuvo que escapar trayendo consigo todos los enseres de su iglesia; el Padre español de Nonoava se mantuvo firme con 20 soldados que le mandaron del Parral. Entonces Retana, juntando sus tropas, entró en los pueblos rebeldes de Tomochi y Cocomorachi, quemando los sembrados y castigando a los que podía prender. Rechazados hacia el Norte, los amotinados se echaron sobre la misión Franciscana de Bachíniva, donde mataron al Gobernador y al secretario del misionero que se hallaba ausente, acompañando al Sr. Obispo. Acudió Retana, sorprendió a la tropa que se repartía el botín, mató al Jefe y a otros 15, huyendo los demás a las sierras.

Continuaron las escaramuzas, ya por Chínipas, según vimos, ya por Papigochi a donde tuvo que hacer otra entrada el Capitán, a fines de Enero de 1698, hasta obligar a los de Tutuaca, Cocomorachi y Yepómera, ya acosados del hambre, a pedir la paz.

Vino finalmente el nuevo Gobernador Juan B. Larrea, hijo de un rico comerciante de México, con encargo especial del Virrey, Conde de Moctezuma, para la pacificación de la Tarahumara. Convocó en el Parral a todos los Capitanes (entre ellos Retana) y al P. Visitador, José Neuman, y determinó visitar personalmente la Tarahumara por el mes de octubre de 1700. Vino a Papigochi y pasó de allí a Sto. Tomás, Tegolocachi, Matachi y Yépomera. Allí, los mismos Jovas le presentaron a un malhechor, llamado Puchilegi, a quien ajustició con algunos Conchos. Siguió por Cocomorachi donde nombró nuevo Gobernador, Arisiachi, Tutuaca, y Yepachi donde el Cacique le pidió viniera a predicarles cuatro días de camino el P. Venceslao Eymer, finalmente en tres días se trasladó a Bocoyna y Sisogichi y de allí a Carichi, dando por terminada la pacificación de la Tarahumara.[15]

Pasadas estas revueltas, que afortunadamente no fueron generales, pues 24 pueblos quedaron siempre intactos, no notamos más

[15] Fué la ocasión en que por primera vez se nombraron autoridades indígenas (Gobernadores) bajo el alto mando de los españoles.

que pleitos locales ya contra los misioneros, ya de caciques entre sí o españoles, pero pronto suprimidos y arreglados, por la proximidad de las tropas y del Gobernador que solía vivir en el Parral.

11. ORGANIZACIÓN DEFINITIVA DE LA MISIÓN.—Ya establecida la paz, se continuó incesantemente la conversión y cristianización de la raza, que fué lenta, por ser tan montaraz y por su incorregible inclinación a la embriaguez y a la lujuria.

A pesar de la escasez de misioneros que sufría la Compañía a principios del siglo XVIII (y fué causa de la decadencia de otras misiones), padeció menos esta misión que otras en el personal, pues tuvo siempre algunos sujetos notables que mantuvieron la llama, aun en las épocas más críticas. Vez hubo en que casi todos, menos dos, pidieron ser trasladados a otras misiones donde era más visible el fruto. El P. Francisco Celada, de San Borja, no murió sino el año de 1707 y el fundador, P. Guadalajara, en Huejotitlan, hasta el de 1720. El P. José Neuman estuvo en Sisoguichi y Carichi más de medio siglo (1681-1732), el P. Glandorff en Tomochi 40 años (1723-1763) y así de otros.

En las primeras décadas del siglo XVIII, se puede decir que la misión estaba ya perfectamente organizada y en vías de prosperidad. En 1718 se erigió en Cusihuiriachi un pequeño colegio y seminario, que servía para formar algunos niños escogidos y juntamente a los nuevos misioneros para que aprendieran la lengua. Para el alivio, tanto de los indios enfermos como de los Padres, consiguieron la ayuda inapreciable del H. Coadjutor Juan Steineffer, de la Provincia de Bohemia, médico que se había de hacer famoso por su obra, "Florilegio medicinal" impreso en México (1712), Amsterdam (1719) y Madrid (1732).

Las causas de la lentitud de la asimilación cristiana (que aun no estaba completa cuando se expulsó la Compañía) se han de buscar en los defectos de la raza y en su desparramamiento por las sierras. Era la única misión en que no se permitía en nuestras casas el servicio de los indígenas.

Los misioneros más santos y celosos siempre tenían en su misión grupillos de viciosos, a quienes no podían corregir ni el azote ni la cárcel. Así lo testifica el P. Glandorff de su propia misión.





Lámina 40.—(Arriba) Iglesia de Nonoava. (Abajo) Iglesia de Norogachi.



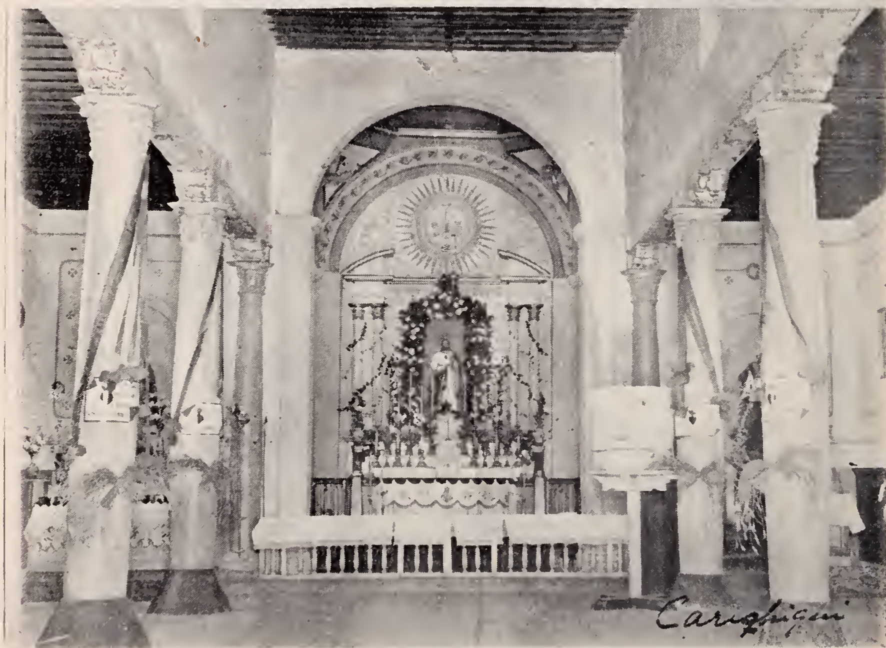


Lámina 41.—Iglesia Carichi. (Arriba) Exterior renovado. (Abajo) Interior colonial.

Cita castigos patentes de estos inveterados pecadores, que nunca pudo del todo extirpar. Siempre también hubo salvajes que huían de los Padres y vivían como fieras, ya en sierras infranqueables del alto Mayo, ya en la barranca de Urique y en los escarpados riscos que la rodean.[16]

Esta misión, por sus dificultades especiales, es sin duda una de las más gloriosas de la Compañía.

De una Carta Anua del P. Glandorff, fechada en Tomochi, 10 de Agosto 1730, que abarca los siete años anteriores, hay datos significativos que cita en tercera persona. "En estos siete años, dice, ha levantado cuatro iglesias, una a la Inmaculada, otra a San José, y dos con cimientos ya. Donde halló 17 cristianos son ya 140, donde 60 ya hay 250 familias sacadas de sus cuevas. Bautizó 1,575, casó 661 parejas, sacó del concubinato 100. Vino la peste y mató 800 niños y 664 mayores. Obras maravillosas de conversión y castigos señalados de lujuriosos".[17]

Fué pues necesaria una lucha titánica para tomar risco tras risco, y una constancia sin igual para volver a empezar continuamente el trabajo. Fuera de las cabeceras y algún lugar principal, no tenía el misionero suficiente acción continua para educar a estas gentes. Si bien se edificaba templo y alguna casa de comunidad en los lugares más céntricos, mas, la gente no vivía allí de ordinario, sino en sus barrancas o parches de tierra que labraba de acá para allá, en tan empinadas montañas. Gustaban sí, de juntarse cuando venía el misionero, pero era también por sus bailes y francachelas.

Con todas estas dificultades, la Tarahumara Alta era una misión bien organizada y floreciente cuando la dejaron los Jesuítas. No había pueblo ni rincón en que no llegara de un modo u otro la be-

[16] En este mero riñón de la sierra tenía la Compañía la misión de Guaguechi (Guagueivo) administrada de 1757 a 1765 por el P. Antonio Sterkianowski, de quien escribe el P. Braun, que "era experto en la lengua y que a más de los tres pueblos antiguos (Guaguechi, Pamachi y Sameichi) fundó otro nuevo y fabricó iglesias y casas, y por esto no padeció necesidad su sucesor el P. José Franzo. Por su mala salud y por no poder andar a pie por los barrancos, se le cambió a otra misión". Arch. G. N. Hacienda. Leg. 17 n. 57.

[17] Archivo de Isleta. Original.

néfica acción del misionero en favor del indígena ni el amor de su adelanto religioso y civil.[18]

12. Prosperidad de la Misión.—Por el predominio del elemento indígena y la pobreza agrícola de aquella misión, se pudo conservar hasta el fin la organización misional de la gran mayoría de los pueblos. Tenían sus Gobernadores indios, sus jueces, policías, mayordomos, semaneros y todos los oficios que requería la vida civil bajo la intendencia del misionero y de la autoridad civil. Poseían territorios comunales donde criaban ganado, ya particular, ya común, para abastecer de carne a los enfermos y a los que acudían a las fiestas. Había igualmente terrenos o propiedades cuyo producto se usaba para el sostenimiento del culto, de las escuelas y del misionero.

Nadie mejor que el Obispo de Durango, D. Pedro Tapiz, nos puede describir, como lo hace en su informe de 26 de Agosto 1715, lo que vió con sus ojos en esta misión de la Tarahumara.[19]

"En las once misiones de la Compañía que he visitado hasta aquí, he hallado los indios con tan buena crianza y educación en lo espiritual y temporal, como lo califica la decencia en sus templos y culto divino, celo y aplicación en los Padres en enseñar a los indios la doctrina cristiana y hacerles que aprendan a leer y escribir y contar y otros oficios, que al mismo paso que he salido consoladísimo y edificadísimo de ver el apostólico celo con que estos Padres atienden a dirigir las almas de aquellos pobres al fin de su salvación, desvelándose en quitarles las embriagueces, bailes y otros abusos que usaban en su gentilidad (en que hay ya muy poco o nada que corregir), ya en el paternal amor con que los cuidan y atienden, esmerándose en que vayan vestidos y tengan que comer; he quedado confundido de ver el desprecio, humildad y mortificación propia con que tratan algunos sus personas para enseñar a todos, así indios como españoles, con el ejemplo el camino seguro de la gloria,

[18] Además del citado P. Neuman, se pueden consultar los escritos del P. Mateo Steffel: Tarahumarisches Worterbuch, impreso en Nachrichten de Murr, y las modernas obras de Carl Lumholtz: Unknown Mexico, 2 Vols. London, 1903; New Trails in Mexico. New York, 1912...

[19] Cuevas, III. 333. Véase allí la comparación que establece entre los misioneros Jesuítas y los Franciscanos.

que me ha parecido conveniente reprenderlos amorosamente como indecencia, pero aseguro que en mi interior lo hice con confusión mía.

"Y porque acaso podrá causar novedad este informe por algunas noticias que la emulación esparce, supongo que es verdad que estas misiones están bien abastecidas y tienen lo que han menester, porque los Padres siembran maíz, trigo y otras legumbres y crían ganado, en especial mayor, y lo que les sobra, después de suplir lo necesario para la misión, lo venden; pero también aseguro, como testigo ocular, que esto se emplea en la fábrica de las iglesias que en todos los pueblos tienen decentísimas en sus ornamentos y ornato, para la celebración de los divinos oficios que se cantan con toda solemnidad; que habiendo comido el día de San Ignacio en la misión de San Javier Satevó, canté misa pontifical que oficiaron los indios, así con canto de música como con instrumentos de bajón, chirimías, arpas, violín y órgano, que todos les enseñan, teniendo a este fin un maestro de capilla que es también indio; hubo sermón que predicó el P. Rector y misionero de Coyachi y toda la función se celebró con la solemnidad y decencia que se pudiera en la catedral.

"En esto, pues, en socorrer a los indios y en dar limosna a otras iglesias, como a muchos españoles pobres que acuden a pedirla, gastan lo que sobra en las misiones y por esta razón siento que lo multiplica Dios, como tiene ofrecido a los que ejercitan la caridad. Y porque algunos ven que con tanto celo se mantienen dichas misiones sin necesidad, las publican opulentas. Pero, habiendo yo experimentado y visto todo lo referido, no he podido excusar de hacer a V. Mag. esta representación y ojalá todas las doctrinas y misiones estuvieran al cuidado de los Padres de la Sagrada Compañía de Jesús, que sin duda los Prelados gozarían de mucho descanso y consuelo".[20]

13. El P. Francisco Celada, 28 Enero 1707.—Detengámonos ahora un instante antes de terminar, con tres o cuatro figuras cuya vida puede decirse que abarca toda la historia de esta misión. Sea el primero, el P. Francisco Celada, natural de Mondéjar en Cas-

[20] Confirma plenamente este estado de prosperidad la Relación del Visitador General del año 1723, P. Juan Guendulain, que puede verse en Doc. Hist. Mex. IV Serie. Tom. IV p. 22.

tilla, que llegó a la misión en 1677, dos años después del P. Guadalajara y residió 30 años, según parece en San Borja, donde murió el 28 de Enero 1707.

El amor de los indios le hizo renunciar dos Rectorados con que le honró nuestro P. General. Llamado para administrar un enfermo partía al punto dejando sin acabar la acción más importante sin esperar le ensillaran el caballo, diciendo que fueran a alcanzarlo. Un viaje de éstos, en un destempladísimo invierno, fué causa de su última enfermedad. Aun en ésta, jamás hizo cama sino los dos últimos días de su vida, obligado por el P. Neuman que le asistía, y entonces vestido enteramente como acostumbraba dormir siempre.

El último domingo de su vida, conociendo su fin cercano, después de celebrada la misa, se despidió públicamente de sus amados hijos, diciéndoles que se despedía para la eternidad, pidiéndoles con lágrimas no se olvidaran de su alma, ni se apartasen de los mandamientos de Dios que él llevaba el consuelo de morir entre ellos.

El llanto y gemidos de los circunstantes y el dolor que mostraron en su muerte no pudieron consolarlo los Superiores, sino prometiendo darles al Padre que ellos escogiesen entre los misioneros. Cerrada la garganta al punto de no poder pasar los líquidos, instaba, con mil ansias, le diesen el viático. Hecha la prueba con una oblea, hubieron de dárselo. Luego que lo recibió dijo con mucha tranquilidad: "Nunc dimittis servum tuum Domine" y antes de una hora descansó en el Señor.

14. PP. MONCUSO, LOYOLA, GUADALAJARA, RATKAY, NEUMAN. . .—Entre los misioneros que se sacrificaron largos años en esta ardua misión citaremos los más conocidos.

Sea el primero el P. *Luis Moncuso,* paisano del mártir P. Saeta, con quien había venido de España en compañía del P. Agustín Campos. Fué 20 años operario entre los Tarahumares nuevos y Visitador de las misiones (1714) de la Pimería donde tuvo el consuelo de venerar el cuerpo de su santo amigo.[21]

Fué otro el flamenco P. *Ignacio Vah,* que en esta Provincia tomó el nombre de Ignacio de Loyola. Fué destinado a juntar los bár-

[21] Véase la relación de Mateo Manje: "Luz de tierra incógnita" p. 323. Edición de México, 1926.

baros más montaraces de la Tarahumara en el pueblo de Norogachi. Dice Lazcano que en su tiempo todavía se miraba, no lejos de la población, la rústica cueva que le sirvió de casa, en cuyos pedernales había dejado la edificación de su nombre y que el vulgo llamaba la cueva del Loyola. Habíale dotado el cielo de maravillosa prudencia y cualidades de gobierno, motivo por el cual lo sacaron sus Superiores de la misión para encargarle sucesivamente el gobierno de los colegios de Durango, Guatemala, la secretaría de la Provincia, el noviciado de San Andrés, el Espíritu Santo de Puebla, el Colegio Máximo y se halló en el pliego de Provincial, después de su partida a Roma de Procurador. Falleció en el naufragio de la flota al pasar el canal de Bahama el día de San Ignacio del año de 1715.

El fundador de estas misiones, P. *Tomás Guadalajara*, sobrevivió 13 años al P. Celada. Era natural de Puebla y hombre de mucha oración, trato continuo con Dios, extrema pobreza que demostraba lo remendado de su ropa y una piel de cuero en que dormía sobre tablas, de pureza tan angelical que, a pesar de vivir entre indios desnudos, ni los primeros movimientos sentía contra esta virtud, según refiere el Menologio. Fué eminente en las lenguas de los indios y con sumo cuidado compuso un Arte de las lenguas Tarahumar (que se perdió) y Tepehuana en cuya misión de San Jerónimo de Huejotitlán, vino a morir, el año de 1720.

El 3 de Enero de 1681 se presentaron en la misión de San Bernabé al P. Bernardo de Rolandegui, futuro Provincial y entonces encargado de esta misión con sus visitas de Coyachi y Carichi, dos nuevos misioneros, venidos de la Provincia de Austria para encargarse de los nuevos pueblos que necesitaban Padres de residencia, PP. *Juan Ratkay* y *José Neuman*.

El primero, a quien se encargó el pueblo de Carichi, fundado seis años antes, puede decirse que vino a la Tarahumara a ofrecerse en holocausto al Señor por aquellas almas, pues en sólo dos años agotó sus fuerzas. Hasta los 18 años había sido paje, muy querido por su inocencia, del Emperador Leopoldo, quien, al despedirle para las Indias, le había obsequiado una imagen, con esta dedicatoria de su mano: "Leopoldo suplica al Señor conceda al P. Juan feliz viaje hasta las Indias, una abundante mies de almas en premio de todo lo que tenga que sufrir por Jesucristo, la abundancia de celes-

tiales bendiciones y reclama un recuerdo en sus oraciones y fatigas apostólicas para él, para su familia y para sus estados". En el corto tiempo que vivió, reunió su gente en cuatro pueblos, luchando con sus vicios de vagancia y de embriaguez y teniendo alguna vez que sustraerse a sus amenazas. A las innumerables privaciones de la sierra, que la delicadeza de su condición debieron de aumentar sin medida, añadía penitencias y ayunos para alcanzar del cielo la conversión de sus infieles. No nos extrañaría fuera verdad la voz que corrió entre sus indios, de que lo habían envenenado, por su celo en privarles de sus embriagueces.[22]

Al P. *Neuman* tocó la misión de Sisoguichi, empezada cinco años antes y a la fecha abandonada. En los doce años que allí estuvo, levantó la iglesia del pueblo, la de Echoguita y otras menores en contorno, recorriendo la sierra y atrayendo a los gentiles. Los otros 40 años de su vida cultivó el pueblo de Carichi. Fué cuatro veces Rector y tres Visitador de la misión, muriendo en Carichi, el 1º de Mayo 1732, en la bella vejez de 85 años. Fué ciertamente un modelo de misioneros estables, y con el P. Glandorff su vecino, una columna de la misión. Pasó todas las revoluciones de la sierra, cuya relación escribió en lindo latín para sus compatriotas de Bohemia, y, cuando otros muchos misioneros abandonaban el campo por las dificultades y el poco fruto, supo él perseverar, valerse de mañas para domar esta raza rebelde, aun exponiendo su vida para extirpar sus vicios.[23]

15. P. Hernán Glandorff. Agosto 1763.—Fresca está aún entre nosotros la memoria de este gran misionero, cuya beatificación se ha últimamente intentado. Nació el 28 de Octubre de 1687 en Osterkappeln (cerca de Osnabruck) donde aun existe y vive en la misma casa la parentela. Hechos su noviciado en Tréveris, siendo ya teólogo, alcanzó del P. General pasar a la Provincia de México, en donde, terminados sus estudios, fué en 1723 destinado a la Tarahumara. Un año residió con el P. Neuman en Carichi para apren-

[22] Murió el 26 Dic. 1683.

[23] Después de visitar Carichi en 1725, el P. Juan Guendulain hace el mayor elogio de la misión. La iglesia de tres naves es la más hermosa de la Tarahumara con abundancia de adornos: doce blandones de plata, ricos vasos sagrados, labrados por los indios de allí y ornamentos bordados de oro y plata, que todo eso les enseñaba el Padre. Doc. Hist. Mex. IV Serie, Tom. IV, p. 28.

der la lengua y el año siguiente fué nombrado misionero de Tomochi donde había de pasar los 40 últimos años de su vida. De allí irradió su celo en los pueblos de Cajurichi y aun Jicomorachi y Batopilillas.

La vida de oración y sacrificio que allí llevó, su conocimiento de los corazones y la atmósfera de milagros, en que cuentan que se movía, hacen de él una persona no común en la sierra. Un Franciscano que estuvo en Tomochi, poco antes de la irreparable destrucción de la ciudad y de su archivo, dijo que vió los libros de partidas de bautismo y de defunciones y que estas últimas estaban asentadas a veces del modo siguiente: "El día. . . del mes. . . del año . . . murió N. N. y se condenó, y N. N. y se salvó".

Cuando vino al país, ya por una hernia, ya por no saber montar a caballo (cosa que no pudo aprender), hizo el viaje a pie de Veracruz a la capital y lo más admirable es que toda su vida en Tomochi hizo a pie todas sus correrías, confesiones de moribundos, etc., a pesar de sus muchos achaques, de día y de noche, por aquella extensa y fragosa sierra. En muchos casos su agilidad no tenía explicación humana, pues decían que lo llevaban y traían y le pasaban los ríos sus ángeles. Un compañero suyo afirmaba haberlo visto ir y volver de una confesión en una mañana a una distancia a que él no pudo llegar en un día a caballo. Para convencer a un clérigo que le objetaba era inútil trabajar con tales indios porque todos salían infieles, resucitó delante de él, el 22 de Mayo de 1746, a una india mientras hacía el funeral. Sentada en el féretro exclamó: "¡Oh, qué hermosa es la casa de Dios que está allá sobre las estrellas!"

Nada digamos de su conocimiento de los corazones, profecías, multiplicación de comida o de agua, como aun se cuentan con muchas particularidades en la sierra. Tal era la fama que tenía de santo que un Visitador de la misión, el P. José de Chavarría, se propuso observar si era realmente tal la vida del Padre como se decía, y, después de cerciorarse, exclamó: "Ya no deseo conocer al apóstol S. Francisco Javier, habiendo tratado al P. Glandorff".

Era de buen cuerpo, blanco, redondo de cara, pelo castaño claro, ojos azules, de carácter intrépido y de corazón tiernísimo como lo manifiestan sus cartas.

No le faltaron en su larga carrera amargas pruebas de todas clases: "Periculis in itinere, periculis a fratribus". . . En sus cartas

hay frases que revelan hondos e íntimos dolores, que aumentaban sus ordinarias austeridades. "Estamos sicut oves inter lupos, escribía a su Provincial, P. Andrés García (15 Sept. 1749) . . . Consuele a sus afligidos hijos que vinieron *de longe*. . . Oportet Filium Hominis pati. . . bien tuve menester un tal ejemplo, como es el de Cristo Nuestro Señor, para no desfallecer, aunque esto no impidió que de mis ojos brotaran lágrimas. Parece que quieren acabar con nosotros; pero, *macte ánimo,* in proximo est ut a Deo accipias consolationem. . . Ya es amarga para mí la vida y parece que mi naturaleza se dispone para la muerte. Encomiende su Rev. este mi largo viaje, que he de hacer al Señor. En mi vida no he tenido descanso alguno, ni sosiego. El misericordioso Dios me lo dé en la muerte".

Murió de 76 años en Tomochi, el 9 de Agosto de 1763: su cuerpo fué trasladado al convento de Guadalupe de Zacatecas por los Franciscanos que le sucedieron en la misión y últimamente a la capital, en poder de los Jesuítas, según indicamos en el tomo IV de la Historia moderna. No es fácil ahora comprobar los milagros que se le atribuyen (y los citamos sólo por referencia), pero sería necesario borrar todos los datos que tenemos, querer hacer de él un vulgar chismoso.[24]

De las ocho cartas que de él se hallan en el Archivo Nacional, dos son al Prov. Andrés Javier García en defensa de dos conmisioneros suyos, uno el P. Roque Andonaegui acusado de adulterio y de embriaguez, el otro el P. Cristóbal Lauria, Rector de Sahuaripa, a quien habían destituído con gran ruido y arrinconado en la perdida misión de Besaraca (cuya lengua ignoraba), muriendo el santo viejo de disgustos.[25]

[24] Una carta del P. Rinaldini (su vecino en Coyachi) nos lo pinta ciertamente como un hombre un poco raro que no quería, ni en su vejez, compañero. (2 Sept. 1759). Era sencillamente heroico. En 1725 estaba edificando buenas iglesias en todas sus misiones: Tomochi, Aleasachi, S. Estanislao Culiachi, y atendía (por falta de misioneros) los pueblos de Tutuaca, Yepachi, Jicamorachi y aun Moris y Maycoba, y esto "corriendo a pie continuamente, sin cama ni otro bastimento que el que usan de ordinario sus indios de Tomochi". Doc. Hist. Mex. IV Serie, T. IV, p. 32.

[25] La norma general era que empezaran los jóvenes y los recién llegados de Europa por las misiones más arduas y pobres y se reservaran los pueblos más asentados para los ancianos. Cuando sucedía lo contrario, no podían soportar las privaciones.

Lo que de estas cartas resulta es que algunos Padres jóvenes apetecían algunas de estas misiones (ya cristianizadas por los viejos y ricas) y llevaban allá sus familias y cometían algunos abusos con los indios. De allí ciertas cuestiones muy amargas para los antiguos. Antes de acusar a un hombre, como el P. Glandorff, quisiéramos conocer el calibre de sus contrarios. El llorar de tales hombres es cosa seria. No lloran por niñerías.

16. Misión de Chinarras.—No tenemos pormenores sobre la fundación de esta misión, que parece haber sido de las últimas en el Estado de Chihuahua. Las Efemérides Chihuahuenses (p. 315) dicen que se estableció el año de 1716, con permiso del Gobernador San Juan y que, por hallarse en territorio de Franciscanos, se situó en un rancho adjunto al de Tabaloapa del colegio de Chihuahua, cuyas ruinas se ven aún en las inmediaciones de Villa Aldama.

El P. Rafael Palacios, su tercer misionero, dice que se hallaba situada a 28 leguas al Norte de los Conchos, cuya lengua hablaban. Estos indios, que figuran en las revueltas unidos a los Sumas del Paso, eran una rama de los Conchos que vivían entre Casas Grandes y la línea del ferrocarril de Chihuahua a Juárez, y por lo tanto al Norte de los Tarahumaras.

Cuando se los redujo debían de ser ya muy poco numerosos. Hasta el año de 1721 administró la misión el P. Antonio Arias de Ibarra que fué a la conquista del Nayarit.[26]

Por el P. Sebastián conocemos mejor a su último misionero, el P. Claudio González, antiguo maestro de gramática de Chihuahua, hombre intrépido, todo de Dios que, desterrado a Italia, vivió en ella vida de horrorosa penitencia y los dos últimos años de anacoreta en

[26] En 1759 así describe la misión el Illmo. Sr. Tamarón: "Esta misión cuyo titular es Santa Ana, dista seis leguas al Norte de Chihuahua, y un cuarto de legua, sin pasar el río, de la misión Franciscana de San Jerónimo. Tiene sólo 25 familias de indios y en ellas 64 personas. Tiene iglesia costosa de bóveda y buena casa de misionero y allí no se ven más. Este misionero es morador del colegio de Chihuahua y, como hay poco que hacer en la misión, allá sirve en lo que le ocupan". Los indios por su conocido valor eran como una avanzada y defensa contra los Apaches que a la sazón devastaban la tierra y amenazaban la ciudad. Cf. Carta del P. Prov. Pedro Reales al Gobernador, Miscel. VII. 653. Arch. Ysleta. En 1725 asistían siete familias de las 38 que vagaban por los montes.

un oratorio del campo dos leguas de Bolonia. En los dolores de su última enfermedad solía decir a los que le compadecían: "Es nada lo que sufro, gozo sí mucho, esos son favores del Señor y del mucho amor que me tiene" (1736-87).

17. LINGÜÍSTICA.—En cuanto a la lingüística, suponemos que los PP. Fonte, Gabriel Díaz o José Pascual tendrían sus Diccionarios manuscritos; pero sólo nos consta que el P. Jerónimo Figueroa dejó escritos según indicamos, cuatro copias de un Arte y copioso Vocabulario de las lenguas Tarahumar y Tepehuana y un Catecismo y Confesionario, en dichas lenguas, que fueron sin duda los que aprovechó el P. Guadalajara a quien asigna Beristáin un "Arte de diferentes idiomas de los indios bárbaros".[27] Perfeccionó esta obra su compañero toluqueño P. Roa, a quien se debe también un Diccionario Tarahumar. El jesuíta alemán, P. Steffel, después de trabajar doce años entre los Tarahumares, compuso y publicó en 1751 su "Tarahumarishes Worterbuck".

18. CONCLUSIÓN.—Cuatro años después de la muerte del P. Glandorff, el Decreto de expulsión de Carlos III vino a arruinar gran parte de estas florecientes misiones. De Papigochi sacaron sus esbirros al anciano P. Manuel Vivanco, poblano, que había pasado 47 años en aquellas misiones. Retirado y casi ciego, no pudiendo seguir en el viaje a sus compañeros, se detuvo en Zacatecas, después algún tiempo más en Querétaro, por fin lo llevaron preso a Puebla su patria, donde murió el 9 de Septiembre de 1771.

Según parece quedaban, como ahora, unos pocos gentiles en la barranca del Cobre o de Urique.[28]

Tenía a la sazón la misión las 17 siguientes cabeceras: Matachi, Temósachi, Sto. Tomás, Papigochi, Tutuaca, Tomochi, Siso-

[27] "Compendio del Arte de la lengua de los Tarahumares y Guazapares"... en cinco libros ... por el P. Tomás de Guadalaxara. Puebla 1683. El arte del P. Roa no se conoce impreso pero lo vió y estudió el P. Juan Baltazar. Beristain III. 49.

[28] Tenemos sobre ello una carta inmediata a la expulsión, del P. Cosme José Díaz Carichi 18 Marzo 1767: "Estoy haciendo dos pueblos nuevos y otros tengo que eran visitas de otras misiones; el nombre que pongo a mi cabecera es Na. S. de La Luz Nararachi. Con gran consuelo le digo que, por estar cerca de los gentiles de los que tengo cuatro adultos que breve bautizaré". Miscel. Mex. T. VII-610-Ysleta.

guichi, Carichi, San Borja, Coyachi, Temechi, Norogachi, Nonoava, Tonachi, Chinarras, Huahuachiqui, Narárachi, cada una con su misionero (Papigochi y Carichi parece tenían dos).[29]

El gobierno real se apoderó de todas las posesiones y estancias con que los Jesuítas sostenían y habían hecho florecer esta misión, bienes que en manos de los Comisarios regios desaparecieron, antes de que los pudieran recuperar los Franciscanos, dejando así a los indios y pueblos en la miseria que vemos.

[29] La población de la Tarahumara en 1759, según el Sr. Tamarón, era la siguiente:

1. *Coyeachi*, 283 almas, iglesia y casa buena, frontera de enemigos, los indios viven fuera en sus labores. *Visitas*: Cusihuiriachi 290 almas, S. Miguel Nepavechi 210 almas.

2. *San Borja*, 415 personas. *Visitas*: Sta. Ana 453 almas, Teporachi 110, Saguarichi 302.

3. *Nonoava*, 740 almas. *Visita*: Humariza 420.

4. *Sisoguichi*, 332 almas. *Visitas*: Bocoyna 326, Guasarori 114, Bacaibo 319.

5. *Gueiguachi* (Populo) 460 almas. *Visitas*: Pamachi 621, Sameichi 229.

6. *Tonachi*, 400 indios. *Visita*: Tecabonachi 278.

7. *Norogachi*, 1,500 indios. *Visitas*: Papichichi 1,084, Tetaguichi 910, Paguichi 345.

8. *Carichi*, 507 almas. *Visitas*: Tetaguerichichi 276, Pasigochi 263, Taguirichachi 184.

9. *Tameichi*, 180 almas. *Visitas*: Los Alamos 243, Pachera 304, Pichachiqui 260.

10. *Tomochi*, 368 almas. *Visitas*: Treseachi 400, Caburichi 344, Peguachi 164.

11. *Papigochi*, 328 almas. *Visitas*: Pagiburachi 221, Muguiarachi 93 indios y 600 de razón al cargo del cura de Cusihuiriachi.

12. *Sto. Tomás*, 631 indios, 40 españoles. *Visitas*: S. Miguel 228. Comorachi 910.

13. *Matachi*, 200 almas. *Visitas*: Tegolocachi 143 indios y 11 blancos.

14. *Temósachi*, 616 indios. *Visitas*: *Yepómera* 510 indios y 105 de razón, frontera de enemigos.

Total: más de 18,219 indios.

CAPITULO IX

MAYOS, YAQUIS Y TRIBUS VECINAS

1614

1. Conversión de los Mayos. 1614.—La tribu agrícola y Cahita de los Mayos era, sin duda, la más numerosa de las que encontraron en la costa del Pacífico los misioneros: podía juntar de ocho a diez mil hombres de pelea y no bajaba de 30,000 almas. Poca comunicación tuvieron, en un principio con los españoles, por hallarse encerrados entre las tribus enemigas de los Yaquis y Tehuecos. Pero, luego que el año 1604-6 abrieron los PP. Rivas y Méndez las puertas de los Zuaques y Tehuecos, empezaron a venir en partidas a visitar a los Padres y curiosear sus iglesias y envidiar la paz y orden de los pueblos cristianos.

Naturalmente, éstos procuraban con los Padres agasajarlos y acariciarlos lo más que podían. No pudiendo entonces enviarles misioneros, como pedían, se les dieron buenas esperanzas y el Capitán firmó con ellos solemne escritura de liga ofensiva y defensiva. Le acompañaron con gran número de soldados, en sus expediciones contra los Yaquis y luego contra los Tepahues y se ofrecieron espontáneamente a trabajar en la construcción del Fuerte de Montesclaros, en 1610.[1]

[1] Lo más de este capítulo está tomado del P. Rivas, que asistió personalmente a estas conversiones. Parece que, desde 1605, el P. Juan Velasco había visitado a los Mayos y recibido peticiones de misioneros. Anua 1613. Memorias, 480.

Desde la fecha, sus instancias para tener misioneros fueron continuas, ofreciéndose, aun en grandes grupos, a venir a poblar con los Zuaques, del P. Rivas. Hicieron, en consecuencia, el Capitán y los Padres las debidas diligencias con el Virrey, marqués de Guadalcázar, y el Provincial para alcanzar la fundación de la nueva misión y la venida de nuevos misioneros.

El P. Pedro Méndez, que llevaba dos años de retirado en la capital, al oír la noticia de la puerta que se abría en el Mayo, a pesar de sus 70 años, recordó al Provincial la promesa, que le había hecho el Superior de la Villa, de reservarle la misión del Mayo cuando se empezara. Concedida su petición, hizo el viaje con tanta prisa que, llegado a la Villa, no dió tiempo a que lo vieran y saludaran los demás misioneros, que tanto lo querían y veneraban, y, acompañado del Capitán, hizo luego su entrada a principios de 1614.[2]

"Avisóse primero a los Mayos, escribe él mismo, de nuestra ida, que era para darles el santo bautismo, que por muchas veces habían pedido, y que se juntasen para el recibimiento. Aunque la hambre los traía muy derramados, tomaron tan bien el aviso, que hicieron junta por su orden en los pueblos que se les habían señalado y, diez leguas antes de llegar a ellos, vino el Cacique mayor a dar razón de esto. Más adelante, salieron otros 15 principales y antes de llegar al primer pueblo de aquel río, a quien llamamos de la Sma. Trinidad, salieron más de 400 indios con sus mujeres e hijos, adornadas las cabezas con mucha plumería de varios colores que tenían, y nos recibieron con alegría. Tenían cruces levantadas por los caminos, que cierto nos hacían derramar muchas lágrimas de devoción.

"Levantaron arcos, aunque no triunfales como los de México, pero cierto que declaraban bien el triunfo glorioso que Cristo, Rey de reyes y Señor de señores, alcanzaba de sus enemigos, salieron grandes correrías de gente a caballo y de a pie. Estaban puestos en orden para ser contados, los hombres y los muchachos en sus hileras, las mujeres y doncellas en las suyas. Tenían sus enramadas hechas al modo de iglesias donde se habían de bautizar los párvulos.

[2] Combinamos aquí las tres cartas que ponen Alegre (11-71) y Pérez Rivas (Lib. IV. 6.).





Lámina 42.—Tipos Mayo (izquierda) y Yaqui (derecha).



Lámina 43.—Ruinas de la Ermita de la Virgen en Torín.

"Llegamos al pueblo y desde él hasta el mar en 18 leguas, congregamos siete pueblos y en ellos se contaron como 20,000 personas. Faltó otra mucha cantidad de indios, que se quedaron en el monte buscando la comida, por ser grande el hambre. No se contaron otras parcialidades marítimas que confinan con el dicho río, porque éstos estaban derramados por las marinas, aunque los caciques vinieron al mandato del Capitán y prometieron vendrían a poblar en el pueblo que se les señalase, como fuese cercano a sus pesquerías, que, juntos con los de este río, serán una grande población.

"En los primeros quince días, a gloria de Nuestro Señor y consuelo de los Superiores que acá me enviaron, bauticé 3,100 párvulos y adultos 500 sin otro gran número de viejos y viejas que se bautizaron. Otros párvulos y adultos, que después que se bautizaron se han muerto, son más de otros 500, yéndose en breve a gozar de Nuestro Señor con grandes prendas de su salvación. Acontecíame llegar de camino y muy cansado (en lo que me edificó mucho la paciencia del Capitán) y porque no se derramasen los indios, bautizaba 500 y 600 sin cesar, hasta acabarlos todos. Después acá, se han ido haciendo algunos bautismos y entre ellos 17 principales y topiles, todos de los mejores cristianos que me parece he tenido en todas las misiones en que he estado".

El año siguiente escribía con el mismo entusiasmo: "Nunca he doctrinado gente que tan presto sepa tanta doctrina. Son incansables rezadores. Los que en un bautismo son catecúmenos, en el siguiente son maestros de los que se catequizan y para esto acuden a la iglesia corriendo, con tal afecto como si fueran a tomar lugar para alguna comedia. De noche en las casas no se oye sino los que se juntan a rezar las oraciones".

La venida del Capitán al Mayo le dió ocasión de conocer y tratar con naciones situadas más al Norte, llamadas Nebomes, que cinco años antes habían hecho tratado de paz con los españoles y deseaban tener también sus misioneros. Falto de bastimentos por la mucha gente que había llevado, mandó algunos hombres a comprar maíz entre estos indios, alejándose los enviados hasta 55 leguas, donde los cercaron algunos enemigos.[3] Tuvo el Capitán que irlos a socorrer

[3] En otra parte dice el P. Rivas que fueron los Sisibotaris que detuvieron las mulas para obligar al Capitán a que los visitara, como lo hizo por primera vez.

con 20 soldados, aprovechando la ocasión de conocer a los Nebomes y de ver la superior cultura de aquella raza de agricultores con sus labores, casas de terrado y buena policía, preparando el camino a la entrada de la fe entre ellos.

Continuó el P. Méndez, con su acostumbrada suavidad y mansedumbre, disponiendo los bautismos de los adultos, entre los cuales había la ordinaria dificultad de las muchas mujeres, tardando algunos en resolverse a dejarlas. Mas, a los cuatro años quedaron bautizadas más de 16,000 almas. Ponía especial cuidado en criar a los niños y éstos le correspondían con tanto amor, que siempre andaba rodeado de ellos como sus guardianes y le venían a saludar todas las mañanas al venir a la iglesia y a la tarde a la hora de las oraciones. De ellos se valía como catequistas de los mayores.

En la cuaresma, empezaron las confesiones y comuniones a que se preparaban con gran cuidado y regocijo, sin olvidar las procesiones de sangre que se usaban en todas aquellas misiones en Semana Santa.

A vista del inmenso trabajo que ofrecía el cultivo de tanta gente, los Superiores le mandaron en 1616 por ayudante al joven P. Diego de la Cruz, que luego se hizo cargo de tres, de los siete pueblos en que el Padre tenía levantadas iglesias de paja. Con esta ayuda se pudieron pronto bautizar los que quedaban y se emprendió la construcción de las nuevas iglesias de adobe que tanto habían envidiado los Mayos a sus vecinos, reduciéndose toda la gente a cinco centros principales de a 500 ó 600 y alguno de más de 1,000 vecinos. Acabáronse con brevedad por ser mucha la gente que trabajaba en ellas. Al fin, tuvo que venir un tercer operario y se dividió la misión en tres Distritos: *Santa Cruz* en la desembocadura del río con su visita Echojoa, *Navojoa,* con su visita Corimpo, y *Tesia* con su visita Camoa.

No tuvo esta misión las revueltas y guerras que las otras, pero tuvo el dolor (como también otras) de perder en una generación la mitad de su población. Las causas de ello, que trae el P. Rivas, son en parte generales, en parte particulares. Las enfermedades y epidemias, tal vez al contacto de los blancos, tal vez por el género de viviendas, solían diezmar periódicamente a los indios, por más que los misioneros procuraban tener limpios los pueblos y las casas y

acostumbrar a la gente a dormir en camas levantadas del suelo. No había en estos pueblos el pretexto de los trabajos pesados de otras partes, pues seguían viviendo libremente, como antes, de la agricultura.

Se habían desterrado sus abusos gentiles de abortos e infanticidios y la mortalidad infantil, aunque grande, no era tanta como antes. Con todo, aquí había otra causa. La tierra era en su gentilidad sobrepoblada a causa de su encierro entre naciones enemigas y solían con frecuencia padecer grandes hambres. Luego que se vieron libres de fronteras, como curiosos y aventureros que eran, empezaron en grandes grupos a correr el mundo en busca de vida más fácil en poblaciones, ranchos de españoles y minerales.

Así es que de 30,000 almas, que eran ciertamente el año 1614, el catálogo de Zapata en 1678 no contaba más de 7,182, repartidas en Santa Cruz 2,800, en Echojoa 2,160, Navojoa 172,[4] Corimpo 1,140, Tesia 490 y Camoa 420.

2. Conversión de los Tepahues y Conicaris. 1616.—Al Este de los Mayos vivían dos tribus serranas afines, menos numerosas y cultas, pero más bravas y levantiscas. Los *Tepahues* habían dado refugio, años atrás, a los Tehuecos levantados y héchose fuertes contra los españoles. Hablamos ya de la expedición, que hizo contra ellos en 1612 el Capitán en compañía del P. Rivas. Humillados con esta derrota y viendo lo bien que les iba a los Mayos con los misioneros, pidieron también Padres, prometiendo reducirse a los pueblos que se les señalasen. Desde 1616 habían bajado a ver al P. Diego de la Cruz tanto los Tepahues como los Conicaris, para pedir Padres, pero no fué posible atenderlos hasta el año de 1620, en que fué enviado el P. Miguel Godínez, el famoso autor de mística.

Salieron a poblar, en un llano cinco leguas arriba del río Mayo, junto a un arroyo que entra en él, formando un pueblo de hasta 600 familias y como 2,000 personas. Trabajo costó acabar de sacar de sus sierras y cuevas a muchos que tardaron en reducirse.

[4] En su visita del año 1760, nota el Sr. Tamarón: "En este pueblo de Navojoa han formado los Padres un colegio de niños Mayos, dos de cada pueblo, les enseñan a leer, escribir, cantar y tocar y lengua castellana". p. 241. Diario.



Lámina 44.—Mapa de las Misiones del Mayo y del Yaqui.

Los *Conicaris* eran tribu aún más pequeña, pues no contaba más de 200 familias, que catequizó el mismo misionero. Escogieron un puesto muy apacible y alegre, que goza de un arroyo de buena agua, muy cercano al río Mayo. Ambos pueblos construyeron luego iglesias muy capaces y en la de Conicari descansaron más tarde los mártires de Chínipas. De ambos lugares, tenían los misioneros acceso a otros indios de la sierra llamados Híos, Huvagueros y Tehuisos, etc.[5] A costa de muchas fatigas logró también el misionero que los Basiroas y Tehatas, que poco antes, por quererlos sacar de sus pueblos, habían huído a los montes, volviesen de sus descarríos y se alojaran entre los Conicaris y Tepahues.

Experimentó también esta misión, años adelante, la acostumbrada disminución de sus habitantes. En el catálogo de Zapata, no figura en 1678 más que un misionero para estas dos tribus, el P. Antonio Méndez con 413 almas en San Andrés de Conicari y 368 en Asunción de Tepahui y 30 españoles en los ranchos de Batacosa, Macoyahui y minas de Piedras Verdes.

3. P. Pedro Zambrano. 1652.—Bien poco es lo que sabemos de la posterior historia de los Mayos. Grato nos es tener algunos detalles sobre el primero de sus misioneros estables y ver cómo se fué afianzando la fe, gracias a un hombre como el santo P. Pedro Zambrano.

Era natural de la Villa de Ribera en la Extremadura, había venido a México con el P. Nicolás Arnaya y, el año de 1622, pasado con el Visitador de las misiones, P. Hernando de Villafañe, al partido de Santa Cruz del Mayo, donde le cupo buena parte de los adultos que faltaban por bautizar.

Púsose al punto a aprender la lengua y a edificar casas y capillas más duraderas que dos o tres veces le llevó el río; luego a hacer siembras, pues al principio todos sus indios desamparaban varios meses el pueblo, para ir en busca de alimento en los montes, y el buen Padre los seguía, recorriendo sus ranchos, llevándoles regalos, con

[5] De estas entradas a la sierra habla la Annua de 1621. Los de Tapichiz, dos días de camino de Conicari, de nación Chínipa, emparentados con los Basiroas, pidieron Padres. Los Híos, que a la sazón se descubrieron se dice que tenían 17 pueblos, nueve de ellos de 500 a 600 vecinos, los demás de 200.

no poco peligro de la vida de parte de indios o de fieras, que una noche dos veces rodeó el tigre su tienda.

Con el tiempo llegó a tener en el pueblo, que era de 1,600 vecinos, lo suficiente para alimentar a su gente y aun abundancia para socorrer a sus vecinos misioneros en todas sus necesidades, sin jamás querer vender ni recibir regalos por ello. Llegaba a tanto su caridad que, un año de hambre, se atrevió a penetrar hasta los Chínipas (que habían matado a dos misioneros) en busca de maíz para sus hambrientos feligreses.

Vivía en su misión como el más estricto religioso, sin dejar jamás su oración, exámenes y penitencias, como lo mostraron sus disciplinas y un cilicio de un cabestro con que se daba cuatro vueltas en la cintura. Su paciencia y sufrimiento, aun en lo más adverso, ponía pasmo a los que lo advertían, hablando bien de todos y aun honrándolos en lo que podía; y así cuando le daban alguna pesadumbre (que se las dieron muy grandes aun sus más obligados) lo más que hacía era levantar el corazón a Dios y pedir al Señor paciencia y conformidad.

Correspondía Dios con especiales favores a su celo. Por descuido de cierto Fiscal, murieron varios sin confesión. Avisóle el Padre severamente diciéndole: "De parte de Dios te aviso que has de tener muerte semejante si no te enmiendas". Dentro de ocho días murió de repente sin confesión. Trajéronle otra vez a un indio que había muerto sin sacramentos. Movido de Dios, el Padre que otras veces no hacía la menor demostración, mandó sacarlo del féretro y poniéndole la mano sobre el corazón, le pareció que latía. Absolvióle bajo condición y aplicando cierto remedio, revivió y sanó perfectamente. Después, cada vez que el indio veía al Padre, con grande risa y alegría le decía: "Yo soy el que resucitaste, dame tasajos de carne y de maíz para que no me muera otra vez de hambre". Otra noche, no pudiendo dormir por el cuidado de que si una persona que se moría estaría bien dispuesta, cerradas las puertas y ventana, le pasó al frente una luz en forma de persona y pensando si sería una ilusión, por la mañana le anunciaron que a aquella propia hora había fallecido el enfermo.

Su humildad era cosa extraordinaria. Al P. Pascual, cuando vino a Chínipas a sufrir el martirio, se le hincó de rodillas, querien-

do besar los pies del que tanto había de sufrir por Cristo. Pidió una vez al Provincial que le enviara de vecino a cierto Padre para consultarlo en sus ignorancias y para tener a quien recurrir en los escrúpulos que entonces mucho le afligían. Venido, se le hincó y le pidió las manos para besarlas, lo cual rehusó el recién llegado, avergonzado de ver a sus pies al que veneraba por sus canas y respetaba por su santidad.

Mucho habría que decir de sus devociones al Santísimo, a la Virgen, a Sta. Bárbara para que le alcanzase feliz muerte y a San Miguel.

El último mes, le dieron dos ataques apopléticos y mandó a su misionero vecino le viniera a dar los últimos sacramentos, que recibió en la iglesia. Siguió sus ministerios, bautizando muchos niños, haciéndose llevar en una silla a la iglesia y, a más no poder, los bautizaba desde la cama, diciendo que estos angelitos habían de ser su escolta para el cielo. Al fin, mandó llamar al Superior de la misión que moraba a 24 leguas y, apenas llegado, le suplicó le diera los últimos sacramentos y, preguntado si alguna cosa le daba pena: "Bendito sea Dios porque no la hay", respondió, falleciendo luego en el Señor a 28 de Septiembre de 1652.[6]

4. Sujeción de los Yaquis. 1610.—Fué la tribu Yaqui la más numerosa y bravía que encontraron los españoles en Sonora. Habitaban las doce leguas de la desembocadura del gran río Yaqui, país hermoso y variado, que les daba dos cosechas al año, sin hablar del mucho pescado del río y de las cazas y frutas de la sierra de Bacatete que les servía de fortaleza al Norte. En número de 30,000, tenían perpetua guerra con sus vecinos y sus apelativos eran casi todos guerreros; *"El que ha matado a cinco, a diez"*, etc. . . El mismo Hurdaide confesaba que no había hallado indios que pelearan con tanta ferocidad, pasando por encima de sus muertos: "Mata, español, decían, que somos muchos". Eran más altos y fornidos que los demás indios, hablaban con altivez, como lo indica su nombre, que quiere decir *El que habla alto.*

Recordarán nuestros lectores, cómo a su vuelta de México el año 1604, el Capitán había perseguido en la sierra de los Tepahues

[6] Pérez Rivas: Crónica II. 526.

a los tres caciques asesinos que se le habían escapado en Zacatecas y ajusticiádolos. A poco se levantaron los Ocoronis y buscaron refugio entre los Mayos y Tepahues, pero temiendo allí, por la cercanía y benevolencia de los Mayos, no dejaría de alcanzarlos el capitán, aceptaron bajo ignominiosas condiciones la hospitalidad de los Yaquis.

Aprovecharon los rebeldes, Babilomo y Lautaro, la estancia para sembrar entre los Yaquis odios a los españoles y a los misioneros, prometiendo a sus huéspedes que habían de bailar con sus cabelleras, si se atrevían a internarse tan lejos.

Tales crímenes no podían quedar impunes, pero, por una parte ocupado el Capitán en afianzar las nuevas misiones en el río Fuerte, y por otra la dificultad de atacar tribu tan numerosa a tal distancia, con los indios Mayos y Tepahues aun gentiles en medio del camino, le obligaron a diferir el castigo y a valerse de todos los medios diplomáticos para conseguir por la buena su intento, pero fué en vano.

Decidido a acudir a las armas tuvo junta de todos los Padres en San Felipe. Pérez Rivas y otros desconfiaban del éxito si no daba armas de fuego a sus auxiliares, pues no bastaban los 40 soldados que tenía.

Marchó sin embargo Hurdaide con ellos y 100 auxiliares y acampó a las orillas del río Yaqui en son de paz. Mandóles decir por su intérprete que sólo quería le entregaran los rebeldes Lautaro y Babilomo con los fugitivos Ocoronis y que se hallaba dispuesto a trabar amistad con su tribu, como con las del Sur; pero todo fué en vano. El único consuelo a su vuelta, pues no le pareció prudente pelear, fué el haber salido de allí sin que lo atacaran (1608).

Volvió a acudir a la diplomacia: mandó indios de confianza al Yaqui ofreciendo ventajosas condiciones a la nación, si entregaban a los rebeldes. Algunos caciques se movieron a la paz y aún vino a la Villa con los embajadores el influyente cacique Anabailutei, que se dejó convencer y pidió fueran algunos cristianos a tratar de la entrega. Fueron unos Tehuecos con dos Yaquis recién bautizados en cautiverio, pero los emisarios, apenas llegados fueron los más muertos y despojados de cuanto llevaban.

No podía tal felonía quedar así: armó al instante 40 soldados y alistó 2,000 indios aliados de los Mayos y Tehuecos y se presentó al Yaqui. Este estaba alerta, desechó los mensajeros de paz, pero la respuesta fué asaltarle la mañana siguiente con todas sus fuerzas. Duró la batalla todo el día, muriendo muchos de una parte y de otra y retirándose el día siguiente los Yaquis a sus montes. No teniendo fuerzas ni provisiones para perseguirlos, tuvo que volver, dejando muchos muertos, Mayos y Tehuecos, y trayendo sus heridos a curarse en la Villa.

Resuelto a desquitarse esta tercera vez, juntó a principios de 1609 a 40 españoles con sus mozos y 4,000 indios aliados, el mayor cuerpo de tropa que se había visto en Sinaloa. Los Yaquis, a quienes los traidores Lautaro y Babilomo habían prometido bailar con la calavera de Hurdaide, los esperaban, burlándose de las proposiciones de paz. El lugar no era a propósito para que maniobrara la caballería, sin embargo el capitán mandó al frente con el bagaje a 14 soldados, quedándose él a la retaguardia para asegurar la retirada y contener a los aliados que se acobardaran.

Asaltaron los Yaquis por todos lados al ejército con tal lluvia de flechas que los indios, atemorizados emprendieron la fuga y los soldados de la vanguardia, creyendo a Hurdaide muerto, los siguieron, dejando atrás al capitán con sólo 19 soldados y un fiel indio, sin más municiones y provisiones que las que traían. Fué ciertamente el mayor peligro en que se vió en todas sus campañas.

Pudo hacerse fuerte en un montecillo, en que sostuvo el fuego hasta la noche en que se retiraron un poco los Yaquis, seguros de terminar el triunfo el día siguiente. Debió su salvación a un ardid que le inspiró su ingenio. Soltó entre las tinieblas todos los caballos heridos o inútiles que tenía sin beber todo el día y éstos corrieron a satisfacer su sed al río con gran estrépito. Mientras corrían tras ellos los Yaquis, emprendió con toda ligereza su retirada al Sur.

Traía cinco heridas en el rostro y en los brazos y, aunque no murió ningún español, de los aliados perecieron todos los que no pudieron huír. En la Villa se creía al capitán muerto y le rezaron los Padres su misa de *Requiem*. Pero él, desde la frontera del Mayo, les mandó con su indio fiel un recado pidiendo auxilio. Los Mayos, con la misma benevolencia que socorrieron a los indios fugitivos

que iban llegando, procuraron todo alivio al capitán y a los hombres que con él venían hasta que llegó el socorro de San Felipe.[7]

Tuvo esta batalla un efecto en los Yaquis que no se había podido esperar. Aunque victoriosos, quedaron impresionados por las armas de fuego y caballos de los españoles a quienes no pudieron quitar ni una cabellera para celebrar su triunfo. Temiendo sangrientas represalias, prefirieron tenerlos por amigos y empezaron a tentar el terreno para avenirse con tan astuto enemigo.

Animados por su cacique Conibomeai, se conciliaron la mediación de los Mayos, que consintieron presentarse 40 de ellos con las tres mujeres Yaquis cristianas, que mandaron a inquirir las condiciones de paz y de amistad. Bien recibidas y agasajadas volvieron al Yaqui diciendo que el capitán estaba bien dispuesto, pero que querían tratar con hombres y no mujeres. Se animaron dos caciques, a venir con los Mayos a verle y luego, aceptadas las condiciones, se presentaron 150 de los principales en San Felipe, trayendo las armas y bagajes que habían cogido en la batalla (menos los caballos que no pudieron coger), prometiendo entregar a Lautaro y Babilomo y a los fugitivos y vivir en paz con sus vecinos.

El 25 de Abril 1610 se celebró con grandes regocijos en la Villa el tratado de paz, se regalaron a los jefes caballos y vestidos y provisión para su vuelta. A los pocos días entregaron a los Ocoronis y demás fugitivos y a los jefes Lautaro y Babilomo, que pidieron ser bautizados antes de recibir su castigo. Además de esto, en prueba de sinceridad, enviaron los Yaquis a 14 de sus hijos, para que se educaran en el colegio de indios de San Felipe.

5. Conversión de los Yaquis. 1617.—Pasados siete años de las paces que habían hecho los Yaquis, y convertidos sus vecinos y enemigos los Mayos, empezaron también ellos a hacer vivas instancias, para tener misioneros como el P. Méndez. Con esta petición pasó a México por Septiembre de 1616 el P. Pérez Rivas y, alcanzada la licencia del Virrey Marqués de Guadalcázar y del Provincial, volvió por Diciembre trayendo consigo al P. Tomás Basilio, italiano, recién llegado de España. Al pasar por Durango tuvieron que ha-

[7] Véase esta interesante narración de la batalla en Pérez Rivas: Triunfos. p. 288.

cer muchos rodeos para escapar de los rebeldes Tepehuanes que acababan de matar a ocho de sus misioneros.

"El día de la Ascensión de 1617, dice el P. Rivas, los dos Padres nos partimos del Mayo sin compañía alguna de soldados de escolta ni otros españoles, con sólo cuatro indios Zuaques, que debían servir de catequistas y para ayudar misa y también ser padrinos de los que se habían de bautizar. Habíamos avisado antes a los caciques Yaquis de nuestra entrada y éstos tuvieron cuidado de reunir, en unos cuantos pueblos, a los indios de sus parcialidades. Según entrábamos en la tierra, observábamos que los hombres y mujeres y hasta los niños mostraban en las manos unas crucecitas hechas de cañas y con esto nos animamos mucho, pues era indicio de que deseaban realmente ser cristianos. Llegados al primer pueblo (Cocorit), fuimos recibidos con arcos, aunque triunfales y de alegría, pero humildes de ramas de árboles".

Reunido todo el pueblo en torno de los Padres, empezaron a escuchar lo que les decía el P. Rivas, que sabía su lengua, con grandísima avidez. Anuncióles la existencia de un Dios criador, la vida futura que han de tener las almas, recibiendo el premio o castigo que merezcan en esta vida con sus obras buenas o malas. Declaróseles después la necesidad del santo bautismo para la salvación de las almas, diciéndoles cómo lo recibían tantas naciones cristianas que poblaban las regiones vecinas.

"Finalmente, añade el P. Rivas, por remate de la plática les dije daría principio a la doctrina de cristianos que habían pedido, bautizando primero a sus hijos pequeñitos y, diciendo y haciendo, vestíme de sobrepelliz, estola y una capa de coro de damasco blanco, que para este efecto llevaba, y se dió principio al bautismo de los Yaquis. Habíanse juntado unos 200 niños de siete años abajo y, con mucho gusto de sus padres y mío, fueron bautizados, con que se concluyó la misión de este dichoso día".

Se detuvieron los misioneros tres días solamente en el primer pueblo y pasaron a visitar otros tres, donde estaban reunidas más de mil familias. Repitió el P. Rivas la plática y el bautizo de los párvulos que había hecho en el primer pueblo y observaba que toda la gente recibía bien sus enseñanzas, aunque de vez en cuando tro-

pezaba con hombres algo rebeldes y advertía que conservaban algunos indios sus flechas en la mano.

Uno tras otro visitó, en esta forma, todos los pueblos de las orillas del río. Tuvo cuidado de mandar construir en cada uno un grande y espacioso jacal que sirviese de iglesia. Allí se reunía la gente, allí se enseñaba la doctrina y bautizaba a los niños y, poco después, también a los adultos que se mostraban más dóciles de lo que se había pensado, especialmente los de río arriba. El año siguiente se empezaron a construir algunas iglesias de madera.

En 1618 el Capitán Hurdaide hizo una visita a los pueblos, acompañado de 300 soldados en sus caballos de armas y con algún número de criados. Los Yaquis lo recibieron con muestras de mucha alegría y le acompañaron hasta el mar, y, aunque no dejaba de llevar mucha cautela y hacía guardia con puntualidad, no tuvo la menor molestia ni padeció agresión de nadie.

El hacía razonamientos por medio de intérpretes a los Yaquis, les daba a entender el buen deseo que tenía de su bien, les exhortaba a obedecer a los Padres como él lo hacía, diciéndoles que ellos enseñaban el camino de la felicidad eterna, y, bien festejado por todos, procuró poner Gobernadores y Alcaldes e introducir los primeros lineamientos de la vida civil. Por entonces, dice el P. Rivas, que llevaba bautizados 4,000 párvulos y 3,000 adultos.

Fué ciertamente una maravilla la conversión de esta nación la más numerosa, altiva y feroz, pero también de más capacidad que las demás. La suma prudencia, santa audacia y ascendiente de los misioneros fueron grandemente ayudados por unos caciques de alto valer en el trato y manejo de su pueblo, gran sinceridad en su conversión y fidelidad a sus misioneros. Los peligros a que estaban los Padres expuestos eran de todos los días, ya por los descontentos, ya por los hechiceros y ya por las nuevas costumbres que les estorbaban sus antiguos desahogos.

Por dos veces pretendieron algunos dar muerte al P. Basilio: la primera con pretexto de llevarlo a visitar a un enfermo y la otra en 1622 hiriéndole con una flecha un bárbaro, creyendo que el bautismo, que el Padre había dado a un hijo suyo, le había causado la muerte. Clavósele la flecha en el pecho abriéndole una grande he-

rida. Acudió a tiempo el cacique de Torín D. Ignacio, chupándole la herida y haciéndole guardia mientras duró el peligro. Por la flecha, se vino en conocimiento del asesino llamado Juan Suca y de un tío suyo, hechicero, que confesaron haber pretendido matar al Padre y levantar a su nación. Ambos habían sido bautizados. Presos por los indios Nebomes fieles, en Tecompa, fueron enviados a la Villa para recibir su castigo, aunque el tío se suicidó en el camino con una flecha envenenada que pudo haber, rehusando los auxilios que le ofreció un Padre llamado con urgencia del Mayo.[8]

El mismo riesgo corrió el P. Rivas yendo a visitar a un enfermo, media legua de Torín: éste le recibió con disgusto: "¿A qué vienes aquí a matar gente, en esto andas?" y corrigiéndolo amorosamente el Padre, el hijo que había estado sentado, sin decir palabra, se levantó a tomar flecha para matarle, y allí quedara el Padre, si el Fiscal que llevaba de compañero no se abrazara con el indio, mientras el misionero escapaba a caballo.

En dos ocasiones se temieron serios disturbios. Los del río abajo flecharon a una india Guayma que, fiada en la conversión de los Yaquis, había venido a casarse allí con un cacique. Descuartizáronla y enviaron las partes a los pueblos vecinos para celebrar sus bailes. Acudió el Padre, pero el cacique fiel que le acompañaba le persuadió no sería prudente meterse entre aquellas furias y le hizo volver. Otra vez unos Nebomes, que vinieron a ver al Padre, no debieron la vida más que a un cacique fiel que los acompañó.[9]

Sin embargo, a cada paso, se palpaban los efectos de la gracia del bautismo, que les hacía consentir en los mayores sacrificios. Vinieron cierta vez los Mayos a quejarse de que los Yaquis convertidos conservaban las cabelleras de los Mayos muertos por ellos, cuan-

[8] El P. Tomás Basilio, aunque nuestros Anales hablan poco de él, fué uno de los mayores apóstoles de aquella gente, cuya mitad bautizó en los 30 años que estuvo de misionero, Superior o Visitador. Ya hemos citado de él el Arte y Catecismo en lengua Cahita, publicados en México el año 1737, en que sin duda aún vivía.

[9] El mismo año 1622, alborotó no poco la nación un hechicero renegado que decía que le aparecía el demonio para que destruyera la cristiandad. El peligro fué serio, por el hambre que reinaba, y tuvo que acudir Hurdaide y ahorcarle con algunos de los suyos. Escribió el capitán al virrey, proponiendo levantar dos fuertes, uno en el Yaqui y otro entre los Nebomes. Dunne. p. 183.

do hacía tiempo que éstos habían quemado estos trofeos de guerra. Hizo el cacique averiguación y halló gran número de ellas y se hizo, en presencia de los Mayos, una gran hoguera en que se sacrificaron todas sus glorias pasadas en aras de la caridad cristiana.

El año 1620 fué llamado el P. Pérez Rivas a México para gobernar algunos colegios y luego la Provincia, después de 16 años de misiones.

6. Nuevo Rectorado de San Ignacio. 1620.—A la par que la conversión del Yaqui removía el principal obstáculo para la conversión de Sonora, su ejemplo abría las puertas del Evangelio a todas las tribus más mansas y mejor dispuestas del Noreste de la frontera. Su distancia, de más de 50 leguas de la Villa de San Felipe, hizo necesaria este año de 1620 la fundación de un nuevo Rectorado, llamado de San Ignacio, a que se dió por Superior al conquistador de la tribu de los Sinaloas, P. Cristóbal de Villalta. Comprendía el nuevo Distrito once misioneros, 20.000 almas en el Mayo, 30.000 en el Yaqui y 9.000 en lo poco que se había empezado entre los Nebomes.[10]

Quedaron el P. Godínez en Conicari, el P. Diego de la Cruz en el centro o cabecera del Mayo (Tesia o Navojoa) y los PP. Juan Varela[11] y Juan Angel en la parte marítima, que era la más poblada. Al Yaqui entraron tres nuevos misioneros que llegaron de México, a los que se agregó, por cuatro años, el P. Méndez. Los recién llegados eran el P. Juan de Ardeñas que trabajó 17 años en la misión,[12] el P. Vanderzype y el P. Angelo Balestia. La misión de Chínipas, que en 1688 se agregó a este Rectorado, se atendía entonces desde Sinaloa y no empezó con formalidad sino en 1626, aunque a poco se vió arruinada con el martirio de los PP. Pascual y Martínez (1632).

[10] Alegre. II. 122.

[11] Los hermanos Juan y Gaspar Varela fueron notables misioneros, primero del Mayo, luego de Sinaloa. Murieron el año de la peste en 1636, Gaspar en Mocorito. Véase una carta del P. Gaspar (Super. del Distrito de S. Ignacio) al P. General, 1622, sobre la distribución diaria del Misionero. Astrain. V. 327.

[12] El P. Ardeñas (Jean D'Ardennes o Lardinoix) natural de Lieja murió en la Profesa el 9 de Enero 1644, contagiado por un enfermo. Por asistirle a él murió también contagiado a 14 de Febrero 1644, su compañero de misión, P. Angelo Balestia.

Con el auxilio de los nuevos misioneros, se pudo pronto terminar la cristianización del Yaqui y se empezó luego la construcción de las nuevas iglesias de dura, que no quisieron los Yaquis fueran inferiores a las de los Mayos. El P. Ardeñas, entre otros, confiesa haber gastado en ellas las dos terceras partes de la pensión que le daba el Rey. Junto a la de Torín se levantó una bella ermita a la Virgen en un cerro donde se había adorado al demonio y mandó para ella el P. Rivas, desde México, un hermoso retablo de manta, con un cuadro que representaba el juicio final, altamente admirado de los indios.

Los progresos en la vida civil fueron a la par. Gustaban los Yaquis de vestir bien y tal vez demasiado, sembrando para ello más algodón o maíz, que ya podían vender afuera, criando ovejas para la lana y yendo a trabajar a las estancias de los españoles o a las minas. Gustaban mucho de comprar o usar caballos para sus campos y carreras. La escuela de leer y escribir y la música formaban muy buenos alumnos.

Abandonadas sus antiguas rancherías, toda la población se había recogido en ocho pueblos, con los ordinarios Gobernadores civiles y Fiscales religiosos y habían construído buenas casas de adobe y terrado. Si no tanto como en el Mayo y por las mismas razones, disminuyó no poco, años adelante, la población del río. El catálogo de Zapata del año de 1678 pone las cifras siguientes: *Rahúm* 3.231 almas, su visita Potam 1.133; Belén 504, *Torín* 1.070, su visita Bicam 1,270. *Bacúm* 337, su visita Cocorit 510. No se habla de los que andaban por la sierra de Bacatete. Total unas 8.000 almas.

7. El P. Andrés Egidiano, 1677.—Esta misión, como las otras, tuvo sus misioneros estables de gran santidad, pero cuyos hechos y nombres apenas han pasado a la historia. En el Yaqui ciertamente fué notable el P. Andrés Egidiano,[13] que vino a ella en 1650 y murió en el pueblo de Bacúm (entre Torín y Cocorit), el 12 de Mayo de 1677. Era natural de Gante y pasó a la Privincia siendo

[13] Ignoramos su nombre flamenco.

teólogo de segundo año. Terminados sus estudios, fué destinado a las misiones del Yaqui. Salió maestro consumado en la lengua, en que predicaba con gran fuego todos los domingos y fiestas, sin que le impidiese enfermedad alguna.

Por su solicitud en atender a las necesidades de los indios, era llamado el Padre de los pobres. Fué tan santo religioso como buen misionero. Jamás, aun estando gravemente enfermo, dejó de decir misa y de rezar su Oficio. Hacía sus meditaciones, examen y demás ejercicios religiosos con la puntualidad de un novicio. Tomaba sus alimentos sin sal, manteca ni especias. Su sotana era un pobre sayal raído y jamás se ponía zapatos nuevos sin que primero los trajese puestos algún indio por muchos días.

Desde su niñez, empezó a servir a Dios con toda perfección y jamás manchó su alma con culpa grave. Su mayor escrúpulo al morir fué que, llamado cierta vez a México, había pedido volver a las misiones, y al decir esto, le salían las lágrimas, por no haberse resignado del todo en manos del Superior. La última cuaresma de su vida, visitó a todos los Padres comarcanos, despidiéndose con gran ternura de ellos, seguro de que no los vería más. La enfermedad se le ocasionó por haber ido media legua a pie por la confesión de un enfermo. Recibió el Viático de rodillas en su lecho y acabó aclamado por los Nuestros y por los indios como santo.

8. Años de angustias. Alzamiento de Yaquis y Mayos. 1740.—Ya hemos indicado, al hablar de las misiones de Sinaloa, las tentativas que se hicieron el año de 1638 para erigir todas las misiones en obispado y veremos en el Capítulo X cómo efectivamente logró el Gobernador D. Pedro de Perea formar en 1641 una Intendencia, que bautizó con el pomposo nombre de Reino de la Nueva Andalucía. Sus luchas con los Jesuítas y su temprana muerte vinieron a probar que no estaba la región suficientemente poblada y organizada para justificar semejante innovación y así siguieron las cosas como antes, gobernando militarmente la región el Capitán de Sinaloa, bajo la autoridad del Gobernador de Durango. En 1734 pareció llegado el tiempo de formar un solo gobierno para las cinco provincias internas del Noroeste: Rosario, Culiacán, Sinaloa, Ostimu-

ri (Alamos) y Sonora y fué nombrado primer Gobernador D. Manuel Bernal de Huidobro.[14]

Si el gobierno de Perea había molestado no poco a los misioneros, el de Huidobro fué una lucha abierta y continua, que puso en supremas angustias las misiones y los misioneros. Fatuo y escaso de talento, interesado y cobarde, formó desde luego una cuadrilla de gente sin conciencia con sus primos Juan y Tomás Huidobro, su Secretario y su demonio el Alcalde Manuel Quiroz y el Pbro. Bachiller o Licenciado D. Pedro Mendívil, que se entendieron perfectamente para esquilmar a los indios, indisponerlos contra los Padres y calumniar a éstos de la manera más vil y descarada.[15]

La serie de sus encuentros y atropellos con los Jesuítas fué continua: nos bastará señalar los puntos principales. Empezó con pedir bastimentos a las misiones sin querer pagar por ellos. Pretendió luego que el P. Ignacio María Nápoli diera un testimonio en falso para encubrir las fechorías de su secretario Quiroz. Rehusando el Padre, le juró un odio mortal. Un ligero castigo de seis azotes que dió el P. Diego González, misionero de Tecoripa, al Yaqui Juan Ignacio Muni por un hurtillo o (como dicen otros) por haber abofeteado al Fiscal del Padre, bastó para proclamar al Padre como perseguidor de los indios y a Muni como defensor y vengador de su inocente raza. Pretendió luego Huidobro medir y partir las tierras del Yaqui y poner clérigos en lugar de los Padres para cobrar tributos y diezmos.

Acudió el Visitador P. Ignacio Aguado a la Audiencia de Guadalajara que falló en favor de los misioneros. Insistió Huidobro con

[14] Los Gobernadores siguientes fueron: D. Agustín de Vildásola 1741-8, Diego Ortiz de Parrilla, 1749-1753, Pablo de Arce, 1753-5, Juan de Mendoza (asesinado) 1755-60, José de Tienda Cuervo. 1761-3 y Juan de Pineda, 1763-1770.

[15] A falta de relación oficial de este levantamiento, tenemos la "Representación del P. Prov. Ansaldo, en la cual se exponen los agravios que los Jesuítas recibieron del Gob. Huidobro y se pide, por estas razones y otros abusos, no se le confíe, como él pretende otra vez el gobierno de aquella provincia. 1743". Y una relación adjunta de uno de los misioneros del Yaqui, tal vez del P. Diego González "MS. Museo Nac. Jesuítas, carta p. 16".—Id. véase: Ocaranza: Crónicas. I. 127. Más exacta y pormenorizada es la Explicación del Visit. del Illmo. Sr. Tamarón, Pedro Gabriel de Aragón, Diario. p. 417.—Id. F. de Troncoso: La guerra con las tribus Yaqui y Mayo. Mex. 1905.

la Audiencia de México sin más éxito, a pesar de las atroces calumnias que esparció por toda la capital. Como último recurso, envió una cuadrilla de Yaquis, con Muni y su secretario Quiroz, para presentar al Virrey las quejas de los indios y lograr la remoción de los misioneros. Aunque el Virrey no era muy amigo de los Jesuítas y pasaba un subsidio diario a los indios, el negocio se alargó por más de dos años, pues las acusaciones eran tan enormes y vagas, que no las podían creer ni probar los Fiscales.

Cada una de estas dilaciones y oposiciones enfurecía más a Huidobro, quien, desde un principio tomó el partido de no atender ninguna llamada de auxilio de los Padres, ni castigar a los indios por falta contra ellos, llegando a decir que "no se movería a castigar a los indios o socorrer a los Padres, aunque corriesen los ríos tintos en su sangre". Por el contrario, tomó a pechos ensalzar a Muni y a sus amigos, que bien sabía habían intentado levantarse, durante su ausencia en California el año 1737. Llegó a presentarse, con Muni a la derecha, en la capital de Sinaloa y lo mismo hacía su secretario Quiroz, hasta que el Teniente General D. Manuel Mena, no pudiéndolo sufrir, apresó a Muni y a su fautor Quiroz. En seguida Huidobro y toda su pandilla salieron en defensa de los presos con tal furor que Mena, para salvar su vida, no halló más remedio que la fuga. Al indio Mateo de Tesia, que había sido el cabecilla de la intentona, se contentó con encerrarle ocho meses sin más castigo.

A los Yaquis, que habían hecho campaña con él en California, les permitía el porte de armas fuera de los pueblos, riéndose ellos de la restricción, y peor aún, permitió a Muni y a cuarenta de sus secuaces andar armados donde quisieran. Corrían éstos la tierra, viviendo a expensas de los pueblos, sembrando los odios y molestando a la gente fiel.

Los misioneros se hallaban impotentes para exigir la asistencia a la misa y a la doctrina, los indios desamparaban los pueblos para ir a los montes a gozar de su libertad y rapiñas, se atrevían a robar alhajas de las iglesias y a hacer camisas y sudaderos de los ornamentos, confiados en la impunidad y en que con ello daban gusto al Gobernador, que se gozaba en los apuros de los Padres.

Al fin sucedió lo que había de suceder: se levantaron los indios al grito de "Viva el Rey, Viva María SSma., Viva la fe y muera el

mal gobierno". Varias veces le habían avisado los Padres del peligro, ya el P. Nápoli personalmente en Huiribis, ya desde Tecoripa, ya por fin una comisión de varios Padres en Alamos, rogándole tomara precauciones y preguntándole si podían contar con su apoyo. Nególo siempre con malas maneras, acusándoles de ser ellos la causa de la rebelión, ausentándose de sus pueblos y esparciendo el P. Nápoli la falsa noticia de la muerte de Muni en México. . .

Poco antes de la cuaresma de 1740, un Apache y varios Yaquis armados robaron unas reses e hicieron huir a los españoles que las guardaban. Alentados con esto, juntáronse otros Yaquis con Mayos de Tesia y Corimpo en número de más de cien y empezaron a talar la tierra. El 11 de Marzo robaron 150 reses del rancho de Francisco Campoy, luego asaltaron en crecido número la casa de Jerónimo Félix y hubo muertos. No hallando resistencia, atacaron el real de Bayoreca con muchas muertes y se llevaron por valor de $40.000 pesos en plata, mercancías, seis blandones de plata y ornamentos y cortaron el camino de Sonora.

En el Sur el 23 de Abril, el anciano P. Manuel Díaz de Tesia se halló de repente rodeado de Yaquis y Mayos alzados y, a la vista de cuatro soldados, lo tomaron cuatro indios de brazos, cuello y espaldas y lo llevaron a la cuadra, diciendo el Jefe: "Si algún soldado dispara, luego luego flechan al Padre para que muera el primero". De allí le condujeron al monte, donde se interpuso Calixto y lo consoló. Hablaron mucho contra los españoles, y al fin a la noche y en ayunas le dieron libertad, pero a los pocos días murió.

El 7 de Mayo entraron en Rahun con bandera desplegada y tambores; prendieron luego las justicias y sirvientes del Padre y robaron los depósitos de California. En Potám el indio Ignacio se vistió los ornamentos, dijo misa y predicó. Al P. Ignacio Ma. Nápoli lo trataron con algún respeto, pero él justamente receloso, pálido y medio muerto, les pidió lo dejaran salir y se lo concedieron y aun le dieron algún bastimento para el viaje.

Cuarenta días tardó el Gobernador en salir a campaña contra los rebeldes. Por fin llegó a Camoa con 85 soldados y de allí, sin hacer nada a nadie, a Tesia y Corimpo, donde, para su vergüenza, y sin que dijera nada, pasearon ante él los indios armados y embijados y bailaron una cabellera. Un indio se le acercó fingiendo darle obe-

diencia con una macana debajo del sarape; lo notó y se la quitó sin enojarse en lo más mínimo. Vino a verle D. Francisco Aldame con dos parciales de Muni, Agustín y Luis, y conferenciaron secretamente con él. Salidos ellos, sin llegar a Echojoa y Sta. Cruz, partió de vuelta a Camoa y al Norte, dejando desamparado al río Mayo.

Sólo dejó carta para el Capitán Hipólito Alvarez, que venía de Sinaloa con 30 hombres, para que llegara a Echojoa, asegurándole la fidelidad de aquellos indios. No tenía más objeto aquella mentira que el de defender el rancho de su primo D. Juan Huidobro.

Luego que el Capitán llegó a Santa Cruz, le recibieron en son de paz los indios y regalaron con un banquete a los soldados, quitándoles alevosamente las armas. Una vez desarmados, los desnudaron e intentaron matarlos, pero, habiendo fallado los primeros tiros, se contentaron con azotarlos ignominiosamente y enviarlos así al Gobernador. Este tuvo la avilantez de atribuir los azotes a una supuesta carta del P. Miguel Fernández Somera de Camoa en que decía a los indios: "No hay orden de matar, dénles azotes".

Para castigo de semejante infamia de su tropa, se contentó con mandar a 50 hombres con el sargento Pedro Bohorquez, con orden de tratarlos de paz y de recoger las armas. Cercáronlos en seguida los indios, y Bohorquez, avisado del P. Estrada, trató luego de romper el cerco, como lo hizo, con pérdida de la caballada, cinco muertos y muchos heridos.

Asustado con esta derrota el Gobernador se trasladó de Bayoreca con sus 80 hombres al valle de Cedros donde había comodidad de defenderse, desamparando el real y sus familias y aun negándoles las cabalgaduras y diciendo: "Los que puedan escapen, como yo lo hago".

En seguida entraron los Yaquis matando los hombres y llevándose las mujeres desnudas con sus hijos e hijas. Mataron a los Valenzuela, parientes del secretario Quiroz y llevaron las mujeres y a la madre del Bachiller Mendívil (tan amiga de los indios como enemiga de los Padres) en la misma ignominiosa forma al Yaqui.

Por los tratamientos que tuvieron los indios con los Padres, bien se vió que la inquina no iba directamente contra ellos, sino contra los españoles y que no era verdad lo que propalaba el Gobernador sobre los abusos de los misioneros contra los indios.

El que menos simpatías, tal vez, tenía con los Yaquis era el *P. Bartolomé Fentanes.* Prendiéronle el Jueves Santo y lo llevaron con empujones y golpes a la casa de comunidad, pero le dejaron decir misa el día de Pascua. Por sentirse malo, les rogó le dejaran ir a verse con el P. Manuel Díaz de Tesia; rehusaron de pronto y lo llevaron al monte, pero a los dos días le dejaron libre.

Al *P. Nápoli,* lejos de odiarle sus indios de Rahún, lo querían porque los trataba con amor y les daba vestidos y comida y, si había vendido algunas alhajas, bien sabían que había sido para pagar algunas deudas de la anterior revuelta, en que los indios no habían sembrado ni trabajado. Hasta sus libros había vendido para socorrer a sus indios de Yécora y, queriéndole cambiar el P. Visitador de cierto puesto, cuatro de sus principales habían caminado 120 leguas para que se lo dejara. Ahora, como dijimos, le dieron hasta bastimento para que se fuera.

Al *P. Diego González,* contra quien tanto hablaron Huidobro y Muni, el P. Provincial, por el bien de la paz, lo había llamado a la capital sacándolo, como al P. Nápoli de Sinaloa.

El *P. Antonio Estrada,* con un clérigo, quedó cinco meses preso, hasta el 12 de Octubre, tratado con respeto pero en tal peligro que escribía al P. Prov. Ansaldo: "Me hallo con el corazón todo oprimido, que ni duermo, ni como, ni tengo sosiego, sino en perpetuo espanto, temor y angustia".

El *P. Antonio Estrada* quedó en su puesto, arriesgando muchas veces su vida por irlos a convidar de paz en sus montes y castigando rigurosamente en sí, a vista de los rebeldes, las culpas de ellos. Le decían repetidas veces que no se fuera y dejara con ellos sus huesos.

Al *P. Francisco Matías Mazariegos* también le tuvieron preso en su pueblo sin quererlo dejar salir por tierra, al fin le permitieron por mar irse a ver en Loreto con el P. Jaime Bravo.

Al *P. Miguel Somera* nada le molestaron, antes lo pedían en lugar del P. Fentanes.

El *P. Juan Antonio de Arce* se mantuvo constante con sus fieles Pimas de Onavas, ofreciendo resistencia a la multitud siempre creciente de los alzados. Por no querer enemistarse con los Pimas, se abstuvieron los Yaquis de atacarlos y aun le escribió el Jefe en Yaqui: "Nosotros somos cristianos y los Padres no tienen la culpa, que algunos españoles malos son los que buscamos y han sido causa de estas novedades. Hoy Sábado (18 de Junio) estamos aquí y queremos a los Padres que son los Cristos de la tierra". Contestóle el Padre tratando de apaciguarlos y trayéndoles a la memoria al santo Padre Aguado y a otros muchos que habían querido y descansaban en sus iglesias.

Con las derrotas del Sur, no se sintió seguro Huidobro en el magnífico sitio de Cedros y su desmoralización llegó a lo increíble. Con los 80 soldados que tenía hubiera podido hacer frente a la chusma, como lo habían hecho 15 en el Fuerte de Montesclaros contra 3.000. Pero dejando el campo, mujeres y niños al enemigo, huyó, no por caminos trillados, sino por el monte, a Alamos. Allí con 125 soldados venidos de Durango y más de 100 vecinos, rehusaba todas las ofertas de caballada que le hacían los particulares y decía que necesitaba los 300 hombres que tenía para su seguridad personal (ya creía que el negocio era contra él) y su retirada a Sinaloa. Opusiéronse todos los vecinos a su proyecto, amenazándole con un balazo y haciendo guardia las mujeres de noche en derredor de su casa para que no se fugara.

Así pudieron los rebeldes saquear a mansalvo el pueblo de Cedros seis leguas de Alamos, llevarse las mujeres y las niñas y llegar a hacer lo mismo hasta el Carrizal tres leguas de Alamos, llevándose todo lo que se les antojara.

No se sabe cómo hubiera terminado la contienda, si no se hubiera hallado un militar de carácter que salvó la situación. Vino del Norte con 30 soldados y bastantes vecinos el Capitán D. Agustín Vildásola y se vió atacado en Tecoripa por las fuerzas de Baltazar y de Calixto. Atrincheróse el Capitán y se empeñó la chusma en el

asalto. Por una entrada que había abierto, Baltazar luchó desesperadamente para entrar: ni las balas, ni las lanzas, ni las espadas fueron bastante para apartarlo, hasta que a pedazos cayó muerto en el mismo lugar. Con su caída se desmoralizaron los demás y pudo Vildásola en dos batallas famosas, la del cerro del Tambor y la del cerro de Otoncahui, hacerles en la primera, según dicen,[16] 2.000 muertos y en la segunda, 3.000.

Con esta victoria, despachó luego Vildásola al Alférez Uzárraga para embestir a los Tepahues y despejar el camino de Alamos y dar la feliz noticia al Gobernador. Tenía Huidobro en Alamos al cabecilla Bernabé (recién venido de México e íntimo de Muni) y lo despachó con el Br. Mendívil para que hiciera proposiciones de paz a Muni y Juan Calixto. Este, que no deseaba otra cosa después de los fieros golpes de Vildásola, se presentó en Alamos con 103 cautivos españoles, hombres y mujeres.

Era esta la ocasión para que, con sus 700 hombres, diera Huidobro rápidamente el golpe final, presentándose con toda su fuerza, pero parece que le convenía durase la guerra, pues hacía negocio con el metálico que le mandaban para la campaña, pagando su gente con víveres y géneros.

Al fin, con los caballos que dieron el cura y los vecinos, salió con su gente a recorrer el río Mayo en son de triunfo, corriendo los pueblos sin ver ni castigar a casi nadie, ni dar muestras de que le había desagradado la rebelión. Seguía achacando la revuelta a los Padres y a duras penas dió 40 hombres para acompañar al P. Somera a Camoa por donde pasaba el camino real.

Por su parte Vildásola recorría el Yaqui. Quemó en la plaza 2.000 arcos y gorras nuevas que entregaron, aunque sabía ocultaban lo mejor para otra ocasión.

Vino Huidobro y dió a Muni el cargo de Capitán general de la nación, cosa que durante tres años no había podido conseguir del Virrey. El taimado, por el momento ocultó sus planes de hacerse rey del Yaqui y de las naciones vecinas, quitando españoles, curas y ministros.

16 F. T. Dávila: Sonora histórico y descriptivo. p. 15.

Con este arreglo, que no lo era, escribió Huidobro al nuevo Virrey (2 y 15 Nov.) que estaban los sublevados ya rendidos y la paz asegurada. Mas, la medida estaba ya llena. Con las informaciones de todo el vecindario, de los Padres y de los mismos indios leales, determinó el Virrey llamar a Huidobro a México (15 Nov. 1740) y librar aquellas provincias de la ruina. Desde allí continuaba haciendo la guerra a los misioneros y aun afirmaba que había de volver a su gobierno. Fué la ocasión en que el P. Prov. Ansaldo presentó su informe al Virrey, refiriendo los hechos como eran y protestando que si volvía aquel hombre nefasto, retiraría la Compañía a sus misioneros de las misiones. (17 Ene. 1743).

Fué nombrado para sucederle el valiente Vildásola, quien por medios suaves pero eficaces, procuró aplacar los ánimos. Recorrió las poblaciones del río Fuerte y del Mayo y de allí pasó a Torín, donde se habían ocultado Muni y Bernabé, y hábilmente aprehendidos, los fusiló a fines de Junio de 1741. El mismo Calixto no tardó en venir a las manos del Gobernador y pagar con su muerte la rebelión.

Con esto, como si no hubiera pasado nada, todos los indios volvieron a sus labores de siembra o de minas. El mismo hecho, de no haber sufrido ningún atropello los misioneros, prueba que ellos no entraban en nada en la contienda.[17]

9. El P. Juan Lorenzo Salgado, 1740-1767.—Mas Dios tenía preparado un santo para reparar las ruinas de la guerra. Fué éste el P. Juan Salgado, durangueño, que, venido a esta misión en 1740, pasó los 27 años restantes, hasta la expulsión, entre sus queridos Yaquis. Residió de ordinario en Huiribis en la orilla Sur del Yaqui, aunque tenía otro pueblo, llamado Belén del otro lado, con un total de 8.000 indios.

Fué largos años Superior de la misión y aún Visitador de Sinaloa y Sonora. Se interesó mucho por la conversión de los vecinos indios Guaymas y Seris de Santa Rosa, viéndose precisado para ello a aprender muchas lenguas, pues los de Belén hablaban Pima, los de Guaymas Guayma, los de Santa Rosa Serí y los de Huiribis Yaqui.

[17] Cf. Fco. P. Troncoso ya citado.

Tuvo por compañero, 17 años, al P. Agustín Arriola, llegado poco antes de él, quien fué el primer Rector del *seminario de indios Yaquis*[18] y ayudó mucho al P. Lizoazoaín, el año 1750, en la fundación de la misión de Guaymas que no pudo durar.[19]

Fué el P. Salgado hombre de salud resistente, de grandes virtudes, heroico desprendimiento, con que ayudaba a sus compañeros y auxiliaba la pobreza de sus vecinos de California. Hacía todos los oficios: juez, agricultor, maestro y aun médico valiéndose de la obra de nuestro coadjutor el H. Steineffer. A fuerza de afanes logró ver restituída la misión a su antiguo fervor con sus 17 pueblos administrados por 19 Jesuítas. Una cosa nos dice Maneiro, que nos llama la atención y no hemos leído de otras misiones: y es que fué el primero que administró la sagrada comunión a los Yaquis (ejemplo que siguieron sus compañeros). Pensaba Salgado que, dondequiera brilla el sol, nacen talentos que, si se cultivan con paciencia y fervor, pueden por la gracia de Dios gustar el fruto de las delicias divinas.[20]

El P. Lizoazoáin, último Provincial de México, que fué su compañero y vecino de misión, dice que el P. Salgado no tuvo semejante en el ministerio de indios, ni en la pobreza, ni en la caridad y celo de las almas. Llorado de sus indios, acompañó a sus hermanos en aquel horroroso viaje de destierro que ya describimos. Llegado, dos años después, a España, fué separado de sus compañeros y recluído, como criminal, en el convento de Franciscanos de Tabladilla (diócesis de Palencia) donde falleció en 1781 a la edad de 71 años.

La situación de los Yaquis en su tiempo y las causas de la disminución de aquella raza, nos las describe muy bien el Illmo. Sr. Tamarón en su visita de 1760.

18 Se fundó éste en *Rahun*, con los niños de cada pueblo como en el Mayo. Su ropaje era manto azul con bonetes y becas encarnadas.

19 Habiendo cegado pasó a Puebla y en este estado fué desterrado a Italia donde murió en 1776. Escribió su vida el P. Maneiro.

20 Tenían los indios el privilegio de ganar las indulgencias de los Jubileos con sola la confesión. Notaremos también que había prohibición de guardar reserva del SSmo. aun en los pueblos donde residían los misioneros (excepto la Octava del Corpus). Véanse: Ordenaciones para misiones. Miscel. Mex. T. VIII p. 1-137. Ysleta.

"Sin embargo de que su terreno se reduce a las partes inferiores del río Yaqui, es esta nación la más crecida entre las de indios, y siendo sus pueblos de mucha más gente que los otros, *les faltan dos partes de las tres,* que andan fuera, dispersos en aquellas provincias y en la Vizcaya, que si se juntaran los que andan fuera de su patrio suelo, compondrían muchos miles: en las minas de Soyapa no bajarían de dos mil, en las de Sarache habrá otra multitud, por la Nueva Vizcaya andan regados, en Chihuahua hay gran porción donde tienen ya formado un pueblo, y en el Parral, Sta. Bárbara y el Oro.

"Los Padres de la Compañía claman se los vuelvan a sus misiones con fuertes razones y las que tuvieron las leyes para mandarlo. Me hicieron con eficacia este encargo y ofrecí atenderlos cuanto pudiera; pero, corriendo en mi visita tomé experiencia y por repetidos informes de personas de inteligencia, hice juicio ser conveniente permitir a los Yaquis siguieran su inclinación. Son muy ambulativos con propensión a la minería, utilísimos para todo ejercicio de sacar oro y plata en que son ventajosamente expertos, muy fuertes en estas faenas, ellos conocen las vetas de minas y las descubren, por esto los buscan todos los mineros y porque son grandes trabajadores y forzudos, y así en todas partes los aprecian y resulta al *bien común gran provecho.*

"Y si todos los estrecharan al corto recinto de sus pueblos en que no tienen otra ocupación que la labranza, sucedería lo que el año de 1740, que se sublevaron y pusieron en gran consternación a aquellas provincias y aun a la Vizcaya, y fueron sujetados más con maña que con fuerza. Aun con los pocos que hay en los pueblos, hecho el cotejo a los muchos que andan fuera, son frecuentes los recelos de que reincidan, y al presente los hay si consentirían la entrada de los Seris hasta Bayoreca por aquella parte de sus pueblos.

"Considero especialísima providencia del Altísimo la inclinación de esta gente altiva, fuerte y guerrera, a extrañarse de su país, pues todos juntos eran capaces de aniquilar aquellas provincias y mucho más, coligados con los Seris y Pimas (los Mayos les están subyugados) que compondrían un cuerpo formidable. Estos motivos son los que me asisten para procurar se les trate con agasajo en la Vizcaya, y que se les fomenten los pueblos que van formando en los



Lámina 45.—P. Fco. Javier Saeta.

parajes referidos, sobre que tengo hechos eficaces encargos a los curas, y que celen no traigan mujeres ajenas, que es el mayor inconveniente que se les conoce".[21]

Tal era la situación al ser expulsados los Jesuítas.

[21] Diario del Sr. Tamarón. p. 247. Edic. de V. A. Robles. 1937. Por carta del P. Salgado (Viribis 27 Sept. 1764) sabemos que el Prelado prohibió a los Regulares administraran los Sacramentos antes de tener licencia suya (y no aleguen las dietas de distancia al llegar y pasar por los pueblos). Id. que usaran el Ritual Romano. En el Yaqui los Jesuítas administraban *gratis* (sin la faenita que hacían los indios cada semana a la iglesia) a los *españoles* radicados en los pueblos. El cura de Bayoreca reclamaba los derechos; se negaron los Padres (por costumbre inmemorial) y los mismos españoles que solían pasarla peor que muchos indios. Arch. Ysleta. En otra carta de 23 Ag. 1764 al Gob. Pineda, nota una grave dificultad común a todas las misiones: "Los pocos españoles, que hay en los pueblos yaquis, tienen sangre india, andan todo el tiempo armados de cuchillos, sin religión ni sujeción a jueces (el de Bayoreca está a diez leguas). Crea V. S. a mi experiencia de 24 años: estos sujetos de razón son la levadura de maldad y los que malean a los naturales y después son sus peores verdugos y en todos tiempos son los que los vejan y hacen muchas extorsiones a los miserables y será cada día peor, si se ven en todo libres de su jurisdicción". Doc. Hist. Mex. IV Serie. T. I, p. 138.

CAPÍTULO X

MISION DE SONORA HASTA KINO.

1614-1687

1. Principios de la conversión de los Nebomes. 1614-1627.—Estas misiones de Sonora, en que durante 70 años los Jesuítas se fueron acercando a la frontera actual de los Estados Unidos, abarcan, como se ve, toda la cuenca media del río Yaqui y de sus afluentes, teniendo por límites al Este la sierra de la Tarahumara, al Norte la sierra fronteriza y al Poniente los ríos de Sonora y de San Miguel que se juntan en Hermosillo.[1]

La tribu de los Nebomes, que habita al Noreste del Yaqui, pertenece a la familia y lengua de los *Pimas Bajos* y la divide el P. Rivas en dos ramas: los Nebomes Bajos que viven los llanos generalmente al lado Norte del río Yaqui formando los pueblos de Buenavista, Comuripa, Suaqui el Grande y Tecoripa y *Los Nebones Altos* que están a la orilla Sur y Este al pie de las sierras en los pueblos de Nure, Movas, Onavas hasta los serranos de Yécora y Maycoba.

Como se dijo en otra parte, desde muy atrás fueron conocidos y amigos de los españoles los Nebomes Bajos, pues algunos de ellos habían acompañado hasta la Villa de S. Felipe a Cabeza de Vaca y fundado cerca de ella la colonia de los Bamoas y continuado,

[1] Sobre estas misiones hay cantidad de documentos en los archivos. Cf. P. Rivas. Triunfos pp. 357 y sig. Id. la tesis doctoral del P. Bannon: The Jesuits in Sonora 1620-1687. Berkeley. 1939. P. Dunne: Pioneer Black Robes. p. 189.

aunque con peligro, visitando a los suyos a través de las tribus enemigas. Hacia el año de 1608 durante la guerra del Yaqui, habían hecho alianza con los españoles y, cuando se fundó la misión del Mayo en 1614, el capitán Hurdaide tuvo ocasión de visitarlos y los describe de la siguiente manera:

"Es gente, dice, de natural muy blando y más dados a la labor y cultura de la tierra que a guerras. Son grandes labradores y siembran de riego con tan buen gobierno en las presas y acequias como los españoles. Tienen suma de gallinas de Castilla, poblaciones más reunidas y casas con terrados de tierra, las indias muy honestas y cubiertas hasta los pies con pieles de venado muy adornadas. En ninguna parte hallé noticia de españoles, que les pregunté por saber de los de Nuevo México, aunque me la dieron de las vacas de Cíbola y de otras grandes poblaciones. Vinieron a dar obediencia dos caciques de la tierra, suplicando les dieran Padres para instruirlos. Díjeles que ¿por qué no habían hecho las instancias de los Mayos? y prometieron luego venir a pedirlos, que será un gran freno para tener a raya a los Yaquis sus enemigos. También bajaron los Nures, indios amigos que hace años que dieron la obediencia y están muy bien barbechados para sembrar en ellos la divina palabra".[2]

En efecto, a poco se presentaron en San Felipe varios de sus caciques solicitando los deseados misioneros. Hiciéronles el Capitán y el P. Martín Pérez grandes agasajos, pero les dijeron que, por el momento, apenas empezada la conversión de los Mayos y todavía gentiles sus vecinos los Yaquis, no era posible pensar en conseguir de México ningún nuevo Padre para ellos.

Determinaron entonces los más fervorosos venir a poblar entre sus paisanos los Bamoas y por Febrero de 1615 se presentaron en la Villa 350 (con sus mujeres y niños y un viejo ciego de 96 años). Avisado el P. Diego de Guzmán, les preparó en Bamoa el más solemne recibimiento con procesión de todos los cristianos, músicas, arcos y flores. Fué el 4 de Febrero un día de gran regocijo, disputándose los cristianos viejos la honra de albergar y acariciar a los recién llegados, mientras se podían establecer en las tierras que se les dieron. Al día siguiente se bautizaron 115 de sus niños, se les

[2] Carta al P. Pérez. Anua 1614.

repartieron alimentos y el capitán regaló a los cuatro caciques principales instrumentos de labranza, vestido español y espada y a sus mujeres elegantes trajes. A mediados de año les siguió otro grupo de 174 y a principios de 1616 otros 230.[3]

El año de 1617, apenas se había establecido el P. Pérez Rivas en el Yaqui, se le presentó un gran cacique Nebome, cristiano antiguo, diciéndole que quería comenzar a edificar la iglesia para que, cuando fuese el misionero, hallase todo listo. Para no desanimarlos y perder la ocasión, se determinó que el P. Diego de Guzmán con dos soldados los fuera a visitar. Recibiéronle con las muestras del mayor regocijo por junio de 1619 y le ofrecieron más de 500 niños para que los bautizase y en seguida se fueron disponiendo unos 1.200 adultos que recibieron la misma gracia.

A fines de año, teniendo que volver a su misión, el P. Guzmán los animó a la perseverancia y les prometió interceder eficazmente con el Provincial y el Virrey, para que pronto tuvieran misionero propio. Vino el P. Guzmán convencido de que no sólo los Nebomes sino todas las tribus vecinas de Sonora abrían ya sus puertas al Evangelio. "Fuera de los muchos indios Nebomes que tenemos, escribía, supe de un cristiano que la gente del río Sisibotari,[4] le recibió con gran alegría, poniendo cruces y pidiendo Padres. Contó setenta rancherías y que era tanta la gente como la del Mayo, muy dócil y que prometieron juntarse en cinco pueblos en tierra llana y cercanos que puedan visitarse en un día. El cacique principal vino de allí a diez días a esta Villa a verse con el Padre y con el capitán. Vínome luego a visitar (a Bamoa) y presentóme tres águilas. También me vinieron a ver los caciques de los Batucos (un poco más al Norte río arriba) y me contaron cien rancherías pobladas a sus orillas y continuaron en visitarme a menudo".

En vista de las informaciones del P. Guzmán, señalóse el año de 1619 al P. Martín Burgencio para plantar la cruz en los pueblos de Buenavista, Comuripa, Tecoripa y Suaqui el Grande. Pertenecían todos estos Nebomes Bajos a la gran familia de los Pimas Ba-

[3] Anua 1615.

[4] Sisibotari era el nombre del cacique de Sahuaripa, pero al principio se llamó la tribu con su nombre. Eran Opatas y Jovas y su río era el de Sahuaripa. P. Rivas: Triunfos. p. 357 y sig.

jos y tenían las mismas costumbres y buenas cualidades de ellos; pero, además de los agricultores que vivían a las orillas del río, tenían grupos al Oeste y al Norte que se mantenían de caza en sus bosques y eran más levantiscos y afines a las tribus bárbaras de los Guaymas, Seris y Aibinos, que los rodeaban. Además, parece que, fiado en el primer entusiasmo, se apresuró un poco el Padre a bautizarlos, antes de que estuvieran bien instruídos y afianzados. Así, al primer alboroto, fallaron no pocos, especialmente de los montaraces.

Sucedió que los Aibinos de Mátape con algunos de éstos, para celebrar sus bailes y borracheras con cabezas de enemigos, mataron a un indio Fiscal de la iglesia y a algunos Nebomes cristianos, queriendo hacer lo mismo con ambos Padres y estorbando continuamente sus comunicaciones. Cierta vez llegaron a poner fuego a la casa donde estaban los misioneros en junta. Defendiéronlos los indios fieles, pero fué necesario avisar al capitán Hurdaide que aún vivía.

Este acudió al punto con sus soldados y como mil indios fieles y persiguió a los montaraces y Aibinos hasta su fortaleza de Mátape. El sitio fué reñido, pues las mujeres se defendían con piedras como los hombres con sus arcos y el caserón, donde se habían refugiado, era grande y con troneras. Perecieron muchos de una y otra parte y todas las provisiones con el fuego. Al fin el capitán les ofreció el indulto con tal que restituyeran los cautivos y los cristianos volvieran a sus pueblos. Con este motivo recibió Hurdaide la obediencia de varios caciques vecinos, dejando aquella región abierta al cristianismo.

Con esto pudo el P. Francisco Oliñano cultivar durante más de 20 años aquella cristiandad y aun, como veremos, penetrar más al Norte y traer a Cristo otras naciones. Calculábanse el año 1620 en 9.000 los bautizados entre los Nebomes Bajos.

2. Conversión de los Nebomes Altos: Onavas, Movas y Nures. 1622.—Luego que llegaron de México los nuevos misioneros para el Yaqui el año 1620 o poco después, se señalaron para los Nebones Bajos al P. Fco. Oliñano y para los Altos (Onavas, Movas y Nures), al P. Diego de Vanderzipe. Aprendió éste en breve la lengua y empezó a preparar los adultos al bautismo, hallándolos

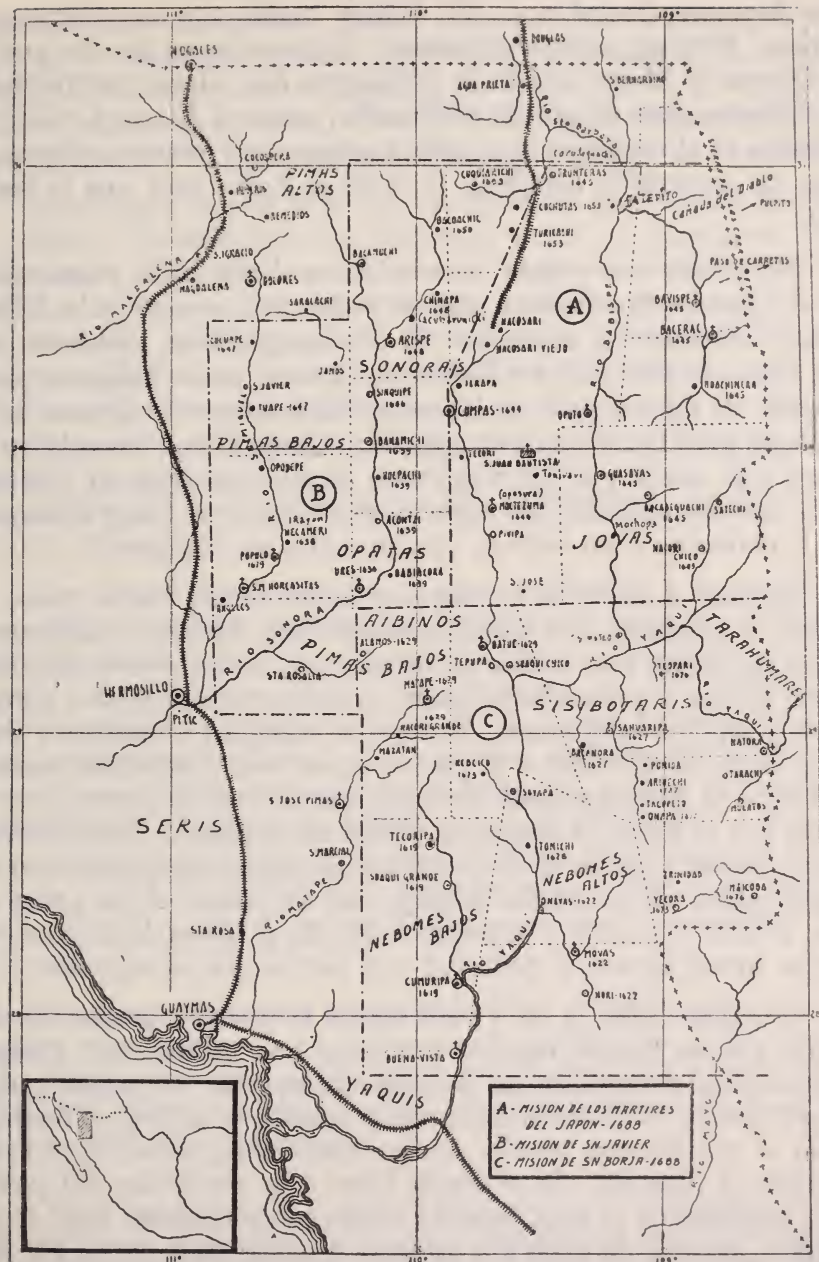


Lámina 46.—Misiones de Sonora hasta Kino.

bien dispuestos por el trato que habían tenido con los cristianos de su raza. Estaban convenientemente congregados en los dos pueblos de Onavas y Movas donde se edificaron dos iglesias provisionales. No faltaron casos de mucha edificación, como el de aquel indio que, hallando en el camino a una india enemiga gravemente enferma, en lugar de cortarle la cabellera, la trajo al Padre para que la bautizara.

No ofreció esta misión novedad hasta el año 1626, en que falleció el Capitán Hurdaide y fueron todos los caciques a la Villa a ofrecer obediencia a su sucesor D. Pedro de Perea. Sabiendo éste que, en las fronteras de los Nebomes, algunos indios habían repartido cañas de tabaco para un levantamiento, detuvo a algunos de los Nebomes para hacer una averiguación. Como al mes no volvían los presos a su tierra y se supo que uno de ellos, aunque no Nebome, había sido sentenciado, dos viejos se presentaron al Padre diciéndole que le matarían si no volvían en cinco días sus caciques.

Escribió el Padre al Capitán en favor de sus indios, pero, sin esperar la respuesta, los viejos, parientes del difunto, acudieron al pueblo de Movas para matar al misionero y, no hallándole allí, quemaron la casa y pretendieron hacer lo mismo con la iglesia, aunque los del pueblo lo estorbaron. Pasaron en seguida los rebeldes a Onavas y, hallando al Padre a la puerta de su casa descuidado rezando sus Horas, le dispararon un flechazo, que le rozó la frente, con tal fuerza que se hincó la flecha un palmo en la pared. Tiráronle luego una segunda que se le clavó aunque de soslayo (por haber un niño que estaba allí estorbado el golpe con un palo). A los gritos del niño, acudió el pueblo a socorrer al herido y chuparle la ponzoña, aunque quedó dentro el pedernal y el nervio que lo sujetaba.

Preparóse luego el P. Vanderzipe a la muerte, gustoso de dar su vida por sus ovejas; escribió una carta a su vecino el P. Oliñano y recomendó a sus hijos no se alborotaran pues no tenían culpa. Dando tiempo la medicina, montó a caballo y se fué a Tecoripa donde se confesó con mucho sosiego, habiendo comenzado a hacer su efecto la ponzoña. Se procedió luego a la extracción del pedernal y curación de la llaga, que sin embargo de no estar muy fresca la hierba, no dejó de darle que padecer muchos años. A los seis días se vió que no había peligro de muerte y se le llevó a la Villa donde

a los seis meses convaleció. Quería el buen Padre volver a su puesto, pero los Superiores tuvieron por mejor trasladarlo al Yaqui. Más tarde, sin embargo, tuvo el consuelo de venir a morir, el 7 de Enero de 1651, entre sus queridos Nebomes en el pueblo de San Ignacio de Onavas, después de casi 30 años de misionero a los 65 de su edad.[5]

Diósele por sucesor al P. Blas de Paredes, que acababa de llegar de México. Recibiéronle los Nebomes, como en desagravio de lo que padeció su predecesor, con grandes muestras de cariño y andaban tan solícitos en hacerle escolta y guardarlo, que jamás le fueron necesarios soldados algunos. El fué quien les construyó las dos hermosas iglesias que tuvieron. Arraigaron tan bien en estos pueblos las costumbres cristianas, que era un encanto ver su devoción al santo rosario, su piedad en la misa (tanto que le pidieron alzara despacio la santa hostia para gozar más tiempo de su vista) y su preparación a la comunión, que se fué estableciendo despacio entre los más edificantes.

Con sólo el buen ejemplo de esta cristiandad y la caridad de los nuevos cristianos, se movieron los *Nures* a pedir su reducción. Formaban éstos una tribu serrana más áspera y arisca que los Nebomes y de diferente dialecto. Redujéronse las 200 familias que eran un pequeño pueblo a la orilla de un arroyo, atendiéndolas con gran trabajo, por la distancia y los montes, el P. Paredes desde Onavas. Algunos viejos se resistieron, al principio, a dejar sus montes y hechicerías. Un joven convertido, no paró hasta traer a su obstinado padre al pueblo para que se instruyera. Otra vez, con motivo de unas tormentas de viento y rayos en seco, trataron los hechiceros de aplacar el cielo con sus bailes gentílicos y hechicerías, pero en vano.

Seis años cultivó esta misión el P. Blas, atendiendo de un modo especial a los niños en su seminario y asentando esta bella cristiandad. Sorprendióle la muerte casi de repente, sin dar lugar a que le asistiera el ministro vecino, aunque aquel día había dicho misa, apenas cumplidos los treinta años.

[5] El P. Van der Zype (sic), hacía nacido en Gante el 3 de Abril 1585 y venido a México en 1616, después de haber sido soldado cuatro o seis años. Fué hombre de gran santidad y admirable paciencia y sencillez de costumbres. Véase su vida en La Crónica del P. Rivas. 514-126. Alegre, II. 383. Menol. p. 8.

Sólo en una ocasión, años adelante, se turbó la paz entre los Nebomes. Uniéronse los pretendidos asesinos del P. Vanderzipe con unos montaraces y cristianos, engañados por sus hechiceros, y vinieron a matar a un cacique de los más fieles y celosos de los Nebomes Bajos. Pasando adelante cayeron sobre un pueblo cristiano y lo abrasaron con su iglesia y hubieran muerto al P. Oliñano a no defenderlo sus fieles. Siguieron los robos y asaltos en los caminos.

Mientras preparaba su campaña contra ellos, mandó el capitán ocho soldados que ayudaran a los cristianos y luego los siguió con otros y buena tropa de indios amigos. Después de varias refriegas, cayeron en sus manos catorce de los más culpados en los incendios, en quienes se hizo justicia, perdonando a los demás. Entre ellos estaba el que había disparado la flecha al pecho del P. Vanderzipe. En señal de horror y venganza, acribillaron los Nebones su cadáver. A su cómplice lo cogieron, poco después, descuidado y le cortaron la cabeza, que mandaron al capitán. Bastó este escarmiento para que, de ahí en adelante, no se volviera a turbar la paz entre los Nebomes.[6]

Este año de 1634, en que terminó la revuelta, pudo bautizar el P. Oliñano 2.740 párvulos, 800 adultos y casar 990 parejas.

Según el Catálogo de Zapata, la población indígena de los Nebomes era en 1678 la siguiente: Tecoripa 269 almas, Suaqui 415, Comuripa 450, Onavas 875, Tonichi (fundado en 1628) 510, Movas 308, Nuri 180.[7]

Pasemos ahora a la conquista de las demás tribus sonorenses, pertenecientes a la familia Opata y Jova.

[6] Posteriormente hubo otras revueltas de menor monta. Así al último misionero de Tecoripa P. Fco. González, el año 1766 se le remontaron los indios de su visita de Suaqui, llamados *Sobubopas* o *San Marciales*, que años atrás había traído el coronel Mendoza de los parajes de San Marcial y Santa Rosa, 1755. Una de las causas se decía ser venganza del indio Tomás ex gobernador de Tecoripa y Suaqui, que, por haber abofeteado a Santiago mayordomo de Tecoripa, había sido mandado azotar por el misionero. Cf. Ocaranza: Crónicas, I. 239.

[7] Un misionero, que no se nombra, escribió un Arte y Confesionario en Nebomes, que publicó Smith en New York. 1867.

3. Conversión de los Sisibotaris. 1621-1627.—Los Opatas del Sur (Sahuaripa, Batuc y Mátape) eran pueblos mixtos con la raza Jova de extracción Tarahumar, pero éstos casi habían perdido su idioma que sólo hablaban entre sí los viejos y todos entendían el *Eudebe,* que así se llamaba el dialecto Opata del Sur. Sisibotari, cacique de Sahuaripa, hizo, según vimos, muchas tentativas para alcanzar misioneros y tenía, de tiempo atrás, amistad con los españoles, al menos desde la visita que le hizo el capitán Hurdaide en la conversión de los Mayos (1614).

El P. Pérez Rivas, que tal vez en esta ocasión lo trató personalmente a vista de su pueblo, hace de él los mayores elogios: "hombre de buena edad, inteligente, prudente, de buena presencia, noble en sus sentimientos, querido de su pueblo, vestido de elegante manta añudada en el hombro y con otra en la cintura, acompañado de un joven que le llevaba las flechas en hermosa aljava, todo labrado con primor".

El año de 1619 vino personalmente a verse con el P. Guzmán, que andaba de visita entre los Nebomes, y de allí a poco fué a la Villa a hablar con él, y con el Superior y el Capitán, pidiendo misioneros y dejando en el seminario a once niños para que los instruyesen. En sus altos juicios, se lo llevó Dios, poco después, de una enfermedad repentina, que no dió tiempo a ser mejor instruído. Sus gentes continuaron sus instancias y el año 1621 penetró entre ellos, desde el Yaqui o el Mayo, el P. Méndez, y, aunque la visita fué breve y sabía poca lengua, quedó admirado de la civilización de aquellos indios, su recato en los bailes y sus bellas cualidades. No pudo todavía establecerse entre ellos, por estar los Padres muy ocupados en la reducción de los Nebomes, que se hallaban en el intermedio.

Reducidos ya los Nebomes, no se podía dilatar más la conversión de estos indios tan bien dispuestos. Habían bajado a la Villa muchos embajadores a suplicar al P. Visit. Luis Bonifaz les diera por fin Padres. Ofrecióse el P. Méndez que, por segunda vez, se hallaba retirado por sus enfermedades y ancianidad en San Felipe. A pesar de sus años, emprendió con la alegría y la prontitud de un joven aquel largo viaje de 70 leguas. Recibiéronle, a su paso, en triunfo sus antiguos hijos de Ocoroni, Tehueco y Mayo y Yaqui, y

el 5 de Mayo 1627, se hallaba ya entre sus Sisibotaris. Era el P. Méndez el misionero ideal y un domador de indios sin igual: sencillo, optimista, de un trato columbino y amabilísimo, especialmente con los niños. Se deshace en alabanzas de sus nuevos hijos:

"Luego que los Sisibotaris supieron de mi venida, dice,[8] comenzaron a poner, por leguas enteras, arcos de hierba con grandes cruces y en los pueblos me recibieron hincados de rodillas, con cruces en las manos. No he hallado en esta nación rastro de idolatría y hechicería muy poca. Los que llaman hechiceros, en su lengua *isoribe,* son los muy valientes en la guerra. En seis meses no he tenido noticia de que alguno se haya embriagado.

"Los hombres se visten de una pequeña manta pintada, de la cintura a la rodilla y, cuando hace frío, usan unas mantas grandes de algodón y pita. Las mujeres van cargadas de vestidos y al entrar en la iglesia hacen tanto ruido como si fueran españolas. Las doncellas usan una especie de jubones o corpiños muy bien labrados y faldines largos de pieles bruñidas y blandas como una seda, con pinturas de algodón y pita que tienen en abundancia. Son estos indios muy sobrios en el comer y por eso gozan de muy buena salud. Sus casas son de barro y de terrado, fuertes y bien labradas. En sus danzas no se tocan, sino asidos a los cabos de mantas o paños y las mujeres con los ojos bajos en el suelo con gran compostura.

"Es la nación más dócil y más culta de cuantas hasta aquí se han descubierto. Habitan unos valles de bello cielo y saludable temple, cercados de montes no muy altos.

"El sitio de los pueblos, que tengo ya juntos y congregados con sus iglesias, es de dos valles muy fértiles de maíz y otras legumbres. Los ríos de lindas aguas con que riegan sus sementeras, todas con notable artificio, y así nunca se padece hambre en estos puestos. Después de bautizados, nunca pierden misa y la oyen con tanta devoción que, hasta que después que he dado gracias y echádoles la bendición, no se van de la iglesia. En lo que más se echa de ver su bondad y buena disposición es, en que las rancherías que tenían en algunos cerros de a 20, de a 50 y otras de más casas fuertes y abastecidas de todo y haciendillas, sin violencia ni brazo armado, las han

[8] Carta de 16 Sept. 1627. Anua de 1628 y cartas varias. P. Rivas. VI. 14.

echado por el suelo y bajádose a poblar junto a las iglesias, que en seis meses se han fabricado tres: Santa María de Sahuaripa, San Javier de Arivechi y San Ignacio Bacanora, y se han bautizado ya 900 personas, y, aunque todos querían, era menester ir despacio para prepararlos convenientemente".

Siguió el P. Méndez cultivando esta viña, estableciendo en ella todas las prácticas acostumbradas en las misiones: confesiones, comuniones a los mejor dispuestos, fiestas de Semana Santa representando al vivo los episodios de la Pasión y acompañándolos con procesiones y disciplinas. La devoción del Rosario se hizo muy popular y los sábados se juntaba todo el pueblo a rezarlo con cantos de los niños y músicos.

Sólo una vez se vió su vida en peligro del modo menos esperado. Había el Padre traído en su compañía y criado un mozo, que le pareció de buen natural, pero que allí se pervertió y dió a los vicios, al punto que tuvo que despedirle. Irritado el infeliz, determinó quitar la vida a su Padre y, entendiéndolo, sus fieles hijos de Arivechi lo prendieron. Pero él, logrando romper las ataduras, se precipitó a la iglesia donde el Padre estaba diciendo misa, y asiéndole por los ornamentos, lo derribó para acuchillarle. El acólito se lanzó a estorbarle y dió tiempo a que el cacique Cruz Nesve acudiera a sujetar al criminal, no sin llevar heridas. Amarrado lo llevaron a la Villa y el Capitán le condenó a ser ahorcado en el mismo lugar de su crimen, acribillando los indios su cadáver con flechas.

A fines de 1635 o principios de 1636, el buen P. Méndez, con el cuerpo ya cubierto de llagas incurables, fué, como dijimos en el capítulo quinto, trasladado por tercera vez a México donde falleció nonagenario, y sustituído por el P. Bartolomé Castaño, que continuó su obra y pasó adelante.[9]

[9] Un biógrafo resume así sus trabajos: Anduvo en mula 2,000 leguas, atravesó tribus de 40 diferentes lenguas, predicaba muy bien en cinco, construyó 20 iglesias y evangelizó en los cuatro ríos. La población de estas misiones en 1678 era la siguiente: Sahuaripa 682 almas, S. José Teopari (fundada en 1676) 369, Sta. Rosalía Onapa 890, San Ignacio Bacanora ...? Arivechi 466, San Mateo Malzura (fundada en 1677) 596, S. Ildefonso Yécora (fundada en 1673) 500, San Borja Maicoba (fundada en 1676) 500.

4. CONVERSIÓN DE LOS AIBINOS Y BATUCAS. 1622-1629.— Derrotados, como vimos al principio de la conversión de los Nebomes, los Aibinos de Mátape por el Capitán Huirdaide y hecha la paz con los españoles, empezaron a pedir Padre que a ellos también los doctrinase. Pasó allá el P. Tomás Basilio, poco después de restablecido del flechazo que le había disparado el renegado Juan Suca. Entró el 1 de Junio de 1622 con el P. Oliñano a sus pueblos de Teopa[10] y Mátape, donde los recibieron con grande solemnidad y bautizaron 402 párvulos y seis enfermos adultos, de los cuales se llevó el Señor para sí muchas primicias. Los Aibinos tienen las mismas costumbres y genios que los Sisibotaris con quienes colindan por el Este.[11] Un suceso vino después a probar la sinceridad con que deseaban convertirse. Al volver algunos de ellos de visitar un misionero vecino, como solían, los flecharon otros de sus antiguos enemigos. Hubo luego junta de caciques para declararles la guerra, pero prevaleció la opinión de que, estando ya bautizados sus niños, la guerra no podía sino alejar la esperanza de los misioneros y de su bautismo.

La escasez del personal dilató aun largos años el establecimiento de esta misión, pues hasta el año 1629 tuvieron que contentarse con rápidas visitas de los misioneros de los Nebomes. Durante tan larga espera, no faltaron renegados ni hechiceros para enfriar sus deseos. Así es que, cuando este año de 1629 vinieron a establecerse entre ellos los PP. Martín de Azpilcueta y Lorenzo Cárdenas, los Aibinos los recibieron en Mátape con poco entusiasmo.

Un caso raro, que aconteció al principiar los bautismos, enajenó mucho los ánimos y estuvo a punto de causar la ruina total de aquella nueva cristiandad. Tenían en su gentilidad un miedo supersticioso a los rayos. A uno de sus caciques, muerto fulminado, lo tenían sentado en una pequeña bóveda de barro y venían en tiempo de lluvias a ofrecerle sus dones, para que los librase de muerte semejante.

"Pidióme un día el P. Azpilcueta, refiere el P. Cárdenas, que le acompañase en esta romería y, sin declarar sus intentos a los indios, de propósito llevó consigo a todos los cofrades y devotos de

10 Tepupa?
11 Carta del P. Oliñano. Anua 1622.







Lámina 47.—Misiones de Cocóspera, Tumacácori y Sta. Cruz.

aquel santuario sancarrónico, a donde, así como llegamos, comenzó el buen Padre a predicarles (desde la mula que le servía de púlpito), afeándoles por una parte aquellas abominaciones y por otra persuadiéndoles a que nuestro Dios era el verdadero Señor de las lluvias y de todo lo criado, y esto con tanta energía y eficacia que, no pudiendo sufrir más dilación, diciendo y haciendo, se apeó con presteza y a coces derribó y deshizo el sepulcro y, sacando un eslabón y pedernal que llevaba, pegó fuego a toda la osamenta y ruinas del mahomético sepulcro y, mientras se convertía en cenizas, preparó una cruz alta, que luego levantó en aquel lugar para santificarlo, y postrándonos todos al pie de la santa cruz, rezamos con los recién bautizados el Credo en alta voz, y fué Nuestro Señor servido de que resultase de este fervoroso hecho tan buen efecto, que los neófitos se enmendaron de suerte que jamás han vuelto a semejantes supersticiones".

Fué esto más de maravillar porque, de ahí a poco, estando asentando las partidas de los que acababa de bautizar, de una nube se disparó un rayo, que mató a una dichosa india, dejando viva la criatura que tenía en los brazos. Trabajo costó al misionero apaciguar a los ancianos y hechiceros que miraban en ello un argumento contra el bautismo y un castigo contra el profanador de su culto. Verdad que, a los pocos días, se quitó un poco la mala impresión con la curación casi repentina de un indio ya desahuciado al recibir el bautismo.

El mismo P. Azpilcueta[12] nos cuenta su entrada a los Batucos, que habitan un poco al Noreste sobre el río Moctezuma. "Los Batucos, dice, nunca sienten hambre, sus huertas, bien regadas con sacas de agua, producen en abundancia maíz, hortalizas, trigo y vino, pues las parras se dan de sí sin sembrarlas, bien que la uva es algo agria. La gente vestida y casas limpias con cocina aparte. Sin embargo nos recibieron con algún desdén, negábannos los alimentos, la madera para fabricar la iglesia y aun los párvulos". Sin reparar en esto, el Padre los iba agasajando con regalillos y, hallando cariño, fueron apareciendo los niños de que se bautizaron como 300. Los adultos se iban instruyendo, a pesar de algunos apóstatas que

[12] Véase la vida de este santísimo varón, según datos del P. Cárdenas en Pérez Rivas. Crónica. II. 498.

pretendían disuadirlos. Uno de éstos, descubierto, se ahorcó por su mano, sirviendo su muerte de antídoto a la ponzoña que quiso propagar. Otro peligro deshizo el Padre con un ardid.

Los indios de Babiacora en el río Sonora, aun inexplorado, sabiendo que el P. Azpilcueta pretendía pasar a visitarlos, conspiraron para deshacerse de él. Avisado de unos indios fieles y conociendo su debilidad, el Padre les mandó decir con los mismos mensajeros que se diesen priesa en venir a matarle, que los aguardaba con arcabuces y buenos machetes para cortarles las cabezas y hacerles ver si los Padres, como ellos decían, eran mujeres y no sabían matar a nadie. Con esto les enseñó las hachas e hizo disparar un arcabuz, que tenía un mozo español que le había acompañado. El estallido de un arma nunca vista llenó de pavor a los mensajeros y de ánimo a los Batucos.

El Padre, sin embargo, se preparó al asalto, aseguró a las mujeres y niños y con algunos indios Zuaques y Mayos que había traído, estuvo la noche en vela, mientras otros indios guardaban los pasos estrechos. Estos, viendo que amanecía y no parecían los enemigos, avanzaron como una legua y en una encrucijada de cinco caminos, hallaron las huellas de mucha gente que iba huyendo. Cogieron cuatro prisioneros y los trajeron al Padre, quien disparando ante ellos el arcabuz y cayendo ellos al suelo aturdidos, las manos en la cabeza, los levantó y mandó decir a sus parientes que, aunque tenía con qué matar a mucha gente a un tiempo, no tenía mal corazón como ellos.

Esto bastó para mudar los ánimos y preparar el camino para la entrada a los Sonoras.

Trajo el Padre, a su nueva misión de Batucos, un maestro de música para enseñar a sus neófitos los cantos y devociones a la Virgen. Aun emprendió la construcción de una iglesia en honor de la Asunción, con sus tres naves y dos torres, que es la mejor de aquellas misiones. Increíbles parecen las dificultades que puso el demonio para estorbar aquella obra, pues, según decía, armó contra ella los cuatro elementos: el agua llevándole una avenida toda la madera que tenía prevenida, el fuego quemándole un incendio de los bosques las maderas que tenían labradas, el viento llevándole una noche un huracán el techo y la tierra amenazando varias veces los

bárbaros destruirla. "Si el Vizcaíno espiritual (así llamaba al demonio), decía, se empeña en estorbar la obra, más vizcaíno soy yo con la gracia de mi Reina".

Era en efecto de la parentela de San Francisco Javier, tan lleno como él de celo y de amor de Dios. El fué quien más insistió, en cartas al Virrey y personas influyentes, para que se fundara la misión de los Mátapes y Batucos desde su antigua misión (de los Nebomes) donde trabajó cuatro años, trayendo del Norte un indio para que le enseñara la lengua. Pequeño de cuerpo, flaco como un esqueleto, sin abandonar sus grandes empresas, en cuatro años se fué consumiendo hasta que le llamaron a morir en el colegio de Sinaloa el año de 1637.

Escribió Arte y Vocabulario y tradujo toda la doctrina en Opata y todo lo que hay escrito en ella se debe a la industria del buen Padre.[13]

Poco es lo que conocemos de los trabajos del P. Cárdenas y de sus sucesores en Mátape. Notable fué entre todos el P. Daniel Angelo Marras, que allí duró 30 años (1653-1683) y murió, como el P. Castaño, en la Profesa el 12 de Septiembre de 1689. Angel en la pureza toda su vida, se dejó cierta vez abofetear por un fraile, que no pudo sufrir reprendiera el Padre a un Alcalde mayor por haber atropellado a una doncella.[14]

5. Conversión de los Sonoras y división de la misión. 1636-1639.—Desde el año 1636, en que el P. Castaño había penetrado a Ures sobre el río Sonora, y el de 1638 a Rosario Necameri (hoy Rayón) sobre su afluente el San Miguel, las conversiones entre los Sonoras fueron tan rápidas como no se había visto en otras naciones. En un año, dicho P. Castaño y su compañero el P. Pantoja (que vino a principios de 1639) habían bautizado a 2.819 adul-

[13] Tal vez es el Arte Opata que publicó el P. Natal Lombardo en 1702: Arte de la lengua Tequima, vulgarmente llamada Opata. Vocabulario de la misma. El P. Natal italiano, fué 30 años misionero en Sonora.

[14] En 1678 la población indígena de estas misiones era la siguiente; Mátape 482 almas; Nacori 394; Robaico (fund. en 1673) 330; Batuco 428; San Javier 480; Tepachi (fund. en 1678) 388; Cucurpe (fund. 1647) 329; Toape, 240; Opodepe 320; Ures (fund. 1636) 904; Necameri (fund. en 1638) 362; Pópulo (fund. 1679) . . . ?

tos y a 1.527 párvulos y era tal la creencia de los indios que con el bautismo se les quitaban todos los males, aun los físicos, que los Padres tuvieron no poco trabajo en retraerlos de alguna idea supersticiosa sobre su recibimiento.

Fundáronse este año sobre el Sonora, además de Ures, Concepción Babiacora, San Pedro Acontzi, Remedios Banamichi y más al Norte San Ignacio de Senoquipe.

Preciso es decir que su misionero principal, el P. Bartolomé Castaño, llevaba, diríamos hasta el exceso, las virtudes apostólicas. Entre los salvajes, mendigó por mucho tiempo su alimento de choza en choza como el más triste de los indios. Acomodándose a su rusticidad para mejor ganarlos a Jesucristo, formó para sí una casilla tan estrecha e incómoda, que apenas podía entrar sino arrastrándose. Era gran músico y hablaba seis idiomas con toda perfección, no sólo en la propiedad de las voces y variedad de los acentos, pero aún en el tono y gesto que acompañan ellos a las palabras, que junto a esto el color moreno de su rostro, entonces más tostado por los soles, por su vivienda y alimentos, llegaron a crer los naturales que también era indio y comenzaron a despreciarle.

Esto movió a los PP. Visitadores y demás misioneros a hacer con él delante de los salvajes, algunas extraordinarias demostraciones de veneración y respeto, e igual fué el motivo por el cual, a los diez años, lo sacaron de las misiones para encomendarle durante 25 años la famosa Congregación del Salvador en la Profesa.

Estas nuevas misiones distaban ya demasiado del Yaqui para ser gobernadas por el Rector de aquel río y así, en Abril de 1639, el Visitador Leonardo Játino, por autoridad del P. Pérez Rivas, erigió la nueva misión de San Javier con los partidos de Comuripas, Mátapes, Batucos, Ures y Sonoras. Quedaron para la antigua misión del Yaqui (San Ignacio) todos los pueblos del Sur del río, esto es Onavas, Movas, Nuris, Tepahues, Conicaris, Yaquis y Mayos.

El floreciente estado de estas misiones nos lo describe el P. Luis Bonifaz que, el año 1640, las visitó por orden del P. Pérez Rivas.

"Hoy, dice, está tan lucida esta cristiandad que es para dar muchas gracias a Dios Nuestro Señor, y, visto todo por mis ojos, puedo afirmar que es una de las más gloriosas empresas y uno de los

mejores empleos que la Compañía tiene. Noté, en todos los Padres, cuán del todo estaban dados a su ministerio. Todos predicaron en sus lenguas con grande expedición dos o tres sermones, y los oyentes, levantados los ojos y atentos al predicador, todo el tiempo que duraba el sermón. Sin éste, hubo otro ejercicio de la Doctrina Cristiana muy de envidiar aun por las ciudades de los españoles muy antiguas.

"Porque, a las preguntas respondían niños, viejos, hombres y mujeres, salteándolas y por diferentes palabras de las que están en el catecismo, y respondían a ellas con mucha presteza y sin turbarse, y no sólo estas preguntas, sino otras muchas que no están en el catecismo, sino de las que les predican, esto es, de los lugares que hay debajo de la tierra, dedicados para el castigo de los pecados, del fin para que sirven las imágenes en los templos, o de lo que ha de hacer el enfermo que se halla en pecado y no tiene copia de confesor, caso que les suceda muchas veces a estas gentes, que andan por los montes y marinas; algunas cosas de la resurrección de los muertos, del día del juicio y otras a este modo.

"Por saber yo algunas de estas lenguas, puedo ser testigo de lo bien que respondían y esto en especial en algunas gentes, que yo conocí, que nunca vivieron en población sino por estos campos. Entre otras cosas de edificación no omitiré el acto de penitencia, que suelen hacer los indios, tomando disciplina en Semana Santa y otros días de cuaresma".[15]

En el nuevo Rectorado fué pronto necesaria una nueva repartición de cabeceras, pues a los siete años (1646), se habían establecido misiones en los cuatro ríos que bajan de los Estados Unidos en dirección al Sur, como puede verse en los mapas:

1.—En el *río San Miguel* se formó la cabecera de Ures y Necameri (Ures está en el río Sonora) a cargo del P. Francisco Paris;

2.—En el *río Sonora,* la de Huepaca que comprendía Banamichi, Sinoquipe, Arizpe, Teuricachi (?) a cargo del P. Jerónimo Canal;

[15] Pérez Rivas. Triunfos. VI. 19. Recuérdese que fué por esta época 1637-1640 cuando nació el proyecto de formar nuevos obispados en Sinaloa y Nuevo México, según indicamos en el Cap. III. n. 13 al hablar de las relaciones de los misioneros con los Prelados.

3.—En el *río Moctezuma,* Batuco a cargo del P. Juan de Mendoza y Cumpas con el P. Egidio Montefrío;

4.—En el *río Bavispe,* Guazavas y Necameri y en el río Moctezuma, Oposura a cargo del P. Marcos del Río, y finalmente.

5.—En el *río Mátape,* Mátape donde se hallaba un pequeño seminario a cargo del P. Bueno.

El Rector y Visitador, P. Pantoja, residía entonces en Babiacora sobre el río Sonora.

Veamos ahora cómo en lo político se habían también hecho nuevas divisiones, que acarrearon no leves disgustos a los misioneros.

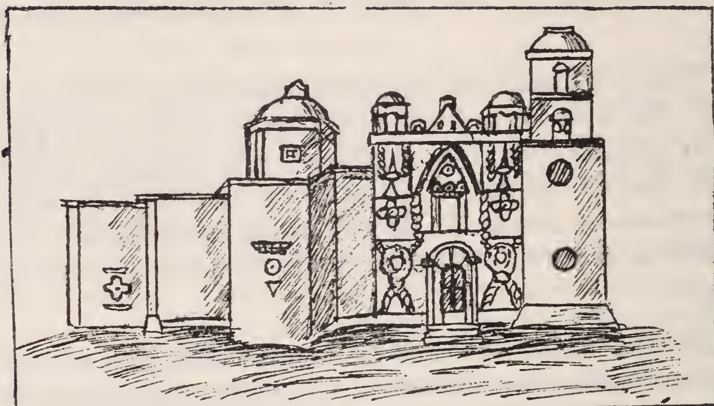
6. Pretensiones del Gobernador Perea. 1641.—Hasta la fecha, D. Pedro de Perea había sido Capitán de Sinaloa, pero ahora, viendo las grandes conquistas del Norte y las enormes distancias que separaban Sonora del centro del gobierno de Durango, vino a México a proponer la fundación de una nueva Intendencia o Reino con el nombre de Nueva Andalucía en las tierras recién conquistadas de Sonora.

El Virrey, Conde de Escalona, condescendió con sus intentos y recordarán nuestros lectores cómo vino Perea al Parral y llevó por compañero al P. Jerónimo Figueroa y abrió el camino a sus dominios a través de la sierra de la Tarahumara por Tutuaca y Arivechi. Salidos del Parral por Octubre de 1641 con fuerte acompañamiento, hizo desde luego contraste la dureza e interés con que Perea trataba a los indios y la dulzura y cariño con que el P. Figueroa procuraba granjeárselos. Llegó esto a tanto que, apenas terminado el viaje, el Gobernador procuró deshacerse de un censor importuno y aun de todos los Jesuítas para suplantarlos con los Franciscanos.

Entendidos sus intentos, el P. Figueroa avisó luego al P. Visitador Pantoja, que ocurrió al Virrey Sr. Palafox. Este reconvino seriamente al Gobernador, que se aquietó por algún tiempo. Mas, el año 1644, aparecieron de repente en Banamichi cuatro o cinco religiosos Franciscanos, que él quiso instalar en Cumpas, quitando de allí al P. Egidio Montefrío y olvidándose que él mismo, diez años



S. Ignacio



Tubutama

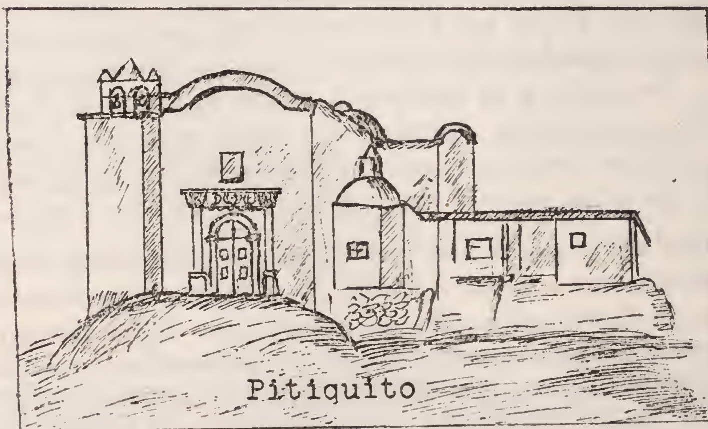


Lámina 48.—Misiones de S. Ignacio, Tubutama y Pitiquito.

antes, había dado posesión de aquel pueblo al P. Tomás Basilio de la Compañía.

El P. Visitador escribió luego al Gobernador y al Superior de los Franciscanos protestando contra esta intromisión y vino luego a verse con ellos en Banamichi donde tenía Perea su casa y familia.[16] Los Franciscanos venían engañados, pero no así Perea. El Virrey Conde de Salvatierra falló en favor de la Compañía y el Provincial P. Calderón envió con la respuesta al P. Jerónimo de la Canal.

Entretanto, viendo la resistencia de los Jesuítas, Perea llevó con gran tropa a sus Frailes en tierra de los Hymeris, gentiles donde aun no habían entrado los Jesuítas. Mas estos indios, ocupando los pasos estrechos, lo atacaron y tuvo que retroceder a Banamichi con tanta priesa y susto que enfermó de gravedad. Asistiéronle el P. Visitador y el misionero que allí estaba con mucha caridad y, arrepentido, mandó a su mujer diera, públicamente en la iglesia, gracias a los padres por su comportamiento. Sin embargo, restablecido, partió a Toape para ejecutar sus designios. Allí recayó y expiró el 4 de Octubre.

Había mandado llamar al P. Pantoja, mas, cuando llegó éste, aunque le conoció, había ya perdido el habla. Hiciéronle los Padres solemnes funerales y pidieron permiso para llevar sus restos a Acontzi, donde se le podía dar más decente sepultura. Cuando llegó el P. Canal trayendo la orden para que Perea se retirase de la Provincia, aquél había cesado de existir. A los religiosos que se habían detenido en Bavispe con la esperanza de entrar en los Hymeris, se les dió orden para que se restituyesen a sus puestos.[17] Así terminó tan enojoso conflicto.

7. Conversión de los Hymeris. 1652.—Solos ya en la frontera, continuaron los Jesuítas su avance al Norte. El año 1646

[16] Había puesto primero sus reales en el presidio de San Juan que aún se ve en los antiguos mapas y luego se abandonó.

[17] Estuvieron los Franciscanos tal vez más de cinco años al Norte de la provincia y dice Manje que bautizaron más de 7,000. Su cabecera era Sta. María de los Potlapiguas, el prior Fr. Juan Suárez. Eran cinco frailes en los puestos de: 1.—Potlapiguas, Bavispes y Baceracas, 2.—Guazavas, Oputo, Techicodeguatzi y Batepito, 3.—Fr. Juan de S. José en Turicachi, Cuchiriachi y Tejas, 4.—Fr. Juan Suárez en Arizpe, Chinapa y Bacuachi, 5.—Cucurpe y Toape.

viendo el P. Pantoja, que aun era Visitador, las buenas disposiciones de los Hymeris, que venían a visitar los pueblos cristianos, donde se los procuraba agasajar y traían sus párvulos a bautizar pidiendo misioneros, tuvo una junta con sus compañeros para determinar si era conveniente emprender ya esta nueva conquista.

Hallándose todos animados, señaló a los PP. Pedro Bueno y Francisco Paris, que, con suma alegría, se aprestaron a partir. En esto le avisó el Capitán de las minas de Bavispe, que intentaba hacer justicia de un indio malhechor y que parecía prudente dilatar la expedición hasta que desapareciera la impresión de este acto entre los gentiles. Así se hizo sin dejar de trabajar en su favor en los pueblos vecinos.

El P. Paris, que vivía en Necameri, formó a corta distancia un pequeño pueblo de 150 Hymeris que fueron las primicias que esta nación ofreció a Jesucristo (1652). No quisieron ser menos los Hymeris del Norte del río Sonora que, en buen número, vinieron a agregarse al pueblo de Bacobitzi con gran envidia de los demás de su nación cuyos caciques, pasando el P. Visitador, vinieron en tropel a pedirle bautismo y la asistencia de un ministro. Aunque por entonces no se pudo hacer más, se facilitó mucho la conversión de estas gentes con la conquista de las últimas tribus gentiles sus vecinos al Norte del río Sonora.

8. Entrada a Sinoquipe, Arizpe y Cacubarunichi. 1646-1652.—Desde 1646 el P. Jerónimo de la Canal, que trabajaba río abajo en los pueblos de Huepaca y Teuricachi, había visitado y dejado deseos de la fe en estas tribus septentrionales. Preparado ya el terreno, determinó en 1648 [18] emprender definitivamente su reducción. Oigámosle referir su entrada en carta de 31 de Enero de 1653.

"Por orden de los Superiores, dice, entré a los pueblos de Senoquipe, Arizpe y Cacubarunichi. En el primero junté la gente y me detuve quince días, declarándoles el fin de mi ida y la necesidad del bautismo. Después de todo, me dijo el Gobernador que primero se dejarían morir que bautizarse. No me arredré con esta respuesta por la experiencia que tengo de estos pueblos, me contenté con bautizar algunos párvulos en peligro y me pasé nueve leguas ade-

[18] Así el catálogo de Ortiz de Zapata.

lante al pueblo de Arizpe. Aquí tuve la misma respuesta y me dejaron solo, luego que se lo propuse. Perseveré con todo otros quince días, tratándoles del bien de la gloria y penas del infierno y, ya resuelto a partirme al tercer pueblo, volví a instar al Gobernador que me respondió en su idioma estas mismas palabras: "Padre, mañana me amanecerá el sol más claro, seré otro hombre y tendré nuevo cuerpo y nueva alma".

"Quiso decir que el día siguiente se bautizaría, como lo hizo y con él muchos otros, que desde mi entrada estaban bien capaces. Ayudó mucho al bautismo de este pueblo el caso siguiente. Estaba un indio cazando pajarillos y sin ver quién pasaba, clavó la flecha en el pecho de una india, cuatro dedos abajo de la garganta y le entraría más de ocho. Acudí con toda priesa y exhortéla a que se bautizase, que quizá Dios la sanaría y si no, lograría el cielo. Vino en ello y catequizada cuanto permitía la priesa, porque se creyó moriría luego, la bauticé y, al día siguiente yendo a verla, la encontré tan buena y sana que ni aun señal tenía de la herida.

"Luego pasé a Cacubarunichi, donde fuí tan mal recibido que, antes de llegar, habían amenazado con la muerte a mis indios; y una india en cuya enramada habían puesto algunos de mis trastos, la derribó con rabia y los echó por el suelo. En el pueblo hallé muy poca gente, porque los demás se habían escondido. Los cité para el día siguiente y en la noche ví que las indias las emplearon en sacar sus ajuares para salirse del pueblo y luego vinieron muchos indios armados y me cercaron la casa quizá para ponerme miedo. Llegado el día, después de muchísimo trabajo, tuve el consuelo de bautizar cuatro o seis párvulos. En esta sazón llegaron a mí dos indios de seis leguas de allí. Les pregunté que por qué venían a hablarme con flechas en la mano, que yo no tenía miedo de sus armas, pues me veían sin ellas y sólo venía a hacerles que conociesen a Dios.

"Respondióme uno de ellos que el mío era Dios de mentira y que él no quería recibir su ley; que el bautismo no quitaba la inmundicia del cuerpo ni del alma, que su dios había criado el cielo y la tierra, los valles y los ríos, añadiendo tales cosas con tanta agudeza, copia y velocidad del decir que quedé persuadido a que se lo sugería el mal espíritu, viendo las cosas tan propias y los argumentos que proponía tan ajenos de la capacidad y tan fuera de la cos-

tumbre de cuantos yo había visto. El se embraveció de manera que yo interiormente me dispuse a morir por tan buen título, y más, viendo que por los matorrales estaban los del pueblo escondidos con sus armas: pero no merecí tanta dicha. Me detuve algunos días sin conseguir cosa alguna.

"Los dejé y volví de allí a algunos meses con el P. Ignacio Molarja y este indio nos mandó matar a entrambos, aunque no se atrevieron, viendo en nuestra compañía a muchos de sus parientes, de los que fué muy de notar que, tratando yo si les predicaría por verlos tan obstinados, me dijo uno: "Predícales tú, y ellos créanlo o no lo crean, a Dios darán cuenta y tú ya cumpliste con tu oficio", y otro de los mismos gentiles, habiendo oído un sermón, me dijo: "Tú eres el primero que has hecho sonar el nombre de Dios por estos montes".

"Finalmente, con tiempo y blandura, vinieron a bautizarse estos tres pueblos que quedan a cargo del P. Felipe Esgrecho. Hoy está esta misión muy lucida, con muchos pueblos y buenas iglesias y con ministros muy unidos y en paz y religiosa caridad". Hasta aquí el P. Canal.[19]

Al Oriente en el río Moctezuma afluente del Yaqui, también había avanzado al Norte el P. Marcos del Río,[20] fundando en 1644 la población de Oposura y en 1646 la de Cumpas.

Oyendo los indios de estas rancherías los beneficios que había traído a sus vecinos la predicación del Evangelio, vinieron a rogar a los Padres los fueran a visitar. Aceptó el P. del Río que vivía quince leguas más abajo. A la noticia de su llegada, limpiaron los caminos, levantaron arcos de ramas y en sus pueblos compusieron

[19] Sobre la situación de los misioneros aquel año de 1653 añade los siguientes datos: "Tengo al presente tres pueblos: Guepuca (Huepachi) de 260 vecinos, Banamichi de 180, Senoquipe de 80 y si vuelven los ausentes aún más. Ocho leguas al Norte está Arizpe que yo bauticé a cargo del P. Esgrecho, 14 leguas al Poniente tengo por vecino al P. Fco. Malvenda, 15 al Oriente al P. Juan Ulter, al Sur 2 leguas al P. Pedro Pantoja. Estoy edificando iglesias en los nuevos pueblos". P. Rivas, Crónica, p. 492.

[20] El P. Marcos del Río es el flamenco Van der Veken, nacido en Hal en Sept. de 1608 y venido a México en 1642. Egidio Montefrío es Gilles Froidmont, de Lieja, nacido en 1604 y venido a México en 1642. Tenemos carta de él a su llegada a México (14 Feb. 1643) con 42 misioneros para Filipinas.

cinco casas de petates con sus capillas aparte, donde descansase y dijese misa. Acudieron a ofrecerle sus comidillas, que es forzoso admitir para no desairarlos. Aclamábanle diciendo en su lengua: "Seas bienvenido, nuestro Padre, que ha mucho tiempo que te aguardábamos con deseo de verte y de que nos enseñases la doctrina de cristianos. Dios te guarde".

Alegrísimo el Padre con tan buenas disposiciones, se puso muy de propósito a doctrinarlos y ellos tan diligentes que en tres meses supieron la doctrina de memoria y la cantaban por las calles de su pueblo y en las casas. De más de 40 rancherías, que formaban cada uno de estos pueblos en su gentilidad, se asentaron las dos misiones de Oposura y de Cumpas (Cumupas) de 400 vecinos, habiéndose bautizado desde un principio más de 500 niños y unido en santo matrimonio 800 pares. Fué de las pocas tribus que, sin perturbación alguna y de su plena voluntad, se ofrecieron al yugo del Evangelio.

Ofrecía no poca dificultad la construcción de sus iglesias, pues la madera para las vigas se hallaba a siete leguas distante, en un monte a veces cubierto de nieve a donde nunca llegaban. Animados por sus misioneros, se prestaron todos a irla a cortar y trajeron en hombros 200 vigas grandes con que se cubrieron las dos iglesias de 40 pasos, hermosas para aquellos lugares y admirables para ellos que no habían visto cosa semejante.

Quedaba al Oriente el cuarto río, de Babispe, cuyas vertientes ocupan toda esta frontera de los Estados Unidos, Sonora y Chihuahua. Allá, como último refugio y rincón de la gentilidad, la resistencia fué más prolongada y sangrienta.

9. Conversión de los Guazavas, 1646.—Habitan estos indios cuatro hermosos valles en la parte inferior del río Bavispe (afluente del Yaqui) y tienen por vecinos al Noreste a los Bavispes y al Poniente a los Cumpas con ellos emparentados y del mismo idioma y costumbres. Años atrás el capitán Perea con 150 españoles y 2,000 indios pretendió sujetarlos por la fuerza y poco faltó para que volviera derrotado. Sólo oyeron proposiciones de paz al ver que los españoles empezaban a talar sus milpas, que apreciaban más que sus casas incendiadas.

Desde entonces se había empezado lentamente a trabajar en su conversión. Por Febrero de 1645 hizo una entrada a sus tierras el

P. Cristóbal García y, dando noticia al P. Visitador de las demostraciones de gozo con que había sido recibido, determinaron por Marzo del año siguiente enviarles a los PP. Marcos del Río y Egidio Montefrío, a quienes no pudieron ver salir de sus tierras sin mucho dolor.

Compadecido el P. del Río, les prometió volver en breve a verlos, como en efecto volvió, de allí a dos meses. A su arribo le ofrecieron para el bautismo más de 400 párvulos, como en prenda de que ellos harían lo mismo si el Padre perseveraba en sus pueblos. Movido de tanto fervor el misionero y habido el beneplácito de sus Superiores, hubo de condescender a sus deseos. Sembró el grano de la divina palabra con tan feliz suceso que, por Abril de este año de 1647, tenía ya bautizados y reducidos a policía cristiana más de 4,000 adultos. Como prueba de fervor de esta cristiandad cita el P. del Río el caso de un joven que, habiendo cometido falta grave, después de confesarse con el Padre, fué a hacer lo mismo con el Gobernador, pidiendo lo mandase azotar; y el de una india que antes se dejó matar que faltar a la castidad.

Abierta ya la puerta de los Guazavas, halló el P. del Río entrada franca a la última tribu de la frontera que llamaron entonces malamente Yumas o Sumas y habita en Turicachi (río de Santa Bárbara afluente del Bavispe) pocas leguas al Sur del actual Douglas o Agua Prieta.

Era esta nación numerosa y fiera, que no poco había dado que hacer a los Franciscanos el breve tiempo que allí estuvieron y contra la cual no se atrevió a pelear el capitán Perea, cuando vino a sujetar a los Guazavas. Lo que no se pudo con las armas, consiguiólo la dulzura y celo del P. Marcos del Río que, por Marzo de 1651 se dejó ver por primera vez en sus tierras, convidándolos con la paz de parte del Gobernador y con la luz del Evangelio. Como prueba de su misión y sinceridad llevó el Padre un sello del Gobernador.

Ellos lo creyeron y luego vinieron a Oputo, pueblo de los Guazavas, más de 10 caciques con sus hijos y mujeres en señal de confianza. Celebráronse las paces con regocijos públicos, a su modo, y luego, en prendas de que deseaban el bautismo, entregaron sus párvulos instando una y muchas veces con el P. Superior de la misión y aun con el Visitador que se les enviasen ministros de asiento.

Quedaban dos rinconcitos de Sonora por conquistar: al Norte Santa María de Baceraca y Bavispe, que visitó el P. García en 1645 y se cultivó poco después. Ignoramos cuáles fueron sus primeros misioneros estables, pero parece que desde 1673, es decir 40 años, fué su apóstol el P. Horacio Polici, que convirtió este último baluarte de la cristiandad e hizo de él una de las más estables y florecientes misiones de la frontera de los Apaches y Janos.

Por el mismo tiempo (1673) el P. Alonso Vittorio logró abrir una misión en el último reducto Sureste de los Pimas, Yécora, Maycoba y Moris, límites con los Tarahumares y Chínipas. Ofreció esta fundación especiales dificultades, ya por los serranos que fácilmente se remontaban, ya por su distancia de los centros civilizados. Se necesitaban tres días de camino para ir a Movas, próxima misión de Sonora y otro tanto para acercarse a las misiones de Chínipas o de la Tarahumara.

En 1706 el P. Pedro Proto, que residía en Maycoba, habla de ella como de misión nueva, fecha en que sus hijos precisamente acababan de construir su iglesia. A 14 de Junio 1707 escribe al Procurador la dificultad que tiene de procurarse cera y hostias, que los sombreros y zapatos que le envió quedan chicos y tiene que andar descalzo. . . Sin embargo encarga seis pinturas de dos varas de alto: Na. Sra. de Guadalupe, Sta. Ana, S. Ignacio, S. Fco. Javier, S. Borja y el sexto S. Ildefonso (el patrono) de tres varas de alto y dos y tercia de ancho en el acto de recibir de la Sma. Virgen el sacro ornamento. "Los indios aseguran pagarlos al recibirlos y ya están juntando los tepusquillos y si mi Hermano gusta y desconfía, me los envíe en lugar del chocolate y azúcar, pues con mil gustos me privaré de ellos por la veneración de los Santos, bien espiritual de la cristiandad y gloria de Dios".[21]

La misión quedó sin misionero de 1722 a 1731 y aparece unas veces agregada a la de Chínipas.

El año de 1651 pasaban ya en Sonora de 25,000 los cristianos congregados en 23 pueblos con sus respectivos ministros. Fué pre-

[21] Carta del P. Vittorio 1673. Arch. Ysleta. Miscel. T. VII. p. 23. y cartas del P. Pedro Proto 1706-7. Arch. del P. Prov. Mex. En 1713 entre los manuscritos de Yécora, se encontraban unos de "Los diferentes idiomas que se hablan en Sonora", por el P. Francisco Loaiza, antiguo misionero.

ciso dividirla en dos viceprovincias a una fecha que ignoramos (parece que antes de 1653) que se llamaron: misión de los *Santos Mártires del Japón* la más oriental y de *San Javier* la del Poniente del río Moctezuma.

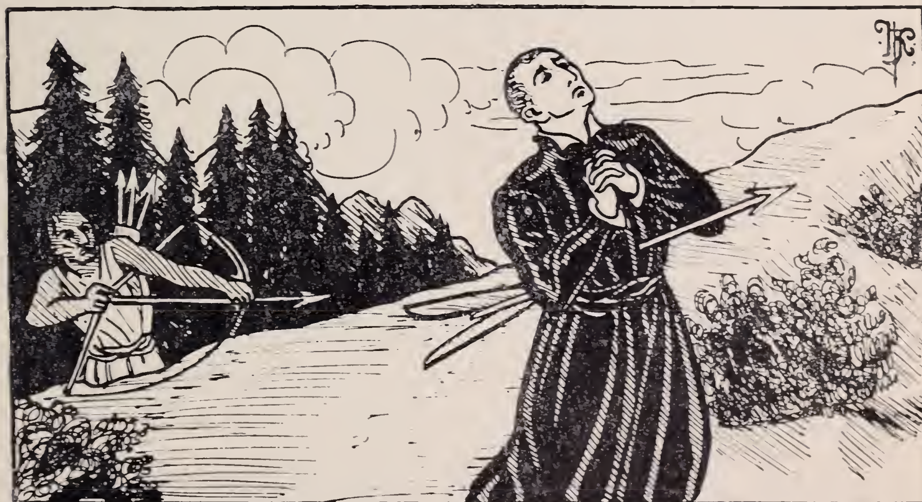
En los 30 años que van de 1650 a 1680, terminada casi la tarea por el Oriente, no se ve que estas misiones hayan progresado gran cosa por el Poniente: harto hacían con consolidarse.[22] Sin embargo háblase de una tentativa de conversión de los Seris en 1677, indios que habitaban en las playas desiertas a los alrededores de Guaymas y de la Isla del Tiburón y que habían de resistir hasta el fin a todos los esfuerzos de los Jesuítas y de los españoles.

Veamos ahora cómo, bajo el impulso de un gran misionero, empezaron a conquistarse a Jesucristo el Poniente de Sonora y las extensas llanuras de Arizona.

[22] La población indígena que el año de 1678 asigna Zapata a estas misiones es la siguiente: *Oposura* (fund. en 1644) 334 almas, *Cumpas* 887, Guazavas (fund. en 1645) 632, *Oputo* 424, *Techicadeguachi* (fund. en 1688) ??? *Nacori* (f. en 1645) 450, *Bacadeguachi* 370, *Sareba* (Setesura) 262, *Baceraca* (f. en 1645) 399, *Guachinera* 538, *Babispe* 402, *Cuquiarachi* (f. en 1653) 380, *Teuricachi* 224, *Tibideguachi* 214, *Cuchuta* 227, *Arizpe* (f. en 1648) 416, *Chinapa* 393, *Bacuachi* 195, *Huepaca* (f. en 1639) 268, *Sinoquipe* (fund. en 1646) 367, *Banamichi* (f. en 1639) 338, *Aconchi* (f. en 1639) 530, *Babiacora* 445.



R. P. TOMAS TELLO
martirizado en Caborca, Son. el 22 de nov. de 1751.



R. P. ENRIQUE ROWEN
martirizado en Sonoidag, Son. el 22 de nov. de 1751.

Lámina 49.—PP. Tello y Ruhen.

CAPÍTULO XI

EL P. KINO EN LA PIMERIA.

1687-1711

1. Personalidad del P. Kino.—En la última mitad del siglo XVII, muertos los primeros conquistadores de los gentiles, parece que se recogen, asientan y estabilizan, durante una generación o dos, las nuevas misiones, sin ruido de nuevas empresas y de personalidades extraordinarias. Pero al fin del siglo, se renueva la llama y aparecen en la *Tarahumara* los PP. Guadalajara, Tardá, Celada, Ratkay y Neumann con los mártires Juan Ortiz de la Foronda y Manuel Sánchez; entre los *Chínipas* empieza a figurar el futuro apóstol de la California P. Juan de Salvatierra; entre los *Xiximíes* de Durango el P. Juan Boltor y en Ocoroni *de Sinaloa* el P. Urquiza, embalsamando aquellas cristiandades con su santa longevidad; en *California* penetran los inmortales Salvatierra y Ugarte y, en fin, en la *Pimería* emprende su carrera de apóstol el P. Eusebio Kino.

De éste nos vamos a ocupar ahora, pues aparece en el Norte de Sonora como un cometa, como un S. Francisco Javier que conquista y muere sin realizar todos sus ensueños ni tener segundo. En estos inmensos desiertos de Arizona vinieron a estrellarse, como mueren las olas en la playa (ante el muro de China de los Apaches), los escuadrones de misioneros Jesuítas que, hacía un siglo, venían avanzando desde el Sur, conquistando nuevas tierras a Jesucristo.

Relataremos con brevedad, pues es más conocida, esta epopeya,

empezando por el héroe principal que es el P. Kino, dejando para otra ocasión la de sus émulos de California.[1]

Nació el P. Kino en Segno, pequeño pueblo cerca de Trento en Agosto de 1645.[2] Hizo sus primeros estudios en los colegios de los Jesuítas de Trento y de Hala y entró en la Compañía (Provincia de la Germania superior) el 10 de Noviembre de 1665 a la edad de 20 años.

En Ingolstadt, donde estudió la filosofía y la teología, bajo la dirección de los famosos cartógrafos PP. Aigenler y Sherer, se aficionó mucho a las matemáticas y aún dió muestras de su pericia ante el Duque de Baviera, que le ofreció una cátedra de ellas en su Universidad; pero el Padre, que desde su niñez había soñado con las misiones de Oriente donde su pariente el P. Martín Martini se había hecho famoso, y estimulado por un voto que, siendo estudiante seglar, había hecho a San Francisco Javier si sanaba de una mortal enfermedad, no había cesado de pedir al P. General le destinara a las misiones.

Su deseo había sido pasar al Extremo Oriente, pero, habiendo llegado en busca de misioneros los Procuradores de México y de Filipinas, se agregó a la expedición que salió de Cádiz el 27 de Enero de 1681.[3]

Llegó a México en tiempo en que el Gral. D. Isidro Atondo tenía lista su expedición a la conquista de California. Iba con él

[1] La bibliografía sobre el P. Kino es muy extensa. Aquí nos remitimos a la obra magistral y exhaustiva del Dr. Hebert E. Bolton: *Rim of Christendom*. New York, 1936. Se funda en gran parte en el *Diario* del mismo P. Kino hallado por él en el Archivo Nacional de México y editado en inglés. También lo publicó el Archivo General de la Nación con el título de "Favores Celestiales" o "Historia de las misiones de Sonora". Véase también "Pioneer Padre" de R. Kay Wyllys, Dallas, 1935.

[2] Se halló su fe de bautismo en los archivos de la parroquia de Torra 10 de Agosto 1645, pero no la de su nacimiento: Eusebio, hijo de Francisco Chini y de Margarita Succhi, n. Val de Non, en la Piave de Torra. Cf. L'ilustratione Italiana. 25 mayo. 1930.

[3] El P. Kino salió de Génova el 12 de Junio de 1678 con 17 compañeros entre los que iban los PP. Neumann y Ratkay después famosos en la misión de la Tarahumara. Venían también los mártires Borango, Stoback y De Angelis. Llegaron a Sevilla cuando había ya salido la flota de aquel año. En la flota de

un antiguo amigo de su gobierno en Sinaloa, el P. Matías Goñi, a la sazón misionero de Yécora y pareció conveniente agregarle, con título de cosmógrafo real, al recién llegado P. Kino cuya fama de matemático le había precedido en la Nueva España. En los pocos meses que permaneció en la capital, ya por su afición, ya para prepararse a su nuevo oficio, se relacionó con los científicos del país y en especial con el célebre D. Carlos Sigüenza y Góngora que le proporcionó muy buenos mapas y es de creer le comunicó un folleto titulado "Manifiesto Filosófico contra los cometas, despojados del imperio que tenían sobre los tímidos" que había publicado a 11 de Enero de aquel año. El P. Kino, que había observado el mismo cometa en Cádiz y era de opinión contraria, preparó con brevedad un opúsculo sobre la funesta influencia de los cometas y lo lanzó al público en vísperas de su salida para California.[4]

Ofendióse gravemente Sigüenza de lo que creyó ser refutación y crítica de su libro y respondió con una defensa de gran tono y sentimiento titulada: "Libra Astronómica y filosófica" que tuvo la delicadeza de no publicar sino diez años después en 1690. Le desagradaba particularmente la dedicatoria al Virrey (habiendo él dedicado el suyo a la Virreina), cierta falta de delicadeza del alemán (habiéndole él tratado con tanta confianza) y aun palabras despectivas que se aplicaba a sí mismo. "Para aquellos que entienden bien el castellano, decía, decir que uno tiene un *trabajoso juicio*, es lo mismo que llamarlo loco. Siendo esto así: Viva el reverendo Padre por el raro honor que me hace". Quejábase además de que no le hubiera devuelto, antes de partirse, los mapas que le había prestado y luego aducía más de ochenta autoridades (entre ellas el "Cometa decomato" del jesuíta Conrad Calfornier) para probar la completa inocuidad de los cometas.

1680 el barco Nazareno, en que iba Kino encalló en el puerto y perdió también él, con los de aquel barco, esta flota. Así quedó en España casi dos años. Allí observó el cometa, preparó instrumentos científicos y conoció al gran misionero P. Tirso González (que había de ser su protector siendo General) y le regaló un reloj de sol. Se relacionó también con la Duquesa de Aveiro, gran patrona de los misioneros, y con ella siguió correspondiendo desde México, cuya correspondencia se conserva.

[4] Exposición Astronómica del cometa que, el año 1680 por los meses de Noviembre y Diciembre, se ha visto en todo el mundo y lo ha observado en la ciudad de Cádiz el P. Eusebio Kino.

Lo que no acabamos de entender (si Góngora no peleaba contra los molinos de viento) es ¿cómo en 1695 al hablar Kino de esta invectiva de D. Carlos, podía afirmar que jamás había pensado atacar al sabio mexicano y que, en las *pocas semanas* que había estado en la capital, no recordaba haber leído una letra del primer opúsculo de Góngora sobre los cometas?[5] Parece increíble que éste no le hubiera mostrado una obra sobre la misma materia, que justamente acababa de publicar y que, después de 15 años en California y Pimería, se le hubieran borrado de la memoria las *veintidós semanas* que pudo tratar al ínclito profesor de la Universidad.

Sea de esto lo que fuere, pues no queremos defender la precipitación y natural desorientación del recién llegado si la hubo, vamos a ver que Kino tuvo otros títulos para pasar a la historia y merecer la gratitud de los mexicanos.

Pasando ahora por alto los cinco años que estuvo Kino en la California (cuyos trabajos tendrán su lugar en la historia de aquellas misiones), empezaremos para dar a conocer su figura que Alegre describe con particular aprecio y cariño, "llevados del dolor, dice, que nos causaba no hallar en nuestro Menologio memoria alguna de varón tan insigne y apenas algunas generalidades en la "Noticias de California" y "Afanes apostólicos", que no bastaban para formarse una idea tan grande como merecen sus virtudes".

Sin hablar de lo que hizo en favor de la misión de la California, la de los Pimas Altos se debe enteramente a su celo, no menos que a su ciencia y constancia admirables. Siempre perseguido y calumniado (habla Alegre) no sólo en su persona sino en sus neófitos, y no sólo de los seglares y profanos, sino tal vez de sus mismos cooperadores, llevó adelante la obra del Señor por 24 años continuos casi solo, y teniendo que justificar a cada paso y demostrar por mil caminos diferentes la fidelidad de sus calumniados Pimas y de otras naciones que el Padre descubría y preparaba al Evangelio. Bautizó de su mano más de 4,500 infieles y hubieran sido doce o quince mil,

[5] Sólo habla él de este incidente y polémica en "La inocente vida del P. Saeta. Prólogo". 1695. Véase esta cuestión en el mejor libro que tenemos sobre Góngora, de Irving A. Leonard. Berkeley, 1929 y, más brevemente en Bolton: Vida de Kino New York, 1936, pp. 77-83.

si hubiera tenido esperanzas de poderlos proveer de ministros que los conservaran en la fe.[6]

Bolton le llama el rey de los jinetes y de los ganaderos; en más de 40 expediciones fué capaz de caminar a caballo semanas enteras, 15, 20, 25 ó más leguas diarias, sin el menor inconveniente para su resistencia física, que era extraordinaria. No era menor su valor y una especie de fascinación que ejercía sobre sus indios aún salvajes que se le sujetaban con amor, fidelidad y confianza, hasta entregarle sus hijos para que los educara en la ley cristiana.

Visitó, formó y redujo a vida política tantas tribus que, según Alegre, todos juntos cuantos celosos obreros ha tenido la Pimería en más de 50 años, después de su muerte, apenas han podido poner en corriente la tercera parte de los pueblos, tierras y tribus que aquel varón apostólico había atraído, cultivado y dispuesto para sujetarse al yugo del Evangelio.

En todo el tiempo de su vida de misionero, no se le conoció más cama que dos zaleas, una frazada grosera por abrigo y una albarda por cabecera. Este era el lecho en que, después de tan largos y penosos viajes, aun en las más fuertes enfermedades y al cabo de 70 años de edad, tomaba apenas un ligero descanso y en que murió finalmente.

La mayor parte de la noche ocupaba en la oración y, cuando estaba en Dolores, era en la iglesia, donde asegura el P. Velarde, que lo acompañó los ocho últimos años, que le oía entrar todas las noches y, por mucho que se desvelase, jamás le oyó salir. Esta oración nocturna acompañaba con una sangrienta disciplina, que tal vez percibieron y refirieron asustados sus indios. Se le notó que muchas veces al día entraba a hacer oración en el templo, aunque toda su vida era una continua oración. Fué señalado del don de lágrimas de que le dotó el Señor, no sólo en el santo sacrificio de la misa que jamás omitió, sino en el Oficio Divino, que rezaba siempre de rodillas.

[6] Ortega y otros, por error de lectura, le han atribuído el bautismo de 45,000 infieles. El mismo en su Diario pone el número que Bolton ha restituído en su obra.

Padecía frecuentes y agudas fiebres de que se curaba con total abstinencia por cuatro o seis días. Aun fuera de estas ocasiones, su alimento era muy tenue y grosero, sin sal ni más condimento que algunas hierbas insípidas, que tomaba con pretexto de medicinas.

Toda esta austeridad consigo la convertía en suavidad y dulzura para con sus indios a quienes repartía toda su limosna y cuanto podía conseguir (que no era poco), con su actividad e industria. Sus amigos lo describían vulgarmente con este estribillo:

Descubrir tierras y convertir almas
Son los afanes del buen Padre Kino;
Continuos rezos y vida sin vicio,
Ni humo, ni polvos, ni cama ni vino.

Veamos ahora sus empresas que fueron las de un gigante.

2. Primeras Misiones del P. Kino. 1687.—A principios de Enero de 1686 hallamos al P. Kino en la capital tratando de salvar los restos de la fracasada expedición de California. Todo lo que pudo alcanzar, del P. Provincial Luis del Canto y del Virrey Conde de Paredes, fué dos plazas de misioneros para los Seris y Guaymas[7] que había visitado el año anterior para, desde allí, tener acceso y pie firme para la California que no podía olvidar.

Salido el 20 de Noviembre de la capital, fuese a Guadalajara para alcanzar de la Audiencia orden para que los españoles, so color de repartimiento de sellos, no esclavizaran ni obligaran a trabajar en las minas a sus indios recién convertidos, al menos en los cinco primeros años. Precisamente acababa de recibir la Audiencia una Cédula real que eximía por veinte años, a los recién convertidos de todo trabajo forzado.[8] Así es que, el mismo día que presentó su petición, el 16 de Diciembre, logró más que favorable despacho y montó a caballo para Sonora.

Recorrió rápidamente el camino de las misiones de Sinaloa, Mayos (donde se acababan de descubrir las famosas minas de Los Fray-

[7] Después se incluyeron también los Pimas. La segunda plaza era para el P. Adamo Gilg que poco después entró a los Seris (Marzo 1688) con el P. Kappus que substituyó al P. Aguilar en Cucurpe.

[8] Alegre. III 61.

MAPA DE LOS VIAJES del P. KINO 1687 — 1711

Lámina 50.—Mapa de los viajes del P. Kino.



Lámina 51.—Mapa de la Pimería, por el P. Kino en 1695.

les y de Alamos), Yaquis y Nebomes y de allí a Oposura (Moctezuma) donde residía el P. Manuel González, a la sazón, Visitador o Viceprovincial de las misiones de Sonora. Allí casualmente se hallaba el P. Aguilar, misionero del mineral de Opodepe y de las últimas misiones de la cristiandad al Norte, Tuape y Cucurpe.

Los dos ancianos, que habían encanecido en estas fronteras sin poder pasar adelante, debieron de estremecerse de júbilo a la vista de este hombre, en la fuerza de sus 40 años, amacizado con la experiencia de la California y ansioso de hacer mucho y pronto para extender más allá el reino de Cristo. Precisamente ahora había venido el P. Aguilar a renovar sus instancias para alcanzar misionero para cuatro pueblos más al norte de su jurisdicción, que había ya preparado a la fe y esperaban su apóstol. Era una cristiandad nueva cuyas fronteras se extendían sin fin conocido, al Norte.

Kino se sintió inmediatamente ganado a la causa. Acto continuo, los tres montaron sus cabalgaduras; al pasar por el Real de S. Juan Bautista presentaron sus Cédulas Reales al Alcalde mayor de Sonora, Castillo, que las besó, obedeció y puso sobre su cabeza; en Guépaca (Guepac, Huepac) se pusieron a las órdenes del P. Juan Muñoz de Burgos, rector e inmediato Superior del P. Kino, y al punto continuaron a Opodepe, residencia del P. Aguilar y luego a las visitas de Tuape y Cucurpe, última capilla del mundo cristiano. Allí apenas se pararon, Kino quería ver su nuevo campo y el mismo día caminaron las cinco leguas que los separaban del próximo pueblo de Bamotzi o Cosari, residencia del cacique Coxi. Ya Kino estaba en el centro de sus futuras conquistas, en su misión de Nuestra Sra. de los Dolores.[9]

Al otro día se volvió el Visitador P. González a su misión de Oposura y Kino con Aguilar ensillaron sus caballos para reconocer sus pueblos. Cruzando los montes del Oeste, a las diez leguas, se encontraron, a las orillas frondosas del río Magdalena, las rancherías de Cabórica (Quibori) donde se fundó el pueblo de San Ignacio. Al otro día, subiendo el río llegaron a Imuris y, después de breve estancia, entraron en el cañón que lleva a Coagibubig (Re-

[9] Así llamó al pueblo por una imagen de dicha Señora que se la había regalado en México el pintor Correa.

medios), regresando el día siguiente a Dolores y el P. Aguilar a Cucurpe.

Ya solo, se puso inmediatamente el P. Kino al trabajo. El lugar estaba maravillosamente escogido para una floreciente misión y para de allí irradiar más allá al Norte.

"Cerca, al Norte, dice Bolton,[10] sale el pequeño río de San Miguel de un estrecho cañón, cuyas paredes se alzan centenares de pies en alto; desde allí se ensancha el valle formando una vega de una milla de ancho y varias de largo que se presta admirablemente a la agricultura y al riego; luego al Sur se vuelve a estrechar el cañón, ocultando la Villa de Cucurpe quince millas más abajo. Cierran el horizonte al Este la sierra de Sta. Teresa, al Norte la grande y escarpada Sierra Azul, de donde sale formando cascadas el río, al Oeste la Sierra del Torreón y al Sur el Cerro Prieto. La misión estaba (no hay ahora ni siquiera ruinas) en una mesa al Poniente del río y sólo accesible por el Este y, por lo tanto, fácilmente defendible contra las incursiones y sorpresas de los salvajes".

El P. Antonio Rojas, misionero de Ures, había regalado al P. Kino provisiones, caballos, alguna plata y, lo que es más, dos indios del país, Francisco Cantor, intérprete, muy locuaz en su lengua (que después murió mártir con el P. Saeta) y su hermano, ciego, pero tan buen catequista, que fué el maestro de todo el pueblo. Hízose una capilla provisional y un pequeño aposento para el Padre, que se puso luego a arreglar labores para la siembra. No teniendo elementos todavía para celebrar su primera Semana Santa, determinó ir a celebrarla, con cien de sus indios, al pueblo de Tuape donde se iban a reunir los PP. Rojas y Aguilar. A fines de Abril hizo sus primeros bautismos de 30 niños, entre ellos dos hijos del cacique Coxi. Era éste, persona de mucha autoridad a quien reco-

[10] The Spanish Borderlands, por Bolton. p. 193. Según el mismo autor los Pimas Altos, en número de unos 30,000 formaban los siguientes grupos: al Norte los *Sobaípuris* con tres partidos que vivían unos en la parte norte del río San Pedro, los otros en la misma del Santa Cruz y los últimos en la vecindad de Casa Grande; los *Papabotas* o *Pápagos* (comedores de frijol) que vivían al Noroeste de los Sobas y Tepócas; en el centro de Cucurpe a Nogales vivían los *Pimas Altos* propiamente dichos. El nombre de la raza era Ootam, plural Ootama. Los españoles los llamaron Pimas o Pim, su manera de decir "no".

nocían los Pimas de todo el Oeste hasta el golfo. En su compañía recorrió de nuevo sus pueblos de San Ignacio, Imuris y Remedios, convidando, por medio de mensajeros, todas las rancherías a que se juntaran en dichos pueblos para vivir, sembrar y construir sus iglesias y pueblos.

A poco llegaron las primeras campanas y, lo que es más, el Jefe Coxi y su mujer con 40 adultos se bautizaron el día de San Ignacio. Fué grande fiesta y concurso: vino el P. Aguilar con sus cantores de Cucurpe, lo apadrinó el capitán José Romo de Vivar del real de Bacanuche, se le dió el nombre de Carlos en honor del Rey, acudieron muchos indios gentiles entre ellos cinco caciques de los pueblos principales del interior y quedaron tan contentos, que luego pidieron para sí misioneros. Al fin del año ya había bautizado el P. Kino como 300 de sus indios y empezado su nueva iglesia y casas de misión.

Juntamente con su misión de Dolores, llevaba el P. Kino de frente los trabajos en sus visitas de San Ignacio, San José Imuris y Remedios, aunque los indios de esta última se mostraron más reacios, según parece por chismes de los españoles que querían aprovecharse de su mano de obra. A los dos años, la enseñanza de la doctrina, la edificación de las capillas y casas y la agricultura y ganadería daban ya buenas esperanzas.

"El estado de mi conversión, escribía el 15 de Junio 1689, al P. Provincial, es el de siempre, por la divina misericordia con continuos aumentos en lo espiritual y temporal. Ya pasan de 600 los bautizados y muy a menudo vienen de tierra adentro nuevos y nuevos naturales a pedir el santo bautismo. Estamos prosiguiendo en la fábrica de casas e iglesias y todo cunde y repetidísimas veces lo recomiendo a los santos sacrificios y oraciones de V. R. Todos estamos con mil millones de deseos de tener noticia de algunos operarios nuevos y, si puede ser, de los que V. R. se sirvió ofrecerme, de los del Norte, por ser este temple algo frío, será de mucho consuelo y el fruto será muy grande y no de treinta o cuarenta almas, como escriben que tienen algunos de la sierra, sino de mil y más almas para cada misionero que viniere".

Conforme iban llegando las peticiones de los caciques de los Sobas del Poniente, de los Pápagos del Noroeste y de los Sobaipuris

del Norte y de los Pimas de Cocóspora (que visitó por primera vez aquel año con el P. González), iba clamando el P. Kino al Provincial por nuevos misioneros, clamores que repitió, sin cesar, toda su vida; pues hemos de confesar que en esto fué mal servido por las circunstancias y los Superiores que, o no le enviaban los que necesitaba, o le remitían ancianos amoldados a otras misiones y climas tarahumares) o criollos mal escogidos y no preparados a la vida de soledad, trabajo y miseria de aquellas vastas e incultas fronteras.

Al fin, a favor de los informes del P. González y de Castillo, alcalde mayor de Sonora, el nuevo Provincial, P. Ambrosio Odón, determinó enviar a la Pimería a cuatro misioneros, seguidos a poco del Visitador general P. Salvatierra, para informar con exactitud sobre la situación de aquellas nuevas cristiandades que tenían tantos contradictores.

Con la llegada de estos misioneros y el nombramiento de Rector en la persona de Kino, empieza para él esa vida de iniciativa y conquista al exterior, que le había de hacer el apóstol de toda la Pimería Alta. A fines de 1689 instaló en los pueblos, que había ya provisto con todo lo necesario, en *Remedios y luego en Imuris* al P. Pedro de Sandoval que en 1691 pasó a Cocóspora por no haber venido el P. Juan de Castillejo que había sido señalado, en *San Ignacio* al P. Luis Pinelli con las visitas de Magdalena y de El Tupo y en *Tubutama y Oquitoa* al P. Antonio Arias.[11]

Apenas se habían instalado estas nuevas misiones cuando, el 24 de Diciembre de 1690, se apeó en Dolores el Visitador General P. Juan María Salvatierra.

3. Visita del P. Salvatierra a la Pimería, 1691.—Recordarán nuestros lectores cómo, al principio de aquel gran alzamiento

[11] El P. Arias apenas estuvo dos años en Tubutama (donde tuvo muchos auxilios del P. Pedro Castellanos misionero de Acontzi y Babiácora). A principios de 1693 le sustituyó el P. Daniel Januske de la Tarahumara, a donde volvió después de la rebelión de 1695; el P. Pinelli también fué sustituído en San Ignacio por el P. Jorge Hostinski también de la Tarahumara, pero antes de acabar el año fué reemplazado por el P. Agustín Campos (la mejor adquisición de la Pimería); el P. Sandoval también se retiró de Cocóspora e Imuris y lo reemplazó el P. Barli, que el 3 de Enero de 1694 vino a morir en Cucurpe. Tal fué la primera remesa de auxiliares del P. Kino; aves de paso, como los llama el Dr. Bolton.

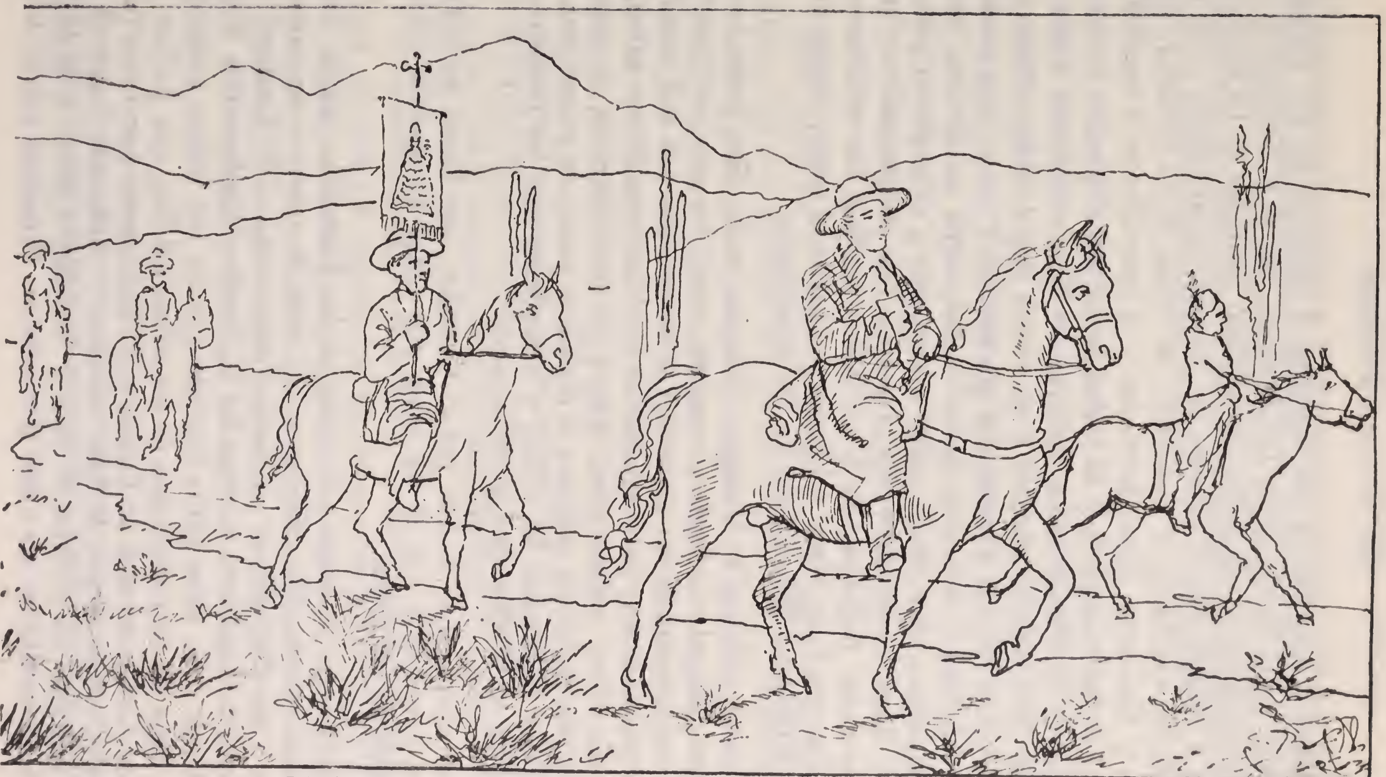


Lámina 52.—Los P.P. Kino y Salvatierra recorren la Pimería en 1691.

de los Janos y Apaches en que hallaron el martirio los PP. Foronda y Sánchez, en el Norte de la Tarahumara, fué el P. Salvatierra sacado de su misión de Chínipas y nombrado Visitador de las misiones. Penetró a Sonora por el camino de Tutuaca, acariciando a los indios, todavía excitados, y resanando los males de su revuelta. Salvatierra y Kino eran almas hermanas y se entendieron al momento. Díjole el P. Salvatierra que, en todas partes, los Capitanes españoles achacaban a los Pimas Altos, todavía no bien conocidos, todas las causas de las pasadas revueltas y que sería inútil todo trabajo que se pusiera para reducir a indios tan salvajes. El P. Kino, que conocía bien la fidelidad e inocencia de sus indios, sintió en el alma semejante acusación, que tendía nada menos que a destruir su obra y entendió luego de dónde venía el golpe. Los encomenderos y mineros españoles hallaban, en estos indios mansos, los esclavos que necesitaban para sus minas y labores y odiaban el tener, siendo cristianos, defensores del tamaño de los misioneros.

Bien lo explica el P. Venegas: "Muchas veces, dice, hubo de ver el P. Kino, despedazándosele el corazón, que a los que ayer bautizó, traídos suavemente de las montañas y doctrinados con mil trabajos, se los arrancaban hoy para sepultarlos en el infierno de una mina, de donde no solían volver más. Fuera de las violencias, se acudía para extraérselos de las misiones al diabólico medio de permitirles, en las minas y haciendas, los vicios y desórdenes que les impedían y refrenaban los Padres en sus reducciones".

Para desengañar de una vez al Visitador, por Enero de 1691 el P. Kino emprendió con él un viaje por todos los nuevos pueblos y misiones de sus Pimas.

De Dolores subieron a la visita de los Remedios (cuyos indios aún se mostraban algo rehacios y los tomó de nuevo a su cargo el P. Kino), de allí bajaron a Imuris donde estaba el P. Sandoval y a S. Ignacio y Magdalena a cargo del P. Pinelli y finalmente a Tubutama donde el P. Arias había juntado más de 500 indios, entre ellos el Jefe Soba en representación de las tribus del Sur, que pedían misioneros. Como era el 6 de Enero, el P. Kino tomó por texto de su sermón el verso: Reges de Saba venient... Subiendo luego el río Altar, visitaron los pueblos de Saric y Tacubavia donde más de 700 indios les presentaron sus niños al bautismo. Pensaban volver de allí

a Dolores, pero les vinieron al encuentro muchos caciques del Norte pidiendo fueran también a vistarlos. Cruzando la serranía, bajaron al río Santa Cruz hasta Tumacácori, hermoso arbolado pueblo que los recibió con entusiasmo y aun quiso llevarlos a su capital Del Bac, cuarenta leguas arriba, cuyos caciques se presentaron con todos sus arreos.

Fué imposible satisfacerlos pero el P. Salvatierra estaba ya plenamente satisfecho de la importancia y buena disposición de aquellas nuevas gentes y aun se ofreció a venir a trabajar entre ellas. De vuelta, pasaron por las bellas poblaciones del río Santa María (Sta. Cruz), Guevavi, Bacoancos (Buenavista), San Lázaro, Santa María[12] y finalmente Cocóspora donde pareció mejor trasladar al P. Sandoval de Imuris. De allí el P. Salvatierra continuó la visita de sus misiones y el P. Kino se volvió a Dolores.

Esta visita del P. Salvatierra tuvo otro efecto que tal vez no esperaba. El celo de Kino era contagioso y el de su compañero no menos receptivo. "En todas estas jornadas a caballo, dice Kino, el P. Visitador y yo hablamos largamente de la suspendida misión de California y de cómo sería fácil, con la fertilidad de las tierras y valles de la Pimería, sostener las más pobres y áridas tierras de la California y aun se determinó fabricar una barca para pasar allí".

Antes de partir, el P. Salvatierra animó al P. Kino a emprender la conversión de los Sobaipuris al Norte y de los Sobas al Sur. Con esta nueva leña a la lumbre el P. Kino se lanzó a la conquista de nuevas gentes.

4. Primeros viajes de exploración del P. Kino. 1692-1693. —Para conocer los pormenores de los muchos viajes de exploración del P. Kino, se necesita tener a la mano su Diario y los muchos documentos que con profusión de mapas ha publicado su biógrafo, el Dr. Bolton, después de recorrer personalmente, paso a paso, todas las etapas del intrépido misionero. Aquí nos contentaremos con un sumario.

[12] En nuestros anales, Santa María figura con los nombres del Pilar, Suamca (la Pura) o Bugatá. El nombre moderno es Santa Cruz, aunque tal vez la población indígena estaba situada un poco al Norte donde permanece el pueblecito de El Pilar.

A principios de 1692, el capitán Fco. Ramírez de Salazar había perseguido a unos ladrones de ganado, río abajo del San Pedro, hasta un pueblo llamado Baicatcán o El Embudo, y, hechas las paces con los Sobaipuris de la región, traído una banda de caciques a Dolores en demanda de misioneros. Hallándose libre, a fines de Agosto armó el P. Kino una expedición con varios oficiales indios, criados y 50 mulas de carga, para cumplir su promesa de visitar los Sobaipuris del Bac y los nuevos del río San Pedro. Pasando por Remedios, Cocóspora, (parece no estaba ya el P. Sandoval), San Lázaro, Bacoancos, Guébavi y Tumacácori, caminó 40 millas más allá por tierras nuevas al gran pueblo de Batki o Bac que llamó San Javier. Allí más de 800 almas oyeron por primera vez con admiración la palabra de Dios y contemplaron, en los mapas del Padre, los caminos de tierra y de mar por donde les había venido.

Cruzando de allí al Este treinta leguas, llegó al río San Pedro (Benson). Saludó al gran jefe Coro en su famosa capital de Quíburi, luego, de vuelta, al cacique El Taravilla de Huachuca y por Bacadeguáchi al río de Santa Cruz y Santa María. Esta extensa gira le abría las puertas de toda la región del Noreste y le ganaba para siempre el cariño de todos los Sobaipuris.

Los últimos meses de 1692 y primeros de 1693 los empleó en terminar su magnífica iglesia con cruceros, que estuvo ya lista para la inauguración el 26 de Abril. Asistieron el nuevo Visitador P. Juan Muñoz, el P. Marcos de Loyola de Mátape, el P. Hostinski de San Ignacio que predicó el sermón, muchos españoles de los contornos y gran número de indios, cristianos y gentiles con sus abigarrados arreos.

El 11 de diciembre 1693 salió el P. Kino, con el recién llegado P. Campos, para su prometida visita al Jefe de los Sobas hasta divisar, desde el cerro del Nazareno, las sierras de California. En el camino hasta Caborca hallaron más de 4.000 almas, de tal docilidad y blandura, que fué necesario arrancarse de ellas, por las instancias y lágrimas con que querían detenerlos. Se hicieron en esta jornada 25 bautismos entre enfermos de peligro y párvulos, dejando a los demás con la esperanza de volver pronto a reducirlos a Jesucristo. A vuelta de esta expedición, fué cuando el P. Campos se hizo cargo de San Ignacio y el P. Daniel Januske de Tubutama.

Del 7 al 23 de Febrero 1694, en compañía del Capitán Juan Mateo Manje y del P. Marcos Antonio Kappus ministro de Opodepe, hizo el P. Kino otra expedición hasta la desembocadura del río Magdalena, "lugar a que, dice Manje,[13] en los 60 años que ha, se pobló la provincia de Sonora, nadie había llegado y fuimos los primeros nosotros, desde donde volvimos a ver con más distinción así la isla de los Seris y las de las tres Marías, como los cerros de los Cuatro Evangelistas en la California, de la otra banda del brazo de mar cuya anchura, según lo regular de las mensuras instrumentales, tendrá de ancho por esta altura de 30 grados como 20 leguas". En esta caminata de 150 leguas contaron 950 gentiles, bautizaron 50 párvulos o enfermos y doctrinaron a todos en los primeros rudimentos de la fe. A la vuelta al Sur del río de San Ignacio, hallaron al Jefe Soba en persona, que había venido de su capital Unuicut a dar obediencia al Rey y al Padre. Al verlo, apenas pudieron contener la risa: el gran Soba venía tan pobre, que nada tenía para cubrir su musculatura y para recibir los regalos de pinole, que le dieron, tuvo que mandar desvestir detrás de unas matas a su mujer y otra que la acompañaba.

Reconocido el camino del mar y vista la comodidad de árboles en Caborca, volvió el P. Kino al mes siguiente acompañado de 20 indios, carpinteros y sirvientes, bueyes y mulas para cargar al mar las piezas del barco, que había determinado hacer para pasar a California.

"El 21de Marzo, dice Manje, celebrado el santo sacrificio de la misa, en nombre de Dios y para dar principio a la fábrica del barco, se cortó un álamo de 38 pies y grueso (por no haber en este país otra clase de madera), se socavaron y ahondaron las raíces para cortarlas y, cortadas en contorno, no queriendo caer así por su base, por tener una raíz de en medio encubierta que no alcanzaba el hacha, subí yo al árbol para amarrar reatas o sogas para estirar de abajo la gente, y, estándolas atando a la punta y remate de él, fué cayendo y yo asido del tronco, y aunque al golpe y estruendo se quebraron muchos brazos de su copa, salí sin lastimarme, ni lesión alguna"...

[13] Era Manje sobrino del Gral. Domingo Jironza Cruzat. Escribió un Diario de sus expediciones (1694-1716) que publicó el Diario Oficial de México en 1926 con el título de: Luz de Tierra Incógnita.

Dando tiempo para que se oreara la madera, volvieron a principios de Junio los trabajadores y habían ya empezado la fábrica cuando el P. Kino recibió carta del P. Visitador Juan Muñoz de Burgos "para que cesase con la construcción de la embarcación (aunque tenía carta del P. Provincial para hacerla), sin embargo, tan humilde como obediente súbdito religioso a su inmediato Superior, cesó luego el intento interín lo consultaba de nuevo con los Superiores de la Provincia".

Libre de este empeño, no pensó más el P. Kino que en sus Pimas. Viniéronle, poco después, a visitar algunos indios de San Javier del Bac y con ellos se partió, por el mes de Noviembre, a explorar el Norte de su misión. Caminando cien leguas, llegaron al río Gila, vieron los grandes edificios (Casa Grande) que sirvieron de asiento a naciones desconocidas y celebró en uno de ellos el santo sacrificio de la misa. En todo el trayecto del río Santa Cruz, halló el Padre gran número de gentes, no tan fieras como los figuraba el temor de sus neófitos, y los acarició y procuró prepararlos para recibir la luz del Evangelio. A su regreso halló carta, que establecía el nuevo *Rectorado de Na. Sra. de los Dolores* con el P. Kappus de Cucurpe por Rector y las misiones y visitas de Remedios, San Ignacio, Imuris, Magdalena y Tubutama y sus seis misioneros.

Era este un paso importante, pero ¡cuánto había de costar el afianzarlo!

5. Martirio del P. Saeta. 2 Abril 1695.—La vida de los cristianos en estas fronteras era una continua lucha, a brazo partido, contra la barbarie. Después de la rebelión de Chinarras, Sumas, Janos y Jacomes que el año 1690 había costado la vida a los PP. Foronda y Sánchez, se había logrado limpiar regularmente la línea sur de los fuertes de El Paso, Janos y Fronteras, pero ¿quién podía contener las tribus trashumantes del Norte, que en realidad tenían ahora su centro en las serranías de Chiricahua (al Sureste de Arizona) de donde salían a pillar los *Jocomes,* una tribu emparentada con los Apaches, que vivían más al Norte? Naturalmente, sus hordas de bandidos tenían sus espías y amigos entre los gentiles, descontentos y criminales de dentro de las fronteras cristianas. Como la procedencia de estos bandidos era desconocida, los españoles, por varias razones, achacaban sus fechorías a los Pimas, y este fué el continuo trabajo del P. Kino para demostrar lo contrario.

El año 1694 fué normalmente fecundo en alertas. En Marzo se robaron varias recuas de caballos a las misiones de Sonora; el capitán Antonio Solís pasó a Quiburi y al Bac a perseguir a los ladrones, matando a tres inocentes indios y apresando a otros dos. En Mayo, otra expedición de españoles y aliados en que se mataron 30 y apresaron otros tantos. En seguida acudió Solís al llamado del P. Januske de Tubutama y castigó con azote o con la horca a dos descontentos. (Mal principio para el P. Januske). En Agosto y Septiembre dos llamamientos, del extremo Este, del P. Polici, porque los Jocomes y los Conchos asaltaban sus misiones de Bavispe y de Bacaraca. A fin de mes, junta de los Generales La Fuente, de Janos, y Jironza, de Sonora, para dar una batida a dizque 700 Apaches, Jocomes y Janos que atacaron las misiones de Cuchuta y Batepito. . .

A principios de 1695 otra revuelta al Poniente, ahora más seria, de que nos vamos a ocupar.

A mediados del anterior Octubre, había llegado a Dolores el Visitador P. Muñoz con dos nuevos misioneros, el P. Fernando Bayerca para Cocóspora y Fco. Javier Saeta para Caborca. El 19 salió el P. Kino para instalar al segundo en compañía del gran catequista e intérprete Francisco Pintor, que había ya recorrido la región con el capitán Manje. Fueron recibidos con entusiasmo por los naturales, bautizó con gran consuelo el Padre los niños que le ofrecieron, halló una casita que habían edificado en las anteriores visitas del P. Kino, prometió éste cien cabezas de ganado mayor y cien de menor, 20 yeguas con sus potrillos, seis fanegas de trigo y maíz, muebles y utensilios de labranza . . . y, como no se podía olvidar de su California (ya el P. Saeta había entrado en sus planes) añadía, que quince cabezas de ganado menor habían de ser para la California así como las cinco vacas pintas que iban extra.

Empezó el P. Saeta con aliento su trabajo. A los quince días, escribía que tenía ya 500 adobes para la capilla, que había plantado un verjel con árboles frutales y legumbres, que esperaba pronto podrían saborear los marineros para California, y que sus indios, grandes y chicos, asistían todos los días a misa y dos veces a la doctrina. A fines de año, hizo un viaje para las demás misiones, con el fin de recoger limosnas, especialmente carne seca, maíz y trigo y vestidos para los trabajadores. El 2 de Enero 1695 hizo de diácono en la fiesta que el Gral. Jironza solía hacer, en San Juan, en honor de

Na. Sra. del Pilar y volvió bien provisto, dejando atrás a sus criados que traían el ganado y las cargas. Saludó al pasar, en San Ignacio, al P. Campos, su antiguo compañero en el viaje de España, y 50 leguas más allá en Tubutama, a su próximo vecino el P. Januske y, en seguida, empezó a regar y preparar sus campos de trigo y maíz. Tan atareado se hallaba que, aun rehusó acompañar en la Semana Santa al P. Kino en Dolores. No se imaginaba cuán trágicos habían de ser para él aquellos días santos.

La revuelta empezó en Tubutama. No tenía el P. Januske el prestigio del P. Kino ni, sin duda, su tacto entre gentes tan nuevas. Había llevado, como se solía hacer, para dirigir las obras y labranzas y cuidar del ganado, a los españoles Nicolás Castrioto y Antonio Mézquita y a tres indios ópatas. Dice Manje que varias veces se quejaron los indios al Visitador del maltrato que les daban estos oficiales, especialmente los Opatas, indios que en Sonora se creían muy superiores a las otras razas. Sucedió lo que había de suceder, y más, estando tan frescos los castigos que había infligido el Capitán Solís a los dos descontentos.

Estando el P. Januske en Tuape, donde había ido a celebrar la Semana Santa, Antonio el ópata sobrestante vaquero tuvo un altercado con el Pima que cuidaba de la labor y le dió de patadas con sus espuelas. Clamó el Pima a sus amigos: "Este Opata me está matando". Acudieron ellos con sus arcos, le flecharon y como huyese a caballo lo persiguieron hasta dejarlo tendido. La llama una vez prendida, mataron y pillaron la carga de otros dos ópatas Martín y Fernando, que hallaron allí llevando a Caborca las provisiones del P. Saeta. Quemaron la misión y la iglesia, mataron el ganado y otros se lanzaron en busca del P. Januske (aunque unos viejos los detuvieron). Corrió el P. Campos en auxilio del P. Januske y hallándolo en el camino se fué con él a Tuape. El P. Saeta en Caborca también tuvo noticia de lo sucedido: en su carta del 1 de Abril con tres postdatas le decía al P. Kino, que habían matado a sus arrieros Martín y Fernando, no sabía si le había tocado al P. Januske, creía que el ataque era de los Jocomes y terminaba suplicando: "No me pierda de vista". ¡Qué noche tan inquieta debió de pasar!

En la mañana del 2, sábado de Gloria, ya tenía las hordas encima, aumentadas con 40 forajidos de Uquitoa y algunos más de

Pitquín. Entraron los cabecillas en son de paz en su aposento, que servía de iglesia, hablaron amigablemente y salió el Padre a despedirlos. Apenas fuera, descubrieron sus arcos, pidió en vano auxilio e hincándose lo atravesaron dos flechas. Así herido, se levantó y entró en su aposento, se abrazó con su Santo Cristo y murió tendido en su cama. Para asegurar su triunfo lo acribillaron allí con sus dardos . Luego tocó el turno a Francisco el Pintor, al Vaquero José de Chinapa y al sabanero Francisco de Cumpas. Pillaron la casa, mataron o ahuyentaron al ganado y huyeron a los montes. Los Caborqueños, sobrepujados por el número, ni siquiera intentaron oponer resistencia, pero, aunque inocentes, temerosos de las represalias, huyeron también al monte.

En 27 horas un indio fiel de Caborca recorrió las cien millas de camino para dar al P. Kino noticia de lo sucedido; dos horas después llegó la última carta de Saeta del 1 de Abril, que parecía decir lo contrario, pero luego los PP. Januske, Campos y Kappus no dejaron duda alguna. Mientras los PP. Kappus y Kino corrían a ver al Gral. Jironza, el cacique de Bosna fué encargado de explorar el terreno y conseguir informes. Halló el pueblo de Caborca desierto, quemó, según su costumbre, los cadáveres que halló en descomposición y se trajo el crucifijo flexible, que había el Padre traído de Italia y con el cual había muerto abrazado.[14]

De pronto, se temió un levantamiento general como el de Nuevo México. Se pidió auxilio a Janos y al Parral. Entretanto, el general Jironza puso en pie de guerra los soldados de su presidio y los reforzó con los españoles de Opodepe y cantidad de indios auxiliares, Seris Tepocas, Pimas de Dolores, San Ignacio, Cocóspora y el Tupo y, con ellos y los PP. Campos y Bayerca, fué en busca de los restos del mártir. Tubutama, Pitquín y Caborca se hallaron abandonados. Recogieron con veneración los huesos, cenizas, sangre seca y la cabeza, todavía con pelo, y los pusieron en una caja para llevarla a sepultar en Cucurpe. En la pieza donde había muerto, juntaron 22 flechas. Una pequeña imagen de Sta. Coleta y la cruz

[14] El P. Kino dejó un relato de la vida y muerte del P. Saeta: "Inocente, apostólica y gloriosa muerte del Ven. P. Fco. Javier Saeta" que se halla original en el Archivo de la Compañía. Los datos son casi idénticos a los que trae en sus "Trabajos Apostólicos, enviados al P. General Tirso, Dolores, 7 Junio, 1697.

rota se regaló al P. Kino para Dolores, mientras el Santo Cristo flexible lo obsequió Solís a la iglesia de Arizpe.

Por más que recorrieron la tierra los soldados en los contornos de Tubutama y Uquitoa, no hallaron gente que castigar, sólo hirieron y apresaron a un indio, que declaró que eran los de Tubutama y Uquitoa los autores de aquella villanía, con sentimiento de todos los de Caborca, que no habían podido resistirles.

La tropa con su gente y los Padres marcharon a Cucurpe, donde se hicieron al Padre solemnes exequias, cargando el pequeño cajón desde la cruz del pueblo hasta la iglesia el Gral. Domingo de Jironza.

6. Reducción de los rebeldes.—Con aprobación del Gral. Jironza y de Almazán, alcalde mayor, el P. Kino mandó a los Gobernadores de Dolores y de Bosna prometer la paz a los indios, con tal que entregaran a los cabecillas de la revuelta. Pero los militares opinaron convenía hacer, de una vez, un buen escarmiento. Así fué señalado Solís, con reforzado cuerpo de tropas, para imponer el orden. Al ver este alarde de fuerza, no supieron los indios a quien creer. Aun tuvo que venir el P. Kino a San Ignacio para asegurar a los gobernadores de Dolores, Bosna y Tupo (que fueron los enviados a convocar a los indios) que sólo los culpables serían castigados. Con esta garantía y por temor, se trajeron a la ciénaga cerca de Tupo, donde acampaba el ejército, más de cien indios desarmados en son de paz, revueltos los inocentes con los culpables.

Rodeáronlos los soldados, con otros 50 que llegaron el 12 de Junio, y los cuatro caciques, que habían prometido la paz, empezaron a señalar a los reos, amarraron a tres, al cuarto lo agarró el Gobernador de Dolores por los cabellos diciendo a Solís: "Este es uno de los asesinos". Sin más, Solís blandiendo su sable le partió la cabeza. Al punto los indios trataron de forzar el cerco y los soldados empezaron a matar. Cuarenta y ocho indios quedaron en el campo, sólo diez y nueve de ellos culpables, contándose entre los muertos los fieles gobernadores del Tupo y de Bosna, compadre de Solís. Este, cantó luego victoria, mandó decir estaba pacificada la tierra y, dejando dos o tres soldados en cada misión, se fué a combatir con los Apaches y Janos.

Apenas se fué la tropa, los Pimas indignados se derramaron por bandadas, quemando las iglesias de Tubutama, Uquitoa, Caborca y otras vecinas y marcharon sobre San Ignacio. Un amigo del P. Campos, el cacique de Síboda, le avisó del peligro y ya tenía ensillados sus caballos, cuando al amanecer del 20 oyeron la gritería. El caporal Escalante y sus dos soldados detuvo el golpe mientras el Padre montaba y, a todo correr, con el enemigo en zaga, huyeron a Cucurpe. El yaqui Cosme, a quien el P. Campos había mandado a dar aviso a Cocóspora donde se hallaba aun parte de la tropa, fué también a dar parte a Dolores. Cuando llegó el refuerzo, halló los pueblos de Imuris, San Ignacio y Magdalena en llamas y desiertos, ni halló gente que castigar.

En Dolores, estaba comiendo el P. Kino con Manje y tres españoles de Bacanuche armados que le guardaban, cuando llegó el Yaqui con la noticia de que el P. Campos, con sus soldados y todo, habían sido quemados... Sin más, Manje montó su caballo y a rompe-cinchas recorrió las 16 leguas hasta Opodepe, donde llegó a las tres, hallando al P. Kappus y al Gral. Jironza tomando chocolate. Dejando al punto las tazas, los tres montaron caballos frescos y antes de la noche se hallaban en Cucurpe, donde hallaron vivos al P. Campos y sus tres soldados. Tan apurado había estado Manje a la ida para ver al General, que no se había dado cuenta de la presencia de Campos en Cucurpe.

Al otro día volvió Manje a Dolores con dos soldados, hallando al P. Kino en alerta, pero abandonado por sus tres civiles, a quienes apuraban más sus familias de Bacanuche. Aquel día corrió la voz de que llegaban los rebeldes y el P. Kino se puso a esconder todos los muebles y santos de la iglesia en una cueva, una milla distante. Al volver al amanecer Manje se confesó para morir en defensa del ministro del Señor... Gracias a Dios, los tres pueblos del P. Kino, Dolores, Remedios y Cocóspora escaparon de la ruina; se cree que fué por el prestigio, respeto y cariño a su primer Padre.

Al llamado del Gral. Jironza acudieron el Gral. Lafuente del presidio de Janos con 37 soldados, el Gral. Terán del presidio del Gallo (Chih.) con 56 soldados y 30 indios Conchos, el Gral. Higueras de Sinaloa con 22, que se unieron a los 48 soldados y cien indios del Gral. Jironza. Los misioneros dieron cien cargas de bastimentos y el P. Kino 80 reses. Salidos el 20 de Julio de Cocóspora, recorrie-

ron los devastados pueblos de Imuris, San Ignacio, Magdalena y pusieron sus reales en la Ciénaga cerca de Tupo. Sorprendieron y mataron 21 indios en Tubutama y devastaron las siembras y pueblos hasta Saric. Más trabajo costó persuadir a los indios amedrentados y desconfiados volvieran a los pueblos y trataran de paz. En Caborca fué menester llamar al P. Kino y valerse de su influencia para atraer a los dispersos e inspirarles confianza. Al fin, prometieron los indios, el 30 de Agosto, entregar los cabecillas de la revuelta, especialmente *el mador* y caporal de Tubutama que se creía ser los más culpables, volver a los pueblos y continuar la construcción de las iglesias y casas, para que pudieran volver los misioneros. El hambre hizo salir a muchos de sus escondrijos y se derramaron por las misiones de cristianos y estancias de españoles en busca de comida; con estos tránsfugos pudo el P. Kappus labrar una acequia, que parecía imposible, para conducir el agua a su molino.

7. Viaje del P. Kino a México. 1696.—Aun antes de la revuelta, había el P. Kino determinado ir a México para defender a sus indios de los malos informes que varios, especialmente el capitán Solís, habían enviado a la capital.[15] Sus métodos también eran allí criticados y necesitaba nuevos misioneros para tantos pueblos como los pedían y tenía ya preparados. En siete semanas recorrió las 500 leguas y se presentó en la capital el 8 de Enero de 1696. Casualmente el propio día habían llegado, de diversas partes, los PP. Zappa y Salvatierra con quienes volvió a tratar del nunca olvidado proyecto de la conquista de la California. Despachados con felicidad sus negocios, a mediados de Mayo, ya se hallaba de vuelta en Dolores. A la vuelta escapó por milagro de una partida de Jocomes, que asesinó la gente de su comitiva cerca de Oputo; él se había desviado de ella para ir a saludar a los PP. Fco. Carranco y Pedro del Marmol en Nácori.[16]

[15] Dice el P. Velarde que el capitán Solís tuvo triste fin. Después de haber muerto injustamente a su mujer, hallándose pobre y desvalido en México, fué muerto de un trabucazo.

[16] Apenas vuelto el P. Kino de México, fué la intentona de revuelta del renegado ex cacique de Besaraca, Pablo Quihue, que fracasó, por haberse adelantado los indios de Cuquiarachi, Cuchuta y Teuricachi, destruyendo iglesias, robando y huyendo a los montes, dando tiempo al Gral. Jironza para acudir con su tropa a sofocar la llama. Por tres veces pidieron fingidamente los indios la paz hasta que, apretados, tuvieron que rendirse a 8 Dic. 1696.

La vuelta de Kino, después de seis meses de ausencia, fué pregonada por toda la Pimería y acudieron gran número de jefes y cabecillas a darle la bienvenida. Les trasmitió los recados y promesas del Virrey y del nuevo Provincial, P. Palacios, y animó a preparar sus pueblos para recibir a sus nuevos misioneros. El P. Polici había sido de nuevo nombrado Visitador y el P. Fco. Javier Mora Rector de la Pimería.

Era éste natural de Puebla y había venido a Arizpe el año antes de la revuelta. Allí vivió 26 años y el obituario le llama "varón lleno de Dios, de letras y de caridad". El P. Kino le llevaba 17 años de edad y muchos más de experiencia y habilidad en el trato de los indios de las fronteras. La misioncita de Arizpe, de cristianos viejos, pronto se ordenó como un reloj, la disciplina, la doctrina, los cantos, las ceremonias, las buenas maneras, la regularidad doméstica nada dejaron que desear. Lo malo fué que, pagado con estas menudencias, nunca pudo entender al hombre, que bregaba entre gentiles sin número, en espacios ilimitados, en empresas de enormes alcances y con éxito en todas líneas. Empezó a acusarle de no residir en Dolores, de bautizar a trochemoche, de irritar a sus conmisioneros, de no guardar la disciplina religiosa . . . Pronto a oír todos los chismes, indispuso por breve tiempo contra el P. Kino hasta sus mejores amigos, el Visitador Polici, el P. Kappus, a los PP. González y Campos y escribió a México un informe de 75 páginas para procurar alejar de la Pimería a un súbdito tan comprometedor.

Aunque el P. Kino guardó su serenidad, se valió cierta vez de su cargo de admonitor, para cantarle ciertas verdades y mandó prender a los dos principales reos de la muerte del P. Saeta (que sabía muy bien no eran el mador ni el caporal), protegidos por el P. Campos que andaban sueltos contra todos los convenios de las paces del año 1695. Túvolos presos en su casa de Dolores para entregarlos al lugarteniente Peralta a fin de que hiciera en ellos justicia, aunque por orden del P. Polici, tuvo que pedir se los perdonara, como lo consiguió el P. Mora. Este período de discordias intestinas, cuyos pormenores se pueden ver en Bolton, fué afortunadamente breve y, con el pleno apoyo del P. Provincial y del Visitador Polici, reasumió el P. Kino su empresa de la fundación y extensión de las misiones del Norte.

Uno de sus primeros empeños fué conservar para la Pimería a su vecino y primer colaborador el P. Agustín Campos que, desanimado por las ruinas de su misión y la huida de muchos de sus indios (no volvieron todos sino después de 1698), había pedido salir de la Pimería. Habíale suplido en Dolores los seis meses pasados, pero las comodidades de esta misión y el cariño que sus indios profesaban al P. Kino, contrastaban demasiado con las privaciones que tenía que padecer en San Ignacio y, aunque eran ambos hombres de gran valer, no pensaban siempre de la misma manera, siendo la vocación del uno más sedentaria, mientras la del otro abarcaba toda la Pimería. Ofrecióse el P. Kino a ayudarle a reponer sus ganados y sementeras, a poner en pie sus arruinados edificios y a recoger sus desperdigados indios.

Un momento también se creyó iba a perder la misión a su apóstol. El P. Salvatierra había logrado en México organizar su expedición a la California y se le había asignado por compañero al P. Kino. Ya se hallaba éste de camino, cuando el Gral. Jironza, los Capitanes, Alcaldes y el Visitador se opusieron a su salida, pues su persona valía más para la paz de la frontera que ejércitos enteros. "El Sr. Virrey, escribíale el P. Provincial, me ha pedido que yo deje a V. R. con sus queridos Pimas, y así cuídelos, porque en otras partes se teme un alzamiento general". Pasó en su lugar a la California el P. Francisco Pícolo, misionero y Visitador que había sido de los Tarahumares.[17]

Desde aquel momento la vida y el progreso parecieron renacer para las misiones de la frontera.

8. Expedición al Río Gila. 1697.—Para su proyectada fundación de las nuevas misiones de los ríos Santa Cruz y San Pedro, el P. Rector Mora quería señalar al P. Campos, que hablaba mejor el Pima que el P. Kino, pero el P. Visitador Polici insistió en que sólo éste se hallaba habilitado para semejante empresa. Por Diciembre de 1696, visitó el P. Kino, en su remota frontera de Quiburi, al Jefe Coro que le dió su hijito a bautizar; por Enero de 97 llegaba a S. Javier del Bac y por el mes de Marzo volvía a Quiburi, repartiendo

[17] En carta al P. General Tirso González, el P. Kino se ofrecía a trabajar seis meses de California y seis en la Pimería. 1697. Archivo di Stato, Gesú. Collegia. 93.

por todos los pueblos ganado mayor y menor para los ranchos de las futuras misiones y empezando capillas y casitas para los misioneros. En Abril volvió otra vez a Quiburi, dejando instalado, al pasar, al P. Ruiz de Contreras en los dos pueblos de Cocóspora y Santa María Suamca (Sta. Cruz) con todo lo necesario en ornamentos, ganado mayor y menor y sementeras.

Para urgir la venida de los Padres que se necesitaban, no halló el P. Kino mejor medio que llevar personalmente a Baceraca, donde vivía el P. Visitador Polici, a todos los caciques de los pueblos, recorridos. A la vista de tanto gentil que pedía el pan del Evangelio, el Padre se conmovió y escribió al Gral. Jironza y al Provincial, para que no tardaran en tomar posesión de estos pueblos que podían ser de gran ayuda para la defensa de la frontera. Y como muchos españoles insistían en que eran Sobaypuris los salteadores que asolaban la tierra, el P. Kino pidió al Gral. Jironza le acompañara su sobrino Manje con el Capitán Bernal y 25 soldados de Fronteras, para que recorrieran con él toda la tierra de Sobaypuris y se convencieran de la inocencia de sus Pimas.

Saliendo de Dolores el 2 de Noviembre de 1697 y dejando atrás los pueblos de Cocóspora y Santa María (último pueblo cristiano), llegaron, por Bacadéguache y Huachuca (último pueblo propiamente Pima), al río San Pedro y poblados de Sta. Cruz y Quiburi, primeros pueblos Sobaypuris que gobernaba su gran amigo el jefe Coro. Hízoles gran fiesta el cacique y danzaron sus indios con los españoles en derredor de trece cabelleras de Apaches muertos en reciente refriega con ellos. Siguiendo río abajo la cuenca del río y pasado el cañón del Embudo, se hallaron con una región bien poblada: Jiaspi o Rosario tenía 120 almas, Arivavia 500, y Victoria del Ojío, la más septentrional a orillas del Gila, 380 con su Jefe Humari, a quien Kino había bautizado con el nombre de Francisco Eusebio.

De allí, por la cuenca del Gila, pasaron a Casa Grande y volvieron por el Río Santa Cruz a San Javier del Bac, Guevavi, Cocóspora y Dolores.

En este recorrido empadronaron 4,700 almas de indios pacíficos, dedicados a la agricultura, bien vestidos de algodón y gamuza, abastecidos de maíz, fríjoles, calabazas, carne de carneros cima-

rrones, y algunos con ganados que les había mandado el P. Kino para las misiones en proyecto. No hallaron trazas de corrales de ganado español, antes bien muchas cabelleras de Apaches, que mataban siempre que los podían haber a las manos. Pero lo que más conmovía el corazón del P. Kino eran las instancias para ser instruídos y el afán con que pedían misioneros que entre ellos residiesen.

Esta expedición, por su carácter oficial, dió mucho crédito al P. Kino y deshizo muchos prejuicios contra sus indios.

9. Viaje al Golfo de California, 1698.—Con el establecimiento del P. Salvatierra en la California, a fines de noviembre de 1697, se renovaron los deseos del P. Kino de hallar paso de Sonora a dicha península, para comunicarse y socorrer su antigua y preferida misión. Para ello era necesario extender el campo de las misiones en la región de los Sobas. A principios de Enero 1698 vino, precisamente de la Tarahumara, un nuevo misionero, el P. Gaspar Barillas, quien escogió para su residencia el sitio de Caborca, fresco aún con la sangre del mártir Saeta y mejor acondicionado que los del río de Tubutama. Pasó personalmente el P. Kino a instalarle[18] y una vez allí, con permiso superior, comenzó a continuar la construcción de la famosa barca para comunicarse con California.

Apenas había vuelto, el 25 de Febrero 1698, unos 300 Jocomes, Apaches y Sumas asaltaron la misión de Cocóspora, de donde, aunque se defendió, tuvo que escaparse con su gente el P. Ruiz de Contreras. Al llamado de Kino acudió la guarnición de San Juan y gran número de Pimas, que persiguieron a los bandoleros hasta la sierra de Chiricahua, les mataron 30 y apresaron 16 recobrando sus presas. Apenas había descansado la gente cuando otra banda atacó el 30 de Marzo el pueblo de Santa Cruz, legua y media al sur de Quiburi donde residía el Jefe Coro. Este contando con sus solos Sobaypuris, después de un combate singular, diez contra diez, los derrotó, matándoles 54 en su desbandada. Kino y los capitanes Escalante y Manje acudieron, para cerciorarse de la nueva, al campo de batalla y se persuadieron una vez más de la fidelidad e inocencia de los Pimas. En todas las misiones de Sonora se celebró este triunfo y el Gral. Jironza prometió un premio de mil pesos a los vencedores

[18] No duró allí el P. Barillas, fué por su bagaje a Arizpe, volvió en Junio, y se fué en Julio por ciertos pretendidos peligros.

y además misioneros para afianzar estas posiciones tan importantes para la defensa de la Frontera.[19]

Kino también quiso celebrar a su manera el triunfo. Con motivo del estreno de una hermosa estatua de Na. Sra. de los Remedios que le había venido de México, convocó para el 15 de Septiembre a todos los jefes de la frontera: del río Gila, más de cien leguas, vinieron el capitán Humari, los gobernadores de la Encarnación y de Sta. Catalina, los del Bac, de Quiburi y de Caborca... Total diez capitanes, veinte gobernadores, veintiséis fiscales, alcaldes, topiles, alguaciles... Todos con deseo de oír la palabra de Dios y de conseguir misioneros. Los felicitó de la ayuda que daban a los españoles contra los Apaches, les prometió misioneros y les anunció su deseo de que lo acompañaran en la expedición que iba a emprender por las tierras del Oeste hasta el mar de California, para ver si hallaba paso para auxiliar al P. Salvatierra.

El 22 de Septiembre, salía de Dolores con el capitán Diego de Carrasco, siete criados y 25 mulas de carga. Recorridos los pueblos del río Santa Cruz hasta la Encarnación a la orilla del Gila, pasaron de allí a San Andrés en compañía del Jefe Soba, que había venido para servirles de guía a través de la papaguería. Allí le vinieron a ver los Cocomaricopas que habitaban las orillas del río Gila al Oeste. Aunque de lengua y traje diferente de los Pimas, son muy semejantes a ellos en sus costumbres y docilidad, son de cuerpo robusto y aun de mejor semblante. Su constante amistad con los Pimas y las instancias que habían hecho, cinco años antes, movieron al P. Kino, a prometerles volvería pronto a visitarlos.

De allí, cruzando la tierra por el Suroeste, se dirigieron al golfo. En el trayecto hallaron más de 40 pueblos generalmente agrícolas y registraron como 4,000 Pimas Papágos (Papabotas o frijoleros) y bautizó el P. Kino cosa de 400 párvulos. El lugar más a propósito para una misión fué el de San Marcelo Sonóita que, en la frontera actual de los Estados Unidos, es un verdadero oasis en este desierto occidental de Sonora. Corre diez leguas, de Oriente a Poniente, un arroyo que se presta a la agricultura y se pierde en la arena al vol-

[19] El jefe Coro, después de esta refriega, se trasladó con su gente al poniente, en un lugar que se llamó Los Reyes Sonoidag, de Sobaypuris del nombre de un arroyo que desemboca en el río Santa Cruz, cerca de Guevavi.

tear al Sur rumbo al golfo. Aunque la ranchería no pasaba de 80 personas, el P. Kino vió la importancia que podía tener para un apeadero ya para California, ya para las tribus que vivían en la desembocadura de los ríos Gila y Colorado.

Desde un cercano cerro que llamó de Sta. Brígida o Santa Clara, divisó el P. Kino, bastante cerca, el mar de California con un puerto, el de Adair o el antiguo Sta. Clara y, lejos al Norte, la desembocadura del río Colorado y aún más allá la conjunción de éste con el Gila. Convencido de que la California *estaba unida con el continente,* terminó por Caborca y San Ignacio su recorrido de 300 leguas.

10. Dos viajes a los ríos Colorado y Gila. 1699.—Determinado en reconocer la desembocadura del río Colorado, el 7 de Febrero 1699, salió el P. Kino de Dolores en compañía de Manje, el P. Adamo Gilg, misionero del Pópulo,[20] 90 animales de carga, 80 caballos y 36 vacas para la proyectada misión de Sonóita. Llegados a esta población por caminos conocidos, tomaron el rumbo Noroeste a través del desierto y llegaron, el 21 de Febrero, a la junta de los ríos Colorado y Gila, en un punto que llamaron San Pedro, donde los recibieron con regalos unos 600 indios Yumas. Son éstos de lengua diferente de los Pimas. Los hombres, bien agestados y corpulentos, andan desnudos; las mujeres llevan unos faldines de corteza de álamo y son más hermosas y blancas que lo común de las de Nueva España. Tenían unos vagos recuerdos de unos blancos, que pasaron por sus tierras y se supone serían las gentes de Juan de Oñate un siglo antes, así como de una mujer blanca que se decía ser la madre María de Agreda. Allí también tuvo noticia de otras naciones, que vivían en la otra banda del Colorado llamadas Cutganos, Quíquimas y Alchédomas, a quienes mandó mensajeros de paz que las convidasen al Evangelio.

Rehusándose los Yumas conducirlos a la desembocadura del Colorado por los indios enemigos que allí vivían, determinó el P. Kino explorar el Gila, río arriba, hasta Casa Grande. A las 30 leguas de caminos despoblados, llegaron a los primeros pueblos de los

[20] El P. Gilg no fué misionero de California como dice Beristain (aunque aparece en Loreto de viaje el 19 de Sept. 1705). Según Venegas (II. 211) no pudo vencer la dificultad de la lengua Seri en su misión del Pópulo, sin embargo se le hace autor de un "Vocabulario de lenguas Eudero, Pima y Seri".



Lámina 53.—Misión de la Magdalena (sepulcro del P. Kino).



Lámina 54.—Misión de Caborca (en ruinas).

Cocopas, Opas o Cocomaricopas. Aunque enemigos, son Yumas de lenguaje y de costumbres y aun de mejor tipo. Por ser la primera vez que veían blancos y caballos, eran más tímidos y solían esconder sus mujeres y niños. Bautizaron estos nuevos pueblos con los nombres de S. Matías Tutum, S. Mateo de Cuat, San Tadeo de Vaqui, San Simón Tucsani y Tutto. Allí, en la vuelta hacia el Norte, hallaron como seis pueblos, casi juntos, de Cocomaricopas mezclados con algunos Pimas y dieron al principal el nombre de Santiago y San Felipe. Fué el primer pueblo donde los recibieron con cruces y arcos. A los tres días de camino, cortando la sierra de la Estrella (de donde divisaron los ríos Verde y Azul), llegaron al pueblo de San Andrés de Coata, visitado ya tres veces. Los nuevos indios registrados por Manje en este recorrido fueron 1990.

Iba el P. Kino bastante enfermo de calenturas, que se agravaron con las lluvias al llegar a S. Javier del Bac y así, con gran trabajo, pudo llegar el 14 de Marzo a su pueblo de Remedios, cuyo templo ya para techarse, halló mal parado por las lluvias. Mas, no eran éstas las mayores penas del misionero.

En su ausencia las lenguas habían continuado murmurando de él: no era más que un fanático, con celo más santo que discreto, que en una mosca miraba un elefante, que en cada charco se figuraba un río, en cada matorral un bosque, que no había tal docilidad de gentes ni fertilidad de tierras... Ya sin duda habría llegado a México el folleto de 75 páginas del Rector Mora y el P. Provincial se hallaba suspenso sin mandar los misioneros que se necesitaban o, cuando llegaban, no faltaba quien los desanimara o los destinara a otras misiones. Así en los 20 primeros años no se asentó nada estable y se perdió la ocasión de fortalecer la frontera contra los Apaches y se cerró la puerta, aún abierta, para la conversión de los mismos.

Con estas ideas, venía el nuevo Visitador P. Antonio Leal, que no se atrevía a dejar con el P. Kino al P. Francisco Gonzalvo, que había traído de México para la misión de S. Javier del Bac.[21] El P. Kino acababa precisamente de recibir de los caciques gileños de San Andrés y Ojío (donde vivía Humari) la grata noticia de que los Apaches del otro lado del río habían recibido con agrado sus lega-

[21] El P. Leal llegó a Dolores el 21 de Octubre 1699.

dos y cartas y venido a hacer las paces,[22] y el 1 de Octubre se presentaron personalmente a confirmar la noticia en Dolores. Era esta la mejor ocasión para convidar al Visitador a venir con ellos a convencerse de la multitud y buena disposición de tantas gentes, que pedían misioneros. Aceptada la proposición, el 24 de Octubre salió el P. Kino de Dolores acompañado de los PP. Leal, y Gonzalvo, de Manje, varios sirvientes y 50 mulas de carga. En San Javier del Bac contaron más de mil indios, en San Serafín (Actum Chico) 1,200 con 20 caciques venidos de los pueblos vecinos, en San Francisco de Alid 1,800, en Merced de Batki 800, en Sonóita (donde no pudo ir el Visitador) 1,000 y muchos más en los ya conocidos pueblos del Valle de Tubutama. El 18 de Noviembre, ya estaban de vuelta a Dolores y el Visitador convencido de la gran puerta que se abría al Evangelio. Sin embargo los efectos no fueron cuales podían esperarse.

11. Fundación de las misiones de Magdalena y de S. Javier del Bac. 1700.—A fines de 1699 se había establecido de asiento el P. Melchor Bartiromo en el pueblo de Magdalena de los Tepocas, lugar muchas veces visitado por los PP. Kino y Campos. Más que una fundación nueva, fué un traslado de cabecera, pues siguió dicho Padre cuidando de los pueblos sureños de Cucurpe y Toape, pero esta combinación dejaba a los PP. Kino y Campos libres para sus pueblos del Norte.

A principios de 1700 visitó esta misión el Capitán Juan de Escalante y halló a los indios muy gustosos y animados al bautismo. Solamente les molestaban las incursiones nocturnas de los Seris, que se habían atrevido a venir al mismo pueblo a matar a dos catecúmenos. Siguió el Capitán a los fugitivos hasta Na. Sra. del Pópulo, alcanzó a dos de ellos y algunas familias cristianas huídas que, tras leve castigo, trajo al pueblo.

Aprovechó el P. Bartiromo la presencia de la escolta para hacer dos expediciones a la costa, donde halló un puerto y vió la Isla del Tiburón, donde se refugiaban los Seris después de sus correrías. No halló más que una ranchería de Seris, pero sí varias de Tepocas, como 120 personas a quienes repartió tierras el Capitán y el Padre

[22] Estos indios eran evidentemente los Yavapais del río Verde, que a veces se mientan como Apaches Mohave, aunque de raza Yuma.

maíz para que formaran pueblo. Volvió el Capitán a buscar a los Seris en su propia isla, pero sólo pudo apresar a algunos, que entregó después al P. Adamo Gilg, ministro del Pópulo, los demás huyeron con extrema velocidad. Esta Rochela de los Seris sólo sucumbió años más tarde a los golpes de Diego Ortiz Parrilla.

Desde principios de 1700, había recibido el P. Kino permiso del P. General Tirso González para emplear seis meses del año en la Pimería y seis en la California, donde batallaba el P. Salvatierra con grandes dificultades. La mejor solución hubiera sido hallar un camino por tierra, por donde se pudiera comunicar y enviar provisiones. Con el intento de hacer un nuevo esfuerzo para saber si la California era o no isla, salió el P. Kino de Dolores el 21 de Abril 1700 con diez indios y 53 caballos y mulas de carga. Llegando el 28 de Abril a San Javier del Bac, pensó mejor convocar allí a todos los Jefes de los Pueblos del Norte, para informarse si conocían dicho paso y de donde conseguían unas conchas azules, que sólo había visto el P. Kino en la costa occidental de la California.

Aprovechó el P. Kino esta ocasión para poner los fundamentos de la misión estable que había prometido venir ocupar el P. Gonzalvo. El mismo nos describe los pormenores en su Diario. "El 28 de Abril, dice, empezamos a poner los cimientos de una muy espaciosa iglesia y casa en San Javier. Todos los muchos indios, que allí hay y han acudido, trabajan con mucho gusto ya en escarbar los cimientos, ya en acarrear muchas y grandes piedras de tezontle que hay en un monte, como a un cuarto de legua de ahí. No hay necesidad de acarrear agua para la mezcla, pues una acequia del río nos la trae donde queremos para el gran patio, la huerta y las labores, las mejores de la Nueva Vizcaya".

Con los trabajos materiales, iban a la par las instrucciones religiosas y las discusiones con los lejanos caciques, sobre la manera de penetrar a las remotas regiones de los Yumas y aun de los Apaches y Moquis. El 6 de Mayo estaba el P. Kino de vuelta a Dolores.

Alegre con los informes recibidos y con los alientos de todos los Padres sus vecinos, el 24 de Septiembre 1700, el P. Kino salió de nuevo con 60 bestias de carga y diez indios para el río Colorado. Cortó ahora la Pimería, por nuevo camino de Sur a Norte: de Remedios, Síboda (donde tenía ya un rancho con mil cabezas y número de ye-

guas), Busanic, Tucubavia, La Merced Batki, El Comac, San Jerónimo y de allí a los Cocomaricopas del río Gila. En este trayecto contó más de mil almas que jamás habían visto Padre ni españoles. De allí bajó el curso del río hasta San Pedro, donde le habían regalado el año anterior las famosas conchas azules. Pasó luego a Las Sandías y de allí, cruzando el Gila, plantó la cruz en el triángulo que éste forma con el Colorado, dando al lugar el nombre de San Dionisio. De un monte cercano miró con su telescopio el curso del río Colorado hasta su desembocadura en el golfo y quedó persuadido estaba unida la tierra con la California. Fué muy agasajado por los muchos indios y caciques del río, y no pocos lo vinieron a ver, pasando a nado el río, del otro lado. Su deseo era de llegar hasta la desembocadura, pero los pueblos eran enemigos y los guías y jefes que había traído, ya se hallaban inquietos y temerosos. Volvió, pues, de allí, por camino ya andado, a Sonóita donde lo esperaba el relevo de animales que había encargado de Caborca. Allí tenía también ganado, siembras, casita, más de mil indios, ya medio instruídos, con la esperanza de formar una buena misión en este lugar verdaderamente estratégico, pues distaba igualmente 50 leguas de la desembocadura del Gila, de San Javier del Bac y de Caborca y como 30 del golfo. El 20 de Octubre estaba de nuevo en Dolores después de recorrer en 26 días 380 leguas. Ya sabía el P. Kino dónde acababa el Golfo.

Felicitáronle el Visitador P. Leal, el P. Kappus ya Rector de Mátape y más que todos el P. Salvatierra.

12. Los PP. Salvatierra y Kino reconocen la costa de Sonora. 1701.—Desde el principio de aquel año de 1700 andaba el P. Salvatierra por el Yaqui, en busca de provisiones para su pobre y necesitada misión. Mandóle el P. Kino diez cargas de alimentos y le prometió 200 cabezas de ganado que, en verano, le hizo llevar por sus indios a un rancho del Yaqui que se reservó para California.[23] A la vuelta de su último viaje, juntó en Mátape las limosnas de otras misiones y se las hizo remitir al mismo destino. Muy agradecido estaba el P. Salvatierra por estos dones; pero el transpor-

[23] Otras misiones también contribuyeron: Oposura dió 100 cabezas de ganado mayor y mil de menor; Ures dió diez novillos, Cucurpe 100 y algunos caballos; Guépaca 70, Arizpe 50.

te por mar era lento, incierto, peligroso y tan costoso que cada cabeza de ganado le costaba $300.00, mientras, si se pudiera hacer por tierra, no pasaría de 10 centavos.

Para este y otros negocios, que tenía en Sinaloa, cruzó de nuevo el P. Salvatierra el golfo a fines de Diciembre y a principios de Enero 1701 llegaba a Guaymas (que era el puerto que había de sustituir al Yaqui),[24] para fundar una misión. No pudiendo allí hacer gran cosa por las lluvias, subió hasta Mátape, donde el P. Kappus le enseñó las conchas, pelotas y tejidos que no podían ser más que de California. En San Juan, el Gral. Jironza le dió por compañero a su sobrino Manje y 12 soldados con el capitán Bohorqués, el P. Bartiromo en Tuape dió provisiones y el 21 de Febrero se abrazaban en Dolores los dos grandes misioneros.

Los regocijos del recibimiento fueron un poco abreviados por las preocupaciones del día: los Apaches andaban por la sierra del oriente, habían matado seis personas y robado ganado en Saracachi, no lejos de Toape, ahora se decía andaban por Cucurpe. Varios soldados tuvieron que acudir al socorro y el mismo Kino, señalando Caborca por lugar de reunión, se fué a fortificar los pueblos de Remedios y Cocóspora. El P. Salvatierra con el tren de la expedición pasó a S. Ignacio donde lo agasajó el P. Campos y le dió provisiones, caminó con su estandarte de Loreto hasta Tubutama y Caborca. Mientras llegaba el P. Kino, se puso a catequizar a los Pimas (pues Dios sabe dónde había aprendido su lengua), saliendo él mismo por las casas con una campanilla para llamar a la doctrina.

Llegado Kino, la caravana salió el 9 de Marzo de Caborca para S. Marcelo Sonóita. El trayecto de 50 leguas por el desierto fué para ambos héroes un paseo de bodas. Era la primavera, "grandes trechos del camino, dice Kino, se hallaban alfombrados con rosas y variadas flores, como si la naturaleza se convidara a festejar la Virgen de Loreto, que yo llevaba por las mañanas y el P. Salvatierra por las tardes. Casi todo el día se nos iba en rezar salmos y cantar cantares y alabados en español, italiano, pima, latín y aun californio con los seis indios que venían con el Padre. "Cantabiles mihi erant justificationes tuae in loco peregrinationis meae".

[24] Antes embarcaban las mercancías en Belén del Yaqui, que llamaban puerto del Yaqui y de allí en 24 horas, si había buen tiempo, llegaban a Loreto.

De Sonóita (o mejor El Carrizal) hicieron dos expediciones: una al golfo hasta la bahía de Adair y otra al Oeste más de 20 leguas.[25] No pasaron adelante al río Colorado, a causa de la renuencia de sus guías e indios, pero desde los altos montes a que subieron, pudieron ver muy bien las tierras de California, el desemboque del Colorado donde vivían los Quíquimas (y de donde vinieron algunos) y convencerse de que allí terminaba el golfo y que era factible (aunque no por ahora por estar tan al Sur Loreto) el paso por tierra y la comunicación de ambas misiones.

Quedóse el P. Kino algunos días en Sonóita para iniciar la construcción de una capilla; el 15 de Abril se hallaba ya en Dolores y, pocos días después, el P. Salvatierra en Guaymas, para fundar la misión de San José de la Laguna (un poco al Norte de la presente ciudad de Guaymas), en donde dejó su primer misionero P. Manuel Díaz.

13. Dos últimos esfuerzos para pasar a California. 1702.—De todas partes recibió el P. Kino felicitaciones por el éxito de su viaje y su nuevo mapa, que el P. Kappus mandó a Austria, recorrió toda Europa. Había proyectado con el P. Salvatierra otro viaje definitivo para el otoño, pero dicho Padre no pudo venir por falta de barco, Manje tampoco por haber sido substituído su tío Jironza por el Gral. Fuensaldaña y así, sólo con un compañero español y sus criados, salió el 3 de Noviembre, determinado a llegar hasta el Pacífico o a Loreto y a fundar en el río Colorado misiones, que sirvieran de apeadero para la California. Recorrió el conocido camino de Sonóita a San Pedro en el Gila, en donde lo recibieron con gran agasajo los indios el 16 de Noviembre. Pasando el río Gila a caballo, en el único vado que allí hay, llegó a San Dionisio en la mera junta de los ríos. Más de 300 indios Yumas y Pimas se ofrecieron a acompañarle río abajo hasta los Quíquimas. Un día de camino los llevó hasta Sta. Isabel (que ahora es el pueblo fronterizo de San Luis); al otro día llegaron al primer pueblo Quíquima que llamó de San Félix de Valois. Allí el único compañero español, que llevaba, se le escapó por el miedo. Temeroso de que fuera a llevar malas noticias, Kino lanzó a su alcance dos jinetes que no le pudieron alcanzar.

[25] La serranía de Pitaqui.

Miraban maravillados los Quíquimas todo lo que traía el hombre blanco, su traje, sus ornamentos de misa, los caballos y hasta el perro al que dieron de comer y acariciaron. Había allí memoria del paso, muy antiguo, de otros dos blancos, Coronado en 1540 y Oñate en 1605. Juntáronse allí para verle y regalarle muchos indios de ambas orillas, más de 500 le acompañaron cinco leguas más abajo, donde determinó pasar el río para ver los pueblos del otro lado. Con ramas hicieron una balsa y poniendo en ella al Padre (los caballos se atascaron) el mismo cacique Quíquima con sus indios la empujaron a nado. Entre hermosos campos bien cultivados y poblados llegó al pueblo del Jefe que llamó Presentación (cerca de la presente estación de ferrocarril llamada Abelardo). Vinieron a visitarle los caciques de Cutganes y del Sur el de los Hogiopas que se ofreció conducirlo a Loreto. El Padre se contentó con darle una carta para el P. Salvatierra que nunca llegó a su destino. Hizo las paces entre las tribus Yumas, Pimas, Quíquimas, Cutganes, Hogiopas y otras más al Norte y, volviendo por el mismo camino, el 8 de Diciembre se hallaba en Dolores, después de haber recorrido 400 buenas leguas y descubierto más de 10.000 almas.

La perspectiva que despertó el último viaje del P. Kino, de un camino por tierra de México a un puerto del Pacífico, v.gr. San Diego, tuvo gran resonancia, especialmente para los viajeros de Filipinas y comerciantes de la capital. Pero para los misioneros y para el P. Salvatierra eran aun mayores las esperanzas. Las cien leguas que se suponían entre el río Colorado y Loreto, eran muy poca cosa para los Padres de la Pimería y mucho menos para el P. Kino.

El entusiasmo del P. Kino estaba en su colmo: había que hacer inmediatamente la prueba decisiva. Envió al P. General un nuevo mapa de la tierra descubierta; había que llamarla Alta California. "Dentro de poco, le dice, con el favor del cielo, enviaré por tierra ganado al P. Salvatierra, estableceré ranchos cerca del paso en el río Colorado y ya tengo uno no lejos, en Sonóita, donde hay ya ganado, caballos, campos de maíz, etc., y una decente capillita. Con el favor del cielo, si S.Rev. y S.Mag. Felipe V, que Dios guarde, nos envían operarios y misioneros, irán adelante hasta tal vez la Gran China y casi hasta el Japón. Aun más, tal vez por el Norte de estas nuestras tierras podamos hallar un camino más breve a Europa, parte por el continente y parte por el mar del Norte". . . . .

Uno de los Padres, más animados a ser de los primeros en ir por tierra a abrazar al P. Salvatierra, fué el P. Manuel González, el primer Visitador que recibió al P. Kino en la Pimeria catorce años antes. Con permiso del P. Leal, salió de Oposura, su residencia, a mediados de Enero con criados, 50 mulas y provisiones y se presentó en Dolores, donde el P. Kino añadió algunas cargas de alimentos, más criados y 80 caballos o mulas y el 5 de Febrero 1702 se lanzaban a la conquista del mar del Sur.

Siguieron la ruta conocida de Busanic, Sonóita hasta los pueblos de S. Pedro y S. Dionisio en la junta de los ríos Gila y Colorado. El lugar gustó tanto al P. González, que decía que "bien se podía hacer el viaje desde la capital para ver tan hermosas arboledas, abundantes y tranquilas aguas y fértiles tierras"... De allí bajaron el río Colorado hasta el pueblo de S. Rodesindo y a la desembocadura que llamaron de San Casimiro. El 11 de Marzo, dice el P Kino que les salió el sol por encima del remate del mar. Más de 300 indios Hogiopas (Cócopas) vinieron a nado del otro lado del río para invitarle a sus tierras. Le informaron que el mar grande (el Pacífico) no distaba de allí más que diez días. Hizo el Padre todos los esfuerzos posibles para pasar el río con balsas, pero le fué imposible. Púsose gravemente enfermo el P. González [26] y fué necesario volver por el camino más corto a Sonóita. De allí fué menester llevar al enfermo en litera hasta Tubutama donde el P. Ignacio Iturmendi, que allí estaba, lo asistió y le cerró los ojos a fines de marzo de 1702.

El P. Kino quedó plenamente convencido de la comunicación por tierra con la California, pero no así Manje, Salvatierra, Velarde, el mismo P. González y varios misioneros.[27] Proponía el Padre hacer por el otoño la prueba decisiva, pero se lo disuadieron los Su-

[26] Corrió la voz de que los PP. Kino y González se habían ahogado al querer pasara el Colorado y aún la relación de la Audiencia de Guadalajara refiere que la causa de la enfermedad del P. González había sido el haber sido abandonado por los indios gentiles, al querer pasar el río, tres días a la merced de las olas hasta que la resaca los sacó a la orilla. Cuevas. IV. 343. El P. Campos trajo los cuerpos de los PP. González e Iturmendi a San Ignacio por Enero de 1712.

[27] El P. Agustín Campos, que recorrió los mismos parajes, nunca lo quiso creer y el Illmo. Sr. Tamarón después de su viaje a Sonora en 1760, queda creyendo que es Isla la California. Diario. p. 248.

periores, alarmados sin duda por la muerte del P. González. Al P. Kino le habían seguido desde el río Colorado ocho indios con deseo de bautizarse; a poco se les juntaron otros caciques Yumas y Quíquimas con los cuales pasó a Guépaca, donde vivía el P. Leal, en demanda de misioneros, pero éste no pudo más que darles buenas esperanzas. La misión pasaba por una dolorosa crisis.

14. La agonía de las misiones de la Pimería.—Por lo que va dicho se puede ver que sólo la falta de misioneros impedía el encarrilamiento de tantas misiones ya medio fundadas por el P. Kino. Para colmo de desgracias al P. González siguió al sepulcro dos meses después (4 Junio 1702) el P. Ignacio Iturmendi, que apenas llevaba un año de estar en Tubutama. Con igual tiempo de trabajos en San Javier del Bac el P. Francisco Gonzalvo vino a morir de pulmonía en 10 de Agosto en manos del P. Agustín Campos en San Ignacio. A la fecha también los PP. Ruiz de Contreras y Gaspar de Barillas habían abandonado respectivamente sus pueblos de Cocóspora y de Caborca.

Para suplir a los vacíos que hacía la muerte, se ofreció el P. Kino ir a la capital, confiado en que conseguiría del Virrey y del P. Provincial los ocho misioneros que se necesitaban y habían sido prometidos a la Pimería, pero la guerra de sucesión ocupaba la atención de toda la monarquía española y era inútil en estos momentos hablar de las querellas de una provincia tan remota como ésta de las fronteras.

Por otra parte las lenguas no cesaban, tanto dentro como fuera, de pintar estas misiones como desiertas, poco pobladas de indios salvajes, malsanas y al P. Kino como incapaz de avenirse con compañeros..... No sabemos lo que haya de cierto en esta última acusación, lo que parece indudable es la mediana calidad de la mayoría de los doce cooperadores que tuvo, mientras vemos que al mismo tiempo la California tenía hombres de incontestable capacidad. Los primeros misioneros jamás tomaron en cuenta la soledad, mal clima, estupidez de los indios, peligros y privaciones. El que no está resuelto a todo esto, es hombre perdido e inútil para la conquista, y por lo visto había algo de esto en la retaguardia, donde la vida parroquial seguía su normal rutina. Al cesar los avances del P. Ki-

no, cesaron los bautismos de niños y de adultos en los lugares distantes y aun las esperanzas y deseos de los indios.

Libre ya de viajes, el P. Kino, que había sido nombrado Rector de la Pimería Alta, no pensó más que en cultivar con esmero sus pueblos más inmediatos, sin abandonar del todo la provisión de los pueblos más importantes, para que tuvieran preparado todo lo necesario si llegaban misioneros. Sin embargo no olvidó nunca su querida California y, ya que no la podía auxiliar por el Norte, no faltó en hacerlo por el Sur.[28]

El P. Juan Ugarte había mejorado mucho el sitio de Guaymas y ahora el P. Pícolo estaba formando allí una misión en regla con los 4.000 Pimas que se hallaban en los contornos. Tenía su estancia de ganado para pasarlo a California, pesca, salinas, huertas, ganado menor y estaba edificando casa y regular iglesia. El camino de Mátape, por donde el P. Kino les había ya enviado provisiones y ganado, resultaba largo: a fines de Abril 1704 fué él mismo en persona abriendo camino recto, más o menos por donde corre ahora el tren de Nogales a Guaymas. Los cuatro días que pasaron allí juntos los dos misioneros, los ocuparon en planes para la conversión de la gentilidad de ambas costas y para el envío por tierra de más ganado y provisiones, pues el P. Kino tenía ahora recursos abundantes para sí y para las futuras misiones.

Tenía prósperos ranchos de ganado, cuidados por sus indios, en Dolores, Caborca, Tubutama, San Ignacio, Imuris, Magdalena, Quiburi, Tumacácori, Cocóspora, S. Javier del Bac, Bacoancos, Guebavi, Síbola, Búsanic, Sonóita, San Lázaro, Sáric, Sta. Bárbara y Sta. Eulalia. En los principales puestos, tenía buenas cosechas de trigo y maíz; sus huertas producían todas las frutas de Castilla: uvas, priscos, granadas, higos, duraznos, algodón, melones, peras, calabazas... Sus trenes de arrieros iban por los minerales (hasta el de Alamos y Los Frayles) y por los presidios (de San Juan y Fronteras) a vender carne seca, sebo, harina, maíz, animales en cambio de ropa, utensilios de labranza o de artes mecánicas. Años hubo en que podía sacar cosa de $4,000 en especies y el valor de sus ganaderías y

[28] El 24 de Enero de 1704 pedía al P. General le diera el permiso de seguir tratando de pasar por tierra a California hasta Loreto y de ahí a México con el nuevo mapa de los descubrimientos.

siembras se acercaba a $40.000. Pudo prometer y enviar para la iglesia del Jesús de Roma $2.000 y en México hacía compras de ornamentos y objetos de uso hasta por $700.[29]

En Diciembre de 1703, pasó a instalar en Tubutama al P. Gerónimo Minutuli, que por milagro se presentó en la Pimería y lo proveyó de todo lo necesario y ayudó en la fábrica de sus casas e iglesia. Pero su gran preocupación, aquellos años, fué perfeccionar sus propias misiones de Dolores, Remedios y Cocóspora. La primera tenía ya iglesia, que el P. Leal calificaba la mejor, pero Kino se empeñó en lucirse aun más en los dos pueblos, pues, además de campanas, imágenes, ornamentos y vasos sagrados, les edificó cruceros con sus respectivas capillas. Alguno se admiraba, delante de él, hubiera el P. Castner levantado sobre la tumba de San Javier en China una capilla que le había costado 170 petacones o pesos. "Esto es una bagatela, contestó Kino. Mis dos iglesias de Remedios y Cocóspora me hubieran costado $10.000 si no hubiera contado con la fertilidad de la tierra y la ayuda de mis indios. De hecho, no me costaron más de 500 novillos para la comida de los trabajadores, 500 fanegas de maíz y 3.000 de ropa, que es la moneda con que aquí se pagan los salarios".

Para estas obras tenía toda suerte de talleres y oficiales, que llevaba de una parte a otra, carpinteros, albañiles, herreros, pintores, panaderos o tortilleros, vaqueros, carreros, además de los ordinarios oficiales de cada pueblo, maestros de capilla y escuela, temastianes (catequistas), jueces, gobernadores, capitanes, alcaldes, alguaciles, mayordomos... En cuanto a trabajadores, tenía a veces más de los que quería, pues venían en masa de los más remotos pueblos. No solamente durante las obras, sino todo el tiempo, procuraba el P. Kino visitar cada semana los tres pueblos, un viaje redondo de 50 leguas.

El 15 y el 18 de Enero 1704 se hizo respectivamente la bendición de las nuevas iglesias de Remedios y Cocóspora con asistencia de los PP. Minutuli y Gilg y gran número de caciques, hasta de los

29 Más tarde se prohibió cultivar más tierras de lo que se necesitaba para los gastos y bienestar de su propia misión y negociar para otros fines. Aquí tenía el P. Kino en vista la fundación de nuevas misiones en derredor de la suya.

Yumas, que le volvieron a hablar del mar del Sur (Pacífico) por donde andaban los galeones de Filipinas. Terminadas las fiestas se pasó el P. Kino con todo su batallón de trabajadores a Tubutama para levantar la iglesia y casas del nuevo misionero.

No faltaban sobresaltos ni dificultades: ya se decía que el cacique Cola de Pato de Cocóspora y Coro (que de Sonóita [30] se había vuelto a Quiburi) se iban a levantar en armas, ya que los PP. Kino y Campos sonsacaban a los indios de las labores de los españoles y venía cierto lugarteniente a sacárselos por la fuerza; pero el año 1705 traía grandes prenuncios y esperanzas. El P. Salvatierra había sido nombrado Provincial, el P. Pícolo Visitador de las misiones, el P. Velarde compañero del P. Kino, éste procurador de las misiones de la Pimería. La víspera de la Ascensión ya se hallaba el P. Pícolo en Dolores. ¡Cosa inaudita! el mismo Provincial venía a hacer la visita de California. Italianos y Californios y más que todo misioneros, era la hora en que se había de emprender una acción concertada para dar impulso a ambas misiones hermanas. Esas conferencias y visitas no pararon en palabras.

A mediados de Enero 1705, vino para reocupar Caborca un nuevo misionero el P. Domingo Crescoli, a quien el P. Kino prestó los mismos servicios que al P. Minutuli de Tubutama (pero parece que tampoco duró allí largo tiempo). Con la promesa de nuevos Padres, se puso el P. Kino a construir o reparar seis nuevas iglesias en los lugares más poblados: Magdalena, Busanic, San Lázaro, Sta. María, ... Ya pronto tuvo al corriente sitios para cinco nuevos misioneros: uno en *Caborca,* Pitquín y S. Valentín; otro en *Sta. María* (Suamca), S. Lázaro y S. Luis Bacoancos; un tercero en *Búsanic,* Sáric y Aquimuri, un cuarto en *S. Javier del Bac,* S. Agustín y Sta. Rosalía de los Sobaypuris, y el último en *Sta. Ana de Quiburi,* S. Joaquín Huachuca y el viejo Santa Cruz donde había vuelto el jefe Coro.

Este ensueño no lo había de ver realizado el P. Kino en sus días.

Siguió sin embargo preparando las cosas como si sólo dependiera de él. Correspondía por cartas con los PP. Ugarte y Pícolo de California. ¿No se podía hallar en la costa un puerto más cer-

[30] Reyes o S. Ignacio de Sobaypuris. Es diferente de la Occidental.

cano de la Pimería que Guaymas? ¿Qué indios vivían en esta costa? ¿No se podían escalonar misiones por esta costa de Guaymas a Caborca o traer los Tepocas dispersos por ella al centro fértil y poblado de Caborca? Después de instalar al P. Crescoli en esta última misión, se dirigió en compañía del P. Minutuli al Sur y llegaron el 21 de Enero 1706 al cabo Tepoca, frente a la Isla del Tiburón (que no reconoció el P. Kino después de 21 años que había estado al Sur de ella) y llamó de Santa Inés, medio camino de Guaymas. Desde allí vió enfrente, como sólo a nueve leguas, la tierra de California. Era ciertamente la parte más estrecha del golfo, pero la tierra que veía era la Isla del Angel de la Guarda, no tierra firme. Con esta falsa idea, vió fácil pasar de allí a California, ahorrando la enorme vuelta del río Colorado.

Pensó de nuevo en su famosa barca cuyo material estaba aún, sin duda bien seco, en Caborca y había pretendido quemar el P. Mora. Disuadiéronle los PP. Ugarte y Pícolo más experimentados en esta materia, aconsejándole sería más barato y seguro les mandara unos $3,000 con que comprar una nueva, pero no quedó muy convencido. "La rica Pimería tiene que ayudar a la pobre California para el bien de tantas almas, contestó. Tenemos que partir con ella nuestra comida, pues nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos. Soror enim nostra parvula et ubera non habet· Sólo falta me den un sustituto en Dolores". El sustituto no vino.

Solicitado por incesantes comisiones de Yumas y Quíquimas y también por el Gral. Fuensaldaña de Fronteras, que le dió por compañeros a los Alférez Juan Mateo Ramírez y Antonio Durán (a los cuales se agregó el Franciscano Fr. Manuel de Oyuela que andaba por allí colectando limosnas para su noviciado de Guadalajara), salió el P. Kino el 16 de Octubre 1706 de Dolores para hacer su última decisiva y oficial expedición al Oeste, para probar el paso por tierra a California. Llevó a sus compañeros por Caborca y Sonóita a la serranía de Santa Clara (Pinacate) desde donde pudieron todos, a vista de ojos, certificarse de la continuidad de la tierra y así lo asentaron en documentos oficiales que entregaron al Gral. Fuensaldaña, para que éste los pasara al Virrey en solicitud de nuevos misioneros. El resultado fué muy diferente del esperado.

15. Ultimos trabajos y muerte del P. Kino. 15 Marzo 1711.—Las cartas del Gral. Fuensaldaña no llegaron a su destino,

pues en estos días lo sorprendió la muerte. ¿Qué hacer? Llevar, como lo hizo a fines del año 1707, ya al Visitador Pícolo en Cucurpe más de 30 gobernadores, capitanes y principales de los pueblos Pimas, Cocomaricopas y Yumas, ya al P. Polici en Baceraca otra partida de jefes Cocomaricopas, que venían pidiendo misioneros desde más de 250 leguas. Aun escribió al nuevo P. General Tamburini con la misma solicitud, enviándole, como regalo de sus indios, tres piedras de bezar que pesaban libra y media.

No quedaba, pues remedio más que, desde Tubutama, S. Ignacio y Dolores los tres PP. Minutuli, Campos y Kino procuraran extender, al norte de sus respectivos valles la buena semilla en los pueblos más al alcance de sus manos. El P. Kino dedicó ahora sus afanes al pueblo de Sta. María de Bugatá o Suamca. Le ayudaron, además de sus propios recursos, los españoles con más de $20,000, de modo que era ya innecesaria la ayuda acostumbrada del Rey. Otro ofreció $5,000 para levantar una iglesia y buenas fortificaciones en Santa Ana Quiburi en el río S. Pedro, donde el Jefe Coro servía de fortaleza contra los Apaches. Aun ofreció el P. Kino al P. Provincial (16 Sept. 1709) hacer él todos los gastos, si sólo se le enviaban los seis o siete misioneros que necesitaba. Añadía un regalo de mil pesos para la Provincia y cien toros y novillos y 25 caballos. La respuesta del Procurador, si la llegó a leer en la tierra, le debió de arrancar las lágrimas de los ojos: "Para qué quiere V. R. nuevos misioneros y campanas, si el obispo de Durango, Ignacio Díez de la Barrera, ha pedido al Rey que se supriman todas las misiones y se dice que el Rey ha accedido a su demanda y que el P. General ha informado que, luego que se reciba aviso del Rey o se supriman los subsidios, todos los Padres se recojan a nuestros colegios" (16 Sept. 1709).

Había ciertamente mar de fondo en Sonora. Un gran amigo de los Jesuítas y de Kino, nada menos que Manje, Alcalde mayor de Sonora de 1701 a 1703 y ahora gran terrateniente y minero de Bacanuche, acababa de enviar al Virrey (Sept.-Dic. 1706) su libro "Luz de Tierra Incógnita" en cuyo fin exponía el estado actual de Sonora. Poco después enviaba otro informe a la Audiencia de Guadalajara, firmado por españoles de Bacanuche. En ellos decía que las misiones acaparaban las mejores tierras de Sonora, cuyos pocos beneméritos españoles andaban en la miseria; que era menester re-

partir estas tierras donde en lugar de decenas de miles de indios que tenían antes, sólo quedaban un centenar y que pasados los 20 años de libertad, se debía permitir a los españoles encomiendas de indios; que para los españoles en toda aquella inmensa extensión no había más que tres curas en San Juan, Nacozari y Horcasitas y que los Jesuítas se rehusaban atender a los españoles dispersos y aun les negaban la sepultura (por haber cierto cura calumniádolos con el obispo de Durango) y tenían orden del P. Polici de no meterse con los españoles (orden irracional)... El P. Polici ofendido clamó contra la calumnia al Gobernador del Parral y amenazó abandonar las misiones, si se toleraba la calumnia. El Gob. Córdova tomó la cosa en serio y el 29 de Dic. 1707 ordenó apresar en su residencia al Gral. Manje, confiscar sus bienes y traerlo maniatado al Parral. Allí estuvo preso más de tres meses, hecho un león. Se cree que el P. Kino o los Jesuítas cayeron en la cuenta de que se había ido demasiado lejos y procuraron un arreglo y la vuelta de su antiguo amigo. No quedaron después en su trato trazas de malevolencia ni en los Jesuítas señal de animosidad. Así andaban las cosas en las fronteras.[31]

El P. Kino vivió en la silla del caballo y en sus altos ideales hasta el fin. En la última parte de su Diario llamado *Favores Celestiales,* que firmó un año antes de su muerte, soñaba con el afianzamiento de las misiones de la Pimería, la conversión de los Apaches, la conjunción de estas misiones con las del Moqui y Zuñi de Nuevo México, y más allá con las del Canadá, para pasar por allí más pronto a Francia y España, cortando de la mitad el actual camino por Veracruz ... y por la costa del Pacífico, por la bahía de las 11,000 Vírgenes y el puerto de Monterrey a la gran Tartaria, a la gran China y al Japón ... Mas el tiempo había llegado para un viaje más grande.

A mediados de Marzo 1711, recorrió a caballo, por última vez, el camino, tan frecuentado por él de Dolores a Magdalena, donde el P. Campos le había convidado para la dedicación de la nueva iglesia. Durante las fiestas le sobrecogió un resfriado que le acabó la vida, poco después de medianoche del 15 de Marzo.

[31] Wagner II. 401, atribuye al P. Pícolo, Visitador de Sonora 1707-9 la justificación de los misioneros en la Inquisición a que pasó el negocio.

Lo que más llama la atención, en este hombre extraordinario, es su grandeza de ánimo y su constancia en las más grandes y difíciles empresas de la salvación de las almas; la fascinación que su persona ejercía en tantos y tan diversos indios que encontraba a su paso, hija sin duda de un amor más que humano; el optimismo que le hacía no ver más que las flores primaverales de aquellos desiertos y las buenas cualidades siquiera posibles de aquellos salvajes; la virilidad y espiritualidad de su carácter y los recursos infinitos de su talento práctico. No hay duda, aunque sus historiadores se han fijado poco en ello, que un hombre tal, debía interiormente de sufrir no poco por las pequeñeces de sus contrarios y mucho más, por ver perderse tantas almas, ya en vía de salvación, por falta de colaboradores. Según se veía en el primer movimiento de sus reprensiones, era el Padre de carácter colérico y en sus cartas, a través de sus silencios caritativos, se pueden ver los indicios de la indignación que justamente bullía en su interior.

"Murió, dice el P. Velarde,[32] como había vivido, sobre pieles de carnero por colchón y un aparejo por cabecera y dos frazadillas de indios sin querer desvestirse, sin que las instancias del P. Campos pudieran reducirle a otra cosa. Convidado por el Padre, había ido a Magdalena para dedicar una capilla curiosa (que él mismo había ayudado a edificar) a S. Francisco Javier, difunto, de cuerpo entero en una urna dorada de admirable hechura. Sintióse indispuesto cantando la misa de la dedicación y parece que le llamó el Santo Apóstol (de quien fué siempre muy devoto) para que, enterrándose en su capilla acompañase a la imagen que había imitado al original en su apostólica vida y su alma lo gozase en la gloria.

"Permítaseme añadir lo que observé en los ocho años que le acompañé. En los 24 años de gloriosos trabajos en Pimería, que recorrió toda en 40 entradas, trabajó tanto como pudieran dos o tres operarios fervorosos. Sus conversaciones eran los melifluos nombres de Jesús y María y las conversiones de los gentiles, por quienes siempre pedía a Dios, y en el rezo del Breviario lloraba y edificaba en las vidas de los santos cuyas virtudes predicaba.

"Si despreciaban su persona, atemperaba su carácter colérico y había hecho hábito de realzar con alabanzas a quien con impro-

[32] Del P. Luis Velarde se conserva una "Descripción de la Pimería". Archivo Nacional. Doc. Hist. Serie IV, Vol. I, pp. 343-390.

perios lo maltrataba por obra o por escrito, usando los superlativos de "recibí la gratísima, estimadísima suya" y otros de obsequio y agradecimiento; si era en su cara, iba a abrazar al que los decía, diciendo: "Es vuestra merced y ha de ser mi queridísimo dueño, aunque no quiera", y luego quizá, iba a ofrecer los desprecios al Divino Señor y Dolorosa Madre, a cuyo templo entraba muchísimas veces al día y pasaba gran parte de sus noches".

Hasta aquí su biógrafo.

CAPÍTULO XII

SUCESORES DEL P. KINO.

1711-1760

1. Decadencia de las misiones del Norte. 1700-1725.— Mientras la Compañía de Jesús, por medio de sus grandes misioneros, Salvatierra, Ugarte, etc. y con recursos independientes del Rey, llevaba adelante, contra viento y marea, la misión de California, las más recientes de Sonora y toda la Pimería Alta decaían o casi se abandonaban por falta de recursos y de misioneros.[1]

La guerra de sucesión, dice el P. Astrain, absorbía todos los caudales y los altos empleados españoles de México y Perú, obligados a remitir a España todo el dinero posible, se veían faltos de fondos necesarios para pagar los misioneros.[2] Empezaron, pues, a escasear las pensiones reales, que eran la única renta con que se mantenían las misiones nuevas. Por algunos años sufrieron los Jesuítas

[1] Las antiguas misiones de Sinaloa, aunque en tierras no muy ricas, se proveían suficientemente con la agricultura y ganadería y la casa de Sinaloa llegó a erigirse en colegio. Aun estaban mejor las misiones del Yaqui, Mayo y Sur de Sonora, por ser lugares más fértiles. En 1715, a pesar de los pesares, se emprendió la misión del Nayarit. En 1723 debía el Gobierno a las misiones $72,040. Lazcano refiere cómo el P. Oviedo logró en Madrid se pagase puntualmente no sólo a los Jesuítas sino a los demás misioneros. Cédula de 5 Agosto 1718. En 1723 se consiguió también se fuese pagando despacio lo atrasado. Véase lo que hemos apuntado en la Misión de Sinaloa, Cap. V. n. 1, los subsidios que fué dando el Rey a las misiones.

[2] Y en México la colonización y defensa de Texas.

en silencio aquella falta, supliendo la necesidad con limosnas de los colegios, de las misiones antiguas o de algunos particulares, pero al fin se vió que no era posible ir viviendo unos cien misioneros con sólo el socorro de limosnas eventuales.

Cuando en 1704 entró a gobernar la Provincia el P. Salvatierra, habló con el Virrey y le requirió se pagase lo asignado por su Majestad y se satisficiese, siquiera en parte, lo atrasado. El Duque de Alburquerque recibió el informe, dió buenas palabras, reunió una Junta en que se discutió mucho, pero no se entregó ni un centavo a los Jesuítas. Instó el Provincial repetidas veces, sin conseguir más respuesta que los apuros extraordinarios de la Real Hacienda.

Entonces el P. Salvatierra, reuniendo, además de sus consultores a los principales profesos de la capital, les pidió le indicasen si veían otro remedio a la situación, que el de la entrega de las misiones al clero secular. Casi todos aprobaron la idea y firmaron con él un Acta de renuncia al Duque de Alburquerque. Terrible impresión recibió el Virrey y la hizo pagar a la California, pero, al fin, no viendo otra solución, empezó a pasar a nuestros operarios las pensiones acostumbradas, aunque lo atrasado prometió hacerlo según le fuera posible. En todo este período se entiende muy bien que, lejos de pensar en fundar nuevas misiones, se contentaran los Superiores con mal mantener las antiguas.

Además de estas causas generales, la Pimería tuvo la calamidad de tener en el presidio de Fronteras a un hombre que descuidó por completo sus deberes militares por más de diez años, el Capitán D. Gregorio Alvarez de Tuñón y Quiroz. Conseguido aquel puesto con artimañas acató en un principio los consejos del P. Kino (que aún vivía) y del P. Velarde su paisano con quien se había criado, pero luego se lanzó a hacer fortuna con las minas y granjerías de toda suerte y a perseguir y molestar a los misioneros. Abandonó por completo la visita de las misiones, que se solían hacer anualmente para corregir los abusos y tener en respeto a los indios. Se multiplicaban las muertes en los caminos, revivían las hechicerías sin que hiciera castigo alguno. Aún más abandonó a los Pimas la defensa del país contra los Apaches. Refiere el P. Velarde que en los ocho años que llevaba en Dolores, los Pimas habían muerto a más de 130 Apa-

ches con pérdida de sólo 30 ó 35 de sus guerreros, mientras los 50 soldados del presidio no habían apresado a 15 de estos malhechores.

Ibanse cansando sus Pimas al ver la indiferencia del Capitán, que rara vez ponía los pies en su presidio por andar en sus minas y comercios. Las plazas del presidio vacaban hasta el número de 15, cobrando él como si fueran completas. Aún más ocupaba siempre de 5 a 50 soldados o criados en su propio servicio a costa del Rey. Los desaires con los misioneros eran el pan de cada día. Por Febrero de 1722 llegó a formar una junta en San Juan Bautista para pedir a la Audiencia de Guadalajara la remoción de los misioneros, el despojo de sus tierras y ganados o, si no, que pagaran diezmos y los indios tributo. Al fin tuvo que ceder ante la amenaza del Gobernador de Durango y del Virrey. En tales circunstancias se comprende comenzaran los Apaches a envalentonarse y a perder el miedo a las fuerzas españolas, atreviéndose a ir a robar hasta las puertas del presidio.[3]

Harto hacían los misioneros en mantener las posiciones adquiridas, con los pocos sujetos de que disponían, sin ver la posibilidad de pasar adelante. Las misiones de Tubutama y Caborca, que habían tenido misioneros, se tuvieron que contentar hasta el año 1720 con las visitas, que desde San Ignacio les hacía de tiempo en tiempo el P. Campos. Los caciques del Bac, de Suamca, de Sonóita y de Quiburi y otros pueblos más distantes que, desde el tiempo del P. Kino, cuidaban de la cría de ganados, sembraban regularmente, vivían congregados en pueblos y aun tenían fabricadas casitas y capillas para los misioneros que tantas veces les habían prometido, con la dilación comenzaron a enfriarse y a esparcirse como antes, dando principio a la despoblación de la frontera que, con gran facilidad, pudieron después completar las epidemias y los Apaches.

La misión de Dolores, preferida del P. Kino tuvo misionero hasta el año de 1738 en que su santo P. José Javier Molina fué

[3] Véanse las Cartas del P. Velarde (Dolores Marzo 1722) al P. Visitador José Ma. Genovese; la de Mateo Manje (Bacanuchi 13 Marzo 1722) y otras muchas sobre estas trifulcas en el Archivo Nac. de México, especialmente en la parte de Hacienda, recientemente catalogada por la Dirección del ramo. (Leg. 278). Véase "Guía del Archivo Histórico de Hacienda siglos XVI a XIX". (México 1940). Otras quejas de Manje contra Tuñon en su Diario. Doc. Hist. Mex. IV Serie T. I. 341.

nombrado Visitador y vino a morir en Santo Tomás de la Tarahumara. La peste de la viruela vino a acabar con los pueblos de Dolores, Remedios, Ocuca, Tupo y otros antes tan populosos.[4] Pasaron los restantes de Dolores a S. Ignacio y los de Remedios a Cocóspora y sus bienes a Suamca, desde donde los atendía su misionero.

Así a la fecha de 1731, las misiones más fronterizas eran las de los Opatas de Cuquiarachi (cerca de Fronteras), la de los Eudebes de Cucurpe (donde vivía el Visitador Cristóbal Cañas), y la de los Pimas de S. Ignacio atendida por 40 años por el P. Campos y unos 30 por su sucesor el P. Gaspar Steger.

2. Frustradas tentativas de entrada al Moqui. 1711-1751.—Luego que murió el P. Kino, empezóse a hablar de cierta misión, llamada del Moqui, o Hopi, que metió mucho ruido en Sonora y, aunque pertenece el asunto a la historia civil, indicaremos la parte que tuvieron en él los Jesuítas.

El año 1711 ó 1712 aquellos indios, por medio de otros más vecinos, solicitaron del P. Campos que pasase a sus tierras, alegando que querían *Padres prietos,* pues, habiendo en su rebelión muerto a tantos Franciscanos, temían algunos castigos.

Por parte del Rey, también se habían hecho muchos gastos para sujetarlos por el lado de Nuevo México y se veía con agrado el que los Jesuítas probaran fortuna por vías pacíficas desde Sonora.

Pasó el P. Campos la noticia a los Superiores, pero ni el Visitador, P. Andrés Luque, ni el Provincial, Antonio Jardón, tuvieron conveniente entrar en controversia con los Franciscanos, cuyas misiones habían sido y estaban tan cercanas de las suyas de Nuevo México.

Años después el Capitán Becerra, que por mucho tiempo mandó el presidio de Janos, volvió a insistir en la idea con el Virrey, Marqués de Casafuerte, señalando camino para llegar al Moqui, sin pasar por Nuevo México, atravesando el Gila, en el presidio de la Asunción, y de allí, en tres o cuatro días de camino, al Moqui. El P. Campos, conocido y querido de todos los ribereños, podría acompañar la expedición que, de este lado, era mucho menos expuesta a los ataques de los Apaches.

[4] Datos del P. Pfefferkorn, misionero de Ati y Cucurpe, de 1756 a 1767.

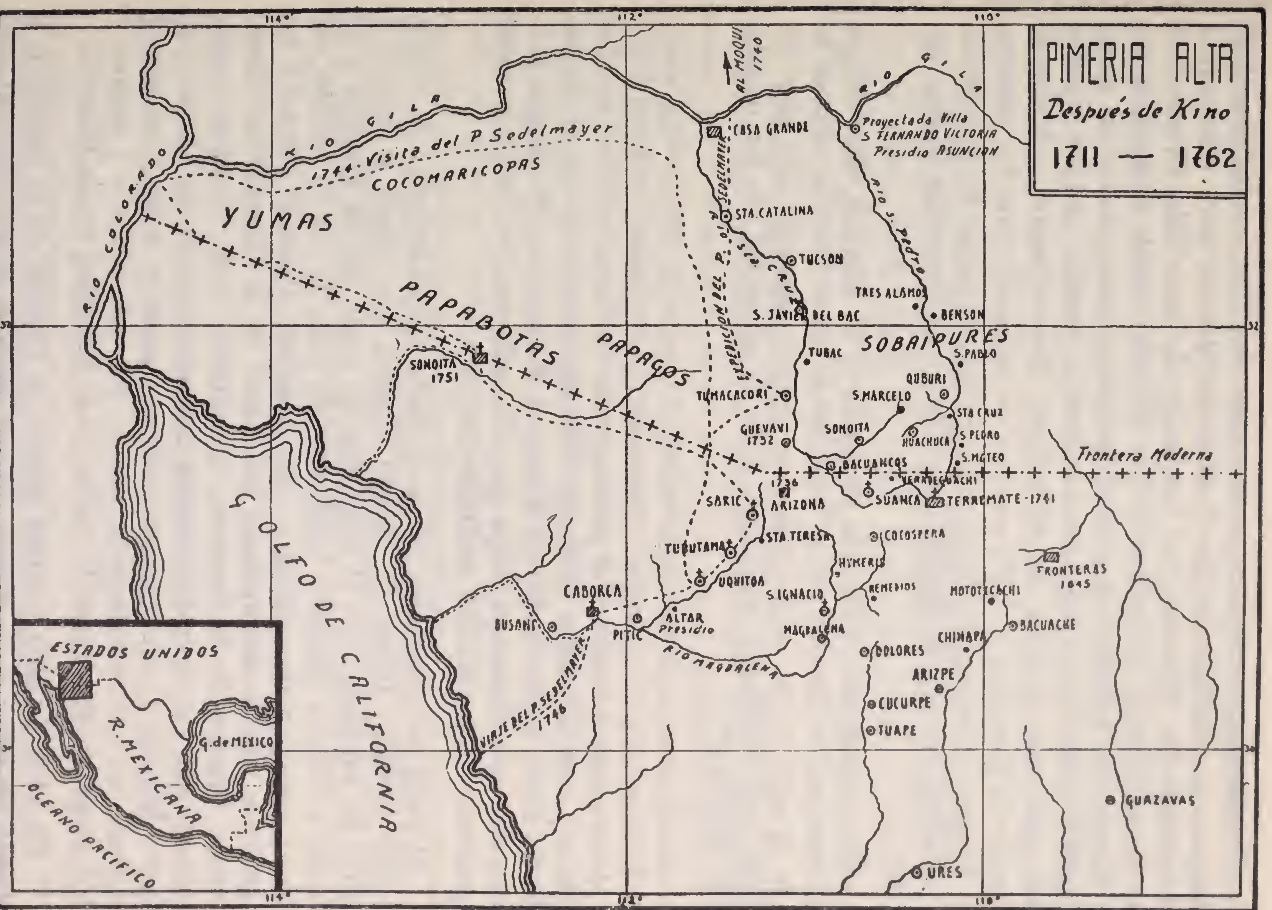


Lámina 55.—La Pimería Alta después de Kino.

Precisamente este año, a principios de 1723, se hallaba el P. Campos en el colegio de San Andrés de México, para informar a las autoridades. Pretendía la fundación de una Villa (Victoria o San Fernando) en las orillas del río Gila por donde desagua el río de Terrenate (S. Pedro) o de los Sobaypuris, prometiendo, en nombre del Provincial, no pequeños socorros de ganado, semillas y utensilios para cien familias de pobladores. En su mente, además de afianzar la frontera, la Villa serviría de avanzada para las misiones del Moqui. Aunque el Virrey hizo proposiciones al P. Provincial, éste insistió en que los Jesuítas no debían de pretender dichas misiones.

En cuanto a la Villa que proponía el P. Campos, dice Alegre que tampoco se llevó a cabo, "aunque en estos últimos años se ha dado la razón a los misioneros y se trata de ejecutar con ellos sus planes, por reputarlos necesarios para la seguridad de los pueblos de la frontera".

3. Fundación de tres nuevas misiones. 1731.—La visita del P. Campos a la capital y a Durango tuvo al menos el buen efecto de renovar el interés del público y de los Superiores en aquellas lejanas y casi olvidadas misiones. Por Septiembre de aquel propio año de 1723, había vuelto de Roma el Procurador, P. Gaspar Rodero, con una numerosa tropa para las misiones, y él mismo entró a gobernar la Provincia a mediados de 1725.

Al pasar por Durango, vería sin duda el P. Campos a su recién llegado Prelado, Illmo. D. Benito Crespo, que luego se animó a visitar las misiones, con el propósito de pasar por la Pimería y el Moqui a Nuevo México, instalando de paso la nueva misión del Moqui, que pensaba entregar a los Jesuítas. Pidió al efecto a los Superiores que le acompañara un Padre de la Compañía. Estos, aunque deseosos de la empresa, consultaron al P. Campos, quien contestó que de ninguna manera convenía entrar al Moqui por Nuevo México (cuyo gobierno odiaban aquellos indios) ni por el territorio de los Franciscanos; que la vía más cercana y segura y fácil de administrar aquella misión, si se fundaba, era la Pimería.

En vista de estas razones desistió el Prelado de su proyecto y estando de visita en la misión de San Ignacio, el año de 1725, vió que la única manera de acercarse al Moqui, por este lado, era ir

fundando nuevas misiones en el inmenso espacio que había entre las actuales y la dicha proyectada fundación. Hasta el río Gila, desde los tiempos del Padre Kino, los indios habían sido preparados y esperaban en vano la llegada de los misioneros. Precisamente, estando él en San Ignacio, vinieron setenta mensajeros de los pueblos Sobaypuris, especialmente de San Javier del Bac y de la serranía inmediata que media entre los ríos Santa Cruz y San Pedro Terrenate.

Viendo el Obispo sus buenas disposiciones y la necesidad de nuevos misioneros, se dirigió al Virrey, Marqués de Casafuerte. Este por su parte, desde Junio de 1725, había encargado al Brigadier D. Pedro de Rivera, del presidio de Janos, recorriera las misiones de Jesuítas y Franciscanos de la frontera y le informara de su estado.[5]

Contestó éste desde Janos (14 Febr. 1727) haciendo grandes elogios de las misiones de los Jesuítas, añadiendo que "en las ocasiones que se ofrecen de hacer campaña, contribuyen los misioneros con largueza, con víveres e indios abastecidos de todo lo necesario, como lo experimenté en la que acaba de hacer el Capitán del presidio de Fronteras. Estando yo en dicho presidio, vinieron a pedir al Rector, P. Ignacio Arceo, que respecto a no tener ministro, les diese el consuelo de ir a bautizar gran número de párvulos, lo que dicho Padre ejecutó, internándose más de 30 leguas al Norte. Bautizó 140 párvulos y volvió muy complacido del desconsuelo con que quedaban aquellos naturales de no tener ministro y no poder él asistirlos por la precisa residencia en los pueblos de su cargo. Por lo que juzgo necesario que V. Exc. procure se envíe uno o más misioneros para esta nación de más docilidad y racionalidad que otras".[6]

A las instancias que hizo el Illmo. Sr. Crespo en México, contestaron el Virrey y el P. Provincial que no tenían órdenes del Rey para esta fundación. Entonces, a 22 de Agosto de 1727, escribió su Illma. a Felipe V ofreciendo sufragar él mismo los gastos de viaje y mantenimiento de los tres misioneros que se necesitaban. Res-

[5] A esta fecha, la situación de las misiones de Sonora, aunque estacionaria, era todavía próspera, como se ve de la información del mismo obispo y aún más de la que envió al Virrey el Brigadier Rivera. Véase Alegre III. 237 (229).

[6] Citado por Alegre y Astrain. VII. 305 y 317. Se refiere sin duda a los pueblos Sobaypuris del valle del río de S. Pedro Terrenate y del río Sta. Cruz.

pondió el Rey desde Madrid (10 Oct. 1728) dándole las gracias y mandando al Virrey cumpliera con sus deseos.

Señaló el Prov. P. Antonio de Oviedo a los PP. Felipe Segesser, Juan B. Grazhofer e Ignacio Javier Keller, que acababan de llegar de Europa. Después de saludar, a su paso por Durango, al Illmo. Sr. Crespo, por la vía más corta de Janos, se presentaron los misioneros el 7 de Octubre de 1731 a la misión fronteriza ópata de Cuquiarachi (junto al presidio de Fronteras).[7] Allí los recibió el Rector P. Luis Ma. Gallardí, y, avisado el Visitador, P. Cristóbal Cañas, que se hallaba en la misión eudeve de Cucurpe, estudiaron con otros dos misioneros viejos los lugares donde eran más urgentes las nuevas misiones.

Allí se hallaba el Capitán por vida de Sonora y del presidio de Fronteras D. Juan Bautista de Ansa, gran amigo y auxiliador de los Jesuítas, quien prometió recorrer personalmente con sus soldados e indios los puntos de Sta. María Suamca, Guevavi y San Javier del Bac, y disponer las capillas y viviendas de los Padres. El mismo de su caudal quiso cooperar, con el auxilio que el Visitador P. Cañas y demás misioneros se ofrecieron a dar a las nuevas misiones. Le acompañaba D. Eusebio Aquibisani, cacique de los Sobaypuris, de tanta confianza y autoridad que el mismo Capitán le remitía el gobierno y los negocios de todos aquellos indios fronterizos.

Entretanto los Padres, para aprender la lengua, fueron remitidos a misiones antiguas: el P. Segesser en San Ignacio, Grazhofer en Tubutama y Keller, según parece en Cucurpe. Tuvieron allí los dos últimos la mala suerte de verse acometidos de furiosos tabardillos, que los pusieron a punto de muerte y les costaron larga y penosa convalecencia. Pero, ya en Febrero el P. Keller se halló con suficientes bríos y en Abril se presentó en Fronteras, donde el Ca-

[7] La relación de la fundación de estas nuevas misiones se ha conservado en un informe oficial al Sr. Crespo, fechado de Fronteras el 31 de Julio 1732 y firmado por el Visitador Cañas, el Rector Gallardi y los PP. Segesser, Grazhofer y Keller y el Capitán de Sonora Juan N. de Anza. Lo publicó el Dr. George P. Hammond de la Universidad de Albuquerque en The New Mexico Historical Review 1929, bajo el título de: Pimería Alta after Kino's Time, que graciosamente nos brindó.

pitán Ansa lo condujo, con sus soldados e indios, a la nueva misión de *Santa María de los Pimas.*[8]

El lugar estaba admirablemente escogido. Hállase la misión situada en la sierra más elevada de la actual frontera, donde nacen los ríos Santa Cruz, de un lado, San Pedro del otro, que ambos van al río Gila, teniendo al sur la vertiente de los ríos que bajan a Sonora. Es como el riñón y refugio de todas las tribus de Sobaypuris contra las incursiones de los Apaches. El pueblo está al nacimiento del río Santa Cruz, que de allí baja a Guevavi y se remonta luego por San Javier del Bac a Casa Grande del Gila. Es la parte más fría de Sonora y solía decir el P. Keller "que el verano de su pueblo comenzaba a las once y acababa a las tres del día de San Juan Bautista". Era el lugar más sano de la misión y allí se hallaban muchos viejos que pasaban de cien años.

Además de la sierra, su jurisdicción se extendía por entonces a los pueblos viejos y casi abandonados de Dolores, Remedios y Cocóspora al Sur, y al Oriente todo el valle del río de San Pedro de Terrenate: territorio recorrido y amansado años atrás por el gran Kino.

Como lugares de visita, donde sucesivamente se fueron poniendo capillitas, tenía, además de *Veradeguachi* y *Huachuca* en la vertiente Noreste, todos los pueblos del valle de San Pedro, el Presidio de *Terrenate* (que se fundó en 1741) tres leguas al Este, *San Mateo* (en la mera frontera actual) cuyos indios, por el continuo tránsito de los Apaches, se tuvieron que trasladar al Sur en el pueblo de Mototicachi; más al Norte *San Pedro* y los dos pueblos casi juntos de *Santa Cruz* y *Santa Ana Quiburi* (cerca del moderno Fairblank) donde vivía el cacique D. Eusebio Aquibisani y la gente más aguerrida de los Sobaypuris.

Todavía figuran en los libros de bautismos, más al Norte, los pueblos de S. Juan Quiburi, San Pablo Baicat, los Tres Alamos (lugar del actual Benson) de donde torcía al Oeste el camino de S. Javier del Bac y finalmente otros cinco entre los Cocomaricopas del río Gila, que debió de visitar en algunas expediciones en 1753

[8] Esta misión fué llamada por el P. Kino Santa María del Pilar o Bugatá por su nombre indio, luego Santa María Suamca (la pura) y aquí Santa María de los Pimas.

y 1755: Sentayson (frente a Casa Grande), San Andrés; Seudg (?), Badz (?), San Tadeo Basoycomarig, Santiago Optuavo (?).[9]

En todo este inmenso territorio, contaba el P. Keller un mínimum de 1.800 almas, paganos en su casi totalidad, aunque bien dispuestos y deseosos de la vida cristiana. Lleváronse allá algunos cristianos de los pueblos antiguos y catequistas experimentados, que pronto fueron formando un núcleo en Suamca, donde el mismo cacique Eusebio mandó a su mujer y a sus hijos. Habíanse arreglado algunas chozas para iglesia y vivienda, pero la mayor parte de la gente vivía al descubierto bajo los árboles o en sumarios abrigos. El Capitán Ansa ayudó no poco, no sólo con sus soldados, sino con víveres, animales, vestidos y utensilios de labranza.

Como en aquella sierra había poco lugar para la agricultura, con un hato de 40 ovejas formó numeroso ganado y con la lana y telares que puso, podía repartir a sus indios más de 400 frazadas al año. Lo quisieron muchísimo sus indios, como se vió a su vuelta de México en 1752, donde se le había llamado para quitar pretextos al Gob. Parrilla. Saliéronle a recibir con grandísimos regocijos, más de diez leguas de camino.

Tal fué el campo de batalla, donde por más de un cuarto de siglo, se afanó contra viento y marea, el P. Keller, resistiendo la terrible insurrección del año 1751, en que tuvo no ligeras trifulcas con el Gobernador[10] y no menores con las cada día más amenazadoras incursiones de los Apaches. Fué sin duda un héroe y gran

[9] En el mismo libro de bautismos (cuyo original se encuentra en Bancroft Library) se menciona el 19 de Diciembre 1737 la visita del obispo Elizacoechea en el pueblo de S. Ignacio, donde los misioneros le presentaron los libros de bautismos, casamientos y entierros. Figuran allí para Suamca otras visitas: Risibac, Obtecabo, Sarebac... y para San Javier del Bac: Tucsón, Upsay, Toason, Goetac, Quitabac y Sta. Catarina.

[10] Debieron de ser más que regulares, pues en su libro de bautismos, a 30 Mayo 1753 innserta una filípica contra las francachelas que tenía Parrilla con su favorito Luis en S. Ignacio. Empieza: "Los bautismos de este año de 52 están en el otro libro de caminar, por haber faltado este libro en mi ausencia que hice, pasando a México, despachado por mis Superiores, para informar sobre el alzamiento de 19 de Noviembre 1751, en que dieron muerte a los PP. Tello y Ruhén y a 119 personas, jarearon (sic) al P. Sedelmayr y al P. Nentuig le derribaron con un adobe que le tiraron". El informe que escribió en la capital, 25 Agosto 1752, puede verse en Doc. Hist. Mex. IV Serie, Tom. I. p. 24.

figura de aquellas fronteras, acabando no sabemos si en su misión o en otra parte.[11]

La segunda misión, que se fundó, fué la de *Guevavi*,[12] río abajo de Suamca, a pocas leguas de la frontera actual en territorio americano, lugar tantas veces visitado por el P. Kino en sus idas al Gila.

Para esta expedición se juntaron los PP. Grazhofer y Segesser con el Capitán Ansa y el cacique D. Eusebio en un lugar llamado Kino, en memoria de aquel gran misionero, el 3 de Mayo 1732, llegando el 4 al lugar de Guevavi. No había allí, aquel día, más que diez (*sic*) Pimas. Exhortáronlos, según costumbre ambos capitanes a obedecer y estimar a los Padres, que les venían a enseñar la ley de Dios y toda policía, para que gozaran las ventajas de los pueblos cristianos. Prometieron gustosos cumplir con lo que se les encomendaba y convidar a sus vecinos a poblar e instruirse en la doctrina. Tenían allí un cristiano viejo, muy instruído y capaz, que empezó luego su oficio de catequista y apóstol.

El lugar es muy ameno, regado el valle por el río Santa Cruz, con muchos ranchos y pueblecitos de labor y lugar de tránsito. Tenía al Sur, del lado mexicano, la visita de *San Luis Bacoancos* (Buenavista); en un arroyo, siete leguas al Oriente, estaba la visita de *Reyes Sonóita*[13] y en la misma dirección un pueblecito llamado S. *Marcelo* (poco visitado); 18 leguas al Poniente se hallaba la visita de *San Martín Aribac*; cinco leguas al Norte, en el mismo río, estaba *San Cayetano* y tres más arriba el pueblo de Jamac (tal vez el futuro presidio de San Ignacio Tubac). Se calculaba entonces la población en unas 1,400 almas, pero llegó a tener hasta 4,000.

Fué una de las misiones más florecientes de la frontera y parece haber tenido misionero residente hasta la expulsión, si se ex-

[11] Todavía firma partidas de bautismos el 19 Ag. 1759. En 1762 estaba allí su último misionero jesuíta, el poblano Diego de Barrera, que alcanzó el destierro y murió, después de diez años de prisión, en un convento de Córdova, Esp. a 2 de Marzo 1782.

[12] El nombre indígena de Guevavi era Gusutaqui. Por patronos hallamos los SS. Angeles Gabriel y Rafael, el mapa de Venegas pone San Felipe Guevavi.

[13] Es diferente del Sonóita del Poniente donde fué martirizado el P. Ruhen. Los antiguos escriben Sonoitac o Sonoidag. P. Steger, 1757. Arch. Ysleta.

ceptúan los años de 1750 a 54 en que, por el alzamiento general, tuvo que escapar su misionero P. José Garrucho a Sta. María Suamca.[14]

Los últimos Jesuítas de Guevavi fueron los PP. Ignacio Pfefferkorn[15] en 1762, Jimeno en 1764 y el P. Rafael Díez que vino a morir, en la flor de su edad, en Ixtlán de Jalisco camino del destierro. El P. Sebastián que fué su condiscípulo no duda en llamarlo santo, porque, aunque débil de salud y escrupuloso, había sabido arrostrar con gusto y alegría todas las penalidades de aquellas misiones.

La tercera misión que entonces se fundó, con la misma solemnidad, fué la de *San Javier del Bac,* la preferida del P. Kino, a cargo del P. Felipe Segesser. Tenía por visitas el pueblo de *San Agustín Tucsón* cinco leguas al Norte, *Santa Catarina* siete más allá en el mismo río y 20 al Norte *Casa Grande* y todas las orillas del río Gila, en que probablemente no hubo cristiandad alguna de asiento. Parece que San Javier del Bac no había tenido misionero de asiento desde que la abandonó el P. Gonzalvo en tiempo del P. Kino. Por las partidas de bautismos se ve que fué siempre lugar de mucha cristiandad: veintidós Jesuítas firman las partidas de 1720 a 1767. A la sazón se calculaba la población en 1,400 almas.

Mucho se ha escrito sobre esta misión que, ahora restaurada por el Gobierno Federal de los Estados Unidos, es una joya de las fronteras. Entre sus misioneros Jesuítas citaremos al P. Gaspar Steger que residió de 1733 a 1736, al P. Francisco Paver que el año 1750 tuvo que huir hasta 1754, con el Padre de Guevavi, a Sta. María Suamca y el último P. Alfonso de Espinosa, a quien los Apaches destruyeron su iglesia y tuvo que levantarla de nuevo, en el lugar donde los Franciscanos edificaron la que ahora admiran

[14] La visita de San José de Tumacácori, debió también de ser fundada por los Jesuítas. Las ruinas de la soberbia iglesia (que es ahora monumento nacional) son sin duda de los Franciscanos. Los Apaches la quemaron en 1769 y, cuando se destruyó Guevavi y abandonó en 1784, se hizo Tumacácori el centro de la misión y se reedificó la iglesia, que duró hasta 1820 ó 1825, en que todo lo destruyeron los Apaches y se abandonó el lugar. Cf. Forrest.

[15] Escribió en alemán dos vols.: Breschreibung der Landschaft Sonora, 1794. Traducidos en inglés por el Dr. Theodore Treutlein, Berkeley. Cal.

los turistas.[16] El premio, que dió España a este último santo apóstol de las fronteras, fué 18 años de prisión en el convento de Jerónimos de Yuste, donde falleció el 21 de Septiembre de 1786.

Los misioneros se manifestaban contentos de las disposiciones en que hallaron su nueva grey. "Todos estos Pimas del Norte, dice el informe citado, aunque belicosos, altivos y valientes, son amables, dóciles y generosos, como lo han demostrado en la recepción que nos han hecho. En todas partes se han adelantado mucho trecho a recibirnos, a pie y a caballo, con cruces, banderolas, plumas y danzas manifestando el gozo que tienen de tener misioneros. Más de 800, especialmente niños, hemos bautizado en esta primera expedición. Son obedientes haciendo con gusto lo que les mandamos y se han adelantado a sembrar algo de trigo y de maíz para los misioneros. Acudían a los pueblos no solamente los domingos sino muchos días entre la semana y diariamente los niños a la doctrina. En los lugares de visita o ranchos apartados el cultivo no podía ser tan intenso y los indios, más ladinos que en tiempo del P. Kino, no manifestaban tanto entusiasmo ni calor para trocar su vida errante por la quietud y orden de los pueblos.

4. Relativa calma y progresos en la Pimería.—En aquellos años la inquietud era general en nuestras misiones de la costa. Recordarán nuestros lectores que estaba al frente del Gobierno de Sinaloa el hombre más incapaz y enemigo de los Jesuítas que vieron las misiones, D. Manuel Bernal de Huidobro que el año 1734 fué nombrado Gobernador militar de Sinaloa, Ostimuri (Alamos), Sonora y California, separadas ya de la Nueva Vizcaya. Su larga y molesta expedición de California para sujetar a los Pericués sublevados apenas acabada, tuvo que habérselas con el levantamiento de los Yaquis el año 37, que achacó a los Jesuítas y terminó con su destitución el año 41.

Por suerte, tenía aquellos años la Pimería por amparo al viejo y experimentado Capitán Ansa, que desde el presidio de Fronteras, con su unión con los misioneros y autoridad y buen trato

[16] Sobre el Bac véase Arricivita, Bancroft, Engelhardt y Marion A. Habig. *OFM*. The builders of S. Javier del Bac. The Southwestern Quaterly. Oct. 1937, p. 154, donde se ve que los Franciscanos usaron hasta 1780 la vieja iglesia de los Jesuítas.

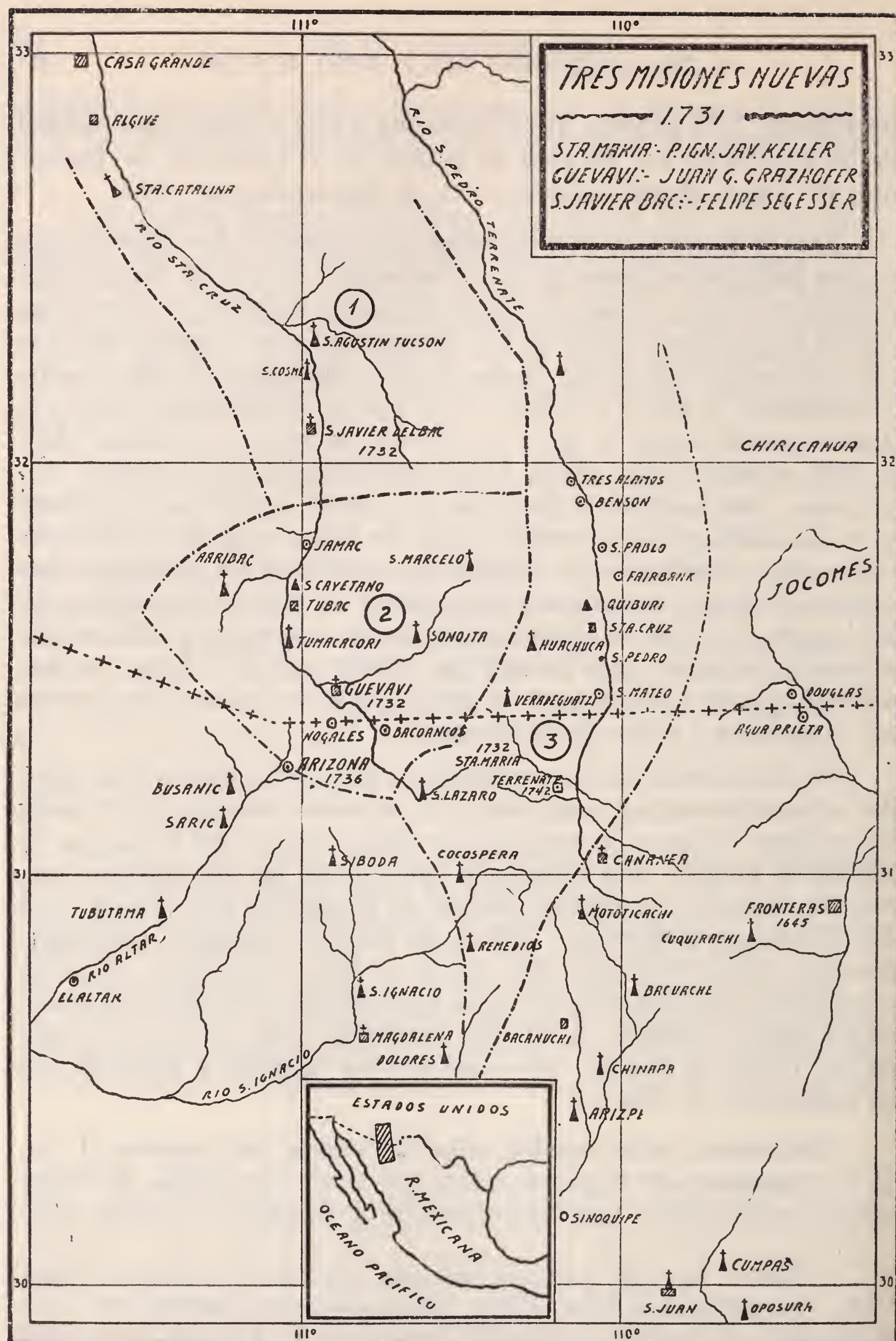


Lámina 56.—Tres nuevas misiones.

con los indios, era el sostén de la religión y del gobierno español. Agregóse del año 41 al 49 el valor y experiencia del nuevo Gobernador de Sinaloa D. Agustín de Vildósola, en cuyo período, respiraron indios y misioneros.

Revivieron los proyectos antiguos de exploraciones y de conquista hacia al Moqui. El año 36, en que se descubrieron las famosas minas de Arizona, el Capitán Anza propuso al Virrey el avance de la colonia hacia el Moqui, que había tratado desde el año 32 con el P. José Echeverría, Visitador General de las misiones. Con la esperanza de hallar más minas, ofrecía pasar al Moqui y tal vez hasta Cíbola, poniendo de su cuenta caballos, mulas y regalos para los indios. Fué bien recibida la idea en México, pero antes de ponerla en ejecución, pereció el benemérito Capitán en manos de los Apaches.

Estos años de relativa paz y libertad los emplearon los misioneros en el adelantamiento de las misiones fronterizas del Bac, Guevavi, Suamca y Tubutama que alcanzaron en este tiempo su mayor pujanza.

Desde 1736 estaba en Tubutama uno de los más cabales misioneros que sucedieron al P. Kino, el P. Jacobo Sedelmayr, bajo cuyo impulso los 16 años que allí permaneció, se renovaron los 12 pueblos que administró. En ocho de ellos rehizo las iglesias viejas, las casas y cementerios medio abandonados.

Empleaba en estos trabajos los Pápagos y otros indios gentiles, que acudían en gran número acosados del hambre o atraídos por el buen trato que allí recibían. Llegaban muchas veces con los puros huesos de flacos y miserables y se volvían, cuando querían, gordos y enseñados. El trabajo que hacían no era cosa mayor, pues preferían trabajar sentados y en alegre conversación, pero su número suplía a su dejadez.

La agricultura iba a la par, produciendo los campos las cantidades, que necesitaba la misión para tantos forasteros, viajeros, soldados, niños y ancianos, pues tenían siempre la mesa puesta.

Además de las propiedades de cada familia, nunca negaba tierras a los que querían sembrar, prestándoles los instrumentos y animales que necesitaban. A los recién venidos, que deseaban que-

darse en la misión, les ofrecía asiento y ayuda: formó así 15 rancherías en el territorio de sus pueblos.

Naturalmente el misionero no perdía su tiempo en lo espiritual. Cuenta él mismo que logró bautizar más de mil gentiles adultos que le habían pedido hospitalidad.[17]

La revuelta del cacique Luis, a quien había favorecido en su pobreza, y la ingratitd de los indios malbarataron en parte, los años siguientes, el fruto de sus labores, pero, a ejemplo del gran Kino, no dejó nunca el Padre de mirar no sólo por el bien de su misión sino el de toda la Pimería.

La preocupación de todos los misioneros fronterizos, de aquel tiempo hasta el fin, fué el avance hacia el Norte hasta juntarse con las misiones Franciscanas de Nuevo México y, para ello la colonización de las regiones del Gila y, por el lado de California, el paso por tierra hasta el Pacífico.

En 1742 se recibió Cédula del Rey para que los Jesuítas acompañaran la expedición que había de llegar al Moqui. Señaló el P. Prov. Escobar y Llamas para esta empresa al P. Keller de la misión de Suamca. Penetró el Padre algunas leguas al Norte del Gila, pero los Apaches acometieron y robaron de noche la caravana con muerte de un soldado y se rehusaron los demás a continuar la marcha.[18]

El año siguiente tentó la misma fortuna el P. Sedelmayr desde Tubutama. Llegó al río Gila y al pretender internarse en la sierra, por temor o porque no llevara sus regalos a los Moquis, se rehusaron sus indios a pasar adelante. Hubiera pasado solo, pues le decían que el Moqui distaba sólo tres días de camino, pero teniendo orden de mandarles antes mensajeros, no halló quien llevara la carta.[19] Lo mismo le sucedió en la expedición que emprendió a lo largo del

[17] Se hallarán todos estos datos en una hermosa carta que escribió al Visit. General P. Utrera para justificarse de los injustos cargos que le había hecho en México el Gobernador Parrilla, Guevavi, Nov. 1754. Véase. Doc. Hist. Mex. Serie IV. T. I. p. 76.

[18] Alegre III. 285.

[19] Véase esta expedición en el Arch. G. Nac. T. 308 Oct. Nov. 1744.

río Gila entre los Cocomaricopas, Papabotas y Yumas siguiendo las huellas del P. Kino.[20]

Sólo quedaba factible, para acercarse al Moqui, el proyecto propuesto ya por el P. Campos: la fundación de misiones o poblaciones a las orillas del Gila, resguardadas de los Apaches por un presidio de soldados.

Después de la frustrada expedición del año de 1744, el P. Sedelmayr había ido a la capital para informar al Provincial y al Virrey sobre la manera de avanzar y afianzar estas misiones de la frontera. Pidió con insistencia la fundación de la dicha Villa a la orilla del Gila, añadiendo la necesidad de conservar el presidio de Pitic en el Sur para contener a los Yaquis, Mayos y Seris y en el Norte el recién presidio de Terrenate, sin el cual quedarían descubiertas a los Apaches todas las misiones que había desde Fronteras hasta el Gila.

No pudiendo entonces conseguir los nuevos misioneros que deseaba, volvió a la Pimería en la primavera de 1746. Si bien la Compañía no podía aceptar la propuesta misión del Moqui,[21] siguió insistiendo en la fundación de misiones y de la Villa en el intermedio de ambas misiones, pero sin resultado inmediato.

Una tercera expedición hizo el P. Sedelmayr a la costa del golfo de California, para ver si podía hallar una comunicación fácil para proporcionar recursos a la California. Fueron vanos sus esfuerzos. El puerto más cercano a la California (desde donde a simple vista se ven ambas costas) es sin duda la Bahía Kino en la desembocadura del río de Hermosillo, que sólo dista 50 kilómetros de la punta de San Gabriel, donde se fundó después la misión de

[20] La relación de este viaje al Gila, 13 Oct. 1 Nov. 1749 se halla en Doc. Hist. Mex. IV Serie T. 1, p. 19.

[21] Véase el Informe del Prov. Escobar al Virrey (México Nov. 1745) en que discretamente pone las razones porque la Compañía no puede aceptar la misión del Moqui. Bandelier. III. 417. En cuanto a las misiones y Villa del Gila, escribió el Provincial al Rey, trayendo el parecer del obispo Elizalde, PP. Kino y Sedelmayr y Gob. Vildósola (1744). A petición de los Jesuítas informó favorablemente D. Gabriel de Prudhom, barón de Hyder, Alcalde Mayor de Sonora de 1727 a 1735, añadiendo la necesidad de este puesto avanzado para prevenir las pretensiones de ingleses y franceses. México 6 Nov. 1745. New Spain and The West. I. 162. Los Angeles 1932. Aprobó el Rey por Cédula de 4 Dic. 1747.

Sta. Gertrudis, pero a la sazón por uno y otro lado toda la costa estaba inexplorada y sólo habitada por los Seris salvajes. En cambio encontró el P. Sedelmayr, diseminados por la costa, unos 200 Pimas gentiles que trajo consigo a Tubutama.

A su vuelta halló que el Virrey había armado una ruidosa expedición de más de 700 hombres, concurriendo todos los misioneros y presidios, para de una vez sujetar a los Apaches. El mismo ruido de tanta gente asustó a los indios que no se pudieron hallar. Eso sí, una vez que vieron los Apaches a los españoles internados en el Norte, se echaron sobre la Pimería, talando, robando y quemando a su sabor las poblaciones. Los expedicionarios, faltos de víveres, tuvieron que volver atrás para ser testigos de los estragos de su temeridad.

5. Nuevos arreglos y dificultades en Sonora.—Aunque lo hemos indicado al hablar de las misiones de Tepehuanes y Topia, no será de más, antes de pasar adelante, anotar los nuevos arreglos generales, que los Superiores de México habían hecho con la Corte.

La demasiada extensión que habían adquirido (incluyendo el Nayarit) nuestras misiones (llegaban a 120), la dificultad de proveer económicamente pueblos tan distantes y la imposibilidad de visitarlos, movieron a 30 de Noviembre de 1745 al Prov. Cristóbal de Escobar a pedir al Rey tres cosas:

1.—El envío de 80 misioneros para llenar las vacantes que la edad, el mal clima y los trabajos hacen en nuestros misioneros (muy mal había de andar el personal cuando se necesitaba renovar las dos terceras partes).

2.—Que, en lugar de $300, se señalaran $500 para las nuevas misiones, pues la sola conducción a lugares tan distantes asume casi la mitad.

3.—Que se aceptara la entrega al clero secular de las 22 misiones de Topia y Tepehuanes para aligerar la carga e ir adelante, como se pide, al Norte de Sonora.[22]

[22] El sínodo que pasaba el Rey a estas 22 misiones se había de trasladar a la fundación de once misiones (cada una con dos Padres) en la Pimería Alta. No se trasladó nada.

Contestó el Consejo de Indias a 22 de Agosto de 1747 que, poco a poco, se fueran concediendo los aludidos misioneros; que el Virrey les diera lo que fuera necesario para sus gastos y que se aceptara la entrega de las citadas misiones.

Mas, las dificultades no venían sólo de la escasez del personal, sino también a veces de la calidad del mismo. Para hacer frente a la situación y gobierno de las misiones, se necesitaban cualidades de salud física, de administración, de talento y de virtud que no tenían todos los que allí llegaban y había que buscarles lugar donde trabajaran según su capacidad o devolverlos a la Provincia. Aunque el misionero tuviera todas las razones en su favor, por miedo de un levantamiento o huída general, no podía el Superior mantenerlos en un pueblo que no los quería. Así en 1741 tuvo el Visit. P. Luis Ma. Marciano, a petición de no pocos indios de Batuco, que cambiar al P. Andrés Ignacio González, que no escondió su indignación y sus iras.

Más sensible para toda la misión había sido (el año de 1736) el caso del P. Agustín Ignacio Campos, el intrépido compañero del P. Kino, que había pasado ya 40 años en su misión de S. Ignacio y que cuando, por graves causas, le quiso sacar el P. Marciano, le escribió (ya sea senilidad, ya trastorno de juicio) mil desvergüenzas e hizo junta de armas entre sus indios para oponerse y fué necesario acudir al Capitán Anza para sacarle.[23] Suerte que éste era tan amigo del P. Campos y de los Jesuítas, que después de suplicarles lo dejaran, viendo la necesidad, ejecutó la orden con tal prudencia que ni se dió cuenta de ello el famoso Gobernador Huidobro que tanta ojeriza tuvo a la Compañía.

Aunque no tan delicado, no dejó de preocupar a los Superiores el caso del P. Diego González en cuyo pueblo prendió la sublevación de los Yaquis, de que hemos hablado. Finalmente, al P. Visitador Carlos de Rojas, se le ofreció el año de 1757 ejecutar operación semejante a la del P. Marciano con el P. Ignacio Keller de la misión de Sta. Ma. Suamca. Estos casos eran más bien excepcionales entre tantos misioneros beneméritos y prueban la rec-

[23] Los papeles de este triste negocio se conservan en el Archivo de la Biblioteca Bancroft en Berkeley, Calif.

titud y buen gobierno de los Visitadores que, sin desconocer los méritos, exigían el remedio de los abusos.

A todas estas dificultades se juntaban las de la provincia de Sonora que, muerto el Capitán Anza, fueron creciendo por más de un cuarto de siglo. Bien las describe el Juez Visitador Rodríguez Gallardo, que vino el año de 1750 a investigar el gobierno de Diego Ortiz de Parrilla. "Provincias ricas en sus entrañas, pacíficas en apariencia, pobladas en sólo el título, gobernadas no como se debe, como su misma institución permite, fértiles y pingües en sí mismas y las más menesterosas de continuas erogaciones de la Real Hacienda, dependientes y mendigas de otras menos opulentas y abastecidas, pacíficas, pero demandando continuo auxilio y socorro de las armas y que, sin haber llegado al término y medio de su opulencia, se van por el contrario precipitando al contrario opuesto de su total, deplorable, fatal ruina. . . Los pueblos de Remedios, Dolores, Natora y San Mateo han desaparecido. No cuentan más que unas cuantas familias los de Sahuaripa,[24] Cumpas, Necámeri, Cuquiarachi, Teuricachi, Cuchuta, Oputo, Guazavas, Bacadeguachi y algunos más. Hay muchos más hombres que mujeres, ninguna ciudad de alguna importancia de españoles, escasísima moneda de cambio, casi ninguna salida para el comercio".[25]

6. Martirio de los PP. Tello y Ruhen. 21 Nov. 1751.—Los mayores pesares de los misioneros no venían muchas veces de los indios, sino de los mismos españoles y autoridades que, a tales distancias, se consideraban absolutas. Menos mal, cuando les tocaban algunos de los Capitanes subalternos, que habían manejado con ellos largo tiempo a los indios y tenían conocimientos de la tierra. La cosa era intolerable y sin remedio de abrir la boca, cuando

[24] A esta fecha debe referirse un informe original que tenemos del misionero en Sahuaripa, P. Fco. Jav. Fernández: "La cabecera de Sahuaripa no tiene más que 28 familias y los otros tres pueblos, S. Mateo, Bacanora y Arivechi cuando más 25. La iglesia de Sahuaripa está abundantemente alhajada, S. Mateo suficiente, la de Arivechi es nueva y la de Bacanora en ruinas sin esperanza de restaurarse por el corto número de indios y éstos solicitados por criados de españoles tan pobres que ni los pagan. Hablan todos español y siguen los malos ejemplos de los españoles que abusan de ellos y no se preocupan de sus obligaciones cristianas". Arch. Ysleta. Miscel. IX. p. 405.

[25] Véase Ocaranza: Crónicas. I. 129. 140. 173. 177.

se presentaban hombres del tipo de Huidobro, que tanto martirizó a los Jesuítas de Sinaloa y California.

Del año 1749 al de 1753, gobernó el territorio de las misiones del golfo el Coronel D. Diego Ortiz de Parrilla, que parece tomó a pechos ensalzarse a sí mismo, desprestigiar y deprimir ante los indios a sus misioneros. Nos lo pinta un informe, que parece del Provincial P. Ignacio Calderón, como un hombre sin experiencia, recién venido a las Indias cuyas costumbres desconocía, de modales muy distintos de las costumbres cristianas (que no practicaba), entregado por completo a sus personales intereses, pagado de sí mismo y desvanecido con sus nuevos honores, satisfecho de sus prendas, incapaz de pensar libremente, actuar con discernimiento y determinar en justicia.[26]

Veremos en el capítulo siguiente cómo una de sus primeras fechorías, para reprimir la audacia de los Seris, fué apresar a los que vivían en el Pópulo, enviarlos en collera a México y repartir por toda la Nueva España a sus mujeres como esclavas. Luego quiso perseguirlos en su refugio de la isla del Tiburón y creyó haber hallado en el cacique Luis Opiguachi, pima, astuto, ladino y licencioso un auxiliar invaluable para su expedición, que no tuvo más resultado que matar a algunos viejos y mujeres que no pudieron huir a tierra firme.

Esperando, por medio de tal hombre, manejar a su antojo a los indios lo alabó y declaró de toda su confianza a vista de los soldados, agregando honras, premios y galardón por sus proezas, sin sospechar que al propio tiempo se jactaba ante los suyos de matarle. El efecto fué llenarle de orgullo y precipitarle en mayores excesos, pues la cortedad de aquellos bárbaros, al verse favorecidos y antepuestos, los determinó a no contentarse con aquellos favores, sino a aspirar a sacudir del todo cualquier sujeción y yugo.

Desoía Parrilla con desprecio cualquier sugestión en contra de su favorito. Valiéndose, pues, de su autoridad y del apoyo del Gobernador, empezó Luis con gran habilidad y secreto a levantar a los Pimas y a hacer alianza con los Papabotas y Pápagos con la esperanza de los despojos.

[26] Ocaranza: Crónicas, ya citado.

Muy contrarios a sus planes eran los continuos viajes que el P. Sedelmayr hacía a las naciones de los ríos Gila y Colorado, y más aún, el haber establecido poco antes en Sonóita el P. Ruhen la nueva misión, que había dotado el Marqués de Villapuente.

A principios de Noviembre de 1751, llamó mucho la atención el extraordinario concurso de gentiles en Saric, pueblo de Luis. Fueron allá a ver lo que sucedía el P. Nentuig y varios españoles. Recibió Luis a los españoles de buena manera en su casa que había previamente desalojado y, pretextando ocupación, los dejó solos.

Rodearon al instante los Pápagos la habitación de Luis, él mismo prendió fuego a la casa donde perecieron todos los españoles entre las llamas y al golpe de las macanas. Pasaron de allí a la casa del P. Nentuig; pero éste, recibido aviso del P. Sedelmayr, escapó a toda priesa, dando aviso por el camino a cuantos pudo encontrar, para que se pusieran en salvo.

Sucedió esta matanza, dice el P. Nentuig, en la noche del 20 al 21 de Noviembre. Por la distancia, no se pudo dar noticia a los PP. de Caborca y de Sonóita con tanta prontitud que no la previnieran los alzados, pues al otro día 21, cayeron de improviso sobre el P. Tomás Tello de Caborca y de un macanazo en la cabeza le acabaron, al subir a un alto de la casa, quedando la pared señalada con la mano sangrienta con que se apoyó al caer.

A Sonóita, por la gran distancia llegarían lo más pronto el 22 y parece que el P. Ruhen trató de huir, pero lo alcanzaron muy pronto y lo mataron, no sus hijos, sino los forajidos que mandó Luis. "A pesar de las calumnias levantadas contra su virtud y desgraciadamente creídas por sus parricidas, dice el P. Nentuig, era un ángel en su vida y costumbres, como nosotros, que lo conocimos, podemos certificar".[27]

El cacique confederado de los Papabotas, Javanino, acometió por su lado a los pueblos de los Sobaipuris, pero, como sólo llevaba

[27] P. Nentuig: *Rudo Ensayo*, p. 231. *Apostólicos Afanes*, p. 599. No tenemos detalles sobre la vida de estos mártires. El P. Segismundo Taraval escribió una Relación del martirio de ambos. MS. que no hemos podido hallar. El P. Tello era natural de Almagro de la Mancha. El P. Ruhen era alemán (Konzag escribe Rhuen, otros Ruehen, Rowen, el catál, Ruhen).

el deseo del botín, dió lugar a poder salvarse los Padres del Bac y de Guevavi. Los dos jefes, ya juntos, acometieron después Tubutama, donde los PP. Nentuig y Sedelmayr, con algunos pocos soldados españoles, se habían refugiado en la iglesia: allí se defendieron dos días, hasta que, muertos o heridos algunos sitiados, los demás en el silencio de la noche hubieron de desamparar el sitio y retirarse, no sin gran peligro, a San Ignacio camino de 16 leguas.

En Tubutama y en los demás pueblos, pasaron de cien los españoles muertos; el P. Nentuig sacó una fuerte contusión en la cabeza, dos heridas en el brazo el P. Sedelmayr y en su misión jarearon en su cama al P. Luis María Gagliardi.

Parrilla, capitán del presidio de Fronteras marchó prontamente al socorro de los misioneros, condujo a Suamca los del Bac y de Guevavi, prendió en Suamca a un pariente de Luis que había ido a levantar gente y, confesado su delito, lo pasó por las armas. En lugar de caer inmediatamente sobre Luis, le envió tres embajadas que fueron despreciadas y aun en la tercera mató a los enviados y acometió a los soldados que esperaban la respuesta. Este ataque costó a Luis 40 de los suyos y poco después lo abandonó su aliado Javanino.

Envióle el capitán una cuarta embajada, en que tuvo la debilidad de contentarse con promesas y dejarle en su puesto. Con esto sobra decir que perdieron los Padres toda su autoridad con los indios y con Luis, hecho oráculo de su gente, libre de propagar hasta México y Madrid que los Jesuítas habían sido los únicos causantes del levantamiento.

Ortiz Parrilla para defender a su favorito (renegado, amancebado, emborrachador de Jueces y ladrón) y para cubrir su fracaso, acusó a los Jesuítas de gravísimos crímenes: que el P. Keller de Suamca había en un altercado insultado a Luis, que el Padre de Guevavi había herido a sus criados, que el P. Ruhen de Sonoita había matado a palos a un paje suyo, que el P. Tello había dejado morir en el cepo a una mujer preñada (con el pretexto de que no fuera a parir al monte como lo acostumbraban), que el P. Sedelmayr de Tubutama había muerto de hambre a dos niños...

El P. Provincial, Ignacio Calderón, tomó inmediatamente muy a pechos averiguar la verdad. Mandó al P. Visitador General José

Utrera hiciera una exactísima averiguación con todos los testigos posibles, informándose con los mismos misioneros de todas las circunstancias. Al fin se encomendó la causa a la Audiencia de Guadalajara y al nuevo Gobernador Sr. Mendoza, que fallaron en favor de la inocencia de los misioneros.[28]

Entretanto se esperaba la última resolución, observando el nuevo Gobernador Pablo de Arce la conducta de Luis, vino a conocer su malicia y le encerró en la cárcel, donde a poco murió consumido de melancolía. A los Pimas, que él permitía andar vagamundos, señaló plazo para que se restituyeran a sus pueblos. Los parientes e hijos del cacique fueron igualmente obligados a entrar en su deber. Volvieron los indios poco a poco a sus pueblos y trabajos y se devolvieron a las iglesias muchas alhajas, que hasta entonces no se había tenido cuidado de recoger.

Ocuparon de nuevo los misioneros sus cabeceras de Caborca, San Ignacio, Tubutama, la nueva del Saric, S. Javier del Bac, Guevavi, Sta. María Suamca, quedando suprimida la de Sonóita (que no duró más que seis meses) y la de Cocóspora que se agregó a la de Suamca.

Tardaron mucho en sanar las heridas que quedaron en el ánimo de los Pimas, que se habían hallado envueltos en las revueltas, y los efectos de las calumnias, que la autoridad civil había levantado contra los misioneros, se sintieron aún largos años en la menor docilidad y cariño que se les notaron. Quedaba además iniciada, en las altas esferas del gobierno español, la era de hostilidad contra los Jesuítas que más tarde produjo los efectos que sabemos.

Finalmente, las piraterías y guerras de los Seris (de que vamos a hablar) y de los Apaches, mantuvieron hasta el fin, en el Norte de Sonora y de Chihuahua, un estado de inquietud, que impedía todo avance y perturbaba aun las posiciones bien asentadas.

[28] Subsiste la mayor parte de estos documentos. Carta del P. Keller que fué llamado a la capital (25 Ago. 1752) Doc. Hist. Mex. IV Serie T. I. p. 25. Carta del P. Sedelmayr, detallada. Guevavi Nov. 1754, T. I. p. 76. Id. Carta del Gob. Mendoza Arch. Ysleta. T. VII. pp. 704-861. Informe del P. Proc. Miguel Quijano al Virrey. Doc. Hist. Mex. IV Serie. T. I. p. 32. Representación del P. Prov. Ignacio Calderón al Rey. 15 Marzo 1755. Ocaranza: Crónicas I. p. 177.

El último esfuerzo de conquista lo hicieron los Jesuítas el año de 1757 y se malogró. Habían llegado cinco nuevos misioneros alemanes y con ellos se proyectaba ocupar los puestos avanzados de Tucsón y Quiburi.[29]

Tucsón tuvo siempre una agrupación numerosa de cristianos o de gente preparada para recibir la fe, que se solía atender desde San Javier del Bac. Con la dotación (creemos) de la abandonada misión de Sonóita, entró a establecerse de asiento en aquel pueblo el P. Bernardo Middendorf y conservamos su carta original de entrada y fundación de 3 de Marzo 1757. No parece haber durado largo tiempo esta cabecera que vemos, más tarde, atendida de nuevo como visita desde San Javier del Bac.

La otra fundación de Santa Cruz (o Santa Ana) Quiburi en el río San Pedro, 30 leguas del presidio de Terrenate, río arriba al Norte, lugar muchas veces visitado por el P. Kino y sus sucesores, se consideraba como muy importante para la seguridad de las fronteras. Era como la puerta por donde se colaban los Apaches a Sonora. Era poblada por una tribu de Sobaipuris, amiga, aguerrida y valiente y muchos de ellos eran ya cristianos, atendiéndolos el P. Keller desde Sta. Ma. Suamca. Queríanle y servíanle mucho, pues a cualquier alerta de los Apaches, los tenía a la mano.

Ya estaban listos los nuevos misioneros, a quienes iba adjudicada la pensión real de la suprimida cabecera de Cocóspora (a la sazón aplicada a Suamca).[30]

La desgracia fué que el P. Keller, en tantos años, se había convertido en una especie de cacique de aquellas serranías y tenido di-

[29] Sobre este asunto tenemos en Ysleta una carta original del ministro de Tecoripa, P. Jacobo Sedelmayr, fechada de Mátape, donde hacía la visita, 6 Dic. 1756 y dirigida al P. Proc. Jan Ant. Baltazar. "Llegaron Hlava y Middendorff. Tampoco vi a los otros tres germanos (Getzner, Kurtzel y Paver). Los cinco están en San Ignacio. Ido el Cap. D. Tomás a México, volvieron los Seris a las cercanías de Tecoripa. En Caborca hubo un convoque de tres pueblos que se descubrió y se ajusticiaron a tres cabecillas. Al mandar el Gobernador en su primera visita volvieran a los pueblos, se alzaron diez rancherías del Gila con Javanino. Trescientos Seris y Pápagos atacaron Caborca. El Gobernador restituyó a S. Javier Bac al P. Espinosa refugiado en Tubac y fué tropa con el P. Middendorff a pelear al río Gila. Es difícil señalar misión a los nuevos misioneros y se hace necesario un presidio en el río Gila. T. VII. p. 844.

[30] Tom. VII-849. 852. Ysleta.

ficultades con sus superiores religiosos y civiles. Triste es decirlo, pero parece indudable que, no queriéndose privar de la visita de Cocóspora ni del auxilio de los indios de Quiburi, les indicó que no necesitaban de nuevos Padres y así mandaron ellos decir a los destinados, que estaban muy bien con su Padre de Sta. María Suamca y no deseaban su venida.

No lloraremos mucho este fracaso, pues, en las circunstancias en que se hallaba Sonora, no hubiera durado esta misión sin un presidio de soldados. En efecto, el año de 1762, cansados de pelear continuamente con los Apaches, sus indios abandonaron la región y se repartieron entre las misiones de San Javier del Bac y de Sta. María Suamca.

CAPITULO XIII

LOS SERIS Y LOS APACHES

1. Primeros contactos.—Eran los Seris una tribu que habitaba la costa de Sonora comprendida entre la desembocadura del río Yaqui al Sur y la del río Magdalena (Asunción) al Norte, con la isla del Tiburón al centro. Todos hablaban especial y difícil lenguaje y formaban varios grupos, según el lugar de su habitación: Guaymas al Sur, Carrizos, Salineros, Tiburón y Tepocas al Norte. Habla ya de los Guaymas la Anua de 1617 como vecinos de los Yaquis y la de 1628 como pueblo costeño de diferente lenguaje.

Su conversión no se intentó sino después que sus vecinos del Este: Pimas Bajos (Nebomes), Eudebes y Sonoras (Opatas) se retiraron de ellos para formar pueblos cristianos un poco más tierra adentro. Empezó su conversión el P. Juan Fernández, misionero de Ures, el año de 1679. Copiaremos la relación (1692) de su primer misionero estable desde 1688 el P. Adamo Gilg.[1]

[1] Esta carta publicada entre las edificantes de Austria (Stocklein No. 53), la tomamos del librito de Carl Sauer: The distribution of aboriginal tribes and languages in Northwest México. Berkeley, Calif. 1934. El P. Kino, después de salir de California, en una exploración con el Capitán Guzmán, estuvo 45 días en la Bahía Kino, llamada entonces de San Juan, en la desembocadura del Sonora (Julio-Agosto 9, 1685), tiempo que aprovechó para catequizar algunos Seris y dijo tres veces misa en tierra. Bolton. Vida de Kino, p. 205. Vino el P. Adamo (así firma) Gilg a México en Oct. 1687 y en Marzo de 1688 ya estaba con los Seris. Se acaba de traducir en inglés. (M. L. Reynolds. Berkeley, Cal.) la relación de su viaje a México.

"Una vez que los Pimas Bajos se alejaron al Este para formar poblaciones, los Seris costeños también se les fueron acercando, no por cariño a sus antiguos vecinos, sino por deseo de pillar sus riquezas y enriquecerse con ellas. Así que, desde el año 1662, se atrajeron diversos castigos de los españoles que protegían los nuevos cristianos. Los adultos, que no se quisieron sujetar, fueron exterminados a sangre y fuego y sus niños repartidos entre pueblos cristianos. Finalmente los restantes el año 1679, ya por miedo de los españoles, ya por persuasión del celoso P. Fernández de nuestra Compañía, misionero de Ures, se congregaron en un gran pueblo que, por su devoción a Nuestra Señora, llamó Santa María del Pópulo. A ellos luego se juntó una de sus tribus septentrionales llamada de los Tepocas.

"Desde el año 1688 tengo a mi cargo esta nación y en 1692 empecé a recorrer las pesquerías de la costa, donde viven los Seris y así lo haré en adelante empezando por los Tepocas que están más al Norte... No conozco pueblo alguno bajo el sol que tenga más términos para distinguir los varios grados de parentesco. El hijo se dirige a su padre en diferente manera de la hija; el hermano mayor trata a los menores en diversa forma que éstos a él, y así de los otros miembros de la familia; así es que es dificilísimo para un extranjero recordar las múltiples designaciones de la parentela.

"Su lenguaje no tiene parecido con el de los Pimas; no emplean nunca la palabra *No* o *Ninguno,* sino que usan circunlocución. En lugar de decir: este fulano no es listo, dicen: es un loco. Los pueblos vecinos, al contrario, usan de negativos y esa es la razón de su nombre *Pi-Mas* que quiere decir *No-Pueblo...* Tienen también la extraña costumbre los suegros de no hablar nunca ni acercarse a sus yernos ni éstos a ellos".

Estas son las más antiguas noticias que tenemos de esta raza.[2]

El año de 1700 hallamos otra tentativa en la fundación de la misión de Santa Magdalena de los Tepocas, trayendo a los indios de sus costas para establecerlos en pueblos, más al alcance de los misioneros. Dice Mc.Gee que la ubicación de esta misión se ha perdido,

[2] El P. Cuevas cree que en 1729 fué martirizado por los Seris el P. Miguel de Almanza. Historia Ec. IV-372. La cita del P. Solá no convence.



Lámina 57.—Tribus y misiones de Seris.

pero tampoco nos satisface la que le señala Carl Sauer, diciendo que es Magdalenita o Malenita (Rayón), que se halla a demasiada distancia al Sur de Cucurpe para ser atendida y fundada por el misionero de Cucurpe. Hasta nueva orden creemos que se trata de Magdalena que visitó el P. Kino, que se llamaría así de los Tepocas por la proximidad de aquellos salvajes, cuyos linderos no estarían entonces bien definidos o por otras razones que no conocemos (si bien la mayoría de la población era Pima), pero que está enteramente al alcance del misionero de Cucurpe.[3]

2. Segunda época, 1729-1760.—No sabemos quién continuaría la obra del P. Gilg. En 1729 hallamos en el Pópulo al gran apóstol de los Seris P. Nicolás Perera, quien en un papel que se conserva en el Archivo Nacional[4] nos refiere una expedición que hizo el año de 1729 con el Gobernador de Sinaloa, para recoger a todos los Seris a la misión del Pópulo. Salidos de esta misión el 16 de Agosto 1729, se dirigieron primero, 40 leguas al Norte a la tribu de los Bacuachis, tierra sin agua ni labores, donde bautizó ocho párvulos y la gente no hizo dificultad en trasladarse a la dicha misión.

De allí bajaron al Sur al Carrizal, de donde el Gobernador mandó a dos indios fieles a convidar a los de la isla del Tiburón a que recibieran al Gobernador y vinieran a verle. No pudo, como pensaba, por falta de barcas que había encargado, pasar personalmente a la Isla, pero vinieron todos los de la isla a la costa, menos una familia enferma que vino después. La isla era completamente desierta y no había más que dos aguajes, que les daban escasamente el agua precisa. Tenían mil dificultades para procurarse la comida y se hallaban en la mayor miseria. Había sólo dos rancherías, una en el extremo Norte y otra en el Sur. No hicieron dificultad alguna en querer pasar a tierra firme, siendo agasajados con abundante comida y toda suerte de consideraciones de parte del Gobernador y del Padre. Se juntaron unas 150 almas de la ran-

[3] Véase el Informe de Vildósola a Huidobro, 25 Julio 1735 sobre el estado de aquella tribu. New Spain and the West. I. 151. Los Angeles, 1932. Donald Rowland.

[4] Memorial de la visita que hizo el P. Nicolás Perera a la Isla del Tiburón. Archivo Nacional. Hacienda. Leg. 17. n. 37.

chería del Sur y unas 25 familias de la del Norte y todos fueron llevados al Pópulo. "Son, dice el Padre, todos estos isleños gente muy buena, sin malicia y ajenos de todas las maldades de los Seris de la otra banda".

Llegados al Pópulo, dió luego el P. Perera recado al misionero de Ures, le mandara trigo de siembra para los recién llegados, alimentándolos y atendiéndolos con todo cariño, para que se fueran acostumbrando a su nuevo género de vida y costumbres cristianas.

Por lo visto, aquella colonia lejos de guardar las buenas costumbres que traía, se fué maleando con los vicios de los de tierra firme.

La descripción que nos hace, 30 años después el P. Nentuig en su *Rudo Ensayo,* no tiene nada de halagüeña.

"Es la nación de los Seris, dice, la menos numerosa, pero la más cruel y salvaje de esta provincia. La prueba de su pequeñez es que, cuando se redujo a pueblo, no se pudo formar más que el del Pópulo y el P. Nicolás Perera, que fué el que por más tiempo toleró sus insolencias, me dijo que cierta vez, que se juntaron todos, (no me dijo donde), no vió más de 300 personas.[5]

Siempre han sido salvajes y resistido la ley de Dios, aun los que se han retirado a vivir en los pueblos de Pópulo, Necameri y Los Angeles, que han sido siempre una minoría. Y aun éstos, para tener constante comunicación e informar a sus parientes paganos, siendo menos sospechosos, solían ir a espiar a los pueblos cristianos lo que les convenía e inmediatamente enviar la noticia, por medio de indios huídos, sin que jamás se sospechara quién había enviado el informe, y aun cuando se sospechaba que los del pueblo habían sido los reos, inmediatamente presentaban testigos de vista para probar que no habían estado en el lugar de la fechoría.

Para refrenar sus pillajes y correrías, el Gobernador Agustín de Vildósola estableció su cabecera en el Fuerte de Pitic[6] (al fin del

[5] El P. Pfefferkorn decía haber oído al P. Perera que antes de su rebelión, la nación Seri contaba de 9 a 10,000 almas.

[6] Es diferente del que estuvo cerca de Caborca (Pitiquito) y luego en Altar. Aquél está cerca de Hermosillo y el año 1742 se puso allí guarnición para contener a los Seris y junto al Fuerte se puso la misión de S. Pedro de la Conquista (hoy Villa Seris).

año 1741 o principios de 1742) que, el año de 48 cambió el Capitán José Rafael Gallardo a Horcasitas, a una legua y media del pueblo del Pópulo. No se puede negar que esta medida y la repartición de tierras entre la gente del presidio fué causa de su resentimiento y motivo de sus posteriores fechorías.

Pero, aun entonces, no quedaron tan intratables como ahora. Cosa de 80 familias volvieron al Pópulo, con la promesa de que les devolviera sus tierras y quedaba alguna esperanza de que otros hicieran lo mismo.

Desgraciadamente el año 1750 sucedió a Gallardo un Gobernador muy distinto (D. Diego Ortiz de Parrilla) que, a las primeras sospechas y denuncias, que se hicieron de algunos hurtos y movimientos de los Seris, mandó prender de improviso a todos los que se habían poco antes agregado al Pópulo, quitarles las mujeres que se repartieron por toda la Nueva España hasta Guatemala. Este agravio imposibilitó para siempre su reducción, de que no piensan haber tomado, en tantos años, correspondiente venganza.[7]

Los que quedaron se retiraron a la isla del Tiburón o al cerro Prieto, donde los siguieron los presos que, uno a uno, lograron fugarse. El Gobernador Parrilla quiso seguirlos en su refugio con 500 Pimas auxiliares, al mando del cacique D. Luis Opiguachi, pero lo único que logró de su flamante expedición fué prender a 30 personas, mujeres o niños, ningún hombre, aunque dijeron haber muerto a diez o doce, y envalentonar al Cacique Luis que luego se levantó y mató, como hemos visto, a dos misioneros y muchos españoles.

Sin embargo al fin del año 1753, empezaron de nuevo a prestar oído a las proposiciones de paz del Gobernador D. Pablo de Arce y mandaron sus comisionados para hacer arreglos. La primera condición que pusieron fué la devolución de sus mujeres repartidas dondequiera; la segunda la restitución de sus tierras en el Pópulo y en los Angeles; la tercera la retirada del Presidio del Pópulo a Pitic y la cuarta el tener por misionero al P. Nicolás de Perera.

[7] El catálogo de 1751 trae todavía como misionero de Pópulo al P. Francisco Loaiza.

Aunque a todas estas demandas los PP. Felipe Seggesser y Nicolás Perera, autorizados por el Gobernador que hacía una visita de inspección, prometieron se cumplirían, como a la primera no respondieron sino que el Gobernador haría lo posible para satisfacerlos, no quedaron satisfechos, viendo la dificultad de llevarla a cabo.

El famoso Chepillo, invitado por el P. Nicolás, paró una noche a su ventana en su misión de Acontzi y, reconviniéndole el Padre por el mal que había hecho y exhortándolo a entrar en arreglos, le respondió éste:

—Sé muy bien que con esta clase de vida nuestro pueblo se condena, pero esto no tiene remedio.

—Remedio hay, dijo el Padre.

—Estamos acostumbrados a vivir con mujeres, replicó el indio. No sabemos dónde están las nuestras, ni si están muertas o vivas. V. R. no nos casará con otras y si halláis que estamos con otras, ordenaréis que nos azoten. Así es que estamos perdidos y esto no es nuestra falta sino de aquel hombre.

Con esto se despidió y al buen Padre Nicolás al referírmelo en Ures el año 1754, le corrían las lágrimas por sus mejillas.

Durante el mismo tiempo de las negociaciones de paz, las interrumpieron ellos bajo el pretexto de que los Guaymas habían entrado en uno de sus ranchos, matando a algunos e hiriendo a otros. Ahora bien, decían, si los españoles permiten tal conducta, mientras tratan de paz, ¿qué seguridad podremos tener cuando ésta se haya concluído?

Se les dijo que la falta no era del Gobernador ni de ningún español, pues, viviendo los de Guaymas tan lejos, no había sido posible darles noticia del tratado que se estaba haciendo, que por esto no se debían de ofender, pues el caso no se había podido prevenir. Lo único que pudo conseguirse fué que cesasen las hostilidades mientras se cumplía lo prometido. Eso se guardó el tiempo que duró el Gobernador Arce, pero apenas el Sr. Mendoza tomó las riendas del gobierno (1755), empezaron a asolar a sangre y fuego la provincia. Es cierto que, durante el régimen del Sr. Arce, se llevaban algún ganado, pero perdonaban a la gente y no se valían de la fuerza sino

del descuido de los pastores, dejando en lugar de los animales frescos, que llevaban, los viejos.

Persiguiólos el Sr. D. Juan de Mendoza durante un año con tal tesón que "como ellos confesaban, ni debajo de tierra estaban seguros". Con tal motivo, prometieron bajar en son de paz pidiendo tiempo, sin embargo, para congregar a todos los parientes. Se lo concedió D. Juan, y mientras tanto, pasó a visitar la Pimería Alta.

Durante su ausencia, que sería de dos meses, se reunieron todos los Seris y, abandonando sus propios terrenos, se hicieron fuertes en la áspera montaña de Cerro Prieto, que está poco al Norte de Guaymas, y desde allí hicieron burla de las armas españolas. El Gobernador los atacó cuatro o cinco veces, pero cada ataque le significaba un descalabro.

Por fin, a fines de 1760, habiendo ido el Sr. Mendoza con mucha gente a ver la novedad del descubrimiento de las minas de oro de Saracache, se atrevieron algunos Seris (que aseguran no pasarían de 19) a atacar el Real y, sentidos, se enfrentaron en distintas partidas con 150 hombres. Llegó el Gobernador al lugar, donde algunos soldados trataban de sujetar a un indio que tenía ya varios balazos. Para ayudar, metióle en la boca el bastón, y así tendido como estaba, casi agonizando, pudo repecharse contra un barbazo y embrazando el arco, disparó tan terrible flechazo, que entrándole al Gobernador por el pescuezo le atravesó, rompiendo por el costado encontrado. Cayó el Gobernador y el indio matador expiró, pero D. Juan no duró dos días con vida, falleciendo a 26 de Noviembre de 1760. El Seri, llamado Becerro, fué uno de los cabecillas que Parrilla remitió a la ciudad de México y se escapó.

El nuevo Gobernador D. José Tienda de Cuervo emprendió a principios de Noviembre de 1763, con el Comandante D. Gabriel Vildósola, una sonada expedición a Cerro Prieto con 184 soldados y 217 indios auxiliares y 20 vecinos. Duró la campaña tres meses y los misioneros ayudaron con gran cantidad de comestibles: mataron 49 Seris, apresaron 63 y recobraron 322 caballos; pero al bulto de la nación (que dicen no pasaba de 150 flecheros) no lo hallaron. Avisados, habían pasado a la isla de S. Juan Bautista. Si los Seris en este tiempo no pudieron dañar las misiones, aprovecharon la ocasión de estar ocupada luego la tropa con los Apaches del Norte,

como un río represado corre cuando se suelta, para repetir con nueva furia y ferocidad sus destrozos.[8]

3. Sus escondites.—Pero antes de hablar de éstos, echemos una ojeada sobre la tierra, donde los Seris hallan abrigo y maquinan sus crueldades. Su principal seguro es el famoso Cerro Prieto, doce leguas al Oeste de San José de los Pimas, doce al Sur de Pitic (Hermosillo), catorce al Este del mar y 30 al Norte del Yaqui. Es una agregación de varios montes que forma una inexpugnable fortaleza, con hondas barrancas y cañadas, donde es imposible usar el caballo para perseguir al enemigo vencido, y, aunque se penetre en sus vueltas sin fin, todavía hallan el refugio en inaccesibles alturas. Las más conocidas barrancas son El Rodríguez, el Gran Cañón, La Palma, La Cara Pintada, Los Otates. La Nopalera, Las Abispas y al fin hacia Guaymas La Punta de San Marcos, donde, después de haberlo buscado en vano por todas partes, se halló el cabecilla de los rebeldes renegados.

Además del Cerro Prieto, que, por tres o cuatro años, ha sido su refugio principal, usan esconderse en la montaña de Bacoatzi Grande, 16 leguas entre el Norte y Oeste de la Villa de San Miguel y en la de las Espuelas, pocas leguas más allá en la misma dirección, y en otras montañas a lo largo de la costa como Picú; pero habiendo sido cazados por las tropas de estos lugares con grandes pérdidas, suelen ahora evitarlas. Lo mismo puede decirse de otro escondite, la isla del Tiburón y la de San Juan Bautista.

4. Sus venenos.—Una palabra hemos de decir del veneno, que usan en sus flechas, que es el más violento que se conoce en estas partes; porque si los remedios usuales no se aplican inmediatamente, aunque sólo la piel esté afectada, la herida empieza a hincharse y se extiende por todo el cuerpo, de tal manera que la carne revienta y cae en pedazos, causando la muerte en 24 horas. Según me dijo un vecino de ellos, viejo y digno de crédito que los vió en las pesquerías de Tepoca en tiempo de paz, la manera de fabricar

[8] Hemos agregado a la narración del P. Nentuig algunos datos del Sr. Tamarón, Diario, p. 268. Sobre los Seris, véase W. T. McGee: The Seri Indians. Washington 1898 y Alfred Louis Kroeber: The Seri (estado actual). Southwest Museum. April. 1931.

este veneno es exactamente igual al que usan los indios Caberres del Orinoco, como refiere el P. Gumilla con las siguientes diferencias:

En primer lugar, los Seris experimentan con el mayor cuidado su veneno: vendan apretadamente el brazo o muslo de uno de sus más robustos jóvenes y entonces le hacen una incisión dejando correr la sangre. Cuando está a cierta distancia de la incisión, aplican la punta de la flecha emponzoñada. Si la sangre empieza a bullir, el veneno está a punto y el joven se limpia con el dedo para que no penetre en las venas.

La segunda diferencia es que, no se ha podido hallar el material con que lo fabrican: se habla de cabezas de víboras enfurecidas al morder pedazos de pulmón, de carne humana corrompida y de otras inmundicias que no quiero nombrar para no provocar asco, el hecho es que son sólo conjeturas y que sin duda usan alguna raíz sólo de ellos conocida.

La tercera es que, gracias a Dios, el efecto del veneno no es instantáneo y da tiempo de aplicar algunos remedios, como la Caramatraca que, si no curan, al menos dan tiempo al paciente para morir cristianamente.

También debemos agradecer a Dios, no hayan comunicado nunca su secreto con sus confederados Pimas, que andan con ellos y así, en los dos o tres años que les hemos hechos guerra, sus flechas no han hecho tantos estragos y aun las han usado nuestros amigos, recogiendo las que caen en nuestro campo, para ahorrar las propias, devolviéndoles su ponzoña.

5. Sus confederados.—Andan con los Seris muchos Pimas, de los que huyeron en la pasada guerra de 1751, o tránsfugos y criminales que los soldados españoles y aun indios persiguen por sus crímenes. Eran antes unos y otros implacables enemigos, pero lo que no pudo el afecto, lo logró la necesidad de socorro mutuo.

Aunque los Seris han siempre tenido éxito en sus empresas, ven claramente que su poder está de baja, perdiendo algunos soldados en cada escaramuza. Carecen además de mujeres que les proporcionan los villanos Pimas, que, no estando seguros en su propia tierra, logran así ser admitidos y participar de sus fechorías.

En la campaña, que hizo contra ellos el pasado año de 1761 el Gobernador D. José Tienda de Cuervo, sufrieron los Pimas renegados más que los Seris sus socios.

Dicho Señor, después de tomar el gobierno de la Provincia, juntó consejo de guerra con todos sus capitanes, determinados a acabar con la empresa. Puso personalmente mil pesos y cada uno de sus capitanes hizo otro tanto. Los Jesuítas dieron 560 fanegas de pinole a cuatro pesos cada una (que es el precio más bajo), cerca de 220 quintales de carne seca a seis pesos, lo que forma un total de $3,560 para gastos de la campaña. La razón, porque sufrieron más los Pimas renegados, fué porque las tropas reales hallaron luego su escondite en la barranca de Cosari en el Cerro Prieto, fronterizo de los Seris. El ataque hubiera sido más decisivo si no se hubiera prestado a tener con ellos una junta a que hábilmente le convidaron en una altura casi inaccesible en la que, según me aseguran algunos presentes, le mintieron en cada palabra que le dijeron. Sé perfectamente que todo fué pura mentira, particularmente las razones de su alzamiento, y podría refutar cada cosa que dijeron, con las más evidentes pruebas con testigos de vista que aún viven. Lo que me admira, es que se les haya hecho caso en cosas tan contrarias a la verdad.

Y no debo omitir que nuestros aliados indios se escandalizaron grandemente de que se consintiera tal conferencia, conociendo todos perfectamente la increíble habilidad que tienen los indios para hacer aparecer como inocentes sus más detestables crímenes, aun cogidos con el cuerpo del delito en las manos, si hallan quien les preste oído.

A pesar de sus pérdidas en hombres, que oí decir pasaron de 70, los Pimas rebeldes se les van agregando en mayor número cada día, con nuevas reclutas de Pimería Alta y aun probablemente de entre los Pápagos. Si no se limpia el país de estas partidas confederadas de Seris y Pimas, no podrá haber paz, pues no importa cuán pocos queden, siempre hallarán o gente turbulenta en los pueblos, o criminales escapados de la justicia, que se les junten para formar nido de ladrones o de asesinos.

6. Los Guaymas.—Estos indios Seris, conocidos desde 1617 y mezclados con sus vecinos los Yaquis y Pimas Bajos (Nebomes) fueron de los más tratables y, los que se convertían, eran atendidos

desde el pueblo Pima de Belén y del Yaqui Huiribis. El puerto de Guaymas, conocido desde el año 1700 fué pedido al P. Provincial por los misioneros de California, como lugar de apeadero y aprovisionamiento. El año siguiente pasó por allí el P. Salvatierra para irse a juntar con el P. Kino y a ambos y al P. Píccolo se debe la primera población que allí hubo.

A 24 de Enero de 1704 escribía el P. Kino al P. General Tirso González lo siguiente: "Los meses pasados de Julio 1703 remití 15 cargas de harina y otras menudencias a California, y ahora se están moliendo otras 15 que, dentro de muy pocos días, la conduciré personalmente con más de cien reses, hasta el más cercano puerto de los Guaymas, a donde se procura hacer un nuevo buen pueblo de Pimas Guaymas en esta costa y tierra firme de la Nueva España, que pertenece a la California y a sus avíos y socorros. Este socorro de 30 cargas de harina y de cien reses cada año, procuraré dure toda mi vida y también haré mis posibles diligencias que quede entablado para siempre, como una pequeña fundación y socorro perpetuo, señalando para eso una estancia de ganado por acá y una labor de trigo, etc. . . "

Y el 30 de Junio 1704 añadía: "Este pasado mes de Marzo, pasé al grandioso puerto y muy bueno nuevo pueblo y estancia de San José de Guaymas, 100 leguas de camino al Sur de aquí (Dolores), a donde, con muy grande consuelo mío, vide mil cosas muy buenas que allí está haciendo el P. Fco. María Píccolo, así en abono de esta nueva población; como para el avío de la California y hay en aquella cercanía y costa más de 4,000 almas gentílicas, que las más y casi todas hablan esta lengua Pima y, con el favor del cielo, vamos disponiendo su conversión. Abrí un nuevo camino breve y derecho (desde Dolores, Opodepe y Pópulo) por dicha gentilidad, la cual me recibió con cruces puestas en el camino y con muy buenas demostraciones, que se ha de convertir a nuestra santa fe.

"Ahora por Octubre parece vendrán a Dolores el P. Píccolo o al menos su Mayordomo con algunos vaqueros para llevar las 100 reses, que este partido da a la nueva población de San José de los Guaymas y puede ser que yo vaya también entonces a dar otra mirada a esa gentilidad".

Desde esta fecha, pocos datos tenemos sobre esta misión que no parece haber prosperado mucho, ni haber tenido otras visitas de

misioneros que las de los Padres de California, cuando venían allí para provisiones. En 1709, en una de sus excursiones marítimas, abordó el P. Salvatierra en alguna parte de esta playa y catequizó a algunos Seris. Lo mismo, en 1721 una tempestad arrojó al P. Ugarte por allí y el poco tiempo que estuvo enfermo, procuró entenderse con los Seris y les levantó una capilla jacal . . .

En 1750, habiendo allí algunas familias españolas, se pensó fundar una pequeña residencia atendida desde el Yaqui, siendo el P. Salgado el primero que la visitó regularmente, así como la misión Seri de Santa Rosa diez leguas al Norte. Habidas las ordinarias licencias, vino desde Huiribis el P. Agustín Arriola a levantar una pequeña iglesia con su casa, trayendo para la fundación cien cabezas de ganado mayor y mil de menor, que la misión del Yaqui y algunos vecinos ricos ofrecieron. Fué señalado como primer Superior el P. Ignacio Lizoazoaín, pero apenas pudo durar allí un año, pues, con pretexto de alguna hostilidad de los Guaymas, los Seris, que habían roto las paces, asaltaron el pueblo y lo destruyeron juntamente con la misión de Santa Rosa. Hicieron gran carnicería entre los hombres, mientras el Padre conducía por bosques y montes a las mujeres y niños para juntarlos con los pueblos Yaquis. No quedaron más que ruinas.

No se levantó la ciudad de aquella desgracia y, aunque se intentó repoblar, tuvo que abandonarse de nuevo los años de 1759 y 1760, por temor a los Seris y falta de agua potable. Lo mismo sucedió con los ranchos de Opanguaymas sobre la costa del golfo cerca del Cerro Prieto y el de Santa Rosa de Pimas, que llegó a tener 120 familias pimas, por ser mala tierra de labor, fué mandada abandonar por el Gobernador Mendoza a 1 de Julio de 1755.[9]

El año de 1767 no había en Guaymas más que unas cuantas chozas y un corralón grande, que había servido de cuartel, donde encerraron nueve meses prisioneros a todos los apóstoles de Sonora.

7. Los Apaches.—Aunque el asiento de esta raza sin entrañas está fuera de los límites de esta provincia,[10] escribe el P. Nentuig

[9] Confer: "Rudo Ensayo", del P. Nentuig. passim.

[10] El centro de la Apachería estaba en los montes donde nace el río Gila, pero sus tribus más peligrosas y cercanas eran las de los montes Chiricahua al Sureste de Arizona, donde vivían mezclados con los Jocomes más fronterizos. Dan

en 1762, quiero dar aquí algunas noticias, para que se hallen medios de contrarrestar los inmensos daños que este enemigo acarrea a estas misiones.

Desde el nuevo Fuerte de ... pasando por los de Janos, Fronteras, Terrenate, hasta la conjunción de los ríos Verde y Salado con el Gila, la frontera de los Apaches se extiende por más de 150 leguas. Y si los indios que han arruinado Nuevo México, son de la misma raza, sus límites deben de extenderse mucho más al Este. Al menos no puede negarse que los indios, que devastan Sonora, van a las ferias de Nuevo México, como se prueba con los fierros de los caballos que llevan al mercado.

Son excesivamente crueles y aun se hacen guerra entre sí y se matan, como lo han visto nuestros soldados. Un inocente, de seis o cinco años, que hallé me dice que mataron a su madre, dejándole a él amarrado a un árbol cuando dejaron el lugar. No tienen sus bandas, ni aun tierra adentro, morada estable, viviendo de rapiña, de tunas, dátiles, mezcal, excepto tal vez en algunas orillas de los ríos Gila y San Francisco y el de los cerros de la Florida, donde sus mujeres siembran ocasionalmente un poco de maíz.

La función de las mujeres es buscar y cocer la comida, curtir pieles de caballos o de venados, hacer chaquetas, pantalones y zapatos de piel de chivas, mientras los hombres, cuando están en sus tierras, no hacen más que cazar y divertirse. Como llevan calzado desde la niñez, su pie es más chico que el de otros indios y así se reconocen fácilmente sus huellas. Son muy buenos jinetes, pudiendo saltar al lomo de un potro y manejarle sin más freno ni aparejo que un azote. Son idólatras, según afirman sus prisioneros.

No obstante lo que se ha dicho sobre su desparramiento, su número debe ser considerable, a juzgar por las invasiones de los dos o tres últimos años, en que se presentaron en grupos de más de 200 o 300, en tiempo en que se sabía que otros tantos devastaban Chihuahua y hasta el interior de la Nueva Vizcaya. Naturalmente

exacta información de los Apaches en Sonora por los años de 1734 (a petición de Manje) los informes del Cap. Vildósola (26 Julio 1735) y D. Juan B. de Anza (13 Ago. 1735) al Gob. Huidobro. Cf. New Spain and the West I. 150-157. Los Angeles, 1932.

quedaban algunos en sus tierras, con las mujeres y los niños, así que no es exagerado calcular su fuerza en más de mil familias.

Y es ciertamente providencia de Dios el que ellos mismos no se dan cuenta de su fuerza, pues si se presentaran juntos, no hubiera en la frontera quien les pudiera resistir. Pero no es difícil que eso suceda. Ya han cambiado su método de guerrillas. Al principio repetían sus razzias, dos o tres veces al año, cuando la luna creciente les favorecía para llevar de noche sus robos de ganado; pero después empezaron sus latrocinios de noche a oscuras, cuando los dueños y pastores creían la hora segura; en fin, ahora asaltan sin tiempo fijo, de repente, y con el mayor número de tropas que pueden, para cubrir su retirada si les atacan nuestros soldados.

Tales son los enemigos que arruinan y reducen a la miseria, a pesar de las tropas reales, la más rica de las provincias de la frontera. El espíritu de resistencia en los pueblos es poco, a causa del gran número de bajas; las minas y el comercio están abandonadas, y todo el mundo sabe las riquezas, que podrían producir al Real Erario, estas tierras si se pudieran limpiar de tal enemigo y tener paz y seguridad.[11]

8. Tentativas de conversión de los Apaches.—Los ancianos, que aún nos cuentan sus guerras con los últimos Apaches, nos dejan entrever lo que debió de ser aquella guerra sin cuartel con bandidos que, como tigres, los acometían de improviso, matando, robando, destruyéndolo todo, llevándose a sus esposas e hijas y escondiéndose luego en sus impenetrables madrigueras. No es extraño que los españoles se valieran a veces de la traición (pues era arma de ellos también) y se lo creyeran todo permitido, como guerra de raza no de individuos. Sin embargo, ¿cómo excusar el caso siguiente que nos cuenta el P. Solá?

"Uno de los caciques de los Apaches, llamado Bautista, me vino a ver al Presidio de Fronteras, ofreciendo sinceramente reducirse a pueblo y convertirse con los suyos y me ofreció enviarme dos niños para que me enseñaran su lengua y los pudiera instruir.

[11] El año de 1768 fué el de mayor atrevimiento de estos indios que llegaron hasta las fronteras de Nueva Vizcaya. Años adelante con la nueva línea de Presidios para proteger la recién hallada ruta por tierra a la Alta California y el mayor tráfico de españoles, fuese poco a poco quebrantando.

El Padre y los españoles los agasajamos cuanto pudimos, prometiéndoles los iríamos a visitar para señalar el lugar donde habían de edificar el pueblo. Así se hizo, aunque sólo al Padre y no a los soldados manifestaron entera confianza. Avisado el Virrey por el P. Provincial, mandó decir al Padre no reparar en gastos, que daba por bien hecho cuanto se gastara para reducir una nación tan bárbara y perniciosa.

Entretanto, otra partida de Apaches vino a hacer daño a 20 leguas de este Presidio, robando ganado a los españoles de Tonabi y de otras haciendas.

Se llamó al cacique Bautista, quien aseguró no habían sido los suyos los reos y aun corrió a alcanzar los fugitivos, que ya habían pasado el Gila. Furiosos, los españoles atribuyeron la culpa a los que estaban de paz y para cogerlos sin que huyesen, llamaron el Padre a Corodeguatzi, quien, inocente de todo, empezó a agasajar e inspirar confianza a los indios.

Separando entonces al Padre, que sólo habían traído para ocultar sus perversas intenciones, echaron la collera a Bautista y Pablo su hermano y a hombres y mujeres y los llevaron, por Fronteras y Río Chico, a juntarse con otra cuerda de Seris y traerlos en son de triunfo a México.

Habían caminado ya cien leguas para Sinaloa, cuando en un rancho, seguros de su presa, se dieron los soldados al baile y a la bebida. Rompieron de noche la cuerda los presos y se escaparon, llevando en hombros a Bautista y Pablo, cuyas prisiones no pudieron quebrar. Al amanecer fueron los soldados tras los fugitivos y sólo pudieron alcanzar a Bautista que se quitó la vida y a Pedro lo hirieron, pero, gritando él: *No mata, soy cristiano,* lo llevaron a Mocorito donde se bautizó y falleció de la herida.[12]

[12] Véase Cuevas. IV. 324-330. El P. Solá era Rector de Durango al tiempo de la expulsión y murió en Rimini a 16 de Marzo 1800.

CAPÍTULO XIV

SONORA EN 1762

Sobre los últimos trabajos de los Jesuítas en Sonora tenemos la fortuna de haber topado con un librito de primera mano que nos lleva hasta el año de 1762, y es la Visita que hizo a la misión el P. Juan Bautista Nentuig, misionero de aquellas regiones desde el año de 1750, a la sazón estacionado en Guazavas y que había de morir de miseria, en el camino del destierro, el año 1768. De los nueve capítulos que comprende, extractaremos sólo el séptimo, que es un recorrido de cada una de las misiones.[1]

Todas las misiones de Sonora, desde el Yaqui hasta el Gila, que administra la Compañía, están bajo la jurisdicción de un P. Visitador que, a manera de Provincial, las visita dos o más veces en su trienio. Las que a la fecha tiene a su cargo son 29, divididas en cuatro Rectorados.

1.—San Francisco de Borja, que comprende ocho misiones.
2.—Los Mártires del Japón con seis,
3.—San Francisco Javier con siete, y
4.—Nuestra Señora de los Dolores de los Pimas Altos, con ocho.

[1] Tomado de la traducción inglesa. Arch. G. N. y Doc. Hist. Mex. III Serie p. 493. Hay otros dos libros en alemán sobre Sonora: uno del P. José Och muerto en 1773: Historia de Sonora 1757-1767, en Murr Nachricten p. 1-292. Otro del P. Ignacio Pfefferkorn, citado por Bolton; Breshreibung der Landschaft Sonora (Kōln 1794). Traducido en inglés por Treuklein, Berkeley. 1936.

1. Rectorado de San Borja.—Este Rectorado está situado principalmente en la provincia de Ostimuri y sus fronteras. Sus misiones son:

1.—*Onapa,* que colinda con Yécora perteneciente a la provincia de Chínipas. Tiene por misionero al P. Miguel de Almeda. Su pueblo de visita *Taraichi* dista 15 leguas de Yécora y 7 de Aribechi. Esta misión y las dos siguientes están situadas en un valle regularmente ancho, a orillas de un arroyo, que baja de las montañas de Taraichi y va al Noroeste.

2.—*Arivechi,* cuyo Rector es ahora el P. Roldán, tiene dos pueblos de visita: *Ponida,* una legua al Noroeste cuyos habitantes son los de la abandonada misión de Natora, de nación Jova y *Bacanora,* nueve leguas al Oeste que tiene muchos españoles y gente de razón.

3.—*Sahuaripa,* cuyo misionero es el P. Tomás Pérez, tiene por visita al pueblo de *Tespari,* cuyos habitantes como los anteriores son Jovas, como también los de sus ranchos San Cayetano y Chipafora.[2]

4.—*Movas,* cuyo ministro es el P. Bernardo Middendorff, tiene por visita el pueblo de *Nuri,* seis leguas al Este y los reales de minas de la Santa Trinidad, Río Chico: los indios pertenecen a la nación de los Pimas Bajos.

5.—*Onavas,* también de Pimas, tiene por misionero al P. Enrique Kirtzel y por pueblos de visita *Tonitzi* y *Soyopa* en que los Pimas viven mezclados con los Eudebes.

6.—*Cumuripa,* cuyo misionero es el P. José Joaquín Franco, tiene por visita *Buenavista,* doce leguas al Sur y diez leguas al Noreste de Cocorit, que es la primera misión del Yaqui.

7.—*Tecoripa,* cuyo misionero es el P. Jaime Sedelmayr, tiene por visitas los pueblos de *Zuaqui* y *San José de los Pimas.*

[2] No han llegado a nosotros las Historias particulares que dice el P. Nentuig tenían todas estas misiones. Esta de Sahuaripa fué de las más prósperas y ricas. Consérvase impreso en 1667 un "Sermón de la Purísima, predicado en el Real de S. Juan Bautista (Sonora) y voto de defenderla con toda la milicia" por el capitán Juan Martín Bernal y capitán Lobo en 8 Dic. 1666, por el P. Pedro Quiles de Cuéllar, natural de Santander, misionero de Sahuaripa, dondo murió en 1680.



Lámina 58.—Visita del P. Nentuig en 1762.

8.—*Mátape,* cuyo misionero es el P. Guillermo David Borio, tiene por visitas los pueblos de *Nacori* y de *Alamos.*

2. Rectorado de los tres Santos Mártires del Japón.— Tiene este Rectorado seis misiones:

1.—*Batuco,* diez leguas al Este de Mátape y separado de él con una cordillera llena de barrancas, es residencia del P. Alejandro Rapicani que ha construído allí una bellísima iglesia de bóveda y visita el pueblo de *Tepuspe,* que tiene también una buena casa de bóveda casi terminada.

2.—*Oposura,* treinta leguas al Norte es la residencia del P. Visitador José Garrucho, quien con su cariñosa recepción nos hará olvidar el cansancio del camino. Tiene por visitas los pueblos de *Terapa* y *Cumpas.* Los indios de esta misión y de las dos siguientes son Opatas. Su número es más bien pequeño, pero hay muchos españoles y gente de razón en los pueblos y minas de Pivipa, Yecori, Jamaica y Nacosari. De Oposura, para recortar la jornada de 17 leguas hasta la siguiente misión de Guazavas, hemos de hacer noche en Tonovavi y salir de allí muy temprano para recorrer las restantes doce leguas, de horrible camino, antes que caliente el sol, que siempre es abrasador en aquellos barrancos.

3.—*Guazavas,* es la misión del P. Juan Nentuig (su servidor). Aquí hay que reposar algunos días y tomar aliento, para la caminata siguiente de Bacadeguatzi, que es lo peor de lo peor. Cierto Visitador General, que había primero hecho sus Ejercicios de San Ignacio de Bacadeguatzi, dijo al hallar el descanso y atenciones de Guazavas, que nada menos se necesitaba para trepar abajo y arriba aquellos barrancos, por caminos que ni en la Tarahumra había hallado tan malos.

Para descansar, pues, y porque sé que nada se ha escrito sobre esta misión, teniendo las otras sus cronistas, nos detendremos un poco a platicar, pues este pobre misionero, sepultado entre sus empinados montes, sólo a largos intervalos tiene el placer de conversar con gente civilizada.[3]

[3] Unos diez años (1696-1707) fué ministro de Guazavas y Oputo un notable teólogo P. José Pallares, de quien se conservan tres disertaciones interesantes: 1.—Descripción de las calamidades que padecen las misiones de Sonora por los in-

Después de visitar la nueva iglesia (dedicada a San Francisco Javier el apóstol de los indios) que pasa por una de las más cabales de Sonora, echaremos un vistazo sobre el paisaje.

De la casa y de su falta de comodidades, sólo hay que decir lo que repetía mi predecesor, hace algunos años: "*Jam non mihi superest sepulchrum.* Ya no me hace falta el sepulcro".

Mirando ahora en todas direcciones, algún viajero dirá: "¿En qué hoyo nos hemos metido, que no se ve la cuarta parte del cielo?" Y así es. A un cuarto de legua del río, que viene del Norte y más abajo se llama Río Grande, se levanta al Este una cordillera tan empinada y escabrosa, que no tiene más que dos pasos o puertos, uno al Sureste hacia Bacadeguatzi, y otro al Noreste llamado Tablillas que lleva a Guachinera. Al Oeste, tras dos leguas de lomas cortadas de hondos arroyos, corre del Oeste al Norte una serranía cubierta de pinos, cuya altura y frondosidad va disminuyendo casi hasta llegar al río Yaqui. El camino, que trajimos desde Oposura, da tantas vueltas como tiene puntos el compás, ahora arriba, ahora abajo, evitando los picos más altos y en especial el justamente llamado de la Culebrilla. Así es que, no habiendo, desde Tonivavi a vuelo de pájaro, más de unas siete leguas, contamos doce y por el estilo es todo Sonora.

Mas, no es esto lo peor de este camino. Los Apaches, protegidos por la espesura de los bosques, se cuelan por allí al interior de la provincia, como lo hicieron a principios de Junio último y luego hicieron los mismos estragos cerca de Bacanora, San Lucas, Carrizal, etc. . .

Cruzando por estos vericuetos, se encontraron con veinte gentes de Guazavas y trabaron combate, resultando muerto un hombre de la misión y cuatro heridos y de los Apaches al menos dos con herida mortal. Al fin, éstos corrieron, admirados de que 20 Opatas, y de éstos sólo doce de armas tomar, se atrevieran a resistir a 25 fornidos guerrilleros. Este peligro hay en todos los caminos y no es

dios gentiles Jocomes y Janos. 1696. 80 pp. MS. Arch. G. N. Hacienda Leg. 282-2-; 2.—Disertación sobre los derechos de propiedad y uso de los bienes de misiones. 1707. MS. Arch. G. N. Hacienda, Leg. 17-70; 3.—Los misioneros que no son curas, no deben pagar diezmos a la catedral de Durango. Malinalco 1708.

posible viajar sin escolta y ésta la tienen que dar nuestros pobres indios, a veces sin paga alguna.

El río Guazavas riega el estrecho valle, pero a costa de mucho trabajo, porque no se pueden sembrar los bajíos, que inunda en sus crecidas llevándose todo hasta los puentes que hay que reponer inmediatamente. Se siembra en las lomas por medio de un canal, que también hay que rehacer a cada lluvia, pues lo destruyen los arroyos que bajan de los cerros. Otro inconveniente, aquí y en el pueblo de visita de *Oputo,* diez leguas al Norte, es que el agua, no muy abundante en invierno, se para en Mayo poniendo en peligro las cosechas.

La tierra sin embargo es buena y da garbanzo, frijol, aluvias . . . pero el maíz no paga los gastos. Tenemos muy buenos higos, duraznos, apriscos, ciruelas, granados, membrillo y dos pequeñas viñas, pero, con el calor y la humedad, crecen demasiado apriesa y luego, por falta de lluvia, con frecuencia se secan.

Tiene la misión 12 leguas al Sur un buen rancho, llamado El Alamo, con muy buena tierra para trigo, pasturas y agua y bien arreglado para tener toda suerte de ganado, pero se ha abandonado por las correrías de los Apaches. Aquí mismo y en Oputo, hay buenas pasturas en las orillas del río y a corta distancia, pero hay que recoger burros y mulas cada noche, so pena de que no amanezcan, así poco costea el negocio. Tampoco puede progresar como se quisiera el ganado menor, porque está el monte lleno de tigres, leones y lobos, que comen lo que dejan los Apaches, que los matan en cantidad para hacer con sus pieles zapatos, trajes y escudos.

Las tierras de San Ignacio Oputo son mejores que las de Guazavas y dan bien 300 fanegas de maíz por una y treinta de trigo por una. En ambos, se suele sembrar de diez a doce fanegas, aunque a la iglesia jamás le toca una completa.

Habría muchas más tierras de labor, si los indios fueran más numerosos y laboriosos y sin el temor de los Apaches, pero habríanse de construir presas y canales. Una hermosa huerta de legumbres, regada por un ojo de agua, teníamos a media legua de Oputo que daba frutas y verduras todo el año, pero se tuvo que abandonar. Tenemos dos ojos de agua caliente, uno aquí y otro cerca de Oputo.

Los minerales de oro y plata se hallan en muchos puntos cercanos, pero unos se han abandonado por los Apaches, otros los ocultan sigilosamente los indios, creyendo ha de morir el que los denuncie.

Parecería increíble, si no estuviéramos en Sonora, hubiera aquí tanta gente que, la mayor parte del año, vive de raíces y frutas silvestres, teniendo en la mano a tres o cuatro leguas, oro y plata con que pudieran vivir, no sólo decentemente, pero en abundancia.

El clima es moderadamente caliente, seco y sano. Durante once años que llevo entre estos indios, jamás he visto una enfermedad contagiosa.[4]

Querrán ahora conocer el juicio, que me he formado del carácter de nuestros indios, en los doce años que llevo de íntimo contacto con estas tribus. Toda la vida del indio gira sobre estos cuatro ejes: ignorancia, ingratitud, inconstancia y pereza.

La ignorancia los hace considerarse y obrar como niños, aunque apunten sus canas, que tal vez por esta razón aparecen rara vez o muy tarde. Su ingratitud es tal que, si alguien quiere hacerles bien, se debe armar con la firme resolución de hacerlo por Dios; de lo contrario perderá el capital y el interés al primer desengaño. Su inconstancia obliga al misionero y a sus oficiales a observar sus movimientos, especialmente si son recién convertidos, pues un solo descontento con fama de brujo, puede pronto, como sucedió con Luis, alborotar todo el país. Su horror a toda clase de trabajo es tal, que ni exhortación, ruego, interés y mucho menos el castigo bastan para que ganen sus vidas al sudor de su frente. Esta pereza los mantiene en su miseria y si el Padre no les daba, lo más del año, la comida, andarían por los bosques y minas en busca de qué comer y abandonarían el pueblo y las prácticas religiosas.

No es esto lo peor. Aquellos que una vez han gustado la vida de vicios de las minas o labores de españoles, rara vez vuelven al pueblo, o si lo hacen, son la levadura del mismo demonio.

[4] El P. Pfefferkorn confirma lo hermoso y sano del tipo sonorense, alto como granadero, sano y robusto, niños vigorosos, las madres sin dejar sus labores inmediatamente antes y después de sus partos, que solían tener solas, sin asistencia alguna en lugar retirado. Nota también su insensibilidad en la enfermedad y muerte de sus familiares, que dejaban morir solos, con vasos de agua y de atole, y enterraban sin una lágrima.

Para tener peones a poca costa, atráenlos los hacendados, mineros y hasta Oficiales Reales y les permiten vivir en la crápula de mujeres y bebidas que gustan, y no hay quien, aunque tenga derecho, que se los pueda sacar; maltratan a los Fiscales que los van a reclamar, les cambian de nombre o los ocultan o responden que así lo pide el servicio de Su Majestad. Los demás indios y aun sus propias mujeres e hijos abandonados, jamás revelan al misionero ni a los Fiscales el paradero de los huídos.

Es para mí un misterio cómo se pueden compaginar, en el carácter del indio, cosas al parecer contradictorias: *primero,* su natural apego a su lugar de nacimiento, tal que se morirá si se le saca por la fuerza aun para mejorar su condición y este perpetuo destierro voluntario para vivir rastreramente; *segundo,* su natural pereza y horror al trabajo y esta esclavitud que acepta para toda la vida en las minas y labores; *tercero,* su ignorancia y estupidez para todo y las artimañas para esconderse o sincerarse; y *cuarto,* su inconstancia y volubilidad con la inviolabilidad del secreto para ayudarse unos y otros.

Con todos estos defectos, son hijos de Dios y tienen razón bastante para que, con labor constante, se pueda arrancar poco a poco la mala semilla y plantar la buena para que sean elevados, no sólo a la vida política, sino también a la religiosa.

Gracias a Dios, hemos alcanzado, especialmente entre los Opatas y Eudebes, más apegados a la agricultura, a la cría de ganado, a la vida de familia, no sólo una sólida instrucción en los misterios de la fe, sino la práctica de las virtudes cristianas. Estos se consideran entre los indios vecinos, como los citadinos con respecto a los del campo, pero, por lo mismo, son más duros de manejar que los Pimas, que teniendo conciencia de su inferioridad, son más dóciles y más maleables. Una cosa tienen estos Opatas que la debe haber inventado el diablo y es que, a todo lo que se les dice, si no lo han visto con sus ojos, responden: "*Sepore ma de ni chui,* tal vez dice usted verdad". Mientras el Padre no arranque esta frase de sus neófitos, ¿cómo pueden tener la fe que requiere la infalible autoridad de Dios y de la Iglesia?

Sola una cosa agregaré, que quema no poco la sangre del misionero y muestra el fondo de esas almas de niños.



Lámina 59.—San Javier del Bac (restaurada).

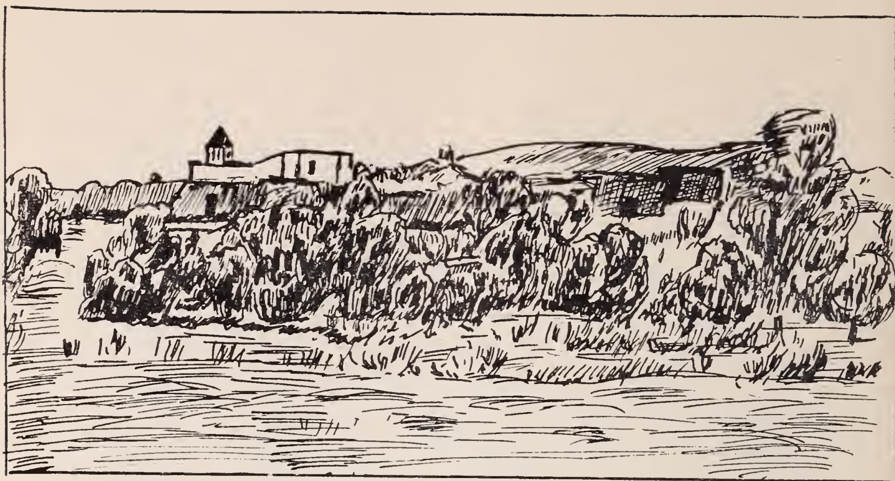


Lámina 60.—Vista de Arizpe.



Lámina 61.—Templo de Baceraca.

Tres días a la semana, tienen que trabajar por la misión, recogiendo las cosechas de la comunidad o trabajando los campos u otros quehaceres de utilidad pública, que viene a ser para ellos. Pues bien, en estos tres días no hacen el trabajo de uno. Por más que los Oficiales procuran traerlos temprano, sobre todo en casos urgentes, no dejarán su casa sino para llegar al campo al mediodía y ni aún entonces trabajan sino para pasar el tiempo, no para hacerlo bien, sabiendo que es para ellos. Huyen y trampean de la misma manera, cuando se trata de componer los canales o presas y como que juegan hasta que llegan las tres de la tarde, en que vuelven con gran algazara a disfrutar de la comida que aquellos días les tiene preparada el misionero, frijoles, aluvias, maíz, algo de carne y hasta una res en tiempo de cosecha. Aun cuando trabajan por su cuenta y manutención, hacen lo mismo, no sólo los Pimas sino también a veces los Opatas.

Ya que hemos platicado y descansado un poco, vamos a emprender el camino a la cuarta misión de este Rectorado.

4. Bacadeguatzi.—La caminata es ardua y peligrosa, especialmente el cañón de Bacatehac, donde una docena de cruces imploran nuestras oraciones por otras tantas víctimas de los Apaches. Allí estamos a la mayor altura y así pararemos un rato bajo la agradable sombra de una grande encina, mientras los mozos ensillan nuevas cabalgaduras, para llegar antes de comer a la casa del P. Manuel de Aguirre, porque, de llegar después, sea quien fuere, no hallará nada, que todo lo que queda lo devoran sus rapaces indezuelos. Sólo queda el recurso de una taza de chocolate (a veces bueno, otras malo, según es la caridad de los que lo dan). Por fortuna llegamos a tiempo.

Y ante todo, vamos a saludar con el Angel la hermosa estatua de la Patrona, Na. Sra. de Loreto.[5]

Tiene por visitas los pueblos de *Nacori* a diez leguas de subida y a otras diez al Suroeste, el rancho de *Satechi*, poblado de Jovas y Tarahumares, que vienen de vagabundos de la sierra, sin tener ciu-

[5] Por más de 14 años (1709-1723) fué ministro de Bacadeguatzi el incansable P. Nicolás del Oro quien edificó de nuevo sus tres iglesias y además de sus luchas con los indios tuvo todo el tiempo por enemigo declarado al Cap. Antonio Ortiz y luego al Visitador Juan Ant. Fernández de la Cavada. Véase a la fecha de 1723, Archivo Nacional Mex. Hacienda. Leg. 258. 48.

dad o misionero propio. Se contentan con el bautismo y, si tienen buena suerte, con llamar al misionero próximo para morir. En la vecindad de la misión no se halla ningún lugar de españoles. Tiene la dicha el Padre de tener, a menos de una legua, un buen ojo de agua que traen al pueblo y atraviesa la cocina del curato.

Para llegar a la quinta misión de *Sta. Ma.Baceraca,* a 20 leguas, hemos de ir a dormir a ocho leguas al pie de los montes y así alcanzar el día siguiente, antes de mediodía, el pueblo de visita de *Guachinera.* Pasando luego el río dos veces y dejando a un lado la ciudad de Tamitzopa, destruída por los Apaches, llegamos a saludar al P. José Och en Sta. María. Aquí podemos decir que estamos al fin del mundo, pues no hay en derredor lugar alguno habitado, sino minas de poco fuste abandonadas.[6]

Sólo queda al Norte, sobre el mismo río el pueblo y misión de *San Miguel Babispe,* que es la última y sexta de este Rectorado. La administra el mismo P. Och, mientras el señalado viene de México. Aunque el pueblo está sólo cinco leguas de Baceraca, por el gran número de indios, necesita misionero propio, especialmente en tiempo de aguas, cuando el río no se puede vadear. Tres leguas al Norte empieza la famosa Sierra y paso de Las Carretas, tan frecuentada por los Apaches y cuyas lumbreras se ven de noche rojear en las alturas.[7]

[6] El Illmo. Sr. Tamarón, que visitó Baceraca en 1760, quedó gratamente impresionado de esta misión. "Tiene, dice, 546 almas. En este pueblo están las viviendas de los indios en patios o plazas enclaustrados, por la defensa de los enemigos. Gran iglesia con hermoso adorno y casa muy capaz para el misionero. Allí celebré los Oficios de Jueves y Viernes Santo y el lavatorio, con bastante decencia y la mañana de resurrección me causó especial devoción la religiosidad y formalidad con que indios e indias la festejaron. Son indios Opatas, cuya nación manifiesta singular inclinación a la fe católica. Da gusto verlos rezar en su lengua y en la española, como lo hacen todos los días. Son muy leales al Rey N. Sr. y obedientes a sus Superiores, muy sujetos y obsequiosos. Este pueblo es rico por beneficiar en él algodón en tejidos de manta, manteles, servilletas, paños de rebozo, colchas y tiendas de campaña y siembras de trigo".

[7] Ahora llaman este paso El Púlpito del Diablo y era la única vía directa para el Presidio de Janos en Chihuahua. La cuesta tiene sólo cinco leguas de subida bien áspera y lo más temible de ella son los Apaches. "Para que yo pasara, dice el Sr. Tamarón, cien indios fueron a reconocerla el día antes, los mismos me escoltaron con su General y ocho soldados del Presidio de Fronteras y 20 otros que habían venido de Janos".

3. Rectorado de San Javier.—Tiene este Rectorado siete misiones. Vamos ahora al Oeste, veinte leguas de muy mal camino, en distrito enteramente despoblado, con buena guardia, para pasar la noche en Batepito, llegar a comer al presidio de Fronteras y alcanzar, dos leguas más abajo, la primera misión de *Cuquiarachi,* de que es misionero el P. Bartolomé Sáenz. Tiene los pueblos de visita de *Enchuta* y *Turicachi.* El lugar es mal sano e inseguro a causa de los Apaches y así la gente es poca. Salimos de allí a media noche y pasamos los cañones de Mavavi, antes de que nos puedan ver los Apaches y a las seis leguas, nos hallamos con el pueblo de visita de Bacoguetzi, perteneciente a la segunda *misión de Arizpe.*[8]

Pasamos junto a las famosas minas[9] donde se hallaron bolas de oro nativo de dos, y hasta tres libras, pero las matanzas de los Apaches han podido más con los mineros que el apetito de riquezas. La segunda visita de Arizpe es *Chinapa.* Cerca están las ricas minas de Cananea. El Vice-Rector es el P. Carlos Rojas, con quien descansamos unos días. La tierra de Arizpe es mejor poblada y más segura de los Apaches.

Banamichi, once millas al Sur, es la tercera misión a cargo del P. José Toral. Tiene los pueblos de visita de *Tetoatzi* y *Guepaca.*

Acontzi es la siguiente misión, siete leguas al Sur y una del Fuerte de Sonora, a cargo del P. Nicolás Perera[10] y tiene por visita al pueblo de *Baviácora.* Aquí el río Sonora comienza a correr al Oeste hacia Ures. Cruzamos el río treinta o más veces entre sus desfiladeros, diez leguas hasta llegar a Ures.

[8] El último Rector de Arizpe fué el mexicano P. Carlos Rojas, 40 años misionero en Sonora. Edificó la iglesia y casas e hizo de su misión un vergel (P. Sebastián). Murió desterrado en el Puerto de Sta. María a 30 de Enero 1773. Bolton cita de él un Ms. bosquejo histórico de la misión de Arizpe, 28 Jul. 1744. Allí mismo había muerto el P. Mora de que se habló en la vida del P. Kino. Arizpe fué la Sede del primer Obispo de Sonora Fr. Antonio de los Reyes, 11 Dic. 1780.

[9] No debe de referirse a las minas de Arizona que fueron mucho más voluminosas. Se habla de bolas de 165 arrobas y una de plata de 108 arrobas, por la que se pagaron derechos reales (Felipe V. 28 Mayo de 1741) Cf. Diario de Tamarón, p. 322, nota 13.

[10] Murió camino del destierro en Yxtlán 30 Ag. 1768. Tenía 42 años de misionero. Hablamos de él en el Libro del Destierro.

Ures, la quinta misión, está en una gran llanura, la mejor que hemos visto hasta aquí. Su misionero es el P. Andrés Michel, su predecesor Felipe Segesser murió el 28 de Septiembre 1761. Tiene por visita el pueblo de *Santa Rosalía.* Allí dejando el río Sonora, pasamos al río y pueblo de San Miguel Horcasitas y subiendo al Norte por su ribera, visitamos por curiosidad la misión de Pimas de *Necameri,* perteneciente a la de Opodepe, 33 leguas de Ures.

Opodepe, la sexta misión, es pueblo de Eudebes y tiene por misionero al P. Francisco Loaiza. Hay varias minas de oro en los contornos y he visto un grano de oro nativo que pesaba siete onzas.

Cucurpe, la última de este Rectorado está 13 leguas más arriba con su visita Toape a medio camino. Aquí acaban también las tribus Opatas y Eudebes, aunque a cuatro leguas al Este hay, aún de esta nación, el pueblo de Saracatzi. Su misionero es el P. Salvador de la Peña.[11]

4. Rectorado de Nuestra Sra. de los Dolores.—Tiene este Rectorado de Pimas Altos ocho misiones. Pasando por las abandonadas misiones del P. Kino, Dolores y Remedios, después de caminar 17 leguas, llegamos a la primera visita de Sta. Ma. Suamca, *Cocóspora* o *Coespán,* que quiere decir pueblo de los perros.

Doce millas más arriba está la primera misión llamada *Sta. María Suamca* (quiere decir *pura*) a cargo del P. Diego José Barrera. Hemos de apresurar la marcha, para que el Padre pueda prender un buen fogón para impedir nos congelemos esta noche en su sierra, pues la casa no está bien abrigada para defendernos de los ventarrones, que allí soplan todo el año. Tres leguas al Este está el Presidio de Terrenate.

San Javier del Bac, la segunda misión, 30 leguas al Norte es la más avanzada y fronteriza de aquellas misiones. Está limitada al Este por los Sobaypuris que habitaban el fértil valle de San Pedro y servían de valla a los Apaches, pero que, desgraciadamente, este año abandonaron sus tierras cansados de pelear, para venir a juntarse con los indios del Bac y de Suamca. Al Oeste están los ranchos de Pápagos y Papabotas que corren el desierto. Treinta leguas al

[11] En 1767 su misionero era el P. Ignacio Pfefferkorn, que publicó en su destierro: Beschreibung des Landshaft Sonora-Cologne, 1795. La acaba de traducir en inglés el Dr. Theodore Treutlein, 1936.

Norte están las Casas Grandes del río Gila, que desde los tiempos del P. Kino esperan sus misioneros. Tres leguas al Norte del Bac está el pueblo de Tucsón con suficiente gente para formar una buena misión. Su misionero el P. Alfonso Espinosa tiene más indios que atender que ninguna otra misión. Son todavía cristianos nuevos y más toscos, tanto que, cuando se regaña a algún Opata, suele contestar: ¿Crees acaso que soy un Pápago?

De allí 30 leguas al Sur, subiendo la corriente del río Santa Cruz, y comiendo en el Presidio de Tubac, llegamos por la tarde a la misión de *Guevavi.*

Tiene ésta por misionero al P. Ignacio Pfefferkorn y las tres visitas de *Reyes Sonoita, Calabazas* y *Tumacácori,* que hemos pasado en el camino. Había una cuarta, llamada Arizona (?), donde acamparon el año 1751 los rebeldes con su jefe Luis.

Continuando nuestra caminata, a 10 leguas de Guevavi, atravesamos, por el camino de Las Bolas, la sierra del Poniente y llegamos al mineral de Aguacaliente, donde hicieron gran matanza los indios y luego a la visita de *Busanic* y en fin a la misión de *Ntra. Sra. de los Dolores de Saric.*

Saric está al cargo del P. Luis Vivas, Rector de estas partes. Tiene otra visita al Sur llamada *Sta. Teresa.* Este es el lugar donde su servidor con el P. Sedelmayr escapamos, un cuarto de hora antes de la matanza de 16 personas, la noche del 20 de Noviembre de 1751, cuando se rebeló el famoso cacique Luis.

Ati es la quinta misión cuatro leguas al Sur, atendida ahora por el citado P. Vivas, por muerte de su misionero el P. José Hafenrichter, lo mismo que su visita *Uquitoa.* A tres leguas de este pueblo nos hallamos en el Fuerte de Altar [12] y unas pocas más en el pueblo de *Pitic,* visita de Caborca tres leguas más allá.

Caborca con su otra visita *Bisani* (ocho leguas más allá donde desaparece el río) está a cargo del P. Antonio Ma. Venz. Este fué el lugar del martirio del santo P. Fco. Javier Saeta. Aquí estamos al fin de estas misiones, 20 leguas del mar; sólo nos queda *San Ignacio*

[12] Es extraño no cite Tubutama que debía de estar por el mismo lugar y figura como cabecera tanto en los catálogos de 1751 como de 1767.

30 leguas al Noreste de Caborca. Pasamos por los pueblos ya casi abandonados de Oocuca, Santa Ana, mineral de San Lorenzo y *Magdalena,* visita de San Ignacio y dos leguas de él.

La sétima, y última misión de este Rectorado, es *San Ignacio,* el mejor de estos pueblos a cargo del P. Francisco Paver, desde el pasado Abril en que sucedió al P. Gaspar Steger, que la había atendido durante más de 30 años, digno sucesor del P. Agustín Campos. Tiene por segunda visita el pueblo de Hymuri cuatro leguas al Norte.

Tal es el relato del famoso misionero, cinco años antes de su destierro y tal, más o menos, el estado de estas misiones cuando las abandonó la Compañía.[13]

5. Lingüística y misioneros nuevos.—En cuanto a las lenguas de estos indios, es indudable que tenían los misioneros sus obras escritas a mano, para enseñar a los nuevos la gramática, oraciones, doctrina y pláticas morales. Pocas sin embargo lograron ver la luz.

La lengua Opata tuvo por gramático a su primer misionero el P. Martín de Azpilcueta, de quien dice el P. Rivas aprendieron todos los demás que trabajaron en Sonora. De allí sin duda y de la propia experiencia sacó al P. Natal Lombardo su Arte de la lengua Tequima vulgarmente llamada Opata publicada en 1702.[14] El último Superior de estas misiones P. Manuel Aguirre, residente a la sazón en Bacadeguatzi, escribió también su *Doctrina Cristiana y Pláticas en Opata* que se imprimió en México dos años antes de la expulsión.

Tenía también (manuscrito) el P. Sedelmayr su *Vocabulario de la lengua Pima* y el P. Adan Gilg (primer misionero de los Seris) un *Vocabulario de la lengua Eudero, Pima y Seri.* (Venegas, II. 211).

Los PP. Franciscanos, que sucedieron a los Jesuítas, tardaron un año en sustituirlos, su número era insuficiente, tuvieron que aprender las lenguas y permanecían corto tiempo en sus misiones.

[13] Algunos han puesto en duda fuera el *Rudo ensayo* obra del P. Nentuig por lo castizo de la lengua, pero pudo corregirla su Superior el P. Aguirre. Su *insistencia* en su misión de Guazavas y sobre todo el haber sido testigo del martirio del P. Saeta no dejan duda.

[14] Fué misionero más de 26 años, según dice, en Sonora. Vivía en Aribechi. Beristain dice que imprimió también un vocabulario en la misma lengua. La obra es rarísima.

Las Temporalidades fueron dilapidadas y, cuando les entregaron los restos, rehusaban los indios trabajar, pues se les había dicho que quedaban libres e independientes de los misioneros. Agréguese a todo esto las incursiones de los Apaches, que siguieron haciendo sus acostumbrados estragos, y se verá con cuánta razón en 1793 aseveraba el Virrey Revillagigedo que su ruina era inevitable.[15]

El fin glorioso, o mejor el martirio de los últimos misioneros jesuítas de Sonora, lo referiremos en el libro de la expulsión.

[15] No queremos menguar la obra de los Franciscanos que, en circunstancias muy diferentes y contra viento y marea, continuaron la labor de los Jesuítas, sino indicar que la expulsión fué perniciosa a los indios.

Según Gálvez había en la *Pimería Baja* en 1769: 8 misiones, 15 pueblos, 8,011 indios y 792 gentes de razón. En la *Pimería Alta*: 2,018 indios y sólo 178 gentes de razón, sin contar los soldados de los presidios y sus familias.

Según Engelhardt en su obra "The Franciscans in Arizona", Cap. III, nuestras misiones en Junio de 1768 se repartieron de la manera siguiente:

1.—A los *Franciscanos de Jalisco* tocaron las cabeceras siguientes:

Yécora (atacada por los Pimas en 1768) y sus visitas de Taraichí y Onavas (abandonada antes de 1784).

Arivechi con su visita Bacánora.

Zahuaripa con su visita Teopari.

Guazavas con sus visitas Oputo y Cumpas.

Bacadeguatzi con sus visitas Nacori y Mochapa.

Baceraca con sus visitas Guachinera y Babispe,

Bocoachi y *Cuquiarachi.*

2.—A los *Fernandinos de Querétaro* tocaron hasta 1774, en que las entregaron a *los de Jalisco,* las cabeceras de Cumuripa, Tecoripa, Ures, Opodepe (Necameri), Cucurpe (Toape), Onavas (Tonichi, Suapa), Carrizal (fundada en 1772 y destruída en 1773).

3.—Los *Fernandinos de Querétaro* tomaron la *Pimería Alta,* con las cabeceras de

San Ignacio (Magdalena y Hymuri),

Suamca (destruída en 1768 por los Apaches y trasladada a Cocóspora).

Saric (Aquimuri, las visitas de Arizona y Busani fueron abandonadas en 1766).

Tubutama, presidio en 1768.

Addi (Uquitoa sin iglesia)

Caborca (Pitiqui sin iglesia y Pópulo),

Guevavi (Tumacácori, presidio de Tubac, Calabazas, San Cayetano (sin iglesia, San Ignacio Sonóita).

San Javier del Bac (Presidio de Tucsón).



Lámina 62.—P. Juan Ma. Salvatierra.

CAPÍTULO XV

SALVATIERRRA Y UGARTE EN CALIFORNIA.

1683 - 1717

1. PRIMEROS VIAJES. 1529-1683.—Descubrieron la California y registraron el golfo, hasta convencerse que era costa firme y no isla, los Capitanes de Nuño de Guzmán, Marcos Ruiz de Rojas y Melchor Díaz de Alarcón por los años de 1529; pero la memoria y certeza de su descubrimiento se perdió en el trascurso del siglo y medio siguiente, de modo que no hay por qué negar al P. Kino la gloria de haber siquiera redescubierto, que dicho territorio formaba parte del Continente. Nada diremos de las subsiguientes expediciones que en pos de Cortés (1535) hicieron los buscadores de perlas.[1]

La única que nos interesa es la que hizo en 1642 el P. Jacinto Cortés misionero de Sinaloa, con el Capitán D. Luis Cestín de Cañas, abordando a la isla de San José y de allí, costeando la California hasta la bahía de La Paz. Los informes que trajeron avivaron los deseos de conquistar aquella tierra, pero la destitución del Virrey Escalona por Palafox tenía demasiado ocupados los ánimos de los políticos, para que pudieran emprender cosa alguna en el Norte. En otra ocasión desembarcaron también Religiosos Franciscanos, pero a poco hubieron de desamparar tan inhospitalarias playas.

[1] Se hallará la historia de estas expediciones y fluctuaciones en la "Historia de los descubrimientos... de la Baja California" del P. Constancio Bayle. Bilbao. 1933.

Fueron los Jesuítas en varias de estas expediciones, v. gr. con Iturbe en 1615,

2. Primera entrada de los PP. Kino y Goñi. 1683.—Desde el año 1679 había dispuesto el Virrey una expedición en toda forma, para explorar y colonizar la California. El Almirante D. Isidro de Atondo, con dos bajeles en el puerto de Chacala y un centenar de soldados, se preparó a establecerse en la península. Fueron designados para acompañarle el recién llegado P. Kino, en calidad de cosmógrafo, y el P. Tomás Goñi.[2] Iba también un religioso de S. Juan de Dios, llamado Fr. José de Quijosa.[3]

Salió Atondo del puerto de Chacala el 17 de Enero 1683 y, por los malos vientos y borrascas, anduvo navegando por los mares 74

con Carbonelli en 1636, con Cañas, en 1642, con Porter en 1648. Engelhadt dice que el primer Jesuíta que dijo misa en California, en La Paz fué el P. Roque de la Vega a mediados de Enero 1636 con el Capitán Francisco de Ortega. El P. Rivas, "Triunfos", p. 441 cita la expedición del P. Jacinto Cortés con el capitán Luis Cestín de Cañas en 1642 y se refiere a la Relación de dicha entrada por el mismo Padre quien llevaba 16 años de estar en Sinaloa y se ofrecía a conquistar aquella isla. Id. p. 443, una Carta del Virrey Conde de Salvatierra al P. Prov. Luis de Bonifaz 13 Oct. 1643 para que mande algunos Padres a acompañar la expedición del Almirante Pedro Porter Casanate.

[2] A última hora nombró el P. Prov. Pardo por Superior al P. Antonio Suárez, pero no llegó a tiempo, ni pasó más allá de Mazatlán (Cf. Bolton, Kino. p. 121). El P. Juan B. Copart (mal llamado Cozano) no fué en esta expedición sino en la siguiente de 1684 y el trastorno mental, que dicen experimentó en el fracaso de 1686, no debió de ser tan duradero como dicen, pues en 1688 lo hallamos al frente de la misión de Guazapares.

[3] Los libros clásicos sobre la California son: *Apostólicos Afanes*. Lib. II y III, recopilación del P. Juan Baltazar, tomada de los *Favores Celestiales* del P. Kino y otros, v. g.: *Diario* del P. Conzag (Konschack) y varios sucesos posteriores a 1749, agregados tal vez por el editor P. Fluviá.

Noticias de California, del P. Miguel Venegas (Madrid, 1757), con datos del P. Taraval, obra retocada y perfeccionada por el eruditísimo P. Buriel. El primer mapa lo arregló según datos de los PP. Kino, Consag y Sedelmayr y es un primor de exactitud y elegancia. El segundo es de un intruso mal informado.

La *Historia de la California* del P. Clavijero (editada dos años después de su muerte por su hermano Ignacio), no hace más que resumir la más extensa que escribió en Italia el P. Miguel del Barco, último misionero de San Javier, pero es obra escrita en parte de memoria sin los documentos que dicho Padre tenía en Madrid. El mapa de Clavijero está hecho según los datos del P. Conzag. Las monografías que utilizó el P. Barco las citaremos a su tiempo. Utilizó también Clavijero las Relaciones del Visitador P. José Echeverría, muerto en 1756. Los últimos datos los tomamos del citado P. Bayle y del Dr. Boltón en su "Rim of Christendom" que es una mina de documentos oficiales, Cap. V-XIII. New York, 1936. Astrain VI-501 (con algunos datos del Archivo de Indias).

Lámina 63.—Mapa de California.

días. Por fin fondeó en el seno llamado Na. Sra. de La Paz el 1 de Abril. Eligió un sitio para fortificarse y formó prestamente un baluarte contra los indios. Apenas pusieron los españoles pie en tierra, dejáronse ver como 35 indios con cierto orgullo y aspecto hostil, pero, como observaron que los españoles echaban mano a las armas, se amansaron y se acercaron con muestras de paz.

Se les dió alguna cosa de comer y se fueron. Repitiéronse estas visitas de indios, siempre con cara sospechosa y, entendiéndose con ellos como pudieron, averiguaron los españoles que tenían el nombre de Guaycuros.

Observando la esterilidad de la tierra, uno de los principales cuidados del Almirante fué buscar un aguaje, esto es, un sitio oportuno en que pudieran sembrar algo y recoger el sustento preciso de los colonos. Al mismo tiempo se despachó la nave Capitana a la costa de Sinaloa, que distaba unas 35 leguas, con el encargo de traer copiosos bastimentos para las personas que quedaban en California.

Entretanto nuestros PP. Kino y Goñi empezaron a quererse entender con los indios del país. Mostrábanles mucho cariño y, regalándoles algunas cosas de comer, fueron atrayendo a los más ariscos y ganándoles de algún modo su afecto. Supieron por ellos mismos que, a poca distancia al Sureste, existía otra tribu su enemiga, que se llamaba Cora. Fué el P. Goñi a verlos y en efecto halló que estos indios estaban dotados de un carácter más blando y tratable que los Guaycuros del Oeste y de La Paz. Empezaron luego los Padres a aprender sus idiomas y a enseñarles a los niños el *Bendito* y *Alabado* y otras oracioncitas en español y a formar la señal de la cruz, pero duró poco esta bonanza.

3. Pasan a Sinaloa a buscar alimentos.—Algunos robos y la desaparición de un grumete, que dijeron los Coras haber muerto los Guaycuros, hicieron sospechar alguna felonía de éstos. El 6 de Junio, fiesta del Espíritu Santo, llegaron dos caciques con 150 indios con ánimo, según se supo después, de matar a todos los españoles. Fué milagro que pudieran éstos evitar hacer uso de sus armas. Otro día un indio se atrevió a flechar, aunque sin hacerle blanco, a un español. Atondo mandó prender al reo. A poco se presentaron al Real, con muestras de paz 15 guerreros Guaycuros. Se los hizo sentar a comer, pero creyendo que venían a libertar a su compañero

y dando por cierta la muerte del grumete, Atondo mandó disparar el cañón sobre el grupo, matando a tres y huyendo los demás despavoridos o heridos. "Con este golpe que algunos creyeron necesario, dice Kino, ya no nos vienen a ver los indios, ni tenemos esperanza de que, en muchos meses, se olviden del daño que de nuestras manos han recibido".[4]

Por otra parte, no hallando aguajes ni volviendo la Capitana, pasados tres meses, se desalentaron todos los soldados, tanto que el Almirante resolvió pasar con toda su gente a la costa de Sinaloa a buscar, por sí mismo los víveres que necesitaba. El 14 de Julio 1683, dice el P. Kino, nos embarcamos los 83 colonos para el nuevo puerto de San Lucas (Agiobampo) a donde llegamos el 21 de Julio. Desde allí envió el P. Kino un nuevo mapa de las costas que había visitado y un catálogo como de 500 palabras de la lengua Guaycura cuyo significado había podido determinar.

4. Segunda entrada y salida. 1683-5.—Los meses de Agosto y Septiembre, se proveyó el Capitán de todo lo que necesitaba para estarse largo tiempo en California y, haciéndose a la vela, llegó el 6 de Octubre a una bahía capaz, en que vertía sus aguas un río que se había llamado Grande, pero que se averiguó seco en verano, aunque la humedad daba a las riberas un aspecto frondoso. Allí levantaron su Real con el nombre de San Bruno. A los dos meses explorando los alrededores, hallaron a tres leguas y media, un paraje con suficiente agua y abundante pasto para las bestias, que llamaron San Isidro en honor del Almirante. La amenidad del sitio los convidó a levantar allí otro Real para la agricultura y para el ganado, que se fué trayendo de Sinaloa.

La más famosa de sus expediciones fué la de Diciembre de 1684, en que Kino y Atondo, atravesando por primera vez la península por el cauce del río de la Purísima (que entonces llamaron de Sto. Tomás), llegaron hasta la costa del Pacífico.[5]

Los catorce meses, que duró esta segunda estancia, los emplearon los españoles en explorar la tierra, amansar a los indios, aprender

[4] Véanse los detalles y variantes de este hecho en la Vida de Kino del Dr. Bolton: Rim of Christendom, p. 105-123.

[5] Ambos escribieron relaciones de esta expedición que se conservan. Véase en la vida del P. Kino del Dr. Bolton los pormenores y documentos.

sus lenguas y cristianizarlos, aunque, previendo lo precario de su establecimiento, no bautizaron sino a unos trece enfermos y moribundos. Estos indios eran de muy diverso natural del de los Guaycuros del Sur; con el cebo de la comida, a todas horas los tenían a su disposición para la doctrina y los niños no sabían desamparar la choza del Padre.

Arduo trabajo fué aprender sus dialectos que, ya a la puerta del Real eran dos: al Sur el Edú llamado Noe a que se dedicó el P. Goñi y al Norte el Didiu llamado Neve (Guimí o Cochimí) a que se aplicó el P. Kino.[6] Conocido es el ardid de que se valió éste para hallar una palabra que expresara el dogma de la resurrección. Sumergió ante ellos unas moscas en el agua y, cuando parecieron ahogadas, las puso al sol y al empezar a rebullirse, exclamaron los indios: *Ibimu huegite, ibimu huegite.* Ya había hallado el término buscado.

No poca ayuda para fijar el lenguaje y las oraciones, prestó el P. Juan Bautista Copart, que llegó a 10 de Agosto 1684 en el barco San José con el P. Goñi, que había ido a buscar provisiones al Yaqui. En los cuatro meses que estuvo (salió el 14 de Dic.), redactó con los papeles del P. Goñi, un Diccionario y una Doctrina en Edú o Lauretano que después fué de gran ayuda a los PP. Salvatierra y Píccolo.[7]

[6] Pimentel simplifica demasiado al reducir las lenguas de California a dos troncales: el Cochimí o Laimón del Norte y el Guaycura o Monquí del Sur (Guaycura, Uchita, Cora, Conchó o Lauretano). El P. Taraval pone tres troncales de que salen otras dos, que es menester aprender, aunque las pone por indistintas. El P. Juan Luyando juzga que son realmente cinco: el *Liguí* que se habla en Loreto y Santiago Liguí, el *Monchi* o *Monqui* que se habla en Dolores y La Paz, el *Guaycura* y *Uchiti* en Todos Santos y Santiago, el *Pericú* en S. José del Cabo y el *Cochimí* en S. José, S. Miguel, La Purísima, Sta. Rosalía, Guadalupe, S. Ignacio y todo el Norte en la parte descubierta. Todas ellas tenían sus dialectos casi en cada rancho, tan diferentes como el español del portugués. Así en Cochimí o Laimón: *Tamaa* quiere decir *gente,* en S. José dicen *Tamo,* en Guadalupe *Tama,* en S. Ignacio *Tomo,* en Sta. Rosalía *Tamoc,* y así de otras vocales: unos dicen aa, otros ee, otros oo o bien confunden unas con otras. El primer esbozo de Vocabulario y Doctrina en Cochimí es del P. Kino (Cf. Bolton en su vida, p. 227). La mejor obra en *Cochimí* se debe al P. Miguel del Barco. En *Liguí* (Edú, Noe, Conchó, Lauretano) fueron los primeros los PP. Goñi y Copart. Para otras obras Cf. Cap. XVI, 5. nota.

[7] El P. Copart había traído carta del P. General para que el P. Kino hiciera en sus manos la profesión.

Cerca de 4,000 indios tenían ya amansados y medio instruídos, cuando las dificultades materiales vinieron a manifestar la imposibilidad de aquel establecimiento. En los varios viajes de exploración, se convenció Atondo de la esterilidad de la tierra, de la dificultad de abastecerse de todo en la costa de Sonora. Informado el Virrey y habida junta de Capitanes, determinó el Almirante atender a los clamores de su gente y volverse con sus muchos enfermos a Nueva España.[8]

Kino sintió bastante el haber de abandonar aquella cristiandad, que parecía tan bien dispuesta. Llevó consigo a dos niños para seguir estudiando la lengua con ellos y prometió a los catecúmenos volver tan pronto como pudiera. El siete de Mayo se embarcaron todos con gran sentimiento de los indios.

Hizo el P. Kino algún viaje de exploración, más al Norte, sin mejor resultado, acompañó a Atondo a proteger la nao que venía de Filipinas y pasó a México a informar al Virrey. Se habían gastado en esta expedición $225,000 sin sacar ningún provecho. Natural que, durante diez años, se hiciesen sordos los hombres de negocios a los proyectos del P. Kino. Entretanto se dirigió a la Pimería donde halló mayor y mejor campo para sus apostólicas empresas, según va referido.

5. Concierto de los PP. Kino, Ugarte y Salvatierra.— Ya que el P. Kino no pudo llevar a efecto la conquista de la California, tuvo la suerte de hallar un sustituto digno de sus alientos. Recordarán nuestros lectores las hazañas del P. Salvatierra en la misión de Chínipas y cómo de allí pasó a visitar las misiones de la Tarahumara y de Sonora, en donde el P. Kino le supo ponderar la grandeza e importancia de la conversión de los Californios y aun empezó a fabricar barco para pasar el golfo. A principios de 1696 volviéronse a encontrar ambos en Tepotzotlán, en donde la Providencia les hizo hallar a otro gigante, el P. Juan de Ugarte. Trazaron los

[8] Los pormenores de esta expedición se hallan en los Diarios del P Kino y de Atondo. Los primeros (Favores celestiales) los publicó en México el Gobierno en los Documentos para la historia. Vol. I. 405-458. Parte de los segundos con otros muchos pueden verse en C. Bayle, en su obra citada sobre el descubrimiento de la California. Madrid, Razón y Fe. 1933. Ordenados y completados se verán en la Vida de Kino por Bolton, Cap. VII-XIII.

tres, animados del mismo espíritu, el plan de la evangelización de la California.

La mayor dificultad consistía en alcanzar fondos propios para la empresa. En la lastimosa decadencia en que se hallaba entonces la Hacienda Real, era imposible esperar del Rey ningún socorro para misiones ni menos hablar de nuevas fundaciones. Idearon, pues, reunir mediante limosnas de personas pudientes un capital, cuya renta bastara para mantener a los misioneros que se fueran necesitando en California. Elaborado el plan en 1696, volvió el P. Kino a la Pimería, mientras los PP. Salvatierra y Ugarte daban principio a la obra.

Tratándose del tan conocido *Piadoso Fondo de las Californias,* nos bastará nombrar sólo sus primeros fundadores. Alfonso Dávalos, Conde de Miravalles y D. Mateo Fernández de la Cruz ofrecieron luego en la capital mil pesos cada uno. D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, dió una lancha grande y ofreció una galeota para el transporte de las provisiones. La Congregación de los Dolores de México reunió $10,000 para el sustento de un misionero y prometió otros 20,000. El presbítero D. Juan Caballero de Osío, de Querétaro, se ofreció a pagar cuantas libranzas vinieran de California con la firma del P. Salvatierra y los réditos de $20,000 para las dos primeras misiones.[9]

Habidas, como era natural, las licencias de la Compañía y del Rey,[10] el P. Salvatierra logró, aunque con alguna dificultad, la del Virrey Conde de Moctezuma, a 6 de Febrero 1697 y renunciando su Rectorado de Tepotzotlán, dejando de Procurador al P. Ugarte, dispuso luego su viaje a la California.

6. Primer establecimiento en Loreto. 19 Oct. 1697.—Llegó el P. Salvatierra por Semana Santa a Sinaloa y, como no llegaba

[9] Posteriormente se allegaron otros: Doña María de Borja, la familia Luyando y sobre todo el Marqués de Villapuente que, en barcos y otras necesidades, dió más de $20,000 y en Pimería fundó las misiones de Busanic y Sónoidag (mudándose por su devoción el nombre de S. Marcelo en S. Miguel). Cf. Cuevas, IV. 258, V. 395. Este fondo era administrado por los Jesuítas por medio de un Procurador, que residía en el Colegio de S. Andrés. Al salir los Jesuítas subía el fondo a $ 800,000.

[10] El P. Prov. Juan Palacios envió un Memorial al Virrey.

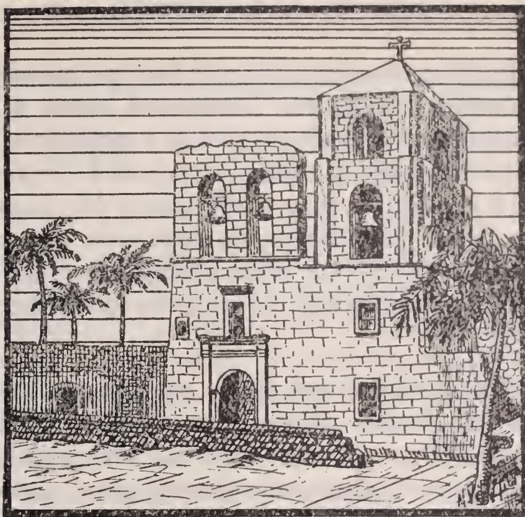




Lámina 64.—(arriba) Misión de Loreto (las torres se cayeron). (abajo) Tipos de los últimos Cochimíes.

aún la galeota de Acapulco, empleó este tiempo en visitar a los Chínipas, sus primogénitos en la fe. Llegado el barco a 14 de Agosto, se pasaron dos meses en arreglar el viaje y esperar al P. Kino que, por fin, no pudo ir y fué sustituído por el P. Francisco Píccolo. Finalmente el 10 de Octubre se embarcaron los nuevos conquistadores que, fuera del P. Salvatierra, no eran más que cinco españoles y tres indios.[11] Al tercer día de viaje, sábado fiesta de Ntra. Sra. del Pilar, dieron vista a California, aunque no desembarcaron enteramente hasta el 19.

Para el establecimiento del Real, prefirieron la bahía de San Dionisio a la de San Bruno, donde apenas hallaron reliquias del antiguo del Almirante Atondo. Al lado de un copioso manantial a poca distancia del puerto, formaron brevemente, con una tosca empalizada, una regular fortaleza, con algunas cabañas para vivir y una estrecha capilla, donde el Padre puso una imagen de Nuestra Sra. de Loreto, cuyo nombre lleva hasta hoy el presidio. El Padre tenía toda la autoridad de Gobernador, Capitán, padre de familias y capellán y, si se ofrecía, de cargador y cocinero, sazonando por sus propias manos el maíz y pozole, que diariamente repartía a los gentiles para atraerlos a la doctrina.

Al poco tiempo empezaron, aunque recelosos, a asomar los indios atraídos por el buen trato y la comida. Sus verdaderas intenciones se vieron pocos días después, el 13 de Noviembre 1697, cuando por cuatro partes empezaron súbitamente a disparar flechas y piedras. Quiso el P. Salvatierra hablarles, pero le flecharon y apedrearon. Afortunadamente no le hirieron y pudo retirarse al amparo de la palizada. Avanzando los indios, fué necesario disparar al aire y luego sobre el grupo, rodando por el suelo varios de ellos y huyendo los demás. Quiso Dios que el temor les hiciera pedir la paz, enviando a sus mujeres y niños a implorar perdón y amistad, que fácilmente se les dieron.

Ayudó mucho, a la confianza de los indios, la llegada de cierto honrado Cacique de San Bruno, que 13 años antes había tratado mucho con el P. Kino. Tenía un cáncer mortal: procuró el P. Sal-

[11] Traían también 30 vacas, 11 caballos, 10 ovejas y 4 cerdos. Los cerdos tuvieron que matarlos, pues, como los perros, asustaban a los indios que les tenían un terror invencible.

vatierra curarle, pero viéndole grave y deseoso del bautismo, cumplió su deseo y le puso por nombre Bernardo Manuel Ibo, para complacer al Virrey y Virreina, que lo habían pedido para el primer cristiano que se bautizase. A los dos siguientes se les llamó Juan y Pedro en memoria de los bienhechores Osío y de la Sierpe.

A fines de este mes de Noviembre de 1697, llegó a California el P. Fco. Ma. Píccolo,[12] Siciliano que, habiendo trabajado doce años con los Tarahumares de Carichi se había ofrecido para la California, cuya columna fué por 31 años. Su llegada fué para todos de gran consuelo, ya por su amabilísima persona, ya por las provisiones que traía la galeota y creían perdida. Dos años permaneció en Loreto en compañía del P. Salvatierra, ocupado en aprender la lengua y en cultivar a los niños que le traían los indios.

7. Misión de San Javier Viggé. 1699.—Consolidada ya la misión de Loreto, salieron los Padres a buscar, al Norte y al Sur, un lugar a propósito para una nueva misión y se fijaron en el pueblo de Viggé-Biaundó a que dieron el nombre de San Javier. Llegó allá el P. Píccolo, por primera vez, el 10 de Marzo 1699 con mucho trabajo, por la aspereza de la tierra y falta de quien le quisiese acompañar. Satisfecho de las disposiciones de aquellos indios, volvió a poco con buen acompañamiento para abrir la vereda que había de comunicar la nueva misión con Loreto.[13]

[12] Del P. Píccolo es el primer "Informe del estado de la Nueva Cristiandad de la California" publicado en 1702, a petición del Rey y de la Audiencia de Guadalajara. Se tradujo y publicó en muchas lenguas de Europa.

[13] Para no volver sobre este asunto, citaremos aquí los autores que sirvieron de base para la historia de estas misiones. El historiador de *San Javier* fué su último misionero el P. Miguel del Barco que estuvo allí 30 años y dedicó en 1757 la única iglesia de bóveda de California que aún subsiste. "Noticias de la misión de S. Javier y de sus pueblos Sta. Rosalía, S. Agustín, S. Pablo y Los Dolores" por el P. Barco.—"Nueva historia de la California" en lengua Tedesca. Mónaco, 1772 por el P. Jacobo Baegert.—Cartas relaciones sobre el estado de las misiones de los Jesuítas en América Septentrional, por el P. José Echeverría.—"Historia de la misión de la *Concepción* en California" por el P. Jacobo Bruet.—Notas del establecimiento y estado de la misión de *Santa Rosa* y de sus pueblos, la Trinidad y San Marcos en California por el P. Pedro Nasimben.—"Noticias de la misión de *San Ignacio* y de sus pueblos, S. Borja, Sta. Lucía, S. Joaquín, S. Sabás, S. Atanasio, Sta. Mónica, Sta. Marta y Sta. Ninfa por el P. Sistiaga.—Historia de la misión de *Loreto* en California, MS. por el P. Gaspar Trujillo.—Relación del viaje a California . . . con los planos de dichos puertos, remitida al Virrey, por el P. Sis-

En ambas partes anduvieron los Padres muy despacio para bautizar a los adultos, por ser tan arraigadas en ellos las supersticiones y el temor a sus hechiceros. Niños y jovencitos tenían dispuestos más de mil y mayores bien instruídos cerca de 3,000.

Las dificultades y privaciones sin embargo eran inmensas. Casi todo se había de traer de fuera. Para conducir las provisiones, compró el P. Salvatierra un barco llamado *San José*. Pagó por él $12,000 y luego se descubrió que estaba bastante averiado y necesitaba reparación. Gastáronse otros $6,000 en componerle y al primer viaje se hundió con toda la carga que llevaba. Otro barco se compró llamado *San Fermín*, que, por descuido del piloto, encalló cerca de Ahome. Quedaron los Padres con una pobre lancha, llamada *San Javier*, y con esta ruin embarcación iban y venían a Sinaloa para víveres y vestuario.

Muchas cartas había escrito desde 1698 el P. Salvatierra al Rey y al Virrey pidiendo auxilio, pero jamás logró más que buenas palabra. Eso sí, se les aumentó el número de soldados españoles, que los escoltasen. El 23 de Marzo de 1701 desembarcó el P. Ugarte. El P. Salvatierra había salido a verse con el P. Kino en busca de provisiones, y a su vuelta, tuvo el dulce consuelo de abrazar al que había de ser el apóstol y sostén de toda la misión. El mismo año llegaron también el michoacano P. Juan Manuel Baldasúa y el P. Jerónimo Minutuli de Cerdeña.

8. TRANCE EXTREMO DE LOS MISIONEROS.—Como aún no habían hecho suficientes siembras y aun las pocas que había se perdían por falta de lluvias y tenían que mantener, además de los soldados, a los catecúmenos, se sentía mucho la penuria y aun el hambre en estos principios. Hizo en 1701 el P. Píccolo un viaje a México y otras provincias para reunir limosnas, dejando su misión de San Javier al P. Ugarte. Entretanto tuvieron que vivir los misioneros con la misma cortedad y miseria de los salvajes, medidas las raciones de

tiaga, cuya pérdida lamenta el P. Clavijero.—El P. Taraval suministró las relaciones de California que trae Venegas. En Hungtinton Library, se hallan otros documentos en que se fundó dicho Venegas, v. gr. Empresas Apostólicas ... Cf. Id. Diario de Taraval. p. 20. Los Angeles Calif. 1931. El P. Lucas Ventura misionero de 1757 a 1767, escribió su Historia Natural de California. Impr. En el Arch. G. N. hay cantidad de documentos originales, que no citamos por evitar prolijidad.

maíz, con frutillas silvestres y mariscos, que iban a recoger a las orillas del mar.

Cierto día llegó a tanto la necesidad, que el mismo P. Salvatierra propuso abandonar la misión. Al oír esta propuesta de su Superior, el P. Juan Ugarte, penetrado de profundo sentimiento, se fué a la iglesia y postrándose a los pies de la Virgen de Loreto, hizo voto de no abandonar el puesto, si no se lo mandaba la obediencia. Este acto heroico animó a los demás y salvó la misión. El año 1704 fué el P. Salvatierra llamado a México para gobernar la Provincia, quedando al frente de California aquel hombre extraordinario que la había salvado.[14]

9. La figura del P. Ugarte.—El P. Alegre llama "hombre extraordinario y de aquellos que produce tarde la naturaleza" al P. Juan de Ugarte y el P. Salvatierra, que lo conocía muy bien, no le daba otros nombres que los de "*Apóstol, Padre* y *Atlante* de la California". En efecto, si no fuera por él, cien veces se hubiera abandonado la empresa. Nació en Tegucigalpa de Honduras en 1660, de padres vascongados.[15] Era maestro de filosofía en México cuando conoció y se aficionó a los PP. Kino y Salvatierra y se ofreció a participar sus afanes apostólicos.

Era de complexión robusta, extraordinaria fuerza corporal, ingenio agudo, con prontitud y facilidad para las artes y ciencias, voluntad inquebrantable en lo que emprendía y, sobre todo, de genio apacible y amable, castidad angélica, ardiente celo e íntima unión con Dios.

Veámosle ahora a la obra en su misión de San Javier, que es la que más despacio cultivó. Dos problemas casi insuperables se le ofrecieron luego al principio de su gobierno: la cristianización de gentes

[14] Esta penuria extrema debió de suceder a fines de 1701 o más tarde, acabadas las provisiones que el P. Salvatierra y el P. Píccolo habían sin duda traído de sus viajes a tierra firme. Vimos en el Cap. XIII. No. 6, cómo en 1703 y los siguientes abrió el P. Kino camino desde Mátape a Guaymas, para pasar sus socorros a California, que eran de cien reses cada año y muchas cargas de harina, etc. . . Durante el Provincialato del P. Salvatierra sucedió la famosa renuncia de las misiones al Virrey Duque de Albuquerque, que ya no pagaba los subsidios a los misioneros. No tuvo más remedio el Virrey que ceder. 1704. Véase Alegre III. 141. Astrain VII-286.

[15] Clavijero lo hace nacer en 1660, Astrain en 1662.

tan bárbaras y la manutención de la colonia, en tierra tan distante y estéril. Determinó resolverlas ambas con sus propios recursos e ingenio. Empezó pues a enseñar y doctrinar a los indios obligándolos blandamente a asistir todos los días a misa, rosario y a la doctrina, quitándoles la afición a sus hechiceros y a sus supersticiones antiguas.

Fué luego necesario, con mucho modo y tiento y dando personalmente el ejemplo, acostumbrarlos a trabajar, a cultivar la tierra y cuidar de los ganados, formando hombres de unas bestias salvajes, hechas a vivir en ocio perpetuo y a buscar su comida por los montes como los brutos.

Los indios, cuya corta capacidad no alcanzaba al principio la utilidad de estos afanes que les quitaban la libertad de vaguear, dieron mil ocasiones de aumentar el mérito a la paciencia, ya no viniendo, ya no queriendo moverse, ya huyéndose, ya burlándose, ya conjurándose y amenazando muertes y estragos,[16] sin haber otro recurso para él ni remedio más que la afabilidad, el halago y tal vez el temor para el respeto, no afanándolos mucho y condescendiendo muchas veces con su debilidad.

Al principio, estaban inquietos todo el tiempo de la doctrina, recibiendo con risa y burla cuanto el Padre decía, hablando entre sí y prorrumpiendo muchas veces en grandes carcajadas. Sufriólos el Padre, riñólos después y, como nada bastase para tenerlos atentos, parecióle un día hacer alguna fuerte demostración para sujetarlos por el miedo. Estaba cerca de él un indio muy preciado de valiente y que, presumido con esta ventaja, única que entre ellos merece estimación, se atrevía a descomponerse más que los otros. Cuando estaba el indio en la mayor fuerza de su risa, haciendo señas de burla a los demás, le tomó de los cabellos y levantándolo en el aire, le mimbreó en él a uno u otro lado así pendiente, por tres o cuatro veces. Esto bastó para que huyesen todos despavoridos.

Recogiéronse luego, poco a poco, y el Padre logró estuviesen con alguna atención. Mas, averiguando que la causa de su algazara

[16] Cierta noche, creyéndole dormido en su cama, la acribillaron de flechas. El avisado poco antes por un niño, no había tenido más tiempo que el de agazaparse debajo de ella.

eran las faltas que él cometía en las voces y pronunciación de su lengua, procuró poner más cuidado para instruirse en uno y otro, tomando por maestros a los niños, habiendo averiguado que los adultos, sobre resistirse, le engañaban para burlarse después. Con todo eso, no se lograba prontamente el trabajo, por la rudeza brutal de aquellos infelices. Ponderóles en cierta ocasión, con cuanta fuerza pudo, el fuego y las penas del infierno. El fruto fué que, después, les oyó decir en sus corrillos que mejor tierra era el infierno que la suya, pues no había falta de leña, sino mucha lumbre para calentarse y que así era mejor dejar su tierra e irse allá. El desconsuelo y desmayo, que causaba tanta torpeza, era indecible.

En lo material no eran menores los apuros. Aunque tenía este trabajo común con todos los misioneros, la esterilidad de la tierra le hacía muy difícil proveer a todos con el necesario sustento, pues no podían contar siempre con los recursos de fuera. En Loreto el terreno de siembra se reducía casi todo a una huerta de frutales y hortalizas, cuyos frutos eran poco menos que nada para tanta gente. Había que buscar, lejos y en las nuevas misiones, los pedacitos que se podían regar y hacer trabajar en ellos los indios.

El mismo los conducía al desmonte de las tierras para cultivo o a hacer presas para el riego, o a abrir hoyos para plantar árboles frutales y cepas, o a mover y disponer la tierra para recibir las semillas. Sudaba y se afanaba, ya con el hacha cortando la espesura, ya con el azadón cavando la tierra, ya con la barra hendiendo peñascos,[17] ya llevando el riego, ya conduciendo al pasto y al agua las bestias y las pocas reses que logró para su misión, enseñando por sí mismo a los indios a hacer todas las labores.

En la fábrica de la iglesia y casas para sí y para los indios, era el P. Ugarte no sólo maestro y sobrestante de la obra, sino carpintero, albañil y peón de todos los oficios, que de todos debía llevar

[17] En San Miguel, para llenar un precipicio que impedía la comunicación, le echó 22,000 cargas de piedra y 18,000 de tierra. De otro precipicio hizo un verjel, trayendo de otra parte 160,000 cargas de tierra, con lo que amansó las primeras mulas que tuvo. Allí aclimató todas las frutas de la Nueva España. El ciclón de 1717, como no se vió otro en California, barrió toda la tierra de labor, rompió todos los diques, destruyó todas las casas e iglesias de adobe. Duró tres días y el P. Ugarte en S. Javier, para no perecer, tuvo que subir a una peña, donde estuvo 24 horas en la lluvia.

el trabajo principal, porque, aun movidos del ejemplo, de las dádivas y de las caricias, no acababan de sacudir la pereza y desidia arraigadas en las médulas y no dieran paso, si no vieran al Padre trabajar más que todos. Así era el primero en traer piedra, a pisar el barro, a mezclar la arena, a cortar, traer y desnudar las maderas, a sacar la tierra y colocar los materiales.

Otro problema, que dió no poco que sufrir a todos los misioneros, fué el de los vestidos. Aunque las mujeres se tapaban con un trapito por delante y otro por detrás, los hombres no usaban otro que su propia piel y, lejos de avergonzarse de su desnudez, se admiraban de que fuese vituperada por los españoles. Los primeros Californios, que por ellos fueron vestidos, parecieron tan ridículos a sus paisanos y fueron tan burlados, que se vieron precisados a dejar sus vestidos. Dos muchachos domésticos, a quienes un misionero hizo por sí mismo un vestido, fueron tratados con tanta burla que, no pudiéndolo sufrir, sólo se lo ponían al entrar en casa.

Con el tiempo sin embargo y los regalos de ropa, los fueron acostumbrando y, como no se podían traer de México los géneros, el mismo Padre les enseñó, luego que se fueron multiplicando las ovejas, a trasquilarlas, cardar e hilar y tejer con unas ruecas que les hizo. Luego trajo de Durango, contratado con $500 anuales, al tejedor Antonio Morán, el cual estuvo mucho tiempo en California, instruyendo a los indios y perfeccionando sus manufacturas.

Además, como los viejos difícilmente se podían reformar, así en San Javier como en Loreto, se pusieron escuelas separadamente para niños y niñas, que con el tiempo dieron muy buenos elementos y catequistas para las misiones nuevas, que se iban formando.

Estas fatigas del ilustre misionero eran imitadas por los demás Jesuítas, que evangelizaban en California y así, años adelante, se fué viendo el fruto. Llegaron sus indios no sólo a saber y entender la doctrina, sino también a vivir una vida arreglada, cristiana y sin desórdenes. Acostumbró su indócil pereza al trabajo y logró tener abundantes cosechas de trigo, maíz y otras semillas. Venció lo imposible en el riego y cultivo de tierras ásperas y fragosas y disfrutó cosechas de vino generoso de cepas y parras, que servían al consumo de las misas en California y aun sobraba para llevar a Nueva Espa-

ña a trueque de otros frutos.[18] Crió caballada, vacas y ganado lanar en abundancia y fué el proveedor general del presidio y de las misiones, que del todo hubieran perecido sin el socorro del P. Ugarte: hombre de corazón magnánimo y de genio industrioso a quien ninguna dificultad arredraba y que reducía, con el favor de Dios, a la práctica cuanto intentaba; y a pesar de todas las dificultades, salía con cuanto quería, siendo por esto muchas veces llamado el *padre* de todas las misiones.

10. Misiones de Ligui y Mulegé, 1705.—Por Agosto de 1705 salió de México el P. Salvatierra para visitar personalmente, como Provincial, su querida misión. Traía consigo al H. Jaime Bravo, aragonés, coadjutor temporal, que durante 40 años (14 de procurador del presidio y 25 de sacerdote y misionero) había de prestar tan grandes servicios a la misión. Al salir de la visita, el Provincial dejó aprobada la fundación de dos nuevas misiones, una en Mulegé, 40 leguas al Norte y otra en Ligui, 13 leguas al Sur que él mismo había, años atrás, visitado.[19]

Esta última se encargó al joven P. Pedro de Ugarte, digno hermano del P. Juan, que algún tiempo antes había traído el P. Baldasúa en un viaje que hizo a México. Halló el P. Pedro a los indios de Santiago Ligui bastante quietos y sosegados, pero era casi imposible hacerlos trabajar. Muchos meses vivió a la sombra de unos árboles. Para su capilla y la casita, tuvo que valerse de los niños. A veces apostaba con ellos quién quitaba más pronto los matorrales; para hacer adobes los convidada a bailar y saltar sobre el lodo y él mismo descalzándose saltaba con ellos sin acordarse de la familia noble y opulenta en que se había criado. Al fin, pudo dedicar su capilla con asistencia de los demás misioneros y reducir a vida

[18] Es digno de notar que, además de las tierras comunes, para aficionar más a sus indios al lugar, procuraba tuvieran ellos sus gallinas, cabras, ovejas y pedazos de siembra propios, donde cosechaban maíz, calabazas y otras semillas. Habiendo una sequía, de cuatro años, arruinado su labor de S. Javier, hizo otra muy florida en una barranca tres leguas de allí que llamó de San Pablo donde trasladó la cabecera en 1718 (S. Javier Nuevo). Allí edificó el P. Miguel del Barco (1754-1758) una iglesia de cal y canto y vigas de muy buen cedro que trajo de Matanchel (Sin.). Allí murió el P. Ugarte.

[19] No hemos podido localizar exactamente el lugar de esta misión: parece estar situada en el actual pueblo y río de Tripui. Cf. el mapa.

cristiana no sólo los de Ligui, sino todas las tribus vecinas y a muchos salvajes dispersos por los montes.

Los mismos trabajos pasó el P. Baldasúa en Mulegé.[20] Abierto un largo y penoso camino para comunicarse con Loreto, plantó su misión a dos leguas del mar junto al arroyo de Mulegé. Haciendo una presa, pudo labrar unas tierras en una llanura, que había allí, de seis leguas, cubierta de mezquites y acacias. Sólo cuatro años pudo el P. Baldasúa soportar aquellos trabajos, siendo luego enviado al Yaqui, de donde siguió favoreciendo la misión con provisiones.

Le sucedió el P. Píccolo luego que volvió de Sonora. La docilidad de estos indios y de las tribus vecinas sirvió de mucho en adelante, por el conocimiento del castellano que pronto adquirieron, valiéndose de ellos los Padres como intérpretes y catequistas en la lengua Cochimí que, en varios dialectos se extiende por todo el Norte.[21]

Mientras al Norte y al Sur progresaba la fe, el P. Ugarte atendía las restantes misiones de Loreto, S. Juan de Londó[22] y S. Javier Viggé. Hizo además, por Noviembre de 1706, con 50 soldados Yaquis, un viaje de exploración a la costa del Pacífico, para hallar puerto para la nave de Filipinas, viaje que no tuvo éxito, así como tampoco otro que hizo el H. Bravo por la costa del Sur, de Loreto hasta La Paz, en busca de sitio a propósito para nuevas misiones.[23]

11. Misión de San José Comondú, 1708.—Encariñado con los trabajos apostólicos, no descansaba el P. Salvatierra hasta conseguir,

[20] Sta. Rosalía Mulegé Calamañija, ahora Mulegé, distinta del Sta. Rosalía de los mapas.

[21] Cuando su misionero P. Sistiaga pasó a S. Ignacio en 1734, los pueblos de Mulegé se repartieron entre las misiones vecinas de la Purísima, Guadalupe y S. Ignacio. Pero volvió a tener misionero propio. En Mulegé están ahora los restos de los archivos de estas misiones. Los registró el P. Primitivo Cabrera en 1924 y escribió un opúsculo sobre el estado actual de estas misiones del Norte. Hay también impreso del año 1702 un Informe sobre el estado de las misiones de la California del P. Píccolo.

[22] Esta misión de Londó debió de fundarse muy al principio (1699?) pues se hallaba en el fértil valle de S. Isidro y sus indios habían sido cultivados en la segunda expedición por los PP. Kino y Goñi.

[23] Del P. Juan Ugarte existe una "Noticia del viaje de la balandra El Triunfo de la Sta. Cruz", hecho en 1709 en el golfo de California.

renunciando el Provincialato, volver a sus indios, como lo hizo embarcándose en Ahome con los cinco Californios que había traído a México, llegando a Loreto después de pasar una deshecha tempestad, el 3 de Diciembre de 1706.

A poco le siguió un nuevo misionero, el P. Julián de Mayorga que, con las provisiones, se había hecho a la vela en Matanchel. Llegó tan debilitado y extrañó tanto el clima, que el P. Salvatierra creyó necesario hacerle regresar a Nueva España, mas él le suplicó llorando, que le dejase morir en California a donde el Señor le había llevado. Fué Dios servido que, en vez de la muerte que esperaba, recobrase pronto la salud y trabajase gloriosamente en aquellas misiones más de 30 años.

La nueva misión destinada al P. Mayorga, fué una de las dos fundadas por el Marqués de Villapuente, 30 leguas al Poniente de Loreto, a igual distancia de ambos mares, en una cañada favorecida con un abundante manantial de agua. Llamóse el lugar San José Comondú. Acompañáronle algunos días los PP. Salvatierra y Ugarte, para ayudarle en la fábrica de una pequeña casa e iglesia y amansar las varias tribus por allí esparcidas.

Andando el tiempo, llegó a tener esta misión sus dos escuelas para niños y niñas y aún su hospital. Fundáronse también en las cercanías los dos pueblecitos de San Juan y de San Ignacio, aunque sólo en este último halló tierra de labranza, que cultivó con sumo cuidado. A la fecha de su muerte, ocurrida el 10 de Noviembre 1736, había el P. Mayorga bautizado en su misión 1,736 indios. Le sucedió por breve tiempo el P. Rondero y luego, hasta la expulsión, el P. Francisco Inama, quien construyó su hermosa iglesia de tres naves, toda de piedra labrada y bóveda, como puede verse en la sacristía que aun subsiste.[24]

12. Tribulaciones y muerte del P. Salvatierra, 1717.— Los años siguientes fueron para la misión repetidas calamidades. En 1709 el Barco *San Javier*, que había sido enviado con $3,000 al Yaqui por bastimentos, encalló en la costa de Sonora, quedando la tripulación a merced de los rebeldes Seris. Voló a socorrerlos el P.

[24] La población moderna de San Miguel Comondú está a tres kilómetros al Sur.

Salvatierra en el esquife *El Rosario,* teniendo la suerte de recobrar lo perdido y de granjearse la amistad de no pocos Seris.[25]

A su vuelta halló la misión invadida por la viruela que se llevó a casi todos los niños. Siguieron otras enfermedades por causa de los alimentos, viéndose a la muerte el P. Píccolo tres veces, dos el P. Salvatierra y una el P. Ugarte. Los PP. Pedro de Ugarte y Baldasúa, por falta de salud, tuvieron que abandonar las misiones.

En 1711 el P. Peralta, enviado a Matanchel en busca de víveres y a componer el barco *El Rosario,* después de gastar $3,000 quedó tan mal que al volver, después de haber sido llevado por el viento a vista del Cabo San Lucas, fué devuelto a estrellarse cerca de las islas de Mazatlán. Iban en él tres Padres: el P. Santiago Doye que venía a Sinaloa, el P. Clemente Guillén a California y el P. Benito Guisi que pereció en el naufragio.[26] Después de peripecias sin cuento llegó el P. Guillén a California por Enero de 1714.

El año 1716, intentó el P. Salvatierra establecer una misión entre los Guaycuros, salvajes muy enemigos de los españoles, por los maltratos que habían recibido del Almirante Atondo y de los buscadores de perlas. Se embarcó en Loreto con el Capitán y algunos soldados e indios de Loreto y aportó en la bahía de La Paz.

Al verlos, huyeron los Guaycuros; siguiéronlos los indios de Loreto y alcanzaron a las mujeres, que se defendieron a pedradas; maltratáronlas los indios, antes de que el Padre y el Capitán pudieran acudir a su defensa. Por más que procuró el P. Salvatierra apaciguar a sus maridos con regalos y devolviéndoles seis prisioneros Guaycuros, que había traído de Loreto, no hubo modo de hacer nada con ellos y se volvió desconsolado a su misión.

Estaba ya el buen anciano muy enfermo de piedra en la orina, aunque proseguía trabajando como si estuviera sano, cuando la enfermedad no le postraba en cama. Recibió en Marzo de 1717 una carta del Provincial, traída por el P. Nicolás Tamaral, en que se

[25] Informe del P. Salvatierra sobre su viaje a los Seris, 3 Abr. 1710. Arch. G. N. Historia. T. 308.

[26] Otra versión: "El P. Benito Guisi desnudo salió a la costa de Sinaloa casi de milagro".

le daba orden de pasar a México, para tratar con el nuevo Virrey los negocios de California.

Achacoso como estaba, salió de Loreto con el H. Bravo el 31 del mismo mes, dejando al P. Ugarte al frente del Presidio y de las misiones. A los nueve días de navegación llegó a Matanchel y de allí a caballo a Tepic. De aquí no pudo caminar sino en una camilla llevada por indios. Llegó a Guadalajara tan maltratado, que no hubo cuidado capaz de aliviarle, falleciendo tranquilamente, según hemos visto en la historia de aquel colegio, a 17 de Julio de 1717.



Lámina 65.—P. Juan B. Ugarte.

CAPITULO XVI

ULTIMAS FUNDACIONES DEL P. UGARTE.

1717-1730

1. Vuelve el H. Bravo con el P. Sistiaga. 1718.—El H. Bravo presentó al Virrey las peticiones del P. Salvatierra, que se reducían a que pagara el Rey la fundación de un *Seminario* para indios en Loreto, que se estableciera un *Presidio* de 50 hombres en La Paz o en San Lucas para acoger la nave de Filipinas y poner respeto a los bárbaros Pericúes, que se comprara un barco para la misión y se regalara al santuario de Loreto la salina de la isla del Carmen. Sólo consiguió el pago de $18,276 anuales para los soldados y otros 4,000 para comprar un barco peruano que, como los otros, se perdió al año siguiente en el puerto de Matanchel.[1]

Al morir, el P. Salvatierra recomendó al H. Bravo no dejara de ver en México y de traer a California a un joven catedrático de Bellas Artes, natural de Teposcolula (Oaxaca) llamado Sebastián Sistiaga. Vióle el Hermano y en efecto halló que hacía tiempo deseaba aquellas misiones y lo trajo a principios de 1718, adquisición verdaderamente providencial, pues trabajó con grande fruto en la misión por cerca de 30 años.

[1] Por aquel tiempo se volvió a tratar la cuestión, que desde un principio había dado no poco que hacer; si pertenecía la California a la jurisdicción de Guadalajara o de Durango. A pesar de tres Cédulas que favorecían a Durango (especialmente una de 16 Nov. 1721) el Consejo de Indias al fin resolvió en favor de Guadalajara, 14 Sept. 1731. Se ve que estos negocios caminaban despacio.

A su llegada hallaron a los misioneros repartidos en la forma siguiente: el P. Ugarte en San Javier, el P. Mayorga en Comondú. el P. Guillén en Ligui y el P. Píccolo en Loreto, Londó y en Mulegé que cedió al recién llegado.

2. Misión de la Purísima. 1718-1722.—Desde San Javier trabajaba en aquel tiempo el P. Ugarte en la conversión de los Cochimíes, que vivían en las sierras al Norte de su misión. Vínole el año de 1717 por compañero el joven sevillano, recién ordenado, P. Nicolás Tamaral que se estableció, mientras aprendía la lengua, en el pueblecito de San Miguel fronterizo de los gentiles. Allí le vinieron a pedir bautismo los delegados de dos rancherías o tribus que vivían al otro lado de la sierra del Norte. Visitados y convertidos, les fundó un pueblecito que debió ser la Purísima Vieja, a donde fueron acudiendo en demanda de bautismo otras muchas rancherías, que poblaban de mar a mar aquellas serranías.[2]

No entra en nuestro plan describir los pormenores de la fundación de cada una de las misiones, pero para ésta tenemos una relación del mismo santo mártir, que tiene un valor especial y da idea de los heroicos trabajos y fundación normal de todas las misiones y la vamos a transcribir en sus líneas principales.

Después de notar la situación, en un ameno valle con un arroyo de agua, rodeada por los cuatro costados por altas sierras y colindando con las misiones de Guadalupe, Mulegé, Comondú y San Javier y al Oeste con el mar océano y un circuito total por lo menos de 80 leguas, pasa a describir el fruto de sus diez últimos años, hasta que la obediencia le exigió el duro sacrificio de abandonarlo, para ir a la conversión de las bárbaras tribus del Sur que lo habían de martirizar.

Empezóse de asiento (y en forma independiente) la fundación de esta misión el año de 1722 el domingo, infraoctava de la Nati-

[2] El P. Cabrera que visitó recientemente esta misión, dice que la Purísima Nueva dista 25 kilómetros de la vieja (ambas ya en ruinas) y que las campanas llevan la fecha de 1706 y 1708 (lo que no sabemos cómo explicar: tal vez se traerían de otra parte). Se abandonó la Purísima vieja por faltar agua a temporadas, pero la nueva parece ser la que fundó el P. Tamaral en 1722, pues la fachada es de piedra. El sitio lo descubrió el P. Píccolo desde Mulegé en 1712. La fundación se tuvo que dilatar, a causa del terrible ciclón de 1717 que barrió la tierra, hasta el año 1719 en que entró el P. Tamaral.

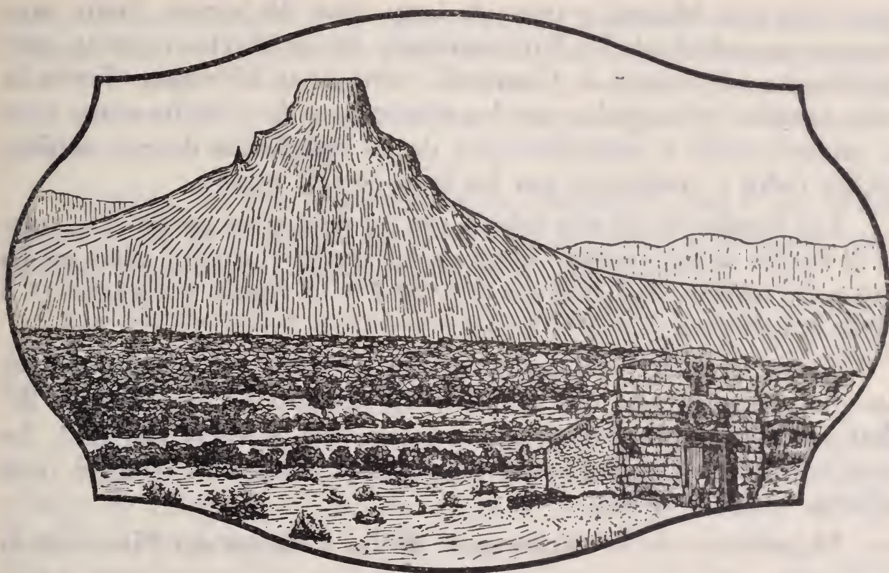


Lámina 66.—Ruinas de la misión de la Purísima.

vidad de María Santísima, dedicado al nombre dulcísimo de María y gracias al cristiano celo y muy pía liberalidad del señor Marqués de Villapuente, su fundador.

Tiene esta misión dos pueblos: el uno principal de la Purísima y el otro del Ssmo. Nombre de María en las sierras así llamadas del Nombre de María, de trece a quince leguas distante del centro. Tiene en ambos pueblos casas con cómoda habitación, vivienda y oficinas para todo lo necesario, iglesias, fuera de la que se está fabricando más capaz de mampostería en la Purísima.

En todo este distrito, están abiertos caminos a mano y a punta de barra: el uno atraviesa toda la misión desde el pueblo de S. Miguel de la misión de S. Javier hasta tres o cuatro leguas antes de la misión de Mulegé, hecho dicho camino por los hijos de la misión de la Purísima, cuyo tramo será de 38 a 40 leguas. Item, otro camino real para la comunicación con las misiones del Norte, que, desde la Purísima hasta el arroyo de Los Angeles de la misión de Guadalupe, tendrá de largo 18 leguas, trabajo de los mismos.

Item, otro camino que, de Norte a Sur, atraviesa toda la misión desde cerca de Jacuencacahel, perteneciente a la misión de S. Javier,

hasta cerca de Mulegé y tiene de largo unas 48 leguas. Item, otro camino que sale desde La Purísima hasta las rancherías rayanas, pertenecientes a la misión de Comondú como unas 17 leguas. Fuera de estos caminos principales con las misiones, se han hecho otros para la comunicación y administración de las rancherías de esta misión, hechos todos y trabajados por los hijos de esta misión.

Las rancherías de esta misión son 32 en cuatro cordilleras, unas en el fondo de los arroyos, otras en las mesas y altos y otras en las costas del océano, distantes entre sí de 2 a 10 leguas y algunas 35 ó 40 de la cabecera.

Todas las dichas rancherías son ya cristianas, sin quedar en todas ellas gentil alguno que yo sepa. El número de cristianos de dichas rancherías son 1,496; las familias bien casadas son 342, los muchachos y muchachas entre párvulos y núbiles son 500, el resto solteros, viejos y viudos.

El *gobierno de la misión* es el de las misiones del Norte de la California.

Las Justicias principales de esta misión son tres: el *Gobernador* de toda la misión; el *Capitán* de la iglesia al cual pertenece todo lo que inmediatamente mira a la iglesia, como es cuidar que en cada ranchería haya una cruz grande en lugar decente, que no haya bailes supersticiosos, ni hechiceros con los demás ritos gentiles, que se rece la doctrina y cante en comunidad toda la ranchería las oraciones y alabado, que con tiempo procuren se bauticen las criaturas que nacieren, que vengan por su turno las rancherías a misa y doctrina los días de fiesta, que la iglesia esté barrida y limpia, que se toque a doctrina y que acudan a sus horas acostumbradas, etc.

El tercer Justicia principal es el *Fiscal Mayor*: a éste incumbe ayudar al Gobernador y Capitán de la iglesia.

Fuera de éstos, en cada ranchería grande hay dos Varas o Justicias, que son el Capitán y el Fiscal; en las rancherías pequeñas hay sólo el Capitán. Además en cada una de las rancherías, hay un *Temastián*, cuya incumbencia es enseñar la doctrina y avisar a la hora de rezar por la mañana al amanecer y a la noche antes de irse a acostar para que recen y canten el alabado, empezando él en voz alta.

La *distribución del tiempo de ordinario* es ésta en la cabecera. Al querer amanecer se tocan las Ave-Marías; entonces toda la fa-

milia doméstica acude a la iglesia, rezan y saludan a la Santísima Virgen, cantan el alabado, primero los hombres, después las mujeres y después los dos coros, hombres y mujeres juntos, y de la misma suerte los niños y muchachos en lugar separado, y las muchachas juntas en otro lugar.

Después, los que entonces tienen ocupación, van a sus oficios como son los de la cocina y los que aparte hacen el desayuno para los trabajadores, para enfermos, viejos y huérfanos, etc.

Los que no tienen entonces ocupación acuden a asistir a la misa, que se dice todos los días, y, acabada la misa, rezan y cantan el alabado a coros como queda dicho.

Después el Padre les reparte el desayuno que es atole. Acabado éste, cada uno acude a lo que se le ha encargado: los hombres al trabajo de campo y fábrica de la iglesia, que al presente se está haciendo; las mujeres unas a hilar algodón y lana, otras a hacer medias y otras sus tejidos, que ya hacen de lana y algodón.

El Temastián instruye, para confesar, las rancherías que van viniendo a sus tiempos, y a los viejos y viejas rudos; el Padre atiende a todos.

A las diez del día se toca la campana y acuden a la iglesia todos los niños y niñas de doctrina y, puestos aparte unos de otros, rezan la doctrina y acabada, cantan a coros el alabado con pausa decente.

Al mediodía se toca la campana y, puestos de rodillas todos, saludan a la Santísima Virgen y cantan una vez el alabado. Después se reparte la comida a los trabajadores que es el pozole, a los viejos y viejas, niños y niñas atole y un poco de pozole. Después de comer descansan hasta las dos, y entonces cada uno prosigue el trabajo que se le ha encomendado.

A las cinco de la tarde, se toca la campana y acuden los niños y las niñas a la iglesia a rezar todas las oraciones y doctrina, cantando el alabado al fin.

Al anochecer tocan las Ave-Marías y de rodillas rezan y saludan todos a la Santísima Virgen; después se les reparte cena lo mismo que al mediodía. Después de cenar van todos a la iglesia con el Padre y rezan a coros el rosario, letanías y cantan el alabado. Há-

cese entonces y no antes esta distribución, porque ya entonces están todos desocupados de sus oficios y pueden todos acudir a devoción tan importante.

Después de rezar el rosario y cantar a coro el alabado en la iglesia, salen todos y los hombres con su temastián y las mujeres con su temastiana, en lugares totalmente distintos rezan la doctrina y van a recogerse. Los muchachos y solteros tienen una pieza aparte donde duermen, los casados tienen sus casitas, porque es costumbre que en casándose uno de la familia, se haga una casita para que viva y duerma con decencia.

En las rancherías distantes de la misión, los estilos comunes son éstos. El número de las rancherías está repartido de suerte que cada cuarto de luna, vienen seis rancherías a misa, que son sábado y domingo. Con esto, al mes, toda la misión viene al menos dos días a misa, y, aunque algunas rancherías que no son muy distantes, en ocho o nueve leguas de distancia, suelen venir todos los días de fiesta.

Las rancherías, que están muy distantes, acuden cada dos lunas una vez, entiéndese por no haber entre los indios el conocimiento de meses y semanas y con más claridad entienden por la luna que ven.

Cuando vienen a misa y doctrina, fuera de la instrucción, se componen sus dependencillas y cosas de gobierno de su ranchería, para que vivan en paz y cristiandad.

En sus rancherías, todos los días dos veces, al amanecer y al anochecer al recogerse, rezan en comunidad la doctrina y, acabada, cantan el alabado a coros: cosa de gran consuelo, pues lo es el que en el silencio de la noche resuenen entre los riscos y bosques el alabar al Señor y los que tal vez caminan de nuestros soldados y españoles lo suelen referir con edificación y consuelo.

Saben todos la doctrina excepto algunos viejos rudos, así por la frecuencia en rezarla, como porque es costumbre en esta misión que, al repartirles la limosna anual de la ropa, a ninguno se da (excepto viejos y enfermos) si primero no dicen ellos solos de memoria la doctrina. Aunque, pocos años ha, quemaban sus difuntos, quizá por la gran dificultad de hacer sepulturas en tierra tan pedregosa y sin instrumentos que no los tienen, ya desde que recibieron

el santo bautismo, los entierran, componiéndolos decentemente en una frazada y, acompañando la ranchería rezando la doctrina, les dan sepultura y ponen encima una cruz.

Cuando alguno enferma avisan al Padre, quien va a confesarlo y olearlo si lo necesita, y se le da la mejor providencia que permite la omnímoda pobreza de estos pobres, para que lo cuiden y den algún alimento con el poquito de maíz que el Padre les lleva. A esta diligencia se debe el que a muchos no se los coman desamparados las fieras, como antes se comían no pocos, porque dejados sin cuidado y sin guardia, perecían comidos de los animales, como al principio me sucedió con varios.

Cuando el Padre va a sus rancherías o pasa por ellas, luego que divisan al Padre, se ponen en orden y entonan a coros el alabado, y acabado, pasan a saludar al Padre por su orden primero los hombres, después las mujeres.

Esta costumbre usan cuando vienen al pueblo, ora venga toda la ranchería ora venga alguno solo, antes de saludar a otro alguno, se va a la iglesia, puesto de rodillas se persigna, reza una Avemaría a su santísima patrona y canta el alabado, y acabado, pasa a saludar al Padre y disponer a lo que viene. Al irse observan el mismo método; saludan a la SSma. Virgen y cantan el alabado en la iglesia y después vienen a despedirse del Padre y recibir algo de bastimento para el camino.

Cuando las rancherías vienen a misa y doctrina, se les da a todos de comer a la mañana, al mediodía y a la noche los días que están en el pueblo, que suelen ser tres días, y es inevitable por la total pobreza de estos hijos, que no tienen más trojes que lo que diariamente cogen en los montes para su sustento.

En todo este Norte, al paso que la gente es bastante y animosa, es mucha su docilidad en ser corregidos cuando es menester, y muchas veces sucede venir ellos mismos a acusarse y pedir corrección, milagro de la protección de María Santísima, cuya devoción y rosario está muy recibida entre estos pobres Cochimíes.

En lo temporal, tienen alhajas sus dos iglesias decentemente, con cuatro ornamentos nuevos enteros y dos usados muy decentes,

y todos con bastante ropa blanca nueva para cada ornamento y alguna de reserva.

La casa tiene todo lo necesario para los menesteres comunes y cuidado de los indios. El campo y el ornato está todo surtido de las alhajas necesarias; la viña de 64 varas de largo y 38 de ancho con 280 parras en sus *tepeztles,* con una cerca de granados de 55 plantas, y más otra cerca después de los granados de tuna mansa y de ésta cercando y guardándolo toda una cerca muy tupida de mescal manso.

Alrededor de la viña, en distancia suficiente, 39 higueras. Item, dos suertes de caña de humedad y tierra dispuesta para otra suerte. Item, una huerta de 66 varas de largo y diez de ancho, toda cercada y sembrada de hortaliza y el primer cuartel sembrado de nardos y el último de rosas, flores para adorno de la iglesia. En dicha huerta hay algunos arbolitos frutales de limón, guayaba y zapote. Item, un pedazo de tierra húmeda cercado para sembrar fruta de verano. Item, los manantiales del agua sembrados de sauceda tupida para que se conserve.

Por no haber en todo el distrito de la misión donde poder sembrar lo necesario para el gasto, se puso el cuidado en criar algún ganado mayor de bestias, de cuyo producto se mantiene la misión de lo que necesita sin escasez de carne y bestias, que es mucho por el mucho gentío, y juntamente se da al almacén del Presidio para comprar de grano y menesteres. Tiene juntamente algún pie de ganado menor, gallinas, patos o ánzares y otros trastecillos de los comunes para el alivio de la casa en estas serranías y soledades.

Tiene dos corrales de piedra: uno muy capaz para la caballada, otro menor para el ganado menor y otro de madera grande para ganado mayor en el pueblo del Nombre de María. Tiene también otros dos corrales de madera en la Purísima, todo lo cual está en ser y casi nuevo, como que se ha puesto de pocos años a esta parte y se procura cuidar.

Este es el estado presente de esta misión.[3]

[3] MS. Arch. G. N. Historia. Jesuítas T. 21, n. 13, f. 164. En el citado Archivo hay una serie de 81 Tomos sobre la California. Lo más interesante para nosotros se imprimió en Doc. Hist. Mex. IV Serie. T. V.

3. Construcción de la balandra. 1719.—Para facilitar la provisión y comunicaciones de la California, necesitaba el P. Ugarte un buen barco. Con él podría explorar ambas costas, como se lo mandaba el Rey, para descubrir un puerto en el Pacífico y una comunicación por tierra con Sonora. No hallando modo de comprarlo ni de construirlo en otra parte, determinó el P. Ugarte fabricarlo en California.

Halló un lugar, 70 leguas de Mulegé, donde había árboles; llevó de Nueva España un maestro y algunos oficiales y tomó sobre sí cortar los árboles y arrastrarlos hasta la bahía de Mulegé con bueyes y mulas. Cuatro meses pasó en las barrancas, que no perdió enteramente, pues se hizo amigo de todas las tribus vecinas y las preparó para las futuras misiones de Guadalupe y de San Ignacio.

En el puerto el H. Bravo con sus indios y oficiales armaron la balandra que llamaron *El triunfo de la Cruz,* y echáronla al agua el 14 de Septiembre de 1719. En opinión de los inteligentes, era el buque más bello y mejor hecho de cuantos hasta entonces se habían visto en la costa de California y sirvió la misión en 120 travesías durante 25 años.

El premio inmediato, que recibió el P. Ugarte por esta hazaña, fué muy diferente del que esperaba. Era a la sazón Provincial el P. Alejandro Romano, italiano, hombre muy benémerito, pues había pasado 30 años en las misiones, pero que, como Provincial, dejó muy malos recuerdos por su rigidez y dureza. Informado por consultores, como no faltan, de que el P. Ugarte desamparaba su misión, perdía su tiempo y gastaba sus recursos, le mandó una reprensión diciéndole, que poco faltaba para que mandara echar a pique la balandra: cosa que arrancó las lágrimas al viejo misionero.

4. Funda el P. Bravo la misión del Pilar de la Paz. 1720. —Así como las misiones de Sinaloa hallaron su mejor auxiliar en el Capitán Hurdaide, así la California en el portugués D. Estéban Rodríguez Lorenzo, que el P. Salvatierra tuvo la fortuna de pescar, en una de las haciendas de Tepotzotlán en 1697, y fué el brazo derecho de los misioneros durante más de 47 años, que estuvo de capitán del presidio de Loreto. Otro auxiliar admirable halló la misión en el aragonés, H. Santiago Bravo, que trajo el mismo P. Salvatierra y sirvió 14 años de Procurador, fabricó la amplia iglesia de Loreto y después trabajó otros 25 como misionero.

En efecto, habiendo el año 19 ido a buscar víveres a Sinaloa, halló carta en que el P. Provincial le mandaba ir a ordenarse a Guadalajara. Hízolo así y, pasando por México, consiguió del Virrey otro barco para la misión y del Marqués de Villapuente la fundación de la misión de La Paz para sí mismo.

Llegado que hubo a California, partió por mar en la nueva balandra (1 Nov. 1720), en compañía del P. Ugarte y algunos soldados y neófitos de Loreto, mientras iba por tierra desde Ligui el P. Guillén, abriendo caminos, en lo cual tardó 23 días.[4] Entretanto los PP. Ugarte y Bravo habían desembarcado en el puerto de La Paz y conciliádose las simpatías de los Guaycuros (bien informados por los prisioneros que años atrás había devuelto el P. Salvatierra) y aun ganado la buena voluntad de los salvajes de las islas San José y Espíritu Santo, que les suplicaron los libertasen de los excesos de los buscadores de perlas.

Juntos ya, edificaron una capilla y casitas para el Padre y los neófitos y, pasados tres meses, dejaron solo al P. Bravo con algunos soldados. Este se dedicó luego a hacer edificios formales, a traer de los bosques a los salvajes dispersos para doctrinarlos y acostumbrarlos al trabajo y vida civil. En los ocho años que duró, bautizó entre párvulos y adultos más de 600, dejó 800 catecúmenos, formó las poblaciones de la Virgen del Pilar, Todos los Santos y Angel Custodio. En 1728 fué llamado a Loreto para que ayudase al P. Píccolo, ya muy viejo y enfermo.

5. Misión de Guadalupe Guasinapi. 1720.—Desde que estuvo el P. Ugarte en aquellas serranías frías y malsanas cortando leña para la balandra, se pensó poner allí una misión. Asegurado, en nueva visita, de los sentimientos de estos indios, envió allí a fines de 1720 al P. Everardo Helen, llegado en Abril del año anterior y que ya tenía algunos rudimentos de la lengua. Acudieron muy gustosos los indios y ayudaron con buena voluntad a los soldados a levantar casa e iglesia. Terminada la obra, se retiró el capitán dejando sólo cuatro soldados.

[4] Se conserva en la Bibl. Nac. el Diario de esta expedición del P. Guillén. La publica Ocaranza en "Crónicas y Relaciones del Occidente de México". T. I. p. 61 México 1737. Asimismo en la p. 39 se puede hallar la "Conquista de la Nación Guaycura y fundación de Na. Sra. del Pilar de la Paz", por el P. Jaime Bravo.



Lámina 67.—Misión de San Javier.

El sábado de gloria de 1721 pudo el P. Helen celebrar su primer bautismo de 20 adultos, con todo el aparato y solemnidad posibles, y el segundo con igual pompa en la vigilia de Pentecostés. Puso especial empeño en instruir bien a sus catecúmenos y no los solía bautizar antes de que entregasen y quemasen las tablillas, copas de cabellos, pezuñas de ciervos y otros amuletos con que los engañaban sus charlatanes, aunque no halló entre ellos rastro alguno de idolatría.

Tampoco se halló, en toda aquella región, tierra de labor; así que estos indios se tenían que mantener del maíz, que traían de otras misiones, de frutas y raíces, que buscaban entre los montes, y luego de carne de los animales que allí se empezaron a criar. Duros especialmente fueron los años 22 y 23, si bien para toda la California, de un modo especial para esta misión.

La plaga de la langosta destruyó casi todas las frutas silvestres con que se mantenían los indios. Empezaron luego a comer langostas, que les produjeron úlceras y luego disentería, de que murieron 228 y el mismo Padre enfermó, teniendo que retirarse un tiempo a Loreto. ¡Cuántos viajes y caminatas para asistir y curar personalmente a tantos enfermos! ¡Qué prodigios de caridad para ganarse el corazón y las almas de estos salvajes! Fueron tan rápidas y sólidas las conversiones de esta misión, que en 1726 había 32 tribus convertidas, y, además de los catecúmenos, 1,707 cristianos.

De éstos, algunos fueron agregados a la misión de Mulegé y otros a la de San Ignacio, quedando para Guadalupe 20, esparcidos por aquellos lugares de la montaña en que había agua potable, pero al fin fueron congregados por el P. Helen en cinco pueblos, con su capilla y casas respectivas. Los neófitos de esta misión, ahora desaparecida,[5] llegaron a ser de los más instruídos, morigerados y devotos y cuando, a los 15 años, se retiró el P. Helen enfermo, tuvo

[5] Sólo queda en las cercanías un sitio llamado San Miguel que debió de ser visita. El P. Gasteiger (n. Viena, Austria, 1702-1755) misionero de Guadalupe, escribió una "Histórica relación de la Misión de Guadalupe y sus pueblos, Concepción. S. Miguel, S. Pedro y S. Pablo". El P. Helen compuso una Doctrina Cristiana en Cochimí. El P. Ducrue escribió su "Specimen Linguae Californiae", publicado por Von Murr en su Journal. El P. Píccolo también varias obritas en los idiomas del Sur. Cf. Cuevas. IV. 323.

el consuelo de no dejar un gentil en todo su territorio. Vivió aún 22 años de Tepotzotlán donde murió en 1757.

6. Tres viajes y la misión de los Dolores del Sur. 1721. —Para hallar el puerto de Magdalena, señalado por Sebastián Vizcaíno para resguardo de la nave de Filipinas, hizo el P. Guillén en 1719 un penoso viaje de 25 días a la costa occidental, pero no halló en ella ni agua potable, ni pasto, ni leña, ni terreno de cultivo. No queriendo los soldados seguir adelante, en quince días volvió a Loreto.[6]

Con el mismo objeto, salieron de Guadalupe el 19 de Noviembre 1721 los PP. Sistiaga y Helen; recorrieron de Norte a Sur la costa hallando tres puertos, el mejor cerca del pueblo de San Miguel perteneciente a la misión de San Javier, desde donde se podían auxiliar las naves.

El 15 de Mayo de aquel año había también salido en la balandra y dos esquifes el P. Ugarte, con el piloto Guillermo Strafort, a reconocer la extremidad Norte del golfo de California. Abordó primero al puerto de Guaymas donde enfermó y tuvo, según el autor de su vida, las mayores penas interiores que jamás había experimentado.[7]

Pudo haber acudido a los misioneros de Yaqui que estaban cerca, pero, siendo de un corazón en extremo generoso con los demás, no era capaz de pedir un favor para sí, habiendo sido más de una vez desairado. Esta indicación, no muy usual en los historiadores de aquel tiempo, parece indicar que el compañerismo no siempre era lo que debía ser y que los iniciadores, del temple de Kino y Ugarte, muchas veces no debían de contar más que con sus propios recursos.

El hecho es que aprovechó los días de su enfermedad en acariciar a los Seris que, años atrás había visitado el P. Salvatierra, levantándoles una capilla en espera de mejores días. Un poco aliviado, siguió su viaje hasta el puerto de Sta. Sabina, en la desembocadura del río Magdalena, y, no pudiendo seguir por esta costa, pasaron a la de California, remontando hasta la desembocadura del río Colorado, donde se cercioraron de la continuidad de la tierra; volviendo, después de graves peligros y cuatro meses de navegación,

[6] Venegas: Noticias de Cal. II, p. 339.
[7] Venegas: Noticias, II. p. 342. Visitó al P. Gallardi en Caborca.

a Loreto, a mediados de Septiembre de 1721 con detallados mapas de lo que habían descubierto.

Estos viajes no impedían al P. Ugarte atender a sus demás conquistas. Desde antes, había determinado la fundación de una misión en tierra de los Uchitas, indios que vivían entre Loreto y La Paz e impedían a veces la comunicación entre ambas misiones.

Suprimióse al efecto la misión de Ligui, reducida a muy poco por la enfermedad y las invasiones de los gentiles, y se ordenó al P. Guillén, su misionero, buscara en la costa del Sur un lugar más a propósito. Fijóse primero en la playa de Apate, 46 leguas de Loreto, donde halló alguna tierra labrantía, y luego en un sitio más cómodo, siete leguas adentro en las montañas, llamado Tagnuetia, 60 leguas al Norte de La Paz, que bautizó con el nombre de Ntra. Sra. de Los Dolores del Sur.[8]

Empezó el P. Guillén su conquista por Agosto de 1721 y la perfeccionó durante 25 años. Fué sacando los indios, familia por familia, de los bosques, los congregó en nueve pueblecitos, de los cuales tres se agregaron a la misión de San Luis Gonzaga, que fundó en 1747 el nobilísimo mexicano D. Luis de Velasco, Marqués de Santiago. En todo el territorio de esta misión, que se extendía de mar a mar, no dejó ningún indio que no fuera cristiano, o al menos catecúmeno. No tenía lugar de sembrado de maíz más que un corto espacio de playa en la citada bahía de Apate. Sirvió esta misión de refugio para los misioneros y neófitos, en la rebelión de los Pericúes de que después hablaremos.

7. Misión de Santiago de los Coras. 1721.—Antes de partir para su expedición había también el P. Ugarte dejado todo arreglado para la fundación de una misión en la parte más meridional de la península, luego que llegaran las provisiones que había encargado a la Nueva España. El señalado para esta nueva empresa fué el P. Ignacio María Nápoli, que abordó en La Paz el 2 de Agosto de 1721 y de allí por tierra, abriendo camino con el P. Bravo y cuatro soldados, llegó a su destino el 24 de dicho mes.

No pareció ningún indio hasta la noche en que, habiéndose alejado solo de la tienda el P. Nápoli, le salió una tropa de indios desnudos con su guama al frente, dando aullidos espantosos y ame-

[8] Después se llamó de "La Pasión".

nazándole con sus flechas. Preparóse el Padre a morir y ocultando su temor, les salió al encuentro amonestándoles con señas y luego ofreciéndoles los regalitos que traía. Fuéronse acercando poco a poco los días siguientes, pero exigiendo apartase las mulas y un perro a que no estaban acostumbrados y luego a algunos indios Guaycuros, sus enemigos, que había traído de La Paz.

El año de 1723 trasladó el P. Nápoli su misión más tierra adentro, para librarla de las incursiones de los indios de las islas. Ya casi acabada su iglesia, estando él ausente, una tormenta la derribó sobre sus indios, que en ella se habían refugiado. Trabajo le costó acallar las iras de los parientes de los muertos, aunque él no tenía la culpa y acudió al punto al socorro.

En los cinco o seis años que allí estuvo, fabricó las acostumbradas casas e iglesias, arregló algunos sembrados, bautizó cerca de 400 niños pero no pasó de 90 adultos, pues estos indios eran muy diferentes de los del Norte. Inconstantes, desidiosos y disolutos con muchas mujeres que les traían el alimento, se pasaban la vida en ocio perpetuo a la sombra de los árboles. Ni ellos se podían resolver a contentarse con una mujer, ni ellas hallar otro hombre que las recibiese.[9] En 1726 fué el P. Nápoli enviado a Sonora y le sucedió el P. Carranco que había de fecundar con su sangre esta viña.[10]

8. Misión de S. Ignacio Kadakaamán. 1728.—Muy diferentes eran los Cochimíes del Norte. Las misiones más septentrionales a la fecha eran Sta. Rosalía *Mulegé,* donde el P. Sistiaga había sustituído al P. Píccolo, y *Guadalupe,* donde trabajaba el P. Helen desde 1720.

[9] Una de sus visitas era el pueblo de Todos los Santos fundado por el P. Bravo, cerca de Las Palmas en la costa del golfo. Dícese que se fundó en el golfo en el lugar primitivo de la misión de Santiago.

[10] Ocultan nuestros escritores casos desagradables, pero parece, que el P. Nápoli fué destituído por faltas graves, entre ellas el maltrato que dió al P. Carranco y de él tal vez dice el P. Taraval que "malogró su vida en trágicas circunstancias y murió sin sacramentos". Tenemos carta de él de 26 Julio 1641 en que es misionero de Onapa (Misc. Mex. T. VII p. 227) que desvirtúa esta sospecha. De un libro de bautismos que queda, sacamos como operarios de esta misión: 24 marzo 1739 P. Bernardo Zumpciel sucesor del P. Tempis; 6 Marzo 1748 P. Juan B. Bischoff; vacante cinco años; Marzo 1, 1753 P. Fco. Ma. Badillo; Feb. 1762 P. Juan José Salazar; 1763 P. Carlos Neumayer; 13 Sept. 1763. P. Ignacio Tirsch. Engelhardt. Calif. I, 269.

Desde el año 1713, el P. Píccolo, ministro de Mulegé, había descubierto como a unas 20 leguas al Norte de Guadalupe, el sitio más hermoso y a propósito para una misión de toda la California. A 80 leguas de Loreto, 17 de ambos mares, en una mesa de 110 metros de elevación con un verdadero anfiteatro de colinas de piedra volcánica, brota un abundante y cristalino arroyo que da fertilidad a una más que regular vega. Los indios habían ya sido amansados por el P. Helen, y el P. Sistiaga había pasado allí más de ocho meses enseñándoles los rudimentos.

Fué señalado, para fundar allí una misión formal, el P. Juan B. de Luyando de nobilísima familia mexicana, quien dejó parte de su patrimonio para dicha fundación y quiso venir él mismo a plantearla. Llegó al paraje, que se llamaba de San Vicente y que bautizó con el nombre de San Ignacio, el 20 de Enero de 1728, acompañado de nueve soldados y de algunos indios cristianos de Mulegé educados en Loreto. Le recibieron 50 gentiles y con ellos, mientras aprendía la lengua, edificó dos jacales techados con paja, uno para iglesia provisional y otro para su vivienda. Por la Nochebuena ya pudo estrenar una regular iglesia, aunque techada con paja, por carecer de madera.

El problema de la alimentación fué luego de los más arduos, pues, en pocos días se comieron las diez fanegas de trigo con que venía provisto, teniendo luego que mantenerse con calabazas de que había cierta provisión cuando pasó el P. Helen a Guadalupe. Hizo inmediatamente una saca de agua para sembrar diez fanegas de trigo. A los tres meses se alivió la situación con una mies de 100 fanegas de trigo, que había dejado sembrado el P. Helen y cuidaba un indio Gobernador. La viña de 500 parras que dejó el mismo Padre dió aquel año su primer fruto. Plantó sucesivamente el P. Luyando higueras, granados, olivos y caña para preparar panocha y todo se dió muy bien. Prestándose los indios y la tierra al cultivo, el trigo y el maíz llegaron a dar mil fanegas. La misma suerte tuvo con las ovejas, vacas y caballada, con que vino esta misión a ser la más abastecida de la península.[11]

Iba a la par el cultivo espiritual y el recorrido de la sierra para

[11] El P. Primitivo Cabrera que visitó recientemente el lugar, dice que la iglesia (que debe ser del P. Konzag) es de cantera de bóveda, así como el convento y las bodegas. Los tres retablos se conservan en buen estado y las pinturas

hallar nuevos indios, formar poblacioncitas de las esparcidas rancherías, cada una con su capillita y su casa. Dejó reducidas, según él mismo escribe, 30 rancherías, correspondiendo 12 al sexto y último año de su estancia. El distrito comprendía 112 leguas en cuadro, 100 de longitud por 450 de circuito, cuyas estancias estaban a obediencia del misionero y cuyos habitantes no podían marchar a distancia sin su licencia, aunque siempre quedaban en el pueblo los viejos, los niños, las mujeres en cinta y los enfermos. Para producir arraigo en sus rancherías y para convertirlas paulatinamente en pueblos, se les dotó con gallinas y ganado menor.

Los peligros que corrió de los hechiceros, sus correrías por la sierra, los caminos que abrió, su habilidad para ganarse a los indios, hasta una expedición armada que hizo contra una tribu del Norte, le harán siempre acreedor a la gratitud de esta misión, que tuvo que abandonar por no poder su salud continuar tales trabajos, aunque el último año se le había dado por compañero al futuro gran apóstol P. Fernando Konzag.[12]

9. Muerte de los PP. Píccolo y Ugarte. 1729-1730.—Mientras jóvenes misioneros continuaban extendiendo la viña del Señor con gran éxito en el Norte y con graves dificultades en el Sur, terminaban sus días en sus primitivas misiones de Loreto y San Javier los dos venerables ancianos a quienes se debía en gran parte el sostenimiento de aquella cristiandad.

Falleció el P. Píccolo en Loreto el 22 de Febrero 1729 después de 46 años de tareas apostólicas en la Tarahumara, Sonora y California.

son de regular mano. Existe aún la desviación del río con un bordo de un kilómetro para fertilizar la tierra, que aún tiene buena uva y tres kilómetros de palmeras dátiles. Está invadida la ciudad por los chinos.

[12] Fué el P. Luyando ayudado por sus vecinos y no residió de continuo en el pueblo, sino que estuvo temporadas en Guadalupe y en Mulegé. Firma allí bautismos desde el 1 de Octubre 1727 en que llegó hasta Octubre de 1730. Las campanas son de 1731 y 32. Salió en 1734, pero en 1730 vino en su hermano Agustín, que parece haber estado en Mulegé hasta 1737 y murió en Tepotzotlán en 1752. El P. Juan B. fué después Superior de varias casas en la Provincia y murió en Puebla el 25 de Junio 1757. (Tenemos su biografía inédita por el Rector P. Juan Fco. López). Un informe de 1784 atribuye la hermosa iglesia actual a Fr. Juan Crisóstomo Gómez. O. P. (?).

También el P. Ugarte, retirado en el pueblecito de San Pablo (San Javier nuevo) situado en una horrible barranca, donde el sol amanecía y se acostaba dos horas antes de lo debido, pero donde había labrado, con su iglesia, un verjel que alimentaba a sus indios, solo y mal servido por unos niños, lleno de achaques, pasó al fin, el 29 de Septiembre 1730, a recibir su premio con 30 años de servicios en California que, al decir de Clavijero, valieron un siglo.

Su pobreza personal era extremosa. Cuando tenía visitas de sus hermanos los solía regalar con carne y productos de su huerta, pero solían decir que era menester llevaran sus cucharas y platos, pues él no tenía duplicados. Se contentaba con el alimento de sus indios y eso a la hora que se lo traían sus niños. Su asma no le dejaba descansar de día ni de noche. Diez años tuvo llagadas las piernas sin poder soportar medias ni calzas y sin dejar de trabajar y andar entre sus matorrales. Dos veces estuvo de muerte sin compañía alguna, en la tercera lograron sus compañeros acudirle con todos los auxilios. En una de las últimas visitas que se hicieron los PP. Ugarte y Salvatierra, se vieron tan flacos y desfigurados que luego, de pena y de dolor, se separaron cada uno a su lugar. Esta fué la jubilación que prefirieron en la tierra.[13]

El estado en que dejaban la misión nos lo refiere el P. José Echeverría, que por este tiempo vino de Visitador de California. "Todas las incomodidades de este viaje, dice, se pueden sufrir de buena gana por tener el consuelo de ver el fervor de este nuevo y feliz cristianismo. No se pueden contener las lágrimas, al oir las alabanzas divinas de boca de estos pobres indios que, poco ha, no conocían a Dios. Gracias a su infinita misericordia, no solamente hay más de 6,000 personas bautizadas en estas siete misiones, sino que creo que no hay un niño de los que saben hablar que no tenga bien sabida la doctrina cristiana".[14]

[13] Vida del P. Ugarte por el P. Juan José de Villavicencio. 1752.

[14] Desde Guadalaxara, añade el Visitador, no he hallado Villa ni pueblo que se pudiese comparar con la misión de Loreto: El Rosario, Culiacán y Sinaloa son arrabales y todas las *alabadas* misiones de la misma banda del Golfo, brutas conchas de aquella perla. Carta al marqués de Villapuente. Ocaranza 5. 78. Llegó el Visit. a Loreto 29 oct. 1729.

CAPÍTULO XVII

RUINAS EN EL SUR Y PROGRESOS EN EL NORTE.

1730-1767

1. Misión de San José del Cabo. 1730.—La falta de estos notables misioneros la suplieron otros que llegaron y en especial el veterano P. Sebastián de Sistiaga, oaxaqueño, que, ya como Visitador y Superior, ya como misionero durante 29 años en las misiones de Mulegé y de San Ignacio, fué, durante estos 17 años de revueltas y tribulaciones que vamos a recordar, la edificación y ejemplo de la California entera.

Mucho habían trabajado, en los distritos del Sur, para dominar la barbarie de los Uchitíes, Guaycuros y Coras, los PP. Guillén en Dolores, Bravo en La Paz y Nápoli y Carranco en Santiago pero la mayoría de estos salvajes permanecía en su obstinación y necesitaba, de tiempo en tiempo, la represión armada. No se veía solución más que en el aumento de las misiones en esta parte y precisamente el Marqués de Villapuente y su prima Dña. Rosa de la Peña se ofrecieron a dotarlas.

Después de visitar las misiones del Norte, el P. José de Echeverría llamó al P. Nicolás Tamaral, fundador de la misión de La Purísima y le encargó la nueva que iba a fundar en *San José del Cabo.*[1]

[1] Carta del P. Echeverría al Marqués de Villapuente, 12 Jul. 1730. Ocaranza, p. 79.

Salidos ambos, con pocos soldados e indios, de Loreto el 2 de Mayo 1730 en el *Triunfo de la Santa Cruz,* llegaron en nueve días a La Paz, donde los agasajó el P. Guillermo Gordón, sucesor del P. Bravo; de allí continuaron a Santiago de los Coras, donde hacía cuatro años había sucedido al P. Nápoli el futuro mártir P. Lorenzo Carranco y finalmente al Cabo de San Lucas, donde, en un estero cerca del río San José, escogieron el sitio de la nueva misión y erigieron los respectivos jacales para capilla y casa del Padre.

Los indios habían repetidas veces deseado la misión y durante las tres semanas, que allí permaneció el P. Visitador, se presentaron como unos 300. Con la ayuda de un paje ladino y de una doctrina en su lengua, traída de Santiago, empezaron a doctrinarse. Dos veces al día les servían pozole y en seguida formaban rueda, los niños en medio, los hombres a un lado y las mujeres en otro, a fin de leer y repetir la doctrina, que los asistentes escuchaban y decían "con tal compostura, devoción y atención y silencio que parecían cristianos bien educados y de muchos años". El sábado 1 de Julio el P. Visitador bendijo el agua y bautizó a los 15 primeros niños de la misión del Estero de Las Palmas de San José del Cabo.

Partido el Visitador púsose luego el P. Tamaral a recorrer la tierra en busca de indios y de sitio más a propósito, pues el escogido estaba infestado de mosquitos y escaso de tierra de cultivo. Se estableció finalmente siete leguas del mar, donde congregó su gente con tanto éxito que, aquel primer año, pudo arreglar otro pueblecito y bautizar 1,036 naturales, cosa sorprendente (y tal vez prematura) si se considera lo vagabundo de estos indios y la poligamia que hemos mencionado.

Un buen ejemplo de la generosidad de los misioneros y de la rapidez con que se propagaban sus ganados, trae el P. Francisco Tempis en un Informe relativo al establecimiento de un presidio en San Lucas.[2]

El año 1734 arribó al puerto de San Lucas el galeón de Filipinas, mandado por el Gral. Jerónimo Montero; quedábale agua sólo para 24 horas, los víveres acabándose y corrompidos y la marinería gravemente enferma, entre ellos el Capitán de mar y el agustino

[2] Archivo General. I, 67-63. 28.





Lámina 68.—(Arriba) Martirio del P. Carranco.
(Abajo) Martirio del P. Tamaral.

Fr. Domingo Horbegoso. Sabían que andaban cerca de las reducciones y apenas fondeados, disparó la nao un pedrero de aviso. Oyólo el soldado que asistía al P. Tamaral y el Padre acudió solícito al socorro de los náufragos. La misión se había fundado hacía cuatro años, estaba por lo tanto en los comienzos; pues, aún así, halló la caridad y largueza del Padre 80 toros, 100 carneros, gallinas, huevos, legumbres, fruta, agua, aguardiente: todo en 24 horas. Y cuando, a los seis días, zarpó el galeón, la gente iba mejorada y las bodegas bien provistas. Quedóse el P. Tamaral con los enfermos, cuidó de su salud con caridad fraterna y, una vez restablecidos, los envió en un barco a Matanchel.[3]

2. Misión de Santa Rosa de las Palmas. 1733.—La misión de Santa Rosa no se pudo emprender tan pronto como se deseaba. El P. Segismundo Taraval, destinado a esta fundación y llegado a Loreto en Mayo de 1730, fué interinamente ocupado en la misión de la Purísima en reemplazo del P. Tamaral y luego en San Ignacio, mientras el P. Sistiaga hacía la visita de las misiones (1732). En este punto fué donde el P. Segismundo recibió embajada de unos indios que habitaban las islas Afegua (de los Pájaros) y Amaigua (de los Dolores) [4] en la costa del Pacífico, pidiendo misioneros. Partió con ellos y llegó a la hermosa bahía que llamó de San Javier, pasó en balsa las seis millas de estrecho, convenció a la gente de la conveniencia de trasladarse a San Ignacio y se la trajo toda, a excepción de un hechicero renuente a quien se tragó un tiburón. Lo mismo hizo con otras dos tribus, una mediterránea y otra oriental, que presentó a su vuelta al P. Sistiaga y a su nuevo ayudante el P. Fernando Konzag.

Libre ya de partir a su deseada fundación, salió el P. Segismundo para Las Palmas a principios de 1733.[5] Los Coras que habitaban

[3] No tenemos pormenores de la fundación de la *misión de San Luis* que debió hacerse por este tiempo. De una carta del P. Bravo, marzo 1731 se saca que las limosnas del Marqués de Villapuente hasta 30 de julio de 1730 ascendían a $185,805 "fuera de la misión de S. Luis cuya fundación y sostenimiento se debió en total al marqués". Ocaranza, I, 87.

[4] Isla de Cedros que él redujo. Cf. infra.

[5] Según anotamos en el número 7 del Cap. anterior, la vieja misión de Todos los Santos se fundó por el P. Bravo cerca de la bahía de Las Palmas en el primitivo lugar de la misión de Santiago, y fué visitada en 1721 por el P. Nápoli

aquella región habían recibido frecuentes visitas de los PP. Carranco de la misión de Santiago y del P. Tamaral de la de San José y se hallaban bien dispuestos. A pesar de ello, juzgó prudente el P. Segismundo guardar tres soldados, que le sirvieron no poco para poner en respeto a ciertos cabecillas revoltosos. Halló el P. Segismundo en Santa Rosa el mismo éxito que su vecino de San José del Cabo. Al año había bautizado a la mayoría de sus indios, con la particularidad de haberse granjeado su cariño de un modo no ordinario, pues sus neófitos, en la revuelta, le fueron fieles aun contra sus propios paisanos.

Antes de pasar adelante permítasenos detenernos un poco sobre la simpática y original figura del P. Segismundo Taraval, pues además de su celo ofrece la particularidad de ser un literato. Hijo de un Teniente General de Su Majestad Católica en Lombardía, nació en Lodi del Milanés; pero, vuelto su padre a España, entró a los 18 años en la Compañía en la Provincia de Toledo. Estando estudiando filosofía en Alcalá, le vinieron deseos de pasar a las misiones y, concluídos sus estudios en México, fué enviado a California, donde trabajó en diversas misiones 21 años. Dice Clavijero que "empleaba en el estudio todo el tiempo que le dejaban sus ocupaciones de misionero. A él se deben casi todas las noticias de la Nueva California que coleccionó Venegas. En 1751 fué trasladado a Guadalajara en donde, los doce años que allí permaneció, fué siempre consultado de toda clase de personas, por su mucha sabiduría y erudición en materias teológicas y canónicas. A su muerte que acaeció en 1763, dejó muchas obras manuscritas de las cuales vi yo doce volúmenes, en la librería de los Jesuítas e hice copiar algunas".[6]

y en 1727 por el P. Carranco. Como el lugar primero de Santa Rosa no se halló a propósito en 1734 el P. Taraval la trasladó al lugar que fué de Todos los Santos, donde, aunque el pueblo era menor, ofrecía más comodidad para los barcos de provisiones de Loreto. No hubo dificultad en el traslado, pues la vieja Santa Rosa, dice Taraval, no tenía edificios ni neófitos. Los cristianos que hubo allí se juntaron con los de S. José del Cabo. Se llamó Sta. Rosa en honor de la fundadora Dña. Rosa Villegas. El moderno pueblo de Todos los Santos se fundó en la costa del Pacífico antes de 1741 y se trasladaron a él los restos de las misiones de La Paz, y la nueva Sta. Rosa (el lugar de la primera misión del nombre de Todos Santos).

[6] Ahora tenemos de él un "Diario de la Revuelta", con el título: The indian uprising in Lower California 1734-1737, translated by Marguerite Eyer

3. Levantamiento de los Pericúes. 1734.—Debióse el levantamiento del año 1734, más que al carácter indómito y lujurioso de los indios y a sus *guamas* (hechiceros), a la funesta influencia de unos mulatos y mestizos, dejados allí por piratas o navegantes extranjeros. Uno de ellos llamado Domingo Botón, hijo de un mulato y de india, había sido nombrado por el P. Carranco Gobernador de la misión de Santiago, ya por su particular inteligencia, ya por obligarle más a detestar los vicios de su gentilidad. No enmendándose, fué destituído y, castigado, se refugió con un cacique pagano, del distrito de San José del Cabo, llamado Chicori, igualmente vicioso e inquieto, que vivía en Yeneca. Este había venido hasta la misión a robar una de sus mujeres, que el P. Tamaral instruía para bautizarse. Fué a reclamarla el Padre, pero no sacó otro provecho que exasperarle. Ambos cabecillas se buscaron adeptos en las misiones de Santiago y de San José del Cabo, y resolvieron matar a todos los misioneros.[7]

Avisado a tiempo, el P. Tamaral acudió a Santiago para procurar con el P. Carranco sofocar los principios del levantamiento. De allí mandó llamar a sus neófitos armados para acompañarle a San José. Esta demostración puso temor a los alzados, que huyeron y poco después imploraron su perdón. La conspiración sin embargo, fomentada por los gentiles, seguía ganando adeptos aún entre los neofítos, que continuaban asistiendo a la iglesia.

El Virrey arzobispo Vizarrón, enemigo de los Jesuítas, había rehusado siempre poner un presidio en el Sur, como lo había pedido el P. Bravo. El P. Gordón en La Paz no tenía más que dos soldados, dos el P. Taraval en Sta. Rosa (Todos Santos viejo), dos mestizos el P. Guillén en Dolores y ninguno el P. Tamaral en San José del Cabo. Sin embargo los indios temían las armas de fuego de estos pocos soldados y determinaron matarlos primero a traición uno por

Wilbur. Los Angeles Calif. 1931. De allí tomamos nuestros datos para el presente artículo. ¿Quién será el autor y dónde pararía la "primera breve y luego extensa descripción de la California" *en dísticos latinos,* que cita Taraval en el número 16 de su Diario?

[7] Allí también se había refugiado Cristóbal, otro cacique que había sucedido a Botón y sido igualmente expulsado. Véanse más pormenores en la reseña que hemos escrito de nuestros mártires.

uno. Cierto día avisaron al P. Tamaral que se había hallado muerto uno de sus soldados en los montes, camino de Todos los Santos, que viniera con otro soldado a levantar el cuerpo. Sospechando sus intenciones, no fué el Padre y así se libró de una muerte segura.

En San José del Cabo, otro soldado, que había ido con él, avisó al P. Tamaral del peligro y le urgió se retirara a La Paz. Rehusó el Padre abandonar sus ovejas. Vuelto a La Paz, el soldado halló que, mientras el P. Gordón había ido a Loreto en busca de auxilio, habían los indios muerto al guardia y saqueado la iglesia. Inmediatamente recorrió las 60 leguas, que le separaban de Dolores, para dar aviso al P. Guillén. Este mandó recado a los PP. Carranco y Tamaral, para que se recogiesen sin pérdida de tiempo a Dolores. Pero era ya tarde.

4. Martirio del P. Carranco. 1 Oct. 1734.—Sabiendo que el P. Tamaral no tenía guardas en San José, el P. Carranco le despachó unos fieles neófitos que lo trajeran a Santiago. Contestóle el santo varón que, aunque veía el peligro, confiaba en Dios a cuyo servicio estaba entregado en vida y muerte: que El dispusiera de su vida como le pluguiera, por más que no se sintiera digno del martirio y que, habiéndole sido fieles sus neófitos en lo pasado, no le parecía justificado abandonarlos en el peligro. Esta carta se halló después entre los papeles desparramados del P. Carranco.

Sorprendieron los rebeldes a los mensajeros a su vuelta y determinaron acabar primero con el P. Carranco, cortando el camino del Sur antes que llegaran los socorros de Loreto.

Presentáronse los indios en Santiago en la mañana del 1 de Octubre, cuando el P. Carranco acababa de decir misa. Sus dos mestizos habían ido al monte a buscar dos bueyes para la carne. Los mensajeros, haciendo causa común con los rebeldes, entraron como para entregar la respuesta del P. Tamaral. Levantóse el Padre del reclinatorio y estando leyendo la carta, lo agarraron de cada lado dos indios, mientras los otros lo flechaban en el pecho. Levantó el mártir los ojos al cielo, pidió perdón a Dios de sus faltas y de las de sus indios y se desplomó pronunciando los nombres de Jesús, María y José. Acabáronlo con piedras y macanas. Acudió todo el pueblo al

ruido, unos pocos manifestaron su dolor, los demás, reviviendo sus brutales apetitos, lo desnudaron y profanaron horriblemente su cuerpo.

Durante esta escena, el monaguillo no cesaba de llorar a gritos. "Bien, dijeron los foragidos, ya que quieres tanto a tu Padre, es mejor que lo acompañes" y, amarrándolo por los pies, le dieron con la cabeza en las paredes y en el suelo hasta estrellarlo.

Encendieron luego una hoguera y echaron encima los cadáveres con todos los objetos saqueados de la casa y de la iglesia, que no pudieron aprovechar. Al llegar los mestizos los rodearon y flecharon y los echaron también en la lumbre.

Poco se sabe de la vida del P. Carranco. Era natural de Cholula y había estudiado en los colegios de San Jerónimo y de San Ignacio de Puebla. En esta ciudad y en Tepotzotlán, donde había hecho su noviciado, se guardó hasta 1767 un retrato de su martirio.

5. Martirio del P. Tamaral. 3 Oct. 1734.—De Santiago, pasaron inmediatamente los asesinos a San José del Cabo. El Domingo del Rosario 3 de Octubre, hallaron al Padre sentado en una silla, dando gracias después de su misa. Pidiéronle maíz, ropa y navajas. Sospechando sus intentos les contestó: "Entrad, tomad lo que queráis, todo es vuestro". Dudaron un momento, pues esperaban otra respuesta, pero luego los dos asesinos del P. Carranco echaron al Padre al suelo y agarrándolo por los pies, lo arrastraron fuera y le echaron unos flechazos. Luego les pareció mejor atormentarle con las navajas que el buen misionero les había regalado. Hasta expirar no cesó el P. Tamaral de pronunciar el nombre de Jesús, ofreciendo su vida por sus verdugos. Cometieron con él las mismas abominaciones que en Santiago, destruyendo con la lumbre todo lo que no pudieron llevarse. Había nacido el Padre en Sevilla el año 1687.[8] Después de dos años pasados en México, había llegado a California el año 1716 y fundado, como hemos visto, la misión de la Purísima. De la vida que llevó con sus bárbaros del Sur nos puede dar idea el

[8] El P. Baltazar dice que nació en 1686, ingr. 3 Oct. 1704, vino a México de teólogo y en 1717 pasó a California.

hecho de habérsele visto uncido con un buey y arando con un indio en el arado.[9]

6. Más ruinas y nuevo presidio del Sur. 1735.—Ya que no pudo salvar la vida de los PP. Carranco y Tamaral, el Visitador P. Guillén, de Dolores, logró poner en salvo al P. Gordón de La Paz y Taraval de Santa Rosa (Todos los Santos viejo). Cuando llegaron los rebeldes a este último pueblo, no hallando al Padre, se desquitaron sobre sus neófitos matando a 27 y huyendo los demás. Aunque no se extendió abiertamente la rebelión, de la misión de Los Dolores para arriba, y pudo ésta ser socorrida desde Loreto, hasta en el extremo Norte se agitaban los gentiles o se inquietaban los neófitos con el inesperado éxito de los forajidos del Sur. Avisado de todo el vengativo Virrey y Arzobispo, no se movió ni con la muerte de los Padres ni con la destrucción de las misiones. Fué necesario que los rebeldes asesinaran a parte de la tripulación de la nave de Filipinas que, ignorante de la rebelión, bajaron a tomar refresco en el Cabo de San Lucas.

Entretanto, dejados a sí mismos los misioneros, el Visitador P. Guillén mandó, a principios de 1735, a todos los Padres se recogieran al presidio de Loreto, que ofrecía alguna mayor resistencia. Para robustecerla el P. Bravo tomó un camino más expedito. Escribió al Gobernador y misioneros del Yaqui y alcanzó 60 guerreros bien armados, que fueron enviados al Capitán Lorenzo, que sostenía el ataque de los Pericúes en los Dolores del Sur.

Con esto, mejoró luego la situación y, más aún cuando el Virrey y el Gobernador de Sinaloa despacharon al Comandante Huidobro con tropas para reducir a los indios y fundar el presidio del Sur que, al fin, se estableció con residencia ya en San José del Cabo, ya en la

[9] Existe una "Noticia de la vida y preciosa muerte del P. Nicolás Tamaral, Jesuíta misionero de California" impresa en México, 1753, por el P. Juan Antonio Baltazar. Otros datos pueden verse en el citado Diario del P. Taraval: "Historia de la rebelión 1734-37". En la pág. 49 de dicho Diario hay una fototipia de una carta del P. Taraval, fecha de S. José del Cabo, 26 Nov. 1746 al Procurador de México para que pida al Virrey un barco y 15 soldados para fundar una misión en el grado 31. "De la isla Cedros que yo reduje, dice, no estará el puerto de San Diego más que 50 leguas, que por esta tierra no es distancia". La Isla Cedros está en el grado 28 y las 50 leguas son inexactas.

misión del Pilar cerca de La Paz y ya en Santiago, según las necesidades del momento. Pero el rencoroso Virrey, al enviar este urgente auxilio, no se olvidó de perjudicar a los Jesuítas mandándoles el mayor enemigo, que han tenido en tierra de misiones. Ordenó que la tropa fuera independiente de los misioneros y Huidobro hacía alarde de no hacer caso de sus consejos.[10] Así estuvo dos años sin adelantar nada en la pacificación, hasta que, convencido de lo inútil de la blandura y de las guerrillas, obligó a los Pericúes a presentar dos batallas generales, en que quedaron humillados y reducidos a la impotencia.

Luego fué la soldadesca que, con sus excesos, vicios y crímenes escandalizó las nuevas cristiandades e hizo odioso el nombre de los españoles, hasta que, por Real Decreto de 13 de Noviembre 1744 y tras interminables trámites, se volvió a poner la tropa a disposición de los misioneros.[11]

[10] En el Diario del P. Taraval puede verse la serie de desaciertos, fatuidad e incapacidad del Comandante Huidobro. Su ojeriza contra los Jesuítas la traía de Sinaloa donde se había enfrentado con ellos porque sostenían los indios contra sus atropellos. Siguiólos persiguiendo y calumniando cuando volvió a Sinaloa, y más cuando se vió caído y condenado por el Virrey Conde de Fuenclara, *manu militari,* por delitos tan graves, que le confiscó los bienes y le envolvió en un larguísimo proceso. El fué quien indujo en error al Sr. Vizarrón y le dió los siniestros informes que este presentó a la Corte (México 10 Julio 1738) denigrando la obra de los Jesuítas en California. Véanse en C. Bayle (Colonización de la Baja California, Bilbao, 1933, pp. 157 y sig.) los documentos de las diligencias del P. Provincial Barba para conseguir soldados del Sr. Vizarrón y las dilaciones de éste y la Refutación de su Memorial al Rey. Lo que afirmaban del salvajismo de los indios del Sur no se podía achacar a los misioneros, pues a la fecha llevaban estas misiones sólo cuatro años de fundación. La estulticia de Huidobro llegó hasta prometer a los indios la repartición de las pocas tierras, que con tanto trabajo habían labrado los Jesuítas y que ni aun querían y apetecían ellos. A la inmoralidad de los soldados se atribuye gran parte del mal gálico que acabó con las mujeres del Sur. Astrain, VII-278 y sig.

[11] Uno de los primeros capitanes del Presidio del Sur fué Pedro Alvarez Acevedo escogido particularmente desde tierra firme por Huidobro, para informar siniestramente contra los Jesuítas. Como las informaciones no venían suficientemente violentas, le mandó a su amanuense Matías Machado y aun le mandaba las calumnias ya redactadas para que las firmara. Por hallarse Acevedo complicado con Huidobro en un contrabando de mercancías con la nave de Filipinas, informado el Virrey por el P. Mateo Ansaldo, fué desterrado de California. Informe de Ansaldo. México. 17 Enero 1743. Museo Nacional. Jesuítas, n. 16.

7. Restauración y despoblación de las misiones del Sur. —Con la llegada de la tropa y el restablecimiento de la paz, empezaron los misioneros a volver a los pueblos. Los primeros indios que los reclamaron fueron los Cochimíes del Norte, que vinieron a Loreto con todas las cruces de San Ignacio, Guadalupe y Mulegé. Fueron pocos los que de ellos habían participado en la revuelta: a los más reos se les dió un leve castigo y sólo a cuatro desterraron por algún tiempo de San Ignacio.

En el centro, había fallecido en S. José Comondú el santo anciano fundador de aquella misión P. Julián Mayorga, después de haberla gobernado 29 años. Le sucedió el P. Fco. Javier Wagner, que de ordinario residió en la Purísima. Allí se halló que varios *guamas* habían engañado al misionero, bautizándose y siguiendo como antes sus prácticas supersticiosas. Desacreditóles el Padre en el púlpito y prohibió severamente a sus neófitos llamarlos para sus fumigaciones en sus enfermedades. Una noche, por venganza, le tiró un *guama* una flecha, que por fortuna no hizo blanco. Acudieron los soldados y, descubierto el reo, fué condenado a muerte y algunos cómplices azotados.

Restableciéronse las misiones de La Paz, San José del Cabo y Santiago, esta última a cargo del P. Antonio Tempis. Cuatro tribus de Pericúes intentaron de nuevo levantarse, pero acudiendo el Capitán de Loreto con un buen cuerpo de Guaycuras sus enemigos, persiguieron a los rebeldes hasta sus escondrijos, apresaron a once cabecillas y los ejecutaron, a otros siete desterraron, azotaron a otros, con cuyo escarmiento, poco a poco, los demás acudieron a implorar el favor de los misioneros. Sin embargo esta misión de Pericúes no prosperó.

Las epidemias de 1742, 1744 y 1748 apenas dejaron con vida una sexta parte de aquellos indios. Se abandonaron las misiones de San José del Cabo y de Santa Rosa y se trasladaron a Santiago los pocos Pericúes que quedaban. La de Nuestra Sra. del Pilar de La Paz, donde escaseaba el agua potable, se cambió con los remanentes Guaycuros al nuevo pueblo de Todos los Santos en la costa del Pacífico, donde era más densa la población y mejores las tierras. Los Uchities tuvieron aún peor suerte que los Pericúes, pues, habiéndose levantado, fueron diezmados y los que quedaron casi extermi-

nados por las epidemias. En 1767 no sobrevivía más que un individuo de esta tribu.

Los últimos años fueron particularmente penosos para estas misiones del Sur, por la introducción de las minas. En 1748 D. Manuel de Ocío, que había sido soldado en Loreto, alcanzó permiso del Gobierno para pesca de perlas y se hizo rico. Luego abrió una mina de plata en Santa Ana, 12 leguas de Santiago, y en 1756 en San Antonio aún más distante. Conchavaba mineros de entre los indios tierra adentro y, como no tenía sacerdote, todo el peso del trabajo caía sobre el misionero y lo peor del caso era, que los enemigos de los Jesuítas los acusaban por ello de explotar ellos mismos indirectamente las minas, cosa que se hacía más creíble, viendo que vendían a los mineros (que no tenían donde proveerse) los productos agrícolas de las misiones.

Trájose es verdad un clérigo, pero no duró dos años. Agréguense a esto los vicios y mal espíritu que propagaban los mineros entre los indios. Empezaron a pedir cosas inverosímiles, como el andar vagabundos como antes de su cristianización, el repartimiento de tierras que no habían de cultivar ni guardar, sino cederlas por una bicoca a los mineros blancos, a pedir sacerdotes seculares que no podían mantener, etc...[12]

Por encima de todos estos males, la sífilis[13] y otros contagios, traídos por los forasteros, habían reducido de tal manera el número de las mujeres que no había una para diez hombres. Pedían los indios ir a tierra firme para buscárselas, pero como era conocida su mala vida, no las hallaban. Procuraban conseguírselas los misioneros y uno llegó a escribir al Gobernador de Sinaloa le mandara todas las jóvenes que apresasen en la guerra de los Seris. Riéronse mucho de la proposición, pero aunque se prometió, el Gobernador no llegó a coger ninguna.

Mas, volvamos al curso de nuestra historia.

[12] Véanse estas dificultades bien explicadas en Engelhardt. I, 263.

[13] S. F. Cook, que hizo un estudio sobre la materia, dice que una tercera parte, o tal vez la mitad de la despoblación de la California, se debió a este mal, de 1697 a 1723. Iberoamericanos, 12. University of California Press. 1937.

8. Muertes de notables misioneros.—Entretanto, la primera generación de misioneros, cumplida su tarea, iba uno tras otro recibiendo su merecido premio. El 13 de Mayo 1744 falleció en Loreto, santamente como había vivido, el P. Jaime Bravo a los 61 años de su edad y 39 de misiones en California, ya como Hermano, ya como sacerdote. Ocho años trabajó en la fundación de la misión de La Paz, construyó la Procuraduría y la hermosa iglesia de Loreto, donde fué sepultado su cadáver.

Después de sólo siete años de misiones, empleados con el fruto que hemos visto en S. José Comondú, fué llevado al cielo el 12 de Octubre del propio año el alemán Fco. Javier Wagner.

Diez años llevaba en su misión de Santiago y sólo 43 de edad el P. Antonio Tempis, natural de Olmuetz en Moravia, cuando le sorprendió la muerte el 6 de Julio 1746. Su extraordinaria amabilidad le valió el cariño de sus indios que, en poco tiempo, le ayudaron a restablecer la destruída misión de los Pericúes. Se esmeró en el cuidado de enfermos en las terribles epidemias que asolaron el Sur y se empeñó de un modo especial en la educación de los niños.

Más sensible, sin duda, fué el año 1747 la pérdida que hizo la misión en la persona del santo P. Sebastián Sistiaga, que, aunque no murió sino el 22 de Junio 1756 en Puebla, donde le trató el P. Clavijero, fué preciso (a la fecha indicada) por su agotamiento y escrúpulos, retirarle de la vida activa después de 29 años de apostólicos afanes. Su campo de apostolado fueron las misiones de Santa Rosalía Mulegé y San Ignacio, las más prósperas del Norte entre los Cochimíes. Dormía vestido para estar pronto a cualquier llamamiento y, dos horas antes de misa, se levantaba a hacer oración. Con un costal de maíz y de carne seca, salía hasta doce leguas en busca de los naturales y estaba con ellos todo el tiempo que era necesario, viviendo su vida. En los montes se le oía exclamar: "Venid todos, venid a la fe de Jesucristo. ¡Quién pudiera haceros a todos cristianos y llevaros al cielo!"

Tuvo también que retirarse del trabajo, el año 46, otro benemérito misionero P. Clemente Guillén, natural de Zacatecas. Fundó la misión de Dolores entre los feroces Guaycuros y la administró 20 años. Ya viejo y retirado en Loreto, se puso a aprender, para poderla bautizar, la lengua de una mujer anciana, que no sabemos de qué

parte remota había venido. Murió ciego en Loreto el 8 de Abril 1748 a los 71 años de su edad y 34 de California.

Sería ingratitud no mencionar aquí siquiera la muerte de dos bienhechores insignes cada uno en su género: el Marqués de Villapuente, fallecido en Madrid en 1739, y el veterano Capitán Esteban Rodríguez Lorenzo (natural de Algarve en Portugal) que fué, como Hurdaide en Sinaloa, de 1697 a 1746 el más fiel, religioso y eficaz sostén de las misiones. Tuvo todo aquel tiempo (salvas breves interrupciones) a su cargo el presidio de Loreto y solía acompañar a los Padres en sus nuevas fundaciones todo el tiempo que su presencia era útil o necesaria (4 Nov. 1746).

9. Estado de la misión en 1745.—En el Informe que, por orden del Rey, envió el P. Prov. Cristóbal de Escobar, a fecha de 30 de Noviembre 1745, sobre las misiones, indicaba el Padre ser imposible la colonización de California por españoles a causa de su esterilidad, imposible también por entonces su comunicación por tierra con Sonora, que el único sostén que tenía era la renta del Piadoso Fondo y lo que cada misionero podía procurarse con la agricultura. El estado de la misión era el siguiente:

1.—*Nuestra Sra. de Loreto,* presidio donde reside el Gobernador, con el puerto de S. Dionisio donde anclan los barcos. A cargo del P. Gaspar Trujillo. Población (es la de 1768, Clavijero), 400.

2.—*San Fco. Javier*: P. Miguel del Barco. Población: 485. *Visitas*: Sta. Rosalía 7 leg. al O.—San Miguel, 8 leg. al N.—San Agustín, 3 leg. al S. E.—Dolores del Norte, 2 leg. al E.—San Pablo, 8 leg. al N. O.

3.—*Na. Sra. de los Dolores del Sur* (antes S. Juan Malibat, después La Pasión). P. Guillén. Población, 450. *Visitas*: La Concepción.—La Encarnación.—La SSma. Trinidad.—La Redención.—La Resurrección.

4.—*San Luis Gonzaga.* P Lamberto Hostell. Población 310.[14] *Visitas*: S. Juan Nepomuceno.—Sta. Magdalena en la bahía del mismo nombre.

[14] Nada dicen nuestras crónicas de esta misión a unos 20 kilómetros de los Dolores del Sur y 30 de la bahía de Magdalena. Todavía existe su iglesia a cargo de unas cuantas familias. Los últimos 17 años fué su misionero el P. Santiago





Lámina 69.—(Arriba) Misión de San Ignacio.
(Abajo) San José Comondú.

5.—*S. José Comondú*: P. Fco. Javier Wagner. Población, 360. *Visitas*: Un pueblo a una legua al O.—Otro a 10 leg. al E. en la playa.—Otro 7 leg. al N.

6.—*Sta. Rosalía Mulegé*: P. Pedro Nasimben. Pobl. 300 almas. *Visitas*: Ssma. Trinidad a 6 leg. al S. E.—San Marcos a 8 leg. al N.

7.—*La Purísima Concepción.* P. Jacobo Druet. Pobl. 130. *Visitas*: seis pueblos a 8 leg. cada uno que no se nombran.

8.—*Na. Sra. de Guadalupe*: P. José Gasteiger. Pobl. 530. *Visitas*: La Concepción 6 leg. al Sur.—S. Pedro y S. Pablo, 6 leg. al O. —San Miguel, 6 leg. al S. O.—Sta. María, 5 leg. al N.

9.—*San Ignacio*: P. Sebastián Sistiaga. Pobl. 750. *Visitas*: San Borja, 8 leg. al N.—San Joaquín, 3 leg.—San Sabás, 3 leg.—San Atanasio, 5 leg.—Sta. Mónica, 7 leg.—Sta. Marta. 11 leg.—Sta. Lucía, 10 leg.—Sta. Ninfa, 5 leg.

10.—*Na. Sra. de los Dolores del Norte*: PP. Sistiaga y Konzag, a 30 leg. de San Ignacio (empezada).

11.—*Sta. Ma. Magdalena*: Empezada en el Norte por el P. Konzag, pero aún no había hallado lugar a propósito, aunque las tribus estaban convertidas.

12.—*Santiago del Sur*: P. Ant. Tempis. Pobl. 350. *Visitas*: El Surgidero de Sta. Ma. de la Luz (puerto).—El Surgidero de San Borja.

13.—*Sta. Rosa de la Ensenada de las Palmas*: (antiguo Todos los Santos) transferida al nuevo Todos los Santos en el Pacífico. Pobl. 90 alm.

14.—*Na. Sra. del Pilar de La Paz*: En decadencia.

15.—*S. José del Cabo de S. Lucas*: Donde se puso el presidio del Sur.

16.—*S. Juan Bautista,* en el Norte, que no tenía fondos ni misionero.

17.—*Sta. Gertrudis*: empezada posteriormente,. Pobl. 1,000.

Baegert, que escribió una Historia de California "Nachrichten" publicada en Mannheim 1772. Hablaremos de ella al fin de este capítulo. Se separó de la misión de Dolores, cuando dió fundación el marqués de Villapuente, con fondos de D. Luis de Velasco, de quien fué albacea.

18.—*San Borja* . . . id. Pobl. 1.500.

19.—*Santa María*: Empezada. Pobl. 350 catecúmenos.

10. MISIÓN DE SANTA GERTRUDIS. P. KONZAG. 1752.—La figura más prominente de este último período es sin duda la del compañero y sucesor del P. Sistiaga en San Ignacio, el P. Fernando Konzag.[15] Llegado a la misión de San Ignacio en 1733, fué durante 14 años el brazo derecho del buen anciano. Hizo con él y solo varios viajes al Norte, tanto para preparar algunas gentes a la fe, como para hallar lugares a propósito para fundar nuevas misiones.

El primero y más famoso fué el de 1746 para explorar la costa Norte de California. Salió de Loreto el 9 de Junio con el hijo del Capitán Lorenzo, varios soldados, marineros y Yaquis, en cuatro barcos abiertos. Cada una de las misiones ayudó a la provisión y gastos de la expedición. Examinaron cuidadosamente la costa, procuraron ganarse la simpatía de los indios y el 14 de Julio llegaron a la boca del río Colorado. Después de intentar vanamente remontar la corriente del río, volvieron al puerto de San Carlos, frente a San Ignacio, con buenos mapas e informaciones de toda aquella región.

Quedado solo en la misión, se dedicó con fervor a conquistar a los Cochimíes del Norte y ya en 1751 tenía 448 listos para formar el núcleo de una nueva misión que llamó de Santa Gertrudis, con la dotación que el Marqués de Villapuente había asignado a la suprimida de San José del Cabo.[16]

El lugar escogido, 27 leguas al Norte de San Ignacio, no satisfacía, por carecer de agua suficiente para el regadío, pero por más que se buscó explorando la tierra con cien neófitos hasta el Pacífico, no se pudo hallar mejor. Allí, pues, se empezaron los edificios acostumbrados, bajo la dirección de Andrés Comanji, indio ciego

[15] Fernando Konzag (Konschak), nació en Verazdin en Croacia el 3 de Oct. 1703. Entró en la Compañía en Trentchin (Slovaquia) el 21 Oct. 1719. En 1730 se embarcó para México y dos años después para California. La relación de sus viajes titulada "Diario de California" está impresa al fin de la Historia de California, publicada en París en 1767. Véase la traducción inglesa de Monseñor M. D. Krmpotic. Boston, 1923. Escribió su vida el P. Ceballos. 1764. Id. Venegas, III, 140-195.

[16] La primera partida de bautismos es de 16 Jul. 1751 y la última de 23 Enero 1768.

bautizado por el P. Sistiaga, bien instruído, de constante piedad y notable talento de catequista. Con sólo el tacto dirigía tan bien aquellas primitivas construcciones, que nadie adivinaba la ceguedad del arquitecto.

Hechos estos preparativos, en el verano de 1752, fué enviado a abrir formalmente la misión el P. Jorge Retz, alemán, que llevaba un año de aprender la lengua en San Ignacio. Según la costumbre, cada misionero contribuyó por su parte de provisiones, caballos, mulas, vacas, cabras y ovejas. Ya 600 indios habían sido instruídos y bautizados por el P. Konzag. Atraídos por la fama de la misión y de los misioneros, los salvajes empezaron luego a afluir de todas partes, de modo que en pocos años el P. Retz, ayudado del ciego, había ya catequizado a 1.400.

No faltaba más que la agricultura, para que pudiera sostenerse la nueva misión. Después de dos meses halló el P. Retz un arroyito no lejos de la misión y, escarbando la roca, le hizo un canalito para llevar el agua a un campo de labor que, ensanchado con tierra llevada de otras partes, le dió tres cosechas de trigo, maíz y cebada, lo suficiente para los gastos del año. Aun cosechó vino que, por falta de recipientes, guardaba en pozos escarbados a mano en la viva peña.[17]

El éxito de la misión de Sta. Gertrudis animó al P. Konzag a buscar otros sitios a propósito para nuevas misiones. Habiendo visto en 1746 lo estéril de la parte occidental de la península, exploró ahora la vertiente oriental de la cordillera, sin más éxito que cansarse a sí mismo y a sus bestias. Hallóse por fin en su tiempo el manantial de Adac, tres días al Norte de Sta. Gertrudis, pero su muerte

[17] Es extraño falte el P. Retz en los obituarios de Zelis y F. Sebastián. El catálogo de California lo pone (salido o muerto) en 1768. Estuvo en Sta. Gertrudis hasta la expulsión. Por las partidas de bautismos se ve que tuvo muchos visitantes, entre ellos Konzag (2 Sept. 1751, Febr. y Abr. 1752, Jul. 1753 . . .) En 1740 confirmó el P. Retz 1,740 personas pues la Congr. Prov. de 1737 había pedido este privilegio para los misioneros. El templo y casa están en ruinas y el culto se da ahora en mísera capilla. Por error Bancroft lo hace Rector de 1756 a 1762 y Clavijero dice que Konzag lo fué en 1756. Eso sí, desde 1762, parece que se trasladó a la nueva misión de San Borja, donde ayudaría a temporadas al P. Link, según veremos.

ocurrida el 10 de Septiembre 1759, le impidió llevar a cabo la proyectada misión de San Borja.

De los 27 años que trabajó en California, los cinco primeros suplió varios misioneros ausentes y los restantes los pasó en San Ignacio, siendo a la vez misionero, Visitador, Superior, explorador y padre de toda aquella región, sin olvidarse nunca de sus deberes religiosos. En sus muchos viajes, mientras sus hombres y bestias tomaban el necesario descanso, se le veía hincarse de rodillas y prolongar, a pesar de su delicada salud, sus ejercicios espirituales.

11. Muerte del H. Mugazábal y nuevos barcos. 1761.—El año 1761 perdió la misión a un humilde servidor, que gastó en ella 57 años de su vida, la más larga hoja de servicios que hemos hallado. Era el H. Juan Bautista Mugazábal natural de Alava (Esp.) y había pasado a California en 1704 como soldado. Cuando el H. Bravo fué ordenado sacerdote, pidió él entrar en la Compañía y, hecho en San Javier su noviciado con el P. Ugarte, le sucedió en la procura de la misión.

Estuvo encargado casi 40 años del almacén de las misiones y del presidio de Loreto, de la paga de los soldados y marineros, de los buques, de la compra de provisiones y de su conducción a todas las misiones. Además de esto, hacía también de sacristán de Loreto y algunas veces de catequista. Su constancia en la oración, por tantos años, llegó a gastar los ladrillos del pavimento de la iglesia en que solía hincarse; pero ni esta continua aplicación a las cosas del cielo, ni su laborioso empleo de agente de las cosas de las misiones y presidios, ni las disciplinas, cilicios y ayunos con que atormentaba frecuentemente su cuerpo, impidieron que pasase de ochenta años, sirviendo al Señor y a la Compañía hasta el último suspiro.

El problema de las provisiones y cosas temporales no era ciertamente ligero y sencillo en una tierra, en que casi todo se había de importar.

La lancha *Loretana,* construída por el P. Bravo, se había gastado después de 25 años de servicios. El *San José,* que había dado el Rey, era muy pequeño. Al fin, el P. Juan Armenta, procurador de México, consiguió otro que, construído a costa del Rey por $19.000 en Realejo, fué estrellado por una tormenta, al llegar, en

las costas de Purum cerca del Cabo de San Lucas. Concedió el Rey que se construyera otro en Loreto. Para ello el P. Lucas Ventura, procurador de Loreto, trajo cantidad de madera de Matanchel, completando lo que faltaba con mezquites y acacias de Londó. Dió el Rey $10.000 y $8.000 la misión y el constructor Filipino, Gaspar Molina, tuvo tan buena mano, que salió el mejor y más rápido velero que tuvieron. La misión fabricó otro menor a su costa, para suplir unos que se robaron y destruyeron los indios de Los Dolores del Sur.

12.—Misión de San Borja (Adac). 1762.—Un criado de Dña. María de Borja, Duquesa de Gandía, le dió noticia de las necesidades y progresos en la fe de los misioneros de California donde había sido soldado. Movida la Duquesa a hacer una fundación muy del agrado de Dios, dejó $70,000 y otro tanto que le quedaba a su muerte, para fundar nuevas misiones en el Norte de la península.[18] Con el nombre de San Borja, pensaba el P. Konzag fundar la primera misión luego que hallara lugar a propósito. Después de buscar inútilmente, supo por casualidad el P. Retz que, a dos días de Sta. Gertrudis, había una abundante fuente que podía utilizarse para el riego.

Mandó luego reconocer el lugar y hallaron (1758), al pie de un monte a ocho leguas del puerto de Los Angeles, un ojo caliente oliendo a azufre. Sin embargo al enfriarse el agua perdía su olor y se hacía potable y bastaba para regar un buen pedazo de tierra que allí había. Abrióse un camino de Sta. Gertrudis a Adac y, acto continuo, se construyó la iglesia, casa y hospital y se empezó a labrar el pequeño campo. Arreglado todo, el año de 1762 se encargó la nueva misión al P. Wenceslao Link (de Bohemia) que ya estaba en Sta. Gertrudis aprendiendo la lengua.[19] Emprendió su obra con

[18] El testamento es de 1747. Sólo consta que se recibieron $60,000.

[19] El libro de bautismos de esta misión empieza el 3 Sept. 1762 y firma casi siempre el P. Retz, lo que prueba que seguía acompañando al P. Link y le suplía alguno en Sta. Gertrudis. Firma también el P. Arnés de 1765 a 12 Sept. 1766 y Juan Díez varios meses del 66. La casa e iglesia del P. Retz están en ruinas. Había sido señalado para esta misión el P. José Rotea, pero tuvo que suplir al P. Sistiaga en S. Ignacio. Dice de él el P. Clavijero que era muy curioso e hizo el hallazgo de un esqueleto humano que parecía tener once pies de alto.

300 indios, que había ya bautizado el P. Retz, y al punto empezaron a acudir multitud de ellos acosados del hambre en sus desiertos.

Mantener a tanta gente era un problema no fácil de resolver. La vecina misión de Sta. Gertrudis, a 30 leguas, apenas se bastaba a sí misma, la de Guadalupe a 80 leguas, mandó carne seca; la de Loreto a 100 leguas, regaló por mar provisiones, instrumentos de labranza, ropa y objetos de iglesia. Levantóse un poco de maíz aunque no el necesario, plantó el P. Link un huerto de legumbres, pero un día en que mandó a sus neófitos regar el suelo con verduras y flores para llevar el Viático a un enfermo, le halló regado con cebollas y tomates, todo lo que con tanto trabajo había sembrado.

Buscó con empeño pastos para tener algún ganado y, al cabo de once meses, halló a ocho leguas de Adac un lugar donde se podían mantener 800 cabezas. En seguida, los demás misioneros le enviaron remesas de animales que, cuando llegaron en Diciembre de 1763, fueron recibidas con la primera nevada que los Jesuítas habían visto en California. Sólo 30 familias, a la vez, se permitía radicar en la misión; a los demás (para no tener que mantener a tanta gente) se los llamaba por turno cada semana, para aprender o repasar la doctrina y educarse mejor.

Sólo una tribu a 30 leguas N. O. de San Borja se mostró hostil y determinada a destruir a los recién llegados. Tomando el consejo del P. Retz, determinó el P. Link dominar a estos bravos por el único medio que entendían. Armó una buena partida de sus indios, reforzada con otra de Sta. Gertrudis y, haciendo gran estruendo, los dispuso a la pelea, recomendándoles de agarrarlos vivos.

Averiguada su guarida, los rodearon silenciosamente y los apresaron sin disparar un tiro. Traídos en gran triunfo a San Borja y encerrados unos días, se puso a juzgarlos el Capitán y a condenarlos a merecido castigo. Intervino el Padre y logró el perdón de la pena de muerte, sólo se dieron unos pocos azotes a unos doce y a los demás los dieron libres y agasajaron en el pueblo y dejaron ir. A poco volvieron todos pidiendo bautismo.

Por Junio de 1764, llegaron de México a California los PP. Fco. Javier Franco y Victoriano Arnés, el primero para auxiliar al enfermo P. Neumayer en Todos los Santos y el segundo al P. Link en

San Borja.[20] Con esto quedó un poco libre el P. Link, para cumplir las órdenes de sus Superiores, de reconocer la tierra hasta el río Colorado, para ver de hallar mejores sitios para misiones.

Después de reconocer que la isla del Angel de la Guarda era desierta, a principios de Febrero 1766, salió con el Capitán de Loreto, quince soldados, varios indios y provisiones que mandaron los demás misioneros y caminaron al Norte por la vertiente del Pacífico. Al segundo día hallaron un bonito lugar donde había agua y verdura que llamaron San Juan de Dios, y a ocho leguas otro aún mejor con árboles grandes que llamaron *Guiricata* (Belicatá) 40 leguas de Adac. Más arriba, en tierras también fértiles, hallaron unos indios algo hostiles, que luego amansaron los cariños del Padre.

Cuando creyó el P. Link haber llegado a la altura del río Colorado, quiso cruzar la cordillera hasta el golfo, pero, no hallando paso, cansadas sus bestias y escaso de agua, dejó la expedición para otro año. Es la parte más septentrional de California que exploraron los Jesuítas. No es fácil de identificar este lugar de Guiricatá, pero parece estar cerca del actual fértil valle de San Quintín,[21] donde empieza el paraíso terrenal de la Alta California, que nunca llegaron a adivinar aquellos poco afortunados misioneros.

13. Misión de Sta. María de los Angeles. 1766.—Alegres con la noticia de las buenas tierras halladas por el P. Link en Guiricatá, determinaron los Padres formar la próxima misión a medio camino, 36 leguas N. O. de San Borja y cuatro de la bahía de San Luis. El sitio llamado Calagnujuet (Calamuhuc) era desierto y el agua mala, pero no se pudo hallar otro mejor por el momento.

[20] En Junio de 1764 escribía el P. Link al P. Miguel del Barco: "Los gentiles bravos acuden a la instrucción y muchos ya se lograron. Desde el principio de Enero por acá, bauticé cerca de 400 gentiles, de suerte que, dejando la mortandad de los años pasados que fué bien grande, he confesado este año más de 1,100 almas y aun no acabé, porque las diferencias de lenguas me dan bien que hacer, hágome cargo que este año llegará al número de 1,600 almas". En dicha carta nota el P. Barco que el Visitador les había prohibido tener Depósito del SSmo. en las misiones, excepto en Loreto y en la Octava del Corpus. Arch. Ysleta, Miscel. VII, p. 645

[21] Tal vez mejor S. Fernando Belicata o Rosario de los Franciscanos, poco más al S.

Partieron, pues, de San Borja, donde habían aprendido la lengua, los PP. Victoriano Arnés [22] y Juan José Díez y llegaron a Calamuhuc en Octubre de 1766. Los acompañaban 10 soldados, 50 neófitos armados con su jefe, el valiente Juan Nepomuceno. Levantaron, al pie del monte Juzai, las acostumbradas chozas y se empezó a reunir y catequizar a los salvajes. Acudieron éstos en gran número, pero la escasez de alimentos obligaba a abreviar el tiempo de su estancia en el pueblo. Se pudieron, sin embargo, en pocos meses, instruir bien a 200, entre niños y adultos.

No había pastos ni aun para los caballos de los soldados y las pobres ovejas, que regaló el P. Link, se morían de hambre. Se sembró trigo, pero aunque nació bien, se secó con el salitre del agua de riego. El P. Díez cayó enfermo de privaciones y se le tuvo que llevar a Adac (San Borja), luego a Guadalupe y cuando se alivió, a La Purísima.

Para colmo de males, los gentiles Guiricatas empezaron a soliviantarse y a molestar a sus compañeros, que se habían reducido y a los suyos contra los misioneros. Sin decir nada al Padre, el Gobernador Juan Nepomuceno ordenó a seis de sus más valientes guerreros sorprender de noche a los rebeldes. El atrevido golpe tuvo feliz resultado, pues, creyendo tener sobre sí un buen cuerpo de cristianos, huyeron dejando en sus manos seis familias, que se trajeron a Calamuhuc. Tras de un juicio en que intervino el Padre, se dieron seis azotes al más culpable y se perdonaron y agasajaron a los demás. El efecto fué que los presos se resolvieron a quedarse para instruirse.

Sin embargo se vió que era imposible subsistir en aquel lugar y se buscó y halló, en Mayo de 1767, a 16 leguas de allí un sitio de buena agua, cerca del arroyo de Cabujacaamang, y, aunque allí no había árboles sino algunas palmas, suplía la pesca, pues la playa se hallaba sólo a cuatro leguas. Probó el P. Arnés sembrar trigo y algodón y en Enero de 1768 se prometía una buena cosecha, cuando le vinieron a desterrar los esbirros de Carlos III.

Fué el P. Arnés el único que vió a sus neófitos (tan tiernos en la fe) al despedirse él, desamparar el pueblo y volverse, lanzando

[22] El P. Diez era natural de Ixtlán. El P. Arnés de Graus.

gritos de dolor, a sus montes.[23] Más tarde los recogieron los Franciscanos y los llevaron a fundar la misión de San Fernando en la costa del Pacífico (1769).

El último Jesuíta que falleció en California fué el P. Carlos Neumayer el 30 de Agosto de 1764: había sido misionero de Topia y desde 1745 trabajaba en California. Le sucedió el P. Fco. Javier Franco en su misión de Todos los Santos.

14. Calumnias y defensas.—Como sobre el Paraguay y otras misiones, la prensa jansenista y regalista, hizo correr sobre la California toda suerte de calumnias, tanto más difíciles de refutar cuanto más lejanas y desconocidas eran las realidades.[24]

Hacia el año de 1760, corrió por la Corte la noticia de que en Cádiz había desembarcado un navío veneciano, con una caja repleta de piedras preciosas, perlas y corales, que los Jesuítas de California mandaban a sus Hermanos de España. El contrabando no lo descubrió la aduana, sino el escrúpulo del Capitán del barco, que lo comunicó al Papa Benedicto XIV, para que remediara aquellas codicias.

Para cortar habladurías, los Superiores pusieron órdenes rigurosas, prohibiendo no sólo pescar perlas, pero ni comprarlas, ni recibirlas para adorno de las imágenes o en pago de deudas, no sea que, al hallárselas alguien entre las manos, sospechara venían por camino menos lícito. Así lo escribe el Prov. Fco. Ceballos al Procurador General P. Jaime Torres y suplica se agencie en la Corte, se mande al Visitador Real, Marqués de Rubí, pase a California y averigüe por sí lo que haya: "Tengo por cierto, dice, que será esta su visita de la mayor importancia, para desvanecer las calumnias e imposturas a que se da tanto crédito, no sólo en España, sino aun en este reino, sin haber modo de persuadir lo contrario, aunque se les muestre con evidencia".

[23] Se hallarán más detalles sobre esta misión y sobre la expulsión de California en la elegante biografía que dedica Maneiro al P. Arnés a quien trató en Italia. III, 79. Murió en Roma en 1788.

[24] Acá había algunos pleitos que obligaron al P. Miguel Quijano en 1759 a publicar una "Defensa jurídica de las misiones de California, en el pleito de los bienes que dejó para ellas Dña. Gertrudis de la Peña, viuda del Marqués de Rada".

En Guadalajara de México, nadie creía en este monopolio de los Jesuítas, pues los armadores iban y venían a su talante, sin que nadie les pidiera cuenta, ni se la pudieran pedir, pues los buzos se habían corrido hacia los placeres del Norte, muy por encima de las misiones, de suerte que ni se enteraban los Jesuítas de su arribo, ni había una sola queja de sus vejaciones y estorbos.[25]

El año de 1765 corrió por México un folleto, que reunía todas las acusaciones hechas contra nuestras misiones, minas, comercio, riquezas, trato de indios, lengua castellana, etc... Fué necesario que el P. Prov. Fco. Ceballos mandara redactar una defensa general, que presentó al Virrey para nuestro descargo.[26] Hizo más, ofreció en 1766 la renuncia de todas las misiones (a lo que naturalmente se resistieron la mayoría de los Obispos y Gobernadores) y en 1767 se rehusó una donación de Dña. Josefa de Argüelles y Miranda de $600.000, que hubiera beneficiado en gran manera al Colegio de Guadalajara y la California.

Todas las pretendidas quejas contra la California las hallamos compendiadas y refutadas en un libro, poco conocido del público español, publicado en alemán el año de 1772, por el P. Jacob J. Baegert misionero de California los 17 últimos años (de que luego nos ocuparemos). Son las que les pusieron en la Corte cuando allá llegaron desterrados.

1.—Que el Capitán de la milicia española y sus soldados de California son meros esclavos de los Jesuítas;

2.—Que los Jesuítas les venden mercancías deliberadamente a precios más altos de lo convenido y ordenado;

3.—Que hacen trabajar duramente a los indios y no les dan más que maíz cocido por alimento (Tal vez no sería poco regalo para esta gente);

4.—Que tienen la culpa de que las minas de San Antonio y Santa Ana estén en malas condiciones y producen poco;

5.—Que tienen minas de plata en sus casas;

[25] Const. Bayle. Op. Cit.

[26] Tenemos copia de ambas en nuestro Arch. de Ysleta. Miscel. T. VII. 616. 12 foj.

6.—Que de ninguna manera quieren permitir que se establezcan familias españolas en California;

7.—Que hacen comercio con los ingleses;

8.—Que no hacen nada para que los Californios conozcan y veneren a su real y verdadero monarca católico.

De los tres libros clásicos de los nuestros sobre California, el del P. Baegert es sin duda el más realista y pesimista. Aunque no lo nombra, su intento es corregir las exageraciones y optimismo de los tres tomos de "Noticias de California" del P. Venegas-Burriel.[27] No se pueden negar la exactitud y la sinceridad de las informaciones del P. Baegert, pues llegó a California el año 1750 y, desde 1752 hasta el fin en 1767, fué misionero de la misión de San Luis Gonzaga, a 30 kilómetros de la bahía de la Magdalena. Fué, sí, un hombre que se aplicó con exactitud a su deber de misionero y aún llegó a encariñarse con su trabajo y sus neófitos; pero no podemos menos de extrañar su falta completa de imaginación. Recorrió el P. Kino los mismos desiertos y muchos más, trató a los mismos indios en su estado salvaje y jamás parece haber visto los horrores en que se fija el P. Baegert comparándolo todo con su pintoresca y añorada Alsacia.

Verdad que llegó y habitó, pasada la época de la conquista, en una misión pequeña y solitaria y se halló con el oficio de misionero sedentario, encargado de una tribu de unas 500 almas y aún éstas repartidas en varios oasis por no haber subsistencia suficiente en la cabecera para toda la gente.[28]

La primera parte de su libro trata de la topografía, geografía, geología e historia natural de la península, en que poco hallamos de nuevo, sino es que para él, fuera de las almas, la California no es más que "un montón de piedras espinosas y de rocas sin caminos ni aguas, que se levanta entre dos mares" donde en vano gastará el Rey su dinero. Al lado de sus escasos ojos de agua, charcosas unas, saladas

[27] La del P. Clavijero sólo se publicó en 1799. No la podía conocer.

[28] Nachrichten von der Americanischen Halbinsel Californien: mit einem zweyfachen Anhang falscher Nachrichten, Mannheim, 1772. Su mismo pesimismo se nota en otra obra anterior que relata su viaje de ida a California: Brief eines Elsaessers aus Californien in Nord-amerika an seinen Bruder in Schlettstadt 1752 von Pater Jacob Baegert, d, G. J. Aus dem Patriotishen Elsaesser, Strasburg und Colmar, 1777. Californien in der Mission des H. Aloysii den 11 Sept. 1752.

otras, pocas limpias (todas para beber), es donde se esconden las bodegas de vino, que han de competir con las del Rhin o de Jerez. No hay árboles, ni sombra sino en las cuevas, ni frutas si no es la pitahaya, ni hierbas para heno, sino espinas y breñas de todas clases, ni casi animales si no son langostas y variedad de reptiles ponzoñosos, que se atreve a cantar en elegantes versos el misionero de Santiago P. Ignacio Thursch.

La segunda parte trata de los habitantes que no valen mucho más: la lucha contra unos elementos inclementes, la poligamia, las guerras, los han vuelto estúpidos, groseros, agrestes, sucios, impudentes, ingratos, tímidos, perezosos, chismosos y mentirosos. ¡Dénselos en encomienda a algún príncipe!

La tercera parte se refiere a las misiones y misioneros, sus luchas, éxitos, su santidad, su heroicidad . . . pero trae pocas cosas, que no conozcamos mejor de otros autores. Describe la vida de los soldados (el tuvo cinco en el principio), los marineros, los vaqueros, los comerciantes, los mineros (no pasaban de 400) y los pescadores de perlas, gente miserable y advenediza que enriquecía sólo a los empresarios.

En dos apéndices refuta los cargos y errores corrientes sobre la misión en Europa y varios autores, incluyendo al P. Mariana, y termina con este apóstrofe: "A los que ensalzan la grandeza y riquezas de la California, que los manden a Madrid, y allí los nombren Príncipes, o si son solteros, Obispos de California: porque tengo para mí, que el hidalgo más pobre de España hará mejor figura que el gran Mongol de California".[29]

Como se ve la obra es más bien negativa y polémica y sirve mejor para ver las sombras, aunque reales, de las empresas de los Jesuítas en aquella noble conquista.

15. Resumen final.—En los 72 años que los Jesuítas trabajaron en California, fundaron 18 misiones y empezaron otra, aunque cuatro de ellas se suprimieron. Pasaron a la misión más de 52 misioneros cuya lista pondremos luego; murieron en ella 15 Padres y un Hermano y otros tantos Padres y un Hermano fueron desterrados.

[29] Se hallará un estudio de este libro en Mid-America, Julio 1938 por Ursula Schaefer. P. 151.

Los indios que en su gentilidad, dice Baegert, serían unos 50,000 no eran más que 22,000 en 1740 y 7,000, casi todos cristianos al tiempo de la expulsión.[30]

La orden de destierro no llegó a California sino a principios de 1768, siendo Superior el P. Fco. Benno Ducrue, que nos conservó una relación de su ejecución y viaje a Europa, como vimos en el libro que se refiere al destierro.

Hiciéronse a la vela en Loreto el 3 de Febrero 1768.

16. Lista de los Jesuítas en California.

NOMBRE	Nacionalidad	Nació	Llegó	Murió	Salió	Destierro
1.—Armesto Juan.	Español	1713	1748	1799	1752	
2.—Arnés Victoriano.	Español	1736	1764	1788		1768
3.—Badillo Fco. Ma.[1]	Español	1719	1752	1783	?	
4.—Barco Miguel.	Español	1706	1744	1790		1768
5.—Baezort Jacobo.	Alemán	1717	1751	1772		1768
6.—Baldasúa Juan Ma.	Mexicano		1702	.	1709	
7.—Bischoff Juan Jav.	Bohemio	1710	1752	. . .	. . .	1768
8.—Bravo Jaime.	Aragonés.	1683	1705	1744	. . . .	. . . .
9.—Carranco Lor. José.	Mexicano	. . . .	1727	1734	. . . .	. . . .
10.—Conzag Fernando.	Croata	1703	1733	1759		. . . .
11.—Díez Juan José.	Mexicano	1735	1766	1800		1768
12.—Druet Jacobo.	Turín.	1698	1732	1753	. . . .	.
13.—Ducrue Fco. Benno.	Alemán	1721	1748	1779	. . . .	
14.—Echeverría José.	Español	1688	1730	1756		
15.—Escalante Fco.	Español	1724	1758	1806	. . .	1768
16.—Franco Fco. Jav.	Español	1738	1764	1807	. .	1768
17.—García Andrés.	Español	1686	1737	1764		
18.—Gasteiger José.	Alemán	1702	1745	. . .	1755	. . .
19.—Gordon Guillermo.	Escocés	.	1730	. . . .		. . . .
20.—Guillén Clemente.	Mexicano	1677	1714	1748	. .	. . .
21.—Guisi Benito.	Italiano	.	1711	1711		.
22.—Helen Everardo.	Alemán	. . .	1719	1757	1735	
23.—Hostell Lamberto.	Alemán	1706	1745	. .		1768

30 En la actualidad la población de toda la Baja California poco pasa de 52,000 almas, la mayor parte en las poblaciones fronterizas o en La Paz.

1 Salió por una furiosa guerra que le hicieron unos mineros españoles, porque no los dejaba esclavizar a los indios. Fué enviado a Carichi, Tarah.

NOMBRE	Naciolidad	Nació	Llegó	Murió	Salió	Destierro
24.—Inamma Fco.	Austria.	1719	1750	1780?	....	1768
25.—Link Venceslao.	Austria.	1736	1762	1772	....	1768
26.—Luyando Juan.[2]	Mexicano	1700	1727	1757	1734	....
27.—Masariegos Fc. Ma.	Mexicano	1685	1740	....	....	....
28.—Mayorga Julián.	Mexicano	....	1707	1736	....	....
29.—Minutueli Jerón.	Italiano	....	1702	....	1705	....
30.—Mugázabal Julián.	Español	1682	1704	1761	....	....
31.—Nápoli Ign. Ma.	Italiano	....	1721	1744?	1736	....
32.—Nascimben Pedro.	Venecia.	1703	1745	1755?	....	....
33.—Neumayer Carlos.	Alemán	1707	1745	1764	....	....
34.—Osorio Fco.	Mexic.?	....	1725	....	1727	....
35.—Peralta Fco.	Mexic.?	....	1709	1711	....	....
36.—Píccolo Fco. Ma.	Sicil.	1650	1697	1729	....	....
37.—Retz Jorge (Redhs).	Alemán	1717	1748	....	....	1768
38.—Rotea José Ma.	Mexicano	1732	1750	1799	....	1768
39.—Salvatierra Ju. Ma.	Italiano	1644	1697	1717	....	....
40.—Sistiaga Sebastián.	Mexicano	1684	1718	1756	1747	....
41.—Sotelo Man. N.[3]	Español	1736	1761	....	....	....
42.—Tamaral Nicolás.	Español	1687	1717	1734	....	....
43.—Taraval Segism.	Italiano	1700	1730	1763	1750?	....
44.—Tempis Antonio.	Austria.	1703	1736	1746	....	....
45.—Trujillo Joaq.[4]	Mexicano	1726	1754?	1775	1750?	....
46.—Thursch (Tirs) Ign.	Austria.	1733	1762	....	....	1768
47.—Ugarte Juan.	Hondur.	1660	1700	1730	....	....
48.—Ugarte Pedro.	Hondur.	....	1704	....	1710	....
49.—Ventura Lucas.	Español	1727	1757	1793	....	1768
50.—Villavieja Juan.	Español	1736	1766	1816	....	1768
51.—Wagner Fco. Jav.	Alemán	....	1737	1744	....	....
52.—Zumpciel Bernardo.	Alemán	....	1739	....	1748	....

[2] También estuvo su hermano Agustín. Llegó con Taraval en 1730, pero estuvo poco tiempo.

[3] En las partidas de S. Ignacio se lee: Juan Ma. Sotelo, 25 Abr. 1762.

[4] En las partidas de Mulegé bautiza J. Trujillo de 13 Abr. a 15 Ag. 1756. Luego salió más tarde. Además de los citados estuvieron otros: En Mulegé un P. Juan José Salazar (7 Sept. 1759-25 Marz. 1760); Adamo Gilg en Loreto (19 Sept. 1705); José Rondero en Comondú (27 Sept. 1745 a 16 Oct. 1751) y en S. Ignacio en 1758; P. José de la Hera en Sta. Gertrudis (Ene. 1755); P. Fco. Domínguez en Comondú (tres partidas); P. Agustín Carta en S. Ignacio (Ag.-Dic. 1758); Gaspar Trujillo estaba de camino para California en 1744 (sería hermano de Joaquín?). Llega a Loreto en 1744 y vuelve al Yaqui en 18 Jul. 1748.

CAPÍTULO XVIII

MISION DEL NAYARIT.

1716

1. Entrada del P. Miguel Solchaga. 1716.—Es la misión del Nayarit la última, de las que emprendieron los Jesuítas mexicanos. Llamábase Gran Nayar una sierra inaccesible, una especie de Suiza, entre los actuales Estados de Nayarit, Zacatecas y Durango. Ni los mismos españoles casi se habían dado cuenta de que estaba habitada y de que era un centro de idolatría (a pesar de hallarse rodeada de provincias cristianas y civilizadas), hasta que, el año 1616, vieron que servía de refugio a los Tepehuanes alzados y fugitivos de Durango. Desde esta fecha, intentaron varias veces los Franciscanos y la Audiencia de Guadalajara penetrar civil y religiosamente en aquel nido, refugio de apóstatas y criminales de todas razas y creencias, pero en vano.[1]

Por los años 1711, a ruegos de la Real Audiencia y por Cédula Real de 31 de Julio 1709, se encomendó, sin mejor éxito, la reducción de la provincia al celosísimo y Ven. Fr. Margil de Jesús, misionero apostólico de Zacatecas.

[1] Alegre. III, 196, 204, 211, 213. P. José Ortega: Afanes Apostólicos. Barcelona 1754, libro de primera mano, pues dicho Padre vivió 30 años en la misión. Sólo el primer Libro de Afanes Apostólicos pertenece al P. Ortega, el segundo y tercer Libro son una compilación del P. Juan Antonio Baltazar, y el conjunto arreglado en Barcelona, con bastante mal gusto, por el P. Francisco J. Fluviá, a instancias del Procurador Juan Fco. López.

En vista de su irreductible obstinación, la Audiencia de Guadalajara, determinada a penetrar por la fuerza en la sierra, encargó la expedición al Gral. D. Gregorio Matías de Mendiola, que tenía sus riquísimas haciendas en el Valle de Xuchil de la Nueva Vizcaya, no lejos de los indios Nayaritas, de los que se valía para el cultivo de sus tierras y de quienes era conocido y estimado. No sabiéndose a punto fijo a qué obispado pertenecía el Nayar, el obispo de Durango, D. Pedro Tapíz, encargó al P. Miguel Solchaga, maestro de mexicano y teología moral de aquel colegio, acompañara la expedición e informara a su Ilma. sobre la manera de hacer penetrar la fe en aquellas ásperas montañas.

Salió el General de Huaynamota, con más de 30 soldados españoles y cien indios amigos, a principios de Noviembre de 1715 y, después de muchos dimes y diretes, logró le dejaran entrar en la famosa Mesa, el 14 de Enero de 1716, donde consintieron los ancianos dar la obediencia al Rey, pero de ningún modo sujetarse al Evangelio. Siendo tan grave el peligro de la pequeña tropa a tanta distancia de lugares poblados, rodeada de bárbaros, fué preciso contentarse con esto y retirarse.

El informe del P. Miguel Solchaga, fecha de 25 de Febrero 1716 al Obispo es en sustancia el siguiente:[2]

"En cuanto a la reducción de los Nayaritas a nuestra santa fe, juzgo que nunca lo harán espontáneamente, porque entre ellos viven muchos cristianos apóstatas, de todos colores, y esclavos fugitivos, y éstos, para conservar la libertad de conciencia, los inducen a que no se conviertan, ponderándoles las vejaciones, que han de padecer de las justicias seculares y de los ministros evangélicos. La obediencia que han dado al Rey no pasa de pura ceremonia, pues jamás obedecen a sus mandatos, ni dejan de admitir a los apóstatas rebeldes de la Corona, ni quieren entregarlos, ni admitir sacerdotes que administren a los cristianos allí refugiados.

"Esto y el haber, no sólo hecho daño a los lugares vecinos, sino el estar siempre prontos a admitir a los apóstatas y otros delincuentes, parece que basta para hacerles guerra muy justa. Los indios de este pueblo apenas reconocen sujeción por el refugio que tienen en

[2] Se halla este escrito en el Archivo de Indias. 67-4-22. Astraín, VII, 289.

los barrancos y esto les da osadía, no sólo a los indios sino a los mulatos y españoles, para cometer muy enormes delitos; y no sólo viven entre los Nayaritas tres hermanos españoles, sino que nos aseguraron que, fuera de los muchos que viven desparramados en las rancherías, hay una parte, por el Sur que sale a Tepic, donde viven más de 300 apóstatas de todos colores, y la facilidad y seguro de este asilo ha dado ocasión a las sublevaciones de estos años pasados.

"Por lo tanto tengo por necesario sean obligados los Nayaritas a tres puntos 1,—que no admitan cristianos fugitivos en sus tierras; 2,—que entreguen todos los apóstatas que hubiese en ellas 3,—que en caso de que, por haber contraído con ellos parentesco o haber nacido allí hijos o cosa semejante no quieran entregarlos, admitan sacerdotes que instruyan o administren a dichos cristianos".

2. Comisión del Virrey. Febrero 1720.—Una expedición militar a tan remotas e inaccesibles tierras era por demás costosa y arriesgada. Encargóla sin embargo el Virrey Marqués de Valero a un rico terrateniente de Jerez, D. Juan de la Torre, muy amado de los Nayaritas, nombrándole capitán y protector de los indios con $450 de sueldo. Valióse éste primero de las armas de la blandura y de la política. Ocurrió que los Nayaritas, con sus crímenes y piraterías, se habían enemistado con los pueblos de la costa y cortado el camino, por donde los serranos se proveían de sal. Un buen cacique fiel, D. Felipe, les aconsejó que para arreglar este asunto no había más remedio que ir el Tonati (sacerdote del Sol) y otros caciques principales a ver a D. Juan de la Torre. Este, con toda habilidad, dirigió a los 50 indios de la comisión a que fueran a verse con el Virrey.

Llegaron a la capital por Febrero de 1720, el Tonati cacique de la Mesa, con otros 25, por haberse despedido los demás desde Zacatecas. En la primera audiencia, el cacique presentó al Virrey, en señal de reconocimiento, el bastón de que usaba con puño de plata y su Excelencia le volvió otro con puño de oro de China, curiosamente labrado, admitiéndole a la obediencia del Rey de España y prometiéndole a él y a todos los suyos, en nombre de su Majestad, todo el favor que necesitasen sin perjuicio de la justicia.

En la segunda audiencia, le indicó el Virrey que esperarían en vano su protección y la del Rey mientras no admitieran a los misio-

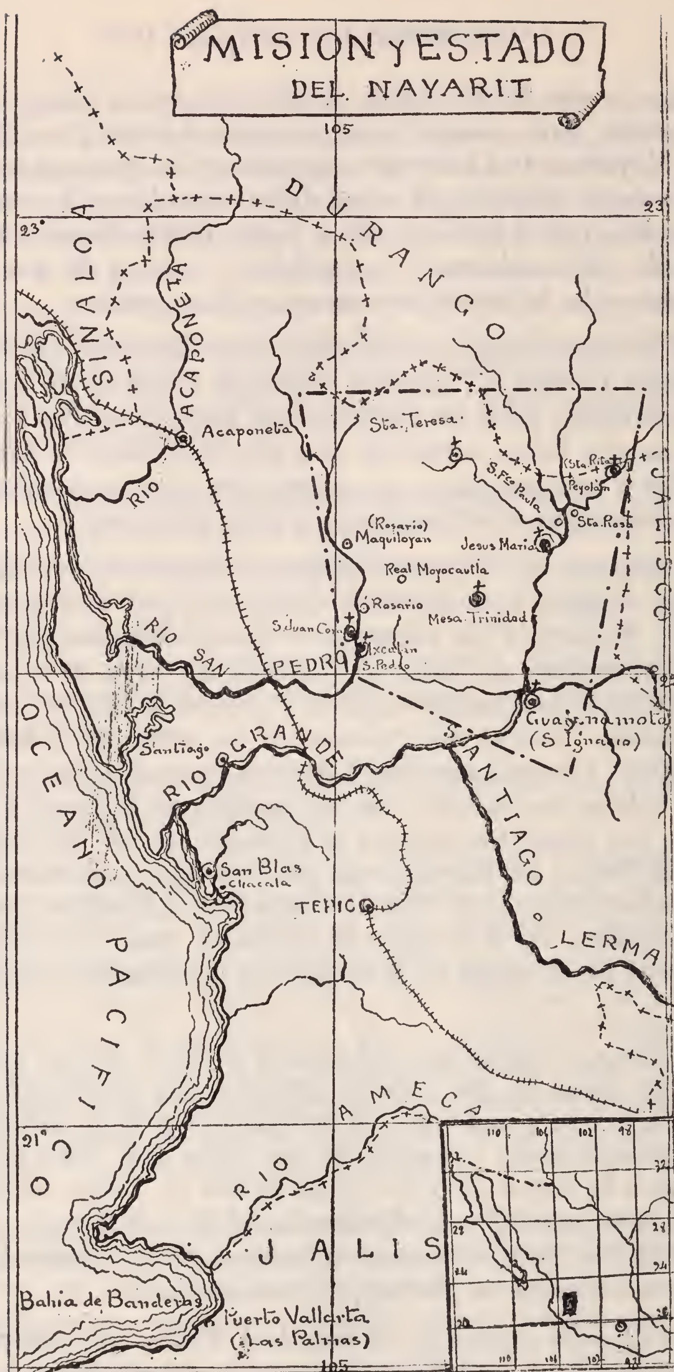


Lámina 70.—Mapa de la Misión del Nayarit.

neros y no se sujetasen al suave yugo del Evangelio. El Tonati, que no esperaba esta respuesta, por respeto y temor, dejó escapar ciertas palabras que daban esperanza de reducirse y cooperar a la reducción de los suyos.

Sin más, tomó ocasión el Virrey para proceder a tratar de su conversión. Se sabía que, en otro tiempo, los mismos Nayaritas habían declarado a la Audiencia de Guadalajara que, en caso de convertirse y entregarse a la dirección de algunos Padres, habían de ser los *prietos* (así conocían a los Jesuítas). En esta atención el Virrey, después de tratado el negocio con el Arzobispo D. José Lanciego, a quien remitió también los caciques, mandó llamar al P. Provincial Alejandro Romano y le suplicó quisiese la Compañía encargarse de tan difícil y peligrosa, cuanto gloriosa conquista y proveer desde luego para ello dos misioneros.

No valiendo razones en contrario, el Provincial señaló luego (19 de Marzo) a los PP. Juan Téllez Girón, que se hallaba en México y a Antonio Arias de Ibarra, que administraba la misión de Chinarras. Dispuso luego un banquete espléndido en el Seminario de San Gregorio y le insinuó al Tonati lo mucho que allí trabajaban los Jesuítas en bien de los indios y el gusto que tendría se agregase a ellos abrazando el Evangelio. Nada se pudo conseguir sino una vaga promesa de que lo haría en Zacatecas, pero antes de llegar allí se evadió hábilmente él y los suyos para su sierra.

3. Conquista de la Mesa del Nayar. 17 Enero 1721.—Sospechando las malas intenciones de los indios, el capitán D. Juan de la Torre con el título de Gobernador de la sierra, se apresuró a reclutar 50 soldados en Jerez y 50 en Zacatecas, donde se bendijo solemnemente el estandarte en nuestro colegio el 23 de Julio. Salió la pequeña tropa para Jerez, en compañía del P. Juan Téllez, a quienes alcanzó poco después el P. Antonio Arias.

Unos accidentes diarios, que privaban al Gobernador de su juicio y una extremada confianza en la buena fe de los indios amenazaron convertir la expedición en un desastre. Atrajéronle el 1 de Octubre a un peligroso campamento, donde la falta de pastos y estrechez del barranco les hubiera prohibido todo socorro y escape.

Avisado por los indios fieles, mudóse a Peyotán siete leguas de Huayamota, pero fué para caer en otra emboscada que le tendieron

en Teaurita, de donde con gran trabajo pudo escaparse. Viendo el Virrey la lentitud y poco éxito del Gobernador D. Juan de la Torre, llamóle cortésmente a México y lo sustituyó por el Capitán D. Juan Flores de San Pedro.

En el ínterin, no habían perdido su tiempo los Jesuítas. Entre neutrales, prisioneros y otros más cuerdos, que atraían con sus caricias o por temor, habían reunido al pie de cien catecúmenos en un lugar que, por devoción del Sr. de la Torre, llamaron *Santa Rita.* El P. Antonio Arias, como hombre ya experimentado, en las misiones de Nueva Vizcaya, en el arte de manejar a los salvajes, fué lentamente introduciendo en los Nayaritas todos los ejercicios de una bien arreglada misión.

El nuevo Gobernador, D. Juan Flores, llegó a Peyotán el 4 de Enero 1722 y, bien provisto de bastimentos y auxiliares, señaló el asalto para el 17. Dando él un rodeo determinó acometer la Mesa con parte de su tropa, por el Poniente y el Capitán D. Nicolás Escobedo por el barranco del Oriente. El asalto de éste fué tan atrevido, rápido y feliz que, a pesar de la lluvia de piedras y flechas, que desde arriba le arrojaron los indios, pudo en la propia tarde clavar la bandera en la Mesa del Tonati.

Al día siguiente llegó el Gobernador no poco corrido de habérsele arrebatado de las manos la gloria de esta acción. Sus celos estuvieron para prorrumpir en funesta enemistad, que procuró sofocar desde sus principios el P. Antonio Arias. Destacó luego cien hombres que, en pocos días, trajeron más de cien prisioneros, que se entregaron al solo terror de algunos tiros. Se puso fuego al adoratorio del Sol y a algunos idolillos más, que se encontraron.[3]

4. Fundación de los primeros pueblos.—Las primeras atenciones del Gobernador y de los misioneros, sosegados un poco los contornos, fué dar forma de pueblo a la Mesa del Tonati que se llamó de la *SSma. Trinidad.* Partió luego el Gobernador, con el P. Arias, para el sitio de Quaimaruzi. Como doce leguas de la Mesa sobre el mismo camino, había dos numerosas rancherías, de que se formó el pueblo de *Sta. Gertrudis.* Bautizó el Padre cerca de 200 pár-

[3] Hay una "Relación de la obediencia que los indios del Nayarit dieron al Rey en 1721", por el P. Ignacio Calderón. Impr. México, 1722.

vulos y más de cien en Quaimaruzi que, contra su esperanza, hallaron en una suma tranquilidad y llamaron *Sta. Teresa.*

El Tonati que, desde su vuelta de México, no se había puesto en presencia de los españoles, había pasado por aquellos días a la Mesa del Cangrejo. Aquí, por medio de algunos caciques fieles y deudos suyos, fué fácil persuadirle, que pasara a verse con el Gobernador y con los Padres: vino en efecto y fué recibido con muestras de especial estimación. Se excusó cortésmente de no haberse juntado con los nuestros en tiempo del avance, por el riesgo que corría su vida entre unos hombres obstinados, que jamás quisieron acceder a sus consejos de paz. Dijo que estaba pronto a instruirse y bautizarse y probó luego su sinceridad ofreciendo al bautismo cuatro párvulos hijos suyos.

En ausencia del Gobernador, un cacique revoltoso llamado D. Alonso, que vivía cerca del río Santiago, intentó levantar cabeza e interesar en su rebelión a los Tobosos y a los indios del pueblo de Sta. Gertrudis, pero, descubierta su alevosía y vuelto el Gobernador, no tuvo otro partido que acogerse a la clemencia de los Padres. Alcanzó, no sin dificultad, un salvoconducto y pasó con toda su familia a la Mesa del Tonati.

A la reducción de este bárbaro (que no era de poca importancia) se añadió la formación de un nuevo pueblo en Huaynamota, a que se dió el nombre de *San Ignacio.* Se fundó por la mayor parte de Nayaritas refugiados en Huaximique, de donde los sacó la prudencia y el valor del Capitán D. Cristóbal del Muro. Después de una ligera controversia sobre división de territorios, se adjudicó a Guadalajara el Nayarit y el mismo Alcalde mayor de Ostotipac, D. Agustín Fernández, dió jurídica posesión de la misión al P. José de Mesía, que poco antes había llegado de México.

Sólo quedaban por reducir los Tecualmes, nación distinta de la Cora, pero que habitaba también el territorio del Nayarit y no daba muestras de querer rendirse a la obediencia del Rey. Pasó allá el Gobernador a la mitad de Junio 1722. Los Tecualmes atemorizados se retiraron unos al pueblo de Tonalizco, otros al más áspero de las quebradas; pero sacados con facilidad, se redujeron a los Pueblos de

San Pedro y *San Juan Bautista,* a los que sólo divide el río San Pedro y son el término de la provincia hacia el Norte. Cerca de éstos se fundó casi inmediatamente el del *Rosario,* en la cercanía de Tecualoyán.

5. Sublevación de cuatro pueblos. 1724.—Fué el año de 1723 muy pacífico, tiempo que se aprovechó para afianzar los pueblos en la vida civil y en la fe y también en reforzar el número de misioneros. Fué nombrado el P. Arias Visitador de las misiones y, aprovechándose de este título en favor de su querida misión, nombró en su lugar al P. Manuel Fernández, que fué misionero del pueblo de Santa Rosa, al P. Urbano Covarrubias envió a Sta. Gertrudis y destinó para misionero castrense al P. Cristóbal Lauria.

Al fin del año, se extendió el rumor de que se habían alzado los Tobosos y se disponían a venir en ayuda de los Nayaritas rebeldes. No se supo si éstos lo creyeron de veras o lo inventaron para sacar del Nayarit al Gobernador a quien temían. Lo cierto es que él lo llegó a creer y, en contra de todos sus consejeros, fué inútilmente a recorrer las fronteras del Nayarit. Vuelto ya, se creía tranquilo cuando el 1 de Enero 1724, empezaron a notarse las señales de una bien premeditada conspiración.

Se observó aquel día un extraordinario concurso de Nayaritas a la Mesa, que a algunos cautelosos ocasionó sospechas. Crecieron éstas, viéndolos formarse en pequeños corrillos y hablarse con voz baja; sin embargo se atribuyó el número a la solemnidad del día y sus conversaciones a grosera curiosidad mezclada de respeto. No tardaron mucho en desengañarse.

Aquella misma noche, desaparecieron del Presidio y del pueblo todos los indios, tanto que en la mañana se hallaron solos en toda la Mesa los soldados y los PP. Téllez Girón y Urbano Covarrubias; ya no se dudó de los malos designios de los serranos. Por otra parte, los del pueblo de Santa Gertrudis habían ya prorrumpido en una abierta conspiración con muerte de su cacique D. Domingo de Luna, el más fiel de los indios que habitaban en Sta. Teresa.

Este indio había venido, pocos días antes, a informar al Gobernador de la mala disposición que había observado en sus gentes. No

se le dió entero crédito, atribuyéndolo a nimia desconfianza; sólo le mandó el Gobernador que pasase a la Mesa su familia. Yendo a ejecutarlo, la noche del 2 de Enero, le cercaron la casa, donde después de una larga resistencia, muerto el capitán de los descontentos y heridos algunos, hubo de ceder a la multitud y caer a las flechas de más de cien hombres que peleaban contra uno solo.

Con esta noticia, salió prontamente el Gobernador para la Mesa del Cangrejo, donde se decía haberse hecho fuertes los amotinados; se halló sin ellos y mandó luego un Cabo con 25 hombres al pueblo de Sta. Gertrudis, con orden de transportar a la Mesa las imágenes y vasos sagrados y provisiones de guerra y boca, que hallasen en el presidio y casa del misionero.

A la vuelta el 5 de Enero, en un lugar estrecho y escarpado, acometieron al Cabo los bárbaros, mataron a uno, hirieron a otros de los primeros que cayeron en la celada. Los demás, avisados con los tiros, se pusieron en armas abandonando las cargas. Duró algún tiempo el combate, heridos siete de los nuestros y algunos Nayaritas y muertos tres, cayeron en sus manos algunas cargas de que se aprovecharon profanando todo lo sagrado.

En Sta. Gertrudis, Sta. Teresa y El Rosario, quemaron las iglesias y hubieran hecho lo mismo en la Mesa del Tonati, a no estar allí el principal presidio. Los indios de estos pueblos siguieron el ejemplo de los demás inquietos y, llevando cuanto podían cargar, tomaron el camino de Durango. El Gobernador ocurrió a Zacatecas y a los Reales vecinos por socorro de armas y de gente, que se envió con prontitud. Escribió asimismo a los tres misioneros de Jesús María, Peyotán y Huaynamota que se refugiaran a la Mesa, para asegurar sus vidas.[4]

Los Padres, como de concierto, respondieron que sus indios estaban quietos hasta entonces, que desamparándolos el Pastor acaso se descarriarían, siguiendo las instigaciones de sus vecinos. Con efecto, fué cosa muy notable que de cinco pueblos, en que había entonces misioneros, sólo se sublevaran los de Sta. Gertrudis y Sta. Teresa, cuyo ministro, el P. Urbano Covarrubias, estaba ausente en la Mesa

[4] Alegre, III, 215.

y aún los de la Mesa misma, o pueblos de la SSma. Trinidad, no se hubieran alborotado si, al amor que debían a la suavidad y dulce trato del misionero, no prevaleciera el odio y abominación con que miraban (tal vez no sin motivo) al Gobernador y a sus presidiarios. Así se vió que fué lo mismo salir el Gobernador, con su libre y codiciosa tropa, hacia los confines de Durango en busca de los fugitivos, y venir ellos mismos a entregarse voluntariamente, envidiando la felicidad de los que descansaban a la sombra y amparo de los Padres.

6. Rápida transformación de los Nayaritas.—Cometieron los Jefes de los presidios, en ausencia del Gobernador, grandes crueldades aun con los que se rendían con salvoconducto de los misioneros, siéndoles necesario a éstos apelar a la clemencia del Virrey, en favor de estos infelices. A principios de 1725 vino de Visitador general de los presidios el Brigadier D. Pedro Rivera y halló a los indios congregados ya en once pueblos, muy sosegados y obedientes a sus misioneros y justicias y reconoció con no poca ternura que, a más de los párvulos, se habían ya bautizado los más de los adultos; que el Tonati, deseoso de lograr ya las aguas del bautismo, no sólo pedía con instancia, sino que quiso que el mismo devoto Caballero le apadrinase, como lo hizo.

Averiguadas despacio las raíces de la sublevación y las justas quejas de los indios, retiró del lugar con buena maña al Gobernador y a dos de los Capitanes antiguos con sus hombres, dejando solas dos compañías, una de 30 hombres, que a poco se redujo a 20, al mando de D. José Carranza y otra de 20, al de su Capitán subalterno D. Alvaro Sánchez Serrada.

Bien se echó de ver lo acertado de estas providencias, pues, luego que los indios vieron fuera de sus tierras al Gobernador y Capitanes, desamparando sus barrancos los que vivían retirados, se fueron a los pueblos, atraídos por el suave trato de sus pastores.

"Celebróse en México la pacificación del Nayarit, quemándose solemnemente en la plaza de San Diego, por orden del Provisor que era el Juez de los indios en cosas de fé, el esqueleto de un indio del Nayarit, encontrado en una cueva de aquella provincia, sentado en un sillón con un sable en la mano y sobre un altar. Aseguróse que el

esqueleto aquel era mirado como una divinidad por los indios y que se le sacrificaban víctimas humanas".[5]

A los siete años y meses de haber sido ganada La Mesa, el nuevo Arzobispo de Guadalajara, D. Nicolás Gómez de Cervantes, quiso venir a visitar personalmente a sus nuevos hijos. Llegado a la primera misión de Huaynamota, se le convirtieron todos los sinsabores de tan horroroso camino en dulzuras, viendo tan domesticados a los Nayares y tan adelantados en los ritos de nuestra sagrada religión. Allí confirmó a casi todos por haberse ya bautizado y, pasando a la de Jesús María y José, le sucedió lo que voy a referir (habla el P. José Ortega) para gloria de Dios y lustre de los que, antes que yo, enseñaron a estos indios.

"Uno de los días, que ocupó su Illma. en confirmar, pidió antes de la Sagda. Ceremonia a una india, que se llegaba a recibir este sacramento, que le dijera una de las oraciones que le señaló y me rogó la india, por estar yo allí inmediato, cómo la había de rezar, si en idioma Cora o en Castellano. Informado por mi, le dijo que la rezara en castellano, lo que hizo prontamente, y después se le mandó que la dijera en Cora, y, aunque aquel celoso Prelado no la entendía, la devoción con que la india la rezó, le llenó de tanto gusto, que le rebosaba en el semblante.

"Después de haber acabado en la iglesia, luego que se restituyó a la sala de su descanso, me mandó llamar y me dijo: "Ah! Padre mío! Dios sabe el consuelo que ha tenido mi corazón, viendo a estos indios más adelantados en la fe, aun no teniendo siete años de su conversión, que muchos pueblos cristianos, con casi 200 años de reducidos.

"Sucedióme, prosiguió, preguntarle a uno de estos cristianos antiguos, que había llegado a confirmarse, me dijera el Credo, y no pudiendo atar ni desatar, mandé al Fiscal o Maestro del pueblo, que cuidaba de la doctrina, que le dijera a aquel indio que rezara el Cre-

[5] México a Través de los Siglos, II, 773. También hallamos en el Boletín del Archivo General de la Nación (1939), T. X, n. 2, una relación de los sucesos acaecidos en Nayarit 1729-1730 referentes a la campaña de destrucción de oratorios gentiles, escrita por el P. Covarrubias, S. J. Id. Informe del Nayarit por el P. Bruno Covarrubias 1727 y por el P. Cristóbal Lauria, 1727. Arch. G. N. Historia, 308.

do, y, reconviniéndole de no haberme obedecido, le dijo: ¿Pues, qué, no sabes el Poncio Pilato?—¿No quiere, concluyó aquel dignísimo Prelado, que me admire de ver tan trocadas las suertes?

"Y me encargó imprimiese a expensas suyas las Oraciones, Doctrinas, Confesionario y Vocabulario en idioma Cora, como se hizo al año de haber entrado su Señoría, que continuó visitando todas las misiones, y después, ya restituido a su Palacio, escribió al P. Provincial, Juan Antonio de Oviedo, la carta siguiente:

"Cuando estuve, dice, en la Visita del Nayarit, me fué de mucho gusto el ver que, en tan poco tiempo, habían los PP. Misioneros reducido a pueblos a casi todos los indios de aquella provincia: cosa que sabe V. R. no pudo conseguirse en muchísimos años en la Nueva España; y que en todos tenían sus iglesias en la forma que permite la cortedad de aquellas misiones, y en algunas bastante capaces y ahora me escribe el P. José de Ortega, que había hecho otra en la misión de Jesús, María y José y que había quedado buena. Sólo me ha causado desconsuelo el que se les enseñara la doctrina cristiana en lengua castellana, conociendo que, siendo muy raros los que la entienden, se malograba el trabajo; pero el P. José Ortega me ofreció que, muy en breve, se pondría en lengua Cora y me la enviaría para que la hiciese imprimir, como lo ejecuté con gran gusto, para que se perpetúe el fruto de su buen celo".

7. Asiento de estas misiones. 1738.—Los 20 primeros años los emplearon los misioneros en la organización moral y material de sus pueblos. El informe del Visitador del año 1738 nos los presenta, aunque pobres, en vía de progreso y de asiento duradero. Todas estas misiones, menos las de la Trinidad y de Sta. Teresa, que se hallaban en las mesas, estaban situadas en la cuenca y barrancas de dos ríos: el Mezquital, que al salir de la sierra de Durango toma el nombre de San Pedro, y el Huaynamota que va también al Sur a derramar sus aguas en el río Grande de Santiago.

En el primero, una enfrente de otra a cada lado del río, se hallaban las cabeceras de S. Juan Corapa y al lado Este la de S. Pedro Ixcatán.

La de *Corapa* tenía 131 familias y cosa de 200 niños de doctrina. La iglesia estaba todavía en los cimientos y la casa un jacal. Te-

nía sólo dos ornamentos blancos y un cáliz de plata, más un rancho de unas 80 ovejas. Más tarde se hizo este pueblo visita de Ixcatán y se trasladó su cabecera río arriba en un punto llamado Rosario.

El pueblo de S. *Pedro Ixcatán* tenía 122 familias y 120 niños de doctrina y su visita el Rosario tenía 100 familias y 120 niños de doctrina con una iglesia de jacal pobre y casa pequeña. La iglesia de la cabecera era linda, con torre, baptisterio, púlpito y un retablo de perspectiva, todo muy aseado. No tenía ornamentos negros ni verdes, aunque sí capa negra. Los vasos sagrados eran de plata. Quince leguas río arriba tenía el rancho de Maquiloyán con siembras y bastante ganado. Es tierra muy caliente. Era ministro y Visitador el P. Salvador de Bustamante.

Pasando ahora al río de *Huaynamota,* nos hallamos con la misión de San Ignacio del mismo nombre. Es de lengua Cora, aunque hay algunos Mexicanos. No tiene pueblo de visita. La iglesia nueva está en una loma, que por el oriente tiene una sierra alta. Tiene una huerta de plátanos y melon-zapote y otra de hortaliza y siembra de maíz (falta...). Su ministro hace tres meses es el P. Juan Antonio Núñez.

Como 20 leguas río arriba, en la misma barranca, está la misión de *Jesús María* cuyo ministro es el P. José de Ortega. Está en un planecito junto al río, con vista a la sierra del Norte, de donde bajan muchos arroyos. La iglesia es de adobe, toda sobre arcos de lo mismo, muy linda, con coro, órgano, chirimías y varios instrumentos de cuerda, baptisterio, torre y púlpito, buenos ornamentos y vasos sagrados de plata, y casa de dos patios. Hay en el pueblo unas 180 familias y 109 niños de doctrina. Tiene un rancho, en que hay unas 200 reses y ganado menor.

Tiene tres pueblos de visita río arriba: a una legua al poniente del río está *S. Fco. de Paula* donde hay 44 familias, iglesia y casa de jacal y hospital; a la otra banda está *Sta. Rosa* con 27 familias e iglesia y casa de terrado; cuatro leguas más arriba está *Sta. Rita de Peyotán* (que después se hizo cabecera) con 46 familias, iglesia de jacal, casa de terrado y hospital. Hay en cada pueblo Hermandad, que tiene algunas vacas y yeguas, cuyo producto es para la iglesia.

En la sierra Noroeste está la cabecera de *Sta. Teresa,* de que no tenemos pormenores y finalmente en la Mesa del Nayar está la mi-

sión de la *SSma. Trinidad* con iglesia nueva, torre, baptisterio, buenos ornamentos y vasos sagrados de plata. Hay 70 familias de indios y un presidio de once soldados con sus familias, unas 20 personas que dan bastante guerra. Tiene un ojo de agua con que se abastece el pueblo y luego riega el Padre su milpa, y pastan unas 180 reses. No tiene cabalgadura alguna. De allí fué expulsado nuestro famoso historiador Andrés Cabo.[6]

8. Prosperidad de la misión en 1750.—No tenemos más abonado testigo del floreciente estado de esta misión, que el citado P. José Ortega, que vivió en ella más de 30 años y publicó, en 1754 en Barcelona, su Crónica que termina en la forma siguiente:

"¿Y qué dijera el Illmo. Sr. Cervantes si entrara ahora, cuando está tan fervorosa y bien arraigada esta cristiandad, que no tiene que envidiarle a las más antiguas en costumbres, fidelidad y religión? Pues, lo que no se había conseguido, cuando entró aquel tan insigne Prelado, se logró luego que salió, con los sudores y fatigas apostólicas de sus misioneros.

"Temían aquellos infatigables obreros que, aunque sus indios estaban tan rendidos y asistentes a todas las cosas de devoción, pudiera haber especialmente entre los viejos en quienes tenía echadas más hondas raíces la idolatría, alguno o algunos adoratorios donde todavía el demonio los engañase.

"Para averiguarlo todo, se hacían linces, predicando continuamente contra la idolatría e inquiriendo de los que conocían más fieles, por si acaso supieran algo en esta materia tan importante; y finalmente quiso Dios que uno muy ejemplar devoto cristiano descubrió al P. Urbano Covarrubias el puesto donde, después que la sacaron del templo del Tonati, habían llevado la piedra del sol para adorarla.

"Con esta noticia, se dió orden que se redujera a cenizas y fueron tan vivas y penetrantes aquellas llamas, que este incendio bastó para que luego, consecutivamente alumbrados los Náyares, manifestasen voluntariamente, no sólo el templo famoso de la Diosa Madre, sino todos aquellos que habían y tenían escondidos en los ba-

[6] Arch. Ysleta. Miscel.

rrancos, siendo tantos, que sólo la gente de uno de mis pueblos me manifestaron 23, en que sus mayores les habían como hipotecado su eterna infelicidad. Todos ellos los redujeron los Padres a cenizas, sepultando en ellas los Náyares tan del todo sus antiguos errores que, por la misericordia de Dios, los tienen ya olvidados enteramente.

"Restaba aún el más cruel enemigo, raíz de todos los desórdenes en los indios, que es la embriaguez y, aunque estaban ya tan moderados sus excesos, pero no tanto que dejaran de sentirse los malos efectos de tan feo, arraigado vicio; pues, comenzando muchas veces por un cortesano brindis, remataba en que generalmente todos se emborrachaban.

"Emprendió la guerra uno de los Padres con tan abominable desorden y la continuó tan de recio que aún llegó a desterrar de sus pueblos el vino, de tal suerte que no había quien lo hiciera, ni se veía alguno que diera muestras de probarlo. La resolución de este misionero y la facilidad con que desterró este vicio, ocasionó que todos los Padres compañeros se empeñaran en destruirle también en sus partidos, lo que quiso Dios se consiguiese con tal facilidad, que ha más de ocho años que, no sólo no se encuentra alguno en quien se vea la menor señal, pero ni se halla vino, ni ha habido quien lo haga.[7]

"Y para más afianzar esta empresa, lograron del Comandante de esta provincia un Auto en que, con graves penas, prohibe el que se haga vino, o se entre a vender en esta serranía en los pueblos fronterizos, cuyos malos ejemplos están lejos de seguir los Náyares, que se admiran no se les ponga freno que les contenga.

"Vencidos estos enemigos, les fué fácil a los Padres imponer a los indios el modo de vivir que hoy se vé: todos saben las oraciones y doctrina, rezan en los más pueblos todos los días el rosario al ponerse el sol, aún advirtiéndoles no hay obligación de hacerlo. Todos

[7] En un Manuscrito del Museo Nac. (Carpeta 14 Jesuítas), escrito después de la salida de los Padres hallamos que el origen de esta campaña antialcohólica fué, el haber un borracho intentado matar a un Padre. La multa del Comandante era de dos meses de cárcel y $400. No fué menester aplicarla más que una vez. Quitado este vicio, los indios se hicieron ricos. La misión de Jesús Ma. de la Mesa tuvo más de 600 cabezas de ganado y las iglesias todas limpias y bien provistas.

los adultos confiesan y comulgan anualmente y algunos con más frecuencia entre año; todos los pueblos, a más de la casa donde vive el Padre, y algunas de Cabildo con arquería, tienen iglesias muy capaces, algunas de bóveda con ornamentos ricos, custodias, sagrarios, lámparas y otras alhajas de plata, sin que les haya costado a los indios medio real, debiéndose todo a la parsimonia, industria y celosa actividad de sus misioneros que, sin cuidar de estar sus vestidos andrajosos y de ser su alimento muy escaso, parece que sólo tienen la mira en enriquecer lo que pertenece al culto divino y ornato de los templos.

"Finalmente, cuantos entran en esta sierra salen llenos de admiración de lo que, en tan poco tiempo, ha obrado el omnipotente brazo de Dios, a quien, en cada período y en cada voz, quisiera le rindiésemos todos muy afectuosas y reconocidas infinitas alabanzas y humildes ruegos, para que no permita que esta provincia del Gran Nayar, bañada con tanta luz, vuelvan a ocupar las opacas funestas sombras del error de su ciega idolatría".

¡Pobre Padre Ortega! El mismo había de ver con sus ojos tal estrago, acompañar en el destierro a sus misioneros y morir en el viaje al llegar al Puerto de Santa María el 2 de Julio de 1768 a los 68 años de su edad.[8]

Del Nayarit sacaron los españoles siete misioneros: al Visitador P. Bartolomé Wolff, al Rector P. Antonio Polo, a los dos hermanos Lorenzo y Andrés Cabo y a los PP. Ignacio Gómez, Pedro Olivares e Ignacio Zamorano.

[8] El P. Ortega salió de la misión antes de la expulsión y vivió bastantes años retirado en el Colegio de Puebla. Le sustituyó en su pueblo el P. Fco. Javier González, que durante 16 años sufrió lo increíble de parte de un Capitán español que, sólo atento a hacerse rico y fiado en la lejanía de los tribunales, parece se empeñó en mortificar y calumniar a los misioneros, que se obstinaban en defender a los indios contra sus inicuas persecuciones. Cf. Félix Sebastián en la Vida del dicho P. González. Tenemos carta de dicho Capitán Joaquín Fernández de Solís (21 Febr. 1764) al Prov. Fco. Ceballos, en que se queja del P. Fco. Javier González por haber dicho que dondequiera pudiera haberle a las manos "me hartaría a bofetones y a palos" y del P. Tadeo de Rivera que le arrojó a su criado Barri "media torta de pan a la cabeza y le amenazó con cuchillo". Parece querían los Padres trasladase el Presidio al rancho de él, para verse libres de la soldadesca. Ysleta, Miscel. VII, p. 667.

Las cabeceras de la misión eran: Sta. Teresa, Sta. Rita, Ixcatán, Jesús María y José, SSma. Trinidad, Huaynamota y El Rosario.

Obras en lengua Cora no conocemos más que las citadas del P. Ortega, es decir su "Doctrina cristiana" y su "Historia del Nayarit" impresa en los "Apostólicos Afanes" del P. Fluviá.

FIN DE LA OBRA

INDICE ONOMASTICO. TOMO I.

C

G

H

I

J

K

L

M

Q

R

S

T

U

V

W

X

Y

Z

INDICE ONOMASTICO. TOMO II.

B

C

CH

D

E

F

I

J

K

P

Q

R

S

Z

INDICE DE ILUSTRACIONES

INDICE GENERAL

ALGUNAS ERRATAS

TOMO I

Pág.	17	Debe decir:	Carlos Ma. Bustamante.
„	30	„ „	Pedro Díaz.
„	149	„ „	Pedro Balli.
„	176	„ „	P. Pedro López de la Parra.
„	198	„ „	Historia y Ciencias.
„	216	„ „	Bernardo Couto.
„	222	„ „	Antonio López Portillo.
„	341	„ „	Andrés del Valle y Miguel Salas. (Añadir) Juan José Aragoces y los HH. CC. Miguel Díaz y Antonio Burgos.
„	358	„ „	Por el proceso que hizo el Virrey, hallamos, a última hora, que el matador debió ser el portero Juan Ramos (español) que luego se suicidó, aunque debió de tener por cómplice al H. Villaseñor, ambos reprendidos severamente y tal vez amenazados de expulsión por el P. Segura por sus relaciones con mujeres.
„	367	„ „	Fechas 1647 (no L747).
„	373	„ „	Gelves (no Galvez).
			Pérez de la Serna.
„	420	„ „	Manuel Lobo.
„	442	„ „	en el Texto, nota 7 (no 6), n. 6 (no 7).

TOMO II

„	96	„ „	que les mandara al P. Santaren (no Tapia).
„	116	„ „	Tecuchuapa... (nota) Merirato (No Munirato).
„	137	„ „	si se conservaran...
„	141	„ „	Humasen.
„	177	„ „	Tepahues...
„	179	„ „	(nota) Mochicahui.
„	195	„ „	Bacayapas...
„	240	„ „	P. Alberto Zarzosa.
„	244	„ „	n. 9 (no 10).
„	245	„ „	P. Miguel Wirtz.
„	276	„ „	San Javier Satevó.
„	295	„ „	Sisoguichi.
„	301	„ „	Sisoguichi.
„	337	„ „	P. Ignacio Duque (no seg. vez Ant. Estrada).
„	369	„ „	Bavispe.
„	388	„ „	Jocomes.
„	394	„ „	Baceraca.
„	410	„ „	Síboda.
„	460	„ „	Treutlein.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL DIA IX DE MAYO DE MCMXLI, EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL "CVLTVRA", AVE. REPUBLICA DE GUATEMALA NUMERO NOVENTA Y SEIS DE LA CIUDAD DE MEXICO, D. F., SIENDO SU TIRADA DE MIL EJEMPLARES EN PAPEL MALINCHE Y CINCUENTA EJEMPLARES NUMERADOS DEL UNO AL CINCUENTA EN PAPEL ESPECIAL.

